



ANA FORNER

TÚ Y YO
Y LA INCREÍBLE
LOCURA DE
ESTAR JUNTOS



Lectulandia

SINOPSIS

Hola, me llamo Paloma y, según mi madre, tengo una vida perfecta: vivo en el paraíso, o lo que es lo mismo, en Formentera, y trabajo para mí, o lo que es lo mismo, para ella, regentando nuestro pequeño hotel en la isla. Sin embargo, mi idea de la perfección dista mucho de la suya, porque lo que yo quiero es ser actriz y, si no es mucho pedir, conocer a un tío que me lleve a lo más alto de la montaña rusa. Pero ni tengo lo uno ni lo otro, e incluso a veces siento que vivo en el eterno día de la marmota... Culpa mía, por supuesto.

Sin embargo, todo cambia la noche previa al enlace de mi amiga Luna, en la que, ¡SORPRESA!, descubro que uno de los invitados es Orlando Sun, mi actor preferido, mi dios griego y mi futuro marido. Sí, habéis leído bien, mi futuro marido... ¿Qué queréis? De ilusión también se vive y yo tengo para dar y tomar, aunque con lo que no contaba es con lo que esa deidad iba a proponerme y con todo lo que vino después, ¡*Diosmiodemivida!* (emoticono de estar flipando a lo bestia)... Así que ahora vivo en Madrid, trabajo en La Cueva con Mic, voy a todos los castings habidos y por haber, y cada vez estoy más coladita de lo que debería por...

Chicas, me encantaría seguir contándoos cositas, pero no puedo, lo siento, es secreto de sumario... Sólo os diré, y porque sois vosotras, que si os atrevéis a vivir esta increíble locura vais a tener que sujetaros al asiento con fuerza porque la cosa viene movidita. ¿Estáis listas para salir disparadas a lo más alto? Silencio porque esto empieza. ¡Tres, dos, uno... acción!

*Dedicado a todas esas personas que son capaces de extender sus alas y volar hacia ese lugar mágico e increíble donde las aguardan sus sueños, porque nada es imposible y cuando algo se desea intensamente termina sucediendo.
Va por vosotras chicas, ojalá se cumplan todos vuestros deseos.*

AGRADECIMIENTOS

Cuando pones la palabra FIN en una historia llega el momento de escribir otra, GRACIAS. GRACIAS INFINITAS y de corazón a todos los que la habéis hecho posible.

Quiero agradecerle a mi marido su comprensión, su paciencia, su apoyo y su complicidad. Gracias por ponérmelo todo tan fácil, por tomarte a risa el tema de mis “tíos buenos” y por saber separar a Ana Forner, la escritora, de mí, tu mujer. Cariño, tú eres en realidad mi tío bueno y lo que más quiero.

A mis hijos, un gracias enorme por entender que a veces mamá necesita silencio y que no la molesten. Sois mi núcleo, mi vida y mi razón de ser.

Gracias a mi cuñi por tanto; por hablarme de las directoras de casting Eva y Yolanda, por aquella tarde en el Cabañal donde, grabadora en mano y, en esa cafetería tan molona, me contaste todas tus experiencias como actriz y por estar siempre dispuesta a echarme una mano. Eres muy grande cuñi y tengo una suerte tremenda de tenerte en mi vida.

Gracias a las directoras de casting Eva Leira y Yolanda Serrano por su cercanía y por permitirme asistir a ese curso en el que aprendí tanto.

Gracias al equipo de “Tócate” por permitirme asistir al rodaje, chicos, me encantó y estoy deseando que se estrene la serie para volver a reírme tanto cómo ese día.

A García de Saura e Iris T. Hernández....¿qué voy a deciros que no sepáis ya? Bueno, venga, por si no lo recordáis os diré que sois lo mejor que me ha sucedido desde que empecé con toda esta locura, lo hicimos juntas, de la mano y, sin soltarnos, continuamos caminando por este mundo lleno de piedras a veces y desprovisto de ellas, en otras. Os quiero muchísimo.

A mis chicas, Silvia, Aroa, Emma, Montse y Patri, sois otro tesoro que encontré en este mundo literario... Mil gracias por estar en mi vida, por nuestras charlas, por nuestros “buenos días, tengo sueñooooo” y por tanto... os *I love you* muchísimo.

Por supuesto mi sevillana del alma no podía faltar en mis agradecimientos, gracias, gracias y mil gracias por esa valoración de la historia que tanto me ayudó y por esa pedazo portada que ideaste, gracias por aguantar mis “esta no”, “noooo Tiaré”, “así no”, “es que no va por ahí”, “busca otra”, “me quedo con esta”, “no, espera, lo he pensado mejor”, “no me mates pero al final”... Qué paciencia tuviste y qué suerte tengo de que estés en mi camino. Te quiero y te admiro muchísimo.

A mis chicas de los buenos días, las que me han acompañado desde que empecé y las que han ido sumándose, día a día, mil gracias, sois enormes y el motor que da sentido a todo esto, sin vosotras y sin vuestro apoyo nada de esto sería posible. OS QUIERO.

Y cómo no, a mi editora Esther Escoriza, la que siempre está ahí, pase lo que pase, la mujer que me abrió las puertas de este mundo y la que continúa sosteniendo la puerta para que no se cierre.

No tengo palabras suficientes para agradecerte tu apoyo y lo que has significado en mi vida, gracias a ti estoy viviendo un sueño, mi sueño, gracias infinitas jefa.

Y a todo aquel que decida sumarse a mi camino, bienvenido sea y mil gracias por elegir mis historias.

CAPÍTULO 1

Siento como la brisa acaricia mi rostro y sonriendo dirijo mi mirada hacia ese sol que está empezando a descender tiñendo, con sus rayos anaranjados, todo el paisaje.

Estamos a principios de octubre, el verano ha quedado atrás y con él se ha llevado las altas temperaturas y a los miles de turistas que abarrotan nuestra isla dejándola casi desnuda, como realmente a mí me gusta y, aunque disfruto mucho de los meses de verano, es este mes, el de la brisa fresca, el de la carretera desierta y el del sosiego, mi preferido, posiblemente porque estoy harta del calor, porque necesito un respiro después de las largas jornadas en La Masía, o porque soy una egoísta y me gusta disfrutar en silencio de las calas y de mis rincones preferidos de la isla sin tener que compartírselos con nadie y, aunque este fin de semana el sosiego dará paso al bullicio y a la emoción, no me importa, porque estoy deseando vivirlo y poder celebrar con mi amiga Luna su enlace con Gael.

Sin dejar de sonreír, me recuesto en el asiento empapándome de las vistas increíbles que se despliegan ante mí, feliz de estar donde estoy, rodeada por toda esta gente que forma parte de mi vida desde que tengo uso de razón y más que dispuesta a exprimir cada segundo, pues esta noche celebraremos en el El Capitán, el chiringuito de Capi y padre de mi amiga Luna, la fiesta previa a su enlace.

—¡Oyeeee princesita, pero qué buenos están estos mojitos! Ya me veo saliendo a rastras de aquí, y eso que no es jueves —le dice Greta, su compañera de curro entre risas.

—Es la bebida estrella de El Capitán, nadie los prepara como mi padre —le responde mi amiga con orgullo, tan feliz que casi siento que puedo palpar su felicidad, mientras yo salgo de la burbuja que había creado sin percatarme, para unirme a la conversación.

—Están buenísimos, además no hay nada mejor en este mundo que tomarte uno viendo el atardecer, mientras suena *Por ti volaré*. Es lo típico de El Capitán, atardecer, mojito y volar con esa canción —le cuento, recordando las muchísimas veces que he visto atardecer, sentada en este mismo lugar, escuchando esa música.

—¿De verdad? ¡Qué pasada! ¿Y hoy también la pondrá?

—Espera y verás —le respondo guiñándole un ojo.

—Tú sí que verás, tú —me dice Luna empezando a sonreír—, no sé cómo he podido olvidarlo —prosigue, mordiéndose el labio y negando con la cabeza.

—¿Qué has olvidado? —le pregunto, llevándome el vaso a los labios y dándole un sorbo a mi mojito.

—Orlando Sun va a venir a la boda —me suelta de sopetón.

—¿Quéeee? —le pregunto, atragantándome con la bebida, empezando a toser, queriendo hacerle el interrogatorio de su vida y no pudiendo por culpa de la tos y del mojito, que siento que se me está saliendo hasta por la nariz.

—¡Tía no te nos mueras ahora que tenemos que ir de boda! —me dice mi amiga Jimena entre risas, dándome palmadas en la espalda mientras yo no puedo dejar de toser.

—¿Puedes repetir lo que has dicho? —le pregunto a Luna a duras penas cuando consigo frenar el dichoso ataque de tos, necesitando cerciorarme de que no lo he soñado—. ¿Me estás diciendo que Orlando Sun va a venir a la cena? —le pregunto medio histérica, buscando una servilleta con la que sonarme la mezcla de mocos y mojito que siento amenazantes en la punta de la nariz.

—Es muy amigo de Gael, ¿cómo no iba a venir? Además... no me mates, por favor, olvidé decirte que tiene una casa en la isla.

—Estás de coña —musito mirándola fijamente.

—Te lo juro; no sé cómo olvidé decírtelo, perdóname —me pide juntando las manos.

—Me estás diciendo que mi actor preferido, mi ídolo, mi dios griego y mi futuro marido... ¡¡¡¿¿¿tiene una casa aquí, mientras yo lo he seguido por medio mundo???! —le pregunto atacada, sin poder creerlo y empezando a buscarlo como una loca por todo el local.

—¡Halaaaaaa por medio mundo, no te pases! Vamos a dejarlo por Madrid y Barcelona —replica mi amiga, carcajeándose con ganas.

—Pero ¿la tiene o no? —prosigo machacona, necesitando asegurarme de que lo que he escuchado es cierto, mientras ella, medio derretida, dirige su mirada hacia la barra, donde está Gael—. ¡Y deja de mirarlo, hija, que vas a gastarlo! —le pido, deseando que me preste atención de nuevo.

—No lo sabes tú bien, anda que no son pegajosos ni nada —interviene Greta haciendo una mueca—. Son como los hippies, todo corazón y amor flotando en el ambiente.

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa eres! —le contesta Luna entre risas, pasando de mí.

—¡Lo séeee! ¡Me viene en los genes, como la guapura! —le responde Greta, socarrona.

—Pero ¿quieres contestarme? —le pregunto, desesperada por obtener la respuesta que tanto ansío—. ¿La tiene o no? —¡Como me diga que sí me muero!

—¡Que síiii, que tiene una casa aquí! —me contesta, poniendo los ojos en blanco.

—¿Dónde? No me digas que cerca de la mía porque me da un patatús —le indico, empezando a hiperventilar. ¡La madre del corderooooo!

—Tranquila, que no va a darte nada; la tiene cerca del faro Cap de Barbaria; hay un camino de tierra que lleva hasta ella. Además, tampoco es que sea tan importante, si tienes en cuenta que no viene mucho por aquí, que hoy cenarás con él y que

mañana vendrá a la boda; aprovéchate y pégate como una lapa.

—Lo que va a darme es un ataque: tía, ¿qué haré cuando lo tenga delante? —murmuro sin dejar de buscarlo, sin poder creerlo todavía.

—¿Cómo que qué harás? Llevas colándote en todas las fiestas y eventos varios a los que él asiste, le has servido copas miles de veces, pero ¡si prácticamente lo conoces! —me dice mi amiga Jimena, divertida.

—¿Haces eso? —me pregunta Greta entre risas—. ¡Tía, eres mi ídolo!

—Pero ¡eso no cuenta! —replico agobiada—. Yo era una camarera más, casi podría decirse que formaba parte de la decoración, pero hoy voy de invitada, como él... —musito, sintiendo cómo el corazón me golpea en la garganta con fuerza... Voy a verlo, a estar cerca de él, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!

—¡Stop! Mírame, respira e inspira —me pide Luna intentando tranquilizarme, algo realmente imposible, para qué engañarnos—. Vas a divertirte, a aprovechar cada segundo y, sobre todo, vas a dejar de agobiarte, además, llevas un vestido de mi colección, ¿no te da eso suficiente seguridad? —me pregunta mientras yo asiento como una muñeca—. Y ahora que lo pienso, ¿no tendría que ser yo la que estuviera nerviosa y tú tranquilizándome? ¿Por qué se han invertido los papeles? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Porque mañana vas a casarte con el de la montaña rusa, no creas que lo he olvidado; todavía estoy muerta de envidia desde que me lo contaste. Eres una diseñadora reconocida, has salido en la revista *Vogue* y tu vida es perfecta, te odio —le suelto sonriendo.

—Bueno, para llegar a ser una diseñadora reconocida aún me falta un poquito, pero lo seré —me dice Luna guiñándome un ojo—, de lo de la montaña rusa, mejor ni hablemos, no quiero que te mueras aún más de envidia —me dice entre carcajadas, ante mi mueca.

—Sí, mejor déjalo —interviene Greta, mientras yo dirijo de nuevo mi mirada hacia la entrada, esperando ver llegar a Orlando en cualquier momento.

Me sudan las palmas de las manos por culpa de los nervios y el corazón me late enloquecido en la garganta, mientras mantengo la vista clavada en la pasarela de madera por la que no deja de llegar gente y, cuando finalmente lo veo, todo desaparece para mí: mis amigas, su parloteo incesante, la música... todo, absolutamente todo enmudece y se borra de mi campo de visión como si una bomba atómica hubiera arrasado con todo lo que encontrara a su paso con la única finalidad de dejarle el espacio libre a él, que lo llena por completo con su magnetismo.

Lleva un traje oscuro y una camiseta negra y prácticamente dejo de respirar ante su presencia, una presencia que eclipsa la de todos los demás, y lo sigo con la mirada mientras él se dirige hacia donde está mi amiga con Gael, devorándolo con los ojos... Lleva las gafas de sol puestas y siento que algo se enreda en mi interior al tiempo que sigo contemplando su pelo oscuro, su tez bronceada, su nariz recta y perfecta, su barba recortada, sus labios...

—Cierra la boca, tía, que se te caerá la baba —me dice Jimena, provocando un estallido de carcajadas.

—Paso de ti —musito, sin poder alejar mi mirada del cuerpo de él—. Tía, que está aquí —le digo flipada, como si no fuera algo obvio, volviéndome durante unos escasos microsegundos para mirar a Jimena y dirigiendo de nuevo mi mirada hacia él, negándome a perderme un solo segundo de su presencia.

—No me digas. No me había dado cuenta —me responde puñetera, mientras yo continúo devorándolo con la mirada—. Por cierto, ¿has visto la tía que lo acompaña?

Y entonces me estampo contra la cruda realidad. «¿Y ésa quién leches es?» me pregunto, haciéndole un escáner en toda regla.

—Que tía más fea, por favor —musito, queriendo verle defectos donde no los hay, pues es todo un monumento.

—¿Fea? ¡Venga ya, tía, ponte gafas!

—Seguro que está toda retocada —aseguro convencida, mirando sus pechos y muriéndome de envidia. ¡Ay, Diossss, yo quiero tener esas tetas!—. Ahora vuelvo —les digo levantándome, más que dispuesta a estar todo lo cerca de él que me sea posible.

¡Ayyyyyy ayyyyyy ayyyyyy! ¡Que me da un patatús! Siento que mi corazón da cientos de volteretas e incluso un triple salto mortal dentro de mí, mientras dirijo mis pasos temblorosos hacia la barra, donde está él, a la vez que mi amiga Luna, de la mano de Gael, se dirige al mirador de El Capitán para ver el atardecer.

¡Pum pum pum! ¡Y más pum pum pum pum! Estoy tan nerviosa que siento cómo me tiembla todo y, sin dudarlo, me coloco al lado de Orlando, sin poder creerlo, sin poder creer que lo tenga tan cerca de mí.

—¿Qué te pongo? —me pregunta Leo, uno de los camareros.

—Un mojito —contesto con voz estridente, recordándome casi de inmediato a un gallo a punto de ser degollado. «¡¿Quieres tranquilizarte?!», me ordeno, mientras intento aspirar su fragancia, escuchar lo que dice y no añado saber lo que piensa, porque eso es imposible, porque si no también lo querría saber, acercándome tanto a su cuerpo que en cualquier momento voy a convertirme en lapa Paloma.

—Estás guapísima esta noche, Palo —me dice Leo sonriéndome mientras prepara mi bebida.

Mi parte fantasiosa desea que Orlando haya oído el comentario y, ya puestos, que se vuelva, pero nada, mi gozo en un pozo, como siempre, mis fantasías son mejores que mi realidad, pienso, acercándome más a él, tanto que siento el tacto de su chaqueta en mi brazo y tengo que frenarme para no pegarme literalmente a su cuerpo y empezar a olisquearlo como un perro.

—Aquí tienes —me dice Leo dejando el mojito sobre la barra, mientras Orlando continúa hablando con su acompañante, completamente ajeno a mi presencia.

—Gracias —le respondo de nuevo con voz estridente, viendo cómo la mujer se cuelga de su brazo. Mentalmente le arranco la cabeza, mientras ambos se dirigen al mirador donde están todos los invitados viendo el atardecer, con la compañía de la voz de Andrea Bocelli y su *Por ti volaré* que ha empezado a sonar.

Como atraída por un poderoso imán, me coloco a su lado, inspirando profundamente el aroma a salitre entremezclado con su fragancia, esa que no deseo olvidar, y durante unos segundos cierro los ojos, disfrutando del momento; la brisa acariciando mi cuerpo, su cercanía, la canción... volando con mis sentimientos hacia ese lugar mágico de mi imaginación donde estamos juntos, donde soy yo la que va colgada de su brazo y a la que presta toda su atención; deseando que eso ocurra, deseando que algún día ese imposible se convierta en realidad.

Con el final de la canción, abro los ojos maravillada ante el espectáculo que se despliega ante mí; el sol ocultándose en el mar, esta isla que es mi casa y él a mi lado, y me vuelvo hacia ese hombre que es mi todo sin que él lo sepa.

—Vamos a sentarnos, Palomita, ya has babeado lo suficiente —me dice Jimena al oído, mientras todos los invitados empiezan a sentarse.

Observo alejarse a Orlando con la nórdica, que es como la he bautizado por el tono pálido de su piel y su pelo rubio, colgada de su brazo, hacia donde está sentado otro pedazo de tío rubio, que a saber quién será, pero que para mi disgusto está besando a una morena, vamos, que aquí todos los tíos buenos están pillados.

—Nena, aquí estamos muy lejos de él —me quejo con disgusto a Jimena, pues si por mí fuera no es que me hubiera sentado a su lado, es que me habría sentado encima.

—Tía, no estamos lejos —me replica ella, mientras les guarda sitio a Pablo y a Mario, nuestros amigos—. ¡Aquí, chicos! —les dice haciéndoles señas con la mano.

—¡Anda que no! ¡Nos separan cinco sillas! ¿Cómo voy a poder hablar con él? —le pregunto contrariada.

—Pues haber sido más rápida, además, luego vas a tener toda la noche para hacerlo, no te quejes tanto —me dice Jimena antes de dejar de prestarme atención—. ¿Dónde estabais? Os habéis perdido la puesta —les dice a Pablo y a Mario, mientras yo me vuelvo de nuevo hacia él.

Madre mía, qué hombre tan guapo, pienso, admirándolo sin una pizca de disimulo. Ya no lleva las gafas de sol puestas y observo fascinada sus increíbles e intensos ojos verdes, rodeados por unas largas y espesas pestañas, e inclino un poco la cabeza para verlo mejor, completa y absolutamente fascinada.

Está hablando con ese hombre rubio y con Gael, totalmente ajeno a mi mirada y a la de todas las mujeres que estamos en la mesa y cuando lo veo sonreír, sonrío yo también sin ser consciente de que estoy haciéndolo.

—Deja de poner esa cara de lela, ¿quieres? —me pide mi amiga al oído—, que quien te vea creerá que te falta un hervor o algo peor.

—No puedo, tía, que es él, ¡es ÉL! —le digo maravillada—. Tengo a Orlando Sun a escasos metros de mí, incluso puede que luego hable con él, ¿te lo puedes creer?

—Definitivamente, te falta un hervor —me dice Jimena entre risas.

—¡Niñoosoooo! No te lleves el vino, que aquí somos todos de casa; déjalo aquí, a mi laíco, para que pueda servirme cuando quiera sin tener que molestarte —oigo que le dice la mujer que tengo a mi lado al camarero y sonrío.

«¡Ay, Diossss! ¡A su “laíco” querría estar yo, para servirme cuando quisiera!», pienso, reprimiendo la tonta sonrisa que parece no querer abandonarme desde que lo he visto.

Cenamos entre risas, pues Crescencia, la mujer que tengo al lado, es un cachondeo continuo y con sus ocurrencias y las anécdotas que va contándome sobre mi amiga Luna, su jefa ahora, y Gael, transcurre la cena, una cena en la que no le quito a Orlando el ojo de encima.

—¡Mira! ¡Ya han abierto la pista de baile! ¡Yupiiii! —le digo a Jimena, deseando levantarme y pegarme a él todo lo que pueda.

—Como sea de los que se quedan toda la noche sentados lo llevas claro.

—¡Ay, calla y no me seas gafe! ¡Miraaaa, se ha levantado! ¡Vamos alláaaaaa! —le digo, cogiéndola del brazo y tirando de ella para que se levante.

—¿Qué haces, loca? —me pregunta entre risas.

—Calla y sígueme —le pido, yendo hasta el baño, donde me recoloco las tetas, subiéndomelas todo lo que puedo—. ¿Están bien? —le pregunto a Jimena mirando mi reflejo en el espejo—. Dime, ¿me ves el canalillo? —le demando, volviéndome hacia ella.

—Tía, tú no tienes canalillo ni tienes «na» —me responde descojonándose.

—Con este sujetador sí tengo, ponte gafas —le digo, haciéndole una mueca—. Además, tú qué sabrás —prosigo, retocándome el pintalabios—. Venga, ¡vamos! —le digo cogiéndola de la mano y arrastrándola de nuevo hasta la pista de baile donde está él, tan macho, tan tío y tan tremendísimo, dejándose querer por la nórdica de tetas de infarto—. Éste es el plan —empiezo, volviéndome hacia mi amiga.

—No me digas que tenemos plan y todo.

—Por supuesto, ¿qué creías? Aquí está todo planeado, presta atención —le ordeno poniéndome seria—. Vas a empujarme.

—¿Quéeee? ¿Cómo que voy a empujarte?

—Sí, tía, quiero que me empujes y me tires encima de él, como si tropezaras conmigo —le explico, visualizando la escena en mi cabeza.

—No hablas en serio —replica Jimena, mirándome como si se me hubiese ido la pinza.

—Y tan en serio. Tía, que como no me tire encima de él pasará la noche y no sabrá ni que existo.

—Chicas, ¿os apetece un chupito de Jägermeister? —nos pregunta Pablo, rodeando la cintura de Jimena ante mi mirada de «¿perdonaaaa?».

—Luego, ahora estamos ocupadas —le digo, deseando que desaparezca por donde ha venido—, además, paso de beber eso —prosigo, recordando mi última cogorza con Jäger y el dolor de cabeza que tuve al día siguiente.

—¿Y qué estáis haciendo, si puede saberse? —nos pregunta él con curiosidad.

—No quieras saberlo —le responde Jimena sonriendo tontamente. «¿Cómoooooo? ¿Y esa cara de lela a qué viene?»

—Oye, Pablo, ¿por qué no te pierdes un ratito? Venga, sé majo y ve bebiendo por nosotras —le pido, mirando de reojo al objeto de mis deseos más oscuros.

—Luego nos reuniremos con vosotros —le dice mi amiga guiñándole un ojo.

¡Sí, hombreeee! ¡Venga yaaaaaa! Y aunque en otras circunstancias le hubiera hecho tal interrogatorio que habría deseado la muerte a seguir con vida, hoy tengo otras cosas más importantes en la cabeza y cuando mi amigo se larga, respiro aliviada. ¡Qué pesadito, Diossss!

—Venga, empújame —le pido entusiasmada a Jimena.

—Ya te vale, tía —me dice, dándome un empujoncito de nada que no me mueve ni un centímetro de mi sitio.

—¿Eso es empujar? ¡Vamos a ver! ¡Que tienes que empujarme con fuerza! —le pido, acercándome más a él—. Y disimula, ¿quieres? Venga, ponle un poquito de ganas —insisto dándole la espalda y entonces me da tal empujón que me deja pegada a la espalda de mi dios, ¡joder qué bruta!

Siento que pierdo el equilibrio e instintivamente me cuelgo de su espalda cual chimpancé, para evitar darme de morros contra el suelo y dejarme los dientes que tanto dinero le costaron a mi madre y, aunque soy consciente de que estoy haciendo el ridículo más espantoso de mi vida, en el fondo estoy encantada de la vida.

—¡Oyeeeeee! Pero ¿a ti que te pasa? —le digo a Jimena haciéndome la ofendida y sacando a pasear a la loca actriz que habita dentro de mí, mientras él se vuelve para mirarnos, con el ceño fruncido y su mejor cara de perdonavidas, conmigo cogida a su espalda—. Looooo loooo loooooooo sieentooo, haaaaa sido culpa... suya —susurro incorporándome, pues tengo el culo en pompa, y soltándome finalmente, completamente cortada ante la intensidad de su mirada.

—Mirad por donde vais —masculla dándonos la espalda de nuevo, pasando de nosotras.

Siento como mi amiga me coge la mano y a rastras me lleva hasta la barra descojonándose.

—¿Por culpa míaaaa? Ya te vale, tía, ni que tuvieras tres años, además, ¡quién te ha visto y quién te ve! ¡Si te has puesto a tartamudear! —me cuenta entre risas, como si yo no lo supiera de sobra, mientras el grupo que Capi ha contratado empieza a tocar *Lost On You*.

—No me digas —le contesto haciendo una mueca, mientras Mario pone frente a mí un chupito de Jäger—. ¿Ya estamos con el Jäger de las narices? Por vuestra culpa voy a salir a gatas de aquí —mascullo, brindando con ellos y bebiéndomelo de un trago, cual camionero, deseando olvidar mi momento tartamudeo con chupitos de esta bebida que es alcohol puro y duro—. ¡Brrrrr, qué asco me da esto! —les digo, erizada de la cabeza a los pies.

—Está buenísimo, no sé cómo puede no gustarte —me dice Jimena, saboreando el suyo.

—¡De coña! No te fastidia. ¡Tíaaaaaaaaaa, pero qué mal me ha salido! —me quejo, mientras mis amigos empiezan a charlar entre ellos y yo observo a Orlando sonriéndole a la nórdica. ¡Yo quiero ser ellaaaaaa!

—Venga, Palo, ven y te lo presento de una vez —me dice mi amiga Luna, que se ha unido a nuestra tercera ronda de chupitos.

—Tía, que no, que me muero de vergüenza —musito, recordando la cara con la que me ha mirado cuando me he estampado contra su pedazo de espalda, ¡Y qué espalda!—. Déjalo estar, que desde aquí ya lo veo bien.

—No me lo puedo creer. Ahora que puedes estamparle dos besos bien dados, te estás rajando.

«¡Ay, si tú supieras, maja!», pienso, suspirando ruidosamente, rememorando mi momento chimpancé con el culo en pompa.

—¡Orlando! ¿Te estás divirtiendo? —le pregunta Luna, cogiendo mi mano y llevándome hasta él, que está pasando por delante de nosotras, y yo me pongo de todos los colores posibles.

—Muchísimo; me encanta este sitio, voy a tener que venir a Formentera más a menudo —le contesta sonriéndole y derritiéndome.

¡Ayyyyy, qué guapo, qué voz, qué sonrisa... qué todoooooooooo!

—Pues si necesitas quien te muestre la isla, aquí tienes a la persona perfecta. Te presento a Paloma, una de mis mejores amigas.

—Encantado —me dice, acercándose a mí, dándome dos besos y consiguiendo que me sonroje intensa y vergonzosamente—. ¿Te conozco? —me pregunta frunciendo el ceño.

«Claro que la conoces, majete, se ha tirado a tu espalda hace apenas media hora, además de colarse en todos los eventos que ha podido y servirte copas como una docena de veces», le responde la insolente voz de mi cabeza, mientras yo termino de morirme de vergüenza.

—Creo que no —musito como puedo, abofeteándome figuradamente por estar tan cortada, ¡mierda!

—Tu cara me resulta familiar...

—Si me disculpáis, Gael me espera —se excusa mi amiga, dejándonos a solas... «¡Ay, por favor, no te vayas que me mueroooooooooo!»

—Pues no lo sé, porque la verdad es que tú a mí no me suenas de nada —le suelto y mentalmente me pego un tiro. ¡Venga yaaaaa! ¿Yo he dicho eso?

Me mira con una sonrisa ladeada que me deja clavada en el suelo, fulminando en un segundo cualquier pensamiento coherente que pudiera tener, vamos, que si me apuras no recuerdo ni dónde vivo. ¡Ay, Dios, con las veces que he imaginado este momento y ahora que lo estoy viviendo estoy haciendo un ridículo espantoso!

—Puede que me recuerdes a alguien...

—Puede, conoces a tanta gente que quién sabe... —musito sonrojada de la cabeza a los pies, encogiéndome de hombros.

—¿Y cómo sabes que conozco a tanta gente si mi cara no te suena de nada? —me pregunta sonriendo abiertamente.

—¿Ehhhhh? ¡No! ¡Noooo no lo sé! Lo he supuesto, claro, yo conozco a mucha gente y supongo que tú también —le respondo como puedo, pegándome el segundo tiro en lo que llevo de noche.

—Pues supones bien —me dice en un susurro, guiñándome un ojo y matándome.

—*I was looking for you* —le dice melosa la nórdica, colgándose de su brazo y yo la miro arrancándole la cabeza, mentalmente, claro, por segunda vez.

—Nos vemos —me dice Orlando sonriéndome con arrogancia, antes de largarse con ella, dejándome clavada en mi sitio completamente deslumbrada.

¡MADREEEEEEE MÍAAAAAAA! Me ha sonreído, me ha guiñado un ojo y ha hablado conmigo. Y a mi pesar, sonrío yo también. ¡Ya me vale! ¡Mira que decirle que su cara no me sonaba! ¡Pa matarme!

Paso el resto de la noche devorándolo con la mirada, intentando bailar lo más sexy y cerca que puedo de él, sonriendo cuando creo que mira hacia donde estoy yo y bebiendo más Jäger del que debería, mientras soporto estoicamente las burlas de mi amiga Jimena, que hoy está con el gracioso subido.

CAPÍTULO 2

Me despierto al día siguiente con un dolor de cabeza monumental y bajo el chorro de la ducha rememoro cada momento vivido ayer, sonriendo tontamente al recordar cuando le dije que su cara no me sonaba de nada y sonriendo más tontamente aún al recordar cómo me guiñó el ojo después. Deseo poder hablar de nuevo con él, que me sonría y sonreírle, que me pida el teléfono, que me invite a una copa y, si no es mucho pedir, que me lleve a su casa y que haga conmigo todo lo que quiera.

«Sí, claro, y la nórdica que os haga los coros», me recuerda la insolente voz de mi cabeza que se empeña en dar su opinión sin que nadie se la pida.

—Pero ¡bueno! ¿Quién te ha dado vela en este entierro? ¡Sal de mi cabeza, pesada! —le digo en voz alta, obviando el martilleo constante que va a darme el día. ¡Mierda de Jäger! ¡No pienso volver a beberlo!

«Seguro», me replica ella con retintín y mentalmente le doy un guantazo.

Me visto con el traje diseñado por mi amiga Luna expresamente para la ocasión: bohemio, sencillo y muy romántico, dejando mi lacia melena castaña suelta y sujetándome con horquillas una fina corona de flores en la cabeza. Me maquillo resaltando los ojos y mi piel aceitunada, sin dejar de analizar mi rostro, sonriendo al recordar el mote de «Pocahontas» que me puso Andrés la primera vez que nos vimos y, aunque en ese momento no me hizo ni pizca de gracia, la verdad es que me va como anillo al dedo, pues el color de mi piel, mi pelo, mis ojos rasgados del color del caramelo fundido y mi boca voluptuosa recuerdan a la protagonista de dicha película.

Y una vez lista, salgo al encuentro de Jimena, Pablo y Mario en cuanto llaman a la puerta.

—¡Me marchó, mamá! —me despido dándole un beso.

—Qué guapa, hija —me dice con cariño—. Diviértete mucho.

—Eso espero —le respondo bajando ya la escalera, deseando llegar cuanto antes a Cala Saona, el lugar donde se oficiará la ceremonia.

—¡Holaaaaaaa! ¿Cómo van esas cabecitas? —les pregunto a mis amigos en cuando entro en el coche y veo sus caras.

—No sé de quién sería la estupenda idea de beber Jäger —masculla Jimena, apoyando la cabeza en el respaldo del vehículo.

—¡Mía no, te lo aseguro! ¡Venga, Pablito, arranca que llegamos tarde! ¡Luna estará histérica!

—Puto Jäger —masculla él dándole al contacto y saliendo del parking de La Masía.

—Pues yo estoy feliz —les digo, sonriendo tontamente.

—Claro que sí, estoy preguntándome qué me pedirás hoy —me dice Jimena haciéndome una mueca.

—Ya te lo diré en cuanto se me ocurra, déjame pensarlo.

—Miedo me das.

Entre risas, llegamos a la casa del padre de Luna, donde la ayudamos a vestirse, viviendo con ella este momento tan mágico y especial. Recuerdo cuando conoció a Gael, lo que vivió ese verano, lo que sufrió más tarde y lo que tuvo que luchar después para llegar a este punto, su meta sin lugar a dudas, y sonrió feliz y emocionada por ella, por esta amiga que es casi como una hermana para mí y la miro sintiendo que las lágrimas pugnan por salir.

—Algún día yo viviré este momento contigo —me dice, enlazando su mirada con la mía y secando sus lágrimas, que fluyen libremente.

—Sólo pienso vivirlo si el novio es Orlando —le aseguro convencida, tragándome las mías, pues odio llorar con todas mis fuerzas.

—Ya lo sé —me responde riendo a pesar de estar llorando.

—¿Recuerdas cuando te dije que yo abrocharía los botones de tu vestido? —le pregunta Paula, la morena que anoche besaba al rubio tío bueno que te mueres que estaba sentado frente a Gael.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer? —me pregunta mi amiga Jimena dándome un ligero codazo, mientras Luna y Paula continúan hablando.

—Sólo quiero disfrutar de este momento con ella. ¿Te lo puedes creer? Nuestra amiga va a casarse. ¿Cuándo hemos crecido que no nos hemos dado cuenta? —le pregunto, tragándome las lágrimas de nuevo.

—No lo sé, sólo sé que ayer estábamos jugando a las muñecas y hoy somos nosotras las muñecas —me responde sonriéndome, visiblemente emocionada—. No lo sé, Palo, no lo sé, pero tienes razón, yo también quiero disfrutar de este momento con ella.

Y dispuestas a hacerlo, nos dirigimos a la playa, donde ya están todos los invitados esperando a mi amiga.

Lo veo en cuanto pongo un pie en ella. Está de pie junto al altar, al lado de Gael, Nachete, el hijo de éste, y el rubio tío bueno que te mueres llamado Philip, pues los tres son sus padrinos y, de nuevo, mi mundo deja de existir para llenarse únicamente de él, de Orlando. Hoy, a diferencia de ayer, lleva un traje blanco, como todos nosotros, y está más impresionante todavía si es posible y aunque me muero de ganas de llamar su atención, recorro el pasillo de arena y flores que me llevará hasta mi sitio fingiendo no verlo, deseando que él sí lo haga y haciéndome la interesante, cuando la cruda realidad es que continúa sin saber ni que existo.

—Ahí tienes a tu chico —me dice Jimena una vez sentadas.

—Ya lo sé tía, y está más impresionante que ayer —musito admirando su rostro, abrumada por todo lo que provoca en mí.

—La verdad es que está muy bueno, yo le haría todos los favores que me pidiera y sin rechistar.

—¡¡¡Ehhhh, túuuu!!! Haz el favor de mirar hacia otro lado, que ya tengo suficiente competencia con la nórdica de las narices.

—Con la nórdica y con las que no son nórdicas, que ese tío igual está con una que con otra.

—Ya sé que es un capullo, no olvides que soy su acosadora vía redes sociales número uno.

—¿Sólo en las redes sociales? Perdona, pero todavía recuerdo aquel día en que te colaste en la habitación de su hotel y te llevaste unos slips suyos.

—En mi favor diré que era joven y alocada.

—Y tan alocada, y en cambio estos días me estás sorprendiendo, pensaba que ibas a tirarte a su cuello en cuanto lo vieras y estás muy contenida. Tía, que ayer hasta tartamudeaste, ¿qué te sucede?

—Y yo qué sé, supongo que me impone que sea amigo de Gael o quizá es que me estoy haciendo mayor y aburrida.

—¿Aburrida tú? —me pregunta entre risas.

—O formal, que es lo mismo —susurro—, el caso es que yo también estoy sorprendida con mi comportamiento, todo sea dicho.

—Chis, calla, que ya ha llegado Luna —me dice cuando comienza a sonar *How Long Will I Love You*, de Ellie Goulding.

—Me encanta esta canción —musito, mientras mi amiga empieza a recorrer el pasillo de arena y flores del brazo de Capi.

La contemplo emocionada, con su mirada enlazada con la de Gael, y suspiro discretamente, sintiendo cómo los ojos se me humedecen de nuevo, tragándome a duras penas las lágrimas cuando ambos unen sus manos de la misma forma en la que hoy unirán sus vidas, y, deseando con toda mi alma no trabarme, me levanto para leer el pequeño discurso que tengo preparado.

—¿Pueden cumplirse los sueños? —empiezo a leer, deteniéndome durante unos segundos para mirar a mi amiga, que me mira a su vez sorprendida, pues sabe lo reticente que soy a hacer este tipo de cosas, y le sonrío antes de proseguir—: ¿Tenemos un alma gemela esperándonos? ¿Existe el amor eterno? Sí, sí y de nuevo sí, porque vosotros, Luna y Gael, me lo habéis demostrado convirtiéndoos en mi certeza, esa certeza que me demuestra que los sueños se cumplen si eres capaz de luchar por ellos, esa certeza que me recuerda que todos tenemos un alma gemela esperándonos, a pesar de que yo a veces lo olvide, y que me demuestra que el amor puede con todo y es para siempre si eres capaz de luchar por él, por muy dura que sea la batalla.

»Y hoy, os pido a todos que desenvainemos nuestras espadas para celebrar la victoria de este amor que brilla intensamente, iluminando cada uno de los rincones de esta cala que es tan especial para ti, amiga mía y hermana de corazón, te quiero y

deseo que siempre seas tan feliz como lo eres hoy y que nunca dejes de luchar por lo que deseas, con esa espada de paciencia, tenacidad y cariño que desenvainaste hace años.

»Enhorabuena, chicos, os deseo todo lo mejor ahora y siempre.

Levanto la mirada del papel, emocionada, felicitándome mentalmente por haber sido capaz de terminar mi discurso sin llorar, pero cuando mi mirada se encuentra con la de Luna, que está llorando como una magdalena, todas mis barreras se desmoronan para empezar a llorar yo también y, aunque estoy muerta de vergüenza por estar comportándome así, no puedo frenarme y me abrazo a ella, a esta amiga que forma parte de mi vida y de mis recuerdos desde que tengo uso de razón.

—Yo también te quiero, Palo, y siempre recordaré este momento.

—Deja de llorar, pava, que por tu culpa estoy haciéndolo yo también —le digo sonriendo, dándole un beso.

Nos reímos ante mi comentario, tan mío, tan de tía dura y, tras besarnos de nuevo y darle un abrazo a Gael, me dirijo a mi sitio muerta de vergüenza por el numerito que acabo de montar.

—Definitivamente, no te reconozco, leyendo en público y llorando, quién te ha visto y quién te ve, dime quién eres y qué has hecho con mi amiga —me ordena Jimena, llorando conmigo.

—Ay, por favor, tú también llorando. Llego a saberlo y me marco una rumba en lugar de leer. Ya os vale, tías, pedazo de lloronas estáis hechas —le digo sonriendo.

—Ya te vale a ti, qué bonito lo que has escrito —susurra, secándose las lágrimas.

—De algo tiene que servirme leer tanta novela romántica.

—Romántico-erótica —matiza sonriéndome.

—Bueno, la erótica vamos a dejarla a un lado por hoy, ya nos pondremos cochinas en otro momento —susurro entre risas, mientras prosigue la ceremonia.

Una ceremonia que, por cierto, es de las más bonitas que he vivido nunca y en la que tengo que controlarme para no llorar de nuevo cuando escucho el discurso de Capi. «¡Ayyyyy, por favor, este hombre va a terminar de arruinar mi reputación como no se calle de una vez!», pienso suspirando, empezando a verlo todo borroso por culpa de las puñeteras lágrimas.

—Llego a saberlo y cojo diez paquetes de pañuelos —musita Jimena, que tiene el regazo lleno de pañuelos a rebosar de mocos.

—Joder, tía, que panzada a llorar te estás pegando —le digo intentando bromear, a pesar de que tengo un nudo en la garganta que no me deja vivir.

—El niño me ha matado en serio, ver cómo se ha esforzado para decirle a Luna cuánto la quiere y lo feliz que está de tenerla en su vida me ha roto.

—Luna está muy orgullosa de Nachete y lo quiere muchísimo, el otro día me lo contó todo y te juro que casi lloro escuchándola.

—Te estás ablandando, tía, me gustaría saber dónde está la tía dura y orgullosa que conozco.

—Eso quisiera saber yo, no te creas, que no me aguanto ni yo con tanto lloro y sensiblería.

—Oye, pues a mí me encanta descubrir esta nueva faceta tuya, que estoy harta de ser la llorona del grupo.

—Siempre vas a ser la llorona del grupo, es imposible superar esa facilidad tuya que tienes para llorar por todo.

—De lo que hablarás tocarás, no seas tan chulita, que al paso que vas ya te veo llorando por un simple cambio de estación —susurra, ahogando una carcajada.

—Sigue soñando, nena —le respondo con voz grave.

Cuando termina la ceremonia, nos dirigimos a El Capitán, donde degustamos un menú típico de nuestra isla y, aunque no estoy precisamente cerca de Orlando, no pierdo detalle de cada uno de sus gestos, vamos, que no me tuerzo el cuello pero casi.

—Éste es el plan —le digo a Jimena, cuando, tras la tarta, abren la pista de baile.

—Sorpréndeme.

—Necesito que te deshagas de la nórdica para dejarme el camino libre.

—¿Cómo que me deshaga de la nórdica?

—Nena, que esa tía es una pesada y parece que esté pegada a él con Loctite Super Glue.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Y yo que sé, podrías amordazarla, encerrarla en el baño, tirarle el vino por encima, romperle las piernas... Sé creativa, tía.

—Suerte que no me has dicho que me la cargue.

—Eso sí que no, recuerda que somos mujeres civilizadas —le digo, mientras me recoloco las tetas con disimulo.

—Sobre todo tú. Bueno, ya pensaré algo, pero tú te vienes conmigo, por lo menos hasta que tenga el tema encauzado.

—Ni que fueras un río —mascullo entre risas, levantándome y tirando de ella—. Vamos, levanta el culo, que estoy perdiendo un tiempo precioso.

—¡Diooossss, llévame contigo y ahórrame esta condena en vida! —farfulla Jimena dramáticamente mirando al cielo.

—Con lo bien que te lo pasas conmigo. Mira, la nórdica se ha ido al baño, sígueme —le digo, acelerando el paso.

—¡No vas a encerrarla! ¡Te lo prohíbo! —me asegura ella, siguiéndome entre risas.

—Si no fuera por la cola que formaríamos, te aseguro que ésta iba a pasarse horas y horas hablando con el señor wc.

—¡Ayyy, calla y déjame a mí! Vamos a esperar a que salga y entonces, ¡pumba! La mareamos entre las dos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —le pregunto entusiasmada.

—Ya sale, tú sígueme la corriente —me dice Jimena saliendo a su encuentro—. ¡Holaaaaaa! ¿Qué talllllll? —le pregunta cortándole el paso.

—*Sorry, I don't speak Spanish* —le responde la otra con una voz muy suave.

—Joder, pues lo llevamos crudo para liarte —le dice Jimena sonriendo con dulzura—. *My name is Jimena and she is Palo, my best friend, what's your name?* —le pregunta con un acento español que tira para atrás, llevándosela del brazo hacia la barra sin dejar de parlotear en inglés, o lo que ella entiende por inglés—. *In Formentera somos we are hospitalarios. ¿Cómo se dice hospitalarios?* —me pregunta sin soltarla.

—*¿Hospitalary? ¡Y yo qué sé!*

—*Don't worry, we are very happy and we are living a celebration*, era así la canción de Rosa en Eurovisión, ¿verdad? —me pregunta, llegando hasta la barra—. *And we are celebration this married*. Leo, ¡sírvenos un chupito de Jäger!

—¡Venga ya, tía! ¿Vas a emborracharla? —le pregunto, ahogando a duras penas una carcajada.

—*Ohhhhh, no no nooooo I don't drink alcohol, never, never, never!*

—*Nooooooooo, this is no alcohol, this is hierbas, ¡mierda! ¿Cómo se dice hierbas, tía?*

—*This is like tea* —le digo rematándolo—. *Is very similar, very very similar, ¡chin chin!* —prosigo, reprimiendo las arcadas y tragándome mi bebida de un trago, mientras mi amiga casi le lleva el chupito a los labios a la nórdica. ¡Ay, Dios, que la pitiminí esta no sale con vida de aquí!

—*Ohhhh, myyyyyy Gooddddd! This tea is very strong.*

—*Yes, but is very very good for the skin.* ¡Venga, otro chupito! —le dice Jimena entre risas, y yo aprovecho para escabullirme disimuladamente al ver llegar a Pablo y a Mario con Luna y Gael, que se unen a la ronda de chupitos haciendo imposible la huida de la nórdica, que, con la tontería, ya va por el tercer «té».

Decidida a dejar de ser invisible y con la nórdica poniéndose hasta arriba de chupitos de Jäger, me dirijo en busca de Orlando, está hablando con otra tía y bufo disimuladamente.

—¿Orlando? ¡Holaaaa! ¿Qué tal? —le pregunto, pasando de la pelirroja que está con él.

—Vaya, nos vemos de nuevo, ¿te suena ya mi cara? —me pregunta con socarronería.

—Algo me suena ya—le respondo guiñándole un ojo, sintiendo el rubor cubrir mi rostro.

—Muy bonito el discurso que has leído —me dice, metiéndose las manos en los bolsillos—, aunque, ¿de verdad piensas que...? —Ay, Señorrrr, qué hombre más guapo y perfecto, qué ojos, qué boca, qué dientes tan bien alineados, ¡lo que daría por que me diera un mordisco! ¡Ñammmmm! ¡Muérdeme, neneeeee!

—¿Me estás escuchando? —me pregunta divertido, devolviéndome a la realidad.

—¡Por supuesto! —¡Ay, mierda, que he perdido el hilo de la conversación! ¿Qué narices me estaba diciendo? ¿De qué estábamos hablando?

—¡Orlandoooooo! *I've drunk a tea and I'm sick. I'm so dizzy! Can we home? I need to collect myself* —oigo que le dice la nórdica, que llega hasta donde estamos nosotros tambaleándose.

—¿Qué le pasa? —le pregunto preocupada. ¡Ay, Dios, que nos la hemos cargado!

—Nada, dice que se encuentra mal —me dice él, antes de dirigirse a la nórdica pitimini—. *Ok, don't worry, we say goodbye and we're getting out of here.*

Y a pesar de que apenas entiendo inglés, hasta el «goodbye» llego y, sin poder callarme, le suelto.

—¡Noooooo! ¿Ya te vas? —¡Será posible con la nórdica esta! ¡Ahora va y se nos pone mala por unos cuantos chupitos de Jäger! ¡Qué tía más floja, Dios mío!

—Nos vemos, morena, diviértete —me dice él tras guiñarme un ojo.

Lo veo sujetarla por la cintura, mientras ella, blanca como la cera, se deja querer y yo, bufando, me dirijo a la barra donde están mis amigos.

—¡Teníamos que haberla amordazado! ¡Ahora va y se nos pone mala! —le digo a Jimena, colocándome a su lado.

—¿Qué dices, loca? —me pregunta entre risas.

—Que ha sido muy mala idea lo del Jäger.

—La siguiente vez nos la cargamos directamente si te parece.

—Te aseguro que nos hubiera ido mejor, qué coñazo de tía, seguro que no habrá cenado nada y le habrán sentado como un tiro los chupitos.

—Con lo delgada que está no me extrañaría, ésta sólo ha cenado agua y aire.

—Pero ¡qué mierdaaaa! ¡Ahora se ha ido! —medio lloriqueo.

—¡Bueno, pero estamos nosotros! ¡Venga, anima esa cara y baila conmigo! ¡Que esta canción mola mucho! —me dice ella mientras suena *Duele el corazón*

Y con Jimena, con esta canción y con la compañía de mis amigos consigo medio superar la decepción que siento y es que, aunque no lo diga, a mí también me duele el corazón por no haber podido estar más tiempo con él.

CAPÍTULO 3

Me despierto antes de que suene la alarma del reloj y me vuelvo hacia la ventana, cubriéndome más con la sábana, intentando conciliar el sueño de nuevo a pesar de que cada vez estoy más despierta, y, finalmente, me levanto dirigiéndome hacia ella, abriéndola e inspirando profundamente la fragancia de los pinos, observando la oscuridad que todo lo envuelve, aunque ya por poco tiempo, pues en menos de una hora el amanecer se abrirá paso iluminando cada rincón de esta preciosa isla y, con él, llegará un nuevo día y una nueva oportunidad, aunque en mi interior sienta que esa oportunidad nunca llega realmente para mí, pienso, mientras me siento en el alféizar de la ventana y disfruto del silencio, recordando cada momento vivido ayer durante la boda de mi amiga Luna, decepcionada por no haber podido estar más tiempo con Orlando y con la envidia abriéndose paso, porque... ¿a quién pretendo engañar? Quiero a mi amiga como la que más, pero su felicidad y sus logros me recuerdan la falta de los míos y, con tristeza, inspiro de nuevo, soltando todo el aire hasta vaciar por completo mis pulmones, deseando con esa espiración poder expulsar ese sentimiento dañino de mi interior, recordándome de nuevo que soy afortunada por tener una familia que me quiere y a la que quiero, y que vivo en un lugar que es un paraíso, aunque, para mí, en ocasiones sea más parecido a una cárcel.

La fresca brisa de la mañana acaricia mi rostro consolándome de mis lúgubres pensamientos y deslizo mi mirada hacia ese paisaje que forma parte de mi vida y de mis recuerdos; los bosques de pinos y sabinas colindantes a nuestras propiedades y el camino de tierra que lleva de la carretera principal hasta esta masía que es mi casa, pero también mi puesto de trabajo, pues desde que mi padre nos abandonó, hace muchos años ya, mi madre volcó todos sus esfuerzos en reformarla hasta convertirla en lo que es ahora, un pequeño hotel y un verdadero remanso de paz para los turistas que desean alejarse del bullicio de la ciudad.

Recordar lo que tengo que hacer me activa y me dirijo hacia el baño, donde me doy una larga ducha mientras repaso mi lista de «urgentes». Hoy he quedado con mis amigos para despedir a Luna, que regresa con su marido a Madrid, pero antes tengo que revisar que el jacuzzi exterior funciona correctamente y buscar otra masajista, pues Rocío, nuestra masajista habitual, ha tenido que viajar a la península para visitar a su hermana.

Tras vestirme con el uniforme que utilizamos los empleados de La Masía, consistente en un pantalón negro con una camiseta verde, y recoger mi lacia melena en una cola de caballo, salgo al exterior disfrutando del silencio, roto únicamente por el trinar de los pájaros que comienzan a despertar y de la gravilla al ser pisada, para

dirigir mis pasos hacia el patio trasero, que se encuentra dominado por una piscina con forma ovalada, bordeada por tumbonas, donde Ramón, nuestro jardinero, botones y «chico para todo» está anudando las cortinas de las camas balinesas que se hallan en uno de los extremos del patio, junto a la imagen de un buda.

—¡Buenos días, madrugadora! —me saluda con una resplandeciente sonrisa.

Ramón es tan madrugador como yo y juntos hemos disfrutado en innumerables ocasiones del amanecer, incluso en los días de invierno.

—¡Buenos días! —le respondo, observando los farolillos que cuelgan del porche que utilizamos como comedor en los meses de verano, y mi último capricho para La Masía—. Venía a comprobar que el jacuzzi funciona, anoche llegué muy tarde y olvidé hacerlo.

—Funciona a la perfección, Santi y yo estuvimos metiéndole mano hasta las tantas y hoy lo tenemos sonriendo y listo para complacer.

—Sabes que eso ha sonado muy guarro, ¿verdad? —le digo con una carcajada.

—Ya sabes que soy muy guarro, la pena es que no quieras comprobarlo por ti misma —me responde guasón.

Ramón es uno de mis mejores amigos y, aunque durante unos años estuvo residiendo en Ibiza, viviendo como él dice la buena vida y, según yo, la mala vida, nunca perdimos el contacto y estas bromas, siempre a espaldas de mi madre, forman parte de nuestro día a día.

—¿Qué pasa, Pocahontas? —me pregunta acercándose a mí.

—Y dale con el motecito, anda que no sois pesados —le contesto con una sonrisa que no me llega a los ojos.

—¿Qué quieres, chica?, eres clavadita. Venga, empieza a soltar, ¿qué está pasando por esa cabecita tuya?

Sin contestarle, me siento en el borde del jacuzzi haciendo dibujos en el agua con los dedos y recordando lo que no deja de agobiarme desde hace meses. Observo el tatuaje que llevo en el reverso de la muñeca, una estela de estrellas... unidas para siempre —pienso sonriendo al recordar el día que nos las tatuamos Jimena, Luna y yo — y alzo la mirada hacia ellas, hacia esas estrellas que ahora oculta el día, a pesar de que siempre están ahí, aunque no las veamos. Como nosotras, como nuestra amistad, inquebrantable y para siempre, a pesar de la distancia y de lo distintas que somos...

—¿Vas a contármelo o piensas seguir guardándotelo? —insiste Ramón sentándose a mi lado y desviando su mirada hacia donde se encuentra la mía, hacia el paisaje abrumador que nos envuelve, pues nuestra masía no está rodeada por altos muros ni nada que pueda privarnos de estas increíbles vistas, sino por unos simples troncos con forma de barandilla, que separan nuestra propiedad de los bosques de pinos y sabinas que impregnan el aire con su fragancia.

—Todo y nada —le respondo finalmente, evitando su mirada mientras el sol comienza a despuntar en el horizonte—. Tengo cosas que hacer, hablamos luego —murmuro levantándome, sin demasiadas ganas de profundizar en el tema.

—Ehhhh, para, tú de aquí no te mueves. ¿Qué ocurre? —me pregunta con seriedad deteniéndome.

—¡Que yo nunca hubiera elegido esto! —le respondo casi vomitándolo, alzando mi mirada hasta encontrarme con la suya—. Tú estás aquí porque quieres, mis amigos están aquí porque quieren, pero yo estoy aquí porque debo, porque mi padre no me dejó otra opción.

—¿Tu padre o tu madre?

—Mi padre, él lo cambió todo cuando se largó dejando sola a mi madre con tres mocosos —mascullo con rencor, sentándome de nuevo a su lado.

—Tú nunca fuiste una mocosa— me rebato con simpatía.

—Porque no tuve más remedio que dejar de serlo. Ramón, éste no es mi sueño ni quiero que sea mi futuro.

—Sabes que siempre hay una alternativa a lo que nos viene impuesto, ¿verdad? Cuando te fuiste a estudiar a Madrid esto funcionó igualmente, no tienes por qué quedarte si no quieres.

—Sí, pero durante los años que estuve fuera tuve que soportar las quejas de mi madre. Yo quiero ser actriz, no quiero regentar una masía en Formentera, por mucho que me guste este lugar.

—¿Y por qué no haces las maletas y te marchas?

—Porque me puede la responsabilidad —murmuro con tristeza, levantándome de nuevo—, no puedo hacerle eso a mi madre —mascullo, dirigiendo mi mirada hacia el edificio que con tanto empeño, y siempre apoyándose en mí, ha ido reformando poco a poco—. Tengo que irme, he de hacer varias llamadas —musito despidiéndome.

—¡Paloma! —me llama él y me vuelvo—. Nada ni nadie te ata aquí si tú no quieres, no permitas que nadie te frene y vive tu vida como deseas.

No le contesto y suspirando me encamino hacia el interior del edificio, donde me pongo con mi rutina diaria detrás del mostrador, esa rutina que ha conseguido que mi sueño de ser actriz sea algo cada vez más difuso en el horizonte de mi vida.

—¡Buenos días! ¿Ya estás repuesta?

Alzo la cabeza al oír la alegre voz de mi amiga Jimena y le sonrío.

—Por supuesto. ¿Qué creías, que unos cuantos chupitos iban a poder conmigo? Además, buena es mi madre para dejarme holgazanear hasta las tantas en la cama.

—Aunque te lo permitiera no lo harías, eres una pesada, sólo tú eres capaz de levantarte cuando todavía es de noche.

—Ya sabes que soy una criatura diurna —le rebato sonriendo—, no como tú, ¿a qué hora te acostaste anoche, pendón?

—Acostamos —matiza sonriendo—. Pablo se quedó conmigo, no soy el único pendón del grupo.

—Te llevas muy bien con tu nuevo jefe, ¿verdad? —le pregunto, deseando ahondar más en el tema, pues este fin de semana la complicidad entre ellos ha sido más que evidente.

—Recuerda que también es mi amigo, no te montes películas.

—Sí, claro, lo que tú digas, pero a mí no me miras ni me sonríes como a él —le rebato sonriendo, cogiendo el teléfono y marcando la línea de mi madre—. Mamá, me marcho, vendré luego... Vale, chao.

—¿Libre? —me pregunta Jimena sonriendo.

—Casi, un segundo —le digo, desapareciendo y casi volando por la escalera, directa a mi habitación, donde sustituyo mi uniforme por unos vaqueros y una camiseta—. ¡LISTAAAAA! ¡Vámonos! —le digo casi a voz en grito, aferrándome a la barandilla para no pegármela, pues estoy bajando los escalones casi de dos en dos.

—Tía, es que ni los domingos libras, tu trabajo es una putada —me dice una vez fuera, dirigiéndose hasta su Fiat 500, que se encuentra estacionado en el pequeño aparcamiento—. ¿Vamos juntas?

—Vale —musito con una idea formándose en mi cabeza—, pero antes tenemos que ir a un sitio —le digo sonriendo, decidida a llevarla a cabo.

—¿Adónde?

—A su casa —le respondo con aplomo, sentándome en el asiento del copiloto.

—¿A casa de quién? —me pregunta completamente perdida, dándole al contacto.

—Qué espesita te has levantado, hija, ¿a casa de quién va a ser? ¿Acaso has olvidado que tiene una casa aquí? ¡Nena, que me he recorrido España entera siguiéndolo en cada uno de sus estrenos y tiene una casa aquí!

—¡Mira que eres exagerada! Quien te oiga creerá que has viajado más que el baúl de la Piquer, además, ¿qué piensas hacer cuando llegues? ¿Llamar al timbre y pedirle que te invite a una cervecita? ¡No! ¡Espera! ¡Casi mejor podríais compartir la botella de Jäger con la nórdica, así terminas de cargártela!

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa! Y, no es por nada, pero estás olvidando que fue idea tuya.

—Mujer, tienes que reconocer que entre amordazarla, encerrarla en el baño o romperle las piernas, el Jäger era la mejor opción.

—Pues que sepas que casi cometiste pitiminicidio.

—¿Pitimini quéeeee? —me pregunta soltando una carcajada.

—Estaba pensando cambiarle el apodo de nórdica por el de pitiminí, ¡mira que ponerse mala por unos cuantos chupitos de Jäger!

—¿Unos cuantos? Tía, que con la tontería se bebió seis o siete chupitos casi de golpe.

—¡Bah! ¡No me importa! ¡Es una floja! Por su culpa Orlando se fue —mascullo bajando las ventanillas del vehículo y dejando que el viento acaricie mi rostro, mientras recorremos la carretera principal que nos llevará a Sant Francesc Xavier y de allí al faro Cap de Barbaria.

Las casas esparcidas por doquier y el cielo azul libre de nubes, fundiéndose con el turquesa del mar me reconfortan, como siempre, y apoyando la cabeza en el respaldo pienso en cómo sería mi vida alejada de todo esto, alejada de estas playas, de este paisaje y de la seguridad que representan, preguntándome como sería mi vida si en lugar de vivir la vida que vivo viviera la que deseo, si viviera mi sueño, como lo vive él y como lo vive mi amiga Luna...

—Estás muy callada —me dice Jimena, devolviéndome a la realidad, mientras el paisaje cambia a nuestro alrededor a medida que nos acercamos a nuestro destino, pues los fragantes bosques de pino, los campos y las casas han dado paso a un paisaje vasto y de desoladora belleza y de nuevo pienso en Madrid, esa ciudad que tira tanto de mí y que es tan distinta a mi isla—. ¿Y ahora? —prosigue Jimena deteniendo el vehículo frente al faro.

—Debe de ser por ahí —murmuro, localizando el camino de tierra del que nos habló Luna, señalándolo con el dedo.

—¿Debe? —me pregunta mi amiga enarcando una ceja.

—¿Qué quieres, tía? Sé lo mismo que tú, además, no olvides que es mi primera vez —le respondo sonriendo, sintiendo como el corazón se me acelera.

—De tu primera vez hace tanto tiempo que ni te acuerdas.

—Mira quién fue a hablar, doña precoz.

—Doña curiosa más bien —me rebate con una carcajada, poniendo el coche en marcha de nuevo e incorporándose al camino de tierra—. A saber a dónde nos llevará esto, mira que estás loca, Palo.

—¡Bah! ¡Cállate! —le respondo riendo y sacando la cabeza por la ventana, absorbiendo las miles de sensaciones que me abordan cada vez que estoy aquí.

El viento azotando mi rostro, el acantilado majestuoso, el mar rompiendo feroz a nuestros pies... y ¡SU CASA!

—¡Allí! ¿La ves? ¡Debe de ser ésa! —le digo emocionada, viendo un puntito a lo lejos.

—¡Síiii! ¡Vamos allá! —me responde ella acelerando y dejando una nube de polvo a nuestras espaldas.

Tengo la mirada fija en la casa, en ese puntito minúsculo que a medida que nos acercamos va convirtiéndose en un alto muro que no nos permite ver nada de lo que se encuentra en su interior.

—Ya le vale —musito bajándome del coche cuando estamos frente a ella, claramente decepcionada.

—Pero ¿estás segura de que es aquí?

—Segurísima, Luna dijo que estaba rodeada por un muro y no veo más muros por aquí —contesto, alzando la mirada y calculando la altura que deberá tener—. Acerca el coche todo lo que puedas —le pido a Jimena mordiéndome el labio.

—Ni de coña —me responde ella con rotundidad.

—¿Por qué no?

—Pues porque no —me contesta reafirmandose—. Vámonos, venga, querías saber cómo era y ya lo sabes.

—Pero ¡si no se ve nada! ¡Venga, tía, acércalo al muro!

—¡Que no! Que te veo venir y una mierda vas a subirte al techo. ¡Tía, que todavía estoy pagándolo, no me toques las narices! —me dice, leyéndome el pensamiento.

—Qué malo es conocerse, ¡coño!, ¡venga, que me quito los zapatos!

—Palo, tienes treinta y dos años, compórtate como la mujer madura que se supone que eres, ¿quieres? —me pide, cruzándose de brazos.

—Treinta y uno —matizo—, no me pongas más años de los que tengo, y te recuerdo que soy una mujer madura, pero también intrépida. Venga, ¿lo haces tú o lo hago yo?

—¿Intrépida? —me pregunta enarcando una ceja—. Yo más bien diría inconsciente, ¡Dios, llévame pronto contigo y libérame de este suplicio! —musita dramáticamente, poniendo los ojos en blanco y entrando en su vehículo para acercarlo al muro.

—¡Ainsss, qué emoción! ¡Acércalo más! —le pido, calculando la distancia de nuevo mientras ella maniobra sin dejar de maldecirme.

—¿Así?

—¡No! ¡Más! ¡Un palmo por lo menos!

—Voy a matarte —sisea acercándolo lo máximo al muro—. ¡Y quítate los zapatos! —me pide, aunque no hace falta que lo haga, pues ya me he descalzado y estoy subiéndome al capó—. Como me lo abolles o le pase algo a mi niño bonito, te falta isla para correr.

—Tía, no llego —me quejo ya sobre el techo, viendo que aún me falta bastante—. Este coche es muy bajito, podrías haberte comprado un...

—Una grúa, si te parece —me corta desde abajo, cruzando los brazos.

—¿Por qué no subes tú y me monto sobre tus hombros?

—¡Y UNA MIERDA! Deja de hacer el tonto y bájate. ¿No ves que no llegas? —me pregunta, mientras valoro dar un salto y colgarme del borde, como en las películas—. ¡NI SE TE OCURRA SALTAR! —me grita, acercándose a mí con la firme intención de detenerme.

—¿Quieres no gritar? —le pregunto, cogiendo impulso y dando un salto que para sí quisiera James Bond, quedando colgada del borde.

—¡La madre que te parió! ¡VOY A MATARTE! —brama mi amiga desde abajo, mientras yo permanezco colgada sin poder subir ni bajar. ¡Mierda! ¿Y ahora qué hago? ¡Como me suelte me rompo la crisma!

—¿Y ahora qué, listilla? ¿Necesitas que llame a los bomberos para que vengan a rescatarte? —me pregunta Jimena descojonándose.

—A la policía es a quien voy a llamar yo.

Me vuelvo hacia esa voz oscura, ronca y tremendamente sexy... ¡ÉL!

Su mirada dura y peligrosa me paraliza momentáneamente, mientras las palmas de las manos comienzan a sudarme y trago saliva, deslizando mi mirada por su cuerpo... por su increíble, glorioso y majestuoso cuerpo; lleva unos simples vaqueros oscuros con una camiseta de manga corta que marca todos los músculos de sus brazos y medio babeo mirándolo, a pesar de la situación incómoda en la que me encuentro.

—Pero ¡si eres tú! —me dice reconociéndome, cruzando los brazos.

—¡Y tú eres tú! ¡Qué casualidad! ¿No me dirás que esta casa es tuya? —le pregunto muerta de vergüenza, sacando de nuevo a pasear a la loca actriz que habita dentro de mí—. ¿Podrías ayudarme a bajar? ¿Por favor? —musito, poniendo mi mejor cara de pena.

—Vamos a ver si lo he entendido, te pillo intentando colarte en mi casa ¿y encima tengo que ayudarte? ¡Esto es el colmo, joder! —me dice, soltando una carcajada—. ¿Qué eres, una de esas fans locas? ¿Y cómo sabías que ésta era mi casa? ¿No serás de la prensa? —me pregunta receloso.

—Ah, pero ¿es que eres famoso? —replico, haciéndome la sorprendida.

—¿Sabes qué? No pienso ayudarte, tú sola te has valido para subirte ahí arriba, pues baja como puedas —me dice, dándose la vuelta para entrar en su casa de nuevo.

—¡No puedes decirlo en serio! —le grito, moviendo las piernas de manera vergonzosa, buscando apoyo en algún sitio, pero este dichoso muro no tiene ni un puñetero agujero, es una superficie completamente lisa—. ¡Vale, llama a la policía! ¡Soy una delincuente! ¡Que venga alguien a detenerme! —le grito, llamando de nuevo su atención.

—Yo no la conozco de nada, sólo pasaba por aquí y me ha hecho gracia verla, por eso me he detenido —le dice Jimena la traidora.

—¿No sois amigas? —pregunta él enarcando una ceja.

—En mi vida había visto a esta loca, había acercado el coche para ayudarla, pero pensándolo mejor, que se apañe sola.

—¡Iros a la mierda los dos! —les grito sin poder dar crédito—. ¡Jimena, la loca esta va a saltar sobre el capó y va a abollártelo como no me ayudes!

—¡Ni se te ocurra! —me contesta a voz en grito, viendo la carrocería de su amado coche en peligro de abollamiento inminente.

—Creía que no la conocías —le rebate Orlando a mi amiga—. Joder, jamás me había visto en una situación como ésta —masculla entre cabreado y divertido a la vez—. Aparta el coche de ahí —le ordena a mi amiga, que, como un perrito faldero,

obedece sin rechistar lo más mínimo—.Vamos a ver, pequeña delinciente, déjate caer, yo te sujetaré.

—¿Y cómo sé que no vas a apartarte y dejar que me rompa las piernas? —le pregunto, deseando soltarme cuanto antes, pues me arden las palmas de las manos y temo que las tengo llenas de heridas.

—Es un riesgo que deberás correr. Venga, salta, que no tengo todo el día.

Miro hacia abajo, hacia donde él me espera con los brazos extendidos, y aunque es una locura y estoy muerta de vergüenza, ni en mis mejores sueños hubiera imaginado algo así y, sin pensarlo dos veces, hago lo que me pide, soltándome y sintiendo casi al instante cómo sus brazos envuelven mi cuerpo con fuerza. ¡Ay, mi madre! ¡Que se detenga el mundo para siempre!

Tiene sus manos en torno a mi trasero y yo le rodeo el cuello con los brazos, mientras inclino levemente la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos, a esos ojos que ya no me miran divertidos ni cabreados.

—Nos vemos de nuevo, pequeña delinciente —musita con voz ronca sin soltarme, acelerando suavemente mi respiración.

—Eso parece —susurro, sintiendo una corriente electrizante recorrer mi espalda.

—¿Qué hacías en mi casa? ¿De verdad pretendías entrar saltando el muro? —pregunta, recorriendo con su mirada mis labios.

—Soy diseñadora de interiores y me moría de curiosidad por ver cómo sería por dentro, no sabía que era tuya —le miento, recorriendo con la mía los suyos, completamente derretida y fascinada.

—Eres una temeraria —me dice sin soltarme.

Siento la calidez que emana de su cuerpo y, ya puestos, y como él no parece tener intención de soltarme, decido aprovecharme un poco más de la situación enredando mis dedos en su pelo.

—Eso dicen por ahí —musito, atrapando su mirada mientras sus fuertes brazos aflojan la presión y mi cuerpo se desliza suavemente al suelo rozando el suyo y provocándome una explosión de calor.

—*¡Orlando! Where are you?* —le pregunta la nórdica, saliendo de la casa al tiempo que los brazos de él, para decepción mía, me liberan de su agarre.

—*I'm here, blonde* —le dice, guiñándome un ojo.

Observo a la mujer, muerta de envidia. «Rubia», la ha llamado, y no es para menos, tiene el pelo tan claro que casi podría pasar por albina, y de nuevo me muero de envidia. ¡Dios, qué injusta es la vida y qué mal repartido está el mundo! Lo que daría por medir 1,90 y no 1,59, ¡vamos que ni a 1,60 llego! ¡Un tapón, eso es lo que soy!

—Nos vemos pequeña delinciente —musita él sólo para mis oídos, y lo devoro con la mirada, incapaz de articular palabra, mientras pasa frente a mí hacia su casa, donde lo espera la nórdica de las narices.

—¡Desde luego que hoy te has superado, amiga! —me dice Jimena cuando Orlando, seguido por la nórdica pitimini, desaparece tras la puerta.

—¿Vuelvo a ser tu amiga? —le pregunto con retintín cuando consigo hacerme con el control de mi cuerpo y de mi voz—. ¡Creía que no me conocías de nada! por cierto... ¿cómo me has llamado? —le pregunto fingiendo no recordarlo—. ¡Ah, sí! Era algo así como loca, ¿verdad? —siseo, fulminándola con la mirada.

—Como mínimo. ¡Estás loca de atar! Pero ¿cómo se te ha ocurrido saltar? ¡Tía, que podrías haberte matado! —me dice, subiendo a su coche sin esperarme.

—¡Y en cambio he terminado entre sus brazos! Si lo planeo no me sale mejor —le digo entusiasmada, subiéndome yo también y cerrando de un portazo.

—¿Y si hubiera llamado a la policía? Tía, que estabas intentando allanar una propiedad privada y eso es delito.

—Delito es estar tan bueno, qué brazos, tía, qué torso, qué labios y qué todo —le digo, poniendo los ojos en blanco y reviviéndolo todo de nuevo—. ¿Has visto cómo me cogía? Ufffff, no sé cómo no me he muerto, ¿y sabes cómo me ha llamado? «Pequeña delincuente». Que si me lo dices tú, como si nada, pero dicho por él, con esa voz ronca, mirándome como me estaba mirando... ¡Ay, Diossss míooooo Jesucristo! ¡Lo que no sé es cómo no lo he llenado de babas!

—Deberías tratarte en serio, esto se te está yendo de las manos —me replica divertida.

—¿Tratarme? Lo que estaba pensando es en volver mañana y colgarme de nuevo —le respondo entre risas.

—¡Conmigo no! ¡Qué vergüenza he pasado por tu culpa!

—¿Vergüenza tú? Te recuerdo que la que estaba colgando era yo y, por cierto, ¡ni se te ocurra contárselo a Luna!

—Es lo que pienso hacer nada más la vea —me responde ella con una tranquilidad pasmosa mientras nos alejamos.

—No es verdad —musito, mirándola fijamente.

—¡Claro que no! Lo que voy a hacer es contárselo a Gael directamente, Orlando es uno de sus mejores amigos, ¿verdad?

—¡Ja! ¡Eso no te lo crees ni tú! —le contesto con toda mi chulería, recostándome en el asiento y cerrando momentáneamente los ojos, reviviendo de nuevo la sensación de sus brazos rodeando mi cuerpo, la de mis dedos enterrados en su pelo y la de su mirada, la de su intensa, abrasadora y abrumadora mirada recorriendo mis labios y siento cómo mi vientre se contrae suavemente con cada uno de mis recuerdos.

CAPÍTULO 4

Hacemos el camino hasta Cala Saona en silencio, cada una sumida en sus pensamientos, con los pinos flanqueando nuestro camino a medida que nos acercamos y, cuando Jimena estaciona, observo que la moto de Pablo ya está aparcada en la zona destinada a las motocicletas.

—Pablo ya ha llegado —le digo mirándola suspicaz—. Has estado muy calladita todo el viaje —insisto, mientras nos encaminamos hacia el sendero de arena que nos llevará a Cala Saona y de ahí a El Capitán.

—Tú también —me rebate, poniéndose a la defensiva.

—Bueno, pero yo tenía un motivo, ¿tenías tú uno?

—¿Y cuál era ese motivo si puede saberse? ¿Recordar el ridículo espantoso que has hecho?

Niego con la cabeza sonriendo, mientras cruzamos la cala casi desierta.

—Jimenita, Jimenita... siempre viendo la parte negativa de las cosas. Estaba recordando y grabando en mi memoria todo lo que he sentido estando entre sus brazos. Te juro que seré viejecita y todavía lo recordaré, será una de esas experiencias que les contaré a mis nietos frente a la chimenea.

—Mejor ahórratelo, menudo ejemplo vas a darles; acoso y allanamiento de morada, ¡sí, señor!, éstos son los valores que hay que transmitir de abuelos a nietos —me responde riéndose.

—Yo más bien lo definiría como locuras de adolescencia —replico sonriendo y encogiéndome de hombros.

—¿Te consideras una adolescente con treinta y un tacos? —me pregunta descojonándose, mientras subimos la rampa de arena que nos llevará a El Capitán—. ¡Eso es ser optimista, leches!

—La edad es lo de menos, lo que importa es el interior y yo todavía estoy en plena adolescencia, no como tú... Además, estás dándome largas —le insisto, acercándome más a ella—. ¿De verdad no tienes nada que contarme?

—¡Ay, qué pesada eres, hija! ¡Que noooooo! ¡No tengo nada que contarte!

—Vale, ¡como quieras! —le digo, llegando hasta la mesa donde se encuentran Luna y Gael con Pablo y Mario, charlando con Capi, el padre de Luna—. ¡Holaaaaaaa! ¿Cómo están hoy los recién casados? —les pregunto acercándome a ellos y dándoles dos sonoros besos, observando de reojo cómo Pablo le sonrío a Jimena. ¡JAAAA! ¡LO SABÍA! Y carraspeo mirándola.

—Alguien está esperando su sonrisita —le digo en un susurro, puñetera como sólo yo puedo llegar a ser.

—Vete a la mierda —me contesta en un susurro ella también, saludando al resto.

—Pablo, qué bien te veo —prosigo machacona, dándole dos besos.

—Pues como ayer —me contesta sin entenderme, mientras yo saludo a Mario.

—El caso es que hoy te veo mejor, como más relajado —replico sin dejar de sonreír, sentándome al lado de Luna—. Capi ¿puedes traerme algodón y agua oxigenada, por favor? —le pregunto, mirándome las palmas de las manos, que me arden.

—Pero ¿qué te ha pasado? —me pregunta mi amiga, cogiéndomelas y observando las irritaciones y los arañazos.

—Nada, que me he caído —le respondo sin profundizar en el tema.

—Pero ¿estás bien? —me pregunta Gael, el pedazo de tío bueno que mi amiga tiene por marido.

—Claro, no ha sido nada —le digo, restándole importancia.

—Nada para lo que podía haber sido —interviene Jimena—, ¿verdad? —dice, achinando los ojos, dispuesta a devolverme el golpe.

—Hombre, tampoco ha sido para tanto —contesto, fulminándola con la mirada —, no exageres.

—¿Que no exagere? Tía, podías haberte hecho muuuucho daño, ¿no te apetece contarlo?

—¿No te apetece a ti llenarte la boca con aceitunas? —le pregunto, cogiendo el cuenco lleno de aceitunas y acercándoselo—. Te gustan mucho, ¿verdad?

—Sí, pero me apetece más seguir hablando de ti y de tu caída —me replica ante la atónita mirada de todos, que no entienden nada.

—Claro, después del atracón de anoche estarás llena —prosigo sin amilanarme.

—Bueno, más que tú a lo mejor, por lo menos no...

—¡Orlando! ¡Aquí, tío! —oigo que dice Gael y, horrorizada, observo que se levanta para hacerse ver.

¿Quéeee? ¿Cómooooo? ¿En seriooooo? ¡Ayyyyyyyyyyyy, mierda! ¿De verdad está aquí? Y me vuelvo lentamente, haciéndome pequeña en mi silla mientras a mis oídos llegan las sonoras carcajadas de Jimena.

—Tengo que irme —musito, empezando a levantarme.

—¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes! —me dice Luna cogiéndome del brazo e impidiendo mi huida. ¡Tía, que he preparado este encuentro para que puedas conocerlo, no como ayer, que apenas hablasteis! No creas que no me di cuenta —me dice sonriendo, pues sabe la fascinación, casi obsesión que siento por él—. Nena, ¿no estás contenta? ¡Es tu sueño hecho realidad!

—Claro —musito, empezando a ponerme roja, mientras de reojo observo cómo Orlando se acerca hasta nosotros caminando con seguridad, tan increíble, tan perfecto, tan... TÍO BUENO con todas las letras y, apoyando los codos sobre la mesa, cubro mi rostro con la palma de las manos.

—¡Hola, tío! —oigo cómo lo saluda Gael.

Yo continúo con el rostro encendido cubierto por mis manos, imaginando que estarán estrechándose la mano o abrazándose y dándose palmadas en la espalda... vamos, esas cosas que hacen los tíos cuando se ven.

—¿Y Rebecca? Creía que vendría contigo.

—Necesitaba reponerse y la he dejado descansando en la tumbona, ya sabes, rollos de modelos —le responde él con esa voz rasposa y sexy capaz de contraer mi vientre a pesar del apuro que estoy viviendo.

—Chicos, os presento a Orlando —dice Gael—, uno de mis mejores amigos.

—Encantado. —La voz de Pablo...

—Hola, tío. —La voz de Mario...

Entreabro los dedos para ver cómo se dan la mano, ahora le toca a Jimena y veo cómo sonrío encantada de la vida ante lo que me viene... ¡será mala pécora!

—Yo soy Jimena, creo que no nos habían presentado formalmente todavía.

Me deslizo por la silla más muerta de vergüenza si es posible, viendo cómo la mirada atónita de Orlando viaja de ella... a mí y sonrío resignada, deslizando las palmas sobre mi rostro hasta dejarlas acunándolo y permitiendo que mi mirada se encuentre con la suya, que me mira asombrado.

—Y tú eres la diseñadora de interiores, ¿verdad? —me pregunta con una incipiente sonrisa, ya repuesto del asombro inicial.

—¿Paloma diseñadora de interiores? ¿De dónde has sacado eso, Lando? —le pregunta Luna, mirándolo asombrada—. Paloma regenta una masía preciosa con su familia aquí en la isla —prosigue mi amiga, hundiéndome todavía más en la miseria. Vamos, que le dice que quiero ser actriz y que soy fan suya y literalmente ya puedo pegarme un tiro o beberme un litro de lejía, lo que tenga más a mano.

—Supongo que una pequeña delincuente me habrá llevado a cometer semejante error —le contesta, volviendo su mirada acerada hacia mí.

—Ya le vale a «ésa» —le digo con todo el aplomo del que soy capaz, levantándome finalmente y tendiéndole la mano, sintiendo todavía mi cara arder por la vergüenza.

¡Ay, Señor, me tiré a su espalda colgándome de él, emborraché a la nórdica pitiminí y, para rematarlo, voy y me cuelgo del muro de su casa! Este hombre debe de estar flipando conmigo.

—¡Aquí tienes, Palomita! —nos interrumpe Capi, dejando sobre la mesa el agua oxigenada con el algodón.

—¿Eso es para ti? —me pregunta Orlando, cogiendo la mano que le he tendido y sorprendiéndome al darle la vuelta hasta dejar mis arañazos e irritaciones frente a él.

—No es nada, me he caído —miento de nuevo, deseando que no diga nada.

—¿Y cómo te has caído? —me pregunta divertido.

—Tropecé —le contesto atropelladamente, mientras oigo de fondo la sonora carcajada de mi amiga... Voy a matarla, en serio, ésta no sale con vida de aquí.

—Ya veo, y supongo que habrá sido una caída... —carraspea— ¿aparatosa?

—Mucho, muy aparatosa —le respondo, alejando mi mano de la suya—. Encantada de conocerte... de nuevo —musito, sentándome y cogiendo el agua oxigenada para empezar a curar mis heridas.

—Paloma quiere ser actriz —le cuenta Luna a Orlando. ¡Ayyyyyy, Diossss! Ya puedo coger la pistola y apuntarme con ella—. ¿Verdad, Palo? Igual Lando podría darte algún consejo —añade mi amiga con simpatía, intentando que entablemos conversación y metiendo la pata hasta el fondo—. Además es una de tus mayores fans. —¡PUM! ¡MUERTA, FULMINADA y lista para que los animales carroñeros terminen con mi cuerpo!

—No me digas —contesta él sonriéndome con chulería—. Y yo creyendo que no te sonaba mi cara.

¡AY, DIOSSSS, LLÉVAME CONTIGO!

—Bueno, eso de que soy una tus mayores fans... tampoco es para tanto —digo, viendo de reojo la cara de asombro de Luna.

—Seguro... por eso te has caído, ¿verdad? —me pregunta socarrón, sentándose frente a mí con esa sonrisa que está empezando a ponerme mala.

—Ya sabes... una caída la tiene cualquiera, ¿tú nunca te has caído?

—No como tú —me responde divertido, recostándose en la silla—. Entonces, ¿quieres ser actriz?

—Eso parece —musito, intentando volcar toda mi atención en la labor de limpiar mis heridas.

—Si quieres ser actriz, en esta isla no vas a conseguirlo —me dice, mirándome fijamente y dejando correr, gracias a Dios, el tema de la caída de una vez.

—Ya lo sé —contesto, uniendo mi mirada a la suya, maravillándome de nuevo por la perfección de su rostro, por tenerlo frente a mí y por estar hablando con él.

—Paloma compagina su trabajo en La Masía con el de doblaje. En Ibiza hay un estudio bastante importante, donde trabajan mucho para Universal, ¿no es así, Palo? —prosigue Luna, que parece empeñada en contarle mi vida con pelos y señales.

—¿El estudio de Andrés? —la interrumpe Orlando, frunciendo el ceño.

—¿Conoces a Andrés? —le pregunto extrañada. ¡Madre mía, si al final será verdad que el mundo es un pañuelo!

—¡Claro! Andrés es colega mío... y tú... ¡tú eres Pocahontas! —me dice soltando una risotada.

—Pocahontas es la protagonista de una película de Disney, no dejes que te líe —le digo, ocultando la sonrisa que amenaza con aparecer, ¡ya le vale a Andrés!

—¡Joder! ¡Me ha hablado muchísimo de ti! Dice que eres un talento desaprovechado, yo mismo he visto tu trabajo y es buenísimo —me dice con renovado interés—. ¿Qué haces aquí escondida? —me pregunta apoyando sus antebrazos en la mesa e inclinando ligeramente su cuerpo para acercarse más a mí.

—Ya te lo ha dicho Luna, ayudar a mi familia —le respondo en *shock* ante el silencio sepulcral de la mesa. ¿De verdad piensa que tengo talento? A Andrés se lo he oído decir muchísimas veces... pero que lo piense él...

—Déjame darte un consejo y, si quieres ser actriz, haz las maletas y sal de esta isla ahora mismo. Mira —me dice, anotando algo rápidamente en una servilleta de papel—, éste es el número de teléfono del representante que tuve en Madrid, no suele aceptar a todo el mundo, pero si le dices que vas de mi parte no creo que tengas problemas. Te aseguro que es el mejor, así que, si decides intentarlo, no lo dudes y ponte en contacto con él.

—Gracias —musito, cogiendo la servilleta y mirando el número de teléfono y el nombre de ese hombre que puede ayudarme a conseguir mis sueños.

—¿Tienes videobook? —prosigue él, sacándome de mis pensamientos.

—No —respondo, sin poder creer que esté interesándose por mi carrera.

—Sin videobook no vas a ningún sitio, eso es tu carta de presentación como actriz, junto con tu currículum, necesitas hacerte uno —me dice, mientras mis amigos se desentienden de la conversación y comienzan a charlar entre ellos.

—Pero si no tengo nada, ¿cómo voy a poder hacerlo? —le pregunto encogiéndome de hombros, y veo cómo endurece su mirada.

—Mira, niña, este mundo es muy jodido, frustrante e inestable y si ves difícil algo tan simple como hacerte un videobook, será mejor que continúes sirviendo mesas en la masía de tu familia —me suelta con dureza, mirándome fijamente.

—Perdona, pero hace mucho tiempo que dejé de ser una niña —le replico molesta—. Además, no creo que tú tengas muchos de esos problemas de los que me hablas —mascullo, levantándome sin dejar de mirarlo y cogiendo el agua oxigenada y el algodón—. ¡Ah!, y otra cosa, si decido seguir o no sirviendo mesas será cosa mía.

¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Será posible el idiota este! ¡Que me quede sirviendo mesas dice! Pero ¿quién se cree que es? —me pregunto cabreada, dirigiéndome a la barra donde Capi está hablando con unos y con otros.

—¡Toma! Gracias —le digo, dejándolo todo de malas formas en la barra.

—Oye no te enfades. —Orlando...

—¿Quién te ha dicho que esté enfadada? —le pregunto casi mordiéndolo, mientras me vuelvo hasta quedar de nuevo frente a él.

—Digamos que hasta ahí llego, además, lo que deberías hacer es besar por donde piso en lugar de maldecirme por lo bajo —me dice sonriendo con arrogancia.

—¿Perdonaaaa? ¡Esto es colmo! —le digo asombrada—. ¿Y por qué debería hacer semejante estupidez si puede saberse? —le pregunto, sacando todo mi carácter a relucir, a pesar de que en el fondo no hay nada que desee más que besar y lamer por donde pisa y, ya puestos, besarlo y lamerlo a él.

—Por salvarte el culo cuatro veces hoy —me replica, apoyando su antebrazo en la barra, destilando arrogancia por todos los poros de su piel.

—¿Cuatro? Pero ¿tú cómo cuentas? ¿Multiplicando por cuatro? Que yo sepa, sólo ha sido una vez —le digo, reproduciendo en mi cabeza los bochornosos momentos vividos a su lado.

—¿Estás segura? —me pregunta con insolencia, mientras yo sigo rememorando cada uno de ellos.

—Me dedicaré a servir mesas, pero sé contar, a lo mejor eres tú quien necesita que le expliquen cómo se hace —le respondo con aplomo, sin dejar de admirarlo... Madre mía, pero qué guapísimo y qué buenísimo y tremendísimo y... ¡suficiente! ¡Ya está bien!

—Creo que para «eso» justamente no necesito explicación alguna, ¿quieres que te lo demuestre? —pregunta, recorriendo mi cuerpo con su descarada y salvaje mirada y matándome.

—Deja de mirarme así, ¿quieres? Y no me refería a «eso» precisamente —murmuro muerta de vergüenza.

—Creía que estábamos hablando de contar —murmura liándome— y, no sé tú, pero yo sigo contando cuatro, pequeña delincuente; una, cuando te he salvado de romperte las piernas —susurra con voz ronca, acercándose tanto a mí que puedo sentir la calidez de su aliento sobre mi rostro—, dos, cuando no he llamado a la policía —prosigue, mirándome intensamente y contrayendo mi vientre—, tres, cuando te he seguido la corriente frente a tus amigos —murmura, deslizando su mirada por mis labios y acelerando mi pulso, mi respiración y hasta los parpadeos de mis pestañas.

—¿Y la cuarta? —pregunto con un hilo de voz, sintiendo cómo la electricidad nos envuelve.

—La cuarta será esta tarde —me asegura, mientras sus manos, con un movimiento fluido, liberan mi pelo de la goma elástica, dejándolo caer libre sobre mi espalda—. Estaba deseando tocarlo... —murmura, enterrando sus dedos en él—. Nunca había visto un pelo como el tuyo, Pocahontas —dice, y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no cerrar los ojos y ponerme a gemir.

—¿Y qué pasará esta tarde? —susurro, viendo cómo una sonrisa comienza a formarse en su perfecto rostro.

—Que voy a ayudarte con tu videobook —me dice, retirando la mano de mi pelo y sentándose en uno de los taburetes, alejándose de mi cuerpo, que de inmediato lo reclama a gritos.

—¿CÓ... cómo? —pregunto sin poder entenderlo.

—Vamos a ver, pequeña delincuente —me dice con fanfarronería—, el objetivo del videobook es que te conozcan, que vean cómo te mueves, cómo hablas, que te escuchen. Esto no es cine mudo, Pocahontas, y tu voz es importante, tienen que saber cómo suena y te aseguro que la tuya suena muy, pero que muy bien —me dice de nuevo con voz ronca—. Tienen que ver lo que transmites con tu cuerpo y con tu voz y ver en ti al personaje que buscan.

—Sé cuál es la finalidad del videobook —le digo, intentando que no me altere más de lo que ya lo está haciendo, algo bastante improbable cuando me siento como si estuviera siendo arrollada por un tren de mercancías a alta velocidad—. Pero ¿cómo vas a ayudarme?

—Tú y yo vamos a rodar una escena juntos —me asegura con una seguridad aplastante—. Voy a enviarle un mensaje a Andrés y, si tiene el estudio libre, podríamos grabarla esta tarde, incluso podríamos hacerte un *casting*, no sé... algo pensaremos —me dice guiñándome un ojo y consiguiendo que mi corazón dé un cuádruple salto mortal.

¡AY, DIOSSSS MÍOOOO DE MI VIDA! ¡VIRGEN DEL CAMINO SECO!
¡¡Orlando Sun!! El hombre de mis sueños y la perfección hecha hombre está proponiéndome rodar una escena juntos y ayudarme con mi videobook. ¡Ay, Señor!
¡Esto debe de ser coña! «¿Dónde están las cámaras?», me pregunto mirando disimuladamente a mi alrededor.

—¿Lo dices en serio? —digo finalmente cuando consigo hacerme con el control de mi voz—. ¿De verdad vas a ayudarme?

—Por cuarta vez, pequeña delincuente.

—¿Y por qué lo haces? —murmuro sin entender qué puede mover a semejante portento a hacer algo así por alguien a quien no conoce de nada.

—Digamos que de vez en cuando me gusta ayudar a mujeres desvalidas —me responde con arrogancia.

—¿Desvalida yo? ¿Quieres comerte mi puño? —le pregunto, poniendo los brazos en jarras, sacando de nuevo mi carácter a relucir.

—Hombre, ya puestos, me gustaría comerme otras cosas, si no te importa —me responde con una sonrisa diabólica.

—No puedo creer que hayas dicho eso —le respondo con una sonora carcajada, alucinada por estar viviendo esto con él y, discretamente, me pellizco para cerciorarme de que no estoy soñándolo y que es real—. Y, dime, si Andrés tuviera el estudio libre esta tarde, ¿qué escena grabaríamos? —planteo, en un intento por reconducir la situación hacia un tema más seguro para mí.

—Como va a ser tu videobook, lo dejo a tu elección.

—¿Y tiene que ser precisamente de una película? ¿Podríamos hacerla sobre algún libro, aunque no se haya llevado al cine?

—La finalidad del videobook no es publicitar ninguna película, sino publicitarte a ti, o sea que puedes elegir lo que quieras.

—Vale, en ese caso elijo el libro *Soñaré que te sueño*, ¿lo has leído? —le pregunto, aunque realmente no sé por qué lo hago, pues dudo que lo haya hecho.

—¿Qué género es? —dice, dirigiendo su mirada hacia la playa, hacia donde las olas rompen con suavidad.

—Romántico-erótico —le respondo, admirando su perfil, sus largas pestañas y su tez bronceada, mientras él se vuelve de nuevo hacia mí con esa media sonrisa que comienzo a reconocer y también a temer.

—Los libros románticos son un coñazo, pero estoy seguro de que la parte erótica me gustará. ¿Vamos a rodar una escena erótica? —me pregunta con voz ronca—. Vaya, eres más temeraria de lo que pensaba —murmura medio sonriendo, mirándome de una forma capaz de hacer que se me doblen las rodillas.

—¿La rodarías? —le pregunto acalorada tan sólo de imaginarlo.

—Por supuesto, nunca he temido ese tipo de escenas. Y tú, ¿lo harías?

—Si el papel mereciera la pena, sí —afirmo, omitiendo la coletilla de que tendría que merecer mucho muchísimo la pena, para hacer frente a la furia desatada de mi madre—, pero hoy no será ese tipo de escena. ¿Quieres que te cuente un poco de qué va el libro? —digo, deseando de nuevo reconducir la conversación que inexplicablemente con él siempre termina derivando en sexo.

—No hace falta —me responde rotundo.

—¿No? ¿De verdad no necesitas saber un poco de qué va la historia para poder meterte en el papel?

—Lo de meterme se me da de miedo —me responde burlón— y para que te enteres, pequeña delincuente, por si decides meterte tú también en este meollo, nunca vas a saber el guion entero de la película cuando vayas a hacer los *castings*.

—Ya lo sé —murmuro, recordándome que necesito hacer un curso de reciclaje urgentemente—. Aun así, pienso que cuanta más información tengas sobre el personaje, mejor.

—En una separata tienes todo lo que necesitas saber, si sabes leer, por supuesto —me dice de nuevo con arrogancia.

—Todo el mundo sabe leer —le replico con retintín.

—Te equivocas, todo el mundo sabe unir letras, que no es lo mismo que saber leer. Mira, si yo ahora les diera la misma separata a cada uno de tus amigos, te aseguro que cada uno interpretaría la historia a su antojo, te sorprenderías de la capacidad de inventiva que tiene la gente, cuando lo más sencillo es leer lo que realmente pone.

—No te entiendo.

—Lo harás esta tarde, Andrés acaba de contestarme y podemos ir a su estudio. Te dejo, que tengo a una gatita hambrienta esperándome.

—¿Te gustan los gatos?

—Por supuesto, siempre y cuando tengan las piernas bien largas y ronroneen mientras me meta entre ellas —me responde guiñándome un ojo y tengo que controlarme para frenar mi expresión hipermegaescandalizada.

—Muy gracioso —le rebato sonrojada.

—No tienes ni idea, gatita —me responde, consiguiendo que me sonroje todavía más. Pero ¿cómo puede ser tan golfo?—. Te espero a las seis en el estudio de Andrés, o, si lo prefieres, puedes esperarme colgada del muro de mi casa, aunque no te prometo que te ayude esta vez, si no vas a estar dispuesta a agradecerme como es debido.

—Ten por seguro que no voy a besar por donde pisas —le contesto, intentando reprimir mi sonrisa, todavía escandalizada y sonrojada.

—No me refería a eso precisamente —me responde sonrojándome todavía más, vamos que en estos momentos estoy segura de que mi tez ha adquirido una tonalidad humillantemente roja.

—Mejor nos vemos en el estudio de Andrés —susurro.

—Qué pena, me hubiera encantado estar entre una rubia y una morena, y más si la morena tiene un culo de infarto como el tuyo, pero como quieras —me dice, encogiéndose de hombros.

—No me va el sexo cochino —le respondo atropelladamente, escandalizada, halagada y excitada a pesar de todo. ¡Dios, este hombre es el colmo!

—¿Sexo cochino? Pero ¿tú de dónde has salido? —me pregunta carcajeándose—. Déjame decirte, pequeña delincuente, que te encantaría el sexo cochino conmigo —musita acercándose a mí, inclinándose ligeramente y rozando sus labios con los míos—. Y estoy seguro de que terminarías pidiendo más —prosigue, dándome una palmada en el trasero—. Dime que me acompañas —insiste con voz ronca, sin alejar su mano de mi trasero.

En eco me llega su petición, mientras mi cuerpo se tensa, explota y se desborda de una manera desconocida para mí y, aunque estoy tentada a decirle que sí, que me voy con él para que haga conmigo todo lo que quiera, en el fondo y para disgusto mío, sé que no lo haré.

—Si alguna vez quieres estar con esta morena de culo de infarto, sólo estarás con ella, porque no pienso compartirte, ¿lo tienes claro? —le suelto, acercándome más a él, lamiendo sus labios con la punta de mi lengua—. Te veo esta tarde.

¡AY, DIOS MÍO! ¡DIOS MÍO! ¡DIOS MÍOOOOOO! Pero ¿qué he hecho? «¿Se me ha ido la pinza o qué?», me pregunto volviéndome y caminando como puedo hacia la mesa donde mis amigos nos miran, o me miran, ni lo sé, con la boca completamente desencajada.

—¿Pasa algo? —les pregunto, sentándome junto a ellos.

—Tú dirás —me responde Luna entre risas—. La madre que te parió, ¡tú no pierdes el tiempo, eh, maja! ¡Me parece que se han juntado el hambre con las ganas de comer!

—Te espero a las seis, Pocahontas, espero que cambies de opinión y te decidas por una escena erótica —murmura Orlando sólo para mí, posando sus manos sobre la mesa, con su pecho casi pegado a mi espalda y sus labios rozando el lóbulo de mi oreja, contrayendo y humedeciendo mi sexo palpitante—. Nos vemos, chicos, me

alegra haberos conocido —les dice con una seguridad que para mí quisiera, incorporándose, mientras yo sigo tiesa como un palo, todavía acalorada y sin dejar de mirar al frente, sin poder creer que le haya lamido el labio. ¡Vamos, que este momento lo enmarco!

—Igualmente —le responden los demás casi al unísono.

—Llámanos si vienes por Madrid —oigo que le dice Gael, que se ha levantado para despedirse de él.

—Eso ni lo dudes. —A mis oídos llega el sonido de sus palmas, supongo que de nuevo estarán haciendo esas cosas que hacen los tíos, pero me niego a volverme—. ¿Os marcháis hoy?

—En unas horas.

—¿Y Philip y Paula? ¿Ya se han largado? —le pregunta Orlando, refiriéndose a otros de sus mejores amigos.

—Ya sabes, tenían ganas de ver a la niña y estaban deseando volver a Madrid para estar con ella.

—¡Qué coñazos! Luego les mandaré un mensaje para meterme un poco con ellos.

—El día que alguna tía te cace, vas a ser peor que todos nosotros juntos y ese día, prepárate, capullo, porque te las vamos a devolver todas juntas.

—Lo dudo, yo no soy como vosotros, nenazas —le responde entre risas, mientras yo no pierdo detalle de la conversación.

—¿Sabes ese dicho que dice «de lo que hablarás tocarás»? Yo que tú no hablaría tanto, no sea que te comas las palabras una a una —interviene Luna entre risas.

—Luna, no puedes hablar conmigo y decir «tocar» y «comer» en una misma frase. ¡Gatita, que estás casada, y encima con uno de mis mejores amigos!

—¡Vete a la mierda! —le responde ella carcajeándose.

—¡Qué capullo eres, joder! —interviene Gael y supongo que algo le habrá hecho a Orlando ante el quejido de éste.

—Ya nos ha salido el jefe de la manada, sólo te ha faltado ponerte a aullar —le responde entre risas—. Me largo tío, tengo cosas que hacer.

Y durante unos segundos estoy tentada a tirar de su mano para impedir que lo haga.

—Nos ha encantado tenerte con nosotros en un momento tan especial —le dice Luna y ahora es cuando supongo que estarán abrazándose, pero de nuevo me niego a volverme—. No te hagas tanto de rogar y ven a Madrid más a menudo.

—Sólo si le pones la correa a éste —le dice, pinchando a Gael—. Me largo. ¡Hasta luego, chicos!

—¡Hasta luego! —contestan mis amigos, mientras él se dirige con seguridad hacia la rampa de arena que lo alejará de El Capitán y de mí.

Sólo cuando lo veo desaparecer, me permito aflojar la tensión de mi cuerpo y respirar profundamente.

CAPÍTULO 5

—¡Hombre, Palomita! ¡Ya creíamos que teníamos que empezar a ponernos cómodos!
—me suelta Mario entre risas.

—¡Ja! ¡Qué gracioso eres! —le respondo, con una carcajada liberadora, mientras mis amigas me miran con esa sonrisita tan de ellas, tan de... venga, que ya estás tardando en soltarlo—. ¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—¿Tú qué crees? ¿Vas a contárnoslo o no? Tía, que te hemos visto lamerle el labio, pero ¡mira qué eres fuerte! —me dice Jimena, mientras Pablo, Mario y Gael continúan el cachondeo entre ellos. Durante unos segundos observo a Pablo y a Gael, esos hombres que en el pasado lucharon por mi amiga y que ahora están compartiendo unas cervezas como si nada de eso hubiera sucedido, y los miro feliz, feliz por ellos y por ella.

—Seguimos esperandoooooo, ¿tía, adónde te has ido? —me pregunta Luna, sin saber que estaba pensando precisamente en ella y en lo que sucedió en el pasado con su marido y Pablo.

—Estoy tan alucinada que no sé ni por dónde empezar —murmuro, volviendo a la realidad—. Nenas, que me ha propuesto sexo guarro —les confieso en un susurro para evitar que los chicos, en especial Gael, me oigan, sonrojándome de nuevo.

—¿Sexo guarro? —me pregunta Luna carcajeándose y tapándose la boca ante mi mirada asesina.

—Yo que tú me subía a la barra y lo gritaba a los cuatro vientos para que todos se enteraran —siseo entre dientes.

—Luna no sé, pero a ti eso de subirte sobre algo se te da de miedo —me dice Jimena y le doy una patada por debajo de la mesa.

—¿De qué habláis? Estáis muy raras hoy —nos dice Luna ante el quejido de mi amiga.

—Ya te lo contaremos cuando estemos a solas —musito—. Cállate ya, majita, que menudo día llevas —le susurro a Jimena.

—Pero ¡si me voy hoy! —se queja Luna.

—Entonces, ¡te lo contaremos por WhatsApp! —le responde Jimena carcajeándose—. ¿Y qué le has dicho?

—¿Qué voy a decirle? ¿Me has visto irme con él acaso? Tía, que a mí esas cosas no me van.

—Ni a mí —me secunda Luna—. A mi marido lo quiero para mí enterito.

—Pero ¿lo habéis probado para saberlo? —nos pregunta Jimena sorprendiéndonos.

—¿Lo has probado tú? —la interrumpo sin dar crédito.

—No, pero me gustaría, al menos una vez.

—¿Con quién? —le pregunto con recochineo, medio sonriendo.

—¿Qué más da con quién? —me responde fulminándome con la mirada—, el caso es que al menos una vez en la vida me gustaría estar entre dos tíos. Llámame guarra si quieres, me da igual —me dice recostándose en la silla.

—Guarra —le digo sonriendo.

—Mojigata —me rebate—, que ibas para monja y ni te enteraste.

—Sí, claro, lo que tú digas, pero esta mojigata le ha lamido el labio a Orlando Sun y va a verse de nuevo con él esta tarde para hacer un videobook.

—¿Has quedado con él? —suelta Jimena alucinando.

—¿Va a ayudarte? —me pregunta Luna, alucinando todavía más.

—Se ha ofrecido a grabar una escena conmigo, ¿os lo podéis creer? ¡Tías, que esa escena vale su peso en oro! ¿Os dais cuenta de la importancia que tiene? ¡Nenassss, que es Orlando Sun!

—Entonces, ¿quiere eso decir que vas en serio con lo de ser actriz? —me pregunta Jimena con seriedad.

—No lo sé, ha sido todo tan rápido que no he podido pensarlo detenidamente —susurro, inspirando profundamente—, pero tener un videobook es el primer paso de lo que sea que tenga que venir.

—Y el segundo es decírselo a tu madre —me dice Luna cogiéndome la mano—. Tienes que estar segura cuando lo hagas, luego no habrá marcha atrás, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé...

—Si te decides finalmente y te vienes a Madrid, dímelo, todavía conservo mi piso y podrías quedarte allí; está en el centro y el alquiler no es muy alto.

—Déjame que lo piense —musito, de repente muerta de miedo.

—Yo no quiero que te vayas —me dice Jimena—. ¿Qué haré yo aquí sola sin vosotras?

—No creo que vayas a aburrirte mucho —le respondo, alzando las cejas—, es más, creo que vas a estar más que entretenida —añado por lo bajo, viendo cómo Pablo la mira.

—Qué harta me tenéis hoy, ¡que no me entero! —exclama Luna.

—Venga, llévame a La Masía y te lo cuento por el camino —le digo, viendo lo tarde que se ha hecho.

—Espera, le pido las llaves del coche a mi padre y nos vamos —me dice ella levantándose y diciéndole algo a Gael al oído.

—Nos vemos, chicos, la reina madre me espera látigo en mano —bromeo levantándome.

—¿Necesitas que vayamos con las espadas en alto? —me pregunta Mario sonriendo, pues todos saben el genio que se gasta mi madre cuando quiere.

—Creo que puedo apañármelas yo sola, además, tengo a Ramón, que es como «la hierbas», pero en versión masculina —les digo entre risas—. Buen viaje, Gael.

—Gracias, espero verte pronto —me dice sonriendo.

—Ya veremos —murmuro, temerosa del futuro que comienza a brillar a lo lejos.

—¿Nos vamos? —me pregunta mi amiga con las llaves del coche en la mano.

—Sí, ¡chao, chicos!

Por el camino le cuento todo lo que me ha sucedido con Orlando, ante sus sonoras carcajadas, pero también le hablo de mis deseos y de mis miedos.

—Siempre ha sido igual, Palo —me dice, estacionando en el parking de La Masía y deteniendo el vehículo—, siempre has interpuesto los deseos de tu madre a los tuyos propios, y si de verdad quieres ser actriz es ahora o nunca. Orlando te ha ofrecido ayudarte con el videobook y tienes mi piso. ¿Qué más necesitas para dar el paso?

—Unos ovarios como esta isla para hacerle frente a mi madre —murmuro con el corazón atronándome en el pecho—. ¿Cómo voy a dejarla sola con todo esto y encima con dos adolescentes? Va a volverse loca, tía.

—Tus hermanos tienen veinte años, de adolescentes nada, y tu madre es una mujer fuerte, seguro que puede con todo, además, no sé por qué, pero me parece que estás escudándote en ella porque en el fondo te da miedo dar el paso —me dice con cautela.

—Bueno, miedo me da, estaría un poco loca si no me sintiera así.

—Oye, sé que los cambios asustan, pero si es lo que deseas, tírate de cabeza y, sobre todo, disfruta de ese salto.

—Bueno... esta tarde voy a disfrutar muchísimo —le digo, guiñándole un ojo y abriendo la puerta del vehículo—. Buen viaje, amiga, en unos días te digo algo sobre el piso.

—Vale, ven aquí, tonta —me dice dándome un abrazo—. Lo único que deseo es verte feliz, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —murmuro abrazándola yo también—. Te quiero, pava.

—Y yo, idiota —me dice riéndose—. Venga, te dejo, que tengo a mi marido esperando, suena bien, ¿verdad? Mi marido —vocaliza como saboreando las palabras—. ¡Quién lo hubiera dicho cuando lo conocí! Bueno, venga, te dejo —me dice haciéndome recordar las miles de veces que por WhatsApp nos hemos «dejado» mutuamente.

—¿Me dejas? Perdona, pero te dejo yo, que estoy en mi casa.

—De eso nada, te dejo...

Y antes de que termine de decirlo cierro la puerta del coche tapándome los oídos, fingiendo no escuchar nada, mientras, entre risas, me dirijo al interior del edificio con la voz de Luna, que ha bajado la ventanilla del coche, llegando claramente hasta mis oídos.

—Te dejo yooooooooo —me brama como si tuviera ocho años.

—Hombre, ya era hora —mi madre—, ¿y esos gritos?

—Luna... casarse la ha trastornado un poco —bromeo riendo, cerrando la puerta y acercándome a ella para darle un beso, calibrando cómo decirle que esta tarde tengo que salir de nuevo—. Siento haberme retrasado. ¿Cómo ha ido todo?

—Acaban de reservar todas las habitaciones que quedaban libres —me dice entusiasmada—, ¿te lo puedes creer?

—¿Todas? —murmuro, hundiéndome en la miseria, mientras ella está a punto de ponerse a dar saltos de emoción.

—¡Todas, toditas, todas! —me dice, dirigiéndose al mostrador, tan feliz como una niña con zapatos nuevos.

—¿Durante cuantos días? —pregunto sin poder creerlo... en octubre y hasta los topes, genial.

—Durante una semana. Por lo que me ha contado la chica, es un viaje que les regala la empresa a los empleados que llegan a los objetivos estipulados.

—Pues qué suerte. ¿A mí por qué no me regalas viajesitos de esos, mamá? —le pregunto bromeando—, ¡ya te vale!

—Porque tú ya vives en el paraíso, hija. ¿Qué más quieres? Posiblemente esas chicas vivirán en una ciudad llena de contaminación, de ruidos y atascos, estresadas desde que abren los ojos hasta que los cierran, no como nosotras, que vivimos rodeadas de naturaleza en el lugar más bonito del mundo.

—Bueno, mamá, digo yo que habrá lugares más bonitos que éste.

—¿De verdad lo crees? —me pregunta enarcando una ceja.

—A mí me encantó Madrid —le respondo dejándolo caer, empezando a tantear el terreno.

—¿Más que esto? No digas bobadas, Paloma, te gustó porque es diferente a lo que conoces; es normal que lo que no conocemos nos atraiga, pero si vivieras allí perdería todo su encanto, te lo aseguro.

—Terminas de dar en el clavo —le digo sonriendo con tristeza, pues eso es justo lo que me sucede a mí—. Voy a preparar las habitaciones —musito, dirigiéndome a la puerta y volviéndome—. Oye, mamá, estaba pensando en ir esta tarde a Ibiza —le digo de sopetón.

—¿A Ibiza? ¿Para qué? —me pregunta frunciendo el ceño.

—¿Recuerdas que en el desván tenemos los sillones orejeros de la abuela?

—Sí... ¿Y? —me pregunta sin entenderme.

—Pues que había pensado tapizarlos y crear un rincón de lectura, tengo tantos libros que ya no me caben en la habitación y para tenerlos guardados en cajas casi mejor si los pongo en la estantería que hay junto a la chimenea, sería algo así como una biblioteca integrada en el salón. Imagínate de noche, la chimenea encendida, las velas, y la gente leyendo, charlando entre ellos o simplemente relajándose, con la luz de las guirnaldas encendidas —le digo visualizándolo y buscándome la excusa perfecta para ir esta tarde a Ibiza.

—¡Ay, hija, me encanta! ¿Qué haría yo sin esas ideas tuyas? —me pregunta llegando hasta mí y acunando mi rostro entre sus manos—. La verdad es que tienes muchísimos libros y guardados en cajas nadie los disfruta, así que me parece una idea estupenda —me dice sonriendo.

—Entonces voy esta tarde y me lo quito de encima. Dentro de unos días, con esto hasta los topes, será imposible encontrar un hueco libre.

—Bueno, pues ya que vas, podrías comprar jabones aromáticos, que se están terminando.

—Me encanta la tienda de Macarena, se lo compraría todo.

—Solamente los jabones, Paloma, que te pierdes cuando vas a esa tienda.

—Es que las velas de Maca me vuelven loca, es entrar en su tienda y los ojos hacerme chiribitas.

—Tus ojos harán chiribitas, pero mi cartera se ahoga —me dice con su risa cantarina inundando la estancia y la miro sonriendo con tristeza.

Qué pocas veces ríe mi madre. Antes, cuando mi padre estaba con nosotros, reía mucho, recuerdo que siempre me contagiaba su risa, pero cuando él se fue se llevó consigo su alegría y en su lugar llegó la tristeza y ese afán de superación, de sacarnos adelante por encima de todo y de convertir nuestra casa en el mejor hotel de la isla, y, aunque lo ha conseguido y me siento orgullosa de ella, echo de menos sus risas y sus ganas de disfrutar de la vida.

—¿Quieres que vaya a ver a los niños? —le pregunto, refiriéndome a mis hermanos, que estudian en Ibiza.

—No los lames así, que ya son casi unos hombres —me reprende sonriendo.

—Son unos mocosos —le digo con una mueca.

—He hablado con Manu esta mañana, está encantado y Pepe también.

—¡Cómo no iban a estarlo viviendo en Ibiza! Esos dos se lo montan de miedo.

—Déjalos, Paloma, ya tendrán tiempo de arrimar el hombro.

—Ah, pero ¿llegará ese día? Los hemos malcriado tanto, que cuando vienen a casa creen que estamos para servirles.

—Son buenos chicos, sólo están empezando a abrir los ojos —me dice condescendiente.

—Por la cuenta que les trae, ya pueden empezar a abrirlos de una vez. En fin, voy a arrimar mi hombro a ver si tengo suerte y llego a los objetivos estipulados para que mi jefa me pague un viajecito —le digo, guiñándole un ojo.

Preparo las habitaciones sin descuidar el más mínimo detalle, intentando centrarme en mis quehaceres diarios a pesar de que no puedo quitarme a Orlando de la cabeza y, durante unos segundos, pierdo mi mirada en el paisaje que se vislumbra a través de la ventana, mientras acaricio la fina tela de la cortina, preguntándome que habría sucedido si me hubiera ido con él...

«Pues que estarías disfrutando como una loca en lugar de estar arreglando habitaciones. Ya te vale, menudo cambio has hecho», masculla la insolente voz de mi cabeza.

Intentando alejarlo de mis pensamientos, me dirijo al baño, donde coloco mullidas toallas grises en la balda de madera decapada y relleno la cajita de madera con los jabones aromáticos que tanto le gustan a mi madre y a nuestros huéspedes, obligándome a centrarme en mi rutina diaria para poder calmar mi desbocado corazón, que inicia un galope frenético cada vez que pienso en Orlando, en ese momento electrizante en que le he lamido el labio, en su ofrecimiento de sexo guarro, en su voz ronca y atrayente y en cómo me ha apretado el trasero. ¡Ay, Dios mío!

«¿Y si hubiera aceptado?», me pregunto de nuevo, apoyándome contra la pared de azulejos, con el corazón ya fuera de sí, acalorada, excitada y hecha un lío. «¡Mejor no! —me digo, inspirando profundamente—, además... seguro que estaba tomándome el pelo, porque con una tía como la tal Rebecca, ¿qué podría desear de alguien como yo? —me formulo con el ceño fruncido, observando mi reflejo en el espejo.

A veces siento como si no hubiera terminado de crecer, mis pechos son demasiado pequeños, tanto que me caben en la palma de la mano, mis huesos son finos, tanto que mi muñeca parece la de una niña de primaria, soy delgada, a pesar de que como como una lima y, a excepción de mi trasero respingón, carezco de formas, eso por no hablar de lo bajita que soy, lo único que me salva un poco es la cara, aunque no mucho... ¡Mierda de herencia genética! «En fin... ¡es lo que hay! A quien no le guste que no mire», me digo, dejando de lamentarme y prosiguiendo con mi labor.

Cuando tengo todas las habitaciones listas, me reúno con mi madre en la cocina, donde, mientras comemos, charlamos un poco de todo, con mis deseos quemándose en la punta de la lengua, pero postergándolos de nuevo, como siempre, temiendo su reacción, temiendo dejarla sola frente a todo esto y también sola en su vida, pues mis hermanos no están y, tras mi padre, nunca otro hombre ha ocupado su corazón.

—Tengo cosas que hacer antes de irme a Ibiza —le digo levantándome, mientras van llegando las notas de los pedidos a la cocina y ésta empieza a bullir de actividad—. ¿Te encargas tú de esto?

—Claro, cuando te marches dímelo —me pide sonriendo, alargando una mano para coger la mía—. Te quiero, hija, no sé qué haría sin ti.

—Yo también te quiero, mamá —musito con un nudo en la garganta, maldiciendo en silencio a mi padre.

Ella no se merecía algo así, nosotros no nos merecíamos algo así, pienso, tragando con dificultad, llena de rencor a pesar del tiempo pasado.

Cierro la puerta de mi habitación con el rencor todavía quemándose en la boca del estómago, con mis recuerdos abriéndose paso a pesar de mis deseos de olvidarlos y recordando, de nuevo, aquella maldita noche y las palabras de ese hombre al que mi

madre le suplicó de rodillas entre lágrimas, mientras yo lo observaba todo agazapada tras la puerta de su habitación y, a pesar de mis esfuerzos, siento cómo una lágrima solitaria se abre paso a través de mi mejilla y me la seco con rabia, enfadada conmigo misma por sentir este dolor punzante que no debería estar ahí presente después de tantos años.

Deseando calmarme, me dirijo a la estantería, donde cojo el libro *Soñaré que te sueño*, intentando llenar mi mente y mi corazón con los miles de sentimientos que provocó en mí esa historia, consiguiendo, poco a poco, anular la ira y el rencor que siento cada vez que pienso en ese hombre y en el sentimiento de pérdida que viene con mis recuerdos y que me daña más que ninguno.

Un poco más tranquila, me coloco los auriculares para oír *River Flows in You*, de Yiruma, que comienza a sonar, y pienso en Capi y en su afición por la música clásica, una afición que nos contagió tanto a Luna como a Jimena o a mí sin pretenderlo, pues crecimos escuchando a Debussy, a Tchaikovsky, a Bach y a todos los grandes, mientras jugábamos con las muñecas, recuerdo, mientras me siento cómodamente sobre mi cama y empiezo a buscar una escena que Orlando y yo podamos rodar juntos. Dudo entre interpretar a Olivia o a Marcela y, aunque Marcela tiene menos escenas donde elegir, finalmente me decanto por ella. «Mmm podría aprovecharme y elegir una escena con beso —pienso sonriendo—, pero si lo hiciera se me trabaría la lengua y sería incapaz de decir dos frases seguidas sin tartamudear, además, quiero algo con sentimiento, algo que atrape a quien nos vea, algo... Como esto», me digo mordéndome el labio y releyéndolo de nuevo.

—Necesito ropa apropiada —musito entusiasmada, levantándome y dirigiéndome al armario, de donde saco una camisa blanca.

«Recuerdo que tengo una falda larga gris de una vez que me disfracé... debe de estar por aquí —me digo, revolviendo el baúl donde guardo los disfraces y las cosas que ya no utilizo—. ¡Aquí! —exclamo, sacándola y sonriendo triunfalmente—. ¡Voy a ser la Marcela perfecta!»

En la cocina, cojo un delantal blanco y un paño y, tras plancharlo todo hasta dejarlo libre de arrugas y guardarlo cuidadosamente en una bolsa que dejo en el coche de mi madre, me dirijo de nuevo a mi habitación, donde, sentada frente al portátil, preparo la que será nuestra separata, visualizando la escena, esa escena que puede que sea el pasaporte hacia mis sueños.

Y a las cuatro de la tarde y con los nervios de punta, me dirijo al puerto, donde cogeré el ferry que me llevará a Ibiza. Durante el trayecto me dedico a releer la separata de nuevo, a pesar de que me la sé de memoria, necesitando entretenerme en algo para no ponerme histérica.

«Tonta, tú de los nervios y él retozando con esa tía —me digo negando con la cabeza—, ya me vale.»

Llego antes de lo previsto al estudio de Andrés y, a punto del infarto, llamo a su puerta.

—¡Pasa! —me dice sonriendo—. ¿Te apetece una cervecita? —me pregunta, haciéndose a un lado para facilitarme el acceso.

—Para cervecitas estoy yo, ¿no tendrás mejor una tila? —le pregunto con un hilo de voz medio sonriendo—. ¿Ya ha llegado Orlando?

—Todavía es pronto, oye... ¿no me dirás que estás nerviosa?

—Voy a rodar una escena con Orlando Sun, ¿de verdad hace falta que te conteste? —replico ante su sonora carcajada.

—Deduzco que esto significa que vas a lanzarte a la piscina —me dice, dirigiéndose a la pequeña nevera, de dónde saca dos botellines de cerveza—. Toma, la tila te va a poner más nerviosa, esto es mejor, hazme caso.

—Bueno, eso de que voy a lanzarme a la piscina no lo tengo muy claro todavía, pero no podía negarme una oportunidad como ésta —le digo sentándome en el sofá y observando la pared de piedra que tiene en una parte del estudio—. Podríamos rodarla ahí —le digo, señalando la pared con el botellín.

—¿La escena?, no hay problema —me responde, sentándose frente a mí—. Hazlo, Paloma, no te lo pienses más y lárgate a Madrid —añade, mirándome con seriedad—. Mira, no voy a decirte que no vaya a ser jodido, que no habrá días en los que desearás mandarlo todo a la mierda, pero estarás ahí, luchando por conseguirlo.

—¿Y si no lo consigo?

—¿Y si lo consigues? —me rebate.

—En Madrid está la mayor concentración de actores por metro cuadrado.

—Y posiblemente la oportunidad de tu vida esperándote. Mira, tienes el cincuenta por ciento de posibilidades de no conseguirlo, hay muchísima gente con talento sirviendo cafés, de hecho, hay una frase muy típica entre los actores, que es: «¿qué te pongo?», porque casi todos ellos están trabajando como camareros esperando su oportunidad, como lo harás tú, pero nunca olvides que tienes el otro cincuenta por ciento. Ve a por él reventándolo todo a tu paso —me dice con rotundidad.

—Voy a cambiarme —le digo suspirando, temerosa de algo que tanto he deseado.

Soy una cobarde —me machaco mientras sustituyo mis vaqueros por la falda gris con el delantal y mi camiseta por la camisa blanca—, no recuerdo un momento de mi vida en el que no haya deseado ser actriz, de hecho, dediqué varios años a estudiar arte dramático en Madrid, pero cuando terminé mis estudios no lo intenté, sino que regresé a casa para hacer lo que realmente se esperaba de mí, con el convencimiento de que si me salía un *casting* me presentaría y, aunque en un principio así fue, poco a poco mis obligaciones en La Masía fueron absorbiéndome de tal forma que, con el tiempo, dejé de seguir esas páginas de Internet donde anunciaban los *castings*, para centrarme en lo que empezaba a ser mi presente y

también mi futuro, hasta que llegó el día en que olvidé mi sueño. Recuerdo mientras me recojo la larga melena en un moño bajo y tirante, como tantas veces imaginé que lo llevaría Marcela.

Y de repente soy ella, soy Marcela, una mujer de 1861 que, con dieciséis años, dejó su vida en Tella para irse a Madrid a servir como criada... una mujer que no tuvo el miedo que tengo yo.

—Paloma, Orlando ya está aquí, sal cuando estés lista. —La voz de Andrés me saca de mis pensamientos y de nuevo miro mi reflejo en el espejo.

—Ha llegado la hora —musito con el corazón atronando frenético dentro de mí.

CAPÍTULO 6

Salgo del baño oficialmente infartada, con las manos sudadas por culpa de los nervios y la boca completamente seca. «¡Suficiente!», me ordeno a mí misma alzando la mirada hasta encontrarme con la de Orlando, que me mira de arriba abajo.

—¡Hola de nuevo! —lo saludo, intentando que mi voz no suene demasiado estridente y fracasando a pesar de mis esfuerzos—. He olvidado decirte lo que debías llevar puesto —musito, maldiciéndome por ese «pequeño» descuido, pues no imagino a Juan, el señorito de la casa, con una camiseta ajustada y unos vaqueros ceñidos.

—Si no te gusta lo que llevo, puedo quedarme desnudo —me responde socarrón, con una media sonrisa.

—¿Qué pasa, que tu gatita te ha dejado con hambre? —le pregunto sin poder callarme.

—Nena, yo siempre tengo hambre, ¿quieres saciármela tú? —me pregunta, recorriendo de nuevo mi cuerpo con su descarada y lasciva mirada—. Si quieres nos podemos quedar ambos desnudos, sería interesante, ¿no crees?

—¡Eres un golfo! —le digo, cogiendo un cojín y tirándoselo a la cabeza ante la risa escandalosa de Andrés.

—Pues este golfo va a ayudarte, pequeña delincuente —me dice, acercándose peligrosamente a mí hasta quedar de nuevo casi pegado a mi rostro—. ¿Por qué te has vestido así? ¿Acaso eres una criada del siglo pasado? —me pregunta dando en el clavo—. Y yo, ¿quién soy? ¿Otro criado? ¿Tu amante? Dime que es eso —murmura con esa voz oscura y cavernosa capaz de dejarme clavada en el suelo, mientras recorre con su dedo índice mi costado de la misma manera que el deseo recorre mis venas.

—Eres el señorito de la casa —musito como puedo, tragando saliva.

—Y esa criada y el señorito, ¿están juntos? —prosigue, llevando una mano a mi nuca y rodeándola con ella, haciendo que eche la cabeza hacia atrás y, con ese gesto, arquee levemente el cuerpo—. Dime que es eso y que vamos a tener una escena erótica —dice, mirándome fijamente, haciendo que se contraiga suavemente mi sexo. ¡Tenía que haber elegido la escena del beso!

—Chicosssss, ¿os parece si empezamos? —nos pregunta Andrés y me vuelvo hacia él asombrada, pues, durante este breve momento, había olvidado que estaba presente.

—Suéltame —farfullo como puedo, sin modificar mi postura ni un centímetro.

—No me has contestado —prosigue sin soltarme, con su cuerpo más pegado al mío, convirtiendo mi respiración en un caos absoluto.

—No, no es una escena erótica —susurro a duras penas, viendo la desilusión en su rostro y echando de menos su contacto cuando su cuerpo se separa del mío.

—¡Qué pena! —me dice sonriendo con suficiencia, y lo que no sé es si realmente lo siente o ha estado burlándose de mí todo el tiempo—. Por suerte, he cogido un traje —me confiesa sorprendiéndome.

—¿Y cómo sabías que debías llevarlo? —le pregunto.

—Los tíos somos mucho más básicos que vosotras, o es la opción A o es la opción B —me dice guiñándome un ojo y cogiendo una funda, en la que supongo que guarda el traje—. Además, es a ti a quien deben ver, no a mí —añade, antes de entrar en el baño.

—¿Y si hubieras sido un bombero? —le pregunto divertida, alzando la voz.

—Entonces hubiera sido un sexy bombero de torso desnudo —me responde asomando la cabeza por la puerta.

—¡Eres un creído! —le grito, antes de que cierre de nuevo, mientras sus carcajadas llegan claramente hasta donde estoy yo—. Es un creído —musito mirando a Andrés, que está empezando a prepararlo todo.

—No me habías dicho que os conocíais —me dice, obviando mi comentario y acercando las luces a la pared donde rodaremos la escena.

—Nos conocimos en la boda de Luna —le respondo sin demasiado interés en ahondar en el tema.

—Ya veo —musita sonriendo.

—¿Quéeee? —le pregunto sonriendo yo también, relajada de nuevo, ahora que Orlando no está presente.

—Nada —me dice negando con la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Nada? —inquiero, poniendo los brazos en jarras.

—Sí, nada, tú sabrás por qué te llama «pequeña delincuente», por qué está ayudándote con el videobook y por qué estoy a punto de sufrir una descarga eléctrica en toda regla.

—Venga ya —contesto con un hilo de voz.

—¿Empezamos?

Me vuelvo ante el sexy y áspero sonido de su voz, y enmudezco en el acto. ¡Diossss, esa voz va a ser mi perdición!

«¿Sólo su voz? Este hombre es un pecado con piernas», me dice la insolente voz de mi cabeza, a la que imagino babeando.

Se ha puesto un traje gris oscuro que se ciñe a su cuerpo como un guante y una camisa blanca y, durante unos segundos, unos increíbles y asombrosos segundos, dejo de respirar, pues ante mí no sólo está Orlando Sun, sino también Juan, el Juan que

imaginé tumbada sobre mi cama, en la hamaca, o mientras leía a hurtadillas durante las horas de trabajo. Ante mí tengo al hombre que sacudió la vida de Marcela y que estoy segura de que sacudirá la mía si se lo permito.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato, Pocahontas? —me pregunta acercándose a mí con determinación, como si el mundo le perteneciera por completo, o, mejor dicho, como si el mundo existiera simplemente para él, para complacerlo y estar a su servicio.

—¡Ja! Muy gracioso —musito carraspeando y sonrojándome sin saber por qué—. Toma, aquí tienes la separata —le digo, tendiéndosela sin dejar de observarlo.

La coge sosteniéndome la mirada y, tras unos segundos en los que me pierdo en la intensidad que desprende, finalmente me permite liberarme de ella para centrarse en el documento que le he dado.

—Vamos a ver si sé leer o simplemente sé juntar letras —me dice, haciendo referencia a la conversación que hemos mantenido esta mañana—. Todavía no se la ha tirado, aunque se muere por hacerlo. Él es el señorito de la casa y ella una criada que tiene tantas ganas de que se la tire como él de hacerlo, ¿voy bien?

—No me puedo creer que con todo el sentimiento que tiene este momento hayas llegado a esa conclusión —mascullo asombrada.

—El tío es una nenaza, ¡venga ya!, y ella una estrecha a la que le gusta hacerse la dura.

—¿Perdona? —farfullo completamente ofendida por cómo ha distorsionado la historia—. Se supone que viven en el año mil ochocientos y pico, entonces no se iban a la cama a las primeras de cambio y menos con el señorito de la casa —le rebato, defendiendo una de las historias de amor más bonitas que he leído nunca.

—¡Eso no te lo crees ni tú! ¿Sabes la cantidad de bastardos que había en esa época? Lo normal, para que te enteres, era que los señores o señoritos, llámalos como quieras, se tiraran a las criadas de la casa, que eran a las que tenían más a mano. Seguro que el tal Juan termina haciéndolo —me dice sonriendo con arrogancia.

—Se enamoran —recalco enfadada—, se enamoran el uno del otro, locamente, para que te enteres tú también y, para que continúes enterándote, no todos los señores de la casa se tiraban a las criadas.

—¿Estabas ahí para verlo? —me pregunta enarcando una ceja.

—¿Estabas tú? —le rebato alzando las mías.

—No, pero soy tío y tengo polla, como los señores de la casa.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —musito tan atónita como escandalizada.

—Estoy seguro de que las señoras eran unas estrechas que no gritaban cuando se las follaban y que se quedaban tiasas como un palo, deseando terminar cuanto antes. ¿Cómo no iban los señores a tirarse a las criadas? Yo me las hubiera tirado a todas.

—PERO... PERO...PERO ¡SERÁS PEDAZO DE...! —¡Diosss! ¡Me falta un insulto suficientemente fuerte para gritarle!

—¿Pedazo de qué? ¿Pedazo de tío? Sí, pequeña delincuente, lo soy, no soy fácil de complacer —me responde con toda su insolencia—. ¿Quieres comprobarlo?

—Eres un, un... unnnnn... —bufo, deseando decirle que es el mayor imbécil y gilipollas que hay sobre la faz de la Tierra, optando finalmente por callarme, no sea que se dé la vuelta y me deje plantada con un palmo de narices.

—¿Qué pasa, necesitas una palmadita en la espalda para arrancar? —me pregunta medio sonriendo, cabreándome todavía más.

—Oíd, chicos, es suficiente, ¿vale? Lando, tío, déjalo, ¿quieres? —interviene Andrés conciliador, mientras yo continúo bufando como un toro, deseando arrearle un buen guantazo.

—Sí, será lo mejor —musito, cabreada como una mona, ¿y ahora, cómo se supone que voy a centrarme, con el enfado monumental que llevo encima? —me pregunto, respirando profundamente—. ¿Lo tienes todo listo, Andrés? —pregunto, dándole la espalda a Orlando a propósito, pues necesito centrarme en algo que no sea él.

—Todo listo, cuando queráis —me confirma cogiendo la cámara.

—¿Y tú? ¿Estás preparado? —le digo a Orlando con frialdad, volviéndome hacia él.

—Preparado —me confirma sin alzar la mirada de la separata que le he entregado.

—Venga, pues empecemos —nos dice Andrés.

Nos dirigimos hacia la pared, yo cabreada a más no poder y Orlando caminando con esa arrogancia que parece no abandonarlo nunca y, durante unos segundos, estoy tentada a darle la vuelta y abofetearlo. ¿Cómo puede afectarme de tal forma y él mantenerse impasible?

Me coloco en mi sitio y veo cómo deja la separata y cómo la expresión de su cara se modifica, su mirada se torna intensa y me tenso instintivamente, reconociendo casi de inmediato a Juan, temiendo de repente no estar a su altura.

—¿Preparados?

—Preparados —responde él por mí, sin permitir que aleje mi mirada de la suya.

—Silencio... ¡acción! —nos anuncia Andrés.

—No quiero que salgas a pasear, ni con él ni con nadie —murmura Orlando con dureza, alzando mi barbilla tal como indica la separata—. Eres mía, Marcela. No me importa nada, ¿está claro?

Durante unos segundos me quedo sin habla ante la intensidad de sus palabras, de hecho, casi podría jurar que su cuerpo tiembla de rabia y entonces me doy cuenta de que, a pesar de su insolencia, ha sabido captar la esencia del momento y todo el sentimiento que hay en él a la perfección, y, ante su abrasadora mirada, me olvido de todo lo que ha sucedido entre nosotros para ser la Marcela que siempre imaginé.

—¡No! ¡No lo está! —susurro, enfadada y frustrada, haciéndole frente—. ¿Cuántas veces he de repetirle lo que es obvio? ¡Soy una criada! —le digo con la voz quebrada—. ¿Acaso le parezco digna del señorito de la casa? Usted debe estar con alguien de su clase, alguien como la señorita Cayetana, a quien su madre en tan buena estima tiene, y no con alguien como yo, una criada con las manos enrojecidas y llenas de durezas por el trabajo duro del campo —mascullo, perdiéndome en su mirada, que destila obstinación, y siento cómo la pena se abre paso en mi interior por lo que voy a decir—. Olvídese de mí, señorito —murmuro, olvidando a Andrés y todo lo que nos rodea, completamente volcada en mi papel.

Me coge del brazo con fuerza pegándome contra la pared y haciéndome sentir cada parte de su cuerpo y soy yo la que tiembla esta vez, ahogada por los miles de sentimientos que bullen dentro de mí, olvidando quién soy para convertirme en mi personaje, deseando todo lo que deseó ella y maldiciéndome por necesitar algo que no me está permitido ni siquiera imaginar, e intento zafarme de su agarre.

—Estate quieta, Marcela. Ya sé que eres una criada y que yo tengo unas obligaciones que cumplir, no necesito que me lo recuerdes —me dice con dureza, sin soltarme—, pero mis deseos son otros —susurra, aflojando la presión de su mano, apoyando su frente contra la mía y haciendo que de nuevo desee mucho más—. Sé que no te soy indiferente, tus gestos hablan por ti tanto como lo hacen los míos por mí —musita, acariciando mi brazo y llevándome con él al siglo pasado, a ese cobertizo donde Marcela lavaba la ropa de rodillas—. Marcela, soy tan esclavo como tú de mis sentimientos y de mi clase social; acepta lo poco que puedo ofrecerte, por favor. —La frustración de su voz me eriza y le contesto con un nudo en la garganta, sintiendo que los ojos se me humedecen y la pena me traspasa sin piedad.

—No puedo, Juan, no puedo aceptar lo que me pides, no sería justo para nadie. Olvídate de mí —murmuro con dolor por tener que renunciar a lo que más deseo.

—No puedo, no voy a renunciar a ti.

—¡CORTEN! —nos dice Andrés dejando de grabar, pero ni Orlando ni yo nos movemos un centímetro, incapaces de alejar nuestra mirada del otro, con ese «no voy a renunciar a ti» todavía resonando en nuestra cabeza y siento cómo se pega más a mi cuerpo, cómo su palma desciende lentamente por mi brazo hasta llegar a mi fina cintura, que aferra con ambas manos, haciendo que mi respiración se torne densa e irregular y mi vientre se contraiga suavemente.

—¿Va a tardar mucho en tirársela? —musita burlón, fulminando en un segundo el momento perfecto que habíamos creado—. ¿Sabes una cosa, pequeña delincuente? Si yo fuera ese Juan, te subiría la falda ahora mismo —me dice con una sonrisa insolente, separándose de mí mientras yo soy incapaz de moverme.

—Por suerte para mí no lo eres —susurro sin demasiado convencimiento cogiendo aire e intentando recobrarme del intenso momento que acabo de vivir con él.

—Seguro... —me responde con arrogancia.

—Por supuesto, ¿qué te crees? ¿Que todas suspiramos por ti? —le pregunto, alzando el mentón a pesar de que mi cuerpo traicionero todavía reclama el suyo a gritos.

«Por favorrr... si es que siempre habla la que más tiene que callar», musita la insolente voz de mi cabeza.

Lo veo acercarse a mí lentamente, sin prisas, de nuevo creyéndose el amo y señor del mundo, y, apoyando su mano en la pared, acerca sus labios a los míos, tensándome y obligándome a pegarme más contra ella.

—Todas no, pero tú, pequeña delincuente, sí, de hecho, estoy seguro de que te mueres porque te la suba —susurra con seguridad, con esa voz capaz de doblarme las piernas.

—Posiblemente seas tú el que esté deseando subírmela —le digo con toda la decisión de la que soy capaz, apoyando una mano en su pecho y alejándolo de mí para poder respirar con normalidad—. Pero conmigo vas listo, yo no soy como las demás, chulito de playa, y a mí no vas a camelarme tan fácilmente.

—¿Chulito de playa? —repite carcajeándose—. Soy más que eso, gatita —me asegura, cogiendo mi muñeca con fuerza—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Como vuelvas a llamarme «gatita» te comes mi puño —mascullo enfadada, recordando su símil de los gatos y las mujeres.

—Ya te he dicho antes que, puestos a comerme algo, prefiero que sea otra cosa —me contesta divertido, consiguiendo que me enfurezca todavía más con él.

—¡Suficiente, chicos! Lando, no me la cabrees más, ¿quieres? Todavía tenemos mucho que hacer.

Me suelto de un tirón, fulminándolo con la mirada ante sus sonoras carcajadas y, durante unos segundos valoro seriamente estamparle mi puño en esa boca tan pluscuamperfectamente perfecta que tiene, pero gracias al cielo consigo controlar mi momento de locura transitoria y me vuelvo hacia Andrés.

—¿Ha quedado bien la toma? ¿Puedo verla? —le pregunto, acercándome a él.

—Ha quedado perfecta, pero mejor cuando lo tenga todo montado te lo muestro.

—Quítate la ropa —casi me ordena Orlando y me vuelvo hacia él con la mandíbula desencajada—. O por lo menos esa camisa horrorosa que llevas puesta.

—Mira, paso de responderte —mascullo enfadada. ¿Y yo estaba loca por este tío? ¡Pa matarme!

—Te lo dice en serio —interviene Andrés—. Paloma, la cámara tiene algo, como un tercer ojo. A ver... ¿cómo te lo explico? —se pregunta, pasándose la mano por el cabello.

—La cámara te capta, pequeña delincuente, capta tu esencia, tu ser —me dice Orlando con seriedad, acercándose a mí—. Puedes ser la tía más guapa del planeta y no dar bien y en cambio ser una tía del montón y que la cámara te adore.

—Y a ti te adora, a los dos —lo interrumpe Andrés.

—Por eso quiero que la vean bien vista, sin artificios y sin ropa, sólo un primer plano suyo intercalado con primerísimos planos de sus ojos o su boca, ¿sabes lo que quiero decir, Andrés?

—Totalmente, yo también había pensado lo mismo. Quítate la camisa y quédate con el sujetador, bajándote los tirantes —me dice, ante mi mirada de espanto—. Tranquila, sólo te grabaré de hombros hacia arriba.

—Lo último que imaginaba era que, además de ser una pequeña delincuente, fueras una tía recatada. ¿Llevas también puesto un cinturón de castidad? —me pregunta Orlando con insolencia, apoyándose en la mesa con los brazos cruzados.

—¿Sabes una cosa, chulito? —le pregunto, armándome de valor y acercándome a él.

—Dímelo, gatita, estoy deseando saberlo.

—No te soporto —le contesto cuando estoy frente a él.

Su mirada divertida me cabrea todavía más y, sosteniéndosela, me desabrocho la camisa casi echando humo por las orejas, que, todo sea dicho, temo que tengo encendidas por la vergüenza, pero aun así no me detengo y cuando la tengo desabrochada y estoy dándome besos mentalmente por haberme puesto un sujetador medio decente, me la quito ante su mirada descarada, que está posada en mis pequeños pechos. ¡Mierdaaaaa! ¿Por qué no utilizaré una 95, o, ya puestos, una 100, una 120 o una 300? ¡Tengo tetas de niña, coño!

—Me encanta cuando muestras tus pequeñas garritas —me dice con bravuconería, ganándose que le tire la camisa de malas formas a su perfecta cara, ante su risa escandalosa. ¡Diosssss, cómo odio a este hombre!

—Me estáis poniendo de los nervios, chicos —nos dice Andrés—. Siéntate aquí, anda —me pide, colocando un taburete frente a un fondo negro—. Lando, tío, ¿por qué no te vas a dar una vuelta?

—¿Y perderme esto? Ni de coña. Además, yo también tengo unas cuantas preguntas que hacerle —le contesta con una sonrisa que me eriza.

¿Y este hombre qué querrá preguntarme ahora?

—La quiero tranquila —le advierte Andrés—. Suéltate el pelo, Paloma.

Ante la intensa mirada de Orlando, me quito las horquillas y la goma elástica, deshaciéndome el moño tirante que me había hecho para rodar la escena, y con mi melena cayendo como una cascada por mi espalda, me bajo los tirantes del sujetador con nuestras miradas enlazadas, sintiendo cómo una descarga eléctrica me sacude de la cabeza a los pies hasta dejarme temblando.

—Toma, léete estas preguntas —me dice Andrés, rompiendo el momento—. Vas a ir respondiéndolas una a una. Por si las olvidas, Lando estará a mi lado mostrándotelas. Necesito que te relajes, que te diviertas y, sobre todo, que te olvides de éste —me dice con una sonrisa cómplice—, que vean la sonrisa tan bonita que tienes.

Suspiro cogiendo los folios que me tiende. Desde luego, Andrés ha pensado en todo, y, una a una, pienso en las respuestas, mientras de reojo observo cómo Orlando garabatea algo en unos folios, veremos qué quiere saber.

—¿Estás lista? —me pregunta Andrés.

—Sí —le contesto, inspirando profundamente, intentando relajarme.

—Muy bien, tres, dos, uno... ¡GRABANDO!

Veo que se enciende el piloto rojo de la cámara y sonrío...

—Hola, soy Paloma Serra y soy actriz —explico, sonriendo relajada, a pesar de que Orlando no me quita la mirada de encima mientras leo la pregunta que me muestra en alto—. Creo que no ha habido un momento de mi vida en que no haya deseado ser actriz —confieso—. Desde pequeña ha sido mi sueño, así que aquí estoy —murmuro, encogiéndome de hombros y leyendo en silencio la siguiente pregunta—. Mi primer *casting* fue para una cadena de comida rápida —contesto recordándolo y sonriendo—. Me seleccionaron para el anuncio y desde entonces la pizza es una de mis comidas preferidas —explico, mientras él intercala una pregunta—. ¿Cuál es mi película favorita? —musito, pensando con rapidez—. *Más fuerte que su destino* —contesto, leyendo su siguiente pregunta...—. ¿Por qué? —susurro, meditando mi respuesta—. Porque contra todo pronóstico los protagonistas consiguen estar juntos, porque ni las clases sociales, ni la Inquisición, ni el destino logran separarlos —respondo y, aunque estoy mirando a la cámara, de reojo estoy observándolo a él garabatear algo rápidamente: «¿Quién es tu amor platónico en el cine?» Lo mato, ahora sí que lo mato—. ¿Mi amor platónico en el cine? —susurro, estrujándome la cabeza a cuatro mil de fondo, mientras él me mira con una sonrisa que me gustaría borrarle de un plumazo...—. Sin lugar a dudas Chris Hemsworth, mataría por rodar una escena con él —contesto con una dulce sonrisa. ¡Toma ésa! Y aunque me muero por ver la cara que pone, sigo con las preguntas—. ¿Lo mejor de ser actriz? Supongo que poder vivir otras vidas, ser otras personas. —Guardo unos segundos de silencio y prosigo—. Ser eterna, *for ever and ever* —musito, mirando a la cámara y deseando serlo, deseando ser alguna vez eterna.

—¡Perfecto! —me dice Andrés, dejando de grabar—. Y ahora mírame, quiero hacerte varias fotos—me pide, cogiendo su cámara—. Esto es muy casero, pero quedará bien —dice para sí—. Venga, Pocahontas, muérdete el labio, te quiero sexy y dulce, quiero sexo y desenfreno, pero también ternura —me dice, mientras intento proyectar todo lo que me pide, sin saber realmente si estoy consiguiéndolo y él me hace miles de fotos. Orlando me mira de una manera que no entiendo, pero que me acelera la respiración hasta convertirla en un auténtico caos.

—¡Suficiente! Con esto tengo material más que de sobra —masculla Andrés, dejando de prestarme atención, mirando la pantalla de su cámara—. Podéis marcharos a... dar una vuelta... o lo que queráis hacer —farfulla finalmente medio sonriendo—. Necesito un par de horas para poder montarlo y no os quiero por aquí.

—¿Chris Hemsworth? —me pregunta Orlando enarcando una ceja, mientras Andrés se dirige a su estudio—. Eso no te lo crees ni tú.

—No creerías que ibas a ser tú, ¿verdad? —le pregunto con una carcajada, dirigiéndome al baño, donde tengo la ropa que llevaba antes y cerrando la puerta ante sus narices sin darle opción a contestarme.

—No lo creo, lo sé —me replica abriendo la puerta y entrando como si nada, empezando a desabrocharse la camisa—. Y si no, explícame qué hacías intentando saltar el muro de mi casa.

—¿Qué haces? —le pregunto alucinada.

—No querrás que vaya todo el día vestido así, ¿no? —me pregunta quitándose la camisa y dejando su increíble torso desnudo frente a mí. ¡Ay, Dios mío, voy a morir fulminada en el acto!

—Por mí puedes ir vestido como quieras, pero podías haber esperado a que saliera, ¿no te parece? —le replico, intentando que mi mirada no se demore demasiado en su perfecto cuerpo.

—No seas tan mojigata, ¿quieres? Además, voy a terminar viéndote desnuda antes o después, ¿para qué vamos a alargarlo? ¿Quieres que te suba la falda ahora? —me pregunta con voz ronca, acercándose peligrosamente a mí—. No creo que a Andrés le importe mucho que nos quedemos un rato aquí encerrados.

—¿Perdona? —le pregunto con una carcajada nerviosa—. No pienso acostarme contigo —farfullo con nerviosismo, recordando las muchísimas veces que he fantaseado con eso mismo.

—¿De verdad? —prosigue, pegándome contra la pared de azulejos, empezando a levantarme la falda con decisión, con su pecho rozando el mío.

Su mirada, de un color verde más intenso ahora, recorre mis labios, que entreabro ligeramente mientras él levanta los ojos hasta casi rozar lo peligroso, pegándose a mi cuerpo, que se tensa y vibra de anticipación, excitándome y haciendo que olvide lo chulito que es y la capacidad innata que tiene para cabrearme para tan sólo ser capaz de sentir cómo mi cuerpo enfebrecer de deseo, un deseo primitivo y devastador, y recorro con mi mirada su boca, su nariz, sus ojos, esos que ahora brillan con determinación, con la certeza de que va a conseguir estar entre mis piernas, y siento que algo dentro de mí se remueve, negándose a ser su próxima gatita, otra más en su larga lista de conquistas de las que no recordará ni su nombre, deseando, aunque parezca una locura, ser alguien especial en su vida, alguien cuyo nombre nunca pueda olvidar, deseando, quizá, un imposible.

—¿Te importa? —le pregunto, alejándome de él—. Sé desnudarme sola —musito, sosteniéndole la mirada y bajando la cremallera de la falda, que se desliza suavemente por mi cuerpo—. Y también vestirme —prosigo, cogiendo el pantalón y poniéndomelo ante su abrasadora mirada—. No soy tu gatita, ni tu morena ni tu pequeña delincuente, soy Paloma Serra, la única mujer que no va a acostarse contigo —le digo con convencimiento, poniéndome la camiseta y acercándome de nuevo a él—. No me van los chulitos de playa como tú, pero gracias por ayudarme. Cuando sea una actriz famosa, tal vez te permita acompañarme a uno de mis estrenos —concluyo con la misma fanfarronería que utiliza él cuando habla conmigo.

—Serás una actriz famosa, pequeña delincuente —me asegura con una sonrisa ladeada, pegándose más a mí—, pero no te equivoques, te mueres por los chulitos de playa como yo —musita con su pulgar recorriendo mi pecho, consiguiendo que dé un respingo y mi respiración se convierta de nuevo en un caos—. Y cuando vayas al estreno de una de tus películas, lo harás con una sonrisa de oreja a oreja, porque irás cogida de mi mano, y porque previamente te habré follado durante horas, lo que no entiendo es esa cabezonería tuya por retrasarlo —me dice, inclinándose y sonriendo sobre mis labios—. Pero como quieras, puedo esperar.

Noqueada, con el corazón latiéndome cual caballo salvaje y excitada como nunca en mi vida, salgo del baño dando un portazo. ¡Será posible con los chulitos de playa! ¡Y será posible conmigo! Pero ¿qué me pasa? ¡Media vida suspirando por él y cuando lo tengo al alcance de mis labios me pongo en plan digna! ¡La madre que me parió!

—Nos vemos luego —le digo a Andrés, que se encuentra enfrascado en el montaje del videobook, deseando abofetearme sin parar por la estupidez que acabo de hacer.

—Por supuesto que sí, morena. —La voz de Orlando llega hasta mis oídos y me vuelvo, viéndolo llegar hablando por teléfono hasta donde estamos nosotros—. Sabes que soy todo tuyo... te llamo cuando llegue... piensa en mí.

¿Morena? ¿Soy todo tuyo? ¿Y qué pasa con la albina? Pero ¿éste tiene un amor en cada puerto? ¡Menudo golfo!

—Si hemos terminado, me largo, tengo un poco de prisa.

«¿Tiene prisa?», me pregunto mirándolo de arriba abajo alzando las cejas, pues hasta hace bien poco parecía tener todo el tiempo del mundo.

—A no ser que hayas cambiado de opinión, gatita —musita, mirándome sonriendo, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Por supuesto que no —farfullo. ¿Seguro? ¡Seguro!

—Entonces me largo, que te vaya bien, pequeña delincuente, espero verte por Hollywood algún día.

—¿Por Hollywood? Sí, claro, mañana mismo —le respondo con retintín.

—Mañana imposible, pero a partir de la semana que viene cuando quieras —me responde burlón.

—¡Ja! —contesto ante sus carcajadas.

—¡Nos vemos, tío! —se despide de Andrés.

—¡Llámame cuando vuelvas por aquí y nos tomaremos unas cervezas juntos! —
le responde éste, chocando su puño con el suyo.

—¡Dalo por hecho!

Veo cómo, tras guiñarme un ojo, se da media vuelta dispuesto a irse y lo sigo hasta la puerta.

—¡Espera! —le digo, alzando la voz—. Gracias. Aunque seas un insufrible chulito de playa, sin ti no hubiera podido hacer el videobook, de verdad, muchas gracias.

—No hay de qué —me responde con una media sonrisa—. Nos vemos, futura actriz famosa —añade, poniéndose las gafas de sol y matándome, todo sea dicho, para posteriormente darse la vuelta y salir del estudio y de mi vida.

CAPÍTULO 7

Me quedo plantada en la puerta, con la mirada puesta en su increíble cuerpo, y cuando desaparece por una de las callejuelas empiezo a machacarme sin piedad... Soy una estrecha y una idiota de remate. ¿Por qué no me he dejado llevar? ¡Diossss!

«¡Podría haberme acostado con Orlando Sun y lo he rechazado! ¡Y no una, sino dos veces! —me digo, dándome cabezazos contra la puerta—. ¡Idiota! ¡Si es que eres una idiota, Paloma! Y él un golfo y un sinvergüenza, ¿o lo has olvidado? ¿Y qué más da, cuando estoy segura de que me habría hecho llegar a lo más alto de la montaña rusa?», me pregunto y me respondo, mientras busco mi móvil para llamar a Jimena.

—Dimeeeeeeee.

—Tía, mátame y tira mi cuerpo por el acantilado.

—¿Qué dices, loca?

—Lo que has oído. Joder, que lo mío no tiene perdón de Dios —prosigo medio lloriqueando, mientras encamino mis pasos hacia la tienda de Maca.

—¿Y eso?

—¿Te puedes creer que lo he rechazado de nuevo? Tía, que me ha vuelto a proponer sexo y le he dicho que no.

—Estás de coña —me dice sin dar crédito a mis palabras.

—Ya quisiera, pero no, te estoy hablando muy en serio y encima esta vez no era sexo guarro. ¡Joder, ya me vale!

—Pero ¿por quéeee? No conozco a nadie tan obsesionada con un tío como tú lo estás con Orlando y ahora que puedes estar con él... ¿qué te pasa? Estás rarísima, Paloma, de verdad.

—Pues justo eso, que yo quiero estar con él y él sólo quiere echarme un polvo. No quiero ser una más en su larga e interminable lista de conquistas.

—¡Venga ya! Todas las tías sois una más con él. Además, ¿has pensado que puede que nunca más vuelvas a verlo? ¿Qué más te daba ser una más? ¿Te das cuenta de la estupidez que acabas de hacer? Da media vuelta y lárgate a buscarlo, dile que sí y haz con él todo lo que siempre has deseado hacer.

Me detengo en seco dándome la vuelta, mirando por donde ha desaparecido y valorando echar a correr como si no hubiera un mañana hasta dar con él, pero de nuevo algo me frena, un sentimiento que no sabía que había dentro de mí y que hace que me niegue a ser su nuevo polvo y la morena de turno y, con el convencimiento de que esto es sólo el principio de algo que me marcará para siempre, reanudo mi camino hacia la tienda de Maca.

—¿Me oyessss? ¿Por qué no dices nada? Es porque me has hecho caso y estás corriendo, ¿verdad? ¡Di que es eso! —brama Jimena a través del teléfono.

—No, no estoy corriendo —le respondo sonriendo—. No voy a ir a buscarlo y ya sé que posiblemente sea la estupidez más grande de mi vida, pero algo me dice que no es nuestro momento.

—¿Cómo que no es vuestro momento? ¿Y para tirarte en su espalda, desear cargarte a la nórdica y colgarte del muro de su casa sí lo era? ¿Para qué leches has hecho todo eso entonces? ¡Venga, di! —grita a través del teléfono.

—Para darme cuenta de que no quiero ser su morena o su nueva gatita, quiero que recuerde mi nombre, Jimena, y que esté tan loco por mí como yo lo estoy por él.

—Eso que deseas es un imposible, lo sabes, ¿verdad? Además, ¿y si no lo vuelves a ver? —me pregunta, poniendo el dedo en la llaga y apretando sobre ella.

—Recuerda que ahora tenemos amigos en común y que puede que compartamos profesión, además, lo que tenga que ser, será —le respondo, sintiéndome mejor.

—Una frase muy de Capi.

—Si es que al final todo se pega —musito sonriendo—. Gracias por escucharme, ¡te dejooooo! —Y antes de que pueda contestarme, le cuelgo entre risas.

Cuando llego a la tienda de Maca, me demoro entre los mikados, los jabones y la infinidad de velas que tiene expuestas en la estantería, aspirando su fragancia e intentando dejar de pensar en él y en el sexo brutal al que he renunciado, y, tras comprar los jabones y un par de velas aromáticas, me dirijo a elegir el tapizado de los sillones, pero realmente sólo puedo verlo a él y escuchar la voz machacona de mi cabeza que no me deja vivir, por lo que algo que en anteriores circunstancias hubiera disfrutado y no me hubiera llevado ni media hora, hoy parece costarme la vida.

Finalmente me decido por un estampado rayado en tonos grises y, tras concretar cuándo recogerán los sillones y cuándo nos los entregarán, emprendo el camino de regreso hacia el estudio de Andrés.

—¿Todo bien, Pocahontas? —me pregunta cuando nos vemos de nuevo.

—Claro, ¿por qué no habría de estarlo? —contesto, accediendo al interior de su estudio como si nada.

—No lo sé, pero la verdad es que esta tarde he alucinado bastante.

—¿Por qué? —pregunto como si no lo supiera de sobra.

—Tú dirás.

—No tengo nada que decir —musito, pues ni yo misma sé qué decir al respecto—. ¿Has terminado con el videobook? —formulo, deseando dejar de hablar de él.

—Claro, ¿quieres verlo? —dice, sin ahondar más en el tema.

—¿Tú qué crees? —le respondo con una resplandeciente sonrisa, emocionada y nerviosa a partes iguales.

Le da al «play» y casi al segundo, en blanco y negro, aparece mi cara junto a mi nombre; ha puesto una canción muy cañera, pero me gusta y, tras unos minutos en los que aparecen varias imágenes mías, el mundo enmudece para que seamos nosotros

los que hablemos por él. La escena con Orlando es increíble, tiene tanto sentimiento que te abrumba y me miro sin reconocerme, mi mirada atormentada, llena de deseo, de dolor... muerta de pena pero sin llorar, con ese sentimiento contenido que te encoge el alma y hace que se te forme un nudo en la garganta.

—Eres muy buena, Paloma, pocos actores transmiten tanto en toda una película como tú en esta simple escena. ¿Cómo te sentías mientras la rodabas? —me pregunta Andrés, mientras soy incapaz de alejar mi mirada de la pantalla.

—No lo recuerdo, ni siquiera sé si sería capaz de hacerlo de nuevo, sólo me dejé llevar por el momento —musito emocionada.

—Pues nunca olvides cómo hacerlo —me responde, mientras empieza la otra parte y enmudezco de nuevo—. La cámara te adora, capta tu esencia, y eso es algo que no siempre ocurre, pero que cuando sucede es brutal.

—... *forever and ever*.

—Esa última frase será tu pasaporte al estrellato, me has erizado cuando has alzado la mirada y la has dicho.

—Es buenísimo —le respondo, volviéndome para mirarlo—. Y no es porque sea yo, de verdad, si fuera de otra actriz pensaría lo mismo, ¡es increíble, Andrés! —le digo entusiasmada echándome en sus brazos, riendo y llorando a la vez, sin poder creer que por fin tenga un videobook—. ¡Muchísimas gracias!

—¡Muchísimas de nada! —me responde carcajeándose—. Voy a enviártelo por *email* para que lo cuelgues en YouTube y puedas empezar a mandarlo a todos los representantes y directores de *casting*.

—Orlando me ha dado el teléfono de su representante, dice que es el mejor de Madrid.

—Lando ha trabajado por medio mundo, si él te lo dice será porque es verdad.

—Estoy muerta de miedo —musito.

—Sé que esto acojona, pero después de verte con él lo tengo más que claro, esto es lo tuyo, Paloma, y deberías luchar por conseguirlo.

—Tengo muchas cosas en las que pensar —digo con un hilo de voz, con miles de sentimientos que no sé cómo gestionar—. Me voy, se está haciendo tardísimo, dime qué te debo.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta sonriendo.

—¿El qué? —contesto sin entenderlo.

—No pienso cobrarte nada. Lo he hecho porque he querido, porque somos amigos y porque espero que esto sea lo que necesitas para dar el gran paso.

—¿Me lo regalas, entonces? —le pregunto sin poder creerlo.

—Por supuesto. ¿Qué creías? ¿Que iba a cobrarle a mi Pocahontas preferida?

—No sé... —musito sonriendo ampliamente—. ¡Muchas gracias! —le digo emocionada, llenándolo de besos.

—¡Anda, lárgate!

Durante el breve trayecto desde Ibiza a Formentera pienso en todo lo que ha sucedido hoy; en Orlando, el videobook, el ofrecimiento de Luna de cedermme su piso... tan fácil todo que parece que los planetas se hayan alineado para que, finalmente, puedan cumplirse todos mis sueños y lo único que falte en este entramado de maravillosas casualidades sean mis pasos, esos que me llevarán a vivir lo que siempre he soñado o los que me alejaran definitivamente de ello para siempre.

Cuando llego a mi casa ya ha anochecido por completo y, tras estacionar el vehículo en el pequeño parking, me dirijo a la cocina, que ya bulle de actividad con las cenas, y me sumerjo en esa vorágine que conozco tan bien y que forma parte de mi día a día, postergando, de nuevo, esa decisión que siempre ha estado ahí, latente, esperando a que esté lista para dar el paso.

Esa noche duermo intranquila, despertándome continuamente, con mi corazón latiendo frenético dentro de mí, sabiendo que no puedo alargarlo más y que debo tomar una decisión cuanto antes, por lo que, incapaz de dormir más, me levanto finalmente a las 6.30.

Dejándome arrastrar por mis deseos y, tras dejarle una nota a mi madre, me dirijo con mi Vespa a Es Còdol Foradat, en la playa Migjorn, una de mis calas favoritas.

Tras estacionar la Vespa y coger la toalla que siempre guardo en el pequeño maletero, me dirijo hacia la blanca arena, donde me siento, dispuesta a ver el amanecer. Pero hoy el agua tira de mí con fuerza y sin pensarlo dos veces me deshago de la ropa para dirigirme, desnuda, hacia ella, mientras los primeros rayos del sol comienzan a despuntar en el horizonte.

El agua está helada y siento que un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no me freno y, sorteando las piedras, me adentro en ella, en esa agua turquesa y cristalina que conoce todos mis secretos porque los ha vivido conmigo y vuelvo mi mirada hacia la arena; Madrid y Formentera, tierra y agua y yo entre ambas, intentando tomar una decisión, sabiendo que en Madrid tengo muchas posibilidades de ver cumplido mi sueño, o no, y en Formentera está mi casa, mi seguridad, mi familia y mis amigos, ¿qué hago? ¿Me arriesgo o me conformo con mi vida? Y es entonces cuando, por primera vez, rodeada de naturaleza, oigo la voz de mi interior, esa que me grita en silencio que no me conforme, la que me recuerda cuáles son mis sueños, la que me pide que ignore la otra voz de mi cabeza, esa que me advierte de los riesgos y de lo complicado que será todo en Madrid, cuando mi vida aquí es tan sencilla. La escucho durante unos momentos, reafirmándome en los contras, pero entonces me vuelvo hacia el sol, ese que con sus rayos anaranjados está empezando a iluminarlo todo excepto a mí, que vivo sumida en la más completa oscuridad, la que yo, con mi frustración, creo en mi interior, y entonces lo entiendo: nunca seré feliz si no lo intento, si no escucho el susurro de mis deseos, ese susurro que está dispuesto a

lanzarse de cabeza a por ellos, el que sabe que todo es posible y sonrío inspirando profundamente, mientras las pequeñas olitas mojan mis pechos, feliz y asustada con la decisión tomada.

Formentera siempre será mi casa, mi seguridad y el lugar al que podré regresar cada vez que lo necesite, pero ha llegado el momento de alzar el vuelo, de arriesgarme y de luchar por lo que siempre he deseado, a pesar de los imposibles, de mis miedos e inseguridades.

Con reticencia, con el vello erizado y con un sentimiento de paz inundando mi interior me dirijo hacia la orilla, donde me seco. Debería irme ya, pienso, sentándome sobre la arena, pero no puedo, estoy demasiado bien aquí, y, abrazándome las piernas, con la barbilla sobre ellas, observo cómo el sol se alza sobre el horizonte, mientras una lágrima solitaria recorre mi mejilla, echándolo ya todo de menos.

Cuando llego a La Masía se está sirviendo ya el desayuno y de inmediato me siento culpable por haber demorado tanto mi regreso, por lo que, tras ducharme rápidamente, me pongo con mi día a día, segura de mi decisión, y dispuesta a hablar hoy con mi madre.

A las 11.00, cuando la actividad disminuye, me dirijo en su busca; cuanto antes, mejor, me digo, encaminando mis pasos hacia el último piso de La Masía, donde se encuentran nuestras habitaciones, junto con una pequeña cocina, una salita y dos baños destinados únicamente para uso privado. Voy estrujándome la cabeza por cómo voy a encauzar una conversación que de antemano sé que va a ser complicada.

—Hola, mamá —la saludo, entrando en la pequeña salita donde se encuentra ojeando unos papeles.

—Hola, hija —me dice alzando su mirada y dejando los papeles sobre la mesa—. Me has preocupado esta mañana. ¿Adónde has ido?

—No podía dormir y he ido a ver el amanecer.

—Pero ¿estás bien?

—No... bueno, sí... bueno, no sé —tartamudeo sin saber por dónde empezar.

—No, sí, no sé... ¿Qué pasa, Paloma? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Mamá, no quiero que te enfades, por favor, y, sobre todo, necesito que me entiendas —musito, sintiendo el corazón golpeando con fuerza en mi garganta.

—¿De qué hablas, Paloma?

—Me marcho a Madrid, a vivir —le digo soltándolo de golpe y viendo cómo su rostro palidece casi en el acto—. Mamá —susurro, sentándome a su lado—, sabes que siempre he querido ser actriz, estudié para ello, aunque luego las circunstancias me llevaron a postergarlo —le digo, cogiéndole las manos—. Mamá, no quiero arrepentirme en un futuro de no haberlo intentado.

—Actriz... —musita levantándose y dirigiéndose hacia la ventana—. ¿Por qué, Paloma? —me pregunta volviéndose hacia mí—. Tienes una vida casi perfecta, vives en el paraíso y trabajas para ti, ¿qué necesidad tienes de complicarte la vida de esa

forma? Aquí está tu familia y tus amigos, tienes estabilidad y ¿allí? Sola, sin trabajo y sin ingresos, ¿de qué vas a vivir?

—Mamá, tú lo has dicho, tengo una vida «casi» perfecta, me sobra el «casi». Por favor, entiéndelo.

—Nadie tiene una vida totalmente perfecta, siempre hay un «casi» —me rebato con amargura.

—Puede, pero yo la tendría si fuera actriz.

—¿De verdad? ¿Alejada de tu familia y retozando con unos y con otros? ¡Por favor!

—¡Mamá! ¡Ser actriz no significa ser una golfa! —exclamo ofendida.

—Y ahora viene cuando me justificas esas escenas de sexo, ¿verdad?

—¡Claro que no! —le respondo, recordando mi conversación con Orlando sobre las escenas eróticas. ¡Ay, Señor! ¡Escenas eróticas 0, cinturón de castidad 1!—. Mamá, sólo te pido que confíes en mí y no me frenes.

—Pero hija, ¿tú sabes lo difícil que es ese mundo? ¿Sabes la cantidad de actores que esperan durante años y años para tener una oportunidad que nunca llega? ¿Qué necesidad tienes de sufrir y pasarlo mal? ¿Por qué no te olvidas de eso de una vez? ¿Acaso no tienes suficiente con todo lo que te rodea?

—No, no tengo suficiente y ya sé que lo más probable es que termine trabajando de camarera o de dependienta en alguna tienda, ¿quién sabe? Pero estaré allí, luchando por mis sueños, luchando por ese cincuenta por ciento —musito, recordando las palabras de Andrés.

—Eso es una estupidez, para ser camarera ya estás bien aquí, en tu casa y en tu negocio.

—Mi negocio no, el tuyo —matizo con cautela.

—Lo mío es tuyo —me rebato enfadada.

—Mamá, tú creaste La Masía, era tu sueño y yo siempre te apoyé, apóyame tú ahora con el mío.

—Creía que era nuestro sueño —musita con tristeza.

—Mamá, por favor —le digo, sintiendo la garganta cerrárseme.

—¿Y cómo sabré que estás bien? ¿Y si te sucede algo? —me pregunta con los ojos enrojecidos, dándose por vencida—. ¿Quién cuidará de ti? ¿Quién? ¡Dímelo!

—Mamá, ya no soy una niña y te prometo que estaré bien —le digo, acercándome a ella y abrazándola—. Además, no estaré sola, Luna y su marido viven también en Madrid y si no funciona volveré, pero al menos lo haré sabiendo que lo he intentado. Y por mi trabajo aquí no te preocupes, buscaré a alguien que me sustituya.

—Nadie podrá sustituir nunca a mi hija —masculla, liberándose de mi abrazo y saliendo de la habitación.

Me quedo de pie frente a la ventana, en conflicto conmigo misma, pues fue mi madre la que nos sacó adelante con uñas y dientes, la que nos dio un hogar y la que nos devolvió la seguridad que se llevó aquel hombre cuando se largó y ahora estamos

dejándola sola de nuevo, pues mis hermanos viven en Ibiza y yo voy a marcharme, tal como hizo él.

Los siguientes días los vivo con infinita tristeza, pues siento que mi madre pone distancia entre ambas sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, y ese hecho, sentir su frialdad, y que no me apoye en algo que es tan importante para mí me entristece y enfada al mismo tiempo, pues nunca antes la he visto cuestionar las decisiones de mis hermanos ni tampoco darles la espalda como está haciendo conmigo ahora. ¿Por qué es incapaz de aceptarlo? —me pregunto, sentada en el alféizar de la ventana de mi habitación, viendo el sol descender y teñir el paisaje con su suave luz anaranjada.

Y a pesar de la tristeza que me produce sentirla tan lejos de mí, no desisto en mi empeño, por lo que, decidida a seguir adelante con mis sueños, le envío un mensaje a Luna diciéndole que acepto su piso, para casi al minuto llamar al tal Berto, el representante que me aconsejó Orlando... Un tono, dos, tres, cuatro, cinco... voy a colgar cuando...

—¿Dígame?

—¿Berto Escudero? —musito con un hilo de voz.

—Él mismo, ¿quién llama?

—Hola, soy Paloma Serra y soy actriz —le digo, recordando mi presentación en el videobook que colgué hace unos días en YouTube—. Le llamo porque Orlando Sun me habló de usted y me lo recomendó como posible representante.

—¿Conoces a Lando? —me pregunta sorprendido.

—Sí, de hecho, rodamos juntos una escena para incluirla en mi videobook —explico—. No tengo representante y me gustaría reunirme con usted...

—No serás uno de sus ligues —me dice con seriedad.

—No, claro que no —le aclaro, maldiciendo su reputación—. Nos conocimos por unos amigos en común, él conocía mi trabajo y se ofreció a ayudarme —le digo atropelladamente, molesta conmigo misma por mi falta de aplomo, vamos, que con un poco de suerte habrá entendido la mitad de lo que le he dicho, por culpa de mis nervios descontrolados.

—Hagamos una cosa, envíame el link de tu videobook y lo valoro, ¿te parece?

—Claro, se lo mando por WhatsApp ahora mismo. Muchas gracias, Berto.

—Hasta luego.

Cuelgo con una enorme sonrisa en la cara y, tras enviarle el link, me dedico a recorrer mi habitación cual fiera enjaulada, mientras pienso en lo complicado que me resultó en el pasado encontrar un representante en condiciones y cómo desistí finalmente, pues igual me encontraba con quien me decía que no quería tener varias actrices con el mismo perfil y quien, al contrario, parecía coleccionarnos y nos enviaba a todas al mismo *casting*.

Miro la hora de nuevo, ya han pasado veinte minutos desde que le he enviado el link, tiene que haberlo visto seguro, de hecho, ha tenido tiempo de verlo incluso varias veces. ¿Y si no le gusta? ¿Y si no le gusto yo? ¿Y si piensa que no tengo

talento y soy más de lo mismo? Que podría ser, chicas como yo las hay a patadas y mi perfil es más bien corriente. ¿Y si no me llama? ¡Suficiente! —me ordeno, cogiendo el casco—. Si le gusto, me llamará y si no, lo intentaré igual, encontraré otro representante o iré por libre, pero esta vez no voy a rendirme —me digo, bajando la escalera deseando que me dé el aire para dejar de agobiarme.

—Mamá, vengo en un rato —le digo antes de salir, sin recibir respuesta alguna por su parte, y de nuevo siento esa opresión en el pecho, ese nudo en la garganta que me duele con el simple hecho de respirar y estoy por entrar de nuevo en la recepción y darle dos gritos que la hagan reaccionar de una vez, pero en lugar de eso me subo en la Vespa, directa a El Capitán.

A diferencia de otras veces, hoy no llego al chiringuito a través de Cala Saona, sino que cojo el camino que me lleva directa allá y, tras estacionar la Vespa, me encamino hacia este lugar que es mi segunda casa, necesitando hablar con ese hombre que es desde hace años mi «segundo padre».

—¡Hola, Capi! —saludo, sentándome a la barra, tras la que se encuentra.

—¿Y esa cara que traes, Palomita?

—¿Podemos hablar? —le pregunto agobiada.

—¿Qué te pasa? —dice, apoyando sus antebrazos en la barra, centrando toda su atención en mí.

—¿Ya te has enterado de que me marcho a Madrid?

—Sí, me lo ha contado tu madre.

—¿Y no te ha pedido que me convenzas de lo contrario? —le formulo, preguntándome cuándo habrán hablado y hasta dónde sabrá Capi.

—Por supuesto —me responde medio sonriendo—, si no lo hubiera hecho no sería tu madre —me confirma, poniendo frente a mí una Coca-Cola con hielo y limón.

—Gracias —musito cogiéndola—, y... ¿vas a hacerlo?

—Por supuesto que no y también se lo he dicho a tu madre.

—Vaya, pues muchas gracias —susurro, dándole un sorbo a la Coca-Cola.

—Paloma, si lo que deseas es ser actriz, nadie debería impedírtelo ni convencerte de lo contrario, es malo ir contracorriente y tú llevas haciéndolo durante muchos años.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, arrugando el ceño.

—Siempre, desde que eras pequeña, has querido ser actriz, te recuerdo sentada en la terraza de mi casa, jugando con Luna y Jimena con las muñecas. Recuerdo que Luna las vestía, Jimena las peinaba y tú te inventabas las historias que vivirían, que menudas historias... —me dice sonriendo—. Te recuerdo mirándome con esa carita tan bonita y preguntándome si cuando fueras una actriz famosa iría a ver tus películas.

—¿De verdad? —formulo riéndome—. No lo recuerdo.

—En cambio yo lo recuerdo como si fuera ayer mismo... —musita, guardando silencio unos minutos, sumido en sus recuerdos—. Siempre es ayer... y justo por eso, porque la vida corre más rápido que nosotros, no deberíamos renunciar a nuestros sueños por miedo. El miedo nos impide actuar y también las personas que nos quieren, por eso mismo, porque temen vernos sufrir, y tu madre te quiere muchísimo y teme que ese sueño tuyo te lleve a llorar más que a reír.

—¿Y qué crees tú?

—Que llorar no es malo si con esas lágrimas estás caminando hacia tu destino, Paloma, lo bonito no será llegar a la meta, sino recorrer el camino que te llevará a ella, lo increíble será vivir cada paso que des, aunque lo hagas llorando, o riendo, y maravillarte con cada día que pase, aunque no sea fácil. Te aseguro que, dentro de unos años, cuando lo hayas conseguido, lo que realmente recordarás con una sonrisa será ese camino, lleno de piedras en ocasiones y desprovisto de ellas en otras, que recorriste.

»Vete a Madrid y lucha por lo que quieres, tu familia, tus amigos y La Masía siempre estarán aquí para cuando necesites volver.

—Mi madre no me lo está poniendo precisamente fácil, digamos que está llenando mi camino de piedras difíciles de sortear.

—Con el tiempo, esas piedras desaparecerán —me dice con cariño—. Al final lo aceptará, ya verás, pero dale ese tiempo y también tu paciencia, tu madre teme perderte.

—No va a perderme, Capi —musito sin entenderle.

—Por supuesto que lo hará, como yo he perdido Luna, pero es ley de vida, por mucho que nos duela. Cuando sois pequeños vivís bajo la protección de nuestras alas, pero cuando las vuestras son suficientemente fuertes debéis emprender el vuelo, aunque ese vuelo os aleje de nosotros.

—Tú no has perdido a Luna ni mi madre va a perderme a mí tampoco —insisto tozuda, negándome a entender sus palabras, que, de alguna manera, me asustan.

—¿De verdad? ¿Te verá a menudo? ¿Te sentarás con ella a tomar un café y a contarle cómo te ha ido el día? ¿Cuando tengas hijos los verá con frecuencia? Por supuesto que no, porque vivirás en Madrid en el mejor de los casos y en el extranjero en el peor o en el mejor, según se mire, y sólo regresarás aquí cuando tu ajetreado ritmo de vida te lo permita, pero nada más por unos días, unas semanas a lo sumo, y luego volverás a alejarte —me dice ante mi mirada asombrada—. Y eso es lo que debe ser, aunque a nosotros como padres nos duela.

»No puedes culpar a tu madre por sentirse como se siente después de todo lo que ha pasado. Ella siempre pensó que terminarías olvidando tus deseos de ser actriz y serías feliz viviendo en La Masía y ahora has tomado una decisión con la que ella no contaba. Sé comprensiva, Paloma, y piensa cómo te sentirías tú si la persona que más quieres te dijera que se marcha.

—Tiene a mis hermanos —musito con un nudo en la garganta, recordando cuando se marchó mi padre.

—Tus hermanos viven en Ibiza, y puede que regresen a Formentera o puede que no, pero ella tenía una certeza que eras tú, su hija, una hija con la que trabajaba día a día creando algo y tú has roto esa seguridad y ese proyecto en común y tiene que procesarlo.

—¡No es justo, Capi! ¡No tuve elección! —le digo dolida.

—¿Cómo que no? Cuando te fuiste a Madrid a estudiar, ¿por qué regresaste? Podías haberte quedado allí y en cambio volviste y te volcaste con La Masía, le hiciste creer que esto también era lo tuyo.

—¡Volví porque no dejaba de decirme que me echaba de menos y que estaba agotada porque todo pasaba por ella! ¡Me sentía culpable!

—Volviste porque quisiste, porque habías terminado tus estudios y posiblemente no estabas preparada para enfrentarte a ese mundo tú sola, y porque ésta era tu zona de confort. No culpes a los demás de tus decisiones, Paloma —me dice con seriedad—, si en ese momento lo hubieras tenido tan claro como lo tienes ahora, no habrías vuelto, por mucho que tu madre hubiera insistido. Fíjate ahora, apenas os habláis y no has desistido de tu empeño.

—No es justo lo que dices —musito, sintiendo cómo se me humedecen los ojos—. Siempre he intentado hacer lo correcto y que mi madre fuera feliz, y si volví fue justo por eso, porque mis hermanos estaban en una edad difícil y La Masía en plena remodelación, no volví porque no estuviera preparada para enfrentarme a ese mundo, sino porque quiero a mi madre más que a nada y no quería que sufriera más.

—Contéstame a esta pregunta, y sé sincera, si te hubieran dado un papel entonces, ¿habrías vuelto o te habrías quedado en Madrid?

—No lo sé —respondo con tristeza.

—Mira, sé que quieres muchísimo a tu madre y que maduraste a la fuerza cuando tu padre se fue, sé que muchas veces has interpuesto los deseos de tus hermanos o los de tu madre a los tuyos propios, pero porque no deseabas los tuyos con suficiente fuerza. Paloma, que ahora sí los deseas no te hace mala persona, pero con tu decisión sacudes la vida de tu madre, y debes entenderlo. Dale tiempo, sé que al final lo aceptará y te apoyará, pero necesita digerirlo y aceptar que su hija se va.

—Pero volveré, me salga bien o mal, siempre volveré, Capi.

—Lo sé, como hace Luna, pero no es lo mismo, entiéndelo.

Guardo silencio secando mis lágrimas. El rumor de las olitas al romper contra la orilla llega hasta mis oídos entremezclado con el de la música de El Capitán y me vuelvo, necesitando tiempo para procesar las palabras de Capi, empapándome de las vistas e intentando ahogar las lágrimas y el sentimiento de culpa que se empeñan en aflorar.

—No te preocupes, ya verás como todo sale bien —me dice él, posando su mano sobre mi brazo, devolviéndome a la realidad.

—¿De verdad lo crees? —musito, sintiendo mis labios temblar.

—Por supuesto, yo te ayudaré —me asegura sonriendo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunto, deseando que sea cierto.

—¿Sabes que Iris y yo vamos a intentarlo de nuevo? —dice sonriendo de oreja a oreja, refiriéndose a la madre de Luna.

—Eso imaginaba después de veros estos días —le respondo sonriendo también, a pesar de mis lágrimas—. ¿Y qué vais a tener, una relación a distancia? —le pregunto con incredulidad, pues no creo en ese tipo de relaciones, vamos, que si ya es complicado viviendo juntos, no quiero ni imaginar cómo será viviendo separados por cientos de kilómetros.

—Va a venirse a vivir aquí, me ha dicho que necesita un cambio, ¿y qué mejor cambio que esto? —me pregunta feliz, abriendo los brazos y abarcándolo todo con ellos—. Pero la conozco y sé que no podrá estar mucho tiempo sin hacer nada y yo necesito que esta vez sea para siempre —me dice con seriedad, apoyando sus antebrazos en la barra.

—¿Qué estas tramando, Capi? —musito intrigada.

—Iris y tu madre se llevarían de maravilla, ambas tienen mucho en común: tienen la misma edad, son mujeres emprendedoras, entusiastas y a ambas sus hijas las han dejado de lado, eso une, créeme —explica, guiñándome un ojo.

—No las hemos dejado de lado —rebato frunciendo el ceño—. ¡Qué estupidez!

—Lo que tú digas, pero ellas no lo ven así, y si no, espera a tener tú hijos —me responde con seguridad—. Pero de momento no digas nada, quiero hablarlo antes con Iris y si le gusta mi propuesta, entonces que sea ella la que hable con tu madre.

—¿Crees que le gustará? Ella es abogada, Capi, y cambiar los tribunales por la recepción de un pequeño hotel en Formentera es un cambio importante.

—Sí que lo es, pero es un cambio que necesita —contesta—. Ella misma me ha dicho que necesita parar y La Masía es la opción perfecta, además, sabes que tu trabajo es mucho más que estar tras la recepción.

—Y entonces... ¿cuándo hablarás con ella? —le pregunto, de repente impaciente.

—Esta noche. Llevo pensándolo desde que tu madre habló conmigo y estoy seguro de que funcionará, confía en mí.

—Qué remedio —le digo sonriendo—. La verdad es que no puedo marcharme sin cubrir antes mi puesto y si encima se hicieran amigas ya sería lo más.

—De eso no tengo la menor duda —me responde con seguridad—. Y tú, habla con tu madre, no te marches sin solucionarlo antes —me ordena.

—Esta noche —le digo levantándome y dándole un beso—. Me marchó, se está haciendo tarde, suerte, Capi.

—Suerte, Palomita —me responde guiñándome un ojo.

Durante el camino a casa pienso en todo lo que hemos hablado y, aunque no estoy del todo de acuerdo con algunas de las cosas que me ha dicho, sé que en el fondo hay una parte de verdad en ellas y, cuando estaciono la Vespa en el pequeño parking de La Masía, me dirijo en busca de mi madre, más que dispuesta a solucionarlo de una vez.

La encuentro en mi pequeño despacho, tras una montaña de papeles, y la miro sorprendida, pues la contabilidad de La Masía forma parte de mi trabajo.

—¿Qué haces, mamá? —le pregunto extrañada.

—Si vas a marcharte, voy a tener que empezar a hacerme cargo yo de todo esto, así que mejor empezar cuanto antes.

—No tienes por qué hacerlo, sabes que la contabilidad puede llevártela Susana desde su asesoría.

—Eso lo decidiré yo, si no te importa —me rebate con sequedad.

—Mamá —musito, acercándome a ella, decidida a no salir de ese despacho hasta que no hayamos hecho las paces—, te prometo que antes de marcharme dejaré cubierto mi puesto. No quiero que te preocupes por esto ni por nada.

—¿Y quién cubrirá el puesto de MI HIJA? ¿Vas a contratar a alguien también? —me pregunta con dolor.

—No voy a necesitar hacerlo, porque nunca te voy a faltar. Puede que no me veas todos los días, como ahora, pero te llamaré por teléfono y podemos hablar por Skype —le digo con dulzura—. Te aseguro que vendré siempre que pueda y aunque no pueda, ésta es mi casa y «los niños» y tú mi familia, y por nada del mundo voy a olvidarme de vosotros —digo, recordando a mi padre—. Confía en mí, por favor, te prometo que haré que estés orgullosa de mí.

—Ya estoy orgullosa de ti, no necesito que te hagas actriz para estarlo más —me responde, empezando a llorar, esquivando mi mirada.

—Pero yo necesito serlo para estarlo de mí, mamá, dame una oportunidad, déjame que lo intente... por favor —musito con un nudo en la garganta, intentando que me mire.

—Pensaba que eras feliz aquí —me dice con un hilo de voz—, que esto te llenaba tanto como a mí —añade, posando finalmente su mirada en la mía—, pensaba que estábamos juntas en esto.

—Mamá, sabes que esto me gusta y que soy feliz aquí, pero seré más feliz intentándolo.

—Está bien, estoy cansada de este tema —me dice levantándose.

—Mamá, dime que te parece bien —le pido, deseando su aprobación.

—Ya discutimos este tema cuando decidiste estudiar arte dramático, no volvamos a él de nuevo. Eres una mujer adulta y has tomado una decisión que yo debo aceptar me guste o no —me dice, sujetándome la barbilla—. Posiblemente a mis padres tampoco les gustaron muchas de mis decisiones, pero no por ello desistí de ellas. Haz tu vida, Paloma, como yo he hecho la mía, ya veremos a dónde nos llevan.

—Entonces, ¿me perdonas? —le pregunto con los ojos anegados en lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte, cariño, has sido la mejor hija que podría haber tenido y estoy muy orgullosa de ti —me dice, secándose las lágrimas—. En todo caso, debería ser yo la que te pidiera perdón a ti por no habértelo puesto fácil, perdóname, ¿quieres?

—Mamá, yo tampoco tengo nada que perdonarte —le digo abrazándola al fin.

—Sólo te pido que, si vas a ser actriz, te dejes la ropa interior puesta, porque me moriría de vergüenza si te viera desnuda o... algo más —me dice, refiriéndose claramente al sexo, un tema tabú para ella.

—Tranquila, nunca vas a avergonzarte de mí —musito, aferrada a su abrazo.

Y esa noche por fin consigo dormir tranquila.

CAPÍTULO 8

—¡Paloma! ¿Sabes con quién acabo de tomarme un café? Bueno, dos en realidad — me dice mi madre, sonriendo y sentándose frente a la mesa de mi despacho, donde llevo toda la tarde intentando poner la contabilidad al día... Sin duda esto es lo que menos echaré de menos.

—¿Con quién? —pregunto, desviando la mirada del móvil, esperando todavía una respuesta por parte de Berto, ¿por qué no me dice nada? No sé... un me gusta, un está bien, un no me interesa... no creo que cueste tanto...

—Con Iris, la madre de Luna, ¿sabías que va a volver con Capi?

—Sí, creo que va a instalarse aquí —musito, intentando no revelar demasiado.

—Pues no sabes lo mejor. Capi le contó que te marchabas a Madrid... yo se lo conté a él —me aclara atropelladamente, recordándome a mí misma—, y ha venido a ofrecerse para cubrir tu puesto, ¿te lo puedes creer?

—¿De verdad? ¿Y qué le has dicho? —le pregunto nerviosa de repente.

—¿Tú qué crees? —me pregunta sonriendo—. Pero ¡si ha llegado como caída del cielo! Me ha encantado, hija, hemos estado hablando durante horas, y ni te imaginas las cosas que tenemos en común —me dice entusiasmada—. Le he dado un mes de prueba. ¿Tú cuándo te vas?

—¿Me estás echando? —le pregunto alucinada.

—¡No, por Dios! —me dice riéndose—. Te lo pregunto porque ya que va a cubrir tu puesto, quién mejor que tú para que la formes un poco.

—¡Ya pensaba que querías deshacerte de mí! —le contesto riéndome—. No tengo prisa, mamá, así que tranquila, puedo quedarme hasta que lo domine por completo —le digo, deseando que tarde en hacerlo.

Pero ¿qué me pasa? No me contesta el tal Berto y ya estoy cuestionándome y pensando que me he precipitado —me machaco, deseando darme un bofetón tras otro.

—¿Sucede algo? —me pregunta mi madre, calándome al instante.

—Nada —le miento, mirando de reojo el móvil... ¿Y si lo llamo yo?

—Pensaba que estabas deseando irte —prosigue suspicaz.

—Y lo estoy deseando —le sigo mintiendo, recordando la conversación que mantuve con Capi hace unos días. ¡Ay, Diossss, qué razón tenía en todo!

—Pues no lo parece, ¿ha pasado algo que yo no sepa? ¿Y por qué no dejas de mirar el dichoso móvil?

—Porque le envié mi videobook a un importante representante de Madrid y no me ha contestado, así que supongo que no le ha gustado, no sé... supongo que yo sola me había venido arriba y que ahora no me llame ni me diga nada me está estrellando contra el suelo.

—¿Puedo ver ese videobook? —me pregunta, interesándose por primera vez por mi trabajo como actriz.

—Claro —le digo, accediendo a YouTube y localizándolo—. Mira...

—Hola, soy Paloma Serra y soy actriz...

Veo que mi madre lo mira sin decir nada, hasta que llega el... *forever and ever* y, expectante, espero su reacción.

—Has dicho Paloma Serra y no Paloma Aldaso. ¿Por qué? —musita con tristeza.

—Porque no quiero llevar el apellido de ese hombre. Él nos abandonó desentendiéndose por completo y no quiero que su apellido vaya por delante del tuyo. Está fuera de mi vida, mamá —le digo con rotundidad— y si algún día me convierto en una actriz famosa y me ve en el cine o en la televisión, en el caso de que me reconozca, porque igual ni sabe quién soy, quiero que le quede claro.

—Vaya... —musita, callándose un momento—. Lo del apellido es una decisión que sólo tú puedes tomar, pero nunca olvides que fue un buen padre y un buen marido durante el tiempo que estuvo con nosotros, y, aunque su decisión nos afectó a todos, conseguimos seguir adelante juntos, siendo una familia, algo que posiblemente él nunca tendrá. Has crecido guardándole rencor, cuando lo que deberías sentir por él es lástima —me dice, acariciándome la mejilla.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? —le pregunto llena de resentimiento—. ¿Por qué habría de sentir lástima por una persona que nos ha hecho tanto daño?

—Porque se ha perdido tu vida y la de tus hermanos, no imagino un dolor más grande para mí que ése.

—Porque tienes corazón y nos quieres.

—Los sentimientos son complicados, hija, no intentes entenderlo ni juzgarlo, porque nunca lo harás correctamente —me dice, acariciándome el pelo—. Él siempre será tu padre, aunque renuncies profesionalmente a su apellido, y estoy segura de que esté donde esté os querrá y pensará en vosotros —me asegura—, como estoy segura de que serás una gran actriz con el Serra o el Aldaso delante —musita, dándome un beso—. No me habías dicho que conocías a Orlando Sun —añade intentando sonreír.

—Lo conocí en la boda de Luna, es muy amigo de su marido.

—Pues esa parte que habéis rodado juntos es muy bonita, además, tú lo haces muy bien.

—¿Por qué nunca juzgas lo que hizo? —le pregunto enfadada, sin ganas de hablar de Orlando ni del videobook.

—¿Quién soy yo para juzgar los sentimientos de otra persona? Además, no quiero vivir con rencor; el rencor nos mata por dentro y nos impide seguir adelante —me dice levantándose, yendo hacia la ventana—. Con tu padre viví los años más bonitos y felices de mi vida, pero no supe hacerlo feliz —musita con voz quebrada—, o quizá él no estaba preparado para la vida familiar, quién sabe —añade volviéndose—. Paloma, no quiero que vivas con rencor ni con odio y si alguna vez lo ves, dale una oportunidad, nunca es tarde, aunque lo creamos.

—Os vi esa noche —le confieso por primera vez, reproduciéndolo de nuevo en mi mente—. Te vi de rodillas llorando a sus pies, suplicándole que no se fuera, mientras uno de los niños lloraba en la cuna. Oí que te dijo que no podía más y que necesitaba tiempo para solucionar unos asuntos, lo oí todo, mamá, no se trata de vivir con odio o rencor, se trata de tener corazón.

—Se trata de amar, perdonar, seguir y vivir, se trata de tener corazón, pero un corazón que pueda latir libre de cargas, no lastrado por ellas —me dice acercándose a mí—. Si yo lo he perdonado, ¿por qué tú no puedes hacerlo? —musita con voz quebrada—. Intenta olvidar lo que viste esa noche y recuerda al padre que jugaba contigo en la playa y te contaba cuentos por la noche hasta que te quedabas dormida, inténtalo mientras estés en Madrid y las cosas no te salgan como esperabas, cuando estés a punto de tirar la toalla y tengas ganas de gritar, intenta entenderlo cuando te sientas como posiblemente se sintió él, y luego haz lo que te pida el corazón.

—Estás dando por hecho que no voy a conseguirlo —le espeto de malas formas.

—Por supuesto que vas a conseguirlo, después de ver ese videobook no tengo la menor duda ni quiero que la tengas tú tampoco, aunque no te llame ese representante, pero no esperes llegar a Madrid y conseguir el papel de tu vida a las primeras de cambio, porque, como tú, habrá cientos de actores esperando su oportunidad y porque las cosas importantes son las que más cuestan, por eso luego las valoramos tanto —me dice sonriendo—. Pero vas a conseguirlo, hija, muy a pesar mío, vas a conseguirlo y yo voy a estar muy feliz por ti.

—Eso espero —le digo, abrazándome a ella, necesitando sentir su contacto.

—Y escúchame, sinvergüenza, haz el favor de presentarme a Orlando cuando vaya a visitarte —me dice, envolviéndome entre sus brazos.

—Monumento por monumento, mejor te enseñe el Madrid de los Austrias que te gustará más —le digo riendo—. Orlando es un golfo de cuidado.

—¿Por qué será que los golfos son los que más nos gustan? —me pregunta guiñándome un ojo—. Tu padre era un golfo y me volvió loca —me dice, asombrándome con su confesión.

—Otro motivo para no acercarnos a él. Verás qué bonito es el Palacio de Oriente —le digo, cogiéndola por la cintura—. Venga, invítame a un café, que estoy harta de contabilizar facturas.

Durante los siguientes días, me dedico a enseñarle a Iris los pormenores de mi trabajo y, para espanto mío, en cuestión de una semana lo tiene todo controlado. ¿Y ahora qué hago? Tengo un apartamento esperándome en Madrid, un videobook y cero excusas para seguir alargando mi estancia aquí y una tarde decido coger el toro por los cuernos y llamar al tal Berto. Estoy hasta las narices de esperar a que lo haga él.

Un tono, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... pip pip pip, ¿y ahora?

«Ahora vas a buscar un curso de reciclaje, te vas a ir a Madrid y vas a ir a saco a por ese cincuenta por ciento», me digo muerta del susto.

Sin querer pensarlo más, llamo a «los niños» para hacerlos partícipes de mis planes y pedirles que se encarguen de nuestra madre, ya que, aunque durante el día tendrá a Iris, a Ramón, a nuestros empleados y a todos nuestros clientes, que la mantendrán ocupada, no quiero que se sienta sola y, tras casi una hora de charla, me pongo a buscar por Internet un curso de reciclaje que cumpla con todos mis indispensables. Necesito uno en el que se trabaje la voz y el cuerpo, la dicción, la creación de personajes, el montaje de escenas, la improvisación y, sobre todo, que esté impartido por actores en activo; tras un par de horas de búsqueda encuentro uno que llama mi atención, pues, además de ajustarse a mis necesidades, muchas de sus clases estarán impartidas por directores de *casting*. ¡Uauuu, qué pasada!

Imprimo toda la documentación, que guardo disciplinadamente en una carpeta y, una vez doy el tema por zanjado, me pongo con el equipaje, intentando llevarme sólo lo imprescindible. Cuando consigo seleccionar lo que me llevaré y lo que no, tengo la cabeza a punto de explotarme, por lo que, agobiada hasta lo indecible, me dirijo a la cocina, donde están a punto de ponerse con la cena y donde mi madre, junto con Iris, se encuentra repasando las existencias.

—¿Cómo vais? —les pregunto, sentándome junto a ellas en la mesa del rincón.

—Aquí estamos, a punto de terminar con esto, ¿y tú, hija? No te he visto en toda la tarde —me dice mi madre, mientras Iris, educadamente, se retira para hablar con la cocinera.

—He estado haciendo las maletas —musito—. Iris lo tiene todo controlado y no tiene ningún sentido que lo alargue más.

—Voy a echarte mucho de menos, lo sabes, ¿verdad? —me pregunta, cogiéndome la mano.

—Yo también, mamá. Intentaré venir todo lo que pueda.

—Y si no puedes, iré yo a visitarte, recuerda que tienes que mostrarme los monumentos de Madrid —me dice sonriendo.

—Mamá, estoy asustada —le confieso finalmente.

—Ven conmigo —me pide sin soltar mi mano y llevándome a la terraza, donde el canto de los grillos me reconforta—. Sé que estás asustada, hija, yo también lo estoy, pero supongo que es lo normal, tu vida va a cambiar muchísimo y eso siempre asusta —me dice abrazándome—. Cuando te sientas así, recuerda cuánto lo deseas y verás como te sientes mejor. ¿Cuándo te marchas?

—Todavía no he sacado el billete, pero supongo que en unos días.

—¿Has hablado ya con tus hermanos?

—Sí, les he llamado esta tarde.

—¿Y qué te han dicho?

—Que les prepare una habitación, éstos sólo piensan en la marcha de Madrid, menudos sinvergüenzas están hechos —le respondo sonriendo.

—Voy a tener que atarlos en corto —me dice guiñándome un ojo—. ¿Sabes una cosa? Estoy segura de que antes de que te des cuenta te habrás adaptado al ritmo de Madrid e incluso vas a disfrutarlo, pero si eso no sucediera y perdieras la ilusión, sabes que mis brazos y las puertas de La Masía siempre estarán esperándote. —Me acaricia la cara—. Mi niña, cuánto voy a echarte de menos.

—Y yo, mamá.

—Vas a odiarme, pero quiero que me llames todas las noches, que me envíes un mensaje o lo que quieras, pero necesito saber que estás bien.

—¿Todas las noches? —le pregunto divertida.

—Todas las noches —me dice reafirmandose—. Llámame pesada o lo que quieras, pero necesito acostarme sabiendo que mi hija está bien.

—De acuerdo, te llamaré o te enviaré un mensaje todas las noches —cedo sonriendo.

—Venga, vamos a cenar —propone, cogiéndose de mi brazo y llevándome al interior de mi casa y de mi seguridad.

Ceno con ella, con Iris, Ramón y varios empleados, disfrutando de cada segundo, deseando atesorar en mi memoria cada momento, cada risa y cada mirada cómplice con mi madre, sabiendo que voy a echarlo todo muchísimo de menos y, entre bocado y bocado, me prometo que iré a por todas, reventándolo todo a mi paso, sin dudar de mí, sin que me importe lo que piense Berto ni nadie, pues sé que puedo hacerlo y lo haré.

CAPÍTULO 9

Mi avión aterriza en Madrid el 20 de noviembre a las 16.45 y cuando salgo de la terminal de llegadas a quien primero veo es a mi amiga Luna, tan guapa como siempre, haciéndome gestos con la mano para hacerse ver y me acerco a ella feliz de la vida.

—¡Holaaaaaaa! —le digo, soltando mis maletas para abrazarla.

—¡Tíaaaa no puedo creer que vaya a tenerte aquí conmigo!

—Ni yo, ya puestos —le respondo, sintiendo el gusanillo de los nervios crecer en la boca de mi estómago—. Menudo susto llevo encima.

—¿Por qué? —me pregunta riendo, cogiendo una de mis maletas.

—Oye, ¿y tú vas siempre tan estupenda vestida? —le pregunto a mi vez, sin contestar a su pregunta, mirándola de arriba abajo.

—Soy la diseñadora de D´Elkann, no querrás que vaya con unos simples jeans —me responde con una resplandeciente sonrisa.

—Qué perra eres —le respondo entre risas, cogiendo la otra maleta—. Te ha faltado añadir y la mujer de uno de los tíos más buenos que he visto en mi vida.

—Exceptuando a Orlando, por supuesto —me rebate guiñándome un ojo.

—Por supuesto— secundo—, pero Orlando es un golfo de cuidado, capaz de ligar con una piedra —le digo recordándolo.

—La dejaría hecha gravilla —me contesta, mientras salimos del aeropuerto—. No me has contestado, ¿por qué estás asustada? —insiste, dirigiéndose a uno de los taxis que esperan frente a la puerta.

—¿De verdad hace falta que te conteste? —le formulo cogiendo aire profundamente y soltándolo con fuerza, intentando tranquilizarme—. Estoy atacada, tía.

—Pues no lo estés —me dice mientras el taxista se hace cargo de nuestras maletas y nosotras accedemos al interior del vehículo—. He visto el videobook y es genial, tienes un piso en pleno centro y a mí a tu lado para todo lo que necesites, vas a conseguirlo, ya verás —me asegura con confianza, tras darle la dirección al taxista.

—Eso espero —le respondo cuando emprendemos la marcha.

—Cree en ti misma y nadie podrá contigo.

—Las reglas del Universo, ¿verdad? —le pregunto, recordando las muchas conversaciones que durante años mantuvimos con Capi.

—Pide y te será concedido —me responde divertida—. Estoy empezando a asustarme de verdad, cada vez me parezco más a mi padre y a mi abuela; dentro de nada me veo viendo auras y hablando del destino y del karma —me dice, poniendo

los ojos en blanco.

—Ese día me reiré muchísimo —le contesto entre risas, pues mi amiga nunca ha creído en nada de eso.

—Ese día me pegaré un tiro —me responde carcajeándose.

—Oye, ¿y cómo te va la vida de casada? Se te ve genial.

—¿Hace falta que te conteste? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja—. Estoy tan feliz que a veces creo que estoy viviendo un sueño.

—Lo estás viviendo, tía, has conseguido todo lo que te propusiste, incluso casarte con el de la montaña rusa —le digo guiñándole un ojo y recordando la conversación que mantuvimos hace muchos años en Formentera.

—No se te olvida, ¿eh? —dice sonriendo.

—¿Qué quieres, si yo nunca me he subido a ninguna?

—Pero lo harás, algún día conocerás a un hombre que te subirá a ella y ya nunca querrás bajar.

—Ya lo he conocido y lo he rechazado... dos veces —matizo bufando.

—¡Oyeeee! ¡No me habías contado nada! ¿Y yo lo conozco?

—¿Que si conoces a mi chulito de playa? ¡Y mejor que yo!

—¿Y puede saberse quién es ese chulito? —me pregunta sin entenderme.

—¡Orlando! ¿Quién va a ser? —mascullo casi escupiéndole su nombre.

—¿Llamas así a Lando? —dice descojonándose—, ¿chulito de playa? ¡Tía, pero qué loca estás!

—¿Loca? Es un chulito, un golfo, un sinvergüenza y seguro que muchísimas cosas más.

—Sí, lo que tú digas, pero con ese chulito, golfo y sinvergüenza hubieras subido a lo más alto de la montaña rusa —me rebato guiñándome un ojo—. Sabía lo de la primera vez, pero lo de la segunda no me lo habías contado. ¿Cómo pudiste rechazarlo de nuevo con lo que te ha gustado siempre?

—La pregunta del millón... ¡y yo que sé! Supongo que porque leo demasiada novela romántica y estoy atontada, porque otra explicación no le veo.

—Te lo tenías que haber tirado —me dice entre susurros—, aunque sea un chulito de playa.

—Te recuerdo que la primera vez me propuso sexo guarro —musito todavía escandalizada.

—¿Y la segunda?

—¡Ayyyy, cállate! —le digo ante sus risas.

—Hemos llegado, señoritas —nos comunica el taxista, deteniendo el taxi y bajando de él para sacar mis maletas.

—¡Llegamos! ¡Vamos! ¡Estoy impaciente por enseñarte tu nueva casa! —me dice mi amiga, saliendo ella también.

Emocionada, la sigo, mirando la calle, la mía ahora, calle San Bernardo y alzo la mirada hacia el edificio de ladrillo visto donde a partir de ahora estará mi casa y donde espero ver cumplirse todos mis sueños.

Cargadas con las maletas, subimos en el ascensor hasta el último piso y cuando las puertas de éste se abren, mi amiga se adelanta a mí para dirigirse con decisión hasta la puerta del que será mi nuevo hogar.

—¡Bienvenida! —me dice abriéndola y cediéndome el paso.

Accedo a mi nueva casa con un nudo en la garganta, emocionada y feliz, y le sonrío a la imagen que me devuelve el espejo de la entrada.

—¡Vamos! —me dice Luna, dejando su chaqueta y el bolso en el perchero que se encuentra junto al espejo.

—¡Estoy deseando verlo todo! —exclamo entusiasmada, imitándola y siguiéndola—. ¡Halaaaa, qué bonito! —musito maravillada cuando llego al salón.

Está pintado en un tono gris claro, en contraste con el suelo de parquet y los muebles de color nogal, y detengo la mirada en la pared, de la que cuelga un enorme y colorido mosaico.

—¿Y esto? ¡Es chulísimo! —le digo acercándome a él sin saber realmente qué es.

—Es mi primer *mood-board* —me aclara, acercándose a mí.

—¿Tu qué? —le pregunto, sin haber entendido una palabra. ¿Qué narices ha dicho?

—Un *mood-board* es como un *collage* con retales y fotografías, que te muestra las pautas que deberá seguir la colección —me explica— y éste fue el primero que creé en D´Elkann.

—¿Y no te gustaría llevártelo como recuerdo? —le pregunto.

—El que realmente me importa ya lo tengo en casa —me dice sonriendo.

—¿Y cuál es? ¿Tu marido?

Sus risas inundan todo el salón, de la misma forma que lo hacen los rayos de sol que entran a raudales por las enormes ventanas, y la observo sonriendo, contenta por verla tan feliz.

—No, tonta, el *mood-board* que tengo en mi casa es el de la primera colección Posidonia, la primera colección que creé.

—¡Ah, vale! ¡Pues mejor! ¡Porque me encanta cómo queda éste aquí!

—Ven y te muestro el resto del piso —me dice, cogiéndome de la mano y llevándome hasta la cocina.

De azulejos y muebles blancos, tiene una encimera de madera a juego con la mesa del rincón, que se encuentra junto a la ventana, y suspiro imaginándome sentada a ella, tomándome mi primer café, mientras observo el despertar de la ciudad, tan diferente al de mi isla.

Casi a rastras, Luna me lleva hasta la que será mi habitación, compuesta por una enorme cama y un pequeño vestidor y de ahí al baño, que, aunque minúsculo, no le falta detalle.

—¿No te dio pena irte de este piso? —le pregunto mientras regresamos al salón—. Es superbonito.

—La verdad es que no mucha —me responde guiñándome un ojo.

—Tienes razón, qué preguntas hago. Con un tío como tu marido yo me hubiera ido a vivir hasta debajo de un puente —le respondo, poniendo los ojos en blanco—. Lo que no es tu caso, por supuesto, porque menuda casa tendrá el de la montaña rusa.

—No te haces una idea, esto en comparación es como una caja de zapatos de niño. Oye, ¿por qué no te vienes hoy a cenar con nosotros?

—¿Hoy? Imposible, tía, estoy muy liada —le digo riendo.

—Liadísima. ¿Qué tienes que hacer? —me pregunta, enarcando sus cejas.

—Deshacer el equipaje, darme una ducha y tirarme en plancha en este sofá de escándalo que me llama a gritos, ¿te parece poco? ¡Ah, sí!, y cenar pizza, ¿no tendrás por casualidad folletos de comida a domicilio?

—¿Estás rechazando una cena en mi casa por una pizza? —me pregunta haciendo una mueca.

—Tía, entiéndelo, tengo muchas ganas de quedarme aquí hoy. Te prometo que mañana cenaré en tu pedazo de casa, con tu pedazo de marido y, ya puestos, hasta podríais invitar al pedazo de chulito de playa.

—No creo que podamos, tenemos al chulito de playa en Los Ángeles —me responde Luna, dirigiéndose a la cocina—. Creía que era un golfo, un sinvergüenza y ¿qué más habías dicho? —me pregunta cuando regresa de nuevo al salón, tendiéndome los folletos que le he pedido.

—Cualquier insulto le va bien, no te preocupes —le digo fingiendo indiferencia, empezando a ojearlos.

—Seguro... ¿Y qué planes tienes para mañana? —me pregunta, sentándose en el sofá.

—Voy a llenar la nevera y después a patearme Madrid, necesito encontrar un empleo cuanto antes, por cierto —le explico, sentándome a su lado—. No me has dicho lo que cuesta el alquiler de este piso, dime que no es muy caro, por favor, o seré yo la que se irá a vivir debajo de un puente.

—Nada —me contesta sonriendo—, cero euros, ¿te va bien?

—¿Cómo que nada? —le pregunto abriendo desmesuradamente la boca—. Pero ¿qué estás diciendo, loca?

—Lo que has oído, Gael ha comprado este piso como inversión, así que, más o menos, voy a ser tu casera.

—No puedo aceptarlo, ¿cómo voy a vivir de gorra, tía? Venga, dime qué pagabas tú y te pago lo mismo.

—¡Que no! ¡Y no me seas pesadita! Lo he hablado con Gael y ambos estamos de acuerdo, así que aprovéchate e invierte todo lo que ganes en cursos de reciclaje.

—Pero escúchame —insisto, intentando razonar con ella—, he venido aquí para quedarme mucho tiempo. ¿Cómo voy a vivir sin pagarte?

—Porque eres mi amiga y casi mi hermana, porque hemos crecido juntas y porque este tatuaje nos une para siempre —me dice, mostrándome la estela de estrellas que nos tatuamos hace tantos años—. ¿Te das cuenta de que yo tenía razón? Si nos hubiéramos comprado un bolso de CH a estas alturas ya estaríamos cansadas de él o lo tendríamos estropeado —añade entre risas.

—Si algún día llego a tener un bolso de mi Carolina del alma, te aseguro que lo cuidaré como si me fuera la vida en ello —le respondo carcajeándome—. Gracias, nena, de momento lo acepto, pero si esto sale bien y finalmente me quedo a vivir aquí, tienes que prometerme que me cobraras alquiler, ¿trato hecho?

—Ya veremos —me dice dándome largas—. Por cierto, ya me he enterado de que mi madre trabaja en La Masía.

—Sí, y ha sido la solución a mis problemas, te juro que me ha venido como caída del cielo.

—Está emocionada y yo alucinada, todo sea dicho, ¿te lo puedes creer? ¡Mi madre viviendo en Formentera! Ya podían haberse reconciliado cuando yo era pequeña —musita con un punto crítico en la voz.

—Bueno, más vale tarde que nunca —le respondo, recordando las muchísimas veces que ambas deseamos tener unos padres unidos—. Tú por lo menos los tuviste a ambos, no como yo.

—Ya lo sé, y ahora estoy feliz por ellos, pero ya sabes... —me dice encogiéndose de hombros.

—Sí, ya lo sé —contesto, sin necesidad de decir más.

—En fin, espero que esta vez les salga bien —me dice, mirando la hora—. Tengo que irme, ¿te espero mañana, entonces?

—Claro, estoy deseando ver ese pedazo de casa que tienes. Envíame la dirección por WhatsApp.

—Luego lo hago. Escúchame, vives prácticamente en el centro —me explica, como si estuviera hablando con una niña pequeña, mirándome fijamente—, tienes una boca de metro al final mismo de la calle y otra si la subes en lugar de bajarla. No te pierdas, ¿vale? —dice— y, sobre todo, no le pidas a ningún taxista que te lleve al paseo de Gracia, recuerda que no estás en Barcelona, sino en Madrid —añade ahogando una carcajada.

—Pero mira que eres graciosa —le replico, haciéndome la ofendida, recordando cuando en mi época de estudiante le pedí a un taxista que me llevara al paseo de Gracia y la cara de estupor que puso él trasteando en el navegador buscando la dichosa dirección, mientras yo, cansina de mí, se la repetía una y otra vez.

—Graciosa tú, lo que hubiera dado por verte en ese momento. Ya te imagino pensando «con la de taxistas que hay en Madrid y tenía que subirme al taxi del que no se entera» —prosigue divertida.

—Pues sí, tal cual, pero en mi defensa diré que ya os vale, ¡anda que no tener un paseo de Gracia!

—Pues no, vas a tener que conformarte con el del Prado —me dice descojonándose y yendo hasta la puerta—. Si te pierdes, hazme señales de humo.

—¡Ja! —le respondo con una mueca.

—¡Chao! ¡Nos vemos mañana! —exclama dándome un beso.

—¡Chao, Lunita! —me despido acompañándola hasta el ascensor y, unos segundos antes de que las puertas de éste se cierren, me dice entre risas:

—¡TE DEJOOOOOO!

¡La madre que la parió! Corriendo, me dirijo de nuevo al interior de la casa, directa al pequeño balcón que da a la calle y que abro esperando verla salir por el portal. Cuando lo hace, grito a pleno pulmón:

—¡TE DEJO YOOOOOOO!

Veo cómo alza la mirada, extrañada, y antes de que pueda contestarme, cierro para no oír su respuesta y al segundo suena mi móvil.

Parece que tengas tres años... por cierto ¡TE DEJO YO!

Me río con ganas, pues por muchos años que pasen no cambiamos en absoluto y, dispuesta a convertir este pequeño piso en mi casa, me pongo a deshacer el equipaje, feliz de la vida, y cuando lo tengo todo colocado, recorro soñadora el pequeño apartamento, descubriendo detalles que antes, con la emoción, me habían pasado desapercibidos, como las portadas de la revista *Vogue* enmarcadas a modo de fotografías que se encuentran sobre el mueble bajo de la entrada, las sillas de diferentes formas y colores que hay en torno a la mesa de la cocina, o el lienzo del pasillo con el mensaje: SI PUEDES SOÑARLO PUEDES HACERLO.

—Por supuesto —musito decidida.

Tras darme una ducha y ponerme el pijama, me pido una pizza acurrucada en el sofá y, mientras espero a que llegue mi cena, llamo a mi madre para contarle al detalle la monada de piso que tengo, así como todos mis planes para mañana.

Y aunque tengo una mesa para cenar «como Dios manda», como diría ella, ahora estoy en mi casa y puedo hacer lo que quiera, por lo que, sin pensármelo dos veces, decido cenar en el sofá, mirando la televisión.

—¡¡¡YUPIII!!! —me digo entre risas, con la boca llena de pizza. Si me viera ahora mismo mi madre, me llevaría de la oreja hasta la mesa seguro.

Feliz como una niña con zapatos nuevos, me acuesto en mi nueva cama, me tapo hasta las orejas y me dejo vencer por el cansancio provocado por las emociones.

Me despierto con la primera alarma del móvil y durante unos microsegundos miro extrañada donde estoy.

—Estoy en Madrid —musito sonriendo—. ¡Día uno de mi nueva vida! —añado levantándome con ímpetu de la cama, decidida a exprimir al máximo cada segundo.

Me recuerdo todo lo que me he propuesto hacer hoy y me dirijo a la cocina, donde, sentada en la silla azul, con mi café en la mano y la espalda bien calentita por el radiador que tengo justo detrás, observo la pizarra colgada de la pared y, sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia ella y dibujo una tabla, en la que anoto los planes para hoy y los objetivos a cumplir a largo plazo.

PLANES PARA HOY	OBJETIVOS A CUMPLIR
1. LLAMAR A BERTO	1. QUE SEA MI REPRESENTANTE
2. APUNTARME A LA ESCUELA DE ACTORES	2. SER UNA BUENA ACTRIZ
3. BUSCAR EMPLEO	3. CONSEGUIR VIVIR DE MI TRABAJO COMO ACTRIZ
4. HACER LA COMPRA	4. QUE ESTE PISO NO TERMINE SIENDO UNA POCILGA

—Sin excusas, Paloma —me ordeno, sentándome de nuevo en mi silla favorita, mientras busco el número de Berto entre mis contactos, más que decidida a cumplir mis puntos número uno y no cejar en mi empeño hasta conseguirlo.

Un tono, dos, tres...

—¿Dígame?

¡¡¡Uyyyyy!!! ¡¡¡Es él!!! ¡Vengaaaaa, di algo o te cuelga!

—¿Berto? —musito, tan nerviosa que apenas me sale la voz.

—El mismo —me responde con sequedad.

¿Lo habré despertado? —me torturo mirando la hora. Bueno, son las ocho de la mañana de un día laborable, si lo he despertado le he hecho un favor —me digo atropelladamente.

—Buenos días, soy Paloma Serra, ¿me recuerda? Le envié el videobook hace unas semanas —explico, deseando que me recuerde y tenga una excusa estupenda que justifique que haya estado dándome largas desde entonces.

—Sí, lo vi —me responde con voz neutra.

—¿Y le gustó? —inquiero, con el corazón atronándome en la garganta.

—Está bien.

—¿Sólo bien? —le pregunto decepcionada.

—Esa escena con Orlando es llamativa, por el simple hecho de que es Orlando, pero tengo muchos perfiles como el tuyo, por eso no te había llamado.

—Deme una oportunidad, Berto, le prometo que no lo decepcionaré —musito, intentando no sonar demasiado desesperada.

Guarda silencio durante unos segundos que a mí se me hacen eternos y entonces prosigue.

—Lo siento, pero tengo demasiadas chicas como tú, mucha suerte, Paloma.

—¡No! ¡Espere! —le digo, levantándome de la silla y empezando a deambular por la cocina, necesitando captar su atención de alguna forma—. Aunque crea que tiene a muchas chicas como yo, en realidad no es así, seguro que ellas no tienen las ganas de triunfar que tengo yo.

—Todas tenéis las mismas ganas —me responde armándose de paciencia— y yo no quiero tener tantos perfiles iguales. Entiéndelo, seguro que encuentras otro representante.

—Le propongo un trato, envíeme a un *casting* con ellas, si consigo el papel, será mi representante, y si no lo consigo, le prometo que no volveré a llamarlo ni a molestarlo nunca más —le digo, jugándomelo todo a una carta. ¡Ay, Diossss, qué guantazo tengo!

—Está bien —me contesta con una carcajada que me sorprende—. Te llamaré cuando tenga algo.

—Vale, ¡gracias! —me despido antes de colgar. Definitivamente, se me ha ido la pinza.

Termino mi café sin querer pensarlo demasiado y, tras darme una ducha y vestirme, salgo a la calle más que dispuesta a cumplir mi segundo objetivo de hoy; matricularme en el curso de reciclaje que busqué por Internet.

«¿En serioooo? Pero ¿a cuántos grados estamos? ¿A menos veinte?», me pregunto, quedándome tiesa en la acera, muriéndome literalmente por congelación.

Con celeridad, me dirijo de nuevo al interior del edificio para ponerme encima el armario entero si hace falta. ¡Dios! Pero ¡si parece que esté en Siberia, en lugar de en Madrid!

La calidez de mi piso me produce un escalofrío placentero y prácticamente corriendo me dirijo al pequeño vestidor, donde sustituyo la fina blusa que me había puesto inicialmente por un jersey de lana de cuello alto, un chaleco, una bufanda, un gorro, guantes y... ¿no tengo nada más?, me pregunto ofuscada, rebuscando en el armario otra chaqueta. Pero ¿cómo voy a tener más si en Formentera no hace este frío de narices?

—¡Necesito ir de compras ya! —mascullo, poniéndome de nuevo la chaqueta que llevaba y percatándome de que apenas tengo movilidad por culpa del chaleco—. ¡Ay, Señorrrr, pero si parezco Robocop! —musito mirándome en el espejo, mientras intento alzar un brazo—. Y encima voy disfrazada. ¡Suerte que aquí no me conoce nadie! —pienso resignada, sonriendo.

Salgo de nuevo a la calle y por segunda vez el gélido frío golpea mi rostro como si de agujas afiladas se tratara, pero al menos ahora voy vestida en condiciones y, caminando, me dirijo en busca de la boca de metro, deseando no perderme.

Llego a la Puerta del Sol y, durante unos segundos, me quedo plantada en medio de la acera, sintiendo la emoción recorrer mi cuerpo.

—Estoy aquí, por fin —musito, observando a los turistas pisar el kilómetro cero bajo la atenta mirada del «Tío Pepe» y del oso y el madroño, símbolos de la ciudad, y sonrío feliz, pues yo también hice todo eso la primera vez que estuve aquí. Sólo espero recordar cómo funcionaba el metro —pienso, dirigiéndome a él.

—Buenos días —saludo a la mujer que se encuentra en información—, necesito ir a la calle Arapiles —explico, leyendo de nuevo la dirección de donde se impartirá el curso y empezando a sudar a mares por culpa de toda la ropa que llevo puesta—, ¿puede indicarme cómo llegar? —digo mientras noto la frente perlada por las gotas de sudor y me deshago del gorro y de la bufanda de malas formas. ¡Dios, pero qué calorazo hace aquí!

—Metro Quevedo, línea dos —me informa sin apenas mirarme.

—¿Podría darme un plano y señalarme la línea y la parada? —le pregunto, temiéndome lo peor, pues, como no me lo explique mejor, me veo perdiéndome.

Me tiende el plano que le pido y rodea con un círculo rojo dónde estoy y adónde voy.

—Tiene que cambiar de vía —añade, marcándolo de nuevo.

—Muchas gracias, de verdad —le digo, como si terminara de darme la fórmula de la vida eterna. ¡Si es que no tengo remedio!

Con mi billete en la mano, me dispongo a seguir a toda esta gente que se mueve por aquí como pez en el agua, mientras yo no dejo de sudar a mares, pues este jersey que llevo puesto en estos momentos vale por tres, porque tengo claustrofobia y porque vivir situaciones no cotidianas me produce ansiedad, vamos, que en estos momentos pagaría la millonada que no tengo por estar en mi querida Formentera sirviendo mesas.

Finalmente, y tras preguntar a todo ser viviente que osa mirarme si voy bien y si esta línea es la correcta, por fin consigo llegar a la dichosa parada de Quevedo.

«Venga, Palomita, ahora sólo te queda encontrar la calle Arapiles», me digo, preguntando de nuevo a diestro y siniestro cómo llegar y, cuando por fin pongo un pie en ella, no empiezo a dar saltos de milagro. Si mi amiga Luna me viera, estaría burlándose de mí de por vida. Comienzo a buscar el número 16. ¡Venga ya! ¿Es coña? —me pregunto deteniéndome en mitad de la acera—. El número 16 no está. Pero ¿cómo no va a estar?

Miro la numeración de los edificios sin poder creerlo: 14, 18, 20... cuando una gota del tamaño de mi puño me da en toda la cabeza. ¡Sí, hombre! No me digas que va a llover. Miro al cielo y otra megagota gigante me da de pleno en toda la cara. ¡Genial, lo que me faltaba!

Cruzo la calle corriendo hacia la acera de enfrente en cuanto el semáforo se pone en verde, buscando de nuevo la numeración de los edificios 15, 17, 19, 21... ¡Me cago en todo lo que se menea! ¿Y dónde está el número 16?

—Perdona —detengo a una chica más o menos de mi edad que camina con decisión, vamos que ésta es de aquí seguro—, ¿podrías indicarme dónde está la escuela de actores Unir?

—Ni idea, lo siento, tengo prisa —me dice sin apenas mirarme.

—Genial —me digo, mientras empieza a llover con fuerza—. ¡Oye, dame un respiro, ¿quieres?! —le grito al cielo, cobijándome bajo un edificio.

«No puede ser que no haya un número 16, tiene que haberlo —pienso, antes de detener a un hombre mayor—. No puedo estar tan atontada como para no verlo.»

—Perdone, señor, ¿podría ayudarme? —le pregunto agobiada—. Estoy buscando el número dieciséis, pero no lo encuentro.

—El número dieciséis debe de estar en la otra acera —me dice, mirando la numeración del edificio que tenemos frente a nosotros.

—Lo séeee, pero ¡no está! —¡Dios mío! ¡Debe de pensar que soy la tía más tonta del universo!

—Venga conmigo, vamos a encontrar ese número dieciséis —propone, acercando su paraguas para cobijarme de la lluvia que cae con maldad, porque, a mí que no me digan, pero hoy el universo o quien sea que maneja todo este tinglado me tiene en su punto de mira.

—Gracias, soy nueva en la ciudad y éste es mi primer día —le digo a modo de excusa, mientras esperamos a que el semáforo se ponga en verde de nuevo y poder cruzar.

—Los primeros días en una ciudad nueva son siempre difíciles, pero ya verá como pronto se adapta —contesta con simpatía y tengo que frenarme para no darle un enorme abrazo de oso. ¡Qué majo, por favorrrr!

Cruzamos la acera y veo que se detiene frente a un edificio por el que había pasado varias veces, todo sea dicho.

—Mire, ahí tiene su número dieciséis —me dice, señalando con un dedo una placa que se encuentra justo en la esquina del mismo—. Sólo tiene que seguir esta acera y cuando baje una escalera lo encontrará —explica ante mi asombrada mirada.

«¿Y cómo cojones se supone que iba a encontrarlo?», me pregunto, viendo la estrecha acera, si puede considerarse así, que bordea el edificio. «¡Joder, pero si parece un bordillo!»

—Muchas gracias, señor, si no llega a ser por usted, creo que no lo habría encontrado nunca —le digo con sinceridad.

—Bienvenida a Madrid, y suerte —me dice sonriendo, antes de reanudar su camino.

¡Ni muerta le cuento esto a nadie! Y corriendo me dirijo a encontrar el dichoso número 16, que tal como me ha indicado el señor, se encuentra al final de esta acera tras bajar una escalera.

Yo en su lugar, a la próxima lo pongo más escondido. ¡Dichosos madrileños! ¡Qué ganas de complicarlo todo!

Abro la puerta, que, para mi sorpresa, no está cerrada y accedo a una pequeña y vacía recepción.

—¿Hola? —saludo, quitándome el gorro empapado por el agua y sintiendo mis pies nadar dentro de mis zapatos chorreantes.

Puesto que nadie me contesta, me encamino hacia la primera puerta que encuentro: una pequeña sala con un par de sofás y varias máquinas expendedoras de café y comida. La cierro y me dirijo a la siguiente puerta, que resulta ser una clase, en la que, por cierto, no hay nadie, con un pequeño escenario simulando una cocina en un extremo y varios muebles apilados en el otro.

—¿Buscabas a alguien? —me pregunta una chica joven.

—Sí —le respondo volviéndome—. ¡Hola! Soy Paloma Serra y quería matricularme en el curso que se impartirá el mes que viene, ese que anunciabais en vuestra página de Internet.

—Por si te interesa, mañana empezamos otro que tiene los mismos contenidos, pero con diferente horario, sígueme —me indica, dirigiéndose a un despacho—. El que se impartirá el mes que viene será por las tardes y el que empieza mañana será en horario de mañana.

—¿Y os quedan plazas todavía? —le pregunto con incredulidad.

—Sólo dos —me dice, tras consultarlo en su base de datos.

—¿Y no hay que hacer ninguna entrevista previa?

—En este curso no se está realizando —me explica, sin dejar de rebuscar entre sus papeles.

—¡Perfecto! Pues empiezo mañana entonces —le digo feliz, sin poder creer la suerte que he tenido—. Aquí tienes toda la documentación necesaria para la matrícula —le indico tendiéndosela.

—Siéntate y en un momento te la tramito —contesta con simpatía.

—Gracias —respondo sentándome y observando mis zapatos, que están tan mojados que parece que los haya metido dentro de un cubo de agua.

—Tienes que hacer el ingreso de la matrícula en este número de cuenta y cuando la tengas hecha me envías el justificante a este *e-mail* —me dice, tendiéndome una tarjeta de la escuela.

—Vale.

—Perfecto. Entonces, nos vemos mañana a las nueve —me indica, dándome una copia de los documentos que le he entregado.

—Genial.

—Oye, ¿y tú no llevas paraguas?

—No, me ha pillado de pleno —le respondo, resignada a darme otra ducha.

—Espera —me dice, dirigiéndose a la clase en la que he entrado antes—. No creo que nadie lo eche en falta hoy —dice, tendiéndome un colorido paraguas que parece más para disfrazarse que para cubrirse de la lluvia, pero vamos, que no es cuestión de ponerse quisquillosa—. Devuélvemelo mañana, ¿vale?

—Me has salvado la vida. ¿Por casualidad no tendrás unas botas de agua del treinta y ocho? —le pregunto, total, ya puestos.

—¡No, lo siento! ¡No llegamos a tanto! —me responde entre risas.

—¡Vaya, qué pena! —le digo con una mueca—. Gracias por el paraguas, mañana te lo devuelvo —le aseguro, deseando dar el segundo abrazo de oso de hoy en apenas una hora.

Y con mi paraguas de colores y con orejitas, salgo de la escuela y me voy directa a la boca de metro de Quevedo.

«Esto lo tengo más que controlado», me digo riendo, a pesar de que tengo los pies tan mojados y helados que no creo que encontrara diferencia alguna si fuera descalza.

Puesto que mis objetivos principales de hoy los tengo más que cumplidos, me dirijo a la Gran Vía decidida a renovar mi armario con ropa y zapatos en condiciones para soportar este frío de narices.

Tras preguntar de nuevo a diestro y siniestro, llego finalmente a esta enorme avenida, donde entro en D'Elkann, propiedad del marido de mi amiga Luna, diseñadora de la firma, y donde tengo que frenarme para no llevarme la tienda entera, decidiéndome finalmente por un anorak verde oliva, una chaqueta forrada de borreguillo, varios jerséis, un vestido de lana y unas botas calentitas, ¡vamos, que no le pagaré alquiler, pero todo quedará en casa! —me digo, intentando no sentir remordimientos por el pastizal que acabo de gastarme.

CAPÍTULO 10

Por fin llego a mi piso y, tras quitarme los zapatos en la misma entrada, me dirijo a mi habitación, donde, tras deshacerme de los calcetines empapados, me siento en el suelo para poner los pies sobre el radiador.

—Mmmmmm, voy a tener un orgasmo espontáneo, seguro —musito, sintiendo cómo los pies me comienzan a reaccionar, después de toda la mañana en estado de precongelación—. Odio este frío, odio la lluvia y odio el número dieciséis —susurro dramáticamente, dejándome caer en el suelo, mirando el techo—. ¡Madrileños de las narices!

Sólo cuando mis pies vuelven a mostrar su color normal y no el rojo amoratado que habían adquirido, me levanto del suelo para ponerme unos calcetines calentitos y unas botas de agua y, tras guardar la ropa que acabo de adquirir, me abrigo de nuevo con mi nueva parka verde.

—Necesitas llenar la nevera, Palomita, así que déjate de remilgos y al toro —musito, antes de salir de nuevo a Invernalía, o, lo que es lo mismo, Madrid.

Tras preguntar de nuevo a todo ser viviente que osa cruzarse en mi camino, localizo un supermercado a unas pocas manzanas de mi calle y con mis bolsas a cuestas emprendo de nuevo el regreso a la casa.

—Puntos uno, dos y cuatro superados —digo en voz alta, tachándolos de la pizarra, con mi chándal de vagabunda y mis pantuflas ya puestas—. Sólo me queda el tres, pero eso ya para luego —musito mirando por la ventana.

Como sentada en mi silla preferida, con la espalda bien calentita, mientras a mis oídos llegan los aullidos del viento y los truenos, pero en estos momentos, por mí cómo si se acaba el mundo —pienso llevándome la cuchara de sopa a la boca.

—Mmmmm, qué buena y eso que es de sobre —susurro sonriendo, centrando de nuevo mi atención en la pantalla del pc, donde, conectada a Internet, compruebo los contenidos del curso. ¡Vaya! Ada y Marta, unas de las principales directoras de *casting* de Madrid, impartirán varias clases—. ¡Dios mío de mi vida! Pedazo de oportunidad voy a tener.

Por la tarde, aprovechando que la lluvia ha remitido y bien abrigada me dedico a buscar empleo y a vagabundear por Madrid, recorriendo los lugares que con tanto cariño recuerdo de mi época de estudiante. A través del arco que se encuentra en la calle de la Sal, llego a la plaza Mayor, donde entrego mi currículum en cada uno de los bares que se encuentran en ella, haciendo un alto para descansar en la chocolatería de San Ginés, donde aprovecho para entregar otro CV antes de proseguir mi recorrido

por la calle del Arenal hasta llegar a la plaza de Isabel II, donde está el Teatro Real y de ahí al Palacio de Oriente, donde, de pie frente a él, imagino cómo sería la vida de los reyes de aquella época.

«Aquí no vas a encontrar empleo, espabila», me riño mientras demoro un poco más el momento.

Con reticencia, regreso a la calle Mayor, donde entro en cada bar, restaurante, hotel, hostel o tienda que encuentro a mi paso para entregar mi CV, incluso en el Mercado de San Miguel y, aunque parece una misión imposible, estoy decidida a no darme por vencida el primer día, por lo que, obligándome a disfrutar del momento, continúo mi recorrido por esta ciudad que tanto me gusta.

Por el camino, y casi escondida, encuentro una pequeña tienda, Dulces el monasterio, en la que compro una cestita de dulces para llevar esta noche a casa de Luna, y varias velas perfumadas para mí. «Esta tienda será mi perdición», musito sonriendo, mientras prosigo mi camino, pero estoy cansada y, sin saber muy bien por dónde seguir, cojo el metro hasta llegar al barrio de La Latina, donde me detengo dejándome llevar por un impulso.

Recuerdo que el teatro La Latina estaba cerca del mercado de La Cebada y, cuando estoy frente a él, lo observo maravillada. Lo que daría por trabajar en un teatro en lugar de estar entregando mi currículum en bares, restaurantes y tiendas varias.

—Todo llegará —me digo, observando el enorme cartel que cuelga anunciando la obra *Historia de una vida*, y entonces lo veo... La Cueva y un cartel en la puerta solicitando camarera. ¡Ayyy, mi madre! ¡Que esto es pa mí! ¡Pa mí! ¡Pa mí!

Corriendo, llego hasta allí y, cuando abro la puerta, me quedo de piedra observándolo.

—¡Madre mía! —musito, admirando las lámparas con forma de amapola que cuelgan del techo y las fotografías, cruces, espejos y lienzos que decoran sus paredes, así como el pequeño escenario que se encuentra al fondo del local. ¡Dios mío, qué pasada!—. ¡Hola! —saludo al chico que se encuentra detrás de la barra, tras la cual hay una estantería repleta de botellas, bustos, figuritas de tigres y lienzos tan originales como este sitio—. Venía por el anuncio de la puerta, ¿todavía tenéis el puesto vacante?

—Desde luego, ¿estarías interesada?

—Ya lo creo —le respondo riendo—. ¿Te entrego a ti el CV?

—A mí no, a la jefa, la tienes en el despacho que hay subiendo esa escalera.

—Gracias, ¡deséame suerte!

—¿Suerte? No, princesa, aquí lo que nos deseamos es mucha mierda —me responde sonriéndome.

—Bueno, pues eso —le digo entre risas.

Subo la escalera de caracol intentando no perderme detalle de nada y, cuando entro en el pequeño y estrambótico despacho, me encuentro con una mujer de unos 60 años, con el pelo azul y gafas de purpurina a juego, oculta tras una montaña de papeles.

—Hola, buenas tardes, venía por la oferta de empleo —musito, mirando de reojo la enorme Kitty que se encuentra en un rincón. ¡Dios, pero si esto parece la casa de Alaska y Mario en espacio minireducido!

—¿Tienes experiencia tras la barra? —me pregunta, mirándome de arriba abajo.

—Desde que tengo uso de razón. Mi familia regenta un hotel en Formentera y sé hacer de todo —le aclaro, tendiéndole mi CV.

—¿Eres actriz? —añade, mientras lo ojea rápidamente.

—En eso estoy —contesto sonriendo.

—¿Y has estado alguna vez en La Cueva?

—Soy nueva en la ciudad, llegue ayer mismo —le digo sin entender su pregunta. ¿Qué importancia tendrá que haya o no estado aquí?

—Siéntate —me pide con una media sonrisa—. Esto no es el típico *pub* al que puedas estar acostumbrada —me explica—, y aunque los fines de semana tenemos un grupo que toca en directo, nuestros camareros son mucho más que eso e igual pueden cantar que interpretar una escena de alguna película, es como el colofón de la noche y lo que anuncia el cierre.

—¿Algo así como la película del *Bar Coyote*? —pregunto, incapaz de verme subida a la barra cantando y bailando.

—Pero sin tener que subirte a la barra —me aclara sonriendo como si me hubiera leído el pensamiento—. Este *pub* es muy conocido por eso mismo y tienes que estar dispuesta a todo.

—Vale —le digo con voz estridente, sin querer pensarlo demasiado, pues yo más que cantar berreo.

—Contratada entonces, ¿cuándo puedes empezar? —me dice sin asomo de dudas.

—Ahora mismo, el único inconveniente es que sólo podré trabajar por las tardes, porque tengo clase por las mañanas —le explico, deseando que mi horario no sea un impedimento para contratarme.

—Perfecto, porque aquí nos movemos en horario de tarde y noche, así que sin problemas. Te quiero aquí mañana a partir de las cinco hasta las doce o las doce y media, exceptuando, por supuesto, los fines de semana, que estarás hasta que cerremos. El lunes será tu día libre.

—¿Y si me sale un *casting*? —pregunto con un hilo de voz.

—Vas, lo haces y regresas, siempre y cuando esté Hugo, y eso es igual para él —me dice—. ¿Te va bien?

—Muy bien —le digo feliz. ¡Madre mía, me van a faltar horas!

—Por cierto, soy Mic, bienvenida a La Cueva.

—Gracias.

Salgo del leopardo, como he bautizado ese despacho por su moqueta y el papel de la pared y, casi flotando, llego de nuevo a la barra.

—¿Conseguido? —me pregunta el chico de antes.

—Conseguido, creo que vamos a ser compañeros. Soy Paloma —me presento.

—Hugo, actor por vocación y camarero por obligación.

—¡Como yo entonces! —le digo, sentándome en uno de los taburetes—. Por lo menos podremos actuar los fines de semana, aunque sólo sean unos minutos —prosigo, observándolo más detenidamente.

Tendrá un par de años más que yo y, aunque a simple vista no tiene nada que lo haga excepcional, tiene un «algo» que lo hace atractivo y sexy. Quizá sea el brillo de su mirada, su sonrisa o la forma de moverse.

—Es lo mejor de este trabajo y tú y yo, princesa, tenemos un guion que preparar —me dice, sacándome de mis pensamientos, apoyando los antebrazos sobre la barra—. ¿Tienes alguna película o canción que te guste especialmente?

—La verdad es que no canto demasiado bien —le confieso, mordiéndome el labio—. Más bien soy un desastre, pero prometo mejorar.

—Bueno, podemos explotar esa vena desastrosa tuya, yo puedo cantar cojonudo y tú darme la réplica en tono gracioso.

—¡Genial! Para eso no tendré que esforzarme mucho.

—¿Nos estrenamos con *Something Stupid*?

—¿*Moulin Rouge*? —pregunto, enarcando una ceja—. Un poquito complicada, ¿no te parece?

—Vale, interpretemos una escena de una peli, venga, elige tú, te concedo el honor por ser tu primer día.

—Déjame pensar —musito, estrujándome la cabeza—. ¡El *Diario de Noah*! ¿La has visto?

—¡Como para no verla! —me dice con una mueca—. Tenía pareja en aquella época —añade a modo de aclaración.

—Has dicho que podía elegir —recalco— y quiero ese momento cuando ella le echa en cara que no la ha llamado.

—Vale, sé cuál es —masculla, abriendo un par de cervezas—. Por nuestra primera vez —me dice tendiéndome una y mirándome fijamente—. ¿Por qué no me escribiste? —me pregunta, imitando la voz de las chicas, improvisando y exagerando claramente.

—¡Te escribí trescientas sesenta y cinco cartas! —le respondo siguiéndole la corriente y bajándome del taburete, dispuesta a exagerar tanto o más que él—. Una por cada día del año —continúo con voz grave, sin saber si realmente es así, pero sin importarme demasiado.

—¿Lo hiciste? —me pregunta de nuevo con voz fina, saltando la barra hasta quedar frente a mí.

—Lo hice —mascullo, intentando ahogar una carcajada—. ¡Y tú no me contestaste ni una sola vez!

—¡Porque no lo sabíaaaaaaa! —me replica, llevándose una mano al pecho.

—Os estáis cargando la película —nos dice entre risas Mic desde lo alto de la escalera—, pero me gusta ese intercambio de papeles.

—¿De verdad? —le pregunto con incredulidad, pues claramente estábamos bromeando y saltándonos el guion a la torera.

—Es colorido. Hugo, ¿estarías dispuesto a vestirme de chica?

—¡No creo que a mi legión de fans les moleste demasiado verme con falda y tacones! ¡Sólo te pido que no me hagas saltar la barra con minifalda!

—No me des ideas —le responde ella entre risas—. Aprendeos el guion e intercambiad los papeles, vamos a darle un punto cómico a ese dramón —nos dice, terminando de bajar la escalera.

—Vas a ser una Allie muy sexy —le digo a Hugo guiñándole un ojo.

—Y tú un Noa muy macho —me responde él haciéndome también un guiño.

—Tengo que irme, ¡nos vemos mañana! —me despido, viendo horrorizada que, como no espabile, voy a llegar tarde a casa de Luna.

—¿Me quedo sin macho esta noche? —me pregunta Hugo, apoyado en la barra.

—Lo siento, Allie, lo bueno se hace esperar —le respondo con voz grave, antes de salir por la puerta y deseando que sea así, que mañana sea el principio de todo, aunque puede que hoy ya lo haya sido.

Entre risas y entusiasmada con mi nuevo empleo, me encamino a la boca del metro que se encuentra al volver la esquina y cuando llego a mi casa y tras darme una ducha rápida, opto por mi nuevo vestido de lana.

—¡Qué bonito! Pero ¡si me hace tetas y todo! —musito, admirando mi perfil.

Una vez lista y con mi cesta de dulces, sigo las indicaciones de mi amiga y llego hasta la que espero sea su casa. Cuando me abre la puerta, suspiro aliviada. ¡Vale, no me he perdido!

—¡Holaaaaaa! —le digo, dándole un beso y tendiéndole la cestita y la chaqueta.

—¿Y esto? —me pregunta mirando la cestita.

—Para después de la cena, para que se nos ponga en el culo, que, digo yo que, ya puestos, podría ponerse en las tetas.

—Yo de tetas voy bien, no necesito más —me dice ella guiñándome un ojo.

—Qué asquerosa eres —digo antes de enmudecer, pues hemos llegado a su preciosísima cocina, donde su preciosísimo marido está cocinando algo que huele preciosísimamente bien.

¡Ay, pero qué mala es la envidia! ¡Yo quiero todo esto!

—Buenas noches, ¿cocinas tú, Gael? —le pregunto, dándole un par de besos.

—La cocina es cosa mía, ¿te gusta el pollo al curry con arroz?

—Di que sí, porque sólo hay eso —interviene Luna divertida.

—Me encanta, además huele de maravilla —le respondo con el estómago rugiéndome de hambre.

—Hooo-oola —me saluda Nachete, al que recuerdo de la boda.

—¡Hola, guapetón! Tú debes de ser Nachete, ¿verdad? —le pregunto, llegando hasta él y dándole un beso.

—Síiii —me responde entre risas.

—Yo soy Paloma y soy amiga de Luna desde que éramos así de chiquitinas —le digo, marcando una altura con mi mano de apenas unos centímetros.

—Ven, Nachete, vamos a enseñarle a Paloma la casa tan bonita que tenemos —le pide Luna, cogiéndolo de la mano y saliendo de la cocina.

Y aunque la que iba a enseñármela inicialmente era ella, termina haciéndolo él, impaciente por mostrármelo todo y sonrío viendo a mi amiga en su papel más maternal, pues trata a Nachete como si fuera hijo suyo, dándole la mano, achuchándolo y besándolo a la menor ocasión.

—Es un cielo, es supercariñoso y buen niño, tendrías que ver cómo se esfuerza todos los días por superarse —me cuenta en voz baja, mientras él me muestra su habitación.

—¡Nachete, trae a esas mujeres, que se nos enfría la cena! —le pide Gael, asomándose al pasillo.

—¡Voooooyy! —le responde, cogiendo la mano de Luna y arrastrándonos hasta la cocina entre risas, más que dispuesto a cumplir la petición de su padre—. Vaaaamoooss.

—Este padre tuyo no nos va a dejar cotillear —le dice mi amiga riéndose mientras entra en la cocina—. Por cierto, ese vestido y esos zapatos que llevas puestos me suenan.

—¿Y por qué será? —le pregunto, cogiendo la copa de vino que me tiende Gael—. Si no me freno, me llevo hasta las paredes de D´Elkann —les confieso entre risas—. ¡Qué ropa tan bonita tenéis! ¡Me lo hubiera comprado todo!

—Ese vestido es De pronto moda —me aclara Luna—. ¿Recuerdas a Greta? Ella es la responsable de esa sección.

—Por supuesto que la recuerdo, ¡anda que no llegue a reírme con ella!

—Está como una cabra —dice, mientras le sirve la cena a Nachete—. ¿Así tienes suficiente o quieres más? —le pregunta con dulzura.

—Estás hecha toda una mamá —comento sonriendo.

—Sufiiii-cien-te —le responde él mirándola con adoración.

—Está loco con ella —me cuenta Gael ante la sonrisa de Luna—, como yo. —Y mentalmente me pego un tiro. ¿Cuándo viviré yo algo así?

—¿Y cómo te ha ido tu primer día en Madrid? —me pregunta mi amiga, rompiendo el momento megamágico que habían creado, y gracias, porque más confesiones así y no llego al postre, fulminada por la envidia.

—Muy bien —le respondo, dispuesta a relatarles mi día, omitiendo por supuesto los detalles humillantes, como mi búsqueda incesante del número 16.

—¿Vas a trabajar en La Cueva? —me pregunta Gael cuando llego a ese punto.

—Sí, ¿por qué? —digo, de repente recelosa.

—La Cueva es uno de los locales por excelencia de Madrid —me explica.

—¿De verdad? ¡Pues qué bien! —respondo aliviada, temía que fuera a confesarme que en él se practicaba sexo guarro en alguna habitación escondida. ¡Ay, Señor, si es que estoy mal de la cabeza!

—¿Sabes que Lando trabajó allí? —me cuenta Luna medio sonriendo, llevándose la copa a los labios.

—¿Ehhhhh? ¿Quéeee? Pero ¿qué... qué qué... qué dices? —Y mentalmente me doy una colleja. ¡Será posible! ¡Es oír su nombre y trabarme!

—Me lo contó cuando me habló de sus comienzos aquí en Madrid.

—Es cierto, de hecho, los primeros años que estuvimos viviendo en Nueva York fue su empleo estrella, era un barman de cojones, alucinarías con los cócteles que prepara.

—Pues qué bien —repito, haciendo una mueca—. Ahora resulta que voy a trabajar en el mismo lugar que él.

—Oye, no está mal si terminas también en Hollywood —me dice Luna guiñándome un ojo.

—Ya quisiera.

—Nunca se sabe —me responde Gael—. ¿Los camareros todavía actuáis los fines de semana? Hace años que no voy.

—Sí —musito, de repente muerta de vergüenza.

—¡Podríamos ir a verla! —le dice mi amiga entusiasmada—. ¡Qué ilusión, nena!

—Por mí no os molestéis, de verdad, no quisiera modificar vuestros planes. — Puestos a hacer el ridículo, cuanta menos gente conocida haya, mejor.

—No te creas que vas a librarte de nosotros tan fácilmente —me replica Luna, calándome en el acto—. Y lo vas a hacer genial, ya verás. Además, eso te servirá para soltarte —me anima.

—Con la jefa y el compañero que tengo, ¿como para no hacerlo!

Y aunque me muero por saberlo todo sobre Orlando, me muerdo la lengua por miedo a parecer una loca obsesionada delante de Gael y reconduzco la conversación hacia temas que no tengan que ver con él ni con mi trabajo en La Cueva, deseando que les salga algún superplan este fin de semana que les impida venir a verme hacer el ridículo más espantoso de mi vida. ¡Menuda actriz de pacotilla estoy hecha! ¡Pa matarme!

Llego a mi casa más tarde de lo que debería, teniendo en cuenta el día que me espera mañana, y, feliz con todo lo vivido, me abandono a los brazos de Morfeo hasta que la estridente alarma de mi móvil me saca de ellos con crueldad.

—Hoy sobrevivo a base de café —musito arrastrándome hasta la cocina, donde me preparo un café bien cargado—. Al menos no llueve —susurro, mirando por la ventana.

Un poco más despierta y con la cafeína circulando por mis venas, me dirijo a la ducha, donde termino de despejarme, y una vez lista y bien abrigada salgo de mi casa dispuesta a comerme el día.

Llego al curso como si de una madrileña se tratara, sin dudar un instante y caminando con la seguridad que te da saber a dónde vas, nunca mejor dicho. Cuando accedo al aula, veo que muchos de los que serán mis compañeros ya han llegado y me presento con una tímida sonrisa antes de sentarme.

Hoy la clase la impartirá Pepe Alonso, actor de la famosa serie «Uno más uno cuatro» y, tras una mañana intensa que comienza con la presentación de los contenidos del curso, seguida por nuestra presentación, exposición de dudas sobre este mundo y cómo enfrentarnos a un *casting*, la damos por finalizada a las 14.00 en punto, tras una hora de trabajo con las separatas que nos han entregado.

Y, aunque estoy deseando largarme, me obligo a no ser la insociable que acostumbro a ser cuando no tengo confianza. Tras las típicas preguntas de rigor como «¿De dónde eres? ¿Llevas mucho tiempo en Madrid? ¿Tienes repre? ¿Estás trabajando?» y bla bla bla, salgo disparada hacia mi casa, donde, mientras engullo unos macarrones con tomate, repaso la escena de la película que tenemos que ensayar esta tarde Hugo y yo.

CAPÍTULO 11

—Buenas tardes, ¿lista para tu primer día? —me pregunta Mic en cuanto pongo un pie en La Cueva.

—Más que lista —le confirmo, mirándola disimuladamente.

Desde luego, esta mujer es todo menos discreta. Si viste así un jueves por la tarde, ¿cómo irá un sábado por la noche?

—Tienes tu uniforme listo en el baño, ve a cambiarte.

—¿Llevaré uniforme?

—Por supuesto.

Visto su aspecto, me temo lo peor, vamos, que ésta me viste de conejita como mínimo.

En cambio, para mi sorpresa, lo que me encuentro es un uniforme de camarera supersexy, compuesto por unos *leggings* negros, con una camisa blanca ceñida, una pajarita y un chaleco de lentejuelas negro con unos taconazos que de seguro van a acabar conmigo.

—¿Te va bien la talla? —me pregunta Mic desde el otro lado de la puerta.

—Perfecta, ¿cómo la sabías? —pregunto abriendo y dándome la vuelta para que me vea.

—¿Sabes que el diablo sabe más por viejo que por diablo? —me pregunta ella con una sonrisa, mientras abre la puerta de un armario—. Que aquí una ya peina canas, niña, aunque no las veas.

—¡Anda! —musito, al ver la cantidad de ropa que tiene colgada del armario, así como la ordenada pila de zapatos que hay en un extremo—. Qué previsora.

—La experiencia te lleva a serlo. Te dejo aquí un uniforme de repuesto, más dos para el fin de semana—, me dice, sacando varias camisas con sus correspondientes chalecos, más otro par de *leggings* y un par de minifaldas negras de piel, supongo que para el fin de semana—. Puedes cambiarte aquí o en tu casa, como quieras, eso sí, cuídalos, porque si tengo que darte otro te lo descontaré del sueldo —me advierte con seriedad.

—Descuida, suelo cuidar la ropa —le digo, viendo llegar a Hugo.

—¡Hombre! Pero ¡si ya ha llegado mi Noa! ¿Te has aprendido el guion, princesa? —me pregunta zalamero.

—Por supuesto, Allie, ¿y tú?

—Por descontado. Voy a cambiarme —nos dice, guiñándome un ojo.

—No te dejes embaucar, éste es un ligón y de los buenos —me advierte Mic.

—Tranquila, soy inmune a ellos —respondo, dirigiéndome a la barra—. ¿A qué hora abrimos?

—En media hora —me responde, sentándose en un taburete—. Las tardes suelen ser bastante tranquilas durante la semana, incluso la noche, por eso cerramos pronto, pero los fines de semana esto se descontrola y nos volvemos todos locos.

—¿Y entre Hugo y yo podremos atender la barra si esto se llena tanto? —le pregunto, temiendo no estar a la altura.

—No olvides que yo también estaré con vosotros.

—¡Ah! —musito, antes de cerrar la boca. «Pero ¿esta mujer aguantará tanto tiempo de pie?», me pregunto, mirándola de nuevo disimuladamente.

Antes de abrir, ensayamos un par de veces la escena que interpretaremos mañana ante las sugerencias de Mic y las risas generalizadas de los tres, y cuando abrimos me sumerjo en una vorágine que me absorbe casi de inmediato.

—¿Cómo vas? —me pregunta Hugo, mientras sirvo un par de copas a toda prisa, pues tenemos el *pub* a tope.

—Ni preguntes, oye, pensaba que esto por las tardes estaba tranquilo, o al menos eso me había dicho Mic.

—Está tranquilo —me confirma sonriendo.

—¿Esto es tranquilo? —le formulo, recorriendo con mi mirada el local abarrotado de gente—. Entonces, ¿cómo se pone los fines de semana?

—Tan hasta los topes que la gente hace cola en la puerta para entrar —me responde sin dejar de preparar sus bebidas.

—Es coña —musito, deteniéndome en mi labor.

—Te aseguro que no. Lo bueno es que, al estar cerca del teatro, vienen muchos actores, directores y gente del mundillo, por eso cada fin de semana tenemos una oportunidad —me dice pasando por mi lado.

—No te entiendo.

—Piénsalo, princesa, imagínate un director de *casting* o un productor ahí sentado —contesta, señalando uno de los taburetes—, mientras nosotros cantamos o interpretamos una escena, ¿qué podría suceder?

—¿Aquí viene ese tipo de gente?

—Aquí viene todo tipo de gente, incluso actores famosos —me indica—. Respóndeme, ¿qué podría suceder?

—Que nos viera.

—Exacto, todos los fines de semana nos hacemos visibles en esta enorme ciudad y tenemos una oportunidad que no tendríamos de otra forma, por eso tenemos que darlo todo.

—Te recuerdo que vas a hacer de Allie y yo de Noa, ¿nos hemos vuelto locos o qué? Si eso es como dices, deberíamos interpretarlo correctamente.

—¡Ehhhhh, para! Tienes que disfrutarlo y divertirte y, sobre todo, intentar no agobiarte, porque no sabemos quién nos estará viendo en cada momento. Puede que este fin de semana no venga nadie relevante o incluso que no lo haga en semanas o en meses, pero el día que venga un director de *casting* o un productor nos tiene que ver bien vistos, divirtiéndonos y dándolo todo, ¿lo entiendes ahora?

—Creo que sí —le digo sin dejar de trabajar—. ¿Sabes que Orlando Sun trabajó aquí también? —le pregunto, poniéndome en plan «periodista de investigación».

—La idea de actuar los fines de semana fue suya —me dice como si nada—. ¡Hola, guapa! ¿Qué te pongo? —le pregunta a la chica que se ha sentado en uno de los taburetes.

—¡Venga ya! ¿Qué dices? —digo, acercándome más a él y deseando que me lo cuente todo y no se ponga a ligar.

—Mic necesitaba captar clientes como fuera, hacerse visible, como nosotros, y a Orlando se le ocurrió lo de actuar. Toma, princesa, ¿eres de aquí? Nunca te había visto —le dice zalamero a la chica en cuestión, guiñándole un ojo.

«¡Mierda! ¡Sabía que iba a ponerse a ligar!», me digo, deseando que deje de hablar con ella de una vez y termine de contármelo todo, pero por supuesto, mi gozo en un pozo, pues a ésa le siguen las amigas que se han sumado a la conversación y me vuelvo invisible para mi compañero.

A las 21.00, y puesto que el ritmo de trabajo ha descendido notablemente, me encierro en la pequeña habitación que se encuentra al final del local para cenar y, ya puestos, quitarme los malditos tacones.

—Voy a tener que empezar a prepararme una cena en condiciones si no quiero terminar con el culo de la Kardashian —musito, mirando mi bocadillo de jamón—. ¡Ay, Dios míoooo, cuánto os odio! —mascullo quedándome descalza, sintiendo los pies hormiguearme de dolor.

—Fin del descanso, princesa, levanta ese precioso culo que ahora me toca a mí —me dice Hugo media hora más tarde, dirigiéndose a la nevera, de donde saca un *tupper*.

—Paloma, te necesito en la barra —me dice Mic entrando en la habitación con la misma energía desbordante que tenía a las 17.00 de la tarde y la miro con la boca desencajada.

¿Cómo puede seguir con ese ritmo si lleva los mismos tacones que yo? —me pregunto levantándome del sofá, mentalizándome para meter de nuevo mis pies en ellos, a pesar de que en esta media hora han doblado su tamaño.

—Vas a tener que darme un número o dos más —musito, incapaz de mantenerme de pie con ellos puestos—. No me noto la planta de los pies.

—Ponte tus zapatos, ya hablaremos sobre el tema del calzado —me dice ella con sequedad, antes de salir del cuarto.

—¿Los tacones son un punto importante para mantener el empleo? —le pregunto a Hugo, poniéndome de nuevo mis botas planas y suspirando de placer.

—No lo sé, nunca me he visto con ese problema —me responde con una sonrisa ladeada.

—Muy gracioso, a ti querría verte con ellos puestos.

—Una de las cosas buenas de ser tío es que no tenemos que torturarnos así.

Haciéndole una mueca, salgo de la habitación hacia la barra, donde de nuevo me veo absorbida por la cantidad de gente que abarrota el local, suerte que no venía mucha gente —me digo sonriendo a diestro y siniestro, mientras no dejo de servir copas.

—¿Qué te pongo? —le pregunto a un chico de color, que termina de acercarse a la barra. ¡Madre del amor hermoso! ¡Pedazo de tío!

—Una cerveza —me responde con voz ronca, apoyando un codo en la barra—. ¿Eres nueva aquí?

—Eso parece —le digo tendiéndosela.

—¿Tú también eres actriz, como Hugo? —me pregunta mirando a mi compañero, que acaba de reincorporarse al curro.

—Sí, ¿lo conoces?

—Hugo estuvo sustituyendo durante un tiempo a un compañero mío en el musical que interpreto.

—¡Hombre, tío! ¿Cómo te va la vida? ¡Cuánto tiempo sin pasarte por aquí! —lo saluda Hugo dándole la mano—. Princesa, tienes ante ti a uno de los mejores actores de Madrid —me explica—. Si lo oyeses cantar alucinarías.

—Encantada —le digo tendiéndole la mía—. Paloma Serra.

—Keita —me responde apretándomela con firmeza—. Los principios son siempre difíciles, ¿verdad? —me dice con simpatía.

—¿Tú también fuiste camarero?

—No, pero fui botones y luego cocinero —me cuenta sonriendo—. ¿Alguna vez has trabajado en algún musical? —me pregunta, mientras atiende a una pareja que se ha acercado.

¡En un musical dice! Estoy en un tris de soltar una tremenda carcajada, pero por suerte consigo comportarme, ¡éste no me ha oído cantar!

—Chicos, no os despistéis —nos reprende Mic desde su puesto.

—¡Mic, no me seas sargento! —le dice Keita alzando la voz y sorprendiéndome por la familiaridad con la que le ha hablado.

—Keita, que te veo tras la barra —le dice mi jefa sonriendo, sin dejar de trabajar.

—¡Sabes que soy tuyo cuando quieras! —le responde él, soltando una carcajada.

—¡Más quisieras! —replica mi jefa y sonrío mientras de nuevo me dejo arrastrar por ese ritmo frenético.

Llego a mi casa molida, preguntándome cómo voy a poder soportar este tute tremendo todos los días y, como puedo, me deshago de la ropa que llevo puesta, dejándola tirada sobre el taburete de malas formas, deseando acostarme de una vez y

no perder ni un segundo más de sueño.

De fondo oigo la odiosa alarma del móvil devolviéndome a la cruda y espantosa realidad y de un manotazo lo apago. Si me viera mi amiga Jimena estaría riéndose y burlándose de mí de por vida. Yo, la que siempre ha presumido de ser una criatura diurna, la que ha sido incapaz de dormir más allá de las 7 o las 8 de la mañana, incluso los fines de semana, completamente derrotada tras mi primer día de curro en La Cueva.

«¡Ay, Señor, que al final la pitiminí seré yo!», me digo abriendo un ojo y viendo mi ropa tirada sobre el taburete.

—Un minuto más y me levanto —me miento, cerrando de nuevo los ojos...—. ¡Mieeeeeerdaaaaaa! —farfullo levantándome de sopetón y viendo, para mi espanto, que me he dormido bien dormida, pues son casi las 8.30—. ¡Mierda, mierda y mucha mierda! ¡Que no llego! —mascullo, poniendo el turbo.

Tras lavarme la cara y los dientes a tres mil de fondo y vestirme con lo primero que encuentro, salgo disparada de casa sin molestarme en peinarme, desayunar ni nada de nada de nada y, una vez en el metro, observo con horror mi reflejo en el cristal de la ventana, comprobando la pena de pelo que llevo, así como la estúpida combinación de ropa que me he puesto.

«Hoy voy de alternativa por la vida», me consuelo mientras miro los calcetines, uno de cada tono, que asoman por el bajo del pantalón.

Corriendo como si me fuera la vida en ello, llego al curso y, cuando accedo a la clase, entro de sopetón, sin molestarme en llamar y maldiciéndome en el acto.

—Perdón, perdón, perdónnnnn —musito, deseando meter la cabeza dos metros bajo el suelo—. Lo siento, de verdad —me disculpo de nuevo atropelladamente, sentándome al final de la clase.

—La clase empieza a las 9.00 en punto, señorita, no vuelva a retrasarse —me reprende alguien que ni sé quién es.

—Lo sé, lo siento, no volverá a suceder —digo muerta de vergüenza, hurgando en mi carpeta disimuladamente para ver la clase que está impartándose ahora... Canto. «¡Sí, hombre! Lo que me faltaba», me digo desanimada, mientras la profesora prosigue sus explicaciones sobre la importancia de respirar de diafragma y saber manejar la garganta para poder hacer con ella todo lo que desees. ¡Será la suya, porque la mía va por libre totalmente!

—Usted, la que ha llegado la última —me dice, hundiéndome más en la miseria si es posible—, venga aquí, por favor —me pide, mientras mis compañeros se vuelven hacia mí.

¡Nooooooooo, por favor!

—Quiero demostrarles lo que ya les he explicado —prosigue la profesora, y yo, muerta de vergüenza, me acerco a ella. Vamos, que no había otro día para sacarme a la palestra que hoy, cuando parezco una hippie loca.

—Vamos a ver esos tonos, empiece con el do hasta llegar al sí —me pide.

Y entonces de mi garganta sale el sonido del gallo al ser degollado y casi al segundo las risitas de mis compañeros haciéndome los coros. ¡Será posible!

—Me parece que vamos a tener que practicar esta escala varias veces —me dice la profesora, claramente horrorizada.

Tras varios intentos frustrados, consigo hacerlo mediocrementemente, regular tirando a mal, y mirándome en plan «¡la que me espera con la hippie loca!», me envía de vuelta a mi sitio, donde me siento deseando hacerme invisible al mundo.

Por suerte, el resto de clases las disfruto y consigo medio olvidar mi horrorosa primera hora, pero está claro que canto va a ser mi tortura y, cuando terminamos, me dirijo en busca de la profesora, que se encuentra en una de las aulas tocando un instrumento, que a saber cuál es, para pedirle una ayudita o, ya puestos, una bien grande y, finalmente, tras entrarle de todas las formas habidas y por haber, consigo que acepte darme clases de refuerzo todos los sábados a partir de ahora.

Salgo del curso disparada y corriendo de nuevo, me dirijo a mi casa sin dejarme vencer por el cansancio y, una vez allí, tras darme la ducha que no me he dado esta mañana, me preparo la comida y la cena de hoy, deseando acostumbrarme a este ritmo loco de una vez.

—¡Hola, jefa! —saludo a Mic cuando llego a La Cueva.

—¿Y los tacones? —me pregunta ella casi al segundo. ¡Menuda vista! Pero ¡si acabo de entrar!

—Tenemos que hablar sobre ese tema, hay un problema —le digo dejando mis cosas.

—¿Y cuál es ese problema si puede saberse?

—Si quieres que llegue en condiciones a la hora del cierre, no puedo ir con ellos puestos desde las 17.00 de la tarde, lo siento, pero no soy capaz.

—Yo los llevo.

—Tú no eres de este mundo —bromeo sonriendo—. En serio, no sé cómo puedes hacerlo, pero yo soy incapaz, así que, si te parece bien, había pensado ir con estas bailarinas hasta después de la cena y ya luego, cuando nos pongamos en plan serio, en plan viernes noche, quiero decir, ahí ya me subo en esas plataformas y lo doy todo.

—Menuda juventud de pacotilla —contesta, negando con la cabeza—. Si ahora ya no puedes con unos simples tacones, ¿qué harás cuando tengas mi edad?

—Ir con un andador —le respondo aliviada por su respuesta. ¡Bye bye tacones!

La tarde se me hace más llevadera que la de ayer y, durante esas horas, puedo comprobar la variedad de clientes que tiene La Cueva, que va desde *hípsters* a turistas, cultuquetas, gente de la ciudad, actores y espero que algún que otro director o productor, aunque yo no repare en ellos y, cuando llega la noche, como le he prometido a Mic, me subo en los tacones dispuesta a darlo todo.

A las 23.00 comienza a tocar un grupo en el pequeño escenario del fondo y, para mi espanto, el local comienza a abarrotarse tal como me había advertido Hugo, y desde ese momento sólo soy capaz de ver cubatas, botellines de cerveza, mojitos y bebidas varias, pues no tengo ni un segundo libre para levantar la cabeza.

—¿Ey, qué pasa? Te veo liadita —me saluda mi amiga Luna, acompañada por Gael, Greta y otro tío—. ¿Necesitas ayuda?

—No preguntes o te pongo a mi lado para ayudarme —le respondo sonriendo—. ¡Hola, Greta! ¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y tú?

—Estaría mejor si estuviera a vuestro lado de la barra —le respondo, sonriéndole a Gael—. ¿Qué os pongo, chicos? Vosotros whisky y gin-tonic, ¿verdad? —pregunto a mis amigos.

—Y para nosotros también —secunda Greta—. Oye, princesita, este sitio está muy bien, ¿por qué no habíamos venido antes? —oigo que le pregunta a mi amiga.

—Ni idea, pero vamos a venir muy a menudo por aquí a partir de ahora. Mirad, ahí hay una mesa, ¡vamos, Greta! —le dice entre gritos.

Los pierdo de vista durante el resto de la noche, agobiada como estoy tras la barra y, aunque intento no pensar en la actuación, me parece una misión imposible a pesar de los intentos de mi compañero por infundirme confianza. Pero ¿cómo voy a estar tranquila cuando puede que haya algún productor o director de cine entre el público?

¡Madre del amor hermoso! ¡Sí, hombre! ¿Ese de ahí es Álex González? ¡Ay, Señor, que me da algo! ¡Me encanta ese tío! ¡La de veces que he fantaseado con él y ahora voy a hacer de Noa frente a sus narices!

—Hugo, ¿estás seguro de querer interpretar esa escena con los papeles cambiados?

—¿Quieres no agobiarte?

—No puedo, en serio, además, estoy acojonada.

—Eso son los primeros días, verás como luego te encanta y estás deseando que llegue el momento.

—No creo que eso pase nunca, la verdad —contesto, mientras veo con espanto que junto a Álex está la actriz Macarena García—. ¡La leche! —musito, sintiendo arcadas por culpa de los nervios.

—Te va a encantar, créeme, vamos, es la hora.

—La hora de mi ejecución —mascullo al tiempo que nos dirigimos a la pequeña habitación para disfrazarnos.

Siento que las piernas se me aflojan, todas las articulaciones de mi cuerpo se convierten en gelatina líquida y soy incapaz de caminar con normalidad, mientras con terror observo todo lo que me rodea a cámara lenta: Mic en la barra, junto a uno de los seguratas de la puerta, el escenario, hasta ahora iluminado y ahora envuelto en sombras, mis amigos sentados a una de las mesas... y yo a punto de morir infartada, caminando cogida de la mano de Hugo, que me lleva con rapidez hasta el centro del mismo, donde siento como si me fueran a ahorcar, o a quemar, como en los tiempos de la Inquisición.

—Olvídate de todos ellos y mírame a mí, ¿de acuerdo? Aquí estoy sólo yo, repítelo, «Sólo estás tú», dilo, di conmigo, «Sólo estás tú».

—Sólo estás tú —murmuro con un hilo de voz, sintiendo un sudor frío recorrer mi cuerpo tembloroso—. No puedo hacerlo —susurro, mientras el local se sume en el más profundo de los silencios y uno de los de seguridad nos trae la barca de cartón que ayer terminamos de fabricar cuando cerramos el local. Joder, sólo falta que ahora tenga pánico escénico.

—Claro que puedes —me dice con confianza mi compañero, ayudándome a subir—. Puedes hacerlo y vamos a divertirnos mogollón —añade, tendiéndome los remos, para colocarse frente a mí.

Oigo la música llenando el local y cierro los ojos intentando olvidarme de todos, recordando los cientos de veces que he visto esa película sentada en el sofá de mi casa, dejándome ir y sintiendo la emoción recorrer mi cuerpo, y cuando el escenario se ilumina sólo veo a Hugo, con su peluca, sus tetitas y sus labios rojos mal pintados y siento que mi cuerpo se relaja al instante y río feliz, tal como hace Noa en la película, mientras mi compañero suelta un gritito alzando los brazos, para, seguidamente, dejarse caer de espaldas sobre la barca. Del techo caen papelitos brillantes a modo de lluvia y me río con más ganas ante las sonoras carcajadas del público, mientras los truenos suenan con fuerza, y entonces Hugo se baja con su vestidito ceñido y sus tacones y yo hago lo propio subiendo la barca a un muelle imaginario.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué? —me pregunta con voz fina y tengo que concentrarme para no reírme, algo bastante difícil, pues desde el público están llamándolo «tía buena» y descojonándose—. No había terminado para mí —prosigue, metido de lleno en su papel—. Te estuve esperando durante siete años y ahora ya es tarde.

—Te escribí trescientas sesenta y cinco cartas —mascullo con voz ronca—, todos los días durante un año —digo, siendo todo lo macho que puedo llegar a ser, bajo los miles de papelitos que caen desde el techo.

—¡Tío buenooooo! ¡Macizooooo! —oigo de fondo y tengo que frenarme para no reírme.

—¿Me escribiste?

—¡Sí! —le digo con fiereza—. ¡Lo nuestro no acabó! ¡Jamás ha acabado! —Y, cogiéndolo del cuello, le estampo un beso en la boca ante un público desatado y nos volvemos ante ellos, haciendo reverencias exageradas entre risas.

Llegar a la barra nos cuesta la vida, pues por el camino nos detienen para saludarnos o felicitarnos y yo sonrío a todos con mi barba postiza, cogida de la mano de mi compañero.

—Felicidades, chicos, les ha encantado —nos dice Mic cuando conseguimos llegar.

—¡Y a mí! ¡Estaba muerta de miedo al principio, pero luego...! ¡Uf! ¡Qué subidón! ¡La próxima vez tenemos que elegir algo más largo! —le pido a Hugo entusiasmada, pues se me ha hecho realmente corto.

—Ya te he dicho que te gustaría —me dice imitando la voz de Allie.

—¡Palooooooooo! ¡Tía, qué pasada! —me grita Luna desde el otro extremo de la barra, acompañada por Greta—. ¡Madre mía! ¡Estás hecha todo un tío! —prosigue ante las risas de ésta y las mías.

Y entonces lo veo y enmudezco en el acto... Orlando está al lado de mi amiga y todo deja de existir para mí...

«¿Qué hace aquí? ¿No estaba en Los Ángeles?», me pregunto, uniendo mi mirada a la suya y obligándome a reaccionar.

CAPÍTULO 12

—Vaya, pero si tenemos aquí al chulito de playa —le digo sonriendo.

—¡Orlando! —La voz de mi jefa llega hasta mis oídos, pero no me vuelvo, incapaz de alejar mi mirada de la de él.

—¡Hola, Mic! Veo que esto continúa como siempre —le dice, dejando de prestarme atención.

—A medida que triunfáis vais abandonándome, pero yo sigo aquí, al pie del cañón. ¿Cómo está mi chico favorito?

—No tan bien como tú, ya veo que sigues dando guerra.

—Ya sabes cómo me gusta la marcha, ¿una cervecita? —le pregunta Mic, mientras yo no puedo dejar de mirarlo.

—Claro. ¿Y tú qué tal? —me pregunta Orlando, volviendo a prestarme atención—. Ya veo que te has convertido en una actriz famosa —dice fanfarrón, mirándome de arriba abajo—. Me gusta tu aspecto.

—Vete a la mierda —le medio escupo ante las risas de su amigo.

—Berto, esta chica tan simpática es la actriz de la que me hablabas antes —le dice mirándome con aires de superioridad.

¡Venga ya! ¿Éste es Berto?

—Vaya, al fin nos conocemos —le digo, deseando mandarlos a la mierda a los dos; al chulito por ser un chulito y al Berto de las narices por pasar de mí y obligarme a medio suplicarle un poco de atención.

—Encantado, me ha gustado mucho tu actuación —me dice sonriendo.

—Gracias, perdonad, pero tengo trabajo —mascullo, viendo que Mic está mirándome de malas formas.

Puesto que me muero de curiosidad y mi amiga Luna no parece tener la menor intención de acercarse a la barra, en cuanto puedo escaquearme soy yo la que termina acercándose a su mesa.

—Te espero en la sala del fondo —le digo al oído, dirigiéndome hacia allí.

Llego y al segundo lo hace ella y cierro la puerta.

—¿Qué hace aquí? ¿No se supone que estaba en Los Ángeles? —le pregunto atropelladamente, dando por hecho que sabe a quién me refiero.

—Y lo estaba, pero llegó anoche. Según le ha contado a Gael está con la promoción de su nueva película, de hecho, nos ha invitado a ir mañana al estreno y a la fiesta posterior. Oye... ¿por qué no te vienes?

—No puedo, tía, ya sabes que trabajo —contesto, maldiciendo mentalmente, pues me muero por ir.

—Bueno, pues ven cuando termines —insiste.

—Sí, claro. Pero ¿tú sabes a qué hora cierra esto? Imposible, no creo que llegue, además, paso, no quiero que crea que voy tras él.

—Vas tras él —me rebate sonriendo.

—Bueno, pero eso no tiene por qué saberlo, además, ese tío sólo quiere meterse entre mis piernas y complicarme la vida, y mucho, y, créeme, yo sola soy capaz de hacerlo sin la ayuda de nadie.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Nena, que se meta entre tus piernas es lo que siempre has deseado, ¿a qué viene esto ahora?

—Porque si dejara que lo hiciera pasaría de mí al día siguiente —le respondo con sinceridad.

—Entonces... ¿estás haciéndote de rogar?

—Simplemente quiero que recuerde mi nombre, no quiero ser una morena más en su larga lista de conquistas, aun a riesgo de quedarme con un palmo de narices —musito, encogiéndome de hombros.

—No creo que lo hagas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque está aquí.

—Bueno, pero eso ha sido casualidad, él trabajaba aquí y habrá venido a recordar viejos tiempos.

—Claro, aunque también es posible que haya venido porque Gael le haya dejado caer, por casualidad, que tú trabajabas aquí ahora.

—¿En serio se lo ha dicho? —pregunto asombrada.

—Ya lo creo, mi chico está deseando ver a Orlando pillado por una tía para poder tocarle las narices, y mucho, te lo aseguro —me responde sonriendo.

—No creo que se pille mucho por mí, pero dale las gracias a Gael de mi parte —musito suspirando—. En fin... tengo que volver a la barra o Mic pedirá mi cuello. Hablamos luego —le digo, saliendo de la pequeña habitación y mezclándome entre la gente.

Y a pesar de que intento ignorarlo con todas mis fuerzas, tenerlo ligado frente a mí con cualquier tía que se le ponga a tiro, que son muchas, no es que me ayude precisamente a conseguirlo y, cuando finalmente mi jefa decide cerrar el local, respiro aliviada creyendo que va a largarse de una vez. Pero claro, eso sería ponérmelo demasiado fácil y, mientras todos van abandonando La Cueva, incluidos mis amigos, él y el tal Berto deciden acercarse a la barra.

—Hemos cerrado, chicos, si queréis continuar la noche tendrá que ser en otro lugar —les digo, intentando que mi voz suene lo más neutra posible, a pesar de las ganas que tengo de arrearle un puñetazo.

«¿Un puñetazo? Yo más bien me tiraría a su cuello y le arrancaría la ropa a mordiscos», matiza la insolente voz de mi cabeza.

—Trabajas aquí entonces —me dice mirándome con esa intensidad capaz de hacer que se me doblen las piernas.

—Creo que es más que evidente —le contesto, demorándome en sus ojos, su nariz, su boca, sus labios...

—Berto, esta chica tiene que ser una actriz famosa, ¿qué coño estás haciendo? Haz el favor de espabilar de una vez —le dice, y no sé si habla en serio o si está burlándose de mí, que seguro.

—Tienes un *casting* el martes a las seis —me dice el otro como si nada, tendiéndome una tarjeta—. Ésta es la dirección de mi despacho, pásate el lunes y hablamos.

—El lunes... —carraspeo intentando no parecer demasiado emocionada—, genial. ¿A qué hora?

—Te espero a las 17.00. Buenas noches, chicos, nos vemos —añade despidiéndose de nosotros.

—¿Y tú no te vas? —le pregunto a Orlando, deseando que no lo haga, o que sí, ¡o yo qué sé lo que quiero!

—Y te lo has jugado todo a una carta —me dice sin contestarme.

—Todos no tenemos la suerte de ser tú y que se maten por representarnos.

—¿Orlando? ¡Cuánto tiempo sin verte! —le dice una tía con cara de anuncio llegando hasta él.

—Hola, morena, ¿qué tal estás?

¿Por quéeee siempre tienen que acercársele todas? —me torturo, viendo cómo deja de prestarme atención para sonreírle a la morena en cuestión, ¡qué agonía, por favorrrrrr!

—¡Mic, voy a cambiarme! —digo enfadada, saliendo de la barra mientras él pasa completamente de mí.

Entro en la habitación bufando y muerta de celos, para qué engañarnos. Hugo está saliendo ya cambiado y, tras despedirme de él y una vez a solas, me siento en el sofá maldiciendo a Orlando y a todas las tías buenas del planeta y entonces detengo mi mirada en una de las fotografías que se encuentran medio ocultas entre todos los cachivaches que hay en la estantería y me levanto casi de un salto para cogerla sin poder creerlo... Pero ¿cómo no la había visto?

En ella está Orlando, jovencísimo, en el centro del escenario, disfrazado de mujer con una boa de plumas rojas alrededor del cuello, junto a mi jefa, que lo abraza sonriendo.

—Esa foto es de su primera actuación —me cuenta Mic, cerrando la puerta—. No había forma de llenar el local y a mi chico se le ocurrió lo de las actuaciones —explica acercándose a mí y cogiendo la fotografía—. Y fue todo un éxito —añade mirándola con cariño.

—¿Tu chico? —repito, enarcando una ceja.

—Siempre será mi chico, por muy famoso que se haga. Empezó aquí, como Hugo, como tú o como mis otros chicos, su teatro era ese pequeño escenario de ahí fuera y eso no se olvida, por más tiempo que pase.

—¿Y estuvo mucho tiempo trabajando aquí? —le pregunto, observando cómo deja la foto de nuevo en su sitio.

—Unos cuantos años, luego hizo un par de series y películas, esto se le quedó pequeño y se largó a Nueva York y más tarde a Los Ángeles. Quería comerse el mundo y se lo comió, pero no olvida sus orígenes y siempre que regresa viene a visitarnos. ¿Y tú de qué lo conoces?

—De nada, sólo he coincidido con él un par de veces —le digo con indiferencia, encogiéndome de hombros... «Vaya, entonces no ha venido por mí...»

—Lo has hecho muy bien esta noche, estabas aterrorizada y lo has superado ganándotelos a todos. Tú también te comerás el mundo —me asegura convencida.

—Ojalá, por cierto, tengo un *casting* el martes a las seis —le digo recordándolo de repente.

—Lo haces y te vienes.

—Genial, voy a cambiarme —contesto, dirigiéndome al baño, deseando que tenga razón.

Cuando salgo Orlando ya no está y suspiro con tristeza, seguro que se ha largado con la morena...

Llego a mi casa en taxi, paso de coger el metro a estas horas, y, tras cambiarme y dejar de nuevo la ropa tirada en el taburete, donde ya está empezando a amontonarse, me acuesto sin querer pensar en nada.

A las 10.00 suena la alarma de mi móvil y abro un ojo deseando tirarlo por la ventana.

—Necesito dormir —medio lloriqueo mientras me ducho a toda leche, deseando que sea lunes y poder disfrutar de mi primer día libre, aunque más que disfrutarlo creo que voy a dormirlo.

Me visto de nuevo con lo primero que encuentro en el armario, sin molestarme en maquillarme, viendo de reojo la pocilga de piso que empiezo a tener y recordando mi objetivo número 4, en el que me proponía no llegar a esto, pero sin querer martirizarme más, llego a la cocina, donde no me queda ni una sola taza limpia.

—Me saldría más a cuenta comprarme vasos y platos de plástico —musito, mientras me preparo un café y mordisqueo unas galletas, prometiéndome que cuando vuelva de clase voy a limpiar esto sin falta.

Me tomo el café todavía hirviendo y, disparada, salgo de casa directa a mi maravillosa clase de canto.

«Seguro que Hugo estará durmiendo a pierna suelta», pienso, cogiendo la barra del metro con ambas manos, apoyando la cabeza en ella y cerrando los ojos, mientras mi cuerpo se balancea con el traqueteo del tren... Y yo creyendo que era una tía dura, ¡ya me vale! ¡Si es que no somos nadie!

Cuando llego al aula de canto, mi profesora ya se encuentra en ella ojeando unas partituras, y de nuevo me mira de arriba abajo, esta mujer debe de tener una pésima opinión de mí, vestida como voy siempre de cualquier manera, sin maquillar y con el pelo recogido en una simple coleta, tan diferente a ella, con su pelo perfecto, su maquillaje suave y rezumando clase por todos los poros de su piel.

—Buenos días —le digo acercándome.

—Buenos días, ¿no estaría mejor durmiendo? —me pregunta, deteniendo su mirada en mis marcadas ojeras.

—Durmiendo no mejoraré en su asignatura.

—Tiene un aspecto lamentable.

—Muchas gracias —medio sonrío—, es lo que tiene no dormir mucho.

—¿Cuánto ha dormido esta noche? —me pregunta con preocupación.

—No mucho —le digo encogiéndome de hombros.

—No va a poder seguir con este ritmo mucho tiempo.

—Me acostumbraré, no se preocupe, ¿empezamos?

—¿Le parece bien que el sábado que viene empecemos la clase a las doce?

—¿Me está dando una hora más de sueño?

—A mí no me importa y está claro que usted lo necesita.

—Por mi perfecto —musito, haciéndole la ola mentalmente.

—No se hable más entonces, empecemos.

Durante las dos horas siguientes trabajamos técnicas de respiración, colocación de la voz, calentamiento, registros vocales y, para asombro mío, descubro que no es que yo sea pésima ni mi voz sea un desastre, sino que me falta mucha técnica y los conocimientos necesarios que espero adquirir con estas clases.

Llego a La Cueva a las 17.00 en punto, con la lengua fuera después de medio engullir una pizza mientras ponía lavadoras a toda leche y organizaba mi casa como si no hubiera un mañana y, aunque ahora estoy para el arrastre, me siento satisfecha por estar cumpliendo todos mis objetivos.

—Holaaaaaaaaa —saludo a Mic, sentándome en uno de los taburetes de la barra y apoyando la cabeza sobre ella, dejando los brazos colgando, tan cansada que, si me dieran a elegir entre sexo en plan salvaje con mi chulito y dormir, elegiría dormir sin lugar a dudas.

—Pero ¡qué mala cara traes! ¿Qué te ocurre? —me pregunta preocupada.

—Básicamente, que soy una pitiminí y que no duermo.

—¿Y qué has hecho durante toda la mañana?

—Cantar —medio lloriqueo de nuevo—. Tenía que haberme quedado en Formentera.

—¿De qué hablas? —dice extrañada.

Me escuecen los ojos y los cierro mientras empiezo a relatarle mi día, o más bien mis laaaaaargos e interminables días desde que llegué a Madrid...

Me acurruco en el sofá y me tapo con la manta, hundiéndome en mis sueños, donde camino por una alfombra roja cogida de la mano de Orlando, sonriendo feliz mientras los miles de periodistas que se encuentran congregados para cubrir el evento me llaman para captar mi atención...

La música de Pink llega claramente a oídos y empiezo a despertar con las letras de *What About Us*, pero no quiero hacerlo todavía, estoy tan bien... Me vuelvo intentando conciliar el sueño de nuevo... pero un momento, ¿dónde estoy? —me pregunto incorporándome de repente. ¡Ay, Señor! Pero ¡si estoy en la salita de La Cueva! ¡¡¡durmiendo!!!! ¡Ay, mi madre, que Mic me despide!

Me levanto a toda leche buscando a tientas un interruptor y cuando miro la hora compruebo con espanto que he dormido casi tres horas. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡No es que me despedirá, es que ya me ha despedido! ¡Por eso no me ha despertado!

Me pongo el uniforme a la velocidad de la luz y, sin comprobar mi aspecto, me dirijo casi corriendo a la barra, muerta de vergüenza, todo sea dicho.

—Lo siento, Mic, de verdad, no pretendía dormirme —le digo atropelladamente, colocándome a su lado mientras ella no deja de trabajar.

—Cuando cerremos tenemos que hablar —me dice en tono seco— y péinate, haz el favor.

—¿Vas a despedirme? —le pregunto, peinándomelo con los dedos, sin poder creer que me haya dormido y temerosa de perder este empleo que tanto me gusta, a pesar de que está claro que no puedo con este ritmo.

—Ya hablaremos, tienes la suerte de que Orlando ha cubierto tu puesto y no te hemos echado en falta durante estas horas, ya puedes darle las gracias en cuanto lo veas.

—¿Orlando ha estado aquí? ¿Trabajando? —le pregunto sin poder creerlo.

—Ha sido él quien te ha acostado, te habías quedado frita en la barra.

—Joder —susurro, sintiendo el rubor cubrir mi rostro, imaginándome con la boca abierta y los brazos colgando. ¡Ay, mierdaaaaa! ¡Espero no haber babeado sobre la barra!

—Eso digo yo, joder —masculla—. Aquí tenéis, chicos —les dice a los clientes con una sonrisa.

—Mic, de verdad, te prometo que no volverá a suceder.

—Eso lo tengo claro, ponte a trabajar ya —me ordena realmente cabreada, mientras cobra las consumiciones.

—Hombre, pero ¡mira a quién tenemos aquí! —me dice guasón Hugo, guiñándome un ojo.

—Creo que Mic va a despedirme —le murmuro al oído, dándome bofetones mentalmente—. ¿Qué os pongo? —les pregunto a la pareja que tengo esperando en la barra.

—Mic no despide a nadie, no te agobies —me dice él tranquilamente, mientras atiende a un grupito de turistas.

—No lo habré hecho hasta ahora, pero te aseguro que yo seré su excepción, ya lo verás —le contesto sin dejar de trabajar.

—Ha tenido a Orlando Sun currando tras la barra, te aseguro que le ha salido más que rentable que te durmieras. Esto ha sido una locura cuando han comenzado a reconocerlo.

—¿Y qué hacía él aquí? —le pregunto, moviéndome más deprisa que en toda mi vida, desde luego que me ha sentado bien dormir.

—Ni idea.

—Oye, necesito impresionar a Mic para que no me despida. ¿Quieres que interpretemos esta noche *Something Stupid*? —le pregunto, jugándomelo de nuevo todo a una carta, necesitando impresionar a Mic para que no quiera deshacerse de mí.

—¿Quieres cantar y encima en inglés? Creía que habías dicho que lo hacías fatal.

—Fatal no, pésimo, pero vamos a hacerlo como tú dijiste, tú cantando de miedo y yo en plan cómico, ¿qué dices? Una estrofa cada uno.

—¿Sin ensayar? —me pregunta preocupado.

—No necesito ensayar para hacer el ridículo —contesto, dándome de nuevo bofetones mentalmente—. ¿Te sabes la letra?

—Más o menos, necesito repasarla un poco durante la cena. Oye, ¿estás segura? ¿No prefieres que interpretemos lo que habíamos preparado?

—No, hazme caso por favor, necesito impresionarla —le ruego sin dejar de servir bebidas.

—Como quieras, ¿la ensayamos cuando esto se vacíe un poco?

—Vale —le respondo, volcando mi atención en los clientes sin querer pensar en Orlando, en Mic y en el follón en el que me estoy metiendo yo sola.

Durante el tiempo que tenemos para cenar marcamos las pautas que seguiremos durante la canción, además de cantarla un par de veces, pero vamos contrarreloj y al final desistimos, dejándolo completamente en manos de la suerte. Que sea lo que Dios quiera, o Mic me despide en el acto o la fascino, esperemos que sea esto último.

La vorágine de La Cueva nos absorbe tanto a Hugo como a mí y, entre copa y copa, dejo de pensar en que esta noche será el estreno de la nueva película de Orlando, que a ese estreno irá mi amiga Luna con su marido, que yo estaba invitada, que podía haberme codeado con todos los grandes del cine y que, en cambio, aquí estoy, dispuesta a hacer el ridículo más espantoso de toda mi vida con el fin de conservar este empleo, en el mejor de los casos, porque en el peor habré hecho el ridículo, para encima terminar de patitas en la calle. Esperemos no llegar a ese punto.

—Ha llegado la hora —me dice Hugo—. ¿Lista?

—Qué remedio, vamos —le respondo, cogiendo aire, intentando no pensar en la desorbitante cantidad de gente que abarrota La Cueva y rezando mentalmente para que hoy no haya ningún productor importante aquí.

Esta vez no nos cambiamos y de la mano de Hugo llego al escenario. Tal como hicieron ayer, han sumido el local en la más completa oscuridad y cierro los ojos, dispuesta a darlo todo. Soy actriz, ¿verdad?, pues que se note. Iluminan el centro del escenario en el mismo momento en que empieza a sonar la música y sonrío, parpadeando exageradamente hacia Hugo, que se encuentra frente a mí. Mientras coqueteo con mi compañero, que me mira fijamente, él empieza a cantar, sorprendiéndome con la potencia de su voz. Hugo también coquetea conmigo, pero lo hace sutilmente, mientras que yo soy la exageración hecha mujer, y cuando tengo que cantar mi parte lo hago sin molestarme en afinar lo más mínimo, con mi voz de gallo más auténtica, provocando tal estallido de risas entre el público que, envalentonada, intensifico mi actuación; vamos, que mi profesora me ve en estos momentos y deja de darme clases en el acto.

Las risas y los silbidos por parte de la gente me dan alas y me muevo por el escenario improvisando y coqueteando no sólo con Hugo, sino con todos, haciendo posturitas y cantando francamente mal frente a mi compañero, que es todo lo opuesto a mí, vamos, que está metiéndose a todas las tías de La Cueva en el bolsillo. Y entonces veo a mi chulito, mirándome fijamente, y no sé por qué pienso que es algo mío, cuando está claro que no lo es, y cuando me toca de nuevo cantar mi parte lo hago mirándolo y poniendo la guinda al pastel al darme la vuelta y mover el trasero con todo descaro hacia él. Aunque luego querré morirme de vergüenza, ahora todo me da igual, pues aquí arriba no soy yo, soy la loca actriz que haría lo que fuera por mantener su empleo y molestar o gustar, ni lo sé, a mi chulito de playa.

Los silbidos, gritos y carcajadas del público se intensifican con cada una de mis posturitas y gallitos y cuando damos por finalizada la actuación, sé que yo también me los he metido a todos en el bolsillo, posiblemente no como lo habrá hecho Hugo, que será la fantasía de todas las tías del local por los siglos de los siglos amén, pero sí lo suficiente como para que no se olviden de mí y, con un poco de suerte, pueda conservar mi empleo.

—¡Otra! ¡Otraaaaaaa! ¡Otraaaaaaaa! —nos gritan desatados, mientras nosotros hacemos la típica reverencia de rigor al público.

—Nos están pidiendo otra —me dice Hugo entre risas, conmigo cogida de la mano—. Les ha encantado, princesa.

Sorprendiéndome, me suelta la mano retirándose unos pasos por detrás de mí para cederme todo el protagonismo, dejándome en el centro del escenario con la luz iluminándome solamente a mí, haciendo que me sienta una actriz de Hollywood en su día de estreno, en este pequeño local de Madrid.

Recibiendo felicitaciones de unos y otros llego como puedo hasta donde se encuentra Orlando, tan tío, tan macho y tan hombre que este local parece insuficiente para él.

—Hola —lo saludo sonriendo, haciendo a un lado mi parte sensata, la que está muerta de vergüenza cada vez que recuerda mis movimientos descarados de hace unos minutos—. ¿Qué haces aquí? Creía que hoy era tu noche.

—Y lo es —me responde con una sexy sonrisa, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas, emanando sexo por cada poro de su piel; si es que es un chulito en todos los sentidos.

—¿Y qué haces aquí entonces? —le pregunto, intentando no sonreír demasiado, sin entender qué se le habrá perdido por La Cueva con la pedazo de fiesta que habrán organizado con motivo del estreno.

—He venido a ver si mi Bella Durmiente ya se había despertado o necesitaba que le diera un beso.

—¡Ja! Muy gracioso —le respondo con las mejillas cubiertas por el rubor—. Puedes irte si quieres, como verás, no he necesitado tu beso para despertarme.

—Pero sí mis manos —musita, acercando sus labios al lóbulo de mi oreja y tensándome en el acto.

—Ya me lo han contado Mic y Hugo, gracias por cubrir mi puesto —musito, intentando que no me afecte su cercanía, lo bien que huele, lo bueno, buenísimo que está y lo mucho muchísimo que me gusta.

—Tenemos que hablar, te espero fuera cuando esto cierre —me dice con voz áspera, rodeando mi cintura con sus brazos y consiguiendo que mi cuerpo vibre de deseo.

—Mic también quiere hablar conmigo, creo que va a despedirme —le confieso en un susurro, dejándome llevar por el momento y rodeando su cuello con mis brazos, pegándome a él.

Ejerce más presión, pegándome más su cuerpo y acelerando mi respiración y cierro los ojos deseando no moverme jamás de aquí, absorbiendo su fragancia, deseado comérmelo enterito, lamerlo, chuparlo y todas las burradas habidas y por haber, y luego que lo haga él conmigo, que me lleve de la mano, despertarme a su lado...

—Después de tu actuación, dudo mucho que lo haga —me asegura, mordiéndome el lóbulo de la oreja y llevándome directa al cielo, donde mis pensamientos toman todavía más carrerilla si es posible, visualizándome casi al segundo casándome con él, rodeada de niños y con dos perros, uno grande y otro más pequeño.

—¿Cómo? —musito con la respiración entrecortada, tan pegada a su cuerpo y tan excitada que siento cómo mi sexo palpita de deseo.

—Has estado jodidamente perfecta, deberías pedirle un aumento —susurra con su mano bajando hasta llegar a mi trasero, que aprieta provocándome un gemido que consigo frenar en el último momento a duras penas.

Joder, desde luego la loca actriz todavía no se ha bajado del escenario. Pero ¿qué estoy haciendo? Como lo deje continuar es capaz de desnudarme aquí mismo.

—Tengo trabajo —digo, separándome a duras penas de él ante su abrasadora mirada y dirigiéndome a la barra, desde donde Mic no nos quita la mirada de encima, sintiendo la de Orlando clavada en mi cuerpo.

—Vaya y yo creyendo que no lo conocías de nada —me dice cuando llego hasta ella.

—¿De qué hablas, Mic? —le pregunto extrañada, a pesar de saberlo de sobra—. ¿Qué te pongo? —le digo al chico que tengo frente a mí.

—De Orlando, ¿de quién va a ser? —insiste sonriendo.

—Y es verdad, apenas lo conozco.

—Pues ya me dirás por qué, sin apenas conocerte, ha cubierto parte de tu turno esta tarde y por qué está aquí cuando podría estar en una fiesta, de la que sin duda sería la estrella absoluta.

—Se ha sentado a la barra, ¿por qué no vas y se lo preguntas? —contesto sin dejar de trabajar, sintiendo la intensa y descarada mirada de él sobre mí, subiendo la temperatura de mi cuerpo varios grados en el acto.

—Me ha gustado mucho tu actuación —me dice un chico acercándose a la barra.

Le doy las gracias mientras veo cómo, tras la actuación, el local comienza a vaciarse y doy gracias mentalmente, pues ya son las 5.30 y mis pies están comenzando a pasarme factura. ¡Diosss, cómo odio llevar tacones!

—¿Tienes algo que hacer cuando termines? —me pregunta el chico sonriendo y lo observo con atención.

Rubio, de ojos marrones y tez clara es todo lo contrario a mi chulito y, cuando voy a contestarle, es él quien lo hace por mí.

—No te preocupes, la medicación la tiene muy tranquila —le dice ante mi mirada desorbitada—. Puedes salir con ella sin tener que temer por tus partes.

—¿Cómo? —preguntamos el chico y yo casi al unísono.

—Soy su agente de la condicional y estoy muy orgulloso de ella. La encerraron porque le cortó los huevos a su pareja —explica con seriedad—, pero últimamente está más centrada. Al último tío que le llevó la contraria sólo lo dejó inconsciente, pero no fue nada grave. Puedes salir con ella si lo deseas, de todas formas, si vas a estar más tranquilo puedo acompañaros, voy armado —añade tan metido en su papel que, si no fuera porque se supone que está hablando de mí y sé que todo es una burda y absurda mentira, me lo habría creído a pies juntillas.

—Pero ¿tú... tú no eres Orlando Sun, el actor? —le pregunta el otro, reconociéndolo.

—Ya quisiera, te aseguro que si fuera ese tío no estaría aquí —le responde con una seguridad aplastante.

Atónita, observo cómo el rubio en cuestión dirige su mirada espantada de Orlando a mí y, sin molestarse en despedirse, se larga para, me temo, no volver a poner los pies en su vida en este local por miedo a que la loca de atar le corte los huevos o le haga algo peor.

—Pero ¿tú de qué vas? ¿Quieres que te los corte a ti de verdad? —bramo saliendo de la barra, hasta quedar frente a él—. ¿O prefieres que te deje inconsciente? —concluyo, temblando de rabia.

Pero ¿a este imbécil qué le pasa?

—Mira que te gusta sacar las garritas, gatita, creo que el apodo de chulita de playa te va mejor a ti que a mí —prosigue burlón, con esa media sonrisa que ya empieza a formar parte de su sello de identidad.

—Como me llames otra vez «gatita», te prometo que te comes mi puño —siseo, deseando darle un buen puñetazo que borre la sonrisa impertinente de su cara de una vez.

—Van a tener que revisarte la medicación, nena, esto se te está yendo de las manos —me dice, cogiéndome como un saco de patatas—. Mic, ¡me la llevo! ¡Apáñatelas!

—¡Suéltame, golfo! ¡No puedes sacarme del trabajo así!

—¡Dejadme paso! ¡Esta chica necesita medicación urgente!

—¡Vete a la mierda! ¡Golfo, chulo, imbécil! —grito desatada, pareciendo la loca de atar que en realidad no soy.

—Nena, relájate, en nada estamos en el hospital. Tranquilos, no es nada grave, sólo le dan puntazos de locura transitoria —le explica a la gente, que nos mira sin dar crédito.

Le golpeo la espalda con fuerza e intento por todos los medios soltarme, pero soy demasiado pequeña para él y, cuando al fin para de comportarse como un hombre de las cavernas y me deja en el suelo, una vez en la calle, alzo un puño con todas mis fuerzas para estamparle de una vez el puñetazo que estoy deseando darle desde que lo conozco, recordando mis clases de *body combat*.

—Gatita, gatita, para darme un puñetazo vas a tener que emplearte más a fondo —me dice socarrón, aprisionándome contra la pared y frenando mi ataque como si yo fuera un mosquito y él un *tyrannosaurus rex*.

—Apártate de mí ahora mismo, pedazo de inútil —le digo, dándole un empujón—. Pero ¿se puede saber qué te pasa?

—¿Así es como me agradeces que te haya cogido en brazos y te haya acostado como una princesa, además de cubrir tu turno cuando tú habías caído medio inconsciente? ¿Llamándome todas esas perrerías? Eres una desagradecida, pequeña delincuente —me dice con esa media sonrisa que en esos momentos aborrezco, de nuevo con su cuerpo pegado al mío—. Además, estás loca de atar, ¿ya no recuerdas cuando intentaste saltar el muro de mi casa para derretirte mientras me mirabas?

—¿Perdona? Pero ¿tú de qué vas!?! Y si no te comportaras como un cavernícola, como un chulo, como un...

Se pega más a mí, aprisionándome contra la pared, con sus labios rozando los míos y consiguiendo que enmudezca en el acto.

—No soy un cavernícola ni un chulo ni un golfo, soy un tío que se preocupa por ti, ¿lo tienes claro? —pregunta con seriedad por primera vez desde que lo conozco—. Y no quiero volver a verte dormida sobre ninguna barra. Vas a dormir y a cuidarte si quieres llegar a Hollywood, ¿me oyes? —sisea entre dientes—. Como me entere de que vuelves a llegar a La Cueva muerta de sueño, haré que Mic te despida y lo digo en serio.

Me deja sin habla la intensidad con que lo ha dicho y durante unos segundos no sé qué decir o hacer, pues no lo entiendo, no entiendo por qué me ayuda, para luego comportarse como un auténtico imbécil.

—Ya te he dado antes las gracias por cubrir mi puesto, aunque podrías haberme despertado —susurro con un hilo de voz, completamente perdida.

—Te lo digo en serio, voy a hablar con Gael y con Luna y, o me haces caso a mí o se lo haces a ellos, pero no voy a tolerar que sigas llevando este ritmo.

—¿Qué ritmo? —le pregunto alzando el mentón y negándome en redondo a darle la razón, pero ¡si no sabe nada de mí!

—Vas a clase por las mañanas y vienes a La Cueva por las tardes y los fines de semana, más las clases de canto del sábado, lo sé todo sobre ti, gatita, y no vas a poder seguir así —me asegura, esta vez con dulzura, apoyando su frente contra la mía—. Frena o te rendirás agotada antes de haberlo conseguido.

—No puedo frenar, necesito hacerlo todo —contesto en un susurro, sobrepasada por sus palabras y por el tono que está utilizando.

—Y yo quiero hacerlo todo contigo —responde él, sorprendiéndome—. No le pidas a Mic el aumento, pídele entrar más tarde —me dice con voz áspera, dándome un leve mordisco en el labio inferior y provocando un estallido de deseo que sacude mi interior, mientras sus manos bajan hasta llegar al final de mi espalda, donde parece que sea su lugar.

—¿Por qué te preocupas por mí? ¿Qué más te da? —musito con voz entrecortada, todavía con nuestras frentes pegadas, sintiendo cómo mi sexo palpita por él.

Me sonrío con arrogancia con sus manos bajando por mi trasero y apretándome contra él, contra su... sexo, su potente y enorme sexo, y de nuevo tengo que controlarme para no soltar un gemido monumental.

—Porque todavía tengo que follarte y quiero que estés bien despierta cuando lo haga. No te quiero medio dormida, ya te dije que soy un tío exigente.

—¡Eres...! ¡eres...! —le digo, dándole un empujón, de nuevo trabándome.

—¿Qué? ¿Qué soy? —me pregunta, cogiéndome de nuevo por la cintura sin permitir que me separe un milímetro de su cuerpo—. Déjame que te lo diga, voy a ser el tío que va a follarte como nunca te han follado.

—¿Y qué sabrás tú? —le grito, intentando zafarme.

—Ayyyyyyy, gatita gatita, te lo he dicho antes, lo sé todo sobre ti y sé que te mueres de ganas de que lo haga. ¿Quieres que te folle esta noche? —me pregunta con voz ronca, tan golfo como sólo él puede llegar a serlo, sin permitir que me libere de su agarre.

—¿Perdona? —musito alucinada—. Mira, chulito, para que te enteres de una vez, no me gustas ni me van los tíos que se creen el centro del universo. Lo que no entiendo es qué hace un dios del sexo como tú perdiendo el tiempo conmigo, que casi parece que me lo estés suplicando —concluyo sonriendo, intentando molestarlo.

—No te estoy suplicando, nena, pero te aseguro que tú sí lo harás cuando te tenga abierta de piernas.

—No pienso suplicarte nada y menos voy a dejar que me las abras —mascullo, sin poder creer que haya dicho eso, zafándome finalmente de su agarre—. No me gustas y no me atraes en absoluto. ¡Qué novedad!, ¿verdad? Encontrarte con una tía que no quiere nada contigo, que...

Su mirada oscurecida y llena de determinación frena mi verborrea descontrolada, pues algo ha cambiado en él; ya no hay ese punto de diversión en su mirada ni sonrío con esa arrogancia que parece no abandonarlo nunca, y eso pone en alerta todos mis sentidos, pero antes de que pueda reaccionar, sus manos me aprisionan pegándome a su cuerpo y a su boca con rudeza y, cuando entreabro los labios para pedirle que me suelte, es su lengua la que entra con posesión en mi boca haciéndome estallar como lo haría un volcán en plena erupción y es entonces cuando me rindo y dejo de pensar para sólo sentir y dejarme llevar, con mi lengua enredándose con la suya, con mis manos en torno a su cuello y mi sexo frotándose contra el suyo, que está tan duro como una piedra.

Me muerde el labio mientras sus manos ascienden hasta llegar a mis pechos por debajo de la camisa, acariciando mis pezones mientras un gemido, el que llevo frenando desde que lo he visto, se escapa finalmente de mi garganta, con él empleándose a fondo con su lengua, sus labios y todo su cuerpo, besándome como nunca antes me habían besado y haciendo que olvide que estoy en los brazos de Orlando Sun, el actor, para desear estar sólo con el hombre, el que me está llevando disparada a lo más alto de la montaña rusa, sin ni siquiera haberme quitado la ropa, el que está haciendo que todo me dé vueltas y que esté a punto de desintegrarme de deseo.

—Vaya, y eso que no te gusto ni te atraigo —me dice separándose de sopetón de mí, de nuevo con esa arrogancia que parece ir de su mano—. ¡Joder! ¿Qué haces cuando te gusta un tío? ¿Tirártelo en plena calle? —me pregunta carcajeándose—. Eres un peligro, nena.

—¿Perdona? —Y de nuevo mi capacidad de expresión parece haberme abandonado por completo—. Pero ¿tú... tú, TÚ DE QUÉ VAS? Pero ¡si eres tú el que me ha besado!

—Claro y tú sólo te has dejado —me responde entre risas—. Nada más te ha faltado ponerte a maullar —susurra divertido—. Nos vemos por Hollywood, Bella Durmiente —me dice, guiñándome un ojo para posteriormente darse la vuelta y desaparecer calle abajo y tengo que frenarme como nunca en mi vida para no salir tras él y colgarme de su espalda cual chimpancé, para empezar a darle puñetazos con toda mi mala leche. ¡Será cabrón!

Entro en La Cueva ardiendo de rabia y algo más, aunque me niegue a reconocerlo. Apenas queda gente y, sin decir esta boca es mía, me pongo tras la barra dispuesta a ayudar a Hugo.

—¿No tienes nada que contarme? —me pregunta mi compañero, guiñándome un ojo y recordándome inmediatamente a mi chulito.

—Cállate —le ordeno cabreada, sin dejar de trabajar.

—Quiero hablar contigo, sube al despacho —me ordena Mic con sequedad, mientras se va directa al leopardo.

Muerta del susto llego a su despacho, donde mi jefa ya se encuentra sentada tras su mesa y, cerrando la puerta suavemente, me dirijo hacia ella sintiendo el corazón golpearme en la garganta.

—¿Vas a despedirme? —le pregunto a bocajarro.

—No quiero hacerlo, pero tampoco quiero que se repita lo de hoy. Siéntate— me ordena sin quitarme la mirada de encima—. Formas parte de La Cueva, como Hugo, o como en su día lo hizo Orlando, y no porque trabajes aquí, sino porque has entendido el concepto —añade en una clara alusión a las actuaciones que hacemos al final de la noche—. Lo das todo sobre el escenario y atendiendo la barra, pero está claro que este ritmo te supera.

—Siento haberme dormido, no sé lo que me ha sucedido, te prometo que no soy tan blanda.

—No se trata de ser blanda, se trata de ser persona y, como tal, necesitas un mínimo de horas de sueño. Oye, ¿por qué no buscas otro empleo que te exija menos? Soy consciente de que no es fácil trabajar aquí y no todos podéis soportar este ritmo.

—No, Mic, por favor, no quiero otro empleo, te prometo que lo de hoy no se repetirá. Sé que puedo hacerlo, de verdad, si pensara que no soy capaz renunciaría ahora mismo, pero sé que puedo, confía en mí —le ruego, más que dispuesta a hacer lo que sea con tal de conservarlo.

¿Y Orlando quería que le pidiera un aumento o una reducción de horario? Sí, claro, y un viajecito al Caribe también, ¡no te jode!

—Tienes una oportunidad más, pero recuerda, como vea que esto te supera, te despediré. Y no lo haré pensando en el negocio, lo haré pensando en ti y porque te he cogido cariño.

—Gracias, Mic, si te sirve de algo, yo también te he cogido cariño —le digo, sintiendo el alivio recorrer mi cuerpo. ¡Uf! ¡Por los pelos!

—Y ahora, dime qué te une a mi chico —me pide con seriedad.

—Nada —musito encogiéndome de hombros.

—Paloma... —me reprende.

—Es la verdad, apenas lo conozco, pero hay veces que si pudiera lo mataría.

—¿Y las otras veces? —me pregunta medio sonriendo.

—Las otras veces nada, es un golfo de cuidado que se divierte sacándome de quicio.

—¿Como esta noche?

—Exacto, ¿has visto como me ha sacado de La Cueva? —le pregunto cabreándome por momentos—. Ha hecho creer a todo el mundo que estaba chalada.

—Sí, lo he visto —me dice riéndose y cabreándome todavía más—, pero también lo he visto trabajar detrás de la barra durante las casi tres horas que tú has dormido —prosigue poniéndose seria de nuevo—. Lo quiero mucho, Paloma, no le hagas daño.

—¿Que no le haga daño? —repito, abriendo desmesuradamente los ojos sin poder dar crédito—. Creo que eso deberías decírselo a él, no a mí, te aseguro que cada vez que lo tengo cerca soy yo la que termina desquiciada.

No me contesta y con una sonrisa enigmática se levanta, dando por terminada nuestra conversación.

—Gracias por no despedirme, Mic —le digo levantándome yo también—. Recuerda que el martes llegaré un poco más tarde por el tema del *casting*.

—Mucha mierda.

—Gracias.

Casi está amaneciendo cuando llego a mi casa y, tras bajar la persiana de la ventana de mi habitación para que la luz del día no me moleste y poner el móvil en silencio, me hundo en el colchón para abandonarme a los brazos de Morfeo, cayendo rendida casi al instante.

CAPÍTULO 13

El domingo aprovecho para dormir hasta el mediodía y, cuando me despierto, lo primero que recuerdo es cómo me sacó Orlando de La Cueva, cómo me besó, cómo lo besé, cómo... ¡Ay, es suficiente!

«No volverá a suceder —me ordeno acalorada, levantándome con ímpetu de la cama y yendo hasta la cocina, donde empiezo a prepararme el café sin dejar de parlotear conmigo misma—. Y ya sé que fue brutal, que nunca nadie me había hecho sentir tanto con un simple beso y que todo esto cobra un significado especial porque quien lo hizo fue ÉL, pero si vuelve a suceder sé que terminaré colada hasta las trancas y paso, paso de ser la novedad de su vida para que me deje tirada por una rubia, una pelirroja o quien sea cuando la novedad deje de serlo. Porque no nos engañemos, si insiste es porque todavía no se ha acostado conmigo», prosigo mi discurso mental, sentándome en mi silla preferida con el radiador calentando mi espalda, a pesar de que mi cuerpo arde con mis recuerdos.

Enciendo el portátil, no porque quiera ver a Orlando, *of course*, sino porque ayer fue un estreno de esos de órdago y quiero torturarme viendo todo lo que me perdí. Y, a pesar de las cientos de fotografías que llenan la pantalla con todos los asistentes al estreno, mis ojos van directos a las de él y, sin percatarme, me acerco más a la pantalla para no perderme detalle de nada; babeando con esa sonrisa dura y sexy, con ese cuerpo impresionante que tuve tan pegado al mío, con esa cara pluscuamperfectamente perfecta que acuné entre las palmas de mis manos y con esos labios que ahora ya sé cómo saben y que me muero por...

—¡NADAAAAA! —mascullo, cerrando la tapa con ímpetu y respirando profundamente—. Si es que soy demasiado impresionable —me digo, cerrando los ojos y maldiciéndome—. Un simple beso...

«¿Simple?», me replica con retintín la insolente voz de mi cabeza y hasta juraría que la veo alzar una ceja.

—Bueno, ¿qué importa eso? Además, ¿por qué estoy hablando contigo? —me pregunto resoplando. Voy al sofá y me tiro en plancha, con la vista perdida en el techo—. Necesito hablar con Luna o con alguien que tenga forma humana —musito—, esto de hablar conmigo misma se me está yendo de las manos. —Me vuelvo y dirijo la mirada hacia el amplio ventanal que tengo frente a mí, desde donde se divisa una panorámica impresionante de Madrid—. Al final será verdad que estoy loca de atar. Entre el chulito y mis desvaríos, terminaré ingresada en la López Ibor de por vida —mascullo, deseando alejarlo de mi mente.

Cuando llego a La Cueva lo hago descansada y con mi mantra bien aprendido por si Orlando vuelve, vamos, que esta vez no pienso caer a las primeras de cambio como que me llamo Paloma. Palabrita, este chulito va a tener que emplearse más a fondo si quiere que termine entre sus brazos.

«Seguro que sí», me dice con retintín la insolente voz de mi cabeza.

—¡Cállate! Tú qué sabrás —le respondo como si la tuviera a mi lado, vamos, que sólo me ha faltado volverme... ¡Ay, Señor que no están todos encerrados!

Hoy el ritmo es más tranquilo que ayer y, mientras sirvo copas, cafés, infusiones y hablo con unos y con otros, no dejo de mirar la dichosa puerta esperando verlo entrar, vaya, que no me quemo los ojos, pero casi. ¡Mierda, mierda y mucha mierda!

Las clases del lunes se me hacen interminables, atacada como estoy de tan sólo pensar que hoy tengo que reunirme con Berto y, aunque intento centrarme en ellas, recordar que me lo jugué todo a una carta, o lo que es lo mismo, a un *casting*, es más que suficiente para que el corazón se me sacuda como unas doscientas mil veces dentro de mí a la velocidad de la luz.

Cuando terminan las clases, vuelo a mi casa, donde intento tragarme un bocadillo, pero estoy tan nerviosa que al final desisto y a las 17.00 en punto me encuentro frente al edificio donde tiene la oficina Berto.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro, vuelvo a inspirar y vuelvo a espirar, me sudan las manos, el corazón me late como un tambor africano y a pesar de mis intentos de moverme y alzar el brazo para pulsar el timbre, parece que mi cuerpo se ha paralizado en medio de esta acera repleta de gente.

Finalmente, y haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, consigo alzar el brazo para llamar al timbre y, cuando se abre la dichosa puerta, accedo al interior del edificio tan nerviosa como si estuviera presentándome al *casting* más decisivo de mi vida, porque, aunque no lo sea, que Berto acepte representarme o no supondrá un cambio brutal en mi carrera como actriz, una carrera, todo sea dicho, completamente estancada en estos momentos.

—Pasa —me invita abriendo la puerta y haciéndose a un lado.

—Buenas tardes —lo saludo, intentando sonar decidida.

El piso me recuerda a la consulta que tenía el pediatra de mis hermanos: pequeño, moderno y minimalista, con una recepción en la entrada donde ahora no hay nadie y un corto pasillo por el que llegamos a su despacho, que miro mientras me siento en una de las sillas que se encuentran frente a su mesa.

Está repleto de fotografías tuyas con los actores a los que representa y casi me caigo de culo de la impresión, ¡madre mía! No me extraña que no quisiera representarme, teniendo a lo más grande del panorama español entre sus clientes.

—¿Qué tal estás? —me pregunta, devolviéndome a la realidad.

—Bien —musito.

—Háblame de ti —prosigue con seguridad—. Quiero conocerte.

—¿Qué quieres saber? —digo, sin saber qué decirle. ¿Hola, me llamo Paloma y soy de Formentera?

—Podrías empezar por contarme cuándo decidiste que querías ser actriz.

—No recuerdo el momento exacto —contesto, intentando relajarme—. No me levanté un día y dije «quiero ser actriz», sino que es algo que siempre ha ido conmigo.

—Y en cambio no has hecho nada relevante hasta ahora, ni tampoco te has esforzado realmente por conseguirlo.

—Digamos que no había surgido el momento —le respondo sorprendida y molesta por su comentario.

—El momento lo creamos nosotros —me replica descolocándome de nuevo.

—¿O lo crean por nosotros? —contraataco, poniéndome a la defensiva sin pretenderlo.

—Como en tu caso —apostilla, dando en la diana—. Orlando está empeñado en que te represente y quiero saber por qué. Perfiles como el tuyo se ven a diario y quiero saber qué te hace diferente del resto, qué ha visto él en ti que yo debería ver para querer representarte —me dice, mirándome con atención.

—Viste el videobook —le digo encogiéndome de hombros, sin saber que responderle.

—Exacto, y no es suficiente —apostilla de nuevo—. Mira, Paloma, a la vista está que mis representados son todos actores reconocidos y los que, para vuestra desgracia, se llevan la mayor parte del pastel. No porque lo diga yo, sino porque es la realidad. Los productores generalmente quieren a actores conocidos y, aunque hay directores que apuestan por los nuevos talentos, los hay que son muy reticentes a contratar caras nueva como la tuya y, si quieres que te represente y despuntar, vas a tener que esforzarte muchísimo. No sirve que sientas que ha surgido el momento, porque puede que nunca lo sea realmente —me dice con seriedad—. Se aprende a apuntar disparando y tu diana ahora está vacía, no veo ningún agujero ni en el centro ni en los bordes.

—¿Cuánto te llevarías tú de comisión? —le replico, viendo que no está dispuesto a ponérmelo fácil.

—Un veinte por ciento —me contesta, reclinándose en su asiento y poniéndose cómodo.

—Pues entonces procura que mi pistola esté bien cargada. Ya me encargaré yo de llenar esa diana de agujeros para que ganes ese veinte por ciento —replico, sosteniéndole la mirada—. No te voy a negar lo que es evidente, pero ahora estoy aquí, luchando por el cincuenta por ciento —le digo, recordando las palabras de Andrés—. Envíame a *castings* y te aseguro que llenaré la diana de disparos en el centro.

—¿Y por qué un cincuenta por ciento y no un cien?

—Porque tengo el cincuenta por ciento de posibilidades de regresar a mi casa con el rabo entre las piernas y el otro cincuenta por ciento de conseguirlo.

—Voy a representarte de momento, por la amistad que me une a Orlando, pero has de saber que no va a ser fácil y que, como mucho, te saldrán cuatro o cinco *castings* importantes al año, lo otro serán todo papeles secundarios, ¿estás dispuesta a seguir luchando por ese cincuenta por ciento?

—Sí —le respondo con decisión.

—Muy bien, dime qué estarías dispuesta a hacer por un papel.

—Sexo no —le digo atropelladamente, sin detenerme a pensar—. Quiero decir que no me acostaría con nadie por un papel.

—Me parece bien, pero no iba por ahí mi pregunta —me aclara sonriendo—, necesito saber qué tipo de papel descartarías en el acto. Por ejemplo, ¿acceptarías protagonizar una película con escenas de sexo?

—No lo sé, depende de las escenas y del guion —musito, recordando a mi madre y mi promesa—. No aceptaría rodar una película como *Cincuenta sombras*, pero sí una que tuviera pocas escenas y en las que apenas se viera nada.

—Muchas veces ese tipo de películas son las que te llevan directa al estrellato.

—Prefiero llegar siguiendo otro camino, aunque sea más largo. Hay muchísimos actores que han llegado sin tener que rodar ese tipo de escenas —prosigo, deseando dejar clara mi postura.

—Lo tengo claro, ¿alguna cláusula más que deba saber?

—Desnudos —digo de nuevo atropelladamente—. Si puede ser, quiero evitarlos.

—Una chica recatada —me dice sonriendo.

—Pues sí —le respondo molesta.

—No te enfades —contesta conciliador—, no eres la única y por eso te he citado aquí, necesito saber qué estás y qué no estás dispuesta a hacer, antes de enviarte a un *casting*.

—Vale —musito, inspirando profundamente.

Tras más de una hora en la que se interesa por mis estudios, sobre mis gustos cinematográficos, me pregunta con cuánta asiduidad suelo asistir a los estrenos de cine, si me gusta el teatro, si voy a verlo, qué opino sobre el papel de la mujer en el cine y tantas preguntas que al final siento que está sometién dome al examen más decisivo de mi vida, da por finalizada la entrevista.

—Aquí tienes la dirección del *casting*, será para un pequeño papel en la serie «Malditos vecinos» y ésta es la separata —me explica tendiéndomela—. Intenta impresionar a la directora de *casting*, aunque no consigas el papel, es importante que se quede con tu cara. Ella, junto a Ada Serrel y Marta Baeza, es de las más influyentes en este mundillo, no me defraudes.

—No lo haré, gracias por representarme —le digo sonriendo finalmente.

Salgo a la calle feliz. Orlando, él, mi chulito, ha intercedido para que Berto me represente, ¿por qué? «Nos vemos por Hollywood», recuerdo de repente. ¿Y si no estaba burlándose de mí? «¿Y si realmente piensa que tengo talento?», me pregunto caminando, o más bien flotando, sobre una alfombra roja, donde los miles de *flashes* me deslumbran, bueno, realmente lo que me deslumbra es el sol, pero ¿qué importa?

—¡Porque toooooodo llegaráaaa y seréeee una actriz famosa! ¡Y mi chulito me llevará al altar! —canturreo en voz alta, sin importarme lo más mínimo lo que la gente pueda pensar de mí, sin percatarme de lo que mi boquita de piñón termina de soltar. ¡Al altar ni más ni menos!

Más feliz que una perdiz, llamo por teléfono a mi amiga Luna para contárselo todo, todito, todo, con una sonrisa resplandeciente en mi cara, vamos, que hoy los dientes se me van a poner morenos de tanto como voy a sonreír.

—Vaya, si al final tu chulito será un tío majo y todo —apostilla mi amiga riendo.

—¡Lo séeee! —le respondo entre risas—. ¡Con todas las perrerías que le he dicho y mira por dónde es un tío legal! Oye, pídele al de la montaña rusa su teléfono, que quiero llamarlo para darle las gracias por haberme ayudado —le digo, refiriéndome a su pedazo de marido.

—No hace falta que se lo pida, yo misma puedo dártelo —me responde como si nada.

—¿Tienes el teléfono de mi chulito? —le pregunto deteniéndome en seco.

—Pues claro, tenemos un grupo de WhatsApp en común.

—¿Y cómo no me lo habías contado? —exclamo alzando la voz.

—¿Por qué era un golfo, un chulo, un sinvergüenza y no sé cuántas cosas más? ¡Yo que sé, Palo, ni lo pensé!

—La madre que te parió, ten amigas para esto.

—Oye, no te pases, a ver si no te lo doy —me replica puñetera.

—Como no me lo des, soy capaz de ir a buscarte a D´Elkann y torturarte hasta hacerme con tu móvil —le respondo riendo, imaginando ya lo que le diré cuando lo llame.

—¡Guarda tus instrumentos de tortura, Palomita! —me responde carcajeándose—. Por cierto... lo que te perdiste el sábado, nena, tenías que haber pedido la noche libre. Te hubiera encantado, estaba Bayona, Amenábar... te encontrabas a actores famosos a cada paso que dabas. Hablé con Miguel Ángel Silvestre, uff, ¡casi me da algo!, con Mario Casas, con Quim Gutie...

—¡Valeeeee! Lo pillo, cállate ya o moriré ahogada por la envidia.

—Es que fue una pasada. Tenemos que vernos, necesito contártelo todo con pelos y señales. ¿Y sabes qué?, muchas actrices llevaban modelos nuestros, ¿te lo puedes creer? Blanca Suárez llevaba uno de la colección Posidonia y María Adán otro de la colección Dreams, tenías que haber visto mi cara cuando las vi.

—¡Enhorabuena! —le digo, feliz por ella—. Te lo mereces, te mereces que tus diseños los lleven las más grandes.

—Tú serás la más grande y yo te vestiré.

—Y caminaré por la alfombra roja del brazo de mi chulito —apostillo entre risas, visualizándolo.

—Y yo seré la madrina de tus hijos.

—Y yo de los tuyos —le respondo convencida—. Espera, ¿estamos hablando de hijos? —digo descojonándome—. ¿Cómo hemos pasado de vestidos a niños?

—¡Y yo qué sé! ¡Bueno, te dejo!

—¡No, te dejo...!

—¡Te dejooooooooo! —Y cuelga. ¡Será posible! ¡Siempre igual!

Y al minuto recibo su teléfono, el de mi chulito, y casi al segundo mi corazón está sacudiéndose dentro de mí.

Guardo el contacto y, sin esperar, no sea que me entren las dudas, pulso el botón de llamada. ¡Ay, Señor que me da algo! Un tono, dos, tres...

—¿Sí? —ÉL.

—¿Orlando? —Como si no lo supiera.

—El mismo. ¿Quién es?

—Soy Paloma, Paloma Serra —añado por si acaso, con las tías que tiene tras de sí a saber a cuántas Palomas conoce o se ha tirado.

—¡Hombre! Pero ¡si es mi pequeña delincuente! ¿Cómo estás, gatita?

Y a pesar de que odio que me llame así, hoy voy a pasárselo por alto, porque estoy requetefeliz.

—Muy bien, salgo ahora mismo de la oficina de mi representante —le digo, saboreando las últimas palabras «mi representante».

—¡Es verdad! ¡Hoy te reunías con Berto! —me dice asombrándome, ¡vaya, se acuerda!

—¡Síiiii! ¡Y ha aceptado representarme! Gracias a ti —musito con más dulzura de la que pretendía—. Muchas gracias —añado carraspeando, intentando que mi voz no suene como si me hubiera convertido de repente en un oso amoroso—. No sé cómo agradecértelo, de verdad, si tú no hubieras intercedido, no creo que Berto hubiera aceptado representarme —digo, sin poder disimular lo agradecidísima que estoy.

—Te aseguro que no lo hubiera hecho —me dice con voz profunda, y cierro los ojos absorbiendo cada uno de sus matices. Mi chulito, Orlando, el tío por el que llevo suspirado desde hace años...—. Y ahora que lo mencionas, creo que voy a empezar a cobrarme los favores, gatita —me dice de repente divertido, tensándome al segundo y haciendo que abra los ojos desmesuradamente.

—¿Cóoomo?

—He perdido la cuenta de los favores que me debes desde que nos conocemos, así que ha llegado el momento de empezar a cobrármelos.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunto, temiéndome lo peor.

—Vas a acompañarme a la fiesta que se dará con motivo del lanzamiento del perfume «Man», del que soy imagen.

—¿Yo? ¿Quieres que ¡YO! te acompañe? ¿Has dicho eso? —exclamo sin poder creerlo. ¡Venga ya!

—Vaya, veo que lo has entendido a la primera —me responde socarrón.

—¿Y cuándo será esa fiesta? —inquiero con fingida indiferencia, como si asistir a fiestas impresionantes del brazo de mi actor favorito fuera algo que entrara dentro de mis planes diarios.

—¿Qué pasa, no irás a decirme que tienes que consultar tu agenda? —contesta riéndose con ganas.

—Pues sí, ¿qué te crees? ¿Que eres el único que tiene cosas que hacer?

Sus risas me cabrean todavía más y estoy por mandarlo a la mierda rapidito.

—Guarda tus garritas, gatita —me responde divertido.

—Como me vuelvas a llamar «gatita» te comes mi pu...

—Tu puño, ¿verdad? —me corta anticipándose a mí con voz ronca—. Te he dicho muchas veces que puestos a comerme algo, me gustaría...

—¿Comerte otras cosas? —lo corto esta vez yo, anticipándome a sus palabras—. No te preocupes, que para eso ya tienes a la rubia, a la morena o a la pelirroja de turno, y si con éstas no tuvieras suficiente, estoy segura de que tendrás todo un séquito de admiradoras más que dispuestas a morir por ti si fuera necesario.

—¿Como tú? —pregunta con esa voz grave y sexy, capaz de hacer que se me doblen las piernas.

—Ayyyyy, chulito, chulito, ya te he dicho muchas veces que no me interesas en absoluto. Te acompañaré a esa fiesta solamente porque te debo un par de favores, pero por nada más —le respondo, disfrutando de nuestra conversación, apoyándome en la pared con una sonrisa bobalicona que tira para atrás.

—Seguro, por eso estás a punto de ponerte a maullar —me dice guasón—. ¿Sabes?, me gusta cuando sonríes así, con esa carita de enamorada hasta las trancas, aunque no te culpo, soy un tío irresistible.

¿Qué coño? Me incorporo a trescientos de fondo y borro la sonrisa de lela de mi cara. ¿Cómo lo sabe? ¿Me está mirando? ¿Y dónde puñetas está?

—La madre que te parió —le medio escupo cuando lo diviso en la acera de enfrente, apoyado en la pared tal como estaba yo hace apenas unos momentos, con una mano en el bolsillo y esa sonrisa estúpida que me pone mala—. ¿Qué puñetas haces aquí? ¿No tienes ninguna película que rodar o a ninguna tía a la que molestar que no sea yo? —le grito, acercándome al borde de mi acera, con los coches circulando entre nosotros.

—¿Molestar? Nena, estabas a punto de correrte sólo por estar hablando conmigo —me dice con insolencia, acercándose también al borde de su acera sin dejar de sonreír.

—¿Perdona? ¡Ya quisieras! ¡Quien tiene hambre sueña con filetes! —le grito cabreada a través del teléfono.

—¿Qué estupidez de refrán es éste? ¿Te lo acabas de inventar? —me pregunta descojonándose desde su lado de la calle.

—¿Sabes qué, chulito? —le grito, echando a andar—, que paso de acompañarte a esa fiesta, ¡que te den! —Y cuelgo ardiendo de rabia—. ¡Imbécil! ¡Capullo! ¡Golfo! —farfullo desatada, caminando a toda leche.

—¡Y una mierda! Me debes muchos favores y pienso cobrármelos todos —me dice cogiéndome del brazo y deteniéndome—. Uno a uno.

—Uyyyyyyyy —replico mirándolo amenazante—. Tienes un microsegundo para soltarme —siseo entre dientes.

—¿Y si no lo hago? —pregunta, apretándose contra su cuerpo—. ¿Vas a ponerte a gritar? ¿O vas a sacar tus garritas? —Y aunque lo dice con su media sonrisa habitual, de sus ojos ha desaparecido el brillo burlón y en su lugar hay una seriedad hasta ahora desconocida para mí.

—Suéltame —le ordeno, perdiéndome en su mirada.

—Pues deja de hacer el tonto. No me gusta montar espectáculos en plena calle.

—No estoy haciendo el tonto, simplemente no quiero estar contigo— le aclaro—. Además, el sábado no te importó demasiado montar un número cuando me sacaste de La Cueva como un cavernícola —replico de repente nerviosa por el brillo que desprende su mirada. ¿Por qué me mira así?

—¿Cuando te saqué o cuando te besé? —me pregunta llevándose hasta la pared—. ¿Sabes?, estoy seguro de que estás deseando que te bese de nuevo —susurra con voz ronca, pasando su pulgar por mi labio inferior.

—Lo que quiero es que me sueltes —me reafirmo con un hilo de voz.

—Estás excitada. Si te tocara estarías mojada, seguro —me dice, rozando mis labios con los suyos, consiguiendo que mi vientre se contraiga ante sus palabras—. No sé qué tienen tus labios que crean adicción —musita, pegándose más a mi cuerpo y sacudiendo el mío con fuerza.

Me rindo a él cerrando los ojos, dispuesta a dejarme ir y a sentir las miles de sensaciones que de seguro sus labios provocarán en mi cuerpo cuando se fundan con los míos, deseándolo tanto que mi respiración se torna densa e irregular, mientras saboreo el momento previo al beso de escándalo que va a darme, cuando de repente un estallido de luces rompe nuestro momento perfecto y abro los ojos, viendo cómo él se aleja de mí a toda velocidad, haciéndose con la cámara del *paparazzi* que termina de fotografiarnos.

—¡Ey, tío no puedes hacer eso! —le grita éste, intentando que Orlando no se cargue su cámara.

—¡Puedo hacer lo que me dé la puta gana! —le brama manoseándola—. ¡Vete! —me ordena sin mirarme.

Y sin detenerme a pensar y como una cobarde, empiezo a correr como si mi vida dependiera de ello. «¡Mierda! ¡Nos han fotografiado! Pero ¿qué esperaba? ¡Si es Orlando Sun!», me torturo hasta llegar a la boca del metro, con el cuerpo temblando por la carrera y los nervios.

«Espero que ahora no me siga la prensa.»

«Tranquila, Paris Hilton, que a ti no te conoce ni Dios», me replica la insolente voz de mi cabeza con retintín.

Llego a mi casa y lo primero que hago es encender la televisión en busca de algún programa de cotilleo para ver si dicen algo, pero tras casi una hora pegada a la pantalla, desisto. ¡Paso! ¡Que digan lo que quieran! Aunque en mi interior ya me visualizo con unas enormes gafas de sol, rodeada de *paparazzis* y diciendo «Sin comentarios». ¡Ay, Señor, si es que la loca actriz que habita dentro de mí no me deja vivir!

Tras darme una larga ducha y un poco más tranquila, me pongo mi pijama como acostumbro a hacer: con los calcetines por fuera y la camiseta por dentro del pantalón subido hasta casi las axilas, y con semejante pinta me dirijo a la cocina para prepararme la cena, cuando suena mi teléfono... ÉL y mi corazón dando brincos dentro de mí.

—Hola —musito.

—Hola, gatita —me dice un poco más serio de lo habitual—. ¿Estás bien?

—Claro, oye... —susurro recordando mi carrera desatada—, siento haberme ido así. Soy una cobarde, tendría que haberme quedado contigo y estamparle el puño en la cara al tío ese.

—Me hubiera encantado ver como lo hacías —me responde riendo.

—¿Y tú... estás bien? —le pregunto, feliz por haberlo hecho reír y es que, para mi espanto, acabo de descubrir que prefiero mil veces al tío sinvergüenza que sonrío con insolencia al que habla con tanta seriedad.

—Esto que has vivido hoy es mi día a día y estoy acostumbrado, pero tú no, y no quería que te fotografieran; cierto tipo de prensa puede llegar a dar miedo.

—¿Sabes?, vas a tener que acostumbrarte a que me fotografíen y me sigan cuando me convierta en una actriz famosa —le digo con la bobalicona sonrisa instalada de nuevo en la cara, mientras me siento en mi silla favorita.

—Entonces seré yo el que les partiré la cara a todos los que osen molestar a mi gatita.

—No soy tu gatita —le respondo divertida.

—Tienes razón, no eres solamente mi gatita, eres mi pequeña delincuente y mi Bella Durmiente.

—¡Ja! ¡Muy gracioso! —le digo, completamente derretida por el tono que ha empleado.

—¿Qué haces? —me pregunta descolocándose.

¿Qué hago? ¿Que qué hago? «Estoy hablando contigo, completa y absolutamente fascinada por que me hayas llamado», pienso sonriendo más bobaliconamente si es posible, con el corazón desbordado de amor.

—Voy a cenar, ¿y tú? —le respondo finalmente, sin dejar de sonreír.

—Estoy en el aeropuerto, mi avión sale en unas horas.

—¿Te vas? —le pregunto decepcionada.

—Sí, mi vida es esto, vivo en los aeropuertos, pero de eso ya te enterarás cuando seas una actriz famosa —me dice y de nuevo no sé si está burlándose de mí o hablándome en serio.

—Suerte que tendré a mi chulito para decirme cuál es la mejor silla de cada aeropuerto —le digo bromeando, derritiéndome con su risa profunda y sexy, atesorando sus matices como si fueran lo más preciado de mi vida—. No me has dicho cuándo es la fiesta.

—Creía que no ibas a acompañarme.

—He cambiado de opinión.

—Llegas tarde, gatita, ya he llamado a la pelirroja.

—Eso no te lo crees ni tú —le respondo entre risas, relajada como pocas veces había estado con él.

—Aunque podría llamarla y cancelarlo. Ya sabes que mi gatita siempre tendrá preferencia frente a otra cualquiera —prosigue derritiéndome todavía más, a pesar de que no le creo ni de lejos.

—No esperaba otra cosa —le digo sin dejar de sonreír.

—La fiesta será el veintiocho de diciembre, pasaré a recogerte a las ocho y media. Ponte guapa —añade con voz ronca.

—¿El Día de los Inocentes? Oye... si esto es una broma, te advierto que no tiene gracia —musito con desconfianza.

—Ya quisiera —me responde enigmático—. ¿Qué llevas puesto? —me pregunta, descolocándose de nuevo.

—¿Cómo?

—¿Que qué llevas puesto? Espera, no me lo digas, déjame adivinar —dice, mientras yo dirijo mi mirada hacia los calcetines de lana por encima del pantalón, suerte que no puede verme—. Vas con pijama y seguro que llevas los calcetines por fuera y la camiseta por dentro del pantalón —suelta con una seguridad aplastante y me levanto de un salto, dirigiendo mi mirada hacia la ventana. ¿Me está mirando? ¿Dónde está? ¡Venga ya!—. He dado en el clavo, ¿verdad? —me pregunta descojonándose.

—¡Por supuesto que no! —le digo sonrojada, con la cara pegada al cristal de la ventana a pesar de que es de noche y no veo nada.

—¡Mentirosa! —replica divertido, mientras oigo de fondo cómo a través de los altavoces anuncian algo—. Acaban de anunciar mi vuelo, no olvides nuestra cita, gatita, éste es el primero de los muchos favores que pienso cobrarme —añade antes

de colgar.

—Nuestra cita... —repito con una resplandeciente sonrisa—. ¡Tengo una cita con mi chulito! ¡Oléee! —grito feliz, bailando por la cocina con mi superpijama, sin importarme ser una más de su larga lista conquistas.

—Espera, espera, un momento, ¿cómo que una más? —pienso, poniendo en orden mi loca cabeza—. De eso nada, yo no seré una más. Yo soy Paloma, su pequeña delincuente, su gatita y su Bella Durmiente —me digo con seguridad, de nuevo hablando sola.

CAPÍTULO 14

El martes lo paso entre las nubes, recordando a Orlando y sonriendo continuamente, sin percatarme muchas veces ni de que estoy haciéndolo, completamente fascinada, y aunque las clases requieren toda mi atención, hoy estoy dispersa, pues, sin pretenderlo, no dejo de reproducir en mi cabeza cada momento de los vividos junto a él.

«¿Me oiría canturrear la estupidez de frase que solté mientras caminaba dando saltitos como las colegialas? —me pregunto de repente acalorada, mientras el rubor cubre mi rostro—. ¡Ay, mierda! ¡Noooo! ¿Cómo iba a oírme si estaba en la acera de enfrente?» «¡Y mi chulito me llevará al altar!», —la reproduzco de nuevo. ¡Pa matarme!

Cuando finalizan las clases me dirijo a mi casa, donde memorizo de nuevo la separata. Mi personaje es la ex de uno de los protagonistas, una ex un poco loca y estrafalaria y pienso en cómo caracterizarme, a pesar de que Berto no me dijo expresamente que lo hiciera, pero puestos a ser ella, mejor si me visto como tal.

Y a pesar de que ando un poco escasa de recursos, pues mi ropa es bastante corriente, me cardo el pelo y me lo recojo en una cola alta de lado, maquillándome exageradamente y combinando la ropa sin ton ni son, aunque para eso no es que tenga que esforzarme mucho, la verdad, pues estos días estoy convirtiéndome en toda una experta en el arte de parecer una hippie loca.

Nerviosa como pocas veces en mi vida, salgo de casa directa al metro. Siento las miradas de toda la gente que lo abarrotan puestas sobre mí, pues, por si con el pelo cardado no tenía suficiente, he puesto el colofón al añadir un pañuelo estampado con una gran lazada. ¡Y lo séeee!, estoy para que me maten, pues se me mire por donde se mire, no hay por dónde cogerme, coleta cardada en un extremo, y lazada exagerada en el otro.

—Te lo has jugado todo a una carta, así que déjate de bobadas. Además, ¿qué más te da si nadie te conoce? ¡Que miren lo que quieran! —me digo, de nuevo hablando sola una vez fuera del metro, sintiendo la mirada de toda la gente que pasa por mi lado.

Tras preguntar a todo ser viviente que osa cruzarse conmigo si voy bien, consigo llegar y sin perderme, ¡gracias a Dios!, al lugar donde se realizará el *casting*. Doy mis datos a uno de los ayudantes de dirección y me dirijo a la sala de espera, donde hay más actrices que, como yo, están convocadas para realizar la prueba. Las miro con espanto. ¡Ay, mi madre! Que alguien me diga que para el papel de ex estrafalaria sólo estoy yo, porque si no, no entiendo por qué ninguna de ellas va caracterizada. No me

he equivocado de lugar, es aquí, me digo, mirando de nuevo al ayudante de dirección que ha tomado mis datos, deseando que haya más *castings* convocados y no ser realmente la loca estrafalaria que se ha pasado cuatro pueblos.

Muerta de vergüenza, me siento discretamente en la primera silla que encuentro, buscando una pizca de confianza en mi interior, a pesar de que me temo que ha salido despavorida en cuanto he puesto un pie en esta sala y he visto lo estupendísimas que son todas mis contrincantes. Porque son eso, no nos engañemos, ni colegas ni compañeras ni puñetas en vinagre, aquí sólo hay un papel y muchas leonas peleando por él y, aunque siento la mirada de todas ellas puestas sobre mí, cómo no, enderezo la espalda fingiendo no percatarme de ello, mientras apago mi móvil, regla número uno cuando llegas a un *casting*.

Madre mía, qué guapas todas y qué monas van vestidas... ¡Ay, Señorrrrr! ¡Voy a ser el hazmerreír del *casting*! —me digo mirándolas de reajo de nuevo, mientras la megaestupenda que vive dentro de mí se muere de vergüenza ajena, o propia, ni lo sé, aunque tampoco es que me extrañe mucho.

Respiro hondo mientras llaman a una de ellas y miro la hora discretamente para comprobar el tiempo que está dentro, sin dejar de mordisquearme la punta de la lengua para salivar, pues la boca se me ha convertido en esparto puro en estos momentos. Además, tengo las manos empapadas por culpa de los nervios y las piernas temblándome descontroladas, por lo que, disimuladamente, pongo las manos sobre ellas, aprovechando para secarme el sudor de las palmas en la tela de los pantalones, mientras recuerdo la estupidez esa de que a un *casting* se va a disfrutar. ¿A disfrutar? ¡Y una mierda! Disfrutaran los actores famosos que no van a un *casting*, sino a una prueba, como mi chulito, porque cuando no eres nadie, como yo, es imposible disfrutar con esto. ¡Menudo sufrimiento, Diossss!

Cinco minutos... y la chica sale sonriendo, pum pum pum pum.

—Paloma Serra, puedes pasar —me indica el ayudante de dirección, mirándome con discreción.

«Estás de bofetada», me dice la insolente voz de mi cabeza y mentalmente se la doy yo.

Accedo a la pequeña sala donde se encuentra el ayudante de dirección que me ha llamado, además de la directora de *casting*, Valeria Alcázar, y un par de hombres más que no sé quiénes son y, aunque en un principio estoy tentada de saludarlos a todos con un par de besos, lo descarto finalmente; demasiada gente y demasiados besos, casi mejor si me quedo quietecita.

—Buenas tardes a todos —musito, intentando olvidar mi aspecto y, sobre todo, no justificarlo. A lo hecho, pecho—. Soy Paloma Serra, encantada —digo con decisión, o por lo menos, eso intento.

—Igualmente —me responde Valeria sonriendo e infundiéndome un mínimo de confianza—. Él es Toni y será quien te dé la réplica. Colócate sobre la marca —me indica y miro la cruz que hay en el suelo.

Me dirijo hacia allá todavía temblando, recordando todo lo aprendido: lo que transmites con tus movimientos, con tu voz, con tu mirada, empezando a comportarme como lo haría mi personaje, pues no sé en qué momento Valeria le ha dado al botón de REC, en caso de que ya lo haya hecho. Espero paciente mientras el técnico de sonido me coloca el micrófono de corbata y me digo que Valeria es una mujer como yo, que simplemente está haciendo su trabajo, como toda esta gente, que debo estar tranquila y, sobre todo, dar lo mejor de mí.

—¿Qué tipo de plano vais a utilizar? —me atrevo a preguntar, pues es importante saberlo.

—Uno medio —me responde Valeria—. Preséntate, háblame de ti.

—Me llamo Paloma Serra, tengo treinta y un años y soy de Formentera, aunque ahora estoy residiendo aquí —empiezo mi presentación, evadiéndome y empezando a tranquilizarme según hablo, pensando que quizá no sea tanta estupidez eso de disfrutar—. Siempre he querido ser actriz, desde pequeña; me encanta crear personajes, vivirlos y sentirlos, llorar con ellos o reír, no importa, siento que tengo mucho que ofrecer y, aunque sé que he elegido una profesión difícil, estoy segura de que no hay otra que te aporte más satisfacciones que ésta —les digo sonriendo—. Me encantaría trabajar con ustedes, si les gusta para este papel, claro está y, si no, les pido que no se olviden de mi cara —añado guiñándoles un ojo, sorprendida por mi atrevimiento, aunque viendo la media sonrisa de Valeria, posiblemente no haya sido tanto.

—Muy bien, Paloma, muéstrame tu perfil, primero el derecho y luego el izquierdo.

Me vuelvo para que me grabe desde todos los ángulos y cuando estoy frente a ella de nuevo, me dice.

—Vamos con la prueba. ¿Tienes alguna duda con la separata?

Recuerdo lo que me dijo Orlando sobre lo de saber leer, sobre que en una separata está todo lo que debes saber si sabes entenderlo correctamente y sonrío tranquila.

—Lo tengo todo claro, cuando queráis.

—Muy bien entonces. Toni, ¿empezamos?

Respiro profundamente varias veces, memorizando a trescientos de fondo mi papel, siendo ella, siendo Mari Mari, la loca ex, y frunzo el ceño.

—Vaya, vaya, qué bien vivimos, Joaquinito de mis amores —empiezo poniendo los brazos en jarras.

—No es lo que crees, comparto piso con unos amigos —me responde Toni con voz neutra, sin darle un ápice de emoción. ¡Vaya, menuda ayuda, ya podría esforzarse un poquito!

—Pues ¿sabes qué? —le pregunto, gesticulando como lo haría ella—, que me vengo a vivir con vosotros.

Siento cómo me desdoble, como si Paloma abandonara mi cuerpo y ahora lo dominara por completo Mari Mari, gesticulando, entonando y moviéndome como lo haría ella, creyéndome tanto mi personaje que todo fluye de manera natural, con la certeza de que estoy haciéndolo brutal y de que este peinado loco le va como anillo al dedo, por lo que, envalentonada, prosigo con mi actuación disfrutando como nunca creí que lo haría.

—¿Puedo elegir habitación? Si quieres podemos dormir juntos, ¿qué te parece? Como en los viejos tiempos —le digo, guiñándole un ojo con picardía y dándole un azote en el culo. ¡Uyyyy, aquí creo que me he pasado!

—Ni lo sueñes —me responde él en tono seco.

—Lo siento, querido, pero ya tengo las maletas en la puerta. ¡Llegas taaaardeeee! ¡Como siempre! Si es que no cambias, amor —le indico negando con la cabeza.

—Ni tú tampoco.

—¿Para qué voy a hacerlo? Venga, dime dónde está tu habitación y ve haciéndome un hueco en tu armario. Oyeeeeee, ¿y tus compañeros? ¿Son majos? ¿Dónde están?

—Mari Mari, déjate de bobadas y lárgate, no puedes plantarte en mi casa y pretender vivir conmigo.

—¿Cómo que no? Además, ya lo he hecho, ¡que vamos a ser compañeros de piso! ¿Con derecho a roce? Uyyyyyy, ya veremos —le digo medio sonriendo.

Ésta es la última frase y espero expectante, quieta en la marca, a que Valeria me diga algo, pues sigue grabando.

—Muy bien, ya lo tenemos

—Muchas gracias por todo, ha sido un placer —le digo, aunque lo que deseo realmente es bombardearla a preguntas tipo «¿Lo he hecho bien? ¿Te ha gustado? ¿Puedo verlo? ¿He conseguido el papel?».

—Igualmente, Paloma, ya nos pondremos en contacto con tu representante.

—Muy bien, gracias por todo.

Dicho eso, abandono la sala. Ocho minutos he tardado en decidir mi futuro, pues, aunque Berto dijo que iba a representarme, recuerdo mis palabras y cómo me lo jugué todo a una carta.

En el baño me quito el pañuelo, me deshago la coleta e intento, en la medida de lo posible, dominar mi melena después del pedazo de cardado que me he hecho, y al final, en vista de que es imposible, opto por recogermelo en una cola alta.

Tras quitarme el excesivo maquillaje y sustituir el jersey por otro, que, previsora, había guardado en el bolso, cojo el metro para dirigirme a La Cueva, donde el ritmo frenético me absorbe hasta la hora del cierre.

Los días siguientes los paso expectante, sintiendo el mundo detenido a la espera de esa llamada o mensaje que podrá cambiar el rumbo de mi carrera, o eso espero, y, tras una semana agónica, recibo la temida llamada... esa que me dará la oportunidad

de demostrar lo que valgo... o no.

Miro el nombre en la pantalla del móvil y me detengo en medio de la acera, sintiendo que todo transcurre a cámara lenta, con el corazón atronando de repente furioso dentro de mí, temiendo descolgar y escuchar lo que tenga que decirme. Finalmente, armándome de valor, pulso el botón verde, el temido botón verde.

—Dime, Berto —musito con un hilo de voz, sintiendo náuseas por culpa de los nervios.

—Es tuyo —me dice así sin más—. No sé si ha sido la suerte del principiante o es que eres muy buena, pero has fascinado a Valeria. Reserva el dieciocho y el diecinueve de diciembre en tu agenda, porque serán los días del rodaje.

»Unos días antes se pondrán en contacto contigo los encargados de vestuario, peluquería y maquillaje para poder preparar tu personaje, ten el móvil a mano a partir de ahora y, sobre todo, libera tu agenda de compromisos varios.

—¿Lo dices en serio? —pregunto en un susurro, intentando asimilar sus palabras, que he dejado de oír claramente en el momento en que ha dicho que el papel era mío... porque lo ha dicho, ¿verdad?

—Totalmente, es completamente tuyo, a pesar de tu caracterización —me responde, esta vez riendo.

—¿Te lo ha contado? —le pregunto sonriendo al fin.

—Es lo primero que ha hecho —me explica—. Como te he dicho antes, la has fascinado y eso es muy bueno para ti, aunque ahora viene lo más complicado.

—¿El qué? —digo sin entenderlo, pues para mí lo más difícil era pasar el *casting*.

—Ahora tienes que demostrarle que no se ha equivocado, que eres tan buena como piensa y que tienes esa frescura y esa naturalidad innatas que mostraste en la prueba. Piensa que ella estará en contacto con el director de la serie y si éste se muestra descontento con tu trabajo, no volverá a contar contigo, por mucho que le hayas gustado. Y no me refiero solamente a que interpretes bien, me refiero a que has de estar dispuesta a realizar cualquier cambio en tu aspecto que te pidan, a estar siempre disponible, a facilitar el trabajo del equipo y a ser puntual. No quiero en mi cartera actores esnobs llenos de exigencias y, aunque creo que no es tu caso, debes saberlo ahora que vamos a trabajar juntos.

—No hay nadie con más ganas de trabajar y de hacerlo bien que yo, puedes estar tranquilo por eso, Berto.

—Pásate por mi despacho cuando puedas para firmar el contrato. Te pagarán novecientos cincuenta euros por capítulo, no está mal, ¿verdad?

—¿Cóoomooooo? —le pregunto a voz en grito—. ¿Por cada capítulo? ¡ES COÑAAAA!

—No, no lo es, vas a cobrar mil novecientos euros por dos días de rodaje.

—¡Joder! —grito sin poder creerlo—. ¡Mil novecientos pavosssssssss!

—Recuerda que a un actor se le paga también por esperar. Cuando vengas al despacho terminaremos de concretarlo todo. Hasta luego, Paloma, y enhorabuena.

Cuelgo el teléfono sin poder creerlo. Entonces, ¿qué cobra un actor famoso? ¡Madre mía de mi vida!

Me muero por contárselo a mi chulito, pero no sé nada de él desde la última vez que hablamos y no quiero ser pesada, además, aunque me repatee pensarlo, puede que esté con una rubia, una morena o a saber y, sin querer darle más vueltas, llamo a mi amiga Luna.

—Dime, Palo —me responde, enfrascada seguro en algún boceto.

—Deja ahora mismo lo que estés haciendo y préstame atención.

—¿Cómo sabías que estaba haciendo algo?

—Porque te conozco y estabas más allí que aquí.

—Es verdad, estaba buscando un pedazo de traje para cierta aspirante a actriz que irá del brazo de cierto chulito a la presentación de cierto perfume —me dice dejándome con la boca abierta y completamente descolocada.

—¿Quéeee dices loca?

—Qué calladito te lo tenías, jodida. Orlando te invita a una presentación y no dices nada, ten amigas para esto.

—Pero ¿tú cómo lo sabes? —pregunto sin entender nada.

—No gracias a ti —me recrimina.

—He ido muy liada estos días, además, no quería pensarlo demasiado, la verdad es que hasta que no llegue ese momento no terminaré de creerlo.

—¿Y eso?

—Porque nunca sé cuándo está tomándome el pelo o cuándo me habla en serio.

—Pues te aseguro que esta vez va muy en serio. Me llamó el otro día para pedirme que te buscara un vestido para esa noche.

—¿De verdad?

—De la buena. De hecho, tengo varios que me gustan para ti.

—¿Te llama para que vistas a todos sus ligues? —le pregunto, de repente recelosa.

—Por supuesto, el otro día le busqué uno para una tal Jeanette —me responde con seriedad.

—¡Y una mierda! —le rebato entre risas.

—¿Si ya lo sabes para qué preguntas? Oye... ¿ha sucedido algo entre vosotros que yo no sepa?

—Ya quisiera, pero no, nada de nada, tía.

—Pero quieres que suceda, ¿verdad?

—Sí —musito recordándolo—. Siempre lo he querido, pero como te dije, no quiero ser una morena más en su vida, quiero ser alguien especial para él, aunque me saque de quicio la mayoría de las veces y lo único que desee realmente sea cargármelo.

—Me parece que tú y yo tenemos muchas cositas de las que hablar. Oye, ¿por qué no comemos juntas y me lo cuentas? Hace varios días que no nos vemos y tienes que ver los vestidos.

—Vale, pero tiene que ser rapidito, tía, voy escasísima de tiempo.

—Pues como yo. Pásate mañana por mi casa, comemos pizza, te pruebas los vestidos y me lo cuentas todo en una hora, ¿cómo lo ves?

—Perfecto, porque no tengo más tiempo. Más que comer tragaremos, pero nos tiene que dar para todo.

—Te espero a las dos y media entonces, no te retrases.

—Perdona, pero aquí la única tardona eres tú, yo soy superpuntual y, por cierto, por la cuenta que te trae, mañana lo serás si quieres saber la pedazo de noticia.

—Creía que la pedazo de noticia era que tenías una cita con Orlando.

—Pues te equivocas... ¡te dejooooooooo! —le digo antes de colgar.

Y sin poder evitarlo, suelto un gritito en mitad de la acera. ¡Ha llamado a Luna para que me busque un vestido! ¡Mi chulito preocupándose por esas cosas! ¡Ayyyyyyy, que me da un patatús! ¡Y si con eso no fuera suficiente, voy a actuar en una de las series de mayor éxito del momento!

—¡Soy la reina del mundo! —grito feliz en mitad de la acera, extendiendo los brazos, emulando a Leonardo DiCaprio en la película *Titanic*.

—Sí, claro, y yo soy Jack —me responde un tío al pasar por mi lado.

—¿Pues sabes que sí que cabías en la balsa? —le pregunto caminando de espaldas, mirándolo y dejándolo descolocado. Me río feliz, sin importarme nada—. ¡Porque seréee una actriz famosa! ¡Y mi chulito me llevará al altar! —canturreo como la primera vez que salí del despacho de Berto, mientras voy dando saltitos, cual colegiala, hipermegafeliz.

Llego a La Cueva todavía flotando en una nube de felicidad y, tras contarle a Mic lo de la serie y conseguir que no se mosquee mucho conmigo por mi ausencia durante los días de rodaje, me enfrasco en esa rutina que ya forma parte de mi vida y a la que, aunque parecía un imposible, mi cuerpo ha conseguido adaptarse sin problemas.

Llego a las clases del día siguiente feliz. Pensar en Orlando y en la serie me da toda la energía que necesito y, cuando entro en el aula, me encuentro con Ada Serrel y Marta Baeza, las directoras de *casting* de las que me habló Berto y que impartirán dos de las clases de este curso y de nuevo siento que otra oportunidad aparece ante mí, una oportunidad para aprender de ellas, para impresionarlas y quién sabe si para dar el empujón definitivo que mi carrera necesita.

—Buenos días, chicos —inicia su presentación Ada, mientras yo me siento discretamente al final de la clase—. Yo soy Ada y ella es Marta y, como sabéis, ambas somos directoras de *casting*.

—¿Qué os parece si nos ponemos en círculo para vernos todos las caras? Así sentadas parecemos unas catedráticas —nos dice Marta bromeando, mientras todos obedecemos y nos sentamos tal como nos ha pedido.

—Mejor así, ¿no os parece? —pregunta Ada—. En esta clase vais a ser vosotros los que nos preguntéis a nosotras. Preguntad todo lo que queráis saber y todas las dudas que os surjan en el momento de enfrentaros a un *casting*, porque para eso estamos hoy aquí, para ayudaros y conoceros como seres humanos.

—Vosotros nos necesitáis tanto como nosotras os necesitamos a vosotros —interviene Marta—. De hecho, estamos deseando encontrar a gente que nos guste y nos interese, no nos importa ver una escena que este grabada en un móvil, porque, aunque haya productoras que se empeñen en rodar siempre con los mismos actores, no es nuestro caso y en todos nuestros repartos siempre hay caras nuevas; el mercado necesita nutrirse de gente desconocida como vosotros, vosotros sois el futuro, id a por él.

Las escucho disfrutando de cada segundo, absorbiendo sus conocimientos, preguntando cuando tengo alguna duda y atesorando cada palabra en mi memoria y, tras contarnos varias anécdotas suyas como directoras, procedemos con las separatas para trabajar con ellas el resto de la clase.

La mañana transcurre en un suspiro y a las dos salgo disparada del curso, todavía alucinada por la increíble clase que han impartido ¡y todavía nos queda otra con ellas! —recuerdo feliz, deseando que ese momento llegue cuanto antes.

CAPÍTULO 15

A las dos y media estoy en casa de mi amiga Luna y sonrío cuando abre la puerta.

—¡Vayaaaaaa! ¡Qué puntual! Ya pensaba que ibas a tenerme esperando —le digo, mientras accedo al interior.

—¡Jaaaa! Muy graciosa —me dice haciendo una mueca.

—Por lo que veo, casarte te ha convertido en una mujer hecha y derecha —prosigo machacona, sonriendo.

—Uyyyyyy, se está rifando un guantazo y cierta aspirante a actriz tiene todas las papeletas para llevárselo —me responde achinando los ojos.

—No sé a quién te referirás —le digo, volviéndome cómicamente, como buscando a alguien—, porque yo ya he pasado lo de ser una aspirante a ser actriz —le confieso moviendo las pestañas exageradamente y sonriendo de oreja a oreja—. ¡Tíaaaaaaa, que he conseguido un papel en la serie «Malditos vecinos»! —le explico y empiezo a dar saltos por su salón como si se me hubiera ido la pinza.

—¿De verdaddddd? ¡Nena, qué pasadaaaaaa! ¡Me encanta esa serie!

—¡Y a míiii! ¡Tía, que voy a ser la ex de Alejo Sauras! —le digo gritando.

—¡Alejo está muyyyyy bueno! —me dice imitándome y dando saltos, tal como estoy haciendo yo.

—¡Lo séeee! —contesto entre risas, tirándome en su pedazo sofá—. Sólo serán dos capítulos, pero por algo se empieza. ¡Y van a pagarme mil novecientos euros por dos días de rodaje! ¿Te lo puedes creer?

—¿Mil novecientos euros por dos días de curro? —me pregunta tan alucinada como todavía lo estoy yo—. Me parece que voy a tener que hablar con mi jefe —añade haciendo una mueca y cruzando los brazos.

—Si te parece, te quejas —le digo haciendo otra mueca—. Por cierto, ¿dónde están esos supervestidos que querías enseñarme? ¡Tía, que el tiempo vuela!

—¡Ven, corre! ¡Te van a encantar! —contesta, cogiéndome de la mano y llevándome casi a rastras a su despacho.

—¡Halaaaa! ¡Qué bonito! —exclamo, admirando los *mood-boards* que tiene colgados en la pared.

—Para bonito esto, mira qué preciosidad —me dice, mostrándome un vestido rojo ceñido, con una capa cosida a él de una tela más fina.

—Vaya —musito fascinada—, sí que es bonito.

—El color rojo te sentará genial con el tono de tu piel y de tu pelo. Este diseño es muy elegante y una apuesta segura, pero si quieres arriesgar, mira éste, es mucho más atrevido, pero es una pasada —me indica, sacando otro vestido de su funda y

consiguiendo que alucine todavía más—. Es un diseño silueta lápiz —me explica—, sobre el tul se ha bordado un enramado de flores simulando un precioso jardín, que cae sobre otro tul cristal en tono *nude* —prosigue, dándole la vuelta al vestido—. Y aunque por delante pueda parecer recatado, por detrás es muy, muy sexy.

—¡Lleva toda la espalda al aire!

—Completamente. Con este vestido no puedes llevar sujetador.

—Claro, como me sobran tetas, no necesito ponerme relleno —le digo, haciéndole una mueca.

—Tienes unos pechos muy bonitos, déjate de bobadas.

—Es muy bonito y atrevido y sexy y...

—Perfecto, dilo, es perfecto —me dice con orgullo.

—Tienes razón, es perfecto —susurro acariciándolo con cuidado—. Nena, este vestido costará una pasta.

—Olvídate del precio, Orlando se hace cargo de todo. Ainssss, me recuerda tanto a Richard Gere en *Pretty Woman* —añade riendo, pues es su película favorita.

—Si no recuerdo mal, cuando van de compras él le pide al de la tienda que le haga la pelota a ella. Hazme la pelota, a ver cómo te sale —le digo carcajeándome.

—¡Vete a la mierda! —me responde entre risas—. ¡Venga, pruébatelos! ¿Por cuál empiezas?

—Por este último —le digo, comenzando a desnudarme—. Tía, es chulísimo, ¿lo has diseñado tú?

—Por si lo has olvidado, tienes la grandísima suerte de ser la mejor amiga de la diseñadora de cabecera de la firma D´Elkann.

—Y tú tienes la grandísima suerte de ser la mejor amiga de una futura promesa del cine español. ¿Cómo te quedas? —pregunto, empezando a ponérmelo con cuidado, ayudada por ella.

—Espera, no te mires en el espejo todavía —me pide, mientras me acerca unos *stilettos* y me recoge el pelo en un moño bajo—. Es para que veas el efecto, mírate ahora.

Me vuelvo y me quedo muerta.

—Y vas sin maquillar y con un recogido hecho de cualquier manera. Imagínate maquillada y con el pelo bien peinado... estarás impresionante, Paloma. Pedazo culo te hace, lúcelo bien y que no te dé vergüenza darte la vuelta si te lo pide la prensa.

—Ya que no tengo tetas, por lo menos que vean un buen culo.

—Tienes muchas más cosas que un buen culo, pero estás tonta de remate y no lo ves.

—Lo que tú digas. Venga, volvamos al tema del vestido. Me quedo con éste —le digo convencida, mirándome desde todos los ángulos—. ¡Es supersexy!

—Te sienta como un guante, ¿no quieres probarte el rojo?

—No, no quiero marearme, además éste me encanta, ahora sólo tengo que buscar los zapatos y los complementos.

—Eso es cosa mía. Orlando me ha pedido expresamente que me encargue de todo, así que tú nada más tienes que sonreír y disfrutar. ¡No dirás que no se está portando el tío! ¡Y eso que era un chulito, un golfo y un sinvergüenza! —me dice, guiñándome un ojo, recordándome cada una de mis palabras.

—Y lo es, no te creas, y además, no puedo aceptarlo. Una cosa es que lo acompañe y otra bien distinta permitir que me vista de arriba abajo.

—Para quizás luego, desvestirte —apostilla sonriendo, consiguiendo que mi cuerpo arda de repente.

—¿Tú crees? —musito con un hilo de voz, nerviosa de tan sólo pensarlo.

—Orlando no es de los que esperan, si te ha invitado y se está tomando tantas molestias es porque le interesas y está deseando tenerte desnuda debajo de él —me dice con seguridad—. O sobre él —matiza, llevando mi corazón disparado a la garganta.

—No hace falta que seas tan explícita.

—¡Venga ya, tía! ¡No puedo creerlo! ¿Estás nerviosa por estar con él?

—¡Pues sí! Y ya sé que os he dicho miles de veces lo que le haría si se pusiera a tiro, pero una cosa es fanfarronear sabiendo que nunca va a estar a tu alcance y otra bien distinta poder hacerlo. ¡Tía, que es Orlando Sun!

—Ya sé cómo se llama, pero tú no vas a acostarte con el actor, vas a hacerlo con el hombre, no te equivoques y no lo olvides. No sabes cómo le jode que las tías olviden quién es y sólo quieran ver al actor, una incluso llegó a llamarlo por el nombre de uno de sus personajes. No te digo lo que le duró, vamos, que se la ventiló rapidito.

—Supongo que es inevitable al principio cuando lo has visto en cientos de pelis, pero luego te aseguro que consigues olvidarlo y ver sólo al hombre; un hombre que por cierto impone y mucho y esto, por el amor de Dios, que quede entre nosotras, pero me da miedo no estar a la altura de semejante portento.

—Terminas de matarme. ¿Cómo que te da miedo no estar a la altura? ¡Lo que tienes que hacer es dejarte llevar y disfrutar!

Siento que mi corazón martillea con furia dentro de mí y respiro profunda y exageradamente.

—Escúchame, siempre has querido estar con un tío que te llevara disparada a lo más alto de la montaña rusa y ahora que lo tienes deseando subirte a ella, ¿a qué esperas para tirarte a su cuello?

»¿Recuerdas cuando yo te contaba lo que Gael me hacía sentir? Pues Orlando es como mi marido y, no, no me lo he tirado, pero lo presiento —se afana en aclararme—. Déjate llevar y permite que surja lo que tenga que surgir entre vosotros.

—No es sólo eso, es que es todo, tía; me da miedo ser su novedad, enamorarme de él, porque sé que me enamoraré, y sufrir hasta lo increíble cuando me deje.

—¿Y por qué das por hecho que va a dejarte? —me pregunta, guardando el vestido rojo.

—Recuerdas que estamos hablando de Orlando, ¿verdad? —contesto haciendo una mueca—. ¿Puedes decirme cuantas parejas ha tenido?

—Pero eso es porque no te conocía todavía —me rebato, guiñándome un ojo.

—Sí, claro, seguro que es eso —replico sonriendo, intentando acallar mis miedos e inseguridades.

—Hay algo que te estás guardando, tú a mí no me engañas —me dice, mirándome suspicaz—. Venga, suéltalo.

—Nada, es una chorrada —musito, negando con la cabeza.

—Vale, pues cuéntame esa chorrada —insiste.

—¡Que noooo! Que ya te he dicho que no es nada...

—No voy a dejar que te largues hasta que me lo cuentes, lo sabes, ¿verdad? Aunque lleguemos tarde al curro.

—Mira que eres pesadita ¿eh?... —replico cogiendo aire y soltándolo de golpe—. Es un rollo mío, tía, pero a veces me pregunto si será como mi padre... —concluyo ante su mirada asombrada.

—Oye, por si no lo sabes, Orlando es un tío tremendamente leal con la gente que quiere y me parece muy injusto que lo compares con tu padre. No se lo merece, no cuando sólo recuerdas lo malo.

—¿Perdona? ¿Y qué quieres que recuerde? —le pregunto molesta.

—No te enfades, ¿vale? No justifico lo que hizo, recuerda que lo viví contigo, pero con el paso de los años también he recordado otras cosas, como cuando nos enseñó a nadar o cuando nos contaba todas esas historias, ¿recuerdas la del dueño del castillo que creía que tenía poder suficiente para controlar a todas las criaturas de su reino?

—Hasta que una de ellas se rebeló y se marchó para descubrir otros reinos —musito, recordando la historia.

—Y llegó a un lugar mágico, donde conoció a una joven princesa de larga cabellera con la que tuvo una niña y dos niños y con la que fue feliz. Ufff, me encantaba ese cuento.

—Siempre has sido una romántica —mascullo, cerrándome en banda y negándome a recordar las cosas buenas de ese hombre—. Además, estoy flipando demasiado, lo más seguro es que esto no pase de un par de polvos, y aquí estoy yo, calentándome la cabeza con tonterías —digo avergonzada—. ¿Sabes?, a veces pienso que debería ir al psiquiatra, por lo de mi padre —le aclaro—. Por mucho que lo intente y pase el tiempo, no consigo olvidar lo que sucedió y el rencor crece conmigo a medida que lo hago yo.

—Pues no permitas que eso condicione tu vida, ¿no te parece que ha llegado la hora de dejar de mirar atrás?

—Venga, cambiemos de tema —le pido, sintiendo una opresión en el pecho—, volvamos al tema vestido.

—Te quedas con el que llevas puesto —me dice, aceptando mi negativa a seguir hablando de ese hombre.

—Sí, pero no quiero que me lo regale Orlando, dime que vale y te lo pagaré —le digo con firmeza—. Venga, ayúdame a quitármelo.

—Déjalo, Palo, con lo que te van a pagar en esa serie no tienes ni para la tela. Si Orlando quiere regalártelo, déjalo, de verdad, además, que un tío que te gusta tenga un detalle así mola.

—¿Un detalle? Un detalle es que te regalen un ramo de flores, pero no un vestido como éste. ¿Puedes decirme lo que vale? —le pregunto espantada.

—Mucho dinero —responde, ayudándome a quitármelo—. Y quiere regalártelo, no nos lo ha pedido en calidad de préstamo, quiere comprarlo y que lo tengas tú.

—¿Qué quieres decir?

—Estos vestidos son carísimos, nena, hay mucha gente que los compra por el simple placer de tenerlos y como inversión, pero luego, hay otra gente, sobre todo modelos y actrices, que los llevan en calidad de préstamo; los lucen en la alfombra roja y los días de los estrenos, como hacen con las joyas, con la condición de que deben indicar de qué firma son. Es algo que nos beneficia mutuamente, ellas van monísimas vestidas y a nosotros nos hacen publicidad. Pero no es tu caso, Orlando pasa de esas cosas y ha sido muy claro, quiere regalarte el vestido con sus complementos. ¿Por qué? Ni idea, nunca lo había hecho, o, por lo menos, nunca nos lo había pedido a nosotros —me indica, mientras yo termino de vestirme.

—¿Y qué hago? ¿Cómo voy a aceptar un regalo que vale tantísimo dinero? Además, ¡si lo hago le deberé otro favor! Y, créeme, estoy empezando a perder la cuenta de los favores que le debo.

—¡Chorradas! No le debes nada. Vas a acompañarlo a una presentación que estará llena de prensa, actores, modelos y *celebrities*, algo que no forma parte de tu mundo, no tienes por qué tener vestidos como éste. Acéptalo y disfruta del regalo y de la noche que tienes por delante, en la que, por cierto, también estaremos nosotros.

—¿Vais a venir también?

—Ya sabes que Gael es muy amigo suyo y siempre suele invitarnos a este tipo de eventos —me indica, saliendo del despacho, seguida por mí, hacia la cocina.

Comemos en la barra con el parloteo incesante de mi amiga, que, entre bocado y bocado, me habla de Orlando y de la amistad que lo une a Gael, mientras yo permanezco muda a su lado, con todas mis emociones luchando una batalla de machos cabríos en mi interior.

Cuando llego a La Cueva me sorprendo al ver una caja larga y estrecha sobre la barra y me acerco a ella muerta de curiosidad. ¿Será de Mic? Alzo la mirada cuando oigo sus tacones acercarse.

—Es para ti, acaban de traerla —me dice, llegando hasta donde estoy yo.

—¿Para mí? —pregunto sin entender nada, empezando a abrirla.

Dentro hay una flor de tallo largo con una tarjetita anudada a él con un lazo blanco.

—Esta flor se llama diente de león o flor de los deseos —me explica Mic sentándose en uno de los taburetes—. Cada semilla es un deseo, una ilusión o un sueño por cumplir.

—De pequeña las llamaba «abuelitos» cuando las veía volando, imaginaba que eran mis abuelos que venían a saludarme desde el cielo —le cuento acariciando las flores, suaves y blancas, con cuidado para que no se desprendan.

—Si realmente lo pensabas, entonces era tu ilusión. Te dejo sola para que leas la tarjeta —me dice, dirigiéndose a la escalera de caracol que lleva a su despacho.

Primer deseo de los muchos que están por cumplirse. Enhorabuena por ese papel en “Malditos vecinos” y, recuerda, sopla con fuerza para que las semillas vuelen bien alto, tan alto como lo harán tus sueños.

Nos vemos el 28.

—¿Orlando? —musito, releendo la tarjeta, aunque está más que claro, sólo he quedado con una persona el 28 y es con él. ¡Madre mía! ¡Este hombre quiere acabar conmigo! ¿Y ahora qué hago? ¿Lo llamo? ¿Le mando un mensaje? —me pregunto emocionada, mirando la flor como si fuera un diamante del tamaño de Australia.

—Llámallo —me casi ordena Mic, apoyada en la barandilla, mirándome y sonriendo desde lo alto.

Y, devolviéndole la sonrisa, cojo mi móvil y tecleo su número.

—Dime, futura actriz famosa —me dice socarrón.

—Gracias —murmuro emocionada, sonriendo tontamente, mientras salgo a la calle.

—Gracias... ¿por qué? —pregunta haciéndose el interesante.

—Ya lo sabes, por la flor, ha sido un detalle precioso.

—De nada, gatita, ojalá se cumplan todos tus deseos —me dice sorprendiéndome de nuevo y derritiéndome.

—Y los tuyos, aunque no te haya regalado una flor. Quién diría que mi chulito iba a tener estos detalles —le digo intentando bromear, necesitando aligerar el ambiente.

—Mi gatita se merece esto y más —prosigue divertido y, como siempre, no sé si está burlándose de mí o hablando en serio y entonces recuerdo el tema del vestido.

—Oye, Luna me ha contado lo del vestido. No hace falta, de verdad, es demasiado y total es una noche.

—Nena, vas a ir de mi brazo, necesito que estés a mi altura y no me dejes en ridículo —me dice con toda su arrogancia.

—¿Perdona? —replico alucinada—. Pero ¿tú de qué vas? ¿Sabes qué? ¡Métete ese vestido por donde te quepa! —bramo olvidando la flor, sus palabras y lo que me había hecho sentir con ellas.

—No me hables de meter y caber a la vez, que me pillas muy lejos —prosigue con insolencia.

—¡Aunque estuvieras a mi lado no harías absolutamente nada! —le digo, completamente fuera de mí. ¡Si es que me pone mala!

—¿Seguro, gatita? Ya te lo recordaré cuando te tenga gimiendo entre mis brazos y pidiendo más.

—No me llames «gatita», pedazo chulo —siseo entre dientes ante sus carcajadas—. Y por supuesto que no va a suceder nada de eso.

—Mira que te gusta hacerte de rogar, pequeña delincuente. Aunque no me importa, no tengo prisa, de momento estoy bastante entretenido.

—¿Sabes qué? ¡Que te den! ¡No pienso acompañarte! ¡Que te acompañe quien te entretenga!

—Vas a acompañarme tú, vas a ponerte ese vestido y vas a hacer todo lo que te diga —me ordena de repente con seriedad.

—¿Y por qué habría de hacer semejante estupidez? —le pregunto con orgullo, vamos, que ni muerta pienso hacer nada de eso.

—Porque tus sueños no son cuestionables —me responde sorprendiéndome de nuevo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto a la defensiva, frunciendo el ceño—. No te referirás a ti, ¿verdad? ¡Porque esto ya es el colmo!

—Ya lo entenderás esa noche.

Y cuelga antes de que pueda soltarle un gruñido. ¡Mierda!

«Este hombre va a matarme —pienso cabreada, accediendo de nuevo al interior de La Cueva—. ¿Y ahora cómo se supone que debo sentirme? ¿Cuando soy capaz de morir de amor a querer que muera él?»

Los días siguientes transcurren veloces, entre las clases, mi trabajo en La Cueva, la reunión con Berto, en la que me explica todas las cláusulas del contrato de «Malditos vecinos» y la caracterización del personaje, para lo que me reúno varias veces con los responsables de peluquería, maquillaje y vestuario de la serie, disfrutando de cada segundo y también siguiendo por Internet los pasos de Orlando, muerta de curiosidad por saber con quién se estará entreteniendo.

Y por fin llega el tan esperado 18 de diciembre, mi primer día de rodaje y su mensaje...

Mucha mierda, pequeña delincuente.

Se ha acordado... y a mi pesar, veo miles de corazoncitos flotando a mi alrededor.

Llego atacada al set de rodaje y, tras pasar por maquillaje y peluquería, me dirijo a vestuario, donde termino de convertirme en mi personaje, enfundada en un escandaloso vestido animal print y unos taconazos rojos que dejan a la altura del betún los que llevo en La Cueva.

«Y yo pensando que había sido excesiva el día del *casting*... ¡Ay, Señor, si llego a saber cómo iban a vestirme!», pienso divertida, mientras me observo en el espejo, recordando a Mic y su despacho, con los que ahora voy a juego.

—¡Lista! ¿Cómo te ves? —me pregunta Sibi, la responsable de vestuario.

—Bien —musito—. Estoy un poco nerviosa, la verdad.

—No lo estés, ya verás como todo sale bien. Mira, puedes esperar ahí hasta que te llamen —me indica, señalándome una zona donde veo a más gente esperando, entre ellos a Paz Padilla.

Mientras me dirijo hacia donde está ella, observo alucinada a Alejo y a todos los actores que semana tras semana se cuelan en mi casa. ¡Ay, Señor! ¡La Virgen, el niño, la burra y ¿era una mula?! Ufff, ni lo sé. ¡Madre míaaaaaaa, que voy a rodar con ellos!

«Haz el favor de comportarte, que me estás dando vergüenza ajena —me dice la insolente voz de mi cabeza—. Y cierra la boca, que te entrarán moscas». Y la cierro al segundo.

Tímidamente me coloco al lado de Paz y, tras saludarla con un apenas perceptible «Buenos días», me convierto en una estatua para empezar a devorarlo todo con la mirada.

Es un rodaje multicámara, pues hay cuatro grabando y tanta gente manejando este sarao que es imposible contarlos, pienso, observando embelesada cómo el director da instrucciones a los actores y cómo los de arte rellenan el vaso de agua que Alejo deberá beber y recolocan de nuevo el escenario tal como estaba inicialmente.

—Vamos con la escena de nuevo, la retomamos en el momento en que Alejo está hablando con Sonia sobre lo que sucedió la otra noche —les indica el director—.

¡SILENCIO TODO EL MUNDO! —grita con voz firme el ayudante de dirección, consiguiendo que el set se suma en el más absoluto silencio—. ¿Sonido?

—Grabando —responde el responsable de sonido y siento que se me eriza la piel de emoción.

—¿Cámaras? —prosigue.

—Grabando —responden al unísono los cuatro cámaras.

—¿Claqueta?

—Capítulo veinticinco, escena tres, toma cuatro.

Hay tal silencio en el plató que hasta soy capaz de oír el sonido de mi respiración, mientras los actores, ya en posición, esperan la orden del director, y entonces ocurre.

—¡ACCIÓN!

Con la boca casi desencajada, los observo rodar la escena, tan perfectos en su papel que ya no los veo a ellos, sino a los personajes que interpretan y siento que la emoción me embarga. «Yo quiero esto, yo quiero ser actriz y formar parte de un rodaje como éste, yo quiero poder vivir esto todos los días de mi vida», pienso emocionada y entonces oigo la vibración de un móvil y me vuelvo.

—¡CORTENNNNNNN! —grita el director, furioso—. ¿DE QUIÉN ES ESE MÓVIL?

Y suerte que no es el mío, porque aun así siento que me hago pequeña ante la furia desatada que desprende el hombre.

—¡El dueño del móvil que se largue del plato, YAAAAA! —ordena cabreado.

Observo a una chica largarse pitando con la cabeza gacha, sin decir esta boca es mía y, mentalmente, me felicito por haber dejado mi móvil en vestuario; no quiero ni imaginar lo que hubiera sucedido si llega a ser el mío.

Retoman el rodaje sin más incidentes, mientras yo empiezo a disfrutar, frenando en más de una ocasión una carcajada ante los diálogos delirantes de esta serie que tanto me gusta.

—¿Tenemos por aquí a Mari Mari? —pregunta el ayudante de dirección y entonces, ¡PUM!, mi corazón se detiene en seco. ¿Ya me toca? ¿Tan pronto? ¿Y por qué no van con retraso? ¡Socorro, que me da algo!

—Estoy aquí —musito con un hilo de voz, sintiendo cómo mi cuerpo empieza a temblar tan solo con oír el nombre de mi personaje.

¡Ay, mi madre, que esto va en serio! Pum pum pum... ahora es cuando me muero.

—Vamos contigo ahora. Tienes que llamar a la puerta y, cuando Alejo te abra, te dirigirás hacia esa mesa mirándolo todo de manera descarada, cuanto más excesiva seas mejor—me indica el director y asiento—. En esta escena vamos a utilizar un plano general —prosigue, mientras el técnico de sonido me coloca el micrófono de corbata y los responsables de iluminación me dan más ordenes que no sé ni como soy capaz de acatar, a punto de entrar en pánico como estoy.

—Bajad ese foco —oigo de manera distorsionada.

—Mira hacia aquí —me ordena alguien y obedezco de nuevo, tan nerviosa que no me sale ni la voz—. ¿Veis esa sombra que hay tras ella? —le pregunta alguien a alguien y, aterrorizada, observo cómo modifican los focos.

—¿Todo listo? —inquiere el ayudante de dirección a los de iluminación—. ¿Y tú lo tienes todo claro? —me pregunta y me vuelvo hacia él sin saber si está hablando realmente conmigo.

Pum pum pum pum pum pum.

Estoy mareada, su voz me llega en eco, he olvidado mi diálogo y me sudan las manos.

—¿Estás bien? —me pregunta ante mi sepulcral silencio.

—No, creo que he olvidado mis frases —le confieso espantada, recordando lo que me dijo Berto sobre no retrasar el rodaje, causar buena impresión, sobre... ¡ni lo sé! ¡Esto es mi final!

—Claro que las recuerdas —me responde, intentando infundirme confianza—. Respira hondo e intenta tranquilizarte.

Inspiro profundamente, tal como me ha pedido, recordando que es mi sueño y que no es negociable, que estoy en el camino que me llevará a él y que no seré yo quien lo llene de piedras.

—Vale —musito, yendo hasta mi puesto, detrás de la puerta.

—¡SILENCIO! Sonido graba —oigo a través del pánico.

—Grabando.

—¿Cámaras?

—Grabando.

Siento un sudor frío cubrir todo mi cuerpo.

—¿Claqueta?

—Capítulo veinticinco, escena cinco, toma uno.

—¡ACCIÓN!

Respiro profundamente, intentando tranquilizarme, mientras llamo a la puerta. Siento mis articulaciones y mis músculos aflojarse hasta el punto de perder toda la fuerza y, cuando Alejo abre, me dirijo temblando hacia la mesa, viéndolo todo borroso, sabiendo que estoy haciéndolo rematadamente mal sin ni siquiera haber empezado todavía.

—Vaya, vaya, qué bien vivimos, Joaquinito de mis amores —empiezo con voz temblorosa, sin saber hacia adónde mirar ni qué hacer con los brazos.

—¡CORTEN! —Oigo con espanto que grita el director—. Quiero decisión en la voz y en los movimientos, parece que estés muerta de miedo, cuando el que debe estar acojonado es Alejo. Empezamos de nuevo —nos ordena a todos.

—Lo siento —musito, volviendo a mi puesto detrás de la puerta. ¿Muerta de miedo? ¡Por supuesto que lo estoy!

—¡SILENCIO! Sonido graba.

Escucho las órdenes y me digo que debo hacerlo bien, que esto es lo que quiero y que puedo hacerlo y, cuando escucho «¡ACCIÓN!», llamo a la puerta, que me abre Alejo.

—Vaya, vaya, qué bien vivimos, Joaquinito de mis amores —empiezo con la voz un poco más firme que antes, pero aun así hay algo en mí que falla. Lo noto, estoy descolocada... me falta el aplomo y la naturalidad que mostré el día del *casting* y hasta un ciego podría darse cuenta.

—¡CORTEN! —Oigo de nuevo con espanto. Pero ¿qué me sucede?, me pregunto, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Esto no hay quien se lo crea! ¡Repetimos!

—Oye, intenta tranquilizarte, ¿vale? ¿Tienes sed? ¿Necesitas algo? —me pregunta preocupado el ayudante de dirección.

—Nada, tranquilo, estoy bien —musito, maldiciéndome en silencio, sin entender qué está sucediéndome ni por qué no consigo conectar con el personaje, cuando me resultó tan sencillo hacerlo el día del *casting*.

—¿Seguimos entonces? —me pregunta, no demasiado convencido con mi respuesta.

—Claro —le aseguro, antes de dirigirme a la puerta.

—Todos a sus puestos, ¡SILENCIO! Sonido graba —dice con voz firme el ayudante de dirección.

—Grabando —responde el responsable de sonido.

—¿Cámaras?

—Grabando —indican los cuatro cámaras, escudados tras ellas.

—Claqueta.

—Capítulo veinticinco, escena cinco, toma tres.

—¡ACCIÓN!

«Ya es suficiente, Paloma, tienes un cincuenta por ciento, ve a por él reventándolo todo a tu paso», oigo en mi cabeza la voz de Andrés mientras llamo a la puerta y, cuando Alejo la abre, entro con decisión, con la decisión de hacerlo bien de una puñetera vez.

—Vaya, vaya, qué bien vivimos, Joaquinito de mis amores —le digo con aplomo, caminando con intención hasta mi sitio, al lado de la mesa, con los brazos en jarras, como ya hice el día del *casting*.

—No es lo que crees, comparto piso con unos amigos —me responde él.

Y al finnnnnn siento esa maravillosa y anhelada sensación de desdoble, de sentirme Mari Mari, y prosigo con mi actuación hasta que oigo el «¡CORTEN!».

—Perfecto, la rodamos de nuevo. —Y respiro aliviada.

—Bien hecho —me dice Alejo y estoy en un tris de caer fulminada.

La rodamos dos veces más y cuando el director se da por satisfecho y el técnico de sonido me quita el micrófono, me dirijo con pena hasta el lugar donde estaba antes esperando al lado de Paz, vamos, que si por mí fuera, en estos momentos interpretaría el papel de todos.

—Estabas nerviosita, ¿verdad? —me pregunta ella entre cuchicheos.

—Muerta de miedo —le confieso sonriéndole con complicidad.

El día transcurre en un abrir y cerrar de ojos y, aunque he estado más tiempo esperando que actuando, observarlo todo es como una clase magistral impagable, tanto por el trabajo de los actores como por el del equipo. Y cuando llego a mi casa lo hago feliz, esto es lo que quiero; quiero ser actriz, quiero ser eterna... *for ever and ever*.

El día siguiente transcurre como el anterior, con la diferencia de que todo fluye con naturalidad, es más, hasta juraría que al director le ha gustado mi actuación, porque, al despedirme del él y darle las gracias por estos dos días, me ha dado la enhorabuena. ¡Yupiiiiii!

«¡Y seré una actriz famosa y mi chulito me llevará al altar!», canturreo mentalmente, mientras, con una sonrisa de oreja a oreja, me dirijo a coger el metro pensando en él a pesar de que, posiblemente, ni se acordará de que existo, entretenido como está con su harén particular de rubias, morenas, pelirrojas y tintadas.

CAPÍTULO 16

Y por fin —y digo por fin porque unos días más como éstos y soy capaz de ahorcarme en la cocina con un espagueti, debido a mis indecisiones y nervios descontrolados— llega el temido o ansiado 28 de diciembre y, nerviosa de nuevo, ¡cómo no!, empiezo a vestirme con cuidado, cogiendo el vestido como si fuera tan delicado como la flor de los deseos, esa que Orlando me regaló y que ahora se encuentra dentro de una jarrita de cristal en el tocador de mi habitación.

«Porque tus sueños no son cuestionables», recuerdo mientras subo la cremallera invisible con manos temblorosas y entonces alzo la mirada hasta posarla en mi reflejo del espejo, quedándome clavada en el suelo. ¡Dios mío de mi vida!

—¡Uauuuuu! —musito, dándome la vuelta y observando mi pelo recogido en un moño alto y mi nuca y espalda completamente al descubierto—. ¡Este vestido es una pasada! —farfullo observándome desde todos los ángulos posibles, encantada con el resultado final, pues en mi vida me había visto vestida así.

Suena el timbre de la puerta y al segundo mi corazón bombea enloquecido, mientras me dirijo al interfono cardíaca perdida.

—¿Sí? —pregunto en un hilo de voz.

—Baja. —Así, sin más, duro, arisco y tremendamente sexy.

Siento como todas las articulaciones y los músculos de mi cuerpo comienzan a aflojarse y como mi corazón inicia un galope frenético dentro de mí y, aunque en el ascensor intento tranquilizarme, se abren las puertas antes de que lo consiga.

Las luces de la entrada del edificio se encienden automáticamente al detectar mi presencia y, aunque yo no puedo verlo, sé que él sí puede verme a mí a través de las puertas acristaladas de la entrada y enderezo la espalda caminando con la poca decisión que queda dentro de mí.

Abro la puerta y mi corazón se detiene.

Orlando está apoyado en el que supongo que debe de ser su coche y mi mirada queda atrapada en la suya durante unos segundos; unos increíbles, sexys y ardientes segundos en los que me pierdo en él, en mi chulito, en este hombre que ha sido el dueño absoluto de mis fantasías desde hace años y que ahora me mira de una manera tan salvaje y sensual que mi cuerpo sólo es capaz de vibrar con ella.

—Vuélvete —me ordena con voz áspera y, a pesar de que la insolente voz de mi cabeza me grita que se vuelva él, no la escucho. Obedezco y siento un latigazo de puro fuego a través de toda mi espalda, donde seguro que tiene posada su mirada.

Me tenso al notar su cuerpo pegado al mío y contengo la respiración al sentir su aliento en mi cuello y su dedo deslizarse suave y tortuosamente a lo largo de toda mi espalda. Se detiene al final de la misma, extendiendo su palma en mi trasero, llevándome disparada, con ese simple gesto, a lo más alto de la montaña rusa, e inclino la cabeza dejando mi nuca a su merced, sintiendo un escalofrío placentero que me sacude de la cabeza a los pies.

El recorrido de sus labios desde el final de mi cuello hasta el principio de mi cuero cabelludo humedece mi sexo en el acto y tengo que morderme el labio con fuerza para contener el gemido que amenaza con romper nuestro silencio.

—¿Estoy a la altura? —musito con la respiración hecha un caos, echando la cabeza hacia atrás y pegando mi espalda a su pecho sin poder controlarme, sólo dejándome llevar.

—¿No llevas ropa interior? —susurra con voz áspera sin contestarme, llevando sus manos a mis caderas y dándome un suave mordisco en el cuello. ¡Ay, Señor! ¡Este hombre es una apisonadora! ¡Como no lo pare es capaz de subirme la falda ahora mismo!

—Eso a ti no te importa —le respondo volviéndome cuando consigo recuperar el control de mi cuerpo, rozando, sin pretenderlo, sus labios con los míos y sintiendo cómo todo vibra a nuestro alrededor llenándolo de una luz ardiente y cegadora.

—Por supuesto que me importa —me dice con voz dura, acompañando su comentario con una sexy sonrisa ladeada—. Todavía no me has dado las gracias por el regalo —añade, pegándose a sus caderas y acelerando mi respiración.

—Gracias —farfullo como puedo—. ¿Nos vamos ya?

—¿Estás nerviosa? —me pregunta con arrogancia, sin permitir que me mueva un centímetro—. Tranquila, voy a hacer que lo pases muy bien. —Me dice y me muerde levemente el lóbulo de la oreja.

—Por supuesto que no estoy nerviosa —le miento, posando una mano en su pecho y alejándolo de mí—. ¿Qué, estos días no te han entretenido lo suficiente? ¿O es que no te han dejado satisfecho? —le suelto, sacando fuera, a mi pesar, muy a mi pesar, los celos que durante estos días me han consumido.

—¿No irás a decirme que estás celosa? —pregunta carcajeándose y pegándose contra la pared—. ¿Sabes qué? ¡Me encanta cuando sacas esas garritas tuyas! —me confiesa con una sonrisa lobuna, atrapando mis manos con las suyas—. ¡Y para que te enteres! ¡No! ¡No me han dejado satisfecho! ¡Así que no me provoques o dejaré de contenerme para comerme esa boca tuya ahora mismo!

Su voz cavernosa, atrayente y sexy me hace enmudecer en el acto y lo miro expectante. Tiene el cuerpo pegado al mío y, sin percatarme de mi gesto, me lamo discretamente el labio.

—Vamos, llegamos tarde —masculla soltándose, separándose de mí y entrando en su coche.

¿Y ahora qué le sucede? ¿Y por qué no me ha besado?, me pregunto subiendo yo también.

—Si los de la prensa te preguntan qué te une a mí, no les contestes —me ordena incorporándose a la circulación sin mirarme, mientras yo no puedo alejar mi mirada de su cuerpo, de su brutal e impresionante cuerpo.

Lleva un traje negro con una camisa blanca y pajarita y de nuevo me humedezco el labio.

—No les hables de mí, pero si te preguntan quién eres tú, expláyte, diles cómo te llamas y que eres actriz. Lúcete cuando llegemos e intenta llamar su atención como sea —prosigue completamente ajeno al volcán de deseo que se está desbordando en mi interior tan sólo con su presencia y el sonido de su voz.

—No voy a hacer nada de eso, Orlando. No sé por qué quieres te acompañe, pero aquí la estrella eres tú y yo sólo soy tu acompañante. Tú eres el que tiene que lucirse y hablar con la prensa, no yo —musito, cuando finalmente consigo centrarme y recuperar el control de mi voz.

—Te equivocas. Creo que no has entendido qué haces aquí y por qué vas así vestida —contesta con una sonrisa enigmática.

—Te recuerdo que no quisiste decírmelo cuando te lo pregunte —le recrimino ligeramente molesta, abducida con cada uno de sus gestos y sus palabras.

—¿Sabes quién estará esta noche?

—¿Quién?

—Ignacio Salasqueta, dueño absoluto de la productora Cilindro, una de las más importantes de España, además de directores de cine, actores y demás gente del mundillo.

—Creía que íbamos al lanzamiento de un perfume —le digo de repente nerviosa.

—Y vamos a eso, pero este tipo de eventos siempre son un escaparate para la gente que quiere hacerse ver y una oportunidad perfecta para la gente que quiere ver, por eso es importante que acudas a ellos y te promociones lo que puedas, intenta que la prensa hable de ti, que se pregunte quién eres, pero sin hablarles de tu vida privada, nunca caigas en ese error. Que te conozcan sólo por tu trabajo.

—Vale, gracias por el consejo, pero te recuerdo que voy a ir a tu lado, no creo que les importe mucho a qué me dedico, sino quién soy —contesto, alejando mi mirada finalmente de su cuerpo y posándola en la ventana, de repente consciente de dónde me estoy metiendo.

—Eres Paloma Serra y eres actriz, no hay más —me dice con contundencia, consiguiendo de nuevo atrapar mi atención—. Y no vas a ir a mi lado, vas a ir de mi mano —matiza con esa sexy sonrisa ladeada capaz de hacer que mi interior se sacuda de deseo.

—Genial, van a estar locos por saber a qué me dedico —le digo con ironía ante su carcajada.

¡Ay, Señor que ya me veo con las gafas de sol puestas y diciendo «sin comentarios»!

Llegamos al lugar donde se realizará la presentación y, a través de la ventana, observo la multitud de prensa congregada para cubrir el evento.

—No bajas todavía, espera —me pide, saliendo él primero y entregándole la llave al aparcacoches que con celeridad se ha acercado.

Lo veo rodear el vehículo, sonriendo a los de la prensa que, desde su sitio, no dejan de tomar fotografías, y cuando me abre la puerta, siento de nuevo esa sensación agónica que últimamente parece no querer abandonarme y lo miro con el pánico instalado en la mirada.

—Vamos —me pide, cogiendo mi mano—, no estés nerviosa.

Su mirada decidida, su voz y el tacto de su mano me dan la tranquilidad que tanto necesito y, aferrándola con fuerza, salgo del vehículo sonriendo, mintiéndome y diciéndome que aquí la estrella es él y que yo sólo soy la acompañante que va a pasar desapercibida.

—¡Orlandooooo! ¿Quién es ella? —Genial, la primera en la frente.

—¿Es tu pareja? ¿Desde cuándo estáis juntos?

—¡Miradnos, chicos, mirad hacia aquí!

Siento que me tiembla la boca y me acerco instintivamente más a él.

—Vamos, es tu momento, lúcete.

—No me dejes sola —musito discretamente y siento que me da un ligero apretón con la mano.

—Nunca.

No nos acercamos a la prensa, sino que nos quedamos en la alfombra que han dispuesto los organizadores del evento, permitiendo que nos fotografíen juntos como si fuéramos pareja, que es lo que están pensando sin lugar a dudas.

—¡La chica! ¡Que se vuelva!

—¿Cómo te llamas? ¡Mira hacia aquí!

Oigo lo que dicen, pero al contrario de lo que me ha pedido, no les contesto ni me vuelvo, no me luzco ni me muevo de su lado, aferrándome a su mano si cabe con más fuerza.

—Se llama Paloma Serra y es actriz —responde él por mí—. Si yo fuera vosotros, no perdería de vista su trabajo, porque va a dar mucho qué hablar —les dice elevando el tono de voz para hacerse oír.

—¡Palomaaaaaa! ¡Míranossss! —me piden desde todos los ángulos.

—Suficiente, vámonos —me susurra Orlando al oído y gracias.

De la mano, y con los fotógrafos volviéndose locos con nuestra presencia, llegamos a la terraza cubierta donde se realizará la presentación del perfume.

—Allí están Gael y Luna —me indica al oído—, ve con ellos, luego me reuniré contigo —musita, mirándome con esa mezcla de deseo y seriedad que es capaz de convertir mi sangre en fuego.

Desvío mi mirada hacia donde me indica y veo a mis amigos sentados en unos sillones blancos, bajo la luz de los cientos de farolillos que lo iluminan todo y sonrío tranquila.

—Nos vemos luego —le digo soltándome y sintiendo una extraña sensación de añoranza, a pesar de no haberme movido un centímetro todavía.

Me encamino hacia ellos, alejándome finalmente de él, que al segundo está rodeado de gente que quiere saludarlo. Me vuelvo para observarlo en silencio durante unos instantes, sin entender qué hago aquí ni por qué está tomándose tantas molestias conmigo.

«Porque quiere acostarse contigo, idiota», me aclara la insolente voz de mi cabeza.

—¡Que me dejes, pesada! —mascullo para mí.

—Vaya, pero si es la señorita del número dieciséis —oigo que alguien dice tras de mí y me vuelvo de nuevo.

—¡Usted! —exclamo sonriéndole al hombre mayor que me ayudó a encontrar el dichoso número—. ¡Qué alegría verlo de nuevo! —le digo, dándole el abrazo de oso que no le di aquel día—. Si le doy las gracias de nuevo, ¿seré muy pesada?

Su carcajada profunda me hace sonreír y, finalmente, termino riendo con él.

—Por supuesto que no y fue un placer ayudar a una señorita tan dulce como usted y que hoy, por cierto, está guapísima.

—Gracias, aunque es fácil estarlo con este vestido —contesto con modestia.

—Tonterías. ¿Y cómo le va la vida? ¿Se ha adaptado finalmente a la ciudad?

—Muy bien, me encanta Madrid y, aunque al principio no lo llevé demasiado bien, ya sabe... ahora me muevo como pez en el agua, vamos, que no hay número que se me resista —le digo riendo y provocando de nuevo sus carcajadas.

—Ése siempre será nuestro secreto —me contesta cómplice.

—¡Por favorrrrr! —respondo entre risas—. No quiero arruinar mi reputación antes de tenerla. —Y pongo los ojos en blanco.

—Puede estar tranquila conmigo. La dejo, diviértase.

—Gracias, igualmente —contesto, dándole un beso y preguntándome qué hará aquí mientras observo cómo se aleja de mí. Entonces siento algo por todo mi cuerpo difícil de explicar y me vuelvo hacia lo que me produce esa sensación, hacia Orlando, encontrándome con su desconcertada mirada.

—¡Palo! —me llama mi amiga Luna y dejo de prestarle atención para acercarme a ellos.

—¡Hola, chicos! —los saludo sentándome a su lado—. ¡Pedazo de fiesta!

—Estás preciosa, Paloma —me dice galante Gael—. Ese vestido es cojonudo. ¿Quién lo habrá diseñado? —le pregunta burlón a mi amiga, que sonrío bobalicona.

—Seguramente una loca enamorada de su jefe —le responde haciéndole ojitos y dándole un leve beso. ¡Ay, Señorrrrr!

—Si vais a estar en este plan me largo ahora mismo —los amenazo, soltando un bufido.

—¿En qué plan? —me pregunta Luna riendo feliz.

—Como si no lo supieras —mascullo—. Me voy por una copa donde poder ahogar mis celos desatados —siseo ante las risas de ambos.

En la barra me siento en un taburete mientras degusto un Mai Tai, buscando a Orlando con la mirada y atragantándome casi en el acto al verlo hablando con varias tías. «¡Mira qué bien! —me digo, dando un largo trago—. Ya lo tenemos entretenido de nuevo.»

—¿Eres la pareja de Orlando? —me pregunta a bocajarro una mujer rubia, elegantemente vestida.

¿Y ahora qué se supone que he de contestar?

—¿Y usted es? —contesto, enarcando una ceja.

—Perdona, me llamo Elena Ponca y soy periodista.

—Encantada, yo me llamo Paloma Serra y soy actriz.

—¿Y la pareja de Orlando?

—Lo siento, pero no acostumbro a hablar de mi vida privada con gente a la que no conozco de nada —le respondo cortante, deseando que se largue cuanto antes y me deje en paz.

—Bueno, pero podemos conocernos —insiste sonriéndome y recordándome a una hiena hambrienta de carnaza.

—Por supuesto —le contesto con los pelos como escarpías—. Cuando quiera entrevistarme por mi trabajo, estaré encantada de charlar con usted.

—Pero ¿qué trabajo, criatura, si no has hecho nada? Aunque podrían lloverte las ofertas si te dieras a conocer —dice paralizándome. ¿Ya ha tenido tiempo de investigar mi currículum?

—Entonces aplazaremos la entrevista hasta que tenga algo de su agrado. Nos vemos —le digo con aplomo, bajándome del taburete, dispuesta a largarme con mis amigos, aunque eso me lleve a morir ahogada en mi cóctel.

—Cuando quieras hablarme de tu relación con Orlando o no relación, no importa, éste es mi número —me dice ella tendiéndome una tarjeta—. Incluso si quisieras hacer un montaje, llámame, podríamos fingir una relación y más tarde una ruptura, te aseguro que te lloverían las ofertas para ir a los platós de televisión.

La miro sin poder dar crédito. ¿En seriooooo? ¿Esto funciona así? ¡Por el amor de Diossss!

Cojo la tarjeta por educación, no porque vaya a llamarla ni nada por el estilo, sino porque quiero que me deje en paz de una vez y, tras guardarla en mi *clutch*, salgo despavorida hacia donde están mis amigos.

En este momento se está realizando la presentación del perfume y me sorprende al ver la cantidad desorbitada de prensa que se halla congregada, aunque no sé por qué me extraño, él es Orlando Sun... mi chulito, pienso sonriendo, observándolo de

nuevo. Recorro con la mirada su cuerpo, su porte, sus gestos, su media sonrisa, sus manos, las que ahora sostienen el perfume, pero antes estaban sobre mis caderas, y me muerdo el labio de nuevo, sintiendo mi vientre contraerse suavemente ante su recuerdo, deseando que me coma la boca y todo lo que quiera, pienso ruborizándome.

—¿Te das cuenta de que, por primera vez, no has tenido que estar trabajando de camarera o colándote en un evento para estar cerca de él? —me pregunta Luna entre cuchicheos—. Has llegado de su mano y vestida como una actriz en la noche de su estreno.

—Ya lo sé y todavía no puedo creerlo —musito sin alejar mi mirada de su cuerpo—. Me cuentas esto hace unos meses y me da un ataque de risa seguro —medio bromeo, sin poder creer lo que estoy viviendo.

—¿Paloma?

—¡Alejo! ¡Hola! —lo saludo con afecto—. ¿Qué tal todo?

Como si nos conociéramos de toda la vida, lo invito a sentarse con nosotros y, junto a Luna y Gael, revivimos las anécdotas de mis dos días de rodaje, lo nerviosa que estaba al principio y las veces que tuvo que abrirme la dichosa puerta. A Alejo, se suma, para mi sorpresa, Keita, el actor al que conocí en La Cueva y que casualmente trabajó con él en el pasado, además de Macarena García, que ahora está hablando conmigo como si nada. ¡Sí, hombreeeee! ¡Si me viera mi madre alucinaría!

Siento la mirada de Orlando sobre mi cuerpo, haciéndome vibrar de deseo sin que ni siquiera esté rozándome y alzo la vista hasta encontrarme con sus ojos. Está solo en la barra y me levanto sin pensarlo, simplemente dejándome llevar por esa fuerza invisible que parece empeñada en unirnos.

—¿Ya has terminado? —le pregunto sonriendo, colocándome frente a él y admirándolo en silencio.

—¿Y tú? —me responde con seriedad—. Te veo muy bien acompañada.

—Es verdad, estoy contigo —le digo bromeando—. ¿No serás tú el celoso ahora?

—¿Tendría que estarlo? —me pregunta con voz ronca, atrapando mi mirada con la suya.

—¿De verdad tengo que contestarte? —digo, con una tonta sonrisa ante su cara de perdonavidas más auténtica—. ¿Tú qué crees? —farfullo finalmente, rendida a ella.

—Que sólo yo soy tu chulito —me asegura con rotundidad.

—Eso por descontado, no he tenido el placer de conocer a nadie que me saque más de quicio que tú —bromeo, guiñándole un ojo.

—Desde luego, todo un honor —me responde deslizando su abrasadora mirada por todo mi cuerpo, que se contrae ante ella.

—Puedes sentirte orgulloso —musito, intentando que no me afecte tanto su cercanía. ¡Por favor, ni siquiera me ha tocado y estoy en un tris de ponerme a gemir!

—Me sentiré más orgulloso cuando te tenga gimiendo debajo de mí.

Pero ¡bueno! ¿Este hombre me lee el pensamiento o qué?

—¡Por favor! ¡Eres el colmo! ¿Lo sabías? —le pregunto ruborizándome.

—¿Y tú sabías que siempre consigo lo que me propongo? —me dice acercándose peligrosamente a mí hasta dejarme pegada entre la barra y su cuerpo.

—¿Y qué sucede cuando no lo consigues?

—Que me empleo más a fondo, muy, muy a fondo—susurra con voz ronca—. No tienes escapatoria, pequeña delincuente, por mucho que te resistas vas a terminar gimiendo y pidiendo más.

Trago saliva sin poder alejar mi mirada de la suya, completamente hipnotizada por ella y por sus palabras, mientras sus manos llegan a mi trasero, que parece que sea su lugar, pegándome a sus caderas y contrayendo mi vientre al segundo.

—Esto está lleno de prensa, Orlando —le recrimino, alejándome prudentemente de él—. Si no querías que hablaran de nuestra vida privada, estás haciéndolo fatal. Por tu culpa mañana estaremos en todas las revistas del corazón.

—Vamos a estarlo de todas formas, pequeña delincuente, no importa lo que haga —masculla con rabia contenida—. Si no es contigo será con otra y, por supuesto, no voy a permitir que sean ellos los que condicionen mi vida.

—¿Qué quieres decir? —musito, mirando discretamente alrededor, localizando al instante a Elena Ponca, que no nos quita la vista de encima.

—Tú misma te darás cuenta —me responde con sequedad y casi al segundo me visualizo con las gafas de sol puestas.

—¿Orlando?

Una voz femenina consigue sacarme de mi ensoñación y me vuelvo hacia ella. Me encuentro con una pelirroja guapísima, de boca voluptuosa y pechos enormes. ¡Genial!

—Al final te dejas ver —le recrimina la pelirroja en cuestión, acariciando su mejilla ante mi mirada desorbitada.

¿PERDONAAAA? ¡Menudo guantazo se está rifando y ésta tiene todas las de ganar!

—Alejandra, ¿qué tal estás? —le pregunta él con educación, sin el más mínimo entusiasmo y más frío que un bloque de hielo, cogiendo su mano, que retira de su rostro.

«¿Así será conmigo cuando nos acostemos y pierda el interés? ¿Así seré yo? ¿Iré a los estrenos o a los eventos a los que él asista para mendigar un poco de su atención?», me pregunto paralizándome.

—Os dejo a solas —musito. Necesito poner distancia, ¿dónde me estoy metiendo?

—No te preocupes, ya hemos terminado —masculla, aferrando mi mano con fuerza, impidiendo mi huida—. Espero que todo te vaya bien, Ale.

Observo cómo la pelirroja en cuestión lo mira con tristeza, parece que va a decir algo, pero al final desiste de hacerlo, dándose la vuelta y alejándose de él, de nosotros.

—¿Por qué ibas a largarte? —me recrimina él sin soltarme.

—Porque no me gusta ser la tercera en discordia —le respondo celosa, alzando la barbilla—. ¿Quién era? ¿Una de tus gatitas? —murmuro con tristeza, pues temo que termino de visualizar mi futuro más inmediato.

—Hay tías que no entienden lo que es un polvo de una noche —replica con rabia contenida.

—¿Tengo que entenderlo yo también? —le digo con dureza—. Lo pregunto para tenerlo claro desde el principio y no ir suplicando tu atención cuando te canses de mí —siseo sin poder callarme.

—¿De verdad me lo estás preguntando? —masculla con el ceño fruncido—. No puedo creerlo —me dice con una carcajada irónica—. Vámonos.

—No, no hasta que seas claro. No me van las tonterías, Orlando. Si voy a ser el polvo de una noche quiero saberlo para elegir si quiero serlo o no.

—He dicho que nos vamos —sisea entre dientes, tirando de mi mano y arrastrándome hasta donde están nuestros amigos hablando con un nutrido grupo de actores.

—Gael, Luna, nos largamos —dice con el cuerpo en tensión, sin molestarse en saludar al resto, que lo miran con adoración.

—Ya me extrañaba que te quedaras —le recrimina Gael sonriendo, levantándose y dándole la mano.

—¿Ya os vais? —me pregunta mi amiga sonriendo, guiñándome un ojo con picardía.

Sin darme opción a contestarle y sin hacerlo él tampoco, Orlando tira de nuevo de mí con decisión hasta llevarme a la salida del recinto. Sin despedirse de nadie, sin detenerse a saludar a las miles de caras sonrientes que, de nuevo, me da la sensación de que mendigan un poco de su atención, con toda la arrogancia y la seguridad de quien cree tener el mundo a sus pies.

—Quiero saberlo —musito obcecada mientras el aparcacoches le entrega la llave y subimos al vehículo.

—Ya deberías saberlo —me responde obcecado él también, conduciendo con rapidez.

—Quiero escucharlo de tu boca —le pido con una determinación que me asombra.

—No voy a prometerte amor eterno ni pienso prometerte algo que no tengo la menor intención de cumplir —masculla entre dientes, con la mirada fija en la carretera—, pero no vas a ser el polvo de una noche.

—Genial, me encanta tu romanticismo. Deberían contratarte como guionista de una de esas novelas venezolanas.

—Actué en una de ellas, mi amor —me dice bromeando, divertido de repente—. Me llamaba Carlos Felipe y me enamoraba locamente de la amiga de mi hermana, que estaba casada con un mafioso.

—¿De verdad? —le pregunto sonriendo—. ¿Y cómo se llamaba esa telenovela?

—*Puro fuego*—me responde volviéndose y mirándome con la mirada ardiendo de deseo.

—Creo que ese nombre a ti te va como anillo al dedo —musito sonriendo y negando con la cabeza.

—¿Más que el de chulito? —suelta divertido.

—A partes iguales —le respondo riendo, relajada al fin—. ¿Y adónde vamos? —le pregunto con curiosidad, deseando que sea a su casa o a la mía.

—A un sitio especial al que suelo ir cuando necesito que mis pies toquen el suelo y que me gustaría mostrarte —me responde, esta vez con seriedad—. Para cuando seas una actriz famosa y necesites tocar el suelo tú también.

—¿Por qué me da la sensación de que odias ir a actos como el de esta noche?

—Porque los odio —contesta con contundencia—. Si pudiera elegir, elegiría ser sólo actor. No iría a los estrenos ni a las promociones ni haría publicidad, me dedicaría exclusivamente a actuar.

—O sea, que eres un insociable —le digo bromeando.

—No cuando estoy con mi gente, sé que es difícil de entender en tu situación, pero créeme, no todo es tan increíble como parece.

—Supongo que el truco consiste en disfrutar con lo que estás haciendo en cada momento y saber mantener el equilibrio entre tu vida pública y la privada.

—Es difícil mantener ese equilibrio cuando se crea una imagen de ti que nada tiene que ver contigo, cuando ir a cenar con una amiga se convierte en la caza del zorro y cuando no sabes si la gente se acerca a ti por la persona que eres o por interés.

—Bueno, supongo que todo trabajo tiene sus inconvenientes. Piensa en la persona que se levanta a las tres de la madrugada para ir a trabajar y encima cobrar el salario mínimo.

—Yo también me levanto a las tres de la madrugada si el guion lo requiere —me rebate—y no siempre para trabajar en las mejores condiciones. Recuerdo una vez que rodamos durante horas en un tanque de agua helada. Pasé tanto frío que llegué a no sentir el cuerpo. Este trabajo es una pasada, Paloma, pero también tiene sus inconvenientes —me asegura con seriedad, sorprendiéndome al llamarme por mi nombre.

—Ganar una millonada por película, no tener que ir a los *castings*, que los productores se te rifen y codearte con todos los grandes es un gran inconveniente. ¡Venga ya, Orlando! ¡No me fastidies! Déjame que te diga que me muero por tener tus inconvenientes —le aseguro riendo.

—Dentro de unos años mantendremos esta misma conversación tú y yo. A ver si piensas lo mismo.

—¡Ayyy, Señorrrrr, ojalá tengas razón! Estoy deseando mantener de nuevo esta conversación con un bolso de CH colgando de mi brazo, créeme —le digo, de nuevo carcajeándome, mientras mi móvil vibra dentro del *clutch*.

Veo que tengo un mensaje de mi amiga Luna y lo leo sin dejar de sonreír.

Ojalá llegues a lo más alto de la montaña rusa.

Eso espero.

Le contesto, mordiéndome el labio y guardando de nuevo el móvil, sintiendo cómo mi vientre se contrae suavemente de anticipación.

Con incredulidad, observo que Orlando estaciona el vehículo cerca de un parque infantil y lo miro sin dar crédito.

—¿Un parque infantil? ¿Éste es tu sitio especial? ¿Nos hemos largado de una megafiesta para venir a columpiarnos? Pero ¿tú estás tonto o te falta un hervor? —le suelto sin poder callarme—. Joder con la fama, qué raritos os hace —prosigo sin poder morderme la lengua ante sus carcajadas, mientras nos apeamos del vehículo—. ¡Ufffff qué frío! —me quejo tiritando, pues este traje será lo más bonito del mundo mundial, pero calienta tanto como si no llevara nada puesto.

—Ven —me ordena, sacando del maletero un abrigo.

Obedezco en silencio, acercándome a él sin dejar de mirarlo, abducida por su mirada y su cuerpo y sonrío tontamente mientras él me ayuda a ponérmelo.

—¿Sabes, pequeña delincuente? —dice cerca de mi oreja, cogiendo mi mano—, estar contigo es mucho más divertido que estar en cualquier megafiesta. —Y me arrastra al interior del parque, que observo detenidamente.

Tiene mesas de pícnic bajo árboles frondosos, columpios, toboganes y muchas cosas más que ni sé cómo se llaman ni me importa demasiado, pero los columpios me encantan y, sin pensarlo dos veces, y tras dejar mi *clutch* en una de las mesas, me dirijo hacia uno de ellos.

—De pequeña podía columpiarme durante horas y horas —le confieso, empezando a balancearme, mientras él se apoya en la mesa de enfrente, con las manos dentro de los bolsillos, sin dejar de mirarme—. Recuerdo que mi padre colgó uno en el jardín de casa. Me pasaba el día pidiéndole que me columpiara —explico entre risas, enmudeciendo en el acto. ¿Por qué estoy hablándole de ese hombre?

—¿Estás bien? —me pregunta Orlando al notar mi cambio de actitud.

—Claro —le digo con una sonrisa forzada—. No me gusta hablar de ese hombre, no sé por qué te lo he contado —prosigo de nuevo sin poder callarme. ¡Joder, pero qué me pasa!—. Cuéntame por qué vienes aquí y qué es eso de poner los pies en el suelo —le pido, deseando cambiar de tema.

—Ya te he dicho que lo entenderás cuando tengas mis inconvenientes —me responde mirándome con seriedad—. Ven aquí —me pide con voz ronca.

Bajo del columpio, de nuevo abducida por su mirada y su cuerpo, sintiendo el ambiente volverse electrizante a nuestro alrededor y me muerdo el labio cuando estamos frente a frente.

—No voy a preguntarte por él —me asegura, envolviendo mi cintura con sus manos—. Sólo me interesas tú y lo que quieras contarme —prosigue pegándose más a él, con nuestros alientos fusionándose en uno solo.

—Gracias —musito, perdiéndome en la intensidad de su mirada, llevando tímidamente los brazos a su cuello, que rodeo, sabiendo que estoy a punto de subirme a esa montaña rusa de la que estoy segura de que nunca querré bajar.

Nos miramos en silencio, disfrutando del momento, de ese momento único e irrepetible que es el preludio de algo grande, inmenso y desgarrador, algo que nos desbordará a ambos, como ya está haciendo ahora, y siento cómo sus manos se deslizan hasta llegar a su lugar, a mi trasero. Pegándose a sus caderas me impulsa hacia delante y me arranca un gemido que no consigo frenar.

—Todavía no te he tocado —musita con voz ronca y la mirada ardiendo.

—Todavía no te he pedido más —contesto, entendiéndolo en el acto.

—Pero lo harás —masculla con dureza, llevando una mano a mi nuca y acercando mis labios a los suyos, que atrapa con ímpetu.

Su boca se adueña de la mía con rudeza, mientras nuestras lenguas se enredan desesperadas, como lo estamos nosotros, y gimo al sentir su potente erección cuando, de nuevo, impulsa sus caderas hacia delante y me froto contra ella entre gemidos, los suyos y los míos, con nuestras lenguas poseyendo nuestras bocas, frenéticos y ansiosos por tocarnos y sentirnos, con el deseo recorriendo con virulencia nuestras venas. Echo la cabeza hacia atrás, necesitando llenar mis pulmones de aire mientras su boca no me da tregua demorándose en mi cuello, con sus manos colándose por el interior de mi vestido.

—Orlando —gimo, mientras me levanta la falda y su mano sube por mis piernas.

—Joder, teníamos que haber ido directamente a tu casa —masculla, atrapando mis labios de nuevo.

Lo siento por todo mi cuerpo, a él, al hombre, y llevo mis manos a su pecho, a su ancho e increíble pecho, sin dejar de besarlo, necesitando descubrirlo, necesítándolo todo, con mi sexo palpitando de deseo y la mente nublada por él.

—¿Qué ha sido eso? —masculla de repente, separándose de mí con la camisa a medio desabrochar.

—¿Cómo? —consigo preguntar sin entender nada, viendo que se encamina hacia unos árboles—. ¿Adónde vas?

—¡La madre que os parió! ¡Hijos de puta! —lo oigo gritar y me tenso en el acto.

Luces, coches arrancando, frenazos y maldiciones y de nuevo él, caminando hacia mí, irradiando rabia por todos los poros de su piel, y salgo a su encuentro temblando.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quiénes eran?

—¿De verdad me lo estás preguntando? —dice, paralizándose con el tono irónico de su voz.

—¿Eran periodistas? —susurro, a pesar de que estoy segura de que lo eran.

—Joder, nena, qué lista eres —me responde con una carcajada sarcástica—. ¿Con quién te estabas mandando mensajes cuando hemos llegado? —prosigue con dureza.

Me quedo paralizada en medio del parque, viéndolo sin verlo, escuchándolo sin hacerlo, sintiendo mi sangre, que hervía dentro mí, empezar a helarse poco a poco, sin poder creer lo que está insinuando.

—¿Cómo? —musito con un hilo de voz.

—Tú dirás —sisea achinando los ojos—. No nos seguía nadie y de repente estamos rodeados por todos ellos. ¿Cómo lo sabían, Paloma? ¿Cómo sabían que estábamos aquí? ¡¿En un puto parque infantil?! ¡Dímelo! ¡Dime cómo cojones lo sabían! —brama con rabia.

—No tengo ni idea —susurro, mientras él se dirige con decisión hasta la mesa donde se encuentra mi *clutch*.

—¿Puedo? —me pregunta cogiéndolo y, sin esperar autorización, lo abre y cierro los ojos maldiciendo en el acto mi breve encuentro con la periodista esa—. Vaya, por lo que veo no has perdido el tiempo —me dice con desprecio, sacando la tarjeta de Elena—. Le has enviado nuestra ubicación, ¿verdad? —dice, acercándose a mí con rabia contenida—. Después de todo lo que he hecho por ti... ¿así me lo agradeces? ¿Traicionándome? ¿Hasta dónde tenías previsto llegar? —sisea entre dientes.

—No sé a qué te refieres —musito temblando.

—Estabas empezando a desnudarme, creo que está más que claro a qué me refiero —masculla, acercándose peligrosamente a mí y retrocedo instintivamente—. ¿Voy a verte a partir de ahora en todos los platós de televisión? ¿O vas a empezar a dar entrevistas a diestro y siniestro? Joder, Paloma, cómo me he equivocado contigo —dice, devolviéndome el *clutch* ante mi sepulcral silencio, pues soy incapaz de articular palabra mientras mi mirada se torna borrosa por culpa de las lágrimas—. ¿Sabes?, me temo que no llegarás ni a ser el polvo de una noche —me asegura con seriedad.

—No puedo creer que estés acusándome de esto. No voy a defenderme ni a justificar algo que no he hecho, porque no me creerías aunque lo hiciera —musito finalmente, cuando consigo reaccionar—. Tú ya has sacado tus propias conclusiones, ¿verdad? Tú ya me has juzgado —le digo con dolor—. Qué poco me conoces, Orlando.

—Contéstame, ¿con quién estabas intercambiando mensajes cuando hemos llegado? —me pregunta entre dientes, mirándome con tal desprecio que siento la tierra abrirse bajo mis pies.

No le contesto y, temblando, saco mi móvil hasta localizar el mensaje de Luna y mi respuesta.

Ojalá llegues a lo más alto de la montaña rusa.

Eso espero.

—Está claro que no será contigo —le digo con una triste sonrisa—. Me alegra que no hayamos llegado a ser ni el polvo de una noche. Lo que acaba de suceder me ha servido para darme cuenta de quién eres.

—¿De verdad? ¿Y quién soy? —pregunta a la defensiva.

—Un tío que no confía en nadie y en el que yo no podría confiar, algo primordial para mí. Y sobre lo de los platós y las entrevistas, puedes estar tranquilo, nunca expondría nuestra... ¿historia? —Me encojo de hombros—. Por favor, si ni siquiera sé cómo llamarlo. —Suelto una carcajada irónica empezando a envalentonarme—. Porque si lo hiciera me expondría a mí también y no es así como quiero llegar a ser una actriz reconocida. Nos vemos por Hollywood, Orlando Sun —me despido, tiñendo mi voz de desprecio, quitándome su abrigo—. ¡Y que te den! —remato, tirándoselo a la cara, pasando por su lado.

¡Joder, con lo bien que me había quedado lo de Hollywood y he tenido que sacar a la barriobajera que habita dentro de mí! ¡Si es que no sé callarme, joder! —me machaco, empezando a llorar. Y cuando un taxi pasa por mi lado, lo cojo deseando llegar a mi casa cuanto antes.

CAPÍTULO 17

Me quito el vestido con cuidado, como si pudiera romperse con tan sólo mirarlo y, secándome las lágrimas, me pongo el pijama tal como acostumbro a hacer, con la parte de arriba por dentro del pantalón y los calcetines por encima, necesitando entrar en calor y reaccionar de una vez.

Me siento en el suelo sin poder dejar de llorar. Apoyo la espalda en el radiador y oculto la cabeza entre las piernas, maldiciendo mi breve encuentro con Elena, el mensaje de mi amiga y maldiciéndolo a él por pensar lo peor de mí sin apenas conocerme. Tras enviarle un mensaje a mi madre en el que le miento contándole lo mágica que ha sido esta noche y lo feliz que he sido, me abandono a mi amargura, acurrucada en la cama, subida en una montaña rusa bien distinta a la que esperaba, una montaña rusa llena de dolor y decepción.

El timbre de la puerta me saca de mis intranquilos sueños, dominados por miles de *flashes*, persecuciones y periodistas rubias con ojos de hiena. Miro la hora, las 5.00 de la mañana.

—Joder, seguro que será alguien con ganas de tocar las narices —mascullo, dándome la vuelta y tapándome con la manta, decida a seguir soñando con hienas.

Suena de nuevo y vuelvo a ignorarlo, pero cuando suena por tercera vez y ahora con insistencia, me levanto de un salto, dispuesta a sacar a la hiena rabiosa que habita en mi interior.

—¿QUIÉN ES? —bramo a través del interfono.

—Abre. —ÉL.

—¡Que te den! ¡Déjame en paz!

—He dicho que abras —me ordena con dureza.

—¡Y yo he dicho que te den! ¿O es que estás sordo? —le grito como una posesa.

—Como no abras ahora mismo, echaré la puerta abajo y lo digo muy en serio. Vas a tener un grave problema con la comunidad de vecinos, Paloma —me advierte con ese tono de voz capaz de poner todos mis sentidos en alerta y abro la puerta maldiciéndome y maldiciéndolo. ¡Mierda!

Espero en el rellano ardiendo de rabia, cabreada como una mona, y cuando lo veo salir del ascensor me visualizo siendo la hiena con la que llevo soñando toda la puñetera noche.

—Hombre, ya ha llegado el chulo del barrio, mira que eres macarra —siseo rabiosa, deseando descargar en él toda la frustración que llevo acumulada desde que, hace unas horas, lo dejé plantado en medio del parque.

—Sabía que te pondrías el pijama así —me dice burlón, recorriendo mi cuerpo con su mirada descarada. Pero ¿este tío es bipolar o no está bien de la cabeza?

—¿Tan pronto se te ha pasado el cabreo? ¿Qué pasa, que ya no soy la traidora que desea visitar todos los platós de televisión hablando de ti? —le pregunto sarcástica, mientras veo anonadada que accede al interior de mi casa como si nada—. Pero ¿qué haces? ¡Que no te he invitado a entrar! —le grito, cerrando de un portazo.

—Desde luego que eres una joya para el vecindario, las cinco de la mañana y dando berridos y portazos —me dice, yendo hacia mi salón como si nada.

—Si no hubieras venido a tocarme las narices no estaría dando berridos ni portazos. ¿Qué mierda haces aquí? —le medio escupo, cruzando los brazos.

—He venido a disculparme —me responde, mirándome con seriedad.

—Disculpado, lárgate —siseo entre dientes.

—Quiero que me perdones de verdad, así no vale —me dice, acercándose a mí medio sonriendo.

—Pero ¿puede saberse a ti qué te pasa? ¿Qué haces sonriéndome así? ¿Estás imbécil o al final será verdad que te falta un hervor? —mascullo, deseando hacerle daño.

—Ya sé que no fuiste tú —me contesta, mirándome con ternura.

—¡Hombre! Pero ¡si al final el listo resultará que eres tú! Y lo sabes porque me has creído de repente, ¿verdad? —prosigo machacona, sin dejar que esa mirada me ablande. ¡Que le den!

—Lo siento, no es fácil para mí confiar en la gente.

—Ya te he dicho que estás disculpado, vete.

—¡Joder, Paloma! —masculla frustrado, llevándose las manos a la cabeza.

—¿«Joder, Paloma»? ¡Me acusas a las primeras de cambio de algo que no haría en mi vida, además de imaginar lo peor de mí, ¿y encima dices «Joder, Paloma»?! ¿Qué esperabas? ¿Que me echara en tus brazos? —le grito fuera de mí, sin importarme una mierda el vecindario, que seguramente estarán acordándose de todos mis muertos—. Y para que te enteres, si tengo la tarjeta de la hiena esa es porque mientras tú te entretenías con un arsenal de rubias y morenas, ella se acercó a mí avasallándome con preguntas. Simplemente la cogí para que me dejara en paz, no porque fuera a llamarla, ¡que ni muerta! Y ahora, ¡largo de mi casa! —añado, oficialmente envalentonada.

—¿Me entretenía? Paloma, estaba trabajando —me aclara frunciendo el ceño.

—¡Sí, claroooo! ¡Ahora a coquetear con todo ser viviente que tenga tetas se le llama trabajar! ¡Además, que me da igual! ¡Que por mí puedes hacer lo que te dé la real gana! ¡Como si te tiras a tres tías a la vez! —le digo.

—Prefiero tirarme a una que me saque las garritas continuamente y me llame chulito —me dice con arrogancia, sonriendo abiertamente.

—Y yo que pensaba que no llegaría a ser ni el polvo de una noche —le recuerdo, deseando darle un puñetazo y borrar esa sonrisa que está poniéndome mala.

—¡Joder, creía que los habías llamado!

—¿Y ahora ya no lo crees? —le pregunto sin dejarme amilanar—. ¿Qué pasa, que ha bajado el Espíritu Santo y te ha iluminado de repente?

—Algo más terrenal. Tengo amigos periodistas que han movido unos cuantos hilos y me han contado lo que ha sucedido —me aclara metiéndose las manos en los bolsillos, armándose de paciencia ante mi genio desatado.

—No me digas —contesto con sarcasmo—. ¿Y qué ha sucedido?

—Ha sido todo una puta casualidad. Ellos venían de cubrir la presentación, nos han visto y han aprovechado el momento.

—O sea, que nadie les ha dicho nada —prosigo.

—Ya me he disculpado, Paloma —me recuerda, pasándose una mano por el cabello—. Además, les he comprado los derechos de las fotos, puedes estar tranquila, mañana no serás la noticia del día por estar medio revolcándote conmigo en un parque.

Y de repente pienso en mi madre. ¡Ay, Señorrrr, de la que me he librado!

—Gracias —le digo aliviada, pero sé que no es suficiente, que nada será suficiente y lo miro con tristeza—. Siento haberte gritado y te agradezco que hayas venido a disculparte... aunque sean las cinco de la mañana.

—¿Pero? —pregunta con el cuerpo en tensión.

—Quiero que te vayas. Para mí la confianza es algo fundamental, aunque no seamos pareja, y está claro que es algo que escasea entre nosotros —musito, sintiendo un escalofrío helado recorrer mi cuerpo, sin poder creer que esté rechazándolo de nuevo. Desde luego, debo de ser idiota.

—Que te vaya bien, pequeña delincuente —me dice con seriedad, pasando por mi lado.

—Lo mismo digo —contesto, sintiendo cómo los ojos se me llenan de lágrimas y los cierro al oír la puerta cerrarse suavemente, mientras las noto rodar por mis mejillas.

«¿Y ahora, por qué lloras idiota? —me grita la insolente voz de mi cabeza, que de sensibilidad anda más bien escasa—. ¡Mira que te gusta ir de digna por la vida! —prosigue sin poder callarse—. Tanto suspirar por él y ¿para qué? ¡A ver! ¡Di! ¿PARA QUÉEEEE?»

—¡Cállate! —mascullo en voz alta, acostándome de nuevo, negándome a escucharla más. ¡Qué hartura de voz, por favor!

Cuando me despierto, a las 11.00 de la mañana, lo primero que hago, aún medio dormida, es recordar todo lo que sucedió anoche y todo lo que me negué... de nuevo. Desde luego, debo de ser la única tía que lo ha rechazado tantas veces seguidas.

«Si es que eres idiota», de nuevo esa vocecita machacona.

—¡Oye! ¿Por qué no sigues durmiendo? —le pregunto. Joder, al final a la que le faltará un hervor será a mí como continúe manteniendo conversaciones conmigo misma.

En la cocina, me preparo un café mientras enciendo el pc y tecleo el nombre de Orlando y, al segundo, observo que la pantalla se llena de fotografías tuyas y nuestras, y nos observo, sintiendo ese dolor de garganta que es el prelude de ojos llorosos.

—Mierda, Paloma, qué tonta eres —me recrimino de nuevo, viendo la buena pareja que hacemos y a la que no le he dado ni una mísera oportunidad—. A lo hecho, pecho —susurro con dolor, llevándome la taza a los labios y sintiendo cómo el líquido caliente se desliza con dificultad por mi garganta.

Suena mi móvil y lo miro esperando ver su nombre en la pantalla, pero no, es mi amiga Luna y lo cojo con desgana.

—Ya sé que es pronto, pero me moría de ganas de saber qué tal ese viaje en la montaña rusa —me dice feliz de la vida.

—El día que me suba en ella te lo contaré —le respondo cortante, secando mis lágrimas de nuevo.

Si no tenía suficiente con la loca actriz, tenía que convertirme en la loca actriz dramática; desde luego, estoy acumulando registros para el resto de mis días.

—¿Perdonaaaaa?

—¿Holaaaaa? —prosigo llorando.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—¿Nos tomarnos un café y te lo cuento? O mejor no, mejor vente a casa —le digo, visualizándome casi de inmediato sentada en una cafetería, con las gafas de sol puestas, rodeada de periodistas y diciendo «Sin comentarios». ¡Ay, Señor! ¡Si es que la loca actriz que vive dentro de mí no me deja vivir!

—En media hora estoy ahí. Te dejo —me responde, devolviéndome a la realidad.

Y aunque en otras circunstancias le hubiera seguido la corriente, hoy me limito a colgar.

Ya me vale, pero si la prensa estará hasta el moño de verlo hoy con una y mañana con otra. Total, ¿quién soy yo? Una morena más en su larga lista de conquistas...

«¡Te equivocas, atontada! ¡Eres la única en su inexistente lista de tías que le han dado calabazas, y encima tantas veces seguidas!», matiza la insolente voz de mi cabeza.

—¡Cállate! —mascullo, dándole un guantazo mentalmente y dejándola tirada en el suelo con miles de pajarillos sobrevolando su cabeza—. Definitivamente, es a mí a quien le falta un hervor, pero de los buenos —prosigo levantándome y dirigiéndome al baño.

Tras ducharme y, en vista de que no tengo la más mínima intención de salir, me pongo mi chándal de vagabunda y me recojo la larga melena en un moño medio deshecho, vamos, el colmo del glamour. Ahora cuando llegue mi amiga, tan

estupenda como suele ir siempre, terminaré de hundirme en la miseria, me digo, viendo mi lamentable aspecto en el espejo del baño.

—¡Bah! ¿Qué más da? —me digo, cogiendo un paquete de pañuelos, más que dispuesta a revolcarme en el fango de mis dramas. ¡Que viva mi vida! ¡Sí señor!

Suena el timbre y, tras abrir la puerta, me dispongo a esperar a Luna en el rellano y cuando las puertas del ascensor se abren, no sé si mi amiga sale de él o de una revista de moda.

—Cada día te odio más, pero ¿tú nunca tienes un mal día? —le pregunto, viendo lo preciosa que está.

—Algunos he tenido, pero viéndote a ti no sé si han sido tan malos como los tuyos. ¿Qué ha sucedido? —inquire preocupada, abrazándome.

—Entremos y te lo cuento —le pido, deseando no encontrarme con ningún vecino después de los gritos de anoche.

—Venga, empieza a soltar —me dice, llegando al salón.

Me tiro en el sofá y casi al instante, entre lloros, comienzo a relatarle todo lo que sucedió anoche cuando nos fuimos, ante su silencio sepulcral.

—¿No tienes nada que decirme? ¿Cómo que es un gilipollas, por ejemplo? —le pregunto cuando termino de narrarle mi odisea con mi chulito, secándome las lágrimas y maldiciéndome en silencio por estar montando semejante drama en lugar de estar cabreada como una mona.

—Es que no sé qué decirte, sabes que los mejores amigos de Gael son Philip y Lando, pero a éste, por su trabajo, lo conozco menos.

—¿Y? —pregunto, enarcando una ceja—. ¡Tíaaaaa! ¡Que me acusó de llamar a la prensa!

—Te he oído —me responde con calma.

—No me estás ayudando nada, que lo sepas —le digo, empezando a molestarme ante su falta de apoyo.

—No le estoy dando la razón tampoco —matiza, yendo hacia la ventana—, pero por mi experiencia te diré que es el pasado de las personas el que a menudo condiciona su presente. Yo fui incapaz de entender a Gael hasta que me contó su vida y algo así le sucedió a Paula con Philip, ¿la recuerdas? Vino a mi boda.

—Claro que la recuerdo, es majísima, monísima y está felicísima. Si es que os odio a todas las recién casadas —mascullo, sonándome con fuerza, sin importarme nada.

—Pues tampoco lo tuvo fácil al principio con él.

—¿Qué pasa? ¿Que son todos unos traumatizados? ¡Menuda panda de amigos tienes!

—Mira quién fue a hablar.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a la defensiva.

—Tú has estado comparando a Lando con tu padre casi desde el principio.

—No es verdad —le miento.

—Claro que lo es, por eso no confías en él y no le has dado una oportunidad, aunque viniera a disculparse. En el fondo, y aunque lo digas bromeando, sí crees que es un golfo y que te abandonará como hizo tu padre, a pesar de lo que hablamos.

—Si estás intentando ayudarme, lo estás haciendo fatal.

—¿Te ayudaría más dándote la razón en todo? ¿Diciéndote que es un imbécil y un gilipollas?

—Pues sí, la verdad.

—Pues te equivocas, las verdaderas amigas no dicen lo que queremos, sino lo que debemos oír —me aclara con seriedad—. Por supuesto que actuó mal y que no debería haberse precipitado al sacar sus conclusiones, pero posiblemente tenga la mochila llena de decepciones y traiciones y sean ellas las que lo lleven a ser como es. Como tú, tú también tienes la mochila llena de prejuicios y miedos.

—No me digas —respondo cortante.

—Dime la verdad, ¿te ves con él? Imagina que lo de anoche no hubiera sucedido y os hubierais acostado.

—Estaría loca por él, ¿qué pregunta más tonta es ésa? De hecho, ya lo estoy, a pesar de todo —le confieso, secándome las lágrimas—. Para mí ha dejado de ser Orlando Sun para ser simplemente Orlando, mi chulito.

—Un chulito al que has llamado golfo y sinvergüenza. Oye, contéstame en serio, por muy loca que estés por él, que no lo dudo, ¿confiarías en él o desconfiarías a las primeras de cambio? —insiste.

—¿Adónde quieres llegar? ¿Confiarías tú en tu marido si siempre estuviera rodeado de tías?

—Por supuesto, porque sé que sólo me quiere a mí —me dice con rotundidad—. Pero tú no lo harías y te largarías espantada antes de que se largara él —me dice, yendo más allá—. Porque ya se largaron una vez y sé que no permitirás que suceda de nuevo. Te conozco, Palo, demasiado bien, por eso no te acostaste con él anoche, no porque temas no estar a la altura ni porque no confiara en ti, sino porque temas que te hagan daño, por eso te apartas antes de que se te acerquen demasiado y tengan la oportunidad de hacerlo.

—Menuda estupidez —mascullo enfadada, negándome a darle la razón.

—Lo que tú digas, y permíteme un consejo, él es un personaje público. Indaga un poquito por las redes y busca, seguro que encuentras algo —me responde con aplomo—. Y ahora cámbiate, tú y yo nos vamos a comer.

—No, gracias, vete con el de la montaña rusa —le respondo cruzando los brazos.

—El de la montaña rusa va a comer con tu chulito, que se larga hoy a Los Ángeles y quería despedirse.

—¿Eso es verdad? ¿Y qué haces aquí? ¡Corre y lárgate a comer con ellos! ¡Necesito enterarme de todo! —le grito, cada vez más convencida de que a la que le falta el hervor es a mí.

—¿Me lo habrías contado todo si Gael hubiera estado delante? —me pregunta enarcando una ceja.

—Tienes razón, no, lo mejor será que vayan solos y luego me lo casques todo — prosigo centrándome.

—Desde luego que eres la discreción hecha mujer —me replica entre risas—. Ve a vestirte que nos vamos.

—Estoy por ponerme el vestido que llevaba anoche para estar a tu altura, menudo nivel hija —le digo, intentando bromear.

—Muy graciosa. ¡Venga, mueve el culo que tengo hambre!

—Oye... ¿crees que debería devolvérselo? El vestido, digo...

—¿Lo ves con él puesto? —me pregunta Luna sonriendo.

—¡Por supuesto que no! Lo digo porque como no nos acostamos... no sé...

—Oye, olvida el tema del vestido, ¿quieres? Él te lo regaló para que lo acompañaras, no para acostarse contigo, y date prisa o me largaré sola a comer.

Al final opto por el vestido de lana negro que me compré en D'Elkann y, una vez maquillada y peinada, salgo de nuevo al salón, donde encuentro a mi amiga enfrascada con el móvil.

—¿Qué miras? —le pregunto acercándome a ella.

—Las fotos de anoche, estabas guapísima, Palo.

—Para lo que me sirvió... Venga, deja el móvil —le pido, dirigiéndome a la puerta.

—Eso no lo sabes—me responde siguiéndome.

Salgo a la calle con las gafas de sol puestas, a pesar de que está nublado, temiendo ser acorralada por los periodistas, mirando continuamente por encima de mi hombro y con miedo a ser fotografiada, pero para mi alivio no me tropiezo con ningún periodista ni nadie me persigue para sacarme fotos.

«Pero ¿qué creías, Paris Hilton? ¿Que no ibas a poder dar un paso? ¡Venga ya!», me dice con retintín la insolente voz de mi cabeza, que ni bajo una catarata es capaz de quedarse callada.

Como con mi amiga en un restaurante de pasta y, aunque se mensajea varias veces con Gael, no me cuenta nada sobre Orlando y yo opto por no insistir. Total, se marcha a Los Ángeles y puede que, después de lo que sucedió anoche, no vuelva a verlo más.

Y con ese pensamiento siento que la pena se instala en mi interior, mientras mi amiga intenta levantarme el ánimo hablándome de la nueva colección que tiene en mente y que a mí, en el fondo, me da igual, pues yo sólo quiero saber qué piensa mi chulito y si va a rendirse conmigo.

Llego cabizbaja a La Cueva sin dejar de pensar en él, ¿ya habrá salido su vuelo?, me pregunto entrando en el *pub* directa al baño para cambiarme.

—¡Hola, forastera! —me saluda Mic desde la barra.

—Lo siento, no te había visto —le digo con seriedad, sin demasiadas ganas de nada—. Voy a cambiarme.

—¿Y esa cara de perro apaleado? Después de dejarme tirada anoche, esperaba verte llegar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues no es el caso, si llego a saber lo que me esperaba, me quedo trabajando aquí con los tacones puestos —le confieso, sentándome en uno de los taburetes.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Has discutido con mi chico? —me pregunta, refiriéndose a Orlando.

Y mirándola con tristeza me dispongo a contárselo todo, necesitando que alguien se apiade de mí y me dé de una vez la palmadita en la espalda que no me ha dado mi amiga.

—Te pedí que no le hicieras daño —me reprende mi jefa cuando termino de contárselo todo.

No puedo creerlo. ¿De verdad ella tampoco va a darme la razón?

—Mic, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? —le pregunto a punto de echarme a llorar.

—Por supuesto que sí y ¡metiste la pata! ¡Hasta el fondo! —me riñe enfadada.

—¡Venga ya, Mic! Pero ¿qué dices?

—¿Nunca te has preguntado por qué Orlando se largó a Nueva York?

—Me dijiste que se fue porque esto se le quedó pequeño.

—¡Sube a mi despacho, ya! Hugo, encárgate de esto —le pide a mi compañero, que acaba de llegar, mientras sale de la barra conmigo pisándole los talones. Pero ¿qué tiene que contarme esta mujer?

—Yo te diré por qué se largó —prosigue cuando accedo a su despacho y cierro la puerta—. No se fue porque esto se le hubiera quedado pequeño, eso es lo que decimos los que lo queremos para protegerlo, pero la realidad es que se le cerraron todas las puertas cuando su carrera comenzaba a despuntar, justo cuando estaba en ese punto perfecto en que empezaba a imaginar lo que era tener el mundo a sus pies.

—¿Qué sucedió? —murmuro con el vello erizado.

—Iba a rodar una película importantísima, dirigida por uno de los directores del momento, la que lo catapultaría definitivamente a la fama; recuerdo lo emocionado que estaba, cómo luchó por conseguir ese papel y su alegría cuando lo llamó Berto para decirle que era suyo. Estaba eufórico —me cuenta con una triste sonrisa—. Pero entonces salió a la palestra una chica con muchas ganas de hacerse famosa y ganar dinero fácil y se inventó una historia tremenda sobre él.

»Las revistas se llenaron con entrevistas suyas, acudió a todos los platós de televisión que quisieron escucharla y se cargó su carrera de un plumazo. De repente le cancelaron el contrato y dejaron de contar con él; nunca dijeron que fuera por eso, pero no hacía falta, estaba más que claro que ningún director quería en su reparto a un tío que había dejado embarazada a una pobre chica, que la había obligado a abortar

bajo amenazas y que la había maltratado psicológicamente. Lo hundieron, Paloma, completamente, todos le dieron la espalda poco a poco, incluso compañeros que él creía amigos.

Los recuerdos se abren paso con la voz de Mic. Me acuerdo, recuerdo ese escándalo, recuerdo cómo todo el mundo hablaba sobre ello, yo misma lo hice con mis amigas, preguntándome si sería cierto o no.

—Por eso se fue —murmuro, recordando esos días.

—Y por eso nunca ha querido volver a trabajar en España, ¡jamás! Y no será por falta de ofertas. Pero es su castigo al castigo que le impusieron. Tuvo que empezar de cero, volviendo a trabajar tras una barra, como comenzó aquí, primero en Nueva York y finalmente en Los Ángeles, donde triunfó y se convirtió en quien es ahora.

Entonces recuerdo la noche de la presentación, sus palabras, que no se sentó con nosotros cuando finalizó su trabajo, sino que se marchó a la barra solo. Nosotros estábamos con actores...

—Cortó por lo sano y, exceptuando unos cuantos compañeros de profesión que le fueron leales cuando nadie más lo fue, no mantiene contacto con nadie del mundillo ni quiere hacerlo tampoco, se ha vuelto receloso, desconfiado y es difícil que entregue su confianza y su amistad a alguien, pero cuando lo hace es para siempre.

Poco a poco todo comienza a encajar en mi cabeza, su actitud, sus comentarios, lo que sucedió anoche... cómo reaccionó y las palabras de mi amiga Luna. ¡Mierda!

—¿Y nunca hizo nada al respecto? —susurro con tristeza.

—Esa chica estaba embarazada de verdad, pero no de él, de hecho, nunca llegaron a acostarse —me aclara—. Con el tiempo hizo un montaje con otro famosillo y más tarde se vio envuelta en un par de escándalos hasta que perdió la poca credibilidad que le quedaba.

—¿Cómo querías que supiera eso, Mic? —le pregunto sobrepasada—. ¡No tenía ni idea! De todas formas, eso no justifica nada de lo que sucedió anoche, él también me acusó de algo que no hice.

—Y fue a disculparse —matiza con seriedad mi jefa.

—Pero ya era tarde, yo también tengo mi pasado, Mic, y no puedo cambiar mi forma de ser ni de pensar, ¿sabes? Posiblemente lo mejor que nos haya sucedido a ambos sea que esto no haya avanzado.

—En cambio a mí me habría encantado que sí lo hubiera hecho. Y ahora a trabajar —me ordena, saliendo y dejándome en medio de su despacho, hecha un mar de dudas.

El lunes repetimos clase con Ada y con Marta y, aunque intento centrarme en lo que nos están explicando, siento mi cabeza dispersa y, cuando me entregan la separata para que la estudie e interprete con Ada, me muero de espanto. ¿Por qué siempre me tocan las más complicadas?, me pregunto releyéndola por encima. Ya podría tocarme una separata tipo chica quiere a chico, chico es un capullo y chica

sufre un hueco, vamos, que ésa la clavaba fijo. Al segundo, su voz resuena en mi cabeza «No me hables de clavar que me pillas muy lejos». ¡Mierda! si es que no me lo saco de la mente y de nuevo «sacar, clavar, meter» y todo lo que de seguro me diría.

Cierro los ojos recordándolo; recordando sus ojos, su sonrisa impertinente, cómo me besó, todo lo que prometía ese beso... lo que sucedió y las palabras de mi amiga y de Mic. ¿Cómo no me acordaba de esa parte de su pasado?, me martirizo pensando, tragando de nuevo con dificultad.

—¿Paloma, estás en clase? —me pregunta Ada con suavidad.

«No, estoy con mi chulito», estoy a punto de responderle.

—Claro, pero es que no entiendo la separata —respondo finalmente.

—Ven aquí —me pide, cogiendo una silla y poniéndola frente a ella.

De nuevo estamos en círculo y mis compañeros dejan de prestar atención a su separata para prestárnosla por completo a nosotras.

Me siento frente a Ada sintiéndome pequeña y desamparada.

—Vamos a ver, así, a bote pronto, ¿qué entiendes?

—Que están buscando a alguien o que quieren buscar a alguien.

—Vale, vas bien, ¿a quién buscan?

—Ni idea —musito, leyéndola otra vez—, ¿a un amigo?

—Lee el guion y piensa, ¿quién puede desesperarse tanto? Si tú no encontraras a tu amigo, ¿te preocuparías hasta ese punto?

—No... ¿Están buscando a su hijo? No, no puede ser, en ningún momento lo llaman así —me respondo a mí misma.

—Lee este párrafo —me indica, señalándolo.

—¿No pueden decir que es su hijo? —musito, empezando a entenderlo.

—Exacto —me responde sonriendo—. Léela de nuevo e interprétala conmigo, yo seré Jon y tú Serena.

Hago lo que me pide, pero aunque ahora la entiendo y sé que esta separata es una oportunidad de oro para lucirme ante ellas, no consigo hacerlo, no consigo conectar con Serena ni ponerme en su lugar. De hecho, lo hago tan rematadamente mal que llego incluso a trabarme leyéndola.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Ada en voz baja—. Necesito que saques todo el sentimiento que hay dentro de ti y lo vuelques en la escena, imagina que eres madre, que tu hijo ha desaparecido y que no puedes decir quién eres a pesar de que la angustia te mata por dentro. ¿Qué harías? ¿Cómo actuarías?

Siento un silencio pesado envolviéndonos y miro la separata de nuevo, intentando conectar, pero no puedo, no cuando no consigo quitarme a Orlando de la cabeza... cuando sólo deseo echarme a llorar... Pero ¿qué me sucede? ¿Dónde está la tía dura que solía ser? ¿La tía que podía con todo?

—¿Paloma? —me llama Ada cogiendo mis manos—. Escuchad —nos dice a toda la clase, mientras yo mantengo la mirada gacha, deseando, ya puestos, desaparecer del mundo durante unas horas—. ¿Sabéis qué es lo más bonito de ser actor? Que todo lo que os suceda en la vida es aplicable a esta profesión: vuestras alegrías, vuestras penas, vuestras frustraciones... van guardándose en vuestra mochila, listas para ser utilizadas cuando las necesitéis y ahora es el momento, Paloma. Busca dentro de esa mochila ese sentimiento de desesperación que estoy segura de que has sentido en algún momento de tu vida y aplícalo. No importa que no hayas sido madre, estoy segura de que alguna vez has deseado gritar y llorar con fuerza y no lo has hecho porque no podías por la circunstancia que fuera. Utiliza ese sentimiento ahora —me pide, llevándome con sus palabras a esa noche cuando, agazapada detrás de la puerta, vi a mi madre de rodillas suplicarle a mi padre. Cómo deseé gritarle que no se fuera, que nos quisiera y que se quedara con nosotros, cómo necesité llorar con fuerza cuando se fue, y cómo no lo hice, por mi madre y por mis hermanos...

Tragándome las lágrimas, empiezo con la separata, abriéndome en canal y sacando todo el sentimiento que hay dentro de mí, ese que reprimo día a día con una voluntad de hierro y que ha ido haciendo cada vez más profunda la grieta de mi alma, esa que no permito que se cierre y que yo misma, con mi rencor, mi desconfianza y mis temores abro cada día más...

Me vuelco en el papel de Serena, olvidando a todos los que nos rodean, con la suave voz de Ada dándome la réplica y convirtiéndome en esa madre que ha perdido a su hijo, con el dolor desgarrador partiéndome en dos y, cuando termino de interpretarla, estoy llorando y alzo la mirada hasta posarla en la de Ada, que me mira sonriendo con ternura.

—A eso me refería. ¿Estás bien? —me pregunta, secándome las lágrimas ante los aplausos de mis compañeros, que incluso se han levantado.

—No, pero gracias por ayudarme —le digo, regresando a mi puesto avergonzada, sintiendo la mirada de todos puesta sobre mí, mientras yo soy incapaz de levantar la mía del suelo.

CAPÍTULO 18

Los días se convierten en semanas, las semanas en meses y con ellos llega el verano, un verano muy distinto al que estoy acostumbraba a vivir en La Masía y pienso en mi madre, hasta arriba de trabajo mientras que yo sólo tengo mi curro en La Cueva, pues el curso ha finalizado y, aunque Berto no deja de enviarme a *castings*, no he conseguido ni un solo papel ni como figurante siquiera, ya que, o el productor quiere a alguien conocido o simplemente otra actriz se ajusta mejor que yo al perfil requerido.

Recuerdo mis primeras semanas aquí, cuando no me daba la vida y sólo deseaba tener unas pocas horas libres para poder dormir. En cambio ahora me ahogo con ellas, pues, aunque adoro Madrid y trabajar con Mic y Hugo, yo no vine aquí para currar en un *pub*, yo vine para labrarme un futuro como actriz, para vivir otras vidas, para ser eterna...

—*For ever and ever* —musito completamente desilusionada, mientras me dirijo al parque al que me llevó Orlando aquella noche y que se ha convertido en uno de mis lugares favoritos de la ciudad.

Me siento en el mismo columpio en el que me senté esa noche, de nuevo con la mirada gacha, mirando esos pies que no han tenido la necesidad de tocar el suelo, porque nunca han llegado a alzar el vuelo.

—Sólo volaron cuando estuve con él... —musito con un hilo de voz, empezando a columpiarme despacio, con los recuerdos abriéndose paso.

Su voz, su mirada, su sonrisa... cómo me hacía sentir, y luego esa noche y las palabras de Mic. ¿Cómo pudo conseguirlo dos veces, cuando yo siento que es imposible conseguirlo una sola vez siquiera? ¿Cómo voy a poder demostrar lo que valgo si no me dan una oportunidad? «¿Cómo ha podido torcerse todo tanto? —me pregunto, sintiendo el nudo formarse en mi garganta—. Yo iba a ser una actriz famosa y mi chulito iba a llevarme al altar», recuerdo con tristeza.

Conseguí el papel de Mari Mari en «Malditos vecinos» cuando no llevaba ni un mes en Madrid, salí con Orlando, el hombre de mis sueños, y, de la noche a la mañana, todo cambió. ¿La suerte del principiante?

—No, por favor —musito, sintiendo los ojos humedecerse por las lágrimas.

«¿Y si no vuelvo a tener otra oportunidad? ¿Y si tengo que regresar a casa con el rabo entre las piernas? ¿Y si nunca lo consigo? ¿Y si nunca vuelvo a verle?», me pregunto con desesperación, dejando de columpiarme, apoyando la frente en la cuerda mientras las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas, sintiéndome completamente sola en esta ciudad repleta de gente.

Hoy Orlando ha subido una foto suya a su Instagram desayunando. ¿Quién se la habrá hecho? ¿Una de sus gatitas?, me pregunto con angustia, echando de menos su arrogancia, su insolencia y todo lo que me sacaba de quicio. Desde ese día no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo, ni yo lo he hecho tampoco...

Ayer subió otra foto suya con las gafas de sol puestas —recuerdo columpiándome despacio—. Era en blanco y negro, llevaba un jersey negro y barba de varios días, estaba guapísimo. «¡Ay, Dios, qué idiota fui! —pienso, alzando la mirada hacia el cielo—. En mi vida volveré a verlo», me torturo de nuevo, recordando cómo me besó y sintiendo que mi vientre se tensa suavemente tan sólo con ese recuerdo.

«Ya te digo yo que no. ¡Si es que eso te pasa por ir de digna por la vida! ¡Lo que te has perdido, atontada!» De nuevo esa voz que tengo aborrecida a muerte.

—Pero ¿es que nunca vas a dejarme en paz, pelmaza? —mascullo en voz alta, sin percatarme y enmudeciendo en el acto al ver la cara de los ancianos que se encuentran sentados en el banco de madera—. Lo siento —susurro muerta de vergüenza, llevando mi mirada al frente, hacia esa mesa en la que él se apoyó y entonces algo cambia dentro de mí.

Puede que no necesite poner los pies en el suelo todavía, pero puedo hacer que emprendan el vuelo, pienso, empezando a columpiarme con fuerza. Puede que mi destino no sea conseguirlo ahora, pero estoy segura de que lo conseguiré...

«Porque lo importante no es llegar a la meta, sino recorrer el camino que te llevará a ella.»

Recuerdo las palabras de Capi, esas que me dijo hace una eternidad, y, aunque en ese camino ahora sólo soy capaz de ver curvas, precipicios y piedras incapaces de sortear, debo seguir caminando por él, por el camino de mis sueños, ese que me llevará hasta lo más alto, pienso sonriendo sin dejar de columpiarme, llegando tan alto como puedo, deseando tocar con la punta de los pies ese cielo azul libre de nubes.

Los pocos días que tengo de vacaciones durante el mes de agosto los aprovecho para escaparme a mi casa, a Formentera, donde, mientras me baño junto con mis amigos en las cristalinas calas y veo el atardecer degustando un mojito en la terraza de El Capitán vuelvo a ser la Palo que era cuando me fui, la Palo que estaba empezando a olvidar y, una noche, sentada junto a mi madre en la terraza de La Masía, le confieso finalmente lo cuesta arriba que está resultándome conseguir mis sueños.

—Pero lo lograrás, hija, estoy segura de ello, puede que no ahora, ni en unos meses, pero lo harás, cuando creas que no puedes más, cuando estés a punto de desfallecer, no te rindas, porque será cuando estés a punto de conseguirlo —me asegura, mirándome con ternura, mientras yo dirijo mi mirada al cielo, sintiéndome pequeña bajo este increíble manto de estrellas.

—A veces siento que ya estoy a punto de desfallecer, mamá —le confieso, sintiendo el nudo formárseme en la garganta y cierro los ojos, centrándome en el suave susurro de las ramas de los pinos al ser movidas por el viento, en el canto de los grillos y en el murmullo de mis deseos... esos que están empezando a enmudecer.

—¿Tan pronto, hija? Pero si apenas llevas un año luchando por tus sueños —me dice levantándose de su butacón—. Levántate —me ordena sonriendo y yo obedezco viendo cómo se sienta donde estaba yo—. Ven, gordi, siéntate en mi regazo.

—Pero ¿qué dices, mamá? Voy a aplastarte —le digo sonriendo a pesar de que estoy a punto de echarme a llorar.

—Ya quisieras, venga —me ordena, tirando de mí y haciendo que me siente sobre sus piernas, como cuando era pequeña, abrazándome—. Siempre serás mi bebé, por muy mayor que te hagas —musita, dándome un beso en la cabeza—. ¿Ya no recuerdas la ilusión que tenías cuando te fuiste? ¿Tan pronto lo has olvidado?

—Es difícil recordarlo cuando por mucho que te esfuerces no te dan la oportunidad de demostrar lo que vales, cuando siempre se llevan los papeles protagonistas las mismas actrices y cuando hay más papeles para hombres que para mujeres —contesto, tragándome las lágrimas.

—Estás centrándote solamente en lo malo, conseguiste el papel de Mari Mari en «Malditos vecinos», ¿cómo crees que lo lograste?

—La suerte del principiante, sin lugar a dudas —le respondo con tristeza.

—O simplemente porque tenías tanta ilusión que nada podía contigo. ¿Dónde está esa ilusión ahora? ¿Esa energía para conseguir lo que deseas? Estás apagada, hija, como si toda tu luz hubiera desaparecido de repente.

—Es que es justo así como me siento, como si me hubiera quedado a ciegas —le confieso.

—Pues no lo permitas y busca esa luz que hay dentro de ti, piensa que ya lo has logrado, siéntelo y sucederá, estoy segura.

—Vaya, mamá, quién te ha visto y quién te ve, y yo que pensaba que ibas a aprovechar esta oportunidad para pedirme que volviera a casa —le digo, alzando la cabeza.

—Si alguna vez desistes de tu sueño, será decisión tuya. Soy tu madre, Paloma, y siempre voy a querer lo mejor para ti, y por mucho que me duela, ser actriz es lo que quieres —me dice, mirándome con ternura—. Recuerdo cuando ibas a rodar esos capítulos, lo entusiasmada que estabas, nunca te vi tan feliz trabajando aquí y así quiero verte de nuevo, aunque no tengas un papel a la vista, ¿sabes? —me dice, acariciando mi brazo—. Cada día es una oportunidad para ser feliz o para no serlo, para hundirte o para seguir, en tu mano está. La vida son decisiones, hija, elige siempre la que te haga feliz. Intentándolo ahora y más tarde, cuando lo consigas, siendo actriz.

—¿Tú eres feliz, mamá? —le pregunto, apoyando la cabeza sobre su pecho, cerrando los ojos.

—Durante unos años no lo fui, no supe serlo —me confiesa—, tu padre se había marchado y yo parecía disfrutar regodeándome en mi pena y en mi amargura, alimentándola día a día, pero luego me di cuenta de que me estaba perdiendo vuestra infancia y decidí no hacerlo. Decidí mi vida, con vosotros y con esto, y lo fui, lo soy de hecho, amoldándome a los cambios y sobrellevándolos lo mejor que puedo.

—¿Como cuando yo decidí marcharme?

—Esos días fueron muy duros y yo no reaccione como debería haberlo hecho, espero que no me lo tengas en cuenta —me pide, abrazándome con más fuerza.

—Por supuesto que no, mamá —le respondo, posando una mano sobre las suyas.

—¿Y Orlando? Te llevó a esa presentación y luego no me has contado nada más.

—Está en Los Ángeles —musito sin apetecerme demasiado hablar de él. A ella no le he contado nada de esa noche y no voy a hacerlo—. Su vida está allí, como la mía está ahora en Madrid, supongo que fue bonito mientras duró.

—Quién sabe lo que os deparará el futuro, no hay nada más sorprendente que la propia vida.

—Espero que a mí me sorprenda para bien —susurro, deseándolo profundamente.

—Por supuesto que sí, hija, sólo tienes que estar atenta a las señales y lanzarte de cabeza cuando las veas brillar, como brillarás tú algún día.

Las palabras de mi madre, estar en mi casa y disfrutar de nuevo de mi isla me llenan de paz y cuando regreso a Madrid lo hago con la firme intención de conseguirlo, y esta vez de verdad.

De nuevo reanudo mi trabajo en La Cueva, mi aliciente ahora, junto a los *castings* a los que continúa enviándome Berto, y mis clases de canto, además de matricularme en otro curso de interpretación, esta vez mucho más corto que el anterior.

Y un sábado, con el curso finalizado y mientras voy callejeando con mi amiga Luna, encuentro una pequeña compañía de teatro. No se encuentra en la Gran Vía, ni interpretan grandes obras ni importantes musicales, sino que se dedican a ir por los colegios de la ciudad representando pequeñas funciones y, sin dudarle un instante, me lanzo de cabeza.

Junto a ellos me convierto en Luisita manchas, una mujer tetuda y culona, en un cangrejo, en un cartón de leche y en un sinfín de personajes más, y recorro, junto a mis dos compañeros de fatigas, todos los colegios de la ciudad y en cada función lo doy todo, incluso al cantar, metiéndomelos a todos en el bolsillo y de nuevo «meter, sacar» resonando en mi cabeza. Él continúa triunfando por todo el mundo con cada uno de sus trabajos.

Junio... dos años después...

—¿Comemos juntos? —nos pregunta María, mi compi de función, deshaciéndose de la peluca que lleva.

—Pero rapidito, que tengo un *casting* dentro de un par de horas —le responde Gonzalo, quitándose el maquillaje de león.

—Por mí bien, hasta las cinco no entro a currar —segundo distraída, todavía con mi disfraz de elefante puesto, entrando en el Instagram de Orlando. Tiene una publicación nueva y accedo a ella como si me fuera la vida en ello.

¿Próximo proyecto? Quién sabe... *Soñaré que te sueño*.

«¿Quéeee? ¿Cómoooooo? ¡Es coña! —me digo, sintiendo cómo todo mi cuerpo empieza a vibrar de emoción—. ¿Van a rodar *Soñaré que te sueño*? ¿Dónde? ¿Aquí? ¿Allí? Pero ¿si el título lo ha puesto en español!? Pero ¿si él no trabaja aquí!?

—¿Paloma? ¿¡Tía, dónde estás!?! —me pregunta María, devolviéndome a la realidad.

—¿Qué? Perdonad, tengo que hacer una llamada —me excuso, empezando a buscar el teléfono de Berto, sintiendo que mi corazón bombea con fuerza dentro de mí.

—Qué casualidad, iba a llamarte —me dice él nada más descolgar.

—¿Por qué? ¿Para qué? —le pregunto acelerada.

—Porque Ada Serrel y Marta Baeza están realizando un *casting* para una película muy importante, te he enviado la...

—¿Estás hablándome de *Soñaré que te sueño*? —lo corto, tan nerviosa que no estoy para andarme por las ramas.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué papel va a interpretar Orlando? ¿El de Juan o el de Roberto?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta de nuevo, extrañado.

—Contéstame, Berto, ¿cuál va a interpretar él? —insisto con el cuerpo en tensión, decidida a teñirme de rubio platino si hace falta, como vaya a interpretar a Roberto.

—El de Juan y a ti te quiero para el papel de Marcela.

¡Por todos los santos! ¡Madre míaaaaaa! ¡Que me va a dar algo!

—¿Cuándo tengo el *casting*? Necesito esa separata ya —le pido, caminando sin ton ni son, como si se me hubiese ido la pinza.

—Escúchame, sé que serías la Marcela perfecta, pero tienes que impresionarlas. El productor es Ignacio Salasqueta, dueño de la productora Cilindro —me aclara, aunque ya sé quién es, porque me lo dijo Orlando—. Y te aseguro que no es de los que arriesgan en sus proyectos, y menos con éste, que promete ser muy ambicioso, no hay más que ver a los protagonistas masculinos, Orlando y Rodrigo Guirao.

—Pero ¿van a rodarla aquí? —le pregunto sin entenderlo y deseando que sea así, pues mi inglés no es que dé pena, es que es para echarse a llorar.

—Los escenarios no están claros todavía, pero se rodará en español, si es eso lo que te interesa saber. Tienes la separata en tu correo y el *casting* en dos días en el estudio de Ada y Marta a las once y media. Te he puesto su dirección en el *e-mail*.

—Vale, gracias, ¡madre mía! —exclamo emocionada—. He leído ese libro tantas veces que me lo sé de memoria.

—No te caracterices, ve lo más natural posible, ¿me oyes? —me pide, en una clara referencia a cuando me presenté al *casting* de «Malditos vecinos»—. Tienes la suerte de que haya sido Olga, su secretaria, la que me ha llamado para pedirme que te presentes al *casting*, que ellas piensen en ti es un punto a tu favor, aprovéchalo y ve a por ese papel, es tu oportunidad, no la dejes pasar.

—Te aseguro que no lo haré, gracias, Berto.

—De nada, te quiero en ese proyecto y a Orlando también.

—¿Cómo? —pregunto extrañada.

—Él no tiene que hacer ninguna prueba, el papel es suyo si lo desea, pero de momento lo ha dejado en el aire.

—Creía que habías dicho que el papel de Juan era suyo.

—Y lo es, sólo tiene que confirmarlo. Y aunque está a la espera de saber las fechas del rodaje, aunque se ajusten a las tuyas, no lo confirmará hasta que no sepa quién interpretará a Marcela y esto, por favor, que quede entre tú y yo —me dice dejándome clavada en el suelo—. ¿Recuerdas lo que me contaste sobre el cincuenta por ciento? Pues ahora es cuando tienes que ir a por él sin importarte a quién te lleves por delante. Os quiero a los dos ahí metidos, no me defraudes.

Él... él no me ha olvidado... Quiere que yo sea Marcela para él ser Juan, como en el videobook...

—¿Por eso te ha llamado Olga? ¿Porque él se lo ha pedido? —le pregunto, dando por buena mi suposición.

—No que yo sepa, supongo que si Ada y Marta han pensado en ti será por tu videobook; en él interpretabas una escena de ese libro con Orlando, además, tu trabajo en «Malditos vecinos» fue muy aplaudido y según me ha comentado Olga, ellas te conocen de un curso que hiciste. Escúchame, necesito que te pongas con esa separata ya, os quiero a los dos en este proyecto —insiste con seriedad—. No me defraudes, Paloma.

—No lo haré —le aseguro antes de colgar—. Chicos, no puedo ir a comer, me ha surgido un imprevisto —les digo, antes de salir disparada hacia la puerta.

—¿Y pretendes ir a ese imprevisto con el disfraz de elefante puesto? —me pregunta María entre risas—. ¡Holaaaaa! ¡Soy el señor elefante! —dice, imitando mi voz y mi actuación de Don Elefante en la función.

—¡Ay, Señor! ¡Qué mal estoy! Por supuesto que no —le respondo, empezando a quitármelo.

—Entonces, ¿hay comida o no? —interviene Gonzalo mirando la hora, mientras yo me deshago del dichoso disfraz.

—Por supuesto, aunque ésta se escaquee —le responde María, dándome un codazo.

—¡Ayyyyy! ¡Tía, que es por una buena causa!

—Ya lo sé, tonta. Venga, vámonos, Gon, que me muero de hambre.

Salimos juntos de la compañía, yo todavía quitándome la pintura de la cara con una toallita y ellos sin dejar de parlotear, discutiendo si comer en el bar al que solemos ir a menudo o innovar y probar otros sitios.

Llego a mi casa acelerada y, mientras picoteo algo en la cocina, reviso la separata sintiendo que la emoción me embarga, recordando el libro, su historia y todo lo que me hizo sentir cada vez que lo leía... Este momento que han elegido para el *casting* es muy bonito, es el principio de su historia y casi al instante me visualizo con Orlando, siendo Marcela y él Juan. ¿Y si lo consiguiera? ¿Y si les gustara para el papel? Rodaría con él, estaría con él... y entonces recuerdo las palabras de mi madre.

«Quién sabe lo que os deparará el futuro, no hay nada más sorprendente que la propia vida.»

«¿Es esto lo que nos tiene reservado el destino? ¿Esta película?», me pregunto, deseándolo con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 19

Los siguientes días los paso intentando sobrellevarlo de la mejor manera posible, a pesar de estar muerta de nervios, memorizando y visualizando continuamente esa escena en mi cabeza e imaginando situaciones con Orlando que posiblemente nunca lleguen a darse. Y por fin llega el tan ansiado y temido día.

Me visto siguiendo las indicaciones de Berto, unas indicaciones que, aunque a simple vista parecen sencillas, realmente no lo son, pues la loca actriz que habita dentro de mí me pide a gritos que me caracterice, tal como hice años atrás, y, en cambio, la Paloma sensata me recomienda que siga las instrucciones de Berto. Tras dos horas exasperantes, en las que vació mi armario buscando el look perfecto, como si existiera, en las que me lo pruebo todo con todas las combinaciones posibles y en las que dejo mi habitación hecha un cristo, finalmente me decanto por un vestido gris claro de punto de largo *midi*, con unas converse blancas. Me dejo la larga melena suelta y freno mis ganas locas de recogerme el pelo en un moño bajo bien tirante, con raya en medio, como estoy segura de que lo llevaría Marcela.

Cuando llego al edificio donde Marta y Ada tienen el estudio, estoy tan nerviosa que debo detenerme unos segundos para tranquilizarme y mentalizarme de que estoy preparada, de que nunca en mi vida lo he estado tanto y de que soy la Marcela perfecta, aunque sea mucho más mayor de lo que es ella, porque mi edad de *acting* es la perfecta.

Llamo finalmente y, cuando estoy frente a la puerta de su estudio, siento como si todo transcurriese a cámara lenta; levantar la mano para pulsar el timbre, mi corazón bombeando con fuerza, los minutos pasando agónicamente despacio...

—¡Hola, Paloma! ¡Cuánto tiempo sin verte! —me saluda Ada.

Su dulce voz, su sonrisa y su mera presencia consiguen lo que no he conseguido yo en todos estos minutos, relajarme, pues siento que a quien tengo frente a mí es a mi profesora y no a la mujer que tiene mi futuro en sus manos.

—¡Hola, Ada! ¡Sí que es verdad! —le digo, dándole un abrazo.

La sigo al interior del pequeño piso, sorprendiéndome al no ver a más candidatas esperando y sorprendiéndome todavía más cuando, al entrar en la habitación donde realizaremos el *casting*, sólo veo a Marta.

—¡Hola, Marta! —la saludo, dándole otro abrazo.

—¡Hola, Paloma! ¿Qué tal estás? —me pregunta con simpatía.

—Atacada —le confieso, mordiéndome el labio.

—Bueno, pues no lo estés, aquí estamos para ayudarte en todo lo que necesites, así que respira, tranquilízate y deja que fluya —me aconseja Ada, colocándose al lado de Marta, que se encuentra de pie junto a la cámara.

—¿Sabes?, nos llamó mucho la atención que una de las escenas de tu videobook fuera con Orlando —me dice Marta y, aunque no me lo ha dicho, me da la sensación de que ya está grabando y me coloco en la marca que hay en el suelo.

—Y de *Soñaré que te sueño* —matizo sonriendo.

—De eso nos dimos cuenta un poco más tarde —me confiesa Ada—. Cuéntanos, ¿cómo se te ocurrió elegir ese libro justamente?

—Porque es uno de mis favoritos, lo he leído tantas veces que podría interpretar a Marcela desde el principio hasta el final.

—¿Y a Olivia? —prosigue Marta—. Ese papel es más relevante que el de Marcela, ¿no te gustaría interpretarlo? La alumna que se enamora de su profesor y vive con él una apasionante historia de amor, ese papel es un caramelo, Paloma.

—Sí, ya lo sé, pero aun así prefiero interpretar a Marcela.

«Además, Orlando va a ser Juan, no hay discusión posible», interviene la vocecilla machacona de mi cabeza, que acaba de hacer acto de presencia.

—Vamos entonces con la separata —me indica Marta—. Ada te dará la réplica, ¿estás lista?

—Sí —le respondo, cogiendo aire.

—¿Recuerdas cuando, aquel día en el curso, te pedí que buscaras ese sentimiento en tu interior? Necesito que lo encuentres ahora y que cuando interpretes la escena te conviertas en ella, en esa mujer del siglo pasado —me pide Ada, siendo de nuevo mi profesora—. Conviértete en Marcela, siente y actúa como lo haría ella.

Asiento cerrando los ojos, buscando ese sentimiento que late en mi interior esperando ser utilizado y los abro cuando oigo su voz.

—Mírame, Marcela —me pide Ada cogiéndome la barbilla y alzándomela levemente, como indica la separata—. ¿Por qué me tienes miedo?

—No le tengo miedo —musito, intentando armarme de valor—. ¿Cómo sabe mi nombre? —prosigo y siento que, con mis palabras, retrocedo al siglo pasado, como aquella vez que interpreté la escena con él.

—Por el mismo motivo que tú sabes el mío —me responde Ada con seriedad.

—Solamente lo sé porque usted es el señorito, pero yo no soy nadie —farfullo, estrujándome las manos con nerviosismo, imaginando que es a Orlando a quien tengo frente a mí. Bajo la mirada mientras el rubor cubre mi rostro, sin poder creer que esté hablando con él.

—Claro que eres alguien —me rebate Ada enfadada—. Te harás daño —murmura, esta vez dulcemente, separando mis manos y reteniéndolas entre las suyas—. No quiero que me tengas miedo; tranquila, no voy a hacerte nada. Contéstame, ¿buscabas a alguien?

Interpreto toda la separata sin sentir ese sentimiento de desdoble que sentí cuando hice el *casting* de Mari Mari, porque otro más intenso y demoledor se ha apoderado de mí, pues esta vez no siento que estoy interpretando, sino siendo; siendo Marcela, esa mujer que aunque sea un personaje de ficción yo siento tan real y cuando terminamos de interpretarla debo tomarme unos segundos para volver a la realidad del estudio.

—Muy bien, Paloma, te llamaremos —me dice Marta sonriéndome.

—Decidáis lo que decidáis, quiero que sepáis que he disfrutado muchísimo este *casting* —les digo de corazón, frenándome para no decirles lo geniales que son en todos los sentidos, por miedo a que crean que estoy haciéndoles la pelota.

—Igualmente —me responde Ada con su habitual dulzura.

Abandono su estudio sintiéndome tremendamente satisfecha, sabiendo que lo he hecho tan bien como podía y mucho más y que era imposible hacerlo mejor, deseando de corazón que me escojan, porque necesito interpretarla tanto como respirar y porque siento que es una oportunidad de oro para demostrarle al mundo lo que puedo dar. Además de reencontrarme con él... con mi chulito, con ese hombre al que no he conseguido olvidar a pesar de los años, a pesar de lo que sucedió entre nosotros la última noche y a pesar de lo mucho, muchísimo, que me sacaba de quicio. Y no será por no intentarlo, pues durante este tiempo casi me he obligado a salir con otros tíos, a los que he terminado dejando, todo sea dicho, además de intentar desintoxicarme de esa necesidad constante de mirar el Instagram de Orlando. Y aunque durante un tiempo lo conseguí, porque me desinstalé la aplicación del móvil, lo confieso, al final recaí. Total, si sólo me quedaba eso, ¿para qué negármelo? Soy una yonqui, lo confieso también, pero no me importa, como no me importa parecer bipolar y no entenderme ni yo. Puede que esté loca de atar o que me vaya la marcha, que sé yo. En fin... que ahora puede que lo vea de nuevo, puede, incluso, que rodemos la película juntos, puede que... «Ufff, tranquila, no te emociones», me digo cuando mi corazón comienza a dispararse de la misma forma en que lo hacen mis pensamientos y, para variar, accedo a su Instagram, donde veo que tiene un nuevo post... ¡Ayyyyyy, a ver qué dice! Ansiosa, abro la foto de una maleta junto a unos pies, los suyos supongo...

¡¡¡Buenos días!!! Ya en España #morning#spain#home #family#friends

¿Quéeee? ¿Cómo que está aquí? ¿Y por qué no me lo ha dicho Luna?, me pregunto acelerada, llamándola... Un tono, dos, tres...

—Dime si es urgente, que tengo una reunión en dos minutos —me responde, como siempre tan atareada.

—Hombre si es urgente. Tía, pero ¿cómo no me dices que Orlando está aquí?

—¿Dónde? ¿En Madrid? —me pregunta sin entenderme.

—¡Y yo qué sé! ¡Ha puesto España y lo he dado por hecho!

—Ya te vale, tía, no tengo ni idea, pero cuando terminemos la reunión se lo pregunto a Gael y te lo cuento, ¿vale? Te dejo —me dice entre susurros.

—Y una mierda, ¡te dejo yo! —Y le cuelgo entre risas, deseando que sí esté aquí, deseando vivir, esta vez sí, lo que tantas veces me negué en el pasado... si él quiere, por supuesto...

—¡Porque toooooo llegaráaaaa! ¡Y seréeee una actriz famosa! ¡Y mi chulito me llevará al altar! —canturreo de nuevo feliz, caminando por la calle dando saltitos cual colegiala, deseando que esa luz que comienza a brillar suavemente termine haciéndolo con tanta fuerza que acabe deslumbrándome.

Estoy tan nerviosa y ansiosa que si fuera de las que se machacan en un gimnasio sin piedad me encerraría ahora mismo en uno de ellos hasta terminar hecha un saco de huesos sudados, pero como no es el caso y ni muerta van a verme por esos sitios llenos de instrumentos de tortura, me siento en una terraza, dispuesta a darme un atracón de helado hasta que me salga por las orejas o me llame mi amiga, que ojalá sea antes de que eso ocurra.

Al helado de turrón le sigue el de leche merengada y más tarde el de crema catalana y cuando siento que estoy a punto de explotar y ante el silencio de Luna, que debe de tener la reunión más larga de la historia de las reuniones mundiales, me dirijo a La Cueva. Está claro que ya he comido suficiente para hoy, para mañana y para toda la semana.

—¡Hola, Mic! —le digo bufando. ¡Ufff, qué empacho llevo!

—¿Como tú por aquí tan pronto? —me pregunta ella sonriendo, mientras yo me siento en uno de los taburetes.

—Necesito marcha y de la buena —le confieso—. Vengo de hacer un *casting* para una peli y estoy hecha un manojo de nervios, creía que darme un atracón de helado sería suficiente para tranquilizarme, pero no, ahora estoy igual de nerviosa y encima a punto de vomitar.

—Si llegas a venir media hora antes te hubieras cruzado con Orlando —me dice con una media sonrisa.

—¿Ha haaa haaa haaaaaa ha venido... aquí? ¿Hoy? ¿Ahora? —susurro, sintiendo que se me revuelve el helado por culpa de los nervios.

—Siempre viene a visitarme cuando está por Madrid y esta vez no iba a ser una excepción —me contesta.

Su explicación me llega en eco... Orlando está aquí y ha venido a La Cueva fuera de mi horario de curro... ¿Me estará evitando? ¿Y si me ha olvidado? ¿Y si le importa bien poco que yo sea Marcela y simplemente no ha confirmado su participación en la película por otros motivos que no tienen nada que ver conmigo?

—Paloma, ¿estás bien? —me pregunta mi jefa, preocupada ante mi mutismo.

—Claro —murmuro, claramente decepcionada—. ¿Y sabes a qué ha venido?

—La productora Cilindro va a dar una fiesta muy importante y él está invitado. Todavía no ha confirmado su asistencia y dudo que lo haga hasta el último momento —me dice sonriendo con orgullo—, pero le coincide con unos días que tenía libres y ha venido a visitar a su familia.

Cilindro... la productora de *Soñaré que te sueño*...

—¿Su familia es de aquí? —musito.

—Claro, creía que lo sabías.

—No llegué a intimar tanto con él como para que me hablara de ellos y... ¿ha venido solo? —pregunto finalmente.

—Ése «ha venido solo» ¿puede traducirse en si tiene pareja? —me pregunta mi jefa apoyándose en la barra.

—Más o menos —le confieso, encogiéndome de hombros.

—No lo sé, Paloma, nunca le pregunto por su vida privada.

—Claro, voy a cambiarme.

Suena mi teléfono, es mi amiga Luna y lo cojo.

—Perdona, nena, no he podido llamarte antes —se disculpa, mientras yo entro en el baño—. Está en Madrid, ha venido a pasar unos días con su familia aprovechado un parón entre viaje y viaje y mañana viene a cenar a casa. ¿Quieres venirte y lo ves? —me pregunta atropelladamente.

—¿Como si estuviera desesperada? —contesto, recordado a la pelirroja de aquella noche, que se acercó a él casi suplicándole una sonrisa—. No, gracias, no sé ni por qué te lo he preguntado, que esté donde quiera, no me importa —le digo con orgullo.

—¡Venga ya! Pero ¡si me machacas continuamente con él! Eso por no hablar de lo controlado que lo tienes por el Insta. ¿Ha sucedido algo? —me pregunta, calándome en el acto.

—Claro que ha sucedido, ha sucedido que ha venido a La Cueva a ver a Mic cuando sabía que yo no iba a estar y ha sucedido que me niego a ser como los cientos de tías que se mueren por que les sonría. No lo soy, aunque me gustaría serlo, no te creas, no veas cómo me jode ser así.

—Ya lo sé, Palo, el orgullo te puede, tía. Pero ponte en su lugar, lo echaste de tu casa, más o menos —matiza, antes de que pueda rebatírsele—. Hace dos años que no sabe nada de ti, no sabe si estás soltera o con pareja, no sabe si quieres verlo o no, ¿qué esperabas?

—Yo que sé... supongo que me recordara y quisiera verme... pero está claro que pasa de mí y te aseguro que no seré yo quien vaya detrás de él arrastrándose y suplicando un poco de su atención.

—Dios me libre de que hagas tú eso —me dice divertida.

—Cada una es como es y si me puede el orgullo pues que me pueda. ¿Y sabes qué? Si te pregunta por mí, no quiero que le cuentes nada —le pido envalentonándome.

—¿Cómo? —me pregunta alucinada—. ¿Qué quieres, que me quede callada?

—Justo eso, tienes prohibido decirle que trabajo en una compañía de teatro, que sigo soltera, loca por él, a pesar de lo que me jode —matizo bufando— y deseando con todas mis fuerzas obtener el papel de Marcela. Prohibido, tía, en serio, si quiere saberlo que venga a él a preguntármelo.

—Joder, Palo, qué huevos tienes.

—Promételo.

—Te lo prometo, no sé absolutamente nada de ti, vamos, que ni te conozco —me responde guasona—, de hecho, en estos momentos estoy hablando sola.

—¡Ja! Pero ¡mira qué eres graciosa! —le digo riendo.

—Ya lo sé, me viene de fábrica —me replica entre carcajadas—. Te dejo, desconocida.

—Te dejo yoooooooo. —Y cuelgo sonriendo.

Me pongo el uniforme sin dejar de pensar en él, imaginando qué habría sucedido si en lugar de darme el atracón padre de helado hubiera venido directamente aquí. ¿Qué más da? Si él no quiere verme, mejor que no nos hayamos encontrado.

Me siento triste, enfadada, decepcionada y mil cosas más, pero decidida a seguir con mi vida como hasta ahora, me sumerjo en la vorágine de La Cueva, que de nuevo se ha convertido en mi vía de escape.

—Vamos a tener que pensar en la actuación de este finde —me comenta Hugo a media tarde.

—Estoy cansada de hacer reír —le contesto, refiriéndome a las canciones que con tanto éxito interpretamos, en las que yo canto rematadamente mal, ahora a propósito, mientras él lo hace de maravilla.

—Muchísima gente viene a La Cueva justo por esas actuaciones.

—Pues no me importa —le digo tozuda. Todavía estoy cabreada y me temo que mi compañero está a punto de llevarse el premio gordo.

—Respira, fiero —me responde, calándome en el acto—. ¿En qué habías pensado?

—No lo sé —mascullo, dejando una botella de malas formas—. Estoy harta de calentarme la cabeza pensando en las dichosas funciones, pero esta vez quiero lucirme. Piénsalo tú. —Y me marchó de la barra. Desde luego que hoy me llevo el premio a la tía más maja de todo Madrid y los alrededores.

—Ya sé qué canción podríamos interpretar —me dice, cuando regreso a mi puesto.

—¿Cuál?

—¡¡¡Ay!!! ¡Fonsi! —exclama, dándole la entonación y haciéndome reír por primera vez en toda la tarde.

—¿Despacito? —le pregunto, entendiéndolo en el acto

—Exacto, princesa. ¿Qué dices? ¿Te lucirías bastante?

—Me parece que sí. Y tú, ¿sabes bailar?

—Me parece que sí —me replica, guiñándome un ojo.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —contesto sonriendo.

—Nada, soy perfecto. Y tú y yo mañana vamos a reventarlo todo con la actuación, ¿a qué hora puedes ensayar?

—Déjame que lo piense, tengo la agenda tan repleta que no me da la vida —le digo teatralmente, pues la tengo tan vacía que hace hasta eco—. Aquí eres tú el ocupado —mascullo, pues desde hace meses compagina a duras penas su trabajo en La Cueva con el rodaje de una serie.

—Ya te llegará tu momento, princesa, sabes que esta profesión es muy jodida.

—No me digas. No me había dado cuenta —le respondo con cinismo—. Venga, vamos al meollo, ¿puedes ensayar mañana por la mañana o tienes rodaje?

—A partir de las doce estoy libre, ¿te va bien?

—Lo intentaré —le respondo haciéndole una mueca.

El día transcurre como otro cualquiera, con la excepción de que hoy me quemo los ojos mirando la dichosa puerta y, cuando llego a mi casa, me tiro en el sofá sin ganas de nada.

—Seguro que me ha olvidado —murmuro mirando al techo.

«Seguro que sí», me responde la insolente voz de mi cabeza.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? ¡Que me dejes, pesada!

Cuando me despierto al día siguiente, mi primer pensamiento es para él. ¡Vaya, qué novedad! Y como viene siendo una costumbre, me conecto a su Instagram. Desde luego que si supiera las veces que me conecto a su perfil me denunciaría por acoso. Tiene una publicación nueva y accedo a ella despertándome en el acto. Es la fotografía de una cena para dos con vino y leo el texto que la acompaña.

Orlandosun #buenacompañia #cenar #nigth #home #tyy

—Genial, voy a tirarme por la ventana —me digo tirándome, pero sobre la cama.

«Pero ¿qué esperabas, atontada? ¿Que un portento así se acordara de ti después de dos años? ¡Venga ya!»

Y por una vez en la vida tengo que darle la razón.

La mañana se me hace eterna y, por fin, a las once y media me dirijo a La Cueva para ensayar con Hugo el número de esta noche, sin dejar de preguntarme con quien cenaría Orlando anoche, si tendrá pareja, si me recordará y me acuerdo de que hoy cenará con Luna y con Gael, y me pregunto si irá solo o mal acompañado.

Saber que está en Madrid me produce un nerviosismo difícil de explicar, que se incrementa a medida que llega la noche. ¿Y si viene con mis amigos después de cenar?

«Sigue soñando...» De nuevo esa voz que tengo aborrecida a muerte.

Por suerte para mí, La Cueva se pone hasta las topes, como todos los fines de semana, por lo que consigo medio dejar de pensar en él y en mis amigos, que finalmente no han venido, y cuando Hugo me hace la señal, me dirijo al baño para cambiarme.

Sustituyo la camisa y la pajarita por un top corto rojo y la minifalda negra por unos cortísimos shorts vaqueros, completando el look con unas sandalias de tiras negras como las que lleva la mujer del videoclip y, cuando el local se sume en la más completa oscuridad, me reúno con Hugo, que se ha vestido con una camiseta y unos vaqueros negros, en el centro del escenario.

Y entonces da comienzo la canción con los focos iluminándonos y le sonrío empezando a bailar sensualmente, llevando mis manos a mi pelo mientras muevo la cintura, imaginando que Orlando está entre el público. Me dejo llevar y disfruto de una de nuestras actuaciones más sexys hasta el momento, subiendo varios grados la temperatura de La Cueva con nuestros movimientos.

—¡PASITO A PASITO...! —oigo que la gente canta a voz en grito el estribillo y, cuando me vuelvo hacia ellos, me sorprendo al ver a muchos bailando como nosotros.

—Joder, tía, qué pasada, tenemos que volver a hacer algo así —me dice Hugo, posando las manos sobre mis caderas y moviendo las suyas al ritmo de las mías, con nuestros cuerpos totalmente pegados.

De repente siento que mi cuerpo reacciona, vibrando y desbordándose, y mi corazón se sacude con fuerza. Me vuelvo sorprendida, esperando encontrarme con su mirada, pero no, no está, o al menos yo no lo veo, y siento cómo la desilusión se instala en mi interior a pesar de que no dejo de sonreír ni de bailar en ningún instante.

El sábado no puedo con mi alma y cuando suena el timbre de la puerta me levanto maldiciendo. ¡Será posible!

—¿Quién es? —medio ladro.

—Traigo cruasanes recién hechos y mucha información, pero si no te apetece y todavía eres una desconocida para mí, me voy a comérmelos con mi marido —dice la alegre voz de mi amiga Luna.

—¡Qué idiota eres! ¡Sube! —le ordeno riendo.

Como siempre ocurre cuando las puertas del ascensor se abren, no sé si Luna sale de él o de una revista de moda. ¡Dios, qué envidia me da! ¡Y yo con estos pelos!

—Desde luego que follar asiduamente te sienta bien —le digo, haciéndole un escáner en toda regla.

—Es lo que tiene estar todo el día subida a una montaña rusa —me pica riendo y dándome un beso.

—Eres odiosa como tú sola.

—Lo que tú digas, pero la odiosa esta sabe muchas cositas que tú te mueres por saber —prosigue, dirigiéndose a la cocina—. Ve a asearte un poco, anda, yo prepararé el café, qué menudo careto llevas, tía.

—Para tu información, estaba durmiendo. Anoche a Mic se le fue la mano a la hora de cerrar y llegué a casa casi de madrugada —le cuento desde el baño.

—Mic tiene un chollo con vosotros. Menudo bailecito *hot* os marcasteis anoche Hugo y tú.

—¿Cómo? —pregunto entrando en la cocina sin dejar de lavarme los dientes.

—Hay un vídeo de vosotros en el Instagram de La Cueva. Menudos movimientos, tía.

—Lo subiría Mic, ya pensaba que habíais estado allí —le respondo regresando al baño.

—¿Nosotros o él? —me dice, alzando la voz y dando en el clavo.

Me enjuago la boca rápidamente y, tras lavarme la cara y recogerme el pelo en una coleta mal hecha, regreso a la cocina.

—¡Bah! ¿Qué más da? Venga, empieza a largar —le pido, sentándome en mi silla favorita, mientras mi amiga sirve el café y yo cojo un cruasán—. No fuisteis, ¿verdad? ¿Cómo fue la cena? ¿Fue solo o con pareja? ¿Te preguntó por mí? ¿Le contaste algo? No lo harías, ¿verdad?

—Oye, ¿por qué no coges un poco de aire o te metes el cruasán entero en la boca? Menudo interrogatorio, hija.

—¿Voy a tener que suplicártelo?

—La verdad es que no te veo suplicando ni mendigando la atención de nadie —me dice medio sonriendo—. Vino a cenar solo, tan guapo e irresistible como siempre, con esa media sonrisa que parece no abandonarlo nunca y destilando arrogancia y sexo del bueno por todos los poros de su piel. Desde luego, tía, no sé cómo pudiste rechazarlo tantas veces, menuda fuerza de voluntad.

—¡Oye, que tú estás casada!

—¿Y quéééé? ¿Eso me convierte en ciega? Orlando es guapo con ganas.

—Ya lo séééé —medio lloriqueo—. ¿Y de qué hablasteis?

—Nos contó lo de la película esa, *Sóñaré que te sueño*, al parecer el productor, Ignacio Salasqueta, está muy interesado en que él interprete uno de los papeles protagonistas.

—El de Juan —matizo.

—Exacto, aunque Orlando todavía no lo ha confirmado.

—Eso me dijo Berto—le contesto, removiendo mi café.

—Por lo que nos contó, los papeles principales ya están asignados, sólo falta confirmar el suyo y el de la antagonista, para el que opta una actriz bastante conocida, que cuenta con el beneplácito del tal Salasqueta. Aunque hay otra actriz sin demasiada experiencia, y que me parece que eres tú, que es la favorita de las directoras de *casting*.

—¿De verdad? —susurro, aferrándome a ese último dato como si de mi tabla de salvación se tratara.

—No hay nada decidido todavía y las directoras de *casting* están sudando la gota para que la actriz no conocida sea la elegida.

—¡Madre mía! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza.

—Tranquila, nena, estoy segura de que si les has gustado tanto harán todo lo posible para que el papel sea tuyo.

—En el caso de que sea yo...

—Por supuesto que eres tú, ¿acaso lo dudas? Tía, eres buenísima y ésta es tu oportunidad para darte a conocer y estar con él —matiza, guiñándome un ojo.

—Eso también, no sabes las veces que me he arrepentido de lo que sucedió esa noche; no tendría que haberle pedido que se marchara —le confieso.

—En ese momento hiciste lo que sentías, como cuando me pediste que no le hablara de ti. Tú eres así, tía, orgullosa y fiel a ti misma, ya quisieran muchas parecerse un poco a ti, incluso yo a veces, aunque no muchas, no te me vengas arriba —me dice riendo.

—Gracias, pero en realidad soy yo la que quisiera parecerse a ellas, que seguro que no lo hubieran rechazado tantas veces.

—Posiblemente, pero esas tías figurarán en su larga lista de conquistas de las que no recordará ni su nombre, mientras que tú eres la única que no ha dejado de rechazarlo. Créeme, eso a un tío como él, que las tiene a patadas, tiene que mosquearlo.

—Menudo honor... Oye... ¿y te preguntó por mí?

—Nada, ni un puñetero comentario, aunque realmente de su vida tampoco es que contara mucho. Gael intentó sonsacarle si estaba con alguien, pero ya sabes lo sinvergüenza que puede llegar a ser y le respondió con un comentario muy pero que muy golfo que no necesitas escuchar —me dice poniendo los ojos en blanco.

—Genial. ¿Sabes que el jueves cenó con alguien? Subió una foto a su Insta con la imagen de una cena para dos.

—No me extraña, pero no creo que sea nada serio. Anoche varias tías lo llamaron para quedar con él y pasó de todas ellas.

—A mí tampoco es que me haya hecho mucho caso —mascullo, llenándome la boca con un cruasán—. Y... ¿sabes si fue a La Cueva?

—Ni idea, se largó a las tres y media, dijo que tenía cosas que hacer.

—¿A las tres y media de la madrugada? —le pregunto extrañada, enarcando una ceja.

—Eso mismo le preguntó Gael, pero se limitó a sonreír.

—Pues vaya.

—Pues vaya —me secunda dando un sorbo a su café—. Oye, de lo que te he contado ni una palabra, que me metes en un lío —me advierte.

—¿Sobre lo de la peli?

—Claro, se supone que lo saben muy pocas personas.

—Tranquila, no diré nada.

Cuando mi amiga se va, me tiro en el sofá dispuesta a no hacer nada, sin dejar de pensar en todo lo que me ha contado, mientras, como una autómatas, voy cambiando de canal sin importarme demasiado lo que estén haciendo, y cuando doy con un programa de cotilleo lo dejo puesto por si acaso lo pillaron anoche haciendo... a saber qué.

—¿Adónde fuiste, Orlando? ¿Y con quién?

CAPÍTULO 20

Es lunes, en todo el fin de semana no he sabido nada de él, no se ha pasado por La Cueva y no ha vuelto a poner ningún post en su Insta y yo... yo debería apuntarme a algún programa de desintoxicación de chulitos y buscarme un rollete aunque sea de una sola noche. Necesito desahogarme y echar un buen polvo con quien sea, no importa, visto lo visto no voy a ponerme demasiado quisquillosa; quien dijo que la vida de *single* era la perfecta estaba claro que no lo era. ¡Yo quiero un tío que me ponga mirando a Cuenca o a Huelva o como sea el puñetero dicho! Y en estos momentos, me importa bien poco si se llama Orlando o Pepito de los Palotes, pienso, devorando con la mirada a dos policías que pasan por mi lado. ¡Ay, Diossssss, qué culos!

—¡Que viva el cuerpo! —les digo riendo, recordando a mi Carmencita y su frase.

Suena mi móvil y lo cojo con el corazón en la garganta al ver que es Berto.

—Dime —susurro a punto del infarto. Pum pum pum...

—Buenos días, ¿qué tal? —Mira que le gusta irse por las ramas. ¿Cómo que qué tal? ¡Vengaaaaa! ¡Al grano!, lo apremio mentalmente.

—Muy bien, ¿y tú? —Ufff, cómo odio los formalismos.

—Bien también, ¿estás ocupada ahora? —Ocupadísima, respondo de nuevo mentalmente, poniendo los ojos en blanco.

—No, tranquilo, dime.

—Necesito que te pases ahora mismo por el despacho de Ada y de Marta, dime si puedes ir y voy yo también.

—Pero... ¿ha sucedido algo? —le pregunto, sintiendo que el corazón prácticamente me deja de latir, vamos, que ahora es cuando me muero.

—Nada, no te preocupes... ¿Podrías ir ahora?

—Sí, en quince minutos estoy ahí —le aseguro, viendo una boca de metro casi delante de mí.

—Muy bien, nos vemos entonces.

Y casi a la desesperada accedo a ella, cojo el metro y me vuelvo medio loca por saber qué habrá sucedido.

Llego al despacho de Ada y de Marta en el mismo instante en que lo está haciendo Berto y lo espero en la puerta.

—Vaya, esto es sincronización —me dice, dándome dos besos.

—Totalmente —le respondo llamando al timbre—. ¿Qué ha sucedido? ¿A qué vienen tantas prisas? ¿Tiene que ver con el papel de Marcela? —lo bombardeo finalmente.

Abren la puerta y, sin contestarme, accede al interior del edificio conmigo pisándole los talones, deseando estrangularlo ante su silencio, su largo y agónico silencio, que mantiene incluso dentro del ascensor, y cuando finalmente se abren las puertas y ante mí aparece Ada, estoy a punto de vomitar por culpa de los nervios.

—¡Hola, Ada! —Más formalismos—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, esto es eficiencia, Berto —le dice ante mi mirada de vais a volverme loca.

—Buenos días, Ada —la saludo también, dándole un par de besos y entrando en el piso, donde nos espera Marta en el despacho de ambas.

—¿Alguien va a decirme qué está sucediendo? —les pregunto sin poder morderme la lengua—. ¡Hola, Marta! Lo siento, pero es que Berto no ha querido decirme nada y no puedo más.

—Sentaos, por favor —nos dice con seriedad, mientras ella se sienta tras la mesa y Ada se apoya en ésta—. Como sabéis, nuestro trabajo como directoras de *casting* consiste en encontrar al actor perfecto para cada uno de los papeles, pero luego el productor está por encima de nosotras. Él es quien pone la pasta y quien, muy a nuestro pesar, toma la decisión final —nos cuenta Ada—. Para nosotras, tú eres Marcela como Orlando Sun es Juan, pero no os tenemos a ninguno de los dos, pues Orlando está a la espera de que le confirmen las fechas de un proyecto que tiene pendiente y el productor de la película ha decidido que Marcela sea Blanca Marco.

—Blanca también ha hecho la prueba y, aunque da bien, no es la Marcela que nosotras tenemos en mente. Además, está tu videobook y esa escena con Orlando que nos tiene pilladas, el *feedback* que tienes con él dudo que lo tenga ella, de hecho, pocas veces Ada y yo hemos visto esa química entre dos actores y es justo eso lo que engancha al espectador, creerse a la pareja y la historia, pero ya no sabemos cómo entrarle a Ignacio —nos confiesa Marta mirando a Ada.

—Se ha negado incluso a que le enviemos tu prueba. En este tema se ha mostrado completamente tajante, limitando nuestro trabajo, pues nosotras sí somos de descubrir a nuevos talentos y tú eres uno de ellos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunta Berto, frunciendo el ceño.

—Por eso estáis aquí —prosigue Marta—. Como sabes, Berto, la productora Cilindro va a dar una fiesta para celebrar su cincuenta aniversario. En esa fiesta estará por supuesto Ignacio, y Ada y yo habíamos pensado que Paloma podría acompañarnos.

—Pero si yo no estoy invitada —intervengo con un hilo de voz, pues escucharlas me ha helado por dentro... El papel de Marcela ya está dado... no lo he conseguido.

—Pero lo estarás si vienes con nosotras —me aclara Ada—. Paloma, necesitamos que Ignacio vea lo que vemos nosotras y para eso debes estar lista para hacer lo que tenemos en mente.

—¿Y qué habéis pensado exactamente? —pregunta Berto, y gracias, porque yo he enmudecido de repente.

—Queremos caracterizarla como Marcela y que haga un *casting* en directo —le responde Marta con aplomo—. Con la excusa de querer hablar con él, nos lo llevaremos a alguna sala donde ya lo tendremos todo listo y Paloma sólo tendrá que entrar con una bandeja de bebidas y ofrecerle una copa. Nosotras la presentaremos como Marcela y ella dirá algo así como «Para servirle a Dios y a usted», no sé, eso todavía tenemos que concretarlo, pero lo que tenemos claro es que si no hacemos algo, Blanca se llevará el papel y, aunque es una buena actriz, no es la apropiada para ese personaje —prosigue ante mi mirada desorbitada.

¡Venga yaaaaa!

—Pondremos tu videobook en el mismo instante en que entremos en la habitación, para no darle tiempo a reaccionar —me cuenta Ada con decisión, mientras yo permanezco muda—. Así podrá ver tu secuencia con Orlando y comprobar el increíble *feeling* que hay entre los dos y cuando finalice el vídeo, tú sólo tendrás que entrar para ofrecerle algo de beber y decir unas cuantas frases.

—Eso es una encerrona en toda regla. ¿Habéis pensado que puede cabrearse con vosotras y conmigo y no querer volver a trabajar con ninguna de nosotras en toda su vida? —les pregunto, empezando a sudar.

—Tú no sabes las cosas que hemos tenido que hacer cuando un productor se ha puesto cabezota —contesta Marta—. Una vez nos vimos en una situación similar a ésta, el productor se empeñó en una actriz cuando nosotras habíamos elegido a otra. Se suponía que tenía que ser una tía explosiva, de esas capaces de hacer que un tío se diera la vuelta y prácticamente se torciera el cuello.

—Cogimos a nuestra chica, la vestimos supersexy, con unos taconazos y un vestido rojo ajustadísimo, y pusimos cámaras por toda la Gran Vía —prosigue Ada sonriendo.

—La tuvimos Gran Vía arriba Gran Vía abajo, paseándose como lo haría el personaje y todos, absolutamente todos los tíos se volvieron, así fue como conseguimos que el productor cambiara de idea —continúa Marta.

—La productora nos contrata para que encontremos a los actores perfectos y cuando se empeñan en poner a otros, bien sea por amistad, relaciones o intereses, nos crean un problema a nosotras, pues ponen en entredicho nuestro trabajo —nos dice Ada.

—No entienden que hasta un secundario es importante y con esa clase de intromisiones pueden cargarse un reparto —prosigue Marta.

—¿Entonces? —murmuro, sin terminar de verlo.

—¿Estás dispuesta a hacerlo? Y tienes que tener claro que, aunque lo hagas, no significa que vayas a obtener el papel, pero sí tendrás la oportunidad de realizar el *casting* final con el actor que interprete finalmente a Juan y que esperamos que sea Orlando.

—Estamos seguras de que si llegas a ese punto el papel es tuyo —me asegura Marta.

—Lo hará —se me anticipa Berto.

—¿Lo harás? —me pregunta Marta.

—Es una locura, pero lo haré —les respondo, muerta de miedo.

—Perfecto, nosotras te buscaremos el disfraz. Intenta peinarte con un moño bajo para que podamos colocarte una cofia —me pide Ada.

—¿Y Orlando? ¿Cuándo sabremos algo? —le pregunta Marta a Berto—. Necesitamos cerrar la terna de candidatos cuanto antes, no puede tenernos tan en el aire.

—Os diré algo en cuanto lo sepa yo —les responde levantándose—. Tengo que irme, tenedme al tanto de todo —les pide, dándoles un par de besos y saliendo de la oficina seguido por Marta.

—Puedes hacerlo —me dice Ada, intentando infundirme confianza—. Tú misma nos dijiste que habías leído tantas veces el libro que podías interpretar a Marcela desde el principio hasta el final. Es el momento de demostrarlo, Paloma, necesito que seas ella, que no titubees, que no te pongas nerviosa y que realices el *casting* de tu vida.

—Lo intentaré, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para no fallaros —le aseguro, decidida a poner toda la carne en la plancha, o como sea el dichoso refrán.

—La fiesta es este sábado. Búscate un vestido elegante y que no sea excesivo, no nos vengas con un escote que te llegue al ombligo, por favor, recuerda que tiene que ver en ti a Marcela, no a una vigilante de la playa —me aconseja sonriendo.

—Está claro, lo pillo —le respondo, riendo por su comentario.

—Ada y yo pensaremos con calma la encerrona y cuando lo tengamos todo claro te enviaremos por *e-mail* tus frases —me dice Marta, entrando de nuevo en el despacho.

—Y el sábado por la mañana te pasas por aquí y lo ensayamos —prosigue Ada.

—En mi vida hubiera imaginado que estas cosas se hacían así —les confieso alucinada.

—Desde luego que no es el método habitual, pero estamos desesperadas —me confiesa Marta entre risas.

—Es frustrante cuando sabes que tienes al actor perfecto y no te permiten demostrarlo —añade Ada con su habitual dulzura.

—Pero lo haremos —prosigue Marta, sonriéndome con complicidad.

—Eso espero —respondo sonriendo yo también—. Para mí también es muy frustrante que no me permitan demostrar lo que valgo. Me marchó, enviadme esas frases cuando las tengáis.

—Recuerda venir el sábado por la mañana para ensayar —me pide Marta acompañándome hasta la puerta, seguida por Ada.

—¿A qué hora querréis que venga?

—Sobre las doce está bien, así luego nos vamos a comer.

—¡Madre mía! —musito, mordiéndome el labio inferior—. Nos vemos el sábado —concluyo, respirando profundamente.

Recordando lo que me contó Luna sobre el préstamo de vestidos a cambio de publicidad, me dirijo al edificio D'Elkann deseando que esa opción sea válida también para mí, a pesar de no ser una actriz conocida, y cuando llego al diáfano vestíbulo lo observo impresionada, preguntándome si no me habré precipitado en mis deseos.

—¿A quién busca, señorita? —me pregunta el guardia de la puerta, impidiéndome el paso.

—A la señora Luna Costa. —Uyyy, qué raro queda eso de «señora».

—¿Tenía cita con ella?

—No, pero dígame que su amiga Paloma está aquí y que necesita hablar con ella urgentemente.

Veo que marca una extensión, supongo que la de Luna y al segundo cuchichea algo.

—La encontrará en la quinta planta, al final del pasillo, en el Departamento de Diseño.

—Muchas gracias —musito, antes de dirigirme al fondo del vestíbulo, donde se encuentran los ascensores.

Cuando se abren las puertas en la quinta planta lo observo todo maravillada; suelos de mármol blanco, oficinas acristaladas... Madre mía, igualito a la compañía de teatro en la que trabajo, que tiene más años que Matusalén, pienso, mientras me dirijo al final del pasillo, de donde, de uno de los despachos, está saliendo mi amiga, tan guapa y elegante como siempre.

—¿Ha sucedido algo, Paloma? —me pregunta preocupada, llegando hasta mí.

—Sí, nena, y necesito tu ayuda —le digo, deseando que pueda echarme un cable, pues necesito impresionar al tal Ignacio y nada mejor para hacerlo que llevando puesto uno de sus vestidos.

—Ven, cuéntamelo todo —me pide, abriendo las puertas de una sala de reuniones, donde me invita a sentarme.

Y entonces se lo cuento todo, con todo lujo de detalles.

—¿Esas cosas se hacen? Quiero decir... que eso es una encerrona en toda regla.

—Eso mismo les he dicho yo.

—Cuenta con un vestido de escándalo entonces, tenemos uno de la colección Dreams que se ajusta perfectamente a lo que necesitas. Espera aquí un momento —me pide, saliendo disparada y respiro aliviada por contar con su ayuda.

—Mira —dice, entrando a los pocos minutos con una Tablet en la mano—. No necesitarías ni disfrazarte, este look es perfecto. —Me muestra una camisa de seda color marfil con una falda larga verde oliva, sobre la que cae un tul combinado con encaje verde claro—. No digo que una criada vaya a ir así vestida, por supuesto, pero con que te pusieras el delantal, que yo te diseñaría, y la cofia, estarías perfecta.

—Me lo tendríais que prestar —musito con prudencia—. Yo no puedo pagar este vestido.

—Si tú te luces ante los periodistas y dices que tu vestido es de nuestra firma —me contesta sonriendo con aplomo.

—Hecho —le digo sonriendo finalmente.

—Hecho —me responde a su vez—. Orlando va a flipar cuando te vea.

—Te recuerdo que no ha confirmado su asistencia —le recuerdo.

—Pero lo hará.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto, frunciendo el ceño.

—Porque eres la única tía que no ha dejado de darle calabazas y eso ha tenido que dolerle en su orgullo de macho.

—En cambio yo creo que se ha hartado de mí y ha decidido dejar de perder el tiempo conmigo. Te recuerdo que fue a La Cueva cuando sabía que yo no estaba.

—A ver, ¿qué sucede cuando estás a régimen y te prohíben el pan? Pues que sólo quieres comerlo, a pesar de tener un solomillo delante.

—¿Y yo soy el pan? —le pregunto alzado las cejas.

—¡Es un ejemplo, idiota! Me refiero a que no olvidas algo que se te niega continuamente. Te aseguro que si tú vas, él va de cabeza.

—¡Madre mía! ¿Dónde me estoy metiendo?

—En un berenjenal de cuidado —me responde—. Más te vale tomártelo a risa y pasarlo bien, porque como te dé por pensarlo mucho, te da un ataque seguro.

—Desde luego eres única dando ánimos —le digo ante sus carcajadas—. Pero gracias, a pesar de que me has comparado con un pan frente a un solomillo, eres una gran amiga.

—Ya te dije una vez que te vestiría cuando fueras una actriz famosa. Total, estoy adelantándome un pelín, porque si de algo estoy segura es de que lo serás y cuando llegue ese momento te quiero vestida únicamente con mis diseños.

—Eso por descontado —le respondo con aplomo—. Venga, te invito a comer.

—Pero elijo yo, espera que coja el bolso —me dice, saliendo de nuevo disparada.

Comemos con su compañera y amiga Greta en un restaurante de pasta, donde le contamos, de manera confidencial, lo que Ada y Marta están tramando y, entusiasmada, Greta se une a nosotras para diseñar, junto a Luna, el delantal y la cofia

que me pondré esa noche.

Cuando me despido de ellas lo hago pensando que quizá no sea tan disparatada la idea.

Durante los siguientes días me reúno varias veces con Luna y Greta en el *Fitting Room* de D'Elkann, donde me pruebo el vestido junto con los complementos que llevaré esa noche, además de una idea brutal que han tenido y que consiste en una sobrefalda gris, que me pondré sobre la que llevaré, y un mandil crema a juego con la blusa y la cofia. Y en esa habitación, junto con mi amiga y con Greta, dejo de ser Paloma para convertirme realmente en Marcela.

El sábado me despierto antes de que suene la alarma del móvil y, sabiendo que no voy a poder dormir más, me dirijo a la cocina, donde me preparo un café bien cargado, mientras repaso los diálogos que me enviaron hace unos días Ada y Marta. A las 12.00 en punto, con la sobrefalda, el mandil y la cofia pulcramente doblados dentro de una bolsa con el sello de D'Elkann, me encuentro frente al edificio donde tienen su despacho, hecha un manojito de nervios.

Llamo y, cuando me abren, accedo a su interior sintiendo cómo todos los músculos y las articulaciones de mi cuerpo se aflojan. Hoy es el día, el acojonante día, hoy se decidirá mi futuro como actriz... o no, pues si todo sale como esperamos tengo muchas posibilidades de conseguir el papel de Marcela, pero si no es así, puede que se me cierren para siempre las puertas de una de las productoras más importantes del país. Y luego está él, al que espero ver después de dos largos años.

—Tranquila, puedes hacerlo, además, no puedes fallarle a tanta gente —me digo entrando en el ascensor, pensando en Ada, en Marta, en Luna y en Greta, esas mujeres que se han volcado tanto conmigo, y en mi sueño.

Cierro los ojos y apoyo la espalda en una de las paredes, sintiendo que entro en una espiral de pánico, mientras un sudor frío cubre todo mi cuerpo. Cuando las puertas se abren, abro los ojos yo también, viéndolo todo borroso, y me encuentro con el rostro sonriente de Ada en cuanto salgo del ascensor.

—Parece que hayas visto un muerto, estás pálida, Paloma.

—Lo siento —musito—. Esta noche te juro que estaré tranquila, pero necesito vivir mis momentos de pánico antes.

—¿Y éste es uno de esos momentos? —me pregunta con dulzura, haciéndose a un lado mientras yo accedo al interior del piso.

—Eso parece —contesto con un hilo de voz, mirando a Marta.

—Ada y yo también nos jugamos mucho esta noche, es normal que estés nerviosa. Pero tómatelo como un juego o como un *casting* a lo grande —me dice Marta, cogiéndome suavemente del brazo y llevándome hasta su despacho, donde se sienta sobre su mesa, mientras yo lo hago en la silla que hay frente a ella.

—Además, nosotras vamos a estar a tu lado todo el tiempo —añade Ada—. Si aprendes a controlar los nervios, esta noche puede ser tu gran noche. Disfrútala, busca ese sentimiento de paz que seguro que hay dentro de ti y piensa que eres

Marcela, así te resultará más sencillo.

—Ya siento que soy Marcela, sólo necesito encontrar ese sentimiento del que me hablas y te prometo que lo bordo.

—No tengo ninguna duda. Mira, aunque suene presuntuoso, nunca nos equivocamos y si hacemos esto es porque estamos muy seguras de ti —me dice Marta—. Y necesitamos que tú lo estés también.

Y antes de que entre de nuevo en pánico, es Ada, con su dulzura y su tranquilidad, la que empieza a relajarme, mientras me cuenta las pautas que seguiremos esta noche, para posteriormente ensayar con ambas cuales serán mis pasos y mis palabras cuando llegue el momento.

A las siete y media vienen a mi piso Luna y Greta para ayudarme a peinarme, a maquillarme y a vestirme, contagiándome su alegría con sus risas y sus comentarios.

—El día que te cases con tu chulito, nosotras te diseñaremos el vestido de novia, ¿verdad, Greta?

—No lo dudes, princesita, pero puede que antes me case yo —le dice sonriéndole.

—Estás de coña —musita mi amiga dejando de maquillarme en el acto.

—No, no lo estoy. ¡Anoche Nico me pidió que me casara con él! —nos cuenta a voz en grito.

—¡Tíaaaaaa! ¡Vas a ser la ratita presumida más guapa del mundo mundial! —le dice mi amiga, saltando sobre ella y tirándola al suelo entre risas.

—¡Lo del mote te lo dejo pasar porque estoy requetefeliz, princesita, porque si no, no te librabas!

—¡Enhorabuenaaaaaaa! —le digo feliz por ella, tirándome también al suelo encima de mi amiga.

—Pero ¡qué locas estáis! —nos dice Greta entre risas—. Palo, ¡que te vas a deshacer el peinado! ¡Levantaos, atontadas! —nos pide ante nuestras carcajadas.

—¡Esto hay que celebrarlo! ¡Esperad, que tengo una botella de vino en la nevera! —les digo, saliendo disparada hacia la cocina.

—¡No puedes beber, que tú te emborrachas enseguida! —oigo que me grita Luna.

—Venga ya, princesita, un vasito no va a emborracharla y esto hay que celebrarlo. ¡Tía, que me voy a casar! —le dice feliz, mientras yo regreso a la habitación con el vino y los vasos.

—¿Celebrarlo? Siempre que empiezo a beber contigo termino borracha perdida. ¡Palo, no abras la botella, que Greta es una mala influencia!

—¡Sí, hombre! ¡Ni que te obligara a beber!

—¿Queréis dejarlo? Además, necesito una copita para desestresarme. ¡Tías, que voy a verlo! ¡Después de dos años voy a verlo de nuevo! ¿Qué haré? ¿Lo saludo? ¿Hago como si no lo hubiera visto? ¿Me hago la interesante? —les pregunto atacada, sirviendo un poco de vino en cada vaso.

—¡Ay, Señor! ¡Voy a cortarme las venas! Apenas salgo de una y ya estoy metiéndome en otra. Pero ¿a vosotras qué os pasa? ¿Que estáis cortadas por el mismo patrón? —nos pregunta Greta dramáticamente ante las carcajadas de mi amiga—. ¿O es alguna especie de tortura divina?

—Yo creo que el karma te odia, a saber qué hiciste en otra vida.

—Espero que no tener que aguantarte, porque menuda condena, hija, arrastrar este suplicio vida tras vida.

—¡Venga ya! ¡Si en el fondo te lo pasas bomba con nuestros desvaríos amorosos!

—¡Sí, claro! ¡Es la leche! Vamos a vestirte, Palomita, que a este paso se nos hará tardísimo.

—Y no bebas más —me dice Luna quitándome el vaso—. Te queremos sobria y resplandeciente.

Me visten sin dejar de parlotear entre ellas sobre la próxima boda de Greta, hablando de tules, sedas y organzas, mientras yo cierro los ojos, pensando en mi encuentro con Orlando, imaginando su reacción, la mía y preguntándome qué haremos cuando estemos frente a frente. Siento como todo mi cuerpo vibra de anticipación.

—Ya estás lista, ya puedes mirarte —me dice Luna, dándome la vuelta y dejándome frente al espejo de cuerpo entero mientras ella y Greta se hacen a un lado, observándome también a través de él.

—Vas a dejarlas a todas a la altura del betún —me asegura Greta mirándome con admiración, la misma con la que estoy mirándome yo, que lo hago sin reconocerme.

—Madre mía —musito con los ojos anegados en lágrimas, olvidando mis nervios y mis temores.

—¡No puedes llorar! ¡No te dejamos! ¿Verdad, princesita? Dile que no llore. Pero ¿qué haces? ¿Por qué estas llorando tú si puede saberse? —le pregunta exageradamente, provocando nuestras risas.

—Porque va a ser la más guapa de todas—le responde Luna y, mirándome, prosigue—: Y porque ésta va a ser tu noche, lo presiento —me dice sin dejar de llorar.

—Eso espero. Gracias por todo, sois las mejores —les digo abrazándolas.

—No olvides decir que el look es de D´Elkann o Gael me matará —me recuerda mi amiga secándose las lágrimas.

—A polvos te matará, ya quisiera yo morir así —le replica Greta, provocando de nuevo un estallido de risas.

CAPÍTULO 21

A las nueve en punto pasan a recogerme Ada y Marta y, confortada por sus mejores deseos y acompañada por mis nervios descontrolados, me despido de Luna y de Greta para vivir esta noche tan especial que puede ser el comienzo de todo.

—Estás perfecta —me halaga Ada ante la sonrisa de Marta en cuanto subo al vehículo.

—Y además de verdad. Enhorabuena, estás preciosa, Paloma —la segunda ésta.

—Cuando llegemos —comienza a explicarme Ada—, bajaremos nosotras primero del coche. Los de la prensa nos conocen, por lo que llamaremos su atención y, cuando veas que nos volvemos hacia ti, sales tú. En ese momento te cederemos todo el protagonismo y subiremos la escalinata, mientras tú te quedarás unos momentos atendiéndolos. Háblales de ti, diles que eres actriz, pero por supuesto no menciones nada de la película todavía.

—Dudo que quieran saber nada de mí.

—Sólo por tu aspecto ya van a querer saber de ti, pareces una actriz de Hollywood y eso genera curiosidad —me asegura Marta.

—Respira —me pide Ada—. Lo vas a hacer genial, lúcite y haz un Pataky...

—¿Un qué? —la corto entre risas.

—Ya sabes —me responde riendo ella también—, esa posturita que hace Elsa Pataky y que ahora hacen todas. Tienes que ponerte de espaldas y volverte.

—¡Para Patakys estoy yo! —le respondo, sintiendo cómo mi corazón empieza a latir frenético dentro de mí.

—Hemos llegado —me anuncia Marta cuando el vehículo se detiene y mi corazón sale disparado a la velocidad de la luz hasta mi garganta—. Tómalo como un juego, diviértete, saca a la actriz que llevas dentro y haz el mejor *casting* de tu vida —me aconseja antes de bajar del coche.

—Lo intentaré —musito, mirando por la ventana la barbaridad de periodistas que se encuentran congregados para cubrir el evento. ¡Madre míaaaaa! ¡Ni que fueran los Goya!

—Nos vemos dentro —me dice Ada sonriéndome.

Recuerdo la primera vez que asistí a un evento similar a éste. Lo hice de la mano de Orlando en la presentación de aquel perfume, y ahora, dos años después, voy a vivir algo parecido, pero de la mano de estas dos mujeres que han volcado toda su confianza en mí.

«Puedes hacerlo, recuerda que tienes el cincuenta por ciento y vas vestida como una superactriz. Ve a por él reventándolo todo a tu paso», me dice la insolente voz de mi cabeza que hoy, sorprendentemente, se ha aliado conmigo.

—Lo haré —susurro sólo para mí, mirando cómo Ada y Marta atienden a la prensa, atenta a cada uno de sus movimientos. Y cuando ambas se vuelven hacia mí, consiguiendo que también lo hagan los periodistas, salgo del vehículo sintiéndome la gran estrella que en realidad no soy.

«De momento», puntualiza la insolente voz de mi cabeza, que está empezando a caerme bien y todo.

—¡Mira hacia aquí! ¿Cómo te llamas?

—¿Eres actriz?

Los periodistas me bombardean a preguntas, mientras yo, para mi asombro, permanezco tranquila, sonriéndoles.

—Me llamo Paloma Serra y soy actriz —les respondo con timidez, acercándome a ellos—. El vestido y los complementos son de D´Elkann —respondo cuando me lo preguntan, por suerte, porque no tenía ni idea de cómo decirlo si no me lo preguntaban.

Sonrío, poso, e incluso les hago un Pataky, viendo de reojo cómo, a pesar de que van llegando más actrices, los periodistas continúan prestándome atención. Y sin querer excederme en mi momento de gloria, les envío un beso con la mano, a modo de despedida, dispuesta a subir la escalinata.

—Paloma, mándanos un beso a nosotros también. Date la vuelta, míranos —me piden desde el otro extremo.

Me vuelvo para hacerlo y en ese momento lo veo bajar de su vehículo, tan impresionante y guapísimo que parece imposible que sea real. Y cuando nuestras miradas se encuentran, el beso se lo envío a él, a mi chulito, mientras la prensa no pierde detalle de este increíble y abrasador momento entre ambos, pues es así como me siento, como abrasada por una lengua de fuego.

—¿Lo conoces? ¿Conoces a Orlando? —me gritan desde todos los ángulos. Yo, incapaz de volverme, le sostengo la mirada con mi cuerpo vibrando en ella.

Pero por supuesto no tengo la menor intención de contestar a esa pregunta y, cuando consigo liberarme de la intensidad de los ojos de Orlando, me doy la vuelta, dispuesta, esta vez sí, a subir la escalinata a pesar de sus preguntas y a pesar de él, impresionada por el momento que acabo de vivir.

—Muy bien —me felicita Marta, cogiéndome con suavidad del brazo y llevándome al interior del hotel, mientras Ada se coloca a mi lado.

Escudada y protegida por ellas, entro en el local; feliz, asombrada y todavía maravillada por el momento Oscar que acabo de vivir y porque él ha venido...

—Has estado maravillosa y ese momento con Orlando ha sido de infarto. Mañana vais a estar en todas las revistas —dice Ada sin dejar de sonreír y de saludar con la cabeza a todos los actores con los que vamos cruzándonos.

—¿Y eso es bueno? —murmuro, sin tenerlo muy claro.

—Eso es buenísimo —contesta Marta, cuando salimos a la enorme terraza de ese lujoso hotel—. Mira, Ada, Coronado ha venido también —dice, deteniendo al camarero para entregarnos una copa de champán a cada una.

—Deberíamos ir a felicitarlo por su último papel. —Charlan entre ellas mientras yo me siento un poco fuera de lugar entre tanta estrella y tanto glamour.

—Sí, vamos —responde Ada—. Ven, Paloma, vamos a saludarlo y te lo presentamos.

Mirando de reojo las puertas acristaladas por las que no deja de entrar gente, me dejo arrastrar por ellas, que por el camino me presentan a los actores y actrices con los que vamos cruzándonos y a los que tanto admiro, y cuando conseguimos llegar hasta donde se encuentra Coronado, lo hago abrumada de nuevo.

A nuestro grupo se suma Miguel Ángel Silvestre con su actual pareja, una chica muy agradable con la que pronto entablo conversación, pues me temo que ambas nos sentimos igual de fuera de lugar en este ambiente. Y, mientras me río con ella, siento cómo mi cuerpo se tensa, vibra y se desborda y me vuelvo hacia esa sensación casi olvidada, encontrándome a Orlando en la barra, rodeado de mujeres.

«Será chulo, golfo y sinvergüenza. ¿Qué pasa, que con una no tenía suficiente? No, él tenía que traerse a todo su harén —masculla de nuevo la insolente voz de mi cabeza, a la que hoy voy a proclamar presidenta de honor—. Ni lo mires, ¿me oyes? ¡Que le den! ¡Ni se te ocurra hacerle caso!»

«Eso tenlo por seguro», le respondo mentalmente, levantando el mentón y dándole la espalda de nuevo.

Pero aunque no lo mire lo siento, para mi tortura, sé que está detrás de mí, sé que me ha visto e incluso sé cuándo está mirándome.

—Voy un momento al baño, ahora vuelvo —me excuso con todos, necesitando respirar, harta de sentirme observada por él.

—Los servicios están al fondo —me indica Ada—. ¿Quieres que te acompañe? —me pregunta entre susurros.

—No te preocupes, vuelvo enseguida —le respondo sonriéndole, sintiendo de nuevo la abrasadora mirada de Orlando sobre mí, deseando salir disparada cuanto antes.

Dos años esperando verlo, dos años quemando sus redes sociales y varios días infartada... ¿para esto? ¿Para que no nos hayamos ni saludado y encima esté rodeado de rubias, morenas y pelirrojas? «Otra vez le enviaré un beso su madre», mascullo mentalmente, enfadada, sorteando a toda la gente que empieza a abarrotar la terraza.

—Hombre, ¡pero si es la señorita del número dieciséis! Cuánto tiempo sin verla.

Me vuelvo ante ese comentario, sonriendo con ganas por primera vez desde que he puesto un pie aquí. Es el hombre que me ayudó a encontrar el dichoso número y que me dio cobijo bajo su paraguas hace ya tanto tiempo.

—¡Usted! ¡Qué alegría verlo de nuevo! ¿Cómo está? Aunque no sé para qué pregunto, se lo ve fenomenal —le digo abrazándolo con cariño.

No sé qué tiene este hombre, puede que sea el hecho de que me ayudara cuando me sentía tan perdida o, simplemente, porque me produce ternura, pero por primera vez en toda la noche me siento cómoda de verdad.

—Usted sí que está fenomenal, cada día más guapa —me responde galante—. ¿Y cómo le va la vida por la ciudad?

—Si me invita a una copa se lo cuento —le digo bromeando, deseando encontrar la excusa perfecta para poder alejarme de Orlando y de las pechugonas esas.

—Eso está hecho. Si nos disculpan —se excusa—. La verdad es que me ha venido de perlas verla, no sabía cómo marcharme sin ofenderlos —me confiesa, ofreciéndome su brazo, del que me cojo entre risas.

—Pues ya somos dos entonces, yo también estaba deseando poder escaquearme —le digo riendo, mientras llegamos a la barra y pedimos nuestras copas.

—Y dígame, ¿cómo le va todo?

—Peor de lo que imaginaba cuando soñaba con ser actriz —le confieso, haciendo una cómica mueca.

—¿Y eso por qué? —me pregunta con interés.

—Porque me habría ido mejor si hubiera decidido ser contable.

—¿Contable? Qué profesión tan aburrida —me responde divertido.

—Puede, pero tendría más seguridad y estaría trabajando de lo mío.

—¿No lo hace ahora?

—Trabajar en una pequeña compañía de teatro disfrazada de cartón de leche, elefante o cualquier papel inverosímil por todos los colegios de la ciudad no era lo que tenía en mente cuando llegué aquí.

—Nunca se sabe dónde estará nuestra oportunidad —me replica, esta vez con seriedad.

—¿En un colegio? Lo dudo, una oportunidad de verdad te llega cuando consigues un papel, aunque sea secundario, en una serie o en una película de una mínima relevancia, no en una función infantil —musito—. Sé que soy una buena actriz, pero es difícil demostrarlo cuando todos los papeles principales se los llevan siempre las mismas.

—Bueno, esas actrices en algún momento de su carrera también fueron personas anónimas —me rebate con simpatía.

—Eso es cierto, pero por un papel que se le da a una persona anónima, noventa y nueve se los llevan los de siempre. ¿Es usted actor?

—No, pero a veces pienso que mi vida hubiera sido mucho más fácil si hubiera optado por esa vía.

—¿De verdad? No lo creo. ¿Sabe que en dos años nada más he trabajado en la serie «Malditos vecinos»? Y sólo fueron dos capítulos. Esta profesión es muy frustrante como no tengas un nombre hecho.

—Pues entonces habrá que hacérselo. Por cierto, ¿cómo se llama usted? ¿Se da cuenta de que para mí es la señorita del número dieciséis? —me dice entre risas.

—Es verdad, soy Paloma. ¿Y usted?

—El señor del paraguas —me responde carcajeándose.

—Para mí siempre lo será, y mi salvador ese día también —le confieso riendo, admirándolo en silencio.

De pelo canoso y rostro afable, desprende clase sin intentarlo siquiera.

—Hombre, Orlando, al final te has dejado caer por aquí —dice él de repente, y me vuelvo frunciendo el ceño al oír su nombre.

«Hombre, ya ha llegado el chulo de barrio», masculla la insolente voz de mi cabeza, de la que esta noche me declaro fan absoluta.

—Estaba por Madrid, ¿cómo estás? —le pregunta tendiéndole la mano ante mi mirada desorbitada. ¿Orlando conoce a este señor?

—Esperando tu respuesta —le responde él con sequedad, correspondiendo a su saludo.

—En breve la tendrás —le asegura, mientras yo no puedo alejar mi mirada de él. Duro, sexy y atrayente... creo que podría estar horas y horas mirándolo y no me cansaría nunca de hacerlo.

«¿Sólo mirándolo?», me pregunta con simpatía mi insolente amiga.

—Perdone, Paloma, mi poca educación, le presento a Orlando Sun.

—Ya nos conocemos. ¿Qué tal estás? —musito con desdén, observando a las mujeres que acaban de llegar y que están colgándose de su brazo.

—Todavía esperando verte por Hollywood —me responde con insolencia.

—No mientras tú estés paseándote con tu arrogancia por sus calles —le digo entre dientes, ante la mirada, ahora desorbitada del señor del paraguas y de las pechugonas siliconadas.

—Veo que continúas sacando tus garritas a las primeras de cambio —me replica él con esa sonrisa ladeada que no he conseguido olvidar.

—Y yo veo que sigues tan chulo y golfo como siempre —le medio escupo. ¡Olé ahí mi clase, mi educación y mi saber estar!

—Sabes que para mi gatita siempre tengo reservado lo mejor de mí.

—Como vuelvas a llamarme «gatita» te comes mi puño —siseo, cabreada como una mona, acercándome a él y casi pegando mi cuerpo al suyo, mientras las garrapatas siliconadas no le sueltan el brazo.

—No me obligues a repetirme lo que me comería, delante de tanta gente —me replica con insolencia, recorriendo con su mirada mis labios.

—Deja de mirarme así —mascullo entre dientes, muerta de rabia y de celos.

Las carcajadas del señor del paraguas nos devuelven a la realidad, haciéndonos conscientes de nuestra clara salida de tono y ambos nos volvemos hacia él.

—Lo siento, hacía mucho tiempo que no presenciaba una discusión de este tipo. Continúa, por favor, no quería interrumpiros —nos dice ahogando las carcajadas.

—¿Ignacio? ¿Qué tal estas? —le pregunta Marta.

¿Cómoooooo? ¿Lo ha llamado... IGNACIO?

—No sabíamos que conocieras a Paloma —prosigue Marta, dándole dos besos, a los que se suma Ada mirándome con un punto de reproche.

—Nos conocimos cuando ella llegó a Madrid. Tuvo un pequeño contratiempo y yo la ayudé —le responde él sonriéndome—. Ignacio Salasqueta o señor del paraguas, como prefieras —me dice con una sonrisa traviesa, tuteándome.

—¿Usted es... Igancio Salasqueta? No... no... no lo sabía —susurro sonrojada, recordando nuestra conversación de hace un momento.

—Tampoco te lo había dicho y tuteémonos, por favor, eres la única actriz que me ha dado un abrazo sin esperar un papel a cambio.

—Te juro que no sabía quién eras —prosigue avergonzada—. Siento lo que te he dicho antes, no quería juzgar el trabajo de tu productora.

—Y no lo has hecho, simplemente has dado tu opinión.

—Ella es Paloma Serra, la actriz que hemos elegido para el papel de Marcela —interviene Marta, echando por tierra todo lo que habíamos preparado.

—¿Tú eres el famoso diamante en bruto del que no dejo de oír hablar?

—Para servirle a Dios y a usted —le respondo con una dulce sonrisa, respondiendo tal como lo haría Marcela.

—Tenemos aquí su casting y su videobook por si quieres verlo —prosigue Ada sin andarse por las ramas, tan directa como Marta.

Me mantengo en silencio, expectante y conteniendo la respiración.

—Te aseguro que Paloma es una gran actriz, deberías ver lo que quieren mostrarle —le aconseja Orlando, echándome un cable.

—Veámoslo entonces —nos responde con seriedad, ofreciéndome su brazo, que cojo, sintiéndome esta vez intimidada, y viendo de reojo cómo Orlando se deshace de las garrapatas y se suma a nosotros.

Llegamos en silencio a la sala donde íbamos a montar la encerrona, presidida por un enorme televisor de plasma. Me mantengo de nuevo en silencio, aterrorizada por lo que pueda pensar de mí después de dárme las de gran actriz, frustrada por culpa de las circunstancias.

—Tranquila —susurra Orlando colocándose a mi lado y cogiendo mi mano. Yo aferro la suya con fuerza, necesitando, inexplicablemente, sentir su apoyo más que el de ninguna otra persona.

Veo que Marta se dirige con aplomo hacia el televisor, mientras Ignacio permanece de pie frente a ella con los brazos cruzados y cuando aparece mi rostro en la pantalla junto con mi nombre en blanco y negro, Ada apaga las luces, sumiendo la habitación en la más completa oscuridad, una oscuridad rota por mi presencia y la música que envuelve toda la sala mientras no cesan de aparecer imágenes más y, a

los pocos minutos, nuestra escena, esa escena tan increíble que rodamos juntos Orlando y yo hace ya tanto tiempo, con esa química flotando en el ambiente, imposible de negar.

A la escena le sigue la entrevista que me hizo Andrés y sonrío recordando ese momento, cómo Orlando me sacó de quicio... Me vuelvo hacia él sin poder dejar de sonreír, y me encuentro con su mirada.

—... ¿Cuál es tu amor platónico en el cine? —Oigo mi voz sin poder alejar mi mirada de la suya y sonrío más ampliamente, como está haciendo él—. Sin lugar a dudas Chris Hemsworth, mataría por rodar una escena con él... —Y le guiño un ojo.

—Eso no te lo crees ni tú, gatita —me susurra al oído, mordiéndome el lóbulo de la oreja y tensándome en el acto.

—Estate quieto —le digo en voz baja, intentando alejarlo de mí, aunque en el fondo estoy encantada de la vida. Me vuelvo de nuevo hacia la pantalla.

—... ¿Lo mejor de ser actriz? Supongo que poder vivir otras vidas, ser otras personas —contengo la respiración—, ser eterna, *for ever and ever*.

—Y lo serás, gatita —me susurra de nuevo al oído, arrancándome una sonrisa, sin soltarme la mano, que continúo aferrando como si mi vida dependiera de ello.

—Y ahora el casting —dice Marta.

Me suelto de su mano caminando hacia la pantalla sin ser consciente de mis actos, colocándome al lado de Ignacio y viendo la Marcela que vieron ellas, la que soy, sin poder alejar mi mirada de ella, de mí...

—¿Qué sentiste mientras rodabas esa escena, Paloma? —me pregunta Ada cuando enciende las luces y Marta apaga el televisor.

—No lo recuerdo, no recuerdo tener que pensar, simplemente surgió, como surgiría ahora. La llevo dentro de mí de una manera que no sé explicar, no necesito imaginarla para interpretarla, simplemente está ahí —digo, mientras Ignacio me mira con seriedad y Orlando se coloca a mi lado, cogiendo de nuevo mi mano, y yo lo aferro con fuerza.

—¿Cuándo rodasteis el videobook? —nos pregunta Ignacio, observando nuestras manos entrelazadas.

—Hace dos años —le responde él por mí.

—Pero esa escena...

—*Soñaré que te sueño* es el libro favorito de Paloma —le aclara Marta.

—Conocí a Orlando ese verano y se ofreció a ayudarme con el videobook, tenía que elegir una escena y elegí una de ese libro.

—Si le doy el papel a ella, te quiero también a ti en el reparto —le exige a Orlando con dureza—. Es mi condición, os quiero a ambos como pareja, por lo menos en el cine. Y por el rodaje no te preocupes, lo adaptaremos a tus fechas.

—Hecho, ya nos tienes —le responde él, tendiéndole la mano ante mi asombrada mirada.

«¿Significa eso que nos saltamos a la torera el *casting* final?», me pregunto atropelladamente, sin perder detalle de lo que acontece a mi alrededor.

—Buena elección, Ignacio —le dice Marta, sonriendo triunfal.

—Sois un hatajo de brujas.

—Para eso nos has contratado, ¿verdad? Esta película no sería lo mismo sin ellos —prosigue Ada con una resplandeciente sonrisa—. Y no te digo lo que teníamos preparado —le confiesa entre risas.

—Pero ¿no era esto? —le pregunta divertido.

—No, era mucho mejor, pero no pienso contártelo por si tenemos que utilizarlo en otra ocasión —le responde guiñándole un ojo.

Las carcajadas de Ignacio resuenan en cada rincón de esta sala y sonrío cogida de la mano de Orlando, sintiendo su fuerza, su determinación y su apoyo y me vuelvo hacia él, feliz.

—Enhorabuena, gatita, sabía que lo conseguirías —murmura en mi oído para, seguidamente, darme un dulce beso en el cuello, sin importarle que no estemos solos.

—Gracias a ti —contesto sonrojada, sonriéndole tontamente.

—De eso nada, si lo has conseguido es porque eres buenísima —susurra, mirándome con intensidad.

—Os dejo, pareja —nos interrumpe Ignacio—. Enhorabuena, Paloma, me parece que ha llegado tu oportunidad —añade sonriendo.

—Gracias por dármela —le digo abrazándolo, de nuevo embargada por la ternura que me produce este hombre.

—Te la mereces y ahora a disfrutar todos de la fiesta —nos dice, dirigiéndose hacia la puerta.

—Esto hay que celebrarlo —propone Marta siguiendo a Ignacio, con Ada pisándole los talones, mientras nosotros, incapaces de movernos, nos quedamos a solas en la enorme sala.

Lo miro mordiéndome el labio inferior, expectante, disfrutando del momento increíble que viene ahora, mientras su mirada abrasadora recorre todo mi cuerpo provocando estallidos de lava en cada poro de mi piel.

—Estás impresionante, pequeña delincuente, casi te como entera cuando te he visto al llegar.

—En el caso de que te hubiera dejado, por supuesto —le respondo sonriendo con picardía.

—Pareces empeñada en no dejarme —susurra con voz áspera, recorriendo con el dorso de su dedo índice mi cuello, hasta llegar a mi pecho, donde se detiene como si una barrera invisible le impidiera seguir avanzando—. Espero que seas tan exigente con todos los tíos como lo eres conmigo. Vamos, nos están esperando para celebrar tu papel —me dice con sequedad, dándome la mano y llevándome hasta la terraza, donde ya están los demás celebrándolo con champán.

Y aunque estoy feliz siento que me falta lo más importante, él, que de nuevo está rodeado de mujeres más que dispuestas a complacerlo. Lo miro sin entenderlo, sin entender por qué da por sentado que voy a rechazarlo sin ni siquiera haberlo intentado...

«Porque ya lo has rechazado demasiadas veces, atontada, vas a tener que ligártelo tú ahora», me dice rotunda la insolente voz de mi cabeza y lo peor de todo es que siento que tiene más razón que un santo.

«Genial, ¿y eso cómo se hace?», le pregunto mentalmente. Hace tanto tiempo que no me ligo a un tío, que no sé ni por dónde empezar. ¡Joder, pero si creo que hasta los espanto!

«Pues esmérate», me replica ella con aplomo, y juraría que lo hace frunciendo el ceño y cruzando los brazos

—Nos vamos, divertíos —se despide Orlando, devolviéndome a la realidad en el acto.

¡Señorrrr, tengo que dejar de hablar conmigo misma! Y frunciendo esta vez yo el ceño, observo a las garrapatas que lleva colgadas de cada brazo, hundiéndome en la miseria más absoluta.

—Hasta luego, Orlando —se despide Marta, a la que le sigue Ada.

—Orlando —se limita a decir Ignacio, que no me quita la vista de encima.

—No hace falta que te diga que te diviertas. Me parece que vas a estar más que entretenido, ¿verdad? —le pregunto, achinando los ojos.

—¿Quieres venirte con nosotros, gatita? —responde, mientras Marta y Ada empiezan a hablar con Ignacio sobre la película.

—Ya te dije una vez que no me va el sexo cochino —mascullo entre dientes.

—¿Quién está hablando de sexo? —me pregunta divertido.

—Vete a la mierda —siseo dándole la espalda, mientras me da una palmada en el trasero con todo su descaro. Me vuelvo de nuevo, acercándome a él con mi mirada más asesina.

—Como vuelvas a tocarme el culo, te corto los huevos —le digo, frenándome para no cogérselos y apretárselos con fuerza, ante sus carcajadas.

—¿Sabes una cosa, gatita? —me pregunta burlón, soltándose de las garrapatas y alejándose unos metros de ellas.

—¿Qué haces? ¡Déjame en paz! —le digo, soltándome y haciéndole frente.

—Ya lo hago. Que yo sepa todavía no te he tocado, pero lo haré, pequeña delincuente —me responde amenazante, envolviendo mi cintura con sus brazos y pegándose a sus caderas—. Recuerda que un día te dije que terminarías debajo de mí gimiendo y pidiendo más, y ese día está cada vez más cerca.

—Sigue soñando —mascullo como puedo.

—Soñando no sé, pero entretenido lo estaré y mucho —me responde sonriendo con chulería, soltándose y alejándose de mí—. Que lo pases bien, gatita.

—Ojalá no se te levante en toda la noche —le digo con toda mi clase. ¡Olé ahí!
¡Si es que soy una barriobajera de cuidado!

Sus carcajadas me sacan de quicio y tengo que frenarme para no estamparle el puño en esa cara que en estos momentos aborrezco.

—Gatita, gatita, a mí siempre se me levanta, ¿quieres comprobarlo?

—Antes me tiro por la ventana —le digo, dándome la vuelta con sus carcajadas de fondo. ¡Si es que no puedo con él!

Y sin querer prestarle más atención, me sumo a la conversación que están manteniendo Ada, Marta e Ignacio, que me mira con cara de no entender nada, aunque no lo culpo, yo tampoco lo entiendo.

Llego a casa casi de madrugada, feliz por la noche vivida y por haber conseguido el papel, pero también frustrada, muy frustrada, para qué engañarnos... «¿Por qué nunca terminamos revolcándonos en la cama, en el suelo o encima de alguna mesa? —me pregunto, quitándome los tacones y una de mis torturas—. Con un tío tan golfo como él, capaz de tirarse a una muñeca hinchable, sería lo más natural, ¿verdad? Y entonces, ¿por qué no sucede? ¿Por qué no me arranca la ropa de una vez y me besa con saña?», prosigo, llegando hasta mi habitación, donde empiezo a desnudarme.

—A ver, marisabidilla —le pregunto en voz alta a la insolente voz de mi cabeza—. ¿Por qué me dice que me hubiera comido entera cuando me ha visto llegar para después largarse con las pechugonas esas?

«Ya te lo he dicho, atontada, porque ahora quiere que des tú el paso, y si no dejas de decir estupideces, no te comerá en la vida», me replica con aplomo.

—Mejor cállate, no pienso volver a pedirte consejo —le respondo desmaquillándome con rabia, imaginándolo retozando con las garrapatas.

«¿Retozando? Pero ¿tú de dónde has salido? ¿Del siglo pasado? Follando, nena, follando con ganas, todo lo que tú no haces», me responde de nuevo en su línea insolente e insoportable.

—¡Que me dejes! —le grito, yendo hacia la cama, donde, tras enviarle un mensaje a mi madre y al grupo de Whats que tengo con Luna y Greta, contándoles la buena noticia, me acuesto sola, otra vez...

CAPÍTULO 22

El domingo me despierto y, tras asearme, me dirijo a la cocina, donde mientras desayuno me dedico a cotillear por Internet nuestras fotografías ayer. Ese momento en que le envío el beso y su mirada están arrasando en las redes y alucino al leer que soy una de sus ex, teoría que corroboran adjuntando imágenes nuestras de hace dos años, cuando fuimos cogidos de la mano a la presentación de aquel perfume.

Orlando Sun y Paloma Serra mantuvieron un tórrido romance que se vio truncado por los deseos de ella de contraer matrimonio, mientras él se resistía a abandonar su soltería...

¿Tórrido romance? ¿Matrimonio? Pero si ni siquiera nos hemos acostado ni una puñetera vez —mascullo, leyéndolo sin dar crédito.

... una más en la larga lista de conquistas del actor que se valen de su popularidad para ascender profesionalmente...

¿Cómoooo? Nunca me he aprovechado de él —digo, sintiendo la impotencia abrirse paso dentro de mí, mientras pulso sobre otra fotografía.

Y a pesar del momento electrizante que vivieron a la entrada del hotel Meteo, el actor no abandonó la fiesta con la señorita Paloma Serra, sino que lo hizo con dos mujeres anónimas que, según informaciones, no se despegaron de él en toda noche y con las que se lo vio llegar a su casa cuando abandonaron la fiesta...

—Genial... —mascullo, deteniéndome en una de mis fotografías, mirándome como si no fuera yo realmente y leyendo el texto que la acompaña.

... Paloma Serra, una de las invitadas más elegantes de la fiesta y el ojito derecho de las directoras de *casting* Ada Serrel y Marta Baeza, con las que llegó y de las que no se separó en toda la noche...

¿Ojito derecho? ¡Anda ya! ¿Qué mierda es ésta? —maldigo, mientras pulso sobre una fotografía mía con Ignacio...

La aspirante a actriz Paloma Serra con Ignacio Salasqueta, con el que se la vio en actitud cariñosa y con el que disfrutó la mayor parte de la velada...

—Suficiente, ya está bien de leer estupideces —mascullo enfadada, cerrando el ordenador con rabia, deseando largarme a La Cueva cuanto antes.

—¡Hombre, pero si tenemos aquí a la famosa Paloma Serra! —me dice Mic desde la barra cuando llego—. Me temo que voy a tener que colgar de nuevo el cartel solicitando camarera.

«¡Uffff! ¡Mierda! ¡Claro que va a tener que hacerlo! Pero ¿cómo no lo había pensado?», me pregunto con tristeza.

—Mic —susurro, sentándome en uno de los taburetes.

—¡Era broma, tonta! —me dice riendo, mientras yo siento una fuerte opresión en el pecho de tan sólo pensar que no volveré a trabajar aquí.

—Me temo que sí vas a tener que buscar otra camarera —musito, mirándola a través de las lágrimas—. He conseguido uno de los papeles principales en una superproducción.

—Pero ¡eso es maravilloso! ¡Enhorabuena! —me dice, saliendo de la barra para abrazarme—. Pero ¿por qué lloras? ¡Si eso es lo que querías y por lo que llevas luchando desde que llegaste a Madrid!

—Porque me va a dar mucha pena dejar este empleo.

—Siempre puedes venir a verme, como hacen todos mis chicos. No llores y disfruta de esta oportunidad que siempre has soñado. La Cueva te estará esperando con las puertas abiertas —añade, haciendo que recuerde a mi madre y cuando me marché de La Masía.

—Siempre vendré a verte, Mic —le aseguro secándome las lágrimas.

—Ya lo sé y yo estaré aquí esperándote, como hago siempre con todos mis chicos.

—¿Sabes con quién voy a rodar?

—Con Orlando —me dice con una amplia sonrisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a pesar de las lágrimas te han brillado los ojos, como siempre te brillan cuando él está cerca —observa suspicaz.

—No es verdad...

—Claro que lo es, ya te dije una vez que sabe más el demonio por viejo que por demonio y que una aquí ya peina canas, aunque no las veas.

—Total, para el caso que me hace, qué más dará si me brillan o no...

—Yo lo único que recuerdo es cuando cubrió tu turno.

—¡Bah! Anoche no me hizo ni caso —musito levantándome y dirigiéndome a mi puesto en la barra, para empezar a sacar los vasos del lavavajillas.

—Muy en su línea cuando algo le importa de verdad —me responde siguiéndome.

—Mic, no puedes estar más equivocada —contesto, centrada en mi labor.

—Qué poco caso hacéis los jóvenes de los mayores.

—¿Eres tú la mayor? Pero si tienes más marcha que yo —le digo sonriendo, recordando cómo es capaz de llevar los tacones puestos todo el día, cuando yo soy incapaz de hacerlo.

—Y también he vivido muchas más cosas que tú, jovencita, y deberías hacerme caso cuando te hablo. Le importas a mi chico, no le hagas daño.

—Y dale, pero ¿cómo voy a hacerle daño si pasa de mí? Ayer mismo estábamos en la misma fiesta y se largó con dos tías, una colgando de cada brazo.

—Muy típico de él —me dice carcajeándose con ganas, dejándome con la boca abierta y, sin detenerme a pensar en mis actos, le tiro el paño con el que estaba secando los vasos en toda la cara.

—¡Oyeeee! —protesta sin dejar de carcajearse, cogiéndolo y devolviéndome el golpe sin dudar.

Sin dejarme amilanar, le tiro de nuevo el paño, escondiéndome detrás del pilar para esquivarlo cuando me lo tira ella de nuevo, empezando una guerra de paños entre las dos, animadas por Hugo, que acaba de llegar, y por los pocos clientes que están empezando a tomar partido.

—¿Tu nuevo espectáculo, Mic? —ÉL.

El sonido de su voz es suficiente para paralizarme, y recibo como premio el paño en toda cara, ante las carcajadas de todo el *pub*. ¡Mierda!

—¡Hombre! ¡Mi chico! Ven y siéntate con la vieja Mic, que tienes muchas cosas que contarme.

—¿Eres tú la vieja Mic? —le pregunta entre risas, sentándose en uno de los taburetes.

—Hoy le ha dado por decir que es vieja —mascullo, cerrando el lavavajillas con fuerza, observándolo de reojo. Luna tiene razón, joder, es guapo con ganas—. ¿Cómo tú por aquí, chulito?

—Me apetecía entretenerme un poco más —contesta burlón.

—¿Qué pasa, que anoche no tuviste suficiente?

—La verdad es que anoche lo pasé muy bien —me responde con una sonrisa de oreja a oreja—, no como tú, gatita.

—¿Qué sabrás tú cómo lo pasé? —le medio escupo.

—Lo imagino, pero en cambio hay algo que sí quiero saber —me dice, mirándome con una seriedad que me sorprende—. Dime qué te une a Ignacio. Te vi muy cariñosa con él y la prensa está empezando a especular sobre vosotros.

Me impone el tono que ha empleado y que tan pocas veces utiliza conmigo y lo miro sorprendida.

—¿Y a ti qué más te da? ¡Desde luego eres el colmo!

—El colmo es que vayan especulando eso sobre ti, ¡haz el favor de ser más cuidadosa!

—¿COMO TÚ? Pero ¿de qué vas? ¡Te recuerdo que anoche te largaste con dos tías! —siseo entre dientes, apoyando parte de mi cuerpo sobre la barra para acercarme a él y no hacer partícipes de nuestra conversación a los pocos clientes que están cerca de nosotros.

—Déjate de gilipollecés, Paloma —me dice sorprendiéndome de nuevo por su tono. Me sujeta por el cuello, impidiendo que me aleje de él—. Mi reputación como actor me precede, puedo hacer lo que me salga de los huevos, pero tú no has hecho nada todavía y que te relacionen con el productor de la película que vas a rodar no te beneficia en absoluto —masculla con furia, con su boca tan cerca de la mía que siento su cálido aliento fusionándose con el mío.

—También han dicho una sarta de mentiras sobre nosotros, ¿eso no te importa?

—Ni lo más mínimo, pero lo de Ignacio quiero que lo desmientas —me ordena sin soltarme—. Estás comenzando tu carrera, no permitas que ningún rumor la enturbie. Créeme, lo que empieza siendo agua turbia termina siendo agua podrida.

—¿A qué te refieres? —susurro con un hilo de voz, recordando de repente lo que le sucedió al principio de la suya.

—A nada, hazme caso y punto. Llama a Berto, tenemos un par de amigos periodistas que se encargarán de desmentirlo sin que tengas que emitir un comunicado —dice soltándose finalmente, dejándome paralizada con medio cuerpo sobre la barra—. ¡MIC! ¡Me largo! —Dicho lo cual y, tras mirarme con rabia, se levanta del taburete directo a la puerta.

Sólo cuando lo veo salir de La Cueva consigo reaccionar y, dejándome llevar por un impulso, lo sigo hasta la calle.

—¡Orlando! —le grito, consiguiendo que se detenga—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué te preocupas por mí? —le pregunto, sin ser capaz de entenderlo.

—Ya te lo dije una vez, gatita, porque no soy un golfo ni un sinvergüenza, soy un tío que se preocupa por ti —musita, cogiendo mi brazo con suavidad.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo haces? —susurro, ablandada al máximo.

Me mira guardando silencio durante unos segundos y sólo cuando una sonrisa indolente comienza a formarse en su rostro me responde:

—Porque no quiero que nada ni nadie enturbie tu reputación y porque todavía tengo que follarte muy fuerte y sin parar.

—Y porque cuando sea la noche del estreno de una de mis películas iré colgada de tu brazo con una sonrisa de oreja a oreja porque lo habrás hecho previamente, ¿verdad? —musito, recordando sus palabras, impresionada por lo del «fuerte y sin parar», mientras visualizo a la vocecilla insolente de mi cabeza dando saltos de alegría.

—Veo que prestas atención cuando te hablo —me dice aprisionándose contra la pared, recorriendo con su dedo índice mi costado y adentrándose hasta llegar a mi pecho, donde se detiene para, posteriormente, realizar pequeños círculos en torno a él. Alzo la mirada hasta encontrarme con la suya, dura e implacable.

—No pienso rogarte nada —digo, deseando que lo atrape con sus manos y haga suya mi boca, acallándola de una puñetera vez.

—Por supuesto que lo harás —musita, llevando sus manos a mi trasero, pegándome a sus caderas y acelerando mi respiración—. Estás deseándolo, ¿verdad? —me pregunta con voz ronca, recorriendo con sus labios mi cuello en un roce lento y tortuoso que contrae mi vientre y humedece mi sexo—. Pero ¿sabes una cosa?, que ahora soy yo el que no desea nada contigo —me dice, separándose de mí con una media sonrisa—. Vas a tener que esperar a que deje de estar tan entretenido.

Lo miro alucinada, deseando abofetearlo con fuerza y decirle cuatro burradas de esas de las mías, barriobajeras a tope, pero finalmente opto por sacar a la loca actriz que habita dentro de mí y, acercándome a él sin importarme absolutamente nada que no sea dejarlo con las mismas ganas locas que tengo yo, poso mi mano sobre su bragueta, sobre su abultada bragueta, hasta envolverla por completo, sintiéndola enorme a través de la tela del pantalón y, alzando la mirada y sonriendo como acostumbra a hacer él conmigo, le suelto con toda mi insolencia:

—¿De verdad? Pues no lo parece, es más, a juzgar por lo que estoy tocando, lo deseas y mucho —musito, pegándome más a él y demorándome en mi caricia, sintiendo su reacción instantánea. Recorro con mi mirada sus labios, de los que se ha borrado su sonrisa insolente para formar una línea tensa—. Nos vemos, chulito, que te entretengas mucho. Mientras tanto, yo también lo haré —le digo apartándome y entrando disparada en La Cueva, boqueando como un pez. ¡Madre mía de mi vida! ¡Lo que tiene ahí guardado!

Siento la mirada de Mic puesta sobre mí, pero paso de ella y me vuelco de nuevo en mi trabajo. Cuando el curro afloja un poco, opto por seguir el consejo de Orlando y llamar a Berto, a pesar de ser domingo, para hablarle de los rumores que circulan sobre mi posible relación con Ignacio.

—Orlando tiene razón, esos rumores no te benefician en absoluto. Llamaré a un par de amigos periodistas para que los frenen.

—Eso es lo que me ha dicho él.

—Has hecho bien llamándome, estas cosas hay que atajarlas cuanto antes o se convierten en una bola de nieve imposible de frenar.

—Sobre todo, déjales claro que con Ignacio sólo me une una sincera amistad, nada más.

—Ya podías haberte aprovechado de ella, Paloma.

—Te he dicho sincera, no aprovechada —le recrimino, recordando cuando Ignacio me dijo que era la única actriz que lo había abrazado sin esperar un papel a cambio—. Te dejo, tengo que trabajar.

—Cuando me llegue tu contrato te lo haré saber para que vengas a firmarlo. Necesito que estés libre de cualquier proyecto a partir de ahora.

—¿Ya, tan pronto? —le pregunto pensando en Mic, en mi trabajo en La Cueva y en la pequeña compañía de teatro.

—Si lo preguntas por tus curros, puedes seguir siempre y cuando estés disponible cuando te citen para las pruebas de maquillaje, vestuario y peluquería, sabes que estas pruebas se hacen unos meses antes de que empiece el rodaje y éste, si no se retrasa, está previsto que empiece en octubre. Además, ten en cuenta que tienes que preparar tu guion de manera individual, con el director y más tarde con Orlando cuando regrese.

—Pero si está aquí —replico.

—Sí, pero se larga en cuanto haga su prueba de vestuario. Tiene un par de compromisos fuera, aunque espero tenerlo libre en septiembre para que pueda preparar su personaje contigo. Este proyecto cuenta con un tiempo limitado de rodaje por su alto presupuesto y debéis ir todos con vuestro guion bien aprendido.

»Te reunirás varias veces con José Antonio, el director del proyecto, y con Ana Forner, la escritora de la novela, para hablar sobre tu personaje. Necesitas entender bien todos sus matices para poder prepararlo correctamente según la visión que tienen ellos de Marcela, y más tarde con Orlando, a nivel de pareja...

Siento cómo los nervios y la emoción se me instalan en la boca del estómago al pensar en él y en nuestro papel como pareja, imaginándonos viviendo la historia de Juan y Marcela, con sus explicaciones llegando distorsionadas y mi corazón latiendo como si fuera un tambor en una noche loca de charanga.

—Vale, lo tengo claro, y sobre los curros no te preocupes, estaré disponible cuando me citen —digo, centrándome finalmente, sabiendo que voy a tener que elegir entre La Cueva y la pequeña compañía de teatro.

—¡Holaaaaaa! —me saluda mi amiga Luna, que se encuentra sentada a la barra, junto con Gael, en cuanto me ve.

—¡Hola! —los saludo acercándome a ellos y dándoles un beso.

—¡Enhorabuena por ese papel! Ya me lo ha contado Luna —me dice Gael con voz grave.

¡Madre mía! Pero ¡qué guapísimo es este hombre!

—Gracias y gracias a ti por prestarme el vestido, fue un éxito —les aseguro sonriendo, yendo a mi puesto tras la barra.

—Ya te decíamos Greta y yo que iba a causar sensación —me asegura mi amiga—. Bueno, empieza a largar, que me muero de ganas de saberlo todo. Y por mi chico no te preocupes, tiene prohibido contarle nada a Orlando sobre lo que oiga hoy aquí, ¿verdad, amor? —le pregunta achinando los ojos cómicamente.

—Bajo amenaza de no poder tocarla en un mes —me responde él riendo.

—Eso no se lo cree ni ella —le contesto carcajeándome.

—¿Cómo que no? —me rebate Luna intentando frenar la sonrisa estupenda que amenaza con partir su cara en dos—. ¡Oye que no soy tan floja!

—No me tires de la lengua, anda —le respondo divertida, ante las carcajadas de Gael—. Venga, ¿qué os pongo?

—Sexo guarro y ardiente —me contesta mi amiga ante la mirada socarrona de su marido—. ¿Quéeee? Estoy segura de que el sexo con Orlando es así.

—¿Y a ti qué más te da cómo sea el sexo con mi amigo? —le pregunta Gael bajándose del taburete y acercándose peligrosamente a ella, que lo mira divertida.

—Desde que hace años le propuso a Palo sexo con otra tía —le responde entre risas—. Además, ya te había advertido que ibas a presenciar una conversación de tías en toda regla y no podías escandalizarte —musita, enroscando los brazos alrededor de su cuello, rozando con sus labios los suyos. ¡Sí, hombreeeee!

—¿Quieres que escandalicemos a todos éstos, nena? —le pregunta Gael posando las manos en su trasero y apretándola contra él.

—¡Suficiente! Pero ¿qué hacéis, atontados? —les pregunto escandalizada yo ahora—. Gael, apártate ahora mismo de mi amiga, que no sé cuál de los dos tiene más peligro —le ordeno, mientras ellos comienzan a besarse. ¡Ay, Dios míoooo, lo que me faltaba!—. ¡Oyeeeeee! ¡Un poco de compasión con los más necesitados! —les pido dramáticamente.

—¿Necesitada tú? —me pregunta Luna volviéndose, sin alejar los brazos del cuello de su marido.

—Sí, necesitada, y mucho, ¿acaso no has cotilleado por Internet lo que sucedió anoche?

—Claro que lo he hecho, y he visto cómo le lanzaste ese beso —me responde, ahogando una carcajada mientras su marido le muerde el cuello.

—Os dejo, nena, esto es demasiado para mí. Paloma, un café cuando puedas —me pide Gael, cogiendo el diario de la barra.

—Cobarde —le dice mi amiga entre risas, mientras él se da la vuelta para guiñarle un ojo antes de sentarse a la mesa del fondo—. ¿No te lo tiraste? —me medio escupe, volviendo su atención de nuevo hacia mí.

—No, tía, no me lo tiré —le respondo, empezando a preparar el café.

—Pero ¿por quéeee? ¡Si fue a la fiesta por ti! ¿Qué puñetas ha sucedido ahora? —me pregunta exageradamente.

—¿Que fue por mí? ¡Y una mierda!

—¡Que síiii! Que no iba a ir y cambió de idea cuando Gael le contó que D'Elkann iba a vestirme y Berto se lo confirmó.

—¿Metiste a Gael en esto? —le pregunto sin dar crédito.

—¿Qué querías que hiciera? Ya te he dicho que con Orlando es con quien menos confianza tengo. Además funcionó, fue a la fiesta que era lo que queríamos, ¿no? Así que misión cumplida.

—Pues déjame que te diga que luego se largó con dos tías, con las que tendría el sexo guarro y ardiente que no tuvo conmigo.

—¿Cómooooooo?

Y entre copa y copa la pongo al día de mis idas y venidas con mi chulito de playa; cómo me ayudó con Ignacio, cómo sentí su apoyo y su cercanía y cómo terminó sacándome de quicio antes de largarse con las dos garrapatas, además de mi último encuentro con él de hace apenas unas horas.

—¿Le has cogido el paquete? —me pregunta descojonándose.

—Sí, tía, y menudo paquete tiene —le aseguro sonrojándome con sus risas escandalosas de fondo—. Eso no es un paquete, ¡eso es un paquetón! —digo, sacando a la barriobajera que llevo dentro.

—¡La madre que te parió! —me dice llorando de risa—. ¿Pues sabes lo que pienso? —me pregunta cuando consigue dejar de descojonarse.

—¿Qué? —digo, apoyándome en la barra.

—Que te tiene tantas ganas como las que le tienes tú a él y el día que se alineen los planetas y os dejéis de tanta tontería, va a arder Troya, Troyo y todos nosotros juntos.

—Te aseguro que ese día no llegará en la vida, para frustración mía, no te creas, que aquí la que tiene más ganas de arder soy yo, pero me parece que esta vez tiene toda la intención de dejarme con las ganas.

—¿No has pensado que a lo mejor quiere que te lo liganes tú? Hasta ahora ha sido él el que ha ido detrás de ti, puede que quiera invertir los papeles.

—¡Otra que tal!

—¿Otra? ¿Quién más te lo ha dicho?

—No la conoces —mascullo, evitando contestarle, pues como le hable de las pedazo de conversaciones que mantengo con la insolente voz de mi cabeza va a creer que me falta un hervor y de los buenos.

—Bueno, para el caso ya somos dos las que te lo hemos dicho, piénsalo, nena —me dice levantándose del taburete—. Nos vamos, hemos quedado con Natalia para recoger a Nachete. Estas dos semanas lo tenemos con nosotros en casa —me cuenta con una sonrisa resplandeciente.

—Lo quieres mucho, ¿verdad? —le pregunto ablandada, mientras observo como Gael llega hasta nosotras.

—Muchísimo, es un amor.

—¿Quién es un amor? —le pregunta él con fingido enfado, cogiéndola por la cintura.

—Orlando, ¡quién va a ser! —le responde Luna entre risas, colgándose de su cuello.

—¡Id a hacer manitas a otro sitio! —les pido, pasando de ellos, ante las risas de mi amiga.

Paso el resto de la tarde pensando en lo que haré con el tema de los curros, mientras sirvo copas y hablo con unos y con otros, valorando mis opciones y en cuál de los dos trabajos voy a tener más libertad de movimientos. Y la realidad es que, aunque me encantan ambos sitios, es aquí, en La Cueva, donde voy a poder entrar y

salir sin problemas. Además, fue Mic la que me dio mi primera oportunidad cuando llegué a Madrid, y cuando llego a mi casa, la decisión, muy a mi pesar, ya está tomada.

Elijo La Cueva frente a mi trabajo en la pequeña compañía de teatro, sabiendo de antemano que voy a echarlo todo muchísimo de menos; a mis compañeros, nuestras risas, mi papel de Luisita manchas, nuestras comidas rápidas porque tenemos mil cosas que hacer y nuestras confesiones de actores frustrados.

El lunes, y sin querer demorarlo más, me dirijo a primera hora de la mañana a la compañía, donde me despido entre lágrimas, sabiendo que éste es el primero de los muchos pasos que daré hasta conseguir mi objetivo: ser una actriz famosa. Y de nuevo recuerdo las palabras de Capi, esas que me dijo cuándo nada de todo esto había empezado todavía.

«Paloma, lo bonito no será llegar a la meta, sino recorrer el camino que te llevará a ella, lo increíble será vivir cada paso que des, aunque lo hagas llorando o riendo, y maravillarte con cada día que pase, aunque no sea fácil.»

Y sin dejar de llorar, salgo de la pequeña compañía de teatro para seguir mi camino, el camino de mis sueños.

CAPÍTULO 23

Los siguientes meses los vivo subida a una montaña rusa de emociones. Saber que voy a cobrar 17.800 euros por dos meses de rodaje me lleva disparada a lo más alto, hasta el punto de llegar a marearme y necesitar varios días para poder digerirlo y pensarlo con normalidad sin volverme medio loca.

Las pruebas de maquillaje, peluquería y vestuario, en las que al fin me veo caracterizada como Marcela, con mi traje de criada, mi mandil y mi cofia, tal como describía el libro, me emocionan hasta lo increíble, aunque lo que realmente me lleva disparada a lo más alto y siento como una sesión triple de Dragon Khan son las reuniones con José Antonio y con Ana para hablar sobre mi personaje y en las que consigo que enmudezcan con la percepción que tengo de Marcela y de la historia, hasta el punto de lograr que me den carta blanca para mi interpretación.

Y antes de que me dé cuenta llega septiembre, ese mes soñado para mí, ese mes que espero que sea el comienzo de algo increíble y, aunque pensaba que me reuniría con Orlando a principios del mes, es ahora, casi a punto de que finalice, cuando se ha dignado a ponerse en contacto conmigo para vernos en su casa. Y aunque he estado a punto de soltarle cuatro burradas de esas de las mías barriobajeras a tope, pues me veía en octubre y sin haber podido ensayar con él, finalmente he optado por callar, aceptando que nos veamos esta tarde.

Salgo de mi casa hecha un manojo de nervios y, mientras espero a que pase un taxi, observo mi reflejo en las puertas acristaladas de mi edificio: llevo unos vaqueros rasgados grises con unas converse negras y una camiseta de los Rolling Stones, informal al máximo, pero sin descuidar el mínimo detalle, pues llevo pintadas de rojo hasta las uñas de los pies. Cuando consigo detener uno, tras darle la dirección, cierro los ojos intentando tranquilizarme.

«Vas a ir a su casa, vas a estar a solas con él, posiblemente tengas que ensayar alguna escena *hot*... ¿Y PRETENDES ESTAR TRANQUILA? ¡LO QUE TENDRÍA ES QUE SALIRTE EL FLÚOR POR LAS OREJAS! ¿Y si te huele el aliento?», me pregunta la insolente voz de mi cabeza.

«¡Hombreeeee! ¿Cómo tú por aquí? ¡Que me dejes!», le grito mentalmente, mientras rebusco en mi bolso los chicles de menta, metiéndome dos en la boca de golpe y empezando a masticarlos a cuatro mil de fondo, a pesar de que me he lavado concienzudamente los dientes.

Cuando llegamos, observo su casa desde fuera, o, mejor dicho, el pedazo de muro que la rodea y, sonriendo, llamo al timbre, recordando cuando intenté saltar el muro de su casa de Formentera, hace mil años ya.

—¿No prefieres entrar saltando el muro? —ÉL. Y al segundo borro la sonrisa de mi cara.

—¡JA! Pero mira que eres gracioso, ¿no prefieres comerte tú mi puño? ¡Y haznos un favor y ahórrate la frasecita! —¡Si es que este hombre saca lo peor de mí!

—Mira que eres simpática, gatita. ¿Sabes qué?, no pienso abrirte la puerta como no me lo supliques —me dice con una calma pasmosa.

—Pero ¿tú estás tonto? Haz el favor de abrirme de una vez, que no tengo toda la tarde —mascullo, armándome de paciencia.

—En cambio yo no tengo nada que hacer.

—Como no abras de una puñetera vez no respondo, te lo juro —siseo entre dientes, apoyando la frente en la puerta, empezando a cabrearme muy en serio.

—Suplica, nena.

—Vete a la mierda, nene —le rebato enfadada, mirando la pantalla.

Como tenga que irme después de estar todo el mes esperando este momento, no es que se alineen los planetas, es que voy a provocar una explosión universal.

—Repite conmigo: «Orlando, te suplico que me abras».

—Repite conmigo: «Orlando, eres un capullo, un chulito y un gilipollas de cuidado» —le digo con una sonrisa a la cámara—. Abre de una puta vez.

—No.

Respiro profundamente una vez, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

—Sigo esperando.

—¿Puedes abrirme... por favor? —Y siento que me vuelvo de color verde fosforito por la rabia que amenaza con ahogarme.

—No era lo que tenía en mente, pero me sirve de momento —me dice con voz grave, antes de abrir la puerta. La empujo como si me fuera la vida en ello. ¡Será imbécil!

«¡Madre mía de mi vida!», pienso abriendo la boca desmesuradamente al ver mi sueño de casa hecho realidad. De líneas minimalistas, combina el cristal con la madera y el acero y durante unos instantes me demoro en los detalles y en el jardín que la rodea. Pero entonces lo veo apoyado en la enorme puerta, con su sonrisa más sexy y arrogante, y cierro la boca en el acto, dirigiéndome hacia él supurando rabia por todos los poros de mi piel.

—Pero ¡mira que eres imbécil! —mascullo, poniendo los brazos en jarras y concentrándome en sus ojos para no devorarlo con la mirada.

Lleva unos vaqueros rasgados como los míos y una camiseta gris que marca todos sus músculos, y es lo más perfecto que he visto nunca.

«¡Y esos músculos no son nada para lo que tiene ahí guardado!», me recuerda la insolente voz de mi cabeza.

—Y tú estás asalvajada, me parece que voy a tener que emplearme muy a fondo para poder domesticarte —replica él, acercándose peligrosamente a mí.

—¿Perdona? ¡Aquí el único asalvajado eres tú! —le grito sin poder creer que esté viviendo una situación como ésta—. ¿Así es como recibes a tus invitados? ¿Obligándolos a que te supliquen? —mascullo sin dejar que su presencia me intimide.

—Aquí sólo vienen mujeres más que dispuestas a hacerlo, no como tú —me responde con toda su arrogancia, tan cerca de mí que puedo sentir que todo se vuelve electrizante a nuestro alrededor, a mi pesar, muy a mi pesar, pues no puedo dejar de bufar, oficialmente ya de color verde.

«¡Que se coma tu puño, pero ya! ¡Venga! ¡Arréale con fuerza!», me grita la insolente voz de mi cabeza, a la que visualizo con los guantes de boxeo puestos.

—Será porque sacas lo peor de mí —siseo entre dientes, deseando hacerlo, deseando arrearle con todas mis fuerzas.

—O puede que estés frustrada, pequeña delincuente. Te aseguro que si follaras conmigo se te pondría una sonrisa de oreja a oreja.

—No, gracias, folla con tus gatitas —contesto entrando en su casa. Necesito alejarme de él para poder respirar con normalidad y, ya de paso, tranquilizarme.

—Adelante, estás en tu casa —me dice divertido mientras me sigue.

¡Jesús, María y José! Pero ¡qué barbaridad!

—Cierra la boca, gatita, o te entraran moscas —me dice socarrón, con los pulgares en los bolsillos de los vaqueros.

—¡Qué bonitaaaaaaa! —exclamo admirada, sin poder callarme, devorando cada detalle con la mirada.

—Al final me pondré celoso de la casa —me asegura con seriedad—. Creo que nunca me has mirado como estás mirando estos muebles.

Lo miro sonriendo por su comentario y por el tono empleado, como si de verdad estuviera molesto.

—Ya te dije que era decoradora de interiores —bromeo, relajándome finalmente y olvidando mi enfado.

—Tendré que creerte, viendo tu reacción. ¿Sabes?, si te portas bien, puede que incluso luego te la muestre —me dice sonriendo, relajado él también.

—¿Y si me porto mal? —le pregunto sonriendo a mi vez, sintiendo cómo la electricidad nos envuelve.

—Ya te enterarás —me responde mirándome con intensidad, tensando mi cuerpo. «¿En serio va a arder Troya y Troyo?», me pregunto recordando la frase de mi amiga Luna.

—Quiero saberlo —murmuro intimidada y excitada, mientras él se acerca a mí sin dejar de mirarme.

—Lo sabrás a su debido tiempo... ¿Empezamos? —pregunta dándome una palmada en el trasero y demorándose en él.

«¡Contéstaleeeeeeee! ¡Venga, provócalo! ¡Ponle la mano en el paquete!», me pide la insolente voz de mi cabeza.

—¡Aparta tu mano de mi culo ya! —Y casi al segundo la visualizo dándose cabezazos contra la pared y dándome por perdida, aunque no es que la culpe, ¡mira que soy burra! ¡Tenía que haberle cogido el paquete!

—Lo que decía, voy a tener que domesticarte —responde Orlando sin hacerme caso, ejerciendo más presión y pegándome a sus caderas, consiguiendo que mi cuerpo arda con virulencia—. Empecemos —me dice esta vez con sequedad, alejándose de mí y cogiendo su guion—. Estás en tu casa, ahí tienes la cocina, sítete lo que quieras —añade de nuevo en tono seco, apoyándose en una de las paredes y ojeando su guion.

—No quiero nada, pero gracias. ¿Por dónde empezamos? —le pregunto, intentando entender su cambio de actitud.

—Tengo bastante calado a mi personaje; Juan está loco por follársela, pero ella se empeña en alargar algo que está claro que va a terminar sucediendo. Más o menos como tú, gatita, que te gusta hacerte la dura. Estáis cortadas por el mismo patrón.

—¿Perdona? —digo alucinada—. Vamos a ver, por partes. —Respiro profundamente, decidida a que no me saque más de quicio—. Juan no está loco por follársela, está enamorado de ella —matizo, acercándome a él—, pero como marqués tiene unas obligaciones que cumplir y entre éstas está la de casarse con alguien de su posición social, a pesar de estar loco por Marcela.

—Sí, claro, así se folla a dos tías a la vez —me replica con una media sonrisa, recordándome la conversación que tuvimos hace años en Formentera.

—De verdad que me superas —le digo sobrepasada por él—. Está claro que tenemos visiones muy distintas del personaje. ¿Qué opina Ana Forner sobre esto? Porque me parece que tendrá mucho que decir.

—Ana es tía y está tan llena de corazones como lo estás tú, y la opinión de José Antonio está contaminada por la suya. Créeme, gatita, ese tío vio a la criada nueva, joven, bonita y virgen y se volvió loco por probarla. Luego puede que se enamorara de ella, como tú dices, pero lo del principio fue sexo únicamente, te pongas como te pongas.

—Tienes la sensibilidad de una piedra. ¿Sabes qué?, piensa lo que quieras —le digo rindiéndome—. ¿Por qué escena quieres que empecemos? ¿Te parece que hagamos la del *casting*? ¿O prefieres otra?

—Esa ya la hicimos en el *casting*. ¿Qué te parece la de la bodega? Cuando Dolores la despide —me aclara.

«En esa se besannnnnnnn, ¡di que síiii! ¡Por fin van a alinearse los planetas y va a arder Troya y Troyo!»

—Como quieras —le digo, intentando que mi voz suene lo más neutra posible, sin molestarme en sacar mi guion del bolso, pues me sé de cabo a rabo todos los diálogos—. Cuando quieras —susurro, cerrando los ojos, necesitando poner distancia de él para concentrarme y ver a Juan.

Empieza con sus diálogos y enmudezco al segundo, pues no necesito poner distancia de ningún tipo, ya que ante mí no tengo a Orlando, sino a Juan; su forma de moverse, de hablar e incluso de mirarme, nada tienen que ver con él. Hasta percibo que todo vibra de forma distinta a nuestro alrededor y cuando le doy la réplica siento que retrocedo a través de los siglos hasta esa oscura y posiblemente húmeda bodega, con los sentimientos y los miedos de Marcela ahogándome.

—Creía que te había dicho claramente que nos veríamos aquí. ¿Te hubieras marchado sin despedirte sabiendo que estaba aquí esperándote? —me pregunta cabreado, emanando rabia por todos los poros de su piel.

—Señorito, esto no es correcto; si alguien nos viera, pensaría algo que no es y...

—Si alguien nos viera, pensaría exactamente lo que es. Mírame —me ordena acercándose a mí, mientras yo retrocedo hasta llegar a la pared más cercana, quedándome entre ésta y su cuerpo—. Marcela, por favor, no te apartes —murmura con sus labios a escasos centímetros de los míos.

Y durante unos segundos lo olvido todo, olvido mis diálogos, dónde estamos, y hasta quién soy, para perderme en sus labios, esos que me muero por besar, a pesar de él.

—Señorito... —susurro antes de que sus labios se unan a los míos acallando mi queja, mientras siento cómo sus brazos envuelven mi cintura posesivamente.

Su lengua se abre paso en mi boca impidiendo que siga mi diálogo, ¿o es que ya no estamos ensayando?, me pregunto mientras correspondo a su beso, sintiendo que mi cuerpo reacciona reclamando más.

—No creo que Marcela besara así, gatita —comenta sonriendo.

—Tienes razón, ni Juan tampoco. Creo que deberíamos ser más fríos, por lo menos al principio. Empieza de nuevo —le pido un poco avergonzada por mi reacción desmesurada.

—¿Y cómo crees que besa Juan? —me pregunta, apoyando una mano en la pared, sin alejar su otra mano de mi cintura.

—¿Cómo? —susurro, sintiendo que mi vientre se contrae ante el momento que estamos viviendo.

—Has dicho que Juan no besaría como te he besado, ¿cómo crees que lo haría? Muéstramelo, bésame como besaría Juan —me pide con voz ronca.

Lo miro perdiéndome en su mirada, sintiendo que su mano ejerce más presión pegándome a su cuerpo y me muevo ligeramente hasta rozar con mis labios los suyos, sin dejar de mirarlo, decidida a aprovecharme del momento todo lo que pueda.

—Así —musito, antes de perderme en ellos.

De nuevo uno mis labios a los suyos, saboreándolos, demorándome y besándolo lentamente antes de introducir mi lengua en su boca, explorándola y enredándola con la suya cuando sale a mi encuentro. Y de nuevo olvido que estamos ensayando, para

simplemente dejarme llevar por el ciclón de sensaciones que está provocándome y me pego lascivamente a su cuerpo, gimiendo al sentir sus manos por dentro de mi camiseta.

—¿Eso es ser frío? Joder, Paloma —masculla socarrón, separándose levemente de mí—. Además, el principio del beso ha sido muy de chica, los tíos no besamos así. Recuerda que se muere por follársela —me indica, con sus manos todavía envolviendo mi cintura por debajo de mi camiseta, quemándome con su tacto.

—No puedes besarme como si fueras a comerme —le rebato divertida—. Recuerda que pertenecen al siglo pasado, tienes que ser más comedido, no puedes meterme la lengua a saco.

—Tú me la has metido —me recuerda socarrón.

—Pero el principio del beso tiene que ser sin lengua.

—¿Cómo? ¿Así? —me pregunta, antes de unir sus labios a los míos.

Me besa lentamente, sin dejar de envolver mi cintura con sus brazos, haciendo que sienta su fuerza, el calor que emana de su cuerpo, su dureza y me asombro por cómo mi sexo reacciona exageradamente ante ella y tengo que contenerme como nunca para no enloquecer con lo que está haciéndome sentir, como supongo que está haciendo él.

—¿Vas a quedarte quieta como un palo? —me pregunta antes de morder mi labio dulcemente.

—Se supone que Marcela no quiere esto al principio —musito cerrando los ojos, sintiendo sus labios recorrer los míos, su tibieza y cómo mi cuerpo reacciona pidiendo más.

—Por supuesto que quiere —me rebato sin dejar de besarme, mientras yo enredo mis manos en su pelo, tirando de él.

—Puede, pero después —susurro con un hilo de voz, frenándome para no frotarme contra su potente erección.

—Entonces, ¿apruebas este último beso? —me pregunta impulsando sus caderas hacia delante y gimo ya sin poder contenerme.

—Puede valer, pero sólo al principio —contesto, antes de enredar mi lengua con la suya de nuevo, incapaz de apartarme de él, que ha tomado mi boca al asalto oficialmente.

—Se supone que tienes que decir algo —me recuerda, sin dejar de besarme, aprisionando mi trasero con sus manos.

—Este beso se nos ha ido de las manos. Empecemos de nuevo —musito, alejándome prudentemente de él, con la respiración tan agitada como la suya.

—Es verdad, empiezo yo —me dice respirando profundamente, llevando sus manos a sus caderas.

—Si alguien nos viera, pensaría exactamente lo que es. Mírame —me ordena con autoridad, acercándose de nuevo a mí—. Marcela, por favor, no te apartes —murmura acercando de nuevo sus labios a los míos, que lo esperan anhelantes.

—Señorito... —susurro antes de que los atrapen de nuevo, esta vez conteniéndose, y besándome tal como haría Juan, tan diferente a como me ha besado antes, tan diferentes a como lo son un ciclón y una brisa ligera—. Juan... ¿qué estás haciendo? —susurro alzando mi mirada hasta encontrarme con la suya, sintiendo mi cuerpo temblar.

—Lo que llevo deseando hacer desde que te vi —musita sin apartarse un centímetro—. Déjate ir, Marcela —me pide, empezando a profundizar el beso, metiendo su lengua en mi boca y buscando la mía, y, puesto que en ese punto Marcela gime, me dejo ir, haciéndolo yo también, alargando el momento unos segundos más de lo que debería, sintiendo sus manos ascendiendo por debajo de mi camiseta, mientras me engulle entera.

—No, Juan, apártate, por favor; esto no está bien —musito como puedo, intentando separarlo de mi cuerpo como supongo que haría ella y costándome la vida, pues es lo último que deseamos.

—Somos adultos y nos gustamos. ¿Qué problema hay? —me pregunta sin permitir que me aleje de él y sin dejar de besarme.

«¡Estás interpretando a Marcelaaaaaaaaa! ¡Espabila!», me recuerda la insolente voz de mi cabeza.

—¿Qué problema hay? —musito cuando consigo hacerlo, metiéndome de nuevo en mi papel, alejándolo de mi cuerpo ante su intensa mirada—. ¿De verdad tengo que explícaselo? Usted es el señorito y yo... ¡una criada que no tiene donde caerse muerta! ¡Ahí tiene el problema! ¿Le parece poco? —le pregunto sobrepasada por la situación.

—Si a mí no me importa, ¿por qué ha de importarte a ti? —me pregunta con voz ronca, acariciando mis labios con sus dedos y abrasándome con su mirada—. Son deliciosos, como tú; no me prives de ellos —susurra, acercándose de nuevo a mí, besándome con dulzura y deshaciéndome mientras sus manos ascienden otra vez por debajo de mi camiseta estremeciéndome y alzo las mías hasta llegar a su pelo, donde las enredo con mi lengua buscando la suya y sus caderas frotándose contra mi sexo, que palpita de deseo. Su gemido se entremezcla con el mío haciendo que la que desee engullirlo sea yo.

—Me parece que lo hemos bordado, nena —murmura apartándose ligeramente de mí.

—Yo también lo creo —musito, volviendo a la realidad con reticencia, con él todavía pegado a mi cuerpo.

—Hay otra escena en la bodega que me gustaría ensayar contigo —me dice con su dedo ascendiendo peligrosamente por mi pierna, y lo detengo antes de que llegue a mi sexo.

—¿Tienes intención de elegir todas las escenas eróticas del libro? —le pregunto divertida, frenándolo a pesar de que lo único que deseo es que siga avanzando.

—Este libro es erótico, lo tengo crudo si quiero elegir una escena en la que no haya beso o magreo.

—Romántico-erótico —matizo— y por supuesto que sí hay escenas sin beso ni magreo.

—Pero son menos divertidas.

—Estamos trabajando, ¿o lo has olvidado?

—En ningún momento, aunque no puedo decir lo mismo de ti.

—¿Cómo? —le pregunto con una carcajada nerviosa. ¡Será posible!

—No me imagino a Marcela restregándose como una gata en celo.

Me río con ganas sin poder evitarlo. ¡Por favorrrr, este hombre es el colmo!

«¡Arréale con ganas! Pero ¿éste qué se cree?», me grita la vocecilla insolente de mi cabeza, de nuevo con los guantes de boxeo puestos.

—¿Te hace gracia? —me pregunta acercándose a mí.

—Para que te enteres, chulito, aquí el único que parecía un gato en celo eras tú —le contesto, posando una mano en su pecho, para evitar su avance.

—Pero ¡si apenas te he tocado! —me replica, intentando ocultar una sonrisa.

—Sí, claro, apenas me has tocado, lo que tú digas. Pero esta vez la escena la elijo yo —le digo, yendo hasta la mesa y sacando el guion de mi bolso—. Página cincuenta, línea veinte.

Veo cómo busca la escena y arruga el ceño casi al instante.

—Eres única divirtiéndote.

—Ya te he dicho que estamos trabajando, empieza —le ordeno.

Comenzamos a interpretar la escena y de nuevo me asombro ante su talento, pues cuando interpreta no lo hace realmente, sino que se convierte en su personaje, hablando, moviéndose e incluso mirando como lo haría él y siento que nos convertimos en ellos en cada escena que ensayamos, con la certeza de que vamos a interpretar el papel de nuestra vida.

Ensayamos varias escenas más, ninguna ya con beso, y cuando voy a elegir otra, me corta.

—¿Tienes intención de que las ensayemos todas? ¡Joder, si nos sale de puta madre!

—¿De verdad lo crees? No quiero fallarle a Ada y a Marta, ni tampoco a Ignacio, sobre todo a él —le confieso, temerosa de no estar a la altura.

—¿Por qué? ¿Qué te une a él? —me pregunta con curiosidad, arrugando el ceño y apoyándose en una de las paredes.

—Nada, sólo una amistad —le respondo, apoyándome en la pared de enfrente, sosteniéndole la mirada durante unos segundos, negándome a contarle cómo lo conocí. Y entonces me percató de la oscuridad en la que está sumido el jardín—. ¿Cuándo se ha hecho de noche que no nos hemos dado cuenta?

—Mientras interpretábamos esas escenas aburridas que te has empeñado en ensayar. Pero ya es suficiente por hoy, tengo otras cosas en mente. Vamos —me dice, dirigiéndose a una puerta y lo sigo acelerando el paso para ponerme a su altura.

—¿Adónde vamos? —le pregunto, deseando que me responda que a su habitación o a algún lugar donde haya una cama enorme en la que por fin podamos dar rienda suelta a todo el deseo que siento chisporroteando a nuestro alrededor.

—¡Ya lo verás! —me responde guiñándome un ojo y llevándome de la mano hasta un garaje donde tiene aparcados varios coches de alta gama y una moto impresionante.

—¡Madre mía! —musito impresionada, acercándome a ella—. ¿Me dejas llevarla? —le pregunto, acariciándola y reverenciándola.

—¿Sabes conducirla? —pregunta sorprendido.

—¿Quieres comprobarlo? —contesto divertida.

—Sí, pero no hoy, hoy conduzco yo —replica tirándome un casco que cojo al vuelo—. Sube, gatita, nos largamos —dice subiendo a la moto con su casco ya puesto.

Me sorprende al llevarme a un local donde cenamos fajitas, burritos y nachos y donde, entre bocado y bocado y con la música de fondo, me habla de su carrera en Hollywood mientras yo le hablo de mi trabajo en la pequeña compañía de teatro.

—Así que fuiste Luisita manchas. ¡Joder, eso quiero verlo! —me dice con una media sonrisa, con los ojos brillándole por la diversión.

—Y también fui un cartón de leche, un cangrejo o cualquier animal de la selva —le explico ante sus risas.

—¿Sabes una cosa?, yo trabajé en Disneyland París durante casi un año y perdí la cuenta de las veces que tuve que ponerme mallas —me confiesa, arrancándome una carcajada.

—Eso también me gustaría verlo —le digo sin poder dejar de reír al imaginar su increíble cuerpo enfundado en ellas—. No sabía que habías trabajado allí.

—Y fui el príncipe de la Bella Durmiente —me contesta, guiñándome un ojo, sonrojándome al recordar cuando me llamaba Bella Durmiente—. No es fácil para nadie triunfar en esta profesión y todos, antes de conseguirlo, somos mil cosas distintas, pero cuando lo logramos y nos convertimos en actores reconocidos es la hostia.

—Ojalá algún día lo consiga. No es que aspire a llegar a tu nivel, que no me importaría, por supuesto, pero por lo menos me gustaría poder vivir exclusivamente de esto.

—Y lo harás, porque eres buenísima. Si no lo fueras, Ignacio no te habría dado una oportunidad como ésta —me asegura mirándome fijamente—. Y ahora cuéntame cómo conociste a uno de los tíos más influyentes de este mundillo.

—Si te lo cuento no puedes decírselo a nadie —le pido, decidida a contárselo a pesar de lo que pueda pensar de mí—. Y tienes prohibido reírte. Júralo, jura que no vas a hacerlo.

—Lo juro —me contesta con una sonrisa resplandeciente.

—Borra esa sonrisa inmediatamente de tu cara o paso de ti y me voy a bailar —le digo achinando los ojos.

—Empieza —me pide, poniéndose serio.

Y entonces le relato mi primer día en Madrid, la lluvia, el frío, la odisea que me supuso encontrar la calle Arapiles y más tarde el dichoso número 16, y entonces estalla en una sonora carcajada.

—¡No me jodas! —me suelta, descojonándose con ganas.

—¡No te rías! ¡No tiene gracia! No estaba en esa calle —me defiendo, empezando a cabrearme con él.

—¡Claro que lo estaba! —replica, echando la cabeza hacia atrás, con un ataque de risa en toda regla.

—¡La madre que te parió! ¡Deja de reírte, imbécil! ¡No pienso volver a contarte nada más! —le digo levantándome y dirigiéndome a la pista de baile, donde está empezando a sonar *Despacito*. ¡Que le den!

Siento sus manos en mis caderas, pegándome a su cuerpo, e intento alejarme de él, todavía enfadada.

—Estate quieta —me ordena con voz ronca cerca de mi oreja, mientras la voz de Luis Fonsi llena todo el local y Orlando empieza a moverse, obligándome a mí a hacerlo.

Me da la vuelta con facilidad y cuando me tiene frente a él me pega más a su cuerpo, consiguiendo que olvide mi enfado y que todo desaparezca de mi campo de visión para verlo únicamente a él y su intensa mirada, que está convirtiendo mi cuerpo en un volcán a punto de entrar en erupción. Y cuando sus manos llegan a mi trasero y sus labios empiezan un recorrido tortuoso y caliente por mi cuello, estallo, dejándome ir, gimiendo y echando la cabeza hacia atrás, sintiendo su sexo, enorme junto al mío, y me froto contra él sin dejar de bailar, en uno de los bailes más sexuales de mi vida.

Bailamos como si folláramos, empezando a besarnos con lujuria, sin dejar de frotarnos y tocarnos, gimiendo y ardiendo, incapaces de parar y alejarnos del otro, tan pegados que podríamos pasar por una única persona. Y es en esa oscura pista de baile donde nos dejamos arrastrar por nuestros instintos más básicos, unos instintos que llevamos frenando demasiado tiempo, cuando me coge de la mano y lo sigo sin dudar hasta una habitación que me recuerda a la pequeña salita de La Cueva.

—¿Qué haces? ¿Podemos entrar aquí? —musito, sintiendo cómo todo vibra a nuestro alrededor.

—Este local es de un amigo mío —me explica, cerrando con llave y acercándose a mí con la lujuria instalada en su mirada—. Contigo nada es como lo planeo —me dice cerca de mi oído, impulsando las caderas hacia delante, y gimo en su boca sin entender a qué se refiere, enredando mis manos en su pelo y pegándome a ellas—. Voy a follarte hasta que no puedas más, quítate la ropa —me ordena, separándose ligeramente de mí para empezar a deshacerse de la suya.

Siento que mi vientre se contrae de anticipación, mi sexo se humedece y mi mente se nubla de deseo, de un deseo lascivo y ardiente y obedezco ante su abrasadora mirada.

—Toda la ropa —sisea con sus slips puestos, recorriendo con su pulgar mi húmedo sexo, que reacciona al instante ante su roce.

—Quítatela tú también —le pido con la respiración entrecortada.

Terminamos de desnudarnos devorándonos con la mirada, ardiendo de tan sólo imaginar lo que viene ahora y, cuando estamos desnudos frente a frente, me muerdo el labio ante la visión que tengo delante, pues ni en mis fantasías más increíbles hubiera imaginado algo así.

Veo que se coloca un preservativo rápidamente y, antes de que pueda reaccionar, me levanta una pierna y hace que la enrosque en torno a su cadera, llevando su sexo a la entrada del mío. Gimo al sentirlo acceder a mi húmedo interior e impulso las caderas hacia delante para facilitarle el acceso. Cuando lo tengo completamente encajado en mi interior, gimo de nuevo sosteniéndole la mirada, sabiendo que está a punto de arder Troya, Troyo y todos los planetas que terminan de alinearse.

—Muévete conmigo —me pide, besándome con lujuria, levantándose por el trasero y haciendo que enrosque ambas piernas en torno a su cintura, poseyendo mi boca como está poseyendo mi sexo y arrastrándose con sus deseos y los míos.

Me embiste con fuerza, llenándose de él, sin darme tregua, mordiéndome y besándome, con sus manos sujetándose con fuerza mientras yo me muevo con él, con la misma lujuria y desenfreno con los que está moviéndose él. Siento cómo mi cuerpo se tensa, vibra y se desborda con cada embestida y gimo con sus labios pegados a los míos, mientras no deja de bombear con fuerza en mi interior, consiguiendo que todo me dé vueltas.

—Me pasaría la vida follándote —masculla entre dientes, erizándose con su comentario.

—Ojalá lo hagas —le respondo, deseando que este momento no termine nunca, tan llena de él que siento cómo mi cuerpo brilla hasta deslumbrarme.

—Vamos, Paloma, córrete, córrete conmigo —me pide, apretando los dientes, embistiéndome con más fuerza y llevándose al punto más alto de la montaña rusa, donde me desplomo con un grito asombrado, mientras un orgasmo monumental asola nuestros cuerpos.

Me mantengo aferrada al suyo, recuperándome de las mil y una sensaciones que sacuden mi interior, impresionada, maravillada y todos los “-ada” posibles, recordando cuando Luna me dijo que nunca querría bajarme, una vez me hubiera subido a ella.

—Lo siento, Paloma... ¡JODERRRR! —masculla entre dientes, saliendo de mi interior—. Vístete, nos vamos —me ordena, cogiendo su ropa para desaparecer tras una de las puertas.

¿Cómo? ¿Cómo que lo siente después de haberme follado así? ¿Acaso no le ha gustado? —me pregunto, sintiendo cómo mi cuerpo brillante hasta ahora se desploma en el vacío hasta llegar al inframundo, donde la oscuridad lo envuelve.

Me visto con rapidez, sin molestarme en limpiarme, y antes de que salga él lo hago yo, confundiéndome entre la gente que abarrota el lugar, ajenos al drama que estoy viviendo. Y llorando y sin poder creer que haya dicho eso después de lo que me ha hecho sentir, abandono el local.

CAPÍTULO 24

—¿Adónde vas? ¿Por qué no me has esperado? —me pregunta entre dientes, cogiéndome el brazo y obligándome a volverme.

—¿Y a ti qué te importa, imbécil? —siseo con los ojos anegados en lágrimas.

—Ya te he pedido disculpas, por favor, no llores —me pide, abrazándome en medio de la calle.

—Pero ¿por qué te disculpas? ¿Qué pasa, que puedes acostarte con cualquier tía que se te ponga a tiro, pero no conmigo? —le grito sin importarme quién pueda oírnos, maldiciéndome por estar llorando delante de él e intentando zafarme de sus brazos, que me mantienen prisionera entre ellos.

—¿Qué coño estás diciendo? —sisea, sujetándome con fuerza, intimidándome con su mirada—. No me he disculpado por lo que ha sucedido ahí dentro, sino por cómo ha sucedido.

—¿Cómo ha sucedido? —susurro sin entender nada.

Para una vez que subo a la montaña rusa, tienen que sentirlo, vaya mierda.

—Joder, Paloma —masculla soltándome y mesándose el cabello—. No pretendía que se me fuera tanto de las manos, por una vez quería hacerlo bien —me confiesa, mirándome con seriedad—. Contigo quería hacer todas esas mariconadas que hacen mis amigos, pero está claro que esas chorradas no van conmigo.

—¿Qué chorradas? —musito más tranquila, secándome las lágrimas.

—Ya sabes, ir a cenar, al cine y todas esas gilipolleces que hace la gente corriente antes de ponerse a follar como locos. Pero sobre todo quería que nos conociéramos de verdad. Paloma, quiero que confíes en mí tanto como yo confío en ti —me dice, erizándome con su mirada y sus palabras—. Por nada del mundo quiero que se repita lo que sucedió esa noche.

—Es difícil que confíe en la gente, pero estás en el camino correcto para conseguirlo —le digo, enroscando los brazos en torno a su cuello, perdiéndome en su mirada—. Gracias por intentar hacer esas mariconadas conmigo —le digo, sonriendo finalmente.

—Bueno, por lo menos te he llevado a cenar.

—Y a bailar —prosigo, sin poder dejar de sonreír, sintiendo cómo posa sus manos en mi trasero, en su lugar favorito de mi cuerpo.

—Me moría por bailar contigo desde que te vi en La Cueva con Hugo —me confiesa, mordiendo mi labio con suavidad.

—¿Cuándo? —musito cerrando los ojos, pegándome a su cuerpo, que atrae al mío como si le perteneciera.

—Cuando bailasteis *Despacito* tuve que largarme para no follarte contra una de las paredes, como he hecho antes.

—Nos viste —susurro, recordando cómo sentí su presencia.

—Joder si os vi, aunque hubiera preferido no hacerlo. Suerte que esta noche me he desquitado con ganas, y aún no he terminado —me advierte con un brillo diferente en la mirada—. Vámonos.

—¿Adónde? —le pregunto, aunque algo en mi interior me dice que vamos a subirnos de nuevo a la montaña rusa.

—A mi casa, voy a follarte en cada metro cuadrado —me responde con fanfarronería.

—¿Y cuántos metros cuadrados tiene? —digo riendo con ganas, mientras llegamos hasta donde tiene la moto.

—Cuatrocientos, distribuidos en dos plantas y en dos terrazas, más cien de jardín, haz cuentas —contesta con arrogancia.

—Quieres matarme, ¿verdad? —le pregunto entre risas.

—A folladas —me responde, guiñándome un ojo antes de ponerse el casco—. Sube, nena, estamos perdiendo orgasmos a toda leche.

—Eres el colmo del romanticismo —le digo sonriendo poniéndome el casco.

—Pero follo bien, que es lo que cuenta —me rebate con insolencia.

—Romántico y humilde, menudo chollo tengo contigo.

—Aprovéchate entonces, gatita —dice provocando mis carcajadas.

Llegamos a su casa y, tras estacionar la moto en el garaje, me lleva de la mano hasta la piscina y de nuevo me quedo con la boca abierta. Rasante y rodeada de vegetación es mi sueño hecho realidad.

—El espectáculo está aquí detrás, gatita, deja de mirar el agua, ¿quieres? —me pregunta socarrón, empezando a desnudarse.

—¿Tú eres el espectáculo? —le contesto carcajeándome, posando mi mirada en su cuerpo, en su increíble y bien esculpido cuerpo, sin poder creer que finalmente esté con él.

—Un auténtico espectáculo para la vista y que es todo tuyo, aprovéchate y márame a polvos.

Me río con ganas de su comentario y me acerco a él sin poder dejar de sonreír.

—No podrán vernos desde fuera, ¿verdad? —le pregunto, temiendo verme desnuda mañana en Internet o en cualquier revista sensacionalista.

—No conozco a nadie que haya sido capaz de saltar el muro de ninguna de mis casas, aunque hubo una loca que lo intentó y terminó entre mis brazos —me comenta con voz ronca.

—¿Quién sería? —contesto divertida, perdiéndome en ellos.

—Una pequeña delincuente, pero no te preocupes, la tengo controlada —me asegura, mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Ya veo —musito sonriendo ampliamente, alejándome de él y empezando a desnudarme ante su abrasadora mirada, sintiendo cómo mi cuerpo reacciona ante ella, de nuevo exageradamente.

—Vamos —me pide, desnudo también, cogiéndome de la mano y llevándome hasta los primeros escalones de la piscina.

El agua está templada y me sumerjo en ella. Siento cómo Orlando está conteniéndose para no engullirme entera y disfruto provocándolo sin cesar, sintiendo mi sexo reclamarlo palpitante y conteniéndome yo también a pesar de mis deseos.

—Ven aquí —me ordena con voz seca, apretando la mandíbula, sentado en el primer escalón.

Llego hasta él sosteniéndole la mirada, una mirada llena de promesas y lujuria y me siento a horcajadas sobre sus piernas, sintiendo su enormidad junto a mi sexo resbaladizo. Acercó mis labios a los suyos deseando sentirlo de nuevo en todo mi cuerpo. Nuestro beso exigente y morboso, nuestros sexos friccionándose y sus manos sobre mi trasero me excitan todavía más y me muevo con él mientras formamos olitas a nuestro alrededor.

—Joder, Paloma —masculla, cogiendo mi labio inferior y tirando de él—. Te quiero de espaldas a mí, venga, introdúceme dentro de ti —me pide, tras colocarse un preservativo.

A horcajadas y dándole la espalda, hago lo que me pide introduciendo su sexo en mi interior, sintiéndolo llegar tan profundo que tengo que detenerme unos segundos hasta que la molestia se convierte en placer. Un placer que crece en mi interior a pasos agigantados, llegando hasta todas mis terminaciones nerviosas de la misma forma en que lo haría una onda expansiva, y con la espalda contra su pecho y nuestras respiraciones agitadas, empiezo a moverme sobre él.

Tiene una mano en mi cadera, pegándome a él, y la otra sobre mi clítoris, estimulándolo, y sin dejar de moverme apoyo la cabeza sobre su hombro, jadeando y sintiendo mi cuerpo fundiéndose con el suyo.

Su boca atrapa mi cuello succionándolo y mordiéndolo y gimo enlazando mis manos alrededor del suyo, cerrando los ojos y sintiéndolo en mi interior, en mis pechos, en mi cuello, en mi alma, enroscándose en ella y adueñándose de mi voluntad mientras nuestros cuerpos se fusionan en uno solo, llegando a lo más alto de la montaña rusa, esa que ya forma parte de mí.

Me despierto en mitad de la noche en su cama, con sus brazos rodeando mi cuerpo con posesión y sonrío feliz recordando cada minuto vivido con él, pues de la piscina pasamos a la cama, donde de nuevo me subió a la montaña rusa dos veces más y, aunque me encantaría quedarme, no puedo hacerlo, todavía no nos conocemos tanto como para pasar toda la noche juntos. Además, no tengo cepillo de dientes ni ropa para mañana y, sinceramente, me da vergüenza que me vea recién levantada, por lo que, haciendo un esfuerzo titánico por quitármelo de encima sin despertarlo, consigo escabullirme de su cama.

Me visto en la piscina, donde tengo toda la ropa esparcida por el suelo, y, una vez lista, me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —me pregunta cabreado, llegando desnudo hasta donde estoy yo.

—Lo siento, no quería despertarte —me disculpo atropelladamente.

—Te he preguntado adónde vas —me repite con dureza, mirándome con el ceño fruncido.

—A mi casa. Anda, vuelve a la cama, pediré un taxi —le digo conciliadora, sin entender que se cabree tanto porque lo haya despertado.

—Joder, Paloma, ¿ibas a largarte así? ¿En mitad de la noche?

—Lo siento, no recuerdo ni cuándo me he dormido. Me habría ido antes si no lo hubiera hecho —intento aclararle, disculpándome de nuevo.

—¡Deja de disculparte, joder! —masculla entre dientes.

—Si no quieres que me disculpe, ¿por qué te cabreas?

—¡Porque no quiero que te marches ni antes ni después! Sobre todo después y a hurtadillas, como si fueras un delincuente. Sube a acostarte —me ordena fulminándome con la mirada.

¿Cómooooo?

«Hombre, ya nos ha salido el machito», oigo a la insolente voz de mi cabeza y por una vez estoy completamente de acuerdo con ella.

—No —le digo cabreada por el tono utilizado, cruzando los brazos.

—¿No? —me responde de repente divertido.

—No —me reafirmo, colgándome el bolso y dándome la vuelta, directa a la puerta.

—No tienes escapatoria, pequeña delincuente —me dice, sorprendiéndome y cogiéndome como un saco de patatas.

—¡Que me dejes idiota! ¡Suéltame! ¡Me voy a mi casa lo quieras o no!

Sin pensarlo dos veces y con una fuerza que me sorprende, me lleva hasta el baño, donde nos mete en la enorme ducha, para seguidamente abrir el grifo con nosotros debajo.

—¡Mierdaaaaaa! Pero ¿qué haces, imbécil? —farfullo con el agua cayéndome en cascada por la cara, dándole puñetazos en la espalda e intentando respirar sin atragantarme.

Me baja de su hombro para aprisionarme contra la pared, mirándome con esa chulería tan suya y cabreándome todavía más. ¡Ufffff, éste no sabe con quién se la está jugando! Y como si me leyera el pensamiento y antes de que pueda hacer nada, aprisiona mis manos con las suyas para evitar que le arree con todas mis fuerzas, por lo que durante unos segundos valoro seriamente darle una patada en todos los huevos.

«¡Venga! ¡Arréale con fuerza y déjalo impotente!», me pide la insolente voz de mi cabeza.

—Puedes irte ahora si quieres —masculla, rozando sus labios con los míos, llevando una de sus manos al interior de mi camiseta, donde atrapa uno de mis pechos.

—Eres un cavernícola, ¿lo sabías? —siseo enfadada, negándome a sentir nada, tiesa como un palo.

—Ya te he dicho que puedes irte, aunque si lo hicieras ahora, dudo mucho que encontraras un taxi que quisiera llevarte, empapada como estás. Yo que tú me quedaría aquí —me aconseja sonriendo, atrapando mi pezón con sus dedos.

—Mira que eres imbécil —le medio escupo—. No vas a engatusarme con sexo —añado con menos convencimiento del que me gustaría.

—¿Seguro? —susurra, liberando mis manos, que hasta ahora sujetaba con una de las suyas, para quitarme las zapatillas empapadas, a las que le siguen los pantalones. Cierro los ojos, todavía con el agua cayendo en cascada sobre mi cabeza.

—Seguro —le contesto con un hilo de voz, alzando los brazos para que pueda deshacerse de mi camiseta.

—Lo que tú digas —musita, liberándome de la ropa interior.

Me abre las piernas y se arrodilla entre ellas, llevando su boca a mi sexo, describiendo círculos con su lengua sobre mis labios y mi clítoris, para tirar posteriormente de él con suavidad con sus dientes, chupando concienzudamente de arriba abajo, y gimo dejándome llevar por su boca y por lo que está provocándome con ella.

Verlo arrodillado entre mis piernas, completamente volcado en mí me eriza de tal modo que siento cómo de nuevo algo se enreda en mi alma y apoyo la espalda contra la pared, necesitando hacerlo para mantener el equilibrio y la estabilidad que él está llevándose con su boca. Calor, placer y jadeos entremezclándose con el sonido y el vapor del agua y yo, más libre y desinhibida de lo que me he sentido nunca, moviéndome sobre sus labios, mientras un orgasmo me sacude de la cabeza a los pies.

—Te deseo tanto que me da hasta miedo —me confiesa, mirándome con los ojos oscurecidos por el deseo, levantándose y quedando frente a mí.

Introduce la punta de su sexo en la entrada del mío y, antes de que pueda contestarle, se inserta con fuerza en mi interior.

—La puta madre —masculla, impulsando sus caderas hacia delante—. Dime que tomas la píldora —me pide, apoyando su frente contra la mía, empezando a moverse.

—A buenas horas —le respondo con la voz entrecortada, sintiendo cómo una bola de deseo, ardiente y feroz, se forma en mi interior y me muevo con él necesitando liberarme de ella.

—No me hagas apartarme ahora —me pide, intensificando el ritmo y, sin poder contestarle, empiezo a moverme con él, sintiendo cómo de nuevo mi alma queda atrapada por ese algo que está enredándose en torno a ella sin que yo pueda hacer

nada por evitarlo.

—La tomo —le respondo finalmente, gimiendo y sintiendo mi cuerpo vibrar de placer ante sus potentes embestidas.

—A la mierda el condón —masculla, besándome con rudeza, con sus manos moviéndome a su antojo y sus labios poseyendo mi boca. Cuando abro los míos en un intento por llenar de aire mis pulmones, un gemido nacido de lo más profundo de mi alma sale de mi garganta y la bola de deseo estalla dentro de mí al llegar al orgasmo más brutal, descomunal y violento de mi vida, dejándome temblando entre sus brazos.

—Creas adicción, Paloma —murmura, mordiendo el lóbulo de mi oreja, sacándome de la ducha y envolviéndome con una toalla para, posteriormente, depositarme con cuidado sobre la encimera del baño antes de empezar a secarme.

Lo observo en silencio, queriendo soltarle cuatro burradas por haberme metido en la ducha a la fuerza y más tarde haberme engatusado con sexo, pero por alguna extraña razón que no entiendo, no llegan a materializarse en mi boca y termino sonriendo bobaliconamente cuando empieza a cepillarme el pelo con cuidado.

—Mmmmmm —musito cerrando los ojos—. Voy a dormirme como sigas así —digo, completamente relajada.

—Hazlo —me pide, cogiéndome en brazos y depositándome sobre la cama.

Siento cómo se acuesta a mi lado e, instintivamente, adoptamos la posición de la cucharilla, con su brazo en torno a mi cintura.

—No voy a escaparme —susurro sonriendo, más dormida que despierta.

—Por si acaso —me responde y, sin verlo, sé que está sonriendo también—. Duérmete.

Y caigo rendida en un sueño profundo.

Abro los ojos sintiéndome completamente descansada y cuando me doy la vuelta compruebo que estoy sola en la cama. ¿Dónde estará?, me pregunto incorporándome y observando el jardín que se despliega magnífico a través del enorme ventanal y me tumbo de nuevo en ella, estirándome, completamente feliz.

«Sí, sí, tú estírate y hazte la remolona, que como entre y te vea con esas pintas la que voy a reírme soy yo», me dice con retintín la insolente voz de mi cabeza.

¡Mierda! Y como un cohete salgo disparada hacia el baño, decidida a asearme antes de encontrarme de nuevo con mi dios del sexo particular, recordando cómo me folló en la ducha y percatándome de que, por primera vez en mi vida he conseguido hacerlo en condiciones, sin terminar clavándome el monomando en la espalda, entre otras cosas...

«¿En condiciones?» Eso no ha sido en condiciones, chata, eso ha sido otro nivel», matiza de nuevo la insolente voz de mi cabeza.

Sonriendo tontamente empiezo a lavarme los dientes utilizando el dedo a modo de cepillo improvisado y, una vez aseada mínimamente me dirijo a su vestidor, donde me pongo una camiseta suya con uno de sus slips.

—Bueno, es lo que hay —musito feliz, mirando mi reflejo en el espejo enorme que tiene en una de las paredes del vestidor.

Lo encuentro en la cocina y, sonriendo, me acerco a él, que me mira de arriba abajo con ese descaro tan suyo al que ya estoy acostumbrada.

—¿Te has puesto mi ropa? —me pregunta, envolviendo mi cintura con sus brazos, mientras yo, de puntillas, paso los míos en torno a su cuello.

—No sabía dónde estaba la mía —musito, dándole un dulce beso—. Buenos días, chulito.

—Buenos días, gatita —me responde, llevando sus manos a mi trasero—. Mmmm ¿y mis slips? —me pregunta divertido, levantándose la camiseta para comprobarlo—. Me gusta cómo te quedan.

—Mejor que a ti —contesto, guiñándole un ojo.

—¿A qué hora entras a currar en La Cueva? —inquire mordisqueándome el cuello, con sus manos empezando a recorrer mi cuerpo.

—Pero ¿acaso tengo permiso para currar? No me digas que vas a dejarme salir de aquí —bromeo divertida, sintiendo cómo mi cuerpo empieza a despertar con sus muchas atenciones.

—Sólo para currar y porque le tengo cariño a Mic —me responde, atrapando uno de mis pechos—. Luego vas a volver aquí —añade con voz ronca.

—¿Sabes que tengo casa? —le pregunto, ahogando un gemido.

—¿Sabes que yo también la tengo? Además, es más grande que la tuya y tenemos más metros cuadrados para follar —me dice, dejándome de piedra—. De aquí no vas a moverte, gatita.

—¿Cómo? —musito, separándome ligeramente de él, necesitando que matice ese «de aquí no vas a moverte».

—Vas a venirte a vivir conmigo —me responde con una tranquilidad pasmosa.

—Y una mierda —le digo espantada.

—No te lo estoy preguntando, Paloma —me dice sonriendo impertinentemente, apoyándose en la barra.

—Si hablaras entre gruñidos podrías pasar perfectamente por un cavernícola —mascullo enfadada, más que dispuesta a no ceder ante semejante estupidez—. Ya puedes ir olvidándote, porque ni de coña pienso venirme a vivir aquí.

—¿Por qué no? —me pregunta cruzando los brazos, retándome con la mirada.

—¿Cómo que por qué no? Pero ¿tú no riges? ¡Porque apenas nos conocemos, ¿te parece poco?! —le digo, deseando zarandearlo.

—Te lo dije una vez, no voy a prometerte amor eterno, pero tampoco eres el polvo de una noche —contesta, esta vez con seriedad, llegando hasta mí—. Paloma, esto no tiene ningún futuro ni va a llegar a ninguna parte, porque ni lo deseo ni puede ser tampoco. Mi carrera está en Los Ángeles y la tuya apenas está empezando aquí,

pero tenemos un par de meses por delante para exprimir al máximo lo que quiera que sea esto. No lo malgastemos yendo de tu casa a la mía, cuando está claro que queremos estar juntos.

Siento como si me echaran un cubo de agua helada con hielo en toda la cara, consiguiendo que abra los ojos de una vez ante algo que no había querido ver hasta este momento.

—¿Qué soy entonces, el polvo de un rodaje? —le pregunto, disfrazando la decepción y la pena que siento con cabreo, algo con lo que me manejo de miedo.

—Eres mi pequeña delincuente, mi gatita y mi Bella Durmiente —me dice con una sonrisa ladeada—, disfrutemos de estos meses sin tener que ponerle nombre, ¿vale? —añade conciliador.

—¿Dónde está mi ropa? —digo con sequedad, sintiendo cómo la garganta se me cierra, deseando largarme cuanto antes.

—Paloma —sisea en un tono de advertencia que no me pasa desapercibido.

—Dime dónde está mi ropa —insisto sosteniéndole la mirada, decidida a largarme con esta simple camiseta si hace falta.

—¡Y ahora te cabreas! ¡De puta madre! ¿Qué esperabas? ¿Que hincara la rodilla en tierra y te pidiera matrimonio por haber follado unas cuantas veces? —me pregunta, haciendo que recuerde los estúpidos titulares que leí en Internet sobre nosotros. ¡Genial!

Sin molestarme en contestarle y sin entender la reacción desmesurada que estoy teniendo, empiezo a abrir todas las dichas puertas, decidida a encontrar el cuarto de la colada cuanto antes y largarme de una vez de esta casa de cuatrocientos metros cuadrados con sus dos terrazas más sus cien metros de jardín.

—¡CÁLLATE! —le grito, localizándolo al fin y encontrando mi ropa dentro de la secadora.

—¡No me da la puta gana! —me responde siguiéndome y alzando la voz—. ¿Se puede saber qué haces?

No le contesto, pues temo hacerlo y ponerme a llorar y de nuevo disfrazo la pena con cabreo. Siento su mirada fulminante sobre mi cuerpo mientras voy vistiéndome y, una vez lista, paso por su lado como una flecha, sin molestarme en mirarlo o en despedirme.

—¡Muy bien, lárgate si quieres! ¡Ya sabes dónde tienes la puerta! —masculla, antes de que yo la cierre con un sonoro portazo.

—¡Que te den! —siseo cruzando el jardín a toda leche, directa a la puerta que da a la calle, que se abre una vez que llego hasta ella.

Empiezo a caminar sin rumbo, dejando salir finalmente esas lágrimas que no me dejan vivir y deseando pillar un taxi cuanto antes. Pero esto es La Moraleja, la exclusiva y maravillosa urbanización de La Moraleja, por la que apenas pasan taxis y al final, cansada, me siento en el bordillo de la acera y pido uno por teléfono, con los

ojos anegados en lágrimas inoportunas, que lo único que hacen es estorbar. Cuando llega, me hundo en el asiento y en la miseria, para qué engañarnos, directa a mi casa, donde me hundo un poco más.

Es viernes, éste es el último fin de semana que trabajaré en La Cueva y cuando llego a la puerta y veo el mismo cartel que vi hace varios años solicitando camarera siento cómo un nudo se forma en mi garganta en el acto. ¡Ay, Señor! ¡Menudo día de mierda llevo!

—¡Hola, Mic! —la saludo cuando accedo al local.

Está tras la barra, incombustible como siempre, y la miro con tristeza.

—De nuevo me dejas tirada y regresas con cara de perro apaleado. ¿Qué pasa? ¿No fue bien el ensayo con mi chico?

—El ensayo fue bien, pero discutimos al final —le confieso, sentándome en uno de los taburetes.

—Mucho genio es lo que tenéis los dos —me asegura, mientras yo dejo vagar la vista por el local.

—Termino mañana, Mic —susurro con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Bebe —me ordena, poniendo frente a mí un chupito de tequila.

—¿Tequila a estas horas?

—Cualquier hora es buena para beber tequila—contesta, sirviéndose uno ella también—. Si yo no lloro, tú tampoco vas a hacerlo —dice cortando el limón y preparando la sal—. Además, puedes volver siempre que quieras, como hace mi chico.

—Pero no será lo mismo.

—Por supuesto que no lo será, porque triunfarás y sólo vendrás a La Cueva para visitar a la vieja Mic y recordar esos tiempos en los que eras una aspirante a actriz que luchaba por conseguir una oportunidad, como estarán haciendo mis nuevos chicos —me dice con voz quebrada—. Bebe.

Obedezco y siento cómo el líquido se desliza con dificultad por mi garganta cerrada, abrasándola a su paso y caldeando mi cuerpo.

—Aunque nos dé pena, es lo que debe suceder. Tú eres actriz y esto un empleo de paso hasta conseguirlo, así que no lloremos y brindemos por tus próximos éxitos —me dice, sirviéndome otro chupito.

—¿Pretendes emborracharme, Mic? Porque te aseguro que con dos chupitos me entra la risa floja —le aseguro sonriendo al fin.

—Si es de la única forma en la que voy a poder verte sonreír, prepárate a beber —responde, sonriendo también—. Olvídate de lo que te ha sucedido con mi chico y de que terminas mañana y disfruta como lo has hecho siempre desde que pusiste un pie aquí. Por mi chica —me dice, cogiendo su vaso y brindando conmigo.

De nuevo siento cómo el líquido se desliza con dificultad, pero Mic tiene razón, si me quedan dos días en La Cueva quiero disfrutarlos al máximo y con ese convencimiento me sumerjo de nuevo en la vorágine del *pub* sin que Orlando haga

acto de presencia en toda la noche, a pesar de que no abandona mi cabeza ni mi corazón en ningún instante.

El sábado me despierto temprano y, sentada en mi silla favorita de la cocina, observo como la ciudad despierta, sin poder dejar de pensar en él y en lo mal que lo gestioné todo ayer, de nuevo machacándome sin piedad.

—Suficiente, ya está bien de lamentarte, lo que tenga que ser, será —me digo yendo hasta el baño, donde me doy una larga ducha.

Decidida a dejar de pensar en él, y una vez lista, salgo a la calle aceptando con pena que puede que todo haya terminado entre nosotros y, tras vagabundear durante un par de horas, me siento a comer en la terraza de un restaurante italiano y me obligo a centrarme en la gente que me rodea para no recordarlo, me obligo a observar a los turistas, que lo fotografían todo, para acallar nuestras voces, me obligo a centrarme en los detalles para no recordar lo que me hizo sentir, obligándome a olvidar lo que puede que no vuelva a vivir y, al fin, agotada mentalmente, me dirijo a La Cueva, mi curro y también mi vía de escape.

Hoy el ritmo es frenético y cuando llega la noche siento como si un tren de mercancías me hubiera pasado por encima, pues, desde que he puesto un pie tras la barra, apenas he tenido tiempo de levantar la cabeza.

—¡Moved el culo, chicos, que tenemos esto saturado!

—¡Si muevo el culo será para largarme a mi casa, Mic! —le grita Hugo desde su lado de la barra.

—¡Ni se te ocurra hacerlo o te corto las pelotas! —le responde ella sin dejar de servir copas, ante mis risas.

—¡Si me las cortaras harías muy infeliz al sexo femenino! —le rebate él, alzando más la voz.

—¡Serás creído! —le digo descojonándome—. ¡Por mí puedes cortárselas cuando quieras, Mic! —añado entre risas, sin dejar de trabajar—. ¿Qué te pongo? —digo sonriendo y alzando la cabeza.

Enmudezco en el acto al encontrarme con su mirada, una mirada impenetrable que me deja clavada en mi sitio.

—Tenemos que hablar, vamos fuera —me ordena con autoridad.

—Lo siento, pero esto está hasta los topes. Si quieres que hablemos tendrá que ser luego —le respondo, sintiendo cómo el corazón comienza a latirme frenético en la garganta.

—He dicho que salgas de la barra —insiste, mirándome con dureza y sosteniéndome la mirada.

—Sé lo que has dicho, pero te repito que estoy trabajando y no puedo —le respondo, viendo a Mic mirarnos con el ceño fruncido.

Con la boca abierta lo veo rodear la barra hasta acceder a ella, caminando con decisión y sin permitir que nada ni nadie lo detenga, y cuando llega hasta donde estoy yo me carga sobre sus hombros, como acostumbra a hacer. ¡Mierda!

—¡Apáñatelas, Mic! ¡Te la robo diez minutos!

—¡La madre que te parió, Orlando! ¡La necesito aquí! —brama mi jefa, furiosa.

—Te recompensaré, Mic, ¡te lo prometo! —le dice, pasando por su lado conmigo sobre su hombro.

—¡Eres un imbécil! ¡Que me bajes, bastardo! —le grito como una posesa, sin dejar de darle puñetazos en la espalda.

La gente nos abre pasillo al reconocerlo, incluso veo que algunos sonrían divertidos o nos fotografían y juro por lo más sagrado que cuando me suelte será lo último que haga. ¡Pedazo capullo hijo de puta!

Salimos a la calle y, de nuevo, siento la mirada de los que hacen cola para entrar puesta en nosotros y me sirvo del pelo para ocultar mi rostro, muerta de vergüenza, y cuando Orlando dobla la esquina y me deposita en el suelo, me valgo de toda mi fuerza para arrearle en toda la cara.

—Guarda tus garras para otro momento —masculla con seriedad, sujetando mis manos entre las de él con fuerza, inmovilizando mi cuerpo entre la pared y el suyo.

—¡Eres un imbécil! —digo rabiosa, forcejeando para soltarme—. ¡No puedes sacarme así! ¡Estaba trabajando, capullo!

—¡Y yo quiero que me escuches! —me grita sin aflojar su agarre ni permitir que me mueva un centímetro—. Aquí la única que le puso nombre a lo que quiera que sea esto fuiste tú, fuiste tú la que se definió como el polvo del rodaje de esta película, ¡NO YO! Te cabreaste conmigo porque te dije algo que era obvio y lo interpretaste como te dio la puta gana.

—O sea, ¿que ahora la culpa es mía? ¡Esto es el colmo!

—El colmo es que te largaras como lo hiciste y que haya tenido que venir yo a buscarte, eso sí es el colmo —sisea con dureza.

—Nadie te ha obligado a hacerlo, ¡y suéltame de una vez! —mascullo, liberándome de su agarre—. Ya sé que fui yo la que le puso nombre a lo que quiera que sea esto, pero tú me lo pusiste muy fácil. Y también sé que me largué, cuando posiblemente debería haberme quedado, pero me resulta muy difícil hablar contigo cuando te comportas como un imbécil.

—¿Cuándo me he comportado yo como un imbécil? —me pregunta sorprendido—. ¡Venga ya, no me jodas, Paloma!

—Cuando das las cosas por hechas, sin molestarte en preguntarme y cuando pones en mi boca cosas que yo nunca he pedido —contesto rabiosa, omitiendo lo mucho que me dolieron sus palabras.

—Pues si no las quieres, no te cabrees conmigo como si fueras una cría. Además, te equivocas si piensas que no tengo en cuenta tu opinión, ¡por supuesto que la tengo en cuenta! Pero tú eres muy lenta, Paloma, te cuesta decidirte, y yo no estoy dispuesto a perder el tiempo cuando voy por delante de ti en muchos aspectos —me rebate cabreado—. Y para que te enteres, no estoy enamorado de ti ni creo que lo esté

nunca, esas mariconadas no van conmigo, aunque me gustas como nunca me había gustado ninguna tía, pero no por eso voy a prometerte algo que no tengo la menor intención de cumplir, porque eso tampoco va conmigo, lo coges o lo dejas.

—Eres tan romántico que me emocionas. ¡IMBÉCIL! ¿Sabes qué?, ¡que lo dejo! —le grito, dándome la vuelta, directa a La Cueva, hirviendo de rabia y también de pena.

Orlando me coge del brazo, obligándome a volverme, y cuando lo hago su boca aprisiona la mía engulléndola por completo, consiguiendo que deje de pensar y todo me dé vueltas.

«¡NOOOO NOOOOO NOOOOO! ¡No lo beses y pégale una patada en todos los huevos por chulo y por gilipollas! Pero ¿éste qué se cree?», me grita furiosa la insolente voz de mi cabeza.

Y aunque sé que tiene razón no puedo hacerlo y me aferro a ese beso como si mi vida dependiera de ello, pegándome a su cuerpo, que atrae al mío sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, y cuando su lengua se encuentra con la mía, gimo en su boca, con la mente completamente nublada por él, olvidando dónde estoy y lo que acabamos de decirnos.

Me pega contra la pared sin dejar de besarme, impulsando sus caderas hacia delante y me froto lascivamente contra su erección, enredando mis manos en su pelo, mientras algo fuerte, intenso e insoportable se apodera de mi alma, con sus manos buscando mi piel por debajo de la ropa y arrancándome gemidos que nacen de lo más profundo de ella e intensifico el beso, haciéndolo más lascivo todavía, deseando ser yo la que se lo coma entero.

—Veo que estamos de acuerdo en algo —me dice, sin dejar de besarme, moviendo sus caderas contra mi sexo.

—Me parece que en esto siempre vamos a estarlo —susurro, cerrando los ojos, sintiéndolo por todo mi cuerpo.

—Necesito que estemos de acuerdo también en lo otro, no quiero dramas inútiles cuando esto termine —insiste, mordiéndome el labio inferior.

Cuando esto termine...

—Por eso puedes estar tranquilo —contesto, perdiéndome en su mirada, tragando con dificultad—. No pienso montarte ninguno.

—Cojonudo, porque por nada del mundo pienso renunciar a esto contigo —me dice besándome de nuevo—. Vamos dentro o Mic nos matará a los dos —musita sonriendo, entrelazando sus dedos con los míos.

CAPÍTULO 25

Entramos en La Cueva cogidos de la mano y cuando veo lo desbordados que están me maldigo en silencio. ¡Mierda, Mic me va a matar! Pero entonces Orlando me sorprende al colocarse a mi lado tras la barra.

—¿Qué haces? —le pregunto sin entender nada.

—Volver a mis orígenes —me responde mirando a Mic, que lo observa sonriendo—. ¡Te dije que te lo compensaría!

—¡Veremos si eres capaz de aguantar nuestro ritmo, estrellita!

—¿Estrellita? —repite él descojonándose—. Voy a dejarte a la altura del betún, Mic —le dice cogiendo la coctelera—. ¡Tu chico ha vuelto, nena!

—¡A ver si es verdad! ¡Venga, que no puedan con nosotros! —nos grita mi jefa guiñándole un ojo.

Me sorprende la habilidad que Orlando todavía tiene tras la barra, sobre todo preparando cócteles y lo observo disfrutar de verdad mientras atiende a los clientes, fotografiándose con los que lo reconocen e incluso conversando con ellos sin dejar de trabajar y, durante unos instantes, veo al chico que fue hace unos años, alguien que sin lugar a dudas dejó su huella en La Cueva.

—¿Qué te pongo? —le pregunto al hombre que tengo frente a mí.

—Una cerveza... Oye, ¿estarás libre luego? Me gustaría invitarte a tomar algo cuando termines.

—Gracias, pero tengo planes —le respondo ofreciéndole la cerveza, declinando su invitación.

Me sorprende al envolver mi mano con la suya, pero Orlando me sorprende todavía más cuando, antes de que yo pueda retirarla, me coge por la cintura, me vuelve hacia él y me besa hasta conseguir que todo me dé vueltas.

—¿Qué haces? —le pregunto, viendo de reojo que el tío se ha largado.

—Básicamente acabo de mearte en la pierna —me responde socarrón, dándome una palmada en el trasero.

—Me derrites con tu romanticismo.

—Pues espera a que lleguemos a casa y te folle sin parar, voy a licuarte los huesos, gatita —me dice guiñándome un ojo antes de irse a su parte de la barra ante mi sonrisa resplandeciente, todavía preguntándome cómo ha podido darse cuenta de las intenciones de ese tío, sirviendo copas como está haciendo sin parar.

Trabajamos codo con codo a un ritmo frenético y cuando Hugo y yo estamos a punto de hacer nuestra actuación, Orlando me sorprende de nuevo al subirse al escenario donde el grupo que suele actuar los fines de semana todavía está tocando.

Miro a Mic sin entender nada, mientras ella sonríe abiertamente, casi babeando y sonrío yo también, sabiendo que no soy la única a la que Orlando tiene en el bote.

—Buenas noches, chicos —dice, haciéndose con el micro y captando al instante la atención de los clientes—. Esta noche es muy especial para todos los que formamos parte de La Cueva, porque Paloma, nuestra camarera y actriz favorita, nos deja para volar muy alto, tan alto como la lleven sus sueños. Disfruta de ese vuelo y no permitas que nadie te corte esas alas tan bonitas que tienes —me dice derritiéndome y le sonrío tontamente, sintiendo cómo ese algo que tengo enredado en mi alma se expande por todo mi ser, llenándolo de un calor suave y esponjoso—. Sube aquí conmigo —me pide tendiéndome la mano y siento que Mic me empuja ligeramente obligándome a salir de la barra.

Con piernas temblorosas y muerta de vergüenza, para qué negarlo, recorro el pasillo que est n formando los clientes, hasta llegar hasta el escenario, donde cojo la mano que él me tiende, sin poder alejar mi mirada de la suya.

—Esta canción es para ti —me dice con voz ronca, sin soltarme la mano en ningún instante mientras observo como Santi, el cantante habitual, se sienta en el borde del escenario dispuesto a disfrutar, tal como están haciendo todos.

Y entonces empieza la música y siento cómo la emoción recorre mi cuerpo arras ndolo todo a su paso; ha elegido *Beautiful day* de U2 y lo miro con adoración.

Su imponente cuerpo vestido de negro, su voz ronca, sus ojos, la canción, el magnetismo que desprende, y que me la est  cantando a mí es más de lo que soy capaz de gestionar y lo miro completa y absolutamente deslumbrada.

«Venga, recon celo, est s a punto de correrte», me dice la insolente voz de mi cabeza.

Pero no puede estar más equivocada, lo que estoy es absoluta y completamente enamorada.

—Canta conmigo —me pide Orlando al oído.

Y cuando llega el estribillo lo hago, sintiendo mi cuerpo vibrar como lo harían las cuerdas de una guitarra, mientras el público canta también a nuestros pies, consiguiendo que viva uno de los momentos más emocionantes de mi vida de la mano de este hombre que se ha enredado en mi corazón de tal forma que dudo que alguien pueda algún día deshacer el nudo.

Termina la canción y, cuando me dispongo a abandonar el escenario, me sorprende de nuevo al retenerme.

— Le pedimos a nuestra chica que nos cante una canción ella esta vez? —le pregunta al público, aferrando con fuerza mi mano e impidiendo mi huida.

—No, en serio, no creo que eso sea una buena idea —le digo atropelladamente, deseando salir corriendo y no parar hasta llegar al Polo Norte.

— Verdad que os gustaría que cantara? Venga, Paloma, no puedes defraudar a tu público.

—¿Me permitís que lo mate? Prometo darle una muerte lenta y cruel —replico ante las risas de todos.

Pero tiene a la gente completamente de su parte, cómo no, y al final, ante sus peticiones, claudico, jurándome que va a arrepentirse mucho muchísimo de esto cuando estemos a solas.

Hablo con los músicos y, tras ojear sus partituras, veo que tienen una canción que me gusta mucho, *Please Remember*, de LeAnn Rimes y dándome besos mentalmente por haber continuado con mis clases de canto durante estos años y haberme apuntado también a clases de inglés, cojo el micro que Orlando me tiende, no sin antes hacerle la señal de la cruz ante su sonrisa impertinente, deseando no masacrar demasiado la letra de la canción.

Se coloca detrás de mí, envolviendo mi cintura con sus brazos y apoyando la barbilla en mi hombro, mientras comienza la música y el local se sume de nuevo en la más completa oscuridad.

Durante unos breves instantes recuerdo mi primer día de clase de canto, mi pésima voz, cómo mejoré a base de mucho esfuerzo y fuerza de voluntad, mis actuaciones como Luisita manchas, en las que cantaba frente a un público no mayor de diez años... Y es entonces cuando extendiendo esas alas imaginarias que sólo Orlando es capaz de ver, para empezar a volar, con los recuerdos fluyendo de la misma forma en que lo hace mi voz y la música que recorre mi cuerpo hasta erizarlo, sintiendo que se me forma un nudo en la garganta mientras canto esta canción que puede ser nuestro futuro, sabiendo que nunca lo olvidaré y deseando que me recuerde como yo lo recordaré a él y estos días juntos.

Vuelco todo el sentimiento que hay dentro de mí en la letra de la canción que sé que algún día escucharé entre sollozos y, sin detenerme a pensar en mis actos, echo la cabeza hacia atrás apoyándola en su cuerpo, cerrando los ojos y sintiendo cómo encaja en el suyo, como si fuera mi otra mitad, y durante unos momentos mi voz se quiebra de emoción.

Termino la canción sintiéndome completamente expuesta y, sonriendo al público, me alejo de sus brazos para dirigirme al borde del escenario, donde hago una exagerada reverencia, fingiendo diversión cuando lo único que deseo es echarme a llorar.

—Muchísimas gracias —empiezo, decidida a exponerme un poco más—. Gracias, Mic, por todos estos años, has sido más que una jefa para mí y siempre te llevaré en el corazón. Gracias, Hugo por ser tan buen compañero y amigo, me llevo infinidad de recuerdos maravillosos contigo y espero que todos tus sueños se cumplan. No os olvidaré nunca, de verdad, como a todos vosotros, los chicos de La Cueva, si esto es lo que es, sin duda es gracias a vosotros —les digo secándome las lágrimas, sintiendo cómo Orlando entrelaza sus dedos con los míos—. A ti luego ya

te mataré —lo amenazo medio sonriendo sin volverme para mirarlo, temiendo encontrarme con su mirada después de haber cantado esta canción que tan bien refleja nuestro futuro.

Bajo del escenario entre los aplausos del público, seguida por él, que no me suelta la mano en ningún momento y, cuando voy a dirigirme hacia la barra, donde nos espera Mic, me sorprende, modificando mi trayectoria hasta llevarme a la pequeña habitación, cuya puerta cierra con pestillo.

—¿Quieres que te mate tan pronto? Hubiera preferido que me follaras antes, pero como quieras —le digo intentando bromear, a pesar de su mirada.

—¿Por qué esa canción, Paloma? —me pregunta con intensidad, aprisionando mi cuerpo entre el suyo y la pared.

—Porque he visto cientos de veces *El Bar Coyote* y me apetecía cantarla, además, era la única que me sabía de memoria. ¿Tienes algún problema con ella? —le pregunto con frialdad, alzando el mentón y disfrazando el temor con chulería, de nuevo algo con lo que me manejo de miedo.

—¿Quieres hacerme creer que de todas las canciones que había sólo te sabías ésa? ¡Venga ya! —me dice endureciendo la mirada, alejándose de mí y dándome la espalda.

—Resulta que la que me gustaba era ésa —replico cruzando los brazos—. Si no querías que cantara no habérmelo pedido.

—Claro que quería que cantaras y que te lucieras, ¡joder! Pero ¿¡por qué esa canción!?! ¡Quiero que me lo digas! —me presiona dándose la vuelta y clavando su intensa mirada sobre la mía.

—Porque me daba la gana. Oye, siento haber elegido una canción que no se adapta a tus gustos musicales, estrellita, pero es lo que hay —mascullo, utilizando el apodo con el que antes lo ha llamado Mic—. Además, tú has cantado la que has querido y yo no te he dicho nada.

—¡Yo no he estado a punto de llorar! —sisea entre dientes.

—¡NI YO TAMPOCO! —le miento descaradamente, sintiendo cómo la rabia lo tiñe todo de rojo—. ¡Soy actriz, por si lo has olvidado, y esa canción es puro sentimiento! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que la cantara descojonándome?

—Si es así, has interpretado el papel de tu vida, enhorabuena —me replica con rabia.

—Vete a la mierda —contesto con tristeza, sintiendo que entre nosotros siempre se repite el mismo patrón. Luego salgo dando un portazo.

De nuevo sorprendo a Mic al dirigirme a la puerta en lugar de a la barra. Vamos, que porque termino hoy, porque si no, estoy segura de que me despediría en el acto. Inspiro profundamente y salgo a la calle sintiendo de nuevo las puñeteras lágrimas pugnando por salir. ¡Mierda!, él ha cantado que era un bonito día y yo le he pedido que me recordara y recordara nuestros días juntos.

«Yo que tú, hincaba la rodilla en tierra y le prometía amor eterno. Ya te vale, tía», me dice la insolente voz de mi cabeza. «¡Que me dejes!»

—Nos vamos —dice Orlando saliendo tras de mí, cogiéndome del brazo e interrumpiendo la conversación que estaba empezando a mantener conmigo misma.

—Te irás tú, porque yo no pienso ir a ningún sitio —le digo, tragándome las lágrimas con dificultad.

—Sí, claro, lo que tú digas —sisea dirigiéndose a su moto, de la que saca dos cascos, tirándome uno, que cojo al vuelo—. Póntelo ya.

—Pero ¿tú me escuchas cuando te hablo? —mascullo entre dientes acercándome a él—. Estoy harta de que ignores lo que te digo y me interpretes a tu antojo —le espeto, devolviéndole el casco de malas maneras.

—¿De verdad crees que te interpreto a mi antojo? Perdona, pero yo creo que te interpreto de puta madre. Te lo he advertido, Paloma, no quiero dramas inútiles. Esas mariconadas no van conmigo, creía que lo habíamos dejado claro.

—Pues no lo parece, porque llevas toda la noche montándomelos. Para que te enteres, chulito, lo único que me gusta de ti es tu cuerpo y lo bien que follas así que déjate de estupideces —le digo con toda mi mala leche.

—Pues follemos entonces —contesta entre dientes—. Sube a la moto.

—Sube tú, yo estoy trabajando —siseo, cruzándome de brazos.

—Mic termina de anunciar el cierre y con lo que he currado hoy he cubierto estos minutos tuyos de sobra, así que sube de una puta vez ya.

Y aunque mi instinto de supervivencia me pide que salga corriendo y no vuelva a acercarme a él, otro, el suicida y al que escucho, me pide que exprima cada segundo que pueda a su lado, aunque eso me lleve a bajar al infierno en vida.

Siento cómo su cuerpo vibra de rabia mientras conduce, frenando en seco y acelerando con fiereza, y cuando llega a su casa me lleva directamente a su habitación sin decir ni una palabra, destilando ira por todos los poros de su piel.

—Te gusta como follo, ¿verdad? Pues follemos —mascullo, empezando a desnudarse.

Y follamos, con rabia y desesperación, y con cada penetración nos hundimos un poco más en nuestro infierno personal, en el infierno del silencio y el de los sentimientos negados, en el infierno de las inseguridades y los miedos, ahogándonos con todos ellos.

Finjo quedarme dormida después de haber follado por segunda vez consecutiva, con la garganta cerrada por la pena y a los pocos segundos noto que se incorpora y sale de la habitación. Sólo entonces, me permito llorar, algo que estoy deseando hacer desde que he cantado la dichosa canción, maldiciéndome por haber llegado, de nuevo, a este punto con él.

Me levanto de la cama dispuesta a largarme a mi casa y entonces lo veo en la piscina. Está nadando como si le fuera la vida en ello o, más bien, como si el agua estuviera llena de tiburones que pudieran terminar con él en cualquier instante y lo

miro hipnotizada durante tanto tiempo que pierdo la cuenta de los minutos que permanezco de pie, inmóvil frente a la ventana. Estoy a punto de darme la vuelta cuando me sorprende al sentarse en uno de los escalones y ocultar la cara entre las manos, emanando la misma frustración y tristeza que siento yo en estos momentos y, dejándome arrastrar por mis sentimientos, llego hasta la piscina, donde lo encuentro todavía sentado en la misma postura.

—Lo siento —susurro, retirándole las manos de la cara y sentándome a horcajadas encima de él. Necesito consolarlo y que me consuele. Odio lo que ha sucedido y, sobre todo, me odio a mí por ser incapaz de decirle lo que siento por él por temor a que me deje.

—Yo también lo siento, no tenía ningún derecho a cabrearme contigo —susurra abrazándome, enterrando su cara en mi cuello y de nuevo siento cómo nuestros cuerpos encajan y cómo eso que tengo enredado en mi alma se enreda todavía más—. No sé por qué, pero contigo siempre pierdo los papeles.

—Ya somos dos entonces —musito deseando sacar fuera lo que siento que me corroe—. Antes te he mentido —le confieso buscando su mirada, deseando abrirle, aunque sea mínimamente, mi corazón—. No es cierto que sólo me guste tu cuerpo y cómo follas. A mí también me gustas, pero sé lo que hay y cuando la película termine no serás tú quien tenga que dar el paso, ¿vale?

No me contesta, manteniendo su rostro completamente inexpresivo, pero en cambio me sorprende al darme el beso más tierno y dulce que me han dado nunca; un beso pausado, en el que no me engulle, sino que me saborea, un beso lento y liberador que siento expandirse por todo mi cuerpo hasta llegarme a la planta de los pies.

Se levanta conmigo aferrada a su cintura y, sujetándome con fuerza, me lleva hasta la cama balinesa que tiene en un rincón de la piscina, donde me deposita con cuidado, sin permitirme liberarme de su mirada. Lo beso con la misma ternura y adoración con las que él me ha besado antes, deseando grabar con mis besos y mis labios cada parte de su cuerpo, deseando hacer de este momento un momento eterno, y entrelazo los dedos con los suyos mientras su cuerpo cubre el mío y nuestros labios no dejan de adorarse. Cuando accede a mi interior lo hace conteniéndose, alargando el momento tierno y abrumador que estamos creando entre los dos.

Me mira con intensidad y durante unos segundos veo la duda reflejada en su mirada, la misma que quizá él verá en la mía, pues nunca antes me había sentido tan perdida y dependiente de alguien como me siento con él y contengo la respiración deseando que diga algo que nos libere a ambos, pero no lo hace, limitándose a apoyar la frente contra la mía y suspirar suavemente mientras yo cierro los ojos, tragándome de nuevo esas lágrimas que esta noche están convirtiéndose en las reinas de mambo, frustrada por este silencio pesado que nos envuelve y que somos incapaces de romper.

Sus penetraciones lentas y profundas erizan todo mi cuerpo y rodeo el suyo con mis piernas, sintiéndolo llegar hasta mi alma, donde se asienta con una ternura insoportable y cuando alcanzamos el orgasmo lo hacemos temblando, envueltos en el silencio de nuestros sentimientos.

Sale de mi interior lentamente, abrazándome y pegándome a su cuerpo, y cierro los ojos deseando dejar de sentir esta presión que me asfixia y me duele.

—¿Sabes que yo era fan tuya? —le pregunto, con ganas de abrirme de una vez y permitir que me conozca.

—Lo imaginaba —me responde, y aunque no lo veo, sé que está sonriendo.

—¿Ah, sí? —pregunto escéptica.

—Nunca llegué a tragarme eso de que fueras diseñadora de interiores —me responde y vuelvo la cabeza para mirarlo, sonriéndole de la misma forma en que lo está haciendo él.

—Me recorrí media España siguiéndote, fui a tus estrenos, me colé en los eventos en los que tú estabas e incluso te serví más de una copa trabajando de camarera —le confieso, volviéndome completamente y quedando acostada frente a él, con nuestras frentes casi pegadas.

—¿De verdad? —me pregunta con una seriedad que tensa mi cuerpo.

—Me temo que sí, lo que no sé es cómo no me reconociste la primera vez que nos vimos —añado en un susurro.

—¿Y ahora? —inquire con rostro inexpresivo.

—Desde el momento en que te conocí dejaste de ser Orlando Sun para ser simplemente Orlando, el tío que me sacaba de quicio, dejé de verte como el actor al que idolatraba para verte sólo a ti —explico, escudriñando su mirada, deseando saber qué piensa.

—Vaya, no sabes cómo me alegra saber que soy el tío que te saca de quicio —me dice con una sonrisa indolente.

—Entre otras cosas —musito relajándome de nuevo, acercándome a sus labios y besándolo con dulzura—. ¿Por qué me has ayudado siempre tanto? Incluso sin conocerme. ¿Por qué lo haces?

—No lo sé, simplemente lo hago —me dice con voz inexpresiva, de nuevo cubriendo su rostro con un manto de indiferencia, recordándose demasiado a mí.

—Ya —murmuro decepcionada—. Pues muchas gracias, porque si estoy aquí es gracias a ti.

—Qué tontería, si estás aquí es gracias a ti —masculla.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo, sintiendo una necesidad doliente de abrirme a él y de que haga lo mismo conmigo.

—Prueba.

—Hace años que no ruedas en España, ¿qué ha cambiado para que hayas aceptado interpretar a Juan? —Le sostengo la mirada a duras penas, necesitando tensar la cuerda al máximo para que me dé la respuesta que en el fondo de mi alma

quiero escuchar.

—Berto me pasó el guion, me gustó y lo acepté, igual que acepto otros trabajos.

—No estás contestando a mi pregunta —insisto, ahora tensa.

—No sé qué quieres que te conteste, Paloma. Es un buen papel, me gustó y lo acepté, no hay más —me responde con sequedad, evitando responderme.

—¿Y por qué no elegiste el de Roberto? En realidad, ese papel tiene más peso en toda la historia que el de Juan, además, hubieras sido el profesor sexy —insisto intentando sonreír.

—Porque no puedo estar en dos sitios a la vez.

—¿Cómo? —le pregunto incorporándome levemente, descolocada ante su respuesta, pues para nada era la que esperaba.

—Si hubiera elegido ese papel, que fue el que me ofrecieron inicialmente, habría tenido más días de rodaje y mi gira comienza en unos meses. ¿Por qué crees que Ignacio ha adaptado el plan de rodaje a mis fechas?

—¿Porque era una de tus condiciones? —musito decepcionada, pues esperaba que me dijera que había elegido el papel de Juan porque a mí iban a ofrecerme el de Marcela.

—Exacto —corroboro con sequedad.

—¿Y de qué gira hablas? —le pregunto extrañada—. Pensaba que ya habías hecho la promo de tu última película.

—Para ser fan mía no estás muy enterada de mi vida —me dice socarrón—. Menuda fan de mierda tengo —prosigue divertido.

—¡Oyeeee, tú no has puesto nada de eso en Instagram! —le digo, dándole un puñetazo que él frena sin problemas. ¡Uy! ¡Pillada!

—O sea que me sigues por Instagram —me dice riéndose, placándome con su cuerpo.

—Algunas veces, sólo cuando me aburro y no sé qué hacer —le miento, muerta de vergüenza por haberle revelado ese dato.

—Seguro que sí —contesta mordiéndome el cuello—. Yo también te sigo por Instagram, PaloSerra, aunque no te «siga» —me confiesa mirándome con ternura.

—¿De verdad? —le pregunto tontamente feliz.

—De verdad, y no sólo cuando me aburro.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa, estrellita —le digo con la misma sonrisa radiante que tendría si hubiera hincado la rodilla en tierra y me hubiera prometido amor eterno.

—Soy un tío lleno de sorpresas —responde guiñándome un ojo—. Tengo un par de colegas a los que les mola la música tanto como a mí y hace unos años montamos un grupo para divertirnos. La cosa fue a más y ahora vamos a sacar nuestro primer disco —me cuenta, dejándome con la boca abierta.

—Pero ¿vas a dejar de ser actor para hacerte cantante?

—Por supuesto que no, esto sólo es un hobby para todos nosotros, pero el tema tiene filón y lo aprovecharemos para dar un par de conciertos y vivir esa experiencia.

—Estoy segura de que si al público le gusta la viviréis más de una vez.

—Que les va a gustar lo tengo claro, pero todos tenemos una agenda muy jodida y es complicado coincidir.

—Bueno, lo habéis hecho una vez, ¿quién dice que no podréis hacerlo una segunda?

—Porque llevamos años componiendo y ensayando las canciones de este disco. Si queremos sacar un segundo lo haremos ya con la dentadura postiza puesta —me dice, arrancándome una carcajada.

—¿Y quiénes son los otros integrantes del grupo? —pregunto curiosa, todavía riendo.

—Si lo que quieres saber es si Chris Hemsworth forma parte de él, olvídate. Además, el único que ha de importante soy yo, los otros tienen que darte igual —me responde, dándome una palmada en el trasero.

—Entonces, ¿cuando vaya a veros me obligarás a que sólo te mire a ti?

—¿Eso quiere decir que vendrás a vernos? —me pregunta, colocándose sobre su cuerpo.

—¿Tú qué crees? —digo con una sonrisa, alzando la mirada hasta encontrarme con la suya, todavía asimilando que va a hacerse cantante. ¡Genial! Si antes ya se lo rifaban, ahora directamente se lo comerán vivo.

—Que voy a verte en primera fila —me asegura convencido, con esa sonrisa de chulito tan suya y que tanto me gusta.

—Entonces, ¿para qué preguntas, estrellita, si ya lo sabes? —le digo, obligándome a dejar de pensar en los cientos de tías que intentarían colarse en su habitación tras la actuación—. No me perdería el concierto de mi cantante favorito por nada del mundo, aunque me saque de quicio.

—¿Ya soy tu cantante favorito?

—Esta noche has conseguido ese honor. Puede que sea porque soy muy impresionable, porque estás muy bueno o simplemente porque cantas que te mueres —le digo ante sus carcajadas.

—Tú también cantas que te mueres —me asegura con voz ronca, mirándome con ternura.

—Como para no hacerlo, con los años que llevo dando clases.

—Aunque te hayas inventado la mitad de la letra —añade sonriendo y matándome. ¡Lo sabía! ¡Sabía que la había masacrado!

—¡Odio el inglés y el inglés me odia a mí! —le digo dramáticamente, provocando sus carcajadas.

—Eres tan bonita y tienes una voz tan dulce que dudo mucho que a nadie le haya importado —me asegura matándome de nuevo.

—Tú también tienes una voz muy dulce, estrellita —respondo pinchándolo y provocando sus carcajadas de nuevo—. ¿Y cuándo comienzas la gira? —pregunto, apoyándome en su pecho, feliz por él y triste por mí, pues esa gira lo alejará.

«Iba a alejarse de todas formas, déjate de chorradas, tía», me recuerda la insolente voz de mi cabeza.

—En cuanto termine de rodar la película —contesta sin un ápice de emoción en la voz, de nuevo cubriéndola con esa máscara de inexpresividad con la que se maneja tan bien como yo.

—¿Qué te falta por conseguir? —le pregunto con seriedad, sin poder mirarlo, trazando círculos con mis dedos sobre su pecho y escuchando los latidos de su corazón—. Tienes todo lo que cualquier persona, o por lo menos yo, podría desear: eres un actor reconocido en todo el mundo, tienes éxito, dinero y fama y si con eso no fuera suficiente, ahora te has hecho cantante. ¿Qué se siente cuando se tiene todo? ¿Cuando se tiene el mundo a los pies?

—Nunca se tiene todo lo que se desea —me responde con seriedad.

—¿De verdad? ¿Puedes decirme qué te falta a ti? —le pregunto, apoyando la barbilla sobre su pecho.

—Estoy cansado, vamos a acostarnos —me pide evitando contestarme. Me coge la mano y me lleva hasta la habitación, donde nos dormimos abrazados.

CAPÍTULO 26

—Vamos, nena, despierta, todavía tenemos muchas cosas que hacer. —Oigo su voz todavía en sueños y sonrío entreabriendo los ojos. Lo veo frente a mí, guapísimo, increíble e irresistible, como siempre.

—Buenos días —musito, observando cómo se acerca para darme un beso; tiene el pelo mojado y parece salido de un concurso de tíos increíbles que te mueres.

«¡Te huele el alientoooooo!», me dice con retintín la insolente voz de mi cabeza. ¡Mierdaaaaaaaaaa!

Me escabullo antes de que pueda llegar a besarme y salgo disparada hacia el baño.

—Pero ¿qué haces? —me pregunta Orlando divertido, siguiéndome.

—¡No puedes besarme sin que me haya lavado antes los dientes! ¡Mierda, no tengo cepillo! —me quejo apurada, percatándome de ese «pequeño detalle».

—¿Eso significa que no voy a poder besarte en todo el día? —bromea con una sexy sonrisa, apoyado en el marco de la puerta.

—¡Espera! ¡Me los lavo con el dedo! —le respondo ante sus risas. Ni muerta voy a estar sin besarlo por culpa de unos dientes sucios.

—No creo que haga falta —me dice abriendo un cajón y sacando un cepillo de dientes nuevo de color rosa.

—¿Me has comprado un cepillo de dientes? —pregunto con la mandíbula desencajada.

—Lávate los dientes —me ordena sonriendo, sin contestarme.

—¿Cómo sabías que iba a volver a tu casa? —insisto desconcertada.

—Te advierto que me importa una mierda que tengas los dientes sucios y que cada segundo que pasa viéndote desnuda mi impaciencia aumenta.

Enmudezco en el acto y empiezo a lavarme los dientes con ímpetu, con su mirada descarada recorriendo mi cuerpo, que despierta con ella, y cuando termino de enjuagarme la boca me coge de la cintura, me da la vuelta la vuelta y me estampa un beso de infarto, que termina de despertar cualquier célula de mi cuerpo que todavía osara estar dormida.

—Buenos días, pequeña delincuente —me susurra sonriéndome, sin separar sus labios de los míos.

—Buenos días, chulito —le respondo sonriéndole bobaliconamente, sin dejar de besarlo—. ¿Ya te has duchado? —musito con dulzura, enterrando mis dedos en su pelo mojado.

—Estaba nadando mientras esperaba a que mi Bella Durmiente se despertara.

Sonrío como una tonta ante su comentario, de nuevo deslumbrada por él.

—Te he preparado el desayuno, vamos —me dice sorprendiéndome, tirando de mi mano.

—¡Espera! —le digo apurada—. Dame dos minutos, estrellita —musito sonrojada, sacándolo del baño. ¡Ay, Dios, qué inútil soy! ¡Mira que sonrojarme por esto! Como si él no meara—. Necesidades básicas, ahora bajo. —Y cierro la puerta dejándolo fuera.

Una vez aliviada, todavía muerta de vergüenza y riñéndome por ser tan tonta, me dirijo a su vestidor para coger la misma camiseta que ya me puse ayer y otros slips y, una vez lista, voy a la cocina, donde veo el pedazo de desayuno que me ha preparado.

—Pero ¿a qué hora te has levantado? —pregunto, recorriendo con mi mirada la barra abarrotada de comida.

—Me gusta madrugar —me dice como si nada— y me gusta cómo te queda mi camiseta —musita, abrasándome con su mirada.

—Ni se te ocurra —lo corto sonrojada—. Tengo hambre —añado sonriéndole.

—Yo también —me asegura apoyado en la barra, sin dejar de mirarme.

—Pues come —le digo acalorada.

—¿Sabes que te comería entera? —susurra acalorándome todavía más.

¡Uffff! ¡Qué calor tengo, por Dios!

—Ya lo haces —contesto con timidez, recordando las veces que hemos estado juntos.

—¿Te da vergüenza hablar de sexo? —me pregunta clavando su impresionante mirada en mí.

—¡Nooo! —replico con más ímpetu del que me habría gustado.

—¿Aceptarías que hiciéramos un trío? —plantea con seriedad, quitándome el hambre en el acto, haciendo que se me seque la boca y dejándome clavada en el suelo, mientras él da un sorbo a su café sin dejar de mirarme.

—Oye, ya sé que a ti te va eso, pero...

—¿El qué? —me pregunta divertido.

—¿Qué va a ser? Eso, el sexo cochino, todos con todos —aclaro, más roja que un tomate.

—¿Y a ti no? —me formula enarcando una ceja.

—No, a mí no. Si eso va a ser un problema entre nosotros, creo que deberíamos hablarlo —susurro con un hilo de voz, sentándome en un taburete.

—¿Cómo sabes que a ti no te va si no lo has probado? —insiste, dejando el café sobre la barra, apoyando los antebrazos en ella.

—Hay cosas que no necesito probar para saber que no van a ir conmigo —le digo cogiendo aire—. No creo que me excitara viéndote con otra tía, la verdad, más bien desearía arrancarle los ojos —le confieso.

—Sólo es sexo, Paloma, como lo que tenemos nosotros —me recuerda con un amago de sonrisa.

—Ya sé que sólo es sexo —le respondo con fastidio—, pero si nada más tengo unos meses para acostarme contigo no quiero ser una espectadora.

—Aclarado —contesta con voz neutra.

—¿Supone eso un problema para ti? —pregunto con temor, sintiendo que, de alguna manera, lo he decepcionado.

—Por supuesto que no —me responde frunciendo el ceño—. Cada uno vive su sexualidad como quiere, oye, mis gustos no tienen por qué ser los tuyos y yo no podría disfrutar si tú no estuvieras haciéndolo.

—¿De verdad te gustaría verme con otro tío? —le formulo, intentando entender algo que en mi cabeza no cabe.

—Lo que me gustaría es ver cómo te comes —me dice sorprendiéndome— lo que he cocinado para ti —matiza mirándome con ternura—. Come —me pide cambiando de tema.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto empezando a sonreír.

—Por nada —me responde, ocultando su sonrisa tras su taza de café—. ¿Hiciste ayer la maleta? —dice, cambiando de tema de nuevo.

—¿Para qué iba a hacerla? Rodamos en Madrid, ¿o lo has olvidado?

—No estoy hablando del rodaje —musita, dejando la taza y acercándose a mí, sin dejar de mirarme, colocándose entre mis piernas—. ¿Recuerdas que el viernes acordamos que te mudarías a mi casa?

—Qué fuerte eres —le respondo divertida—. No recuerdo haber acordado nada de eso contigo, al contrario, recuerdo haberme largado con un cabreo de narices por tu culpa.

—Eso también lo recuerdo, aunque no fue exactamente por mi culpa —apostilla con seriedad, acariciándome las piernas desnudas—. Estoy cansado de discutir contigo, Paloma, ¿por qué no aceptas que quieres vivir conmigo?

—Porque no sé si quiero hacerlo. Es cierto que quiero estar contigo, pero también es cierto lo que te dije. Apenas nos conocemos y, además, nos pasamos el tiempo discutiendo. ¿Te imaginas si viviéramos juntos? Sería una locura.

—Lo que sería una locura sería rendirnos sin ni siquiera haberlo intentado. Y ya sé que discutimos continuamente y que te saco de quicio la mayoría de las veces, pero también sé lo que sentimos cuando estamos juntos —me rebate con seriedad—. Vivámoslo, Paloma, ya nos reconciliaremos cuando discutamos.

—No es sólo eso, es que tú eres Orlando Sun y yo, mientras pueda, quiero seguir siendo una persona anónima —le digo con sinceridad, sin apetecerme lo más mínimo ponerme las gafas de sol y tener que decir «Sin comentarios».

«Eres una cobarde —musita con desprecio la insolente voz de mi cabeza, dejándome de nuevo clavada en el taburete—. Ya estás enamorada y vas a sufrir de todas formas cuando se largue, aunque no vivas con él. Deja de buscarte excusas y de

ponérselo difícil, que estás atontada», prosigue machacona.

—¿De verdad piensas que sigues siendo anónima? —me pregunta Orlando sorprendiéndome, saliendo de la cocina y regresando a ella con la tableta en la mano—. Pues no puedes estar más equivocada. Somos la noticia del día. Bienvenida a mi mundo, gatita —me dice con sarcasmo tendiéndome la tableta.

Y entonces siento como si me dieran un puñetazo en la boca del estómago y se me corta la respiración en el acto mientras miro con espanto lo que me muestra y lo que, para la prensa, es un auténtico bombazo.

Paloma Serra, la única mujer capaz de hacer sentar la cabeza a Orlando Sun, nuestro actor más internacional...

Un romance que se remonta a años atrás, cuando él la ayudo con su videobook...

—Joder —musito sin poder apartar la mirada de la pantalla, repleta de imágenes nuestras de anoche en La Cueva, acompañadas por un extenso reportaje sobre nosotros en el que anuncian a bombo y platillo «nuestra relación»—. ¿Qué es esto? —susurro casi en estado de *shock*—. Pero si sucedió anoche... anoche era sábado, hoy es domingo... por la mañana, ¿cómo puede ser?

—¿Recuerdas esa noche en el parque, cuando me dijiste que te morías de ganas de tener mis inconvenientes con un bolso de CH colgado de tu brazo? —me pregunta ante mi silencio sepulcral—, pues estás a punto de conseguirlo, disfrútalo —me dice apoyándose en la barra—. Si te sirve de algo, te diré que con el tiempo aprenderás a gestionarlo y a que no te importe —me asegura con indiferencia.

—¿Cómo han sabido lo del videobook? —le pregunto con un hilo de voz, pálida como la cera, seguro.

—Como sabrán otras cosas, su trabajo es preguntar e indagar y si lo hacen bien, podrán dar una información bastante precisa sobre ti sin tener que contrastarla contigo. Y vas a tener que aceptarlo, Paloma, porque forma parte del mundo que has elegido.

—¿Cómo consigues que no te importe? —le pregunto muerta de vergüenza al verme en una fotografía de anoche.

En ella aparezco cantando, con los ojos cerrados y la cabeza recostada sobre su pecho, mientras él apoya su barbilla sobre mi hombro y siento mi vida y mis sentimientos completamente expuestos a todo aquel que quiera verlos.

—Mírame —me ordena con dureza y alzo mi rostro descompuesto hacia el suyo—. Tienes tres opciones: la primera es obsesionarte con lo que digan sobre ti e ir desmintiendo toda la información que sea errónea, la segunda es leerlo y pasar del tema, a no ser que sea algo realmente grave y debas desmentirlo, y la tercera es no leer nada que tenga que ver contigo. ¿Cuál eliges?

—¿Cuál has elegido tú? —musito, tragando saliva con dificultad.

—Después de haberlas elegido y sufrido todas, decidí quedarme con la segunda. La primera es capaz de descentrarte como persona y la ignorancia nunca es una opción, así que la segunda sin lugar a dudas.

—¿Y cómo se hace? ¿Cómo puede no afectarte ver esto? —le pregunto volviendo la pantalla y mostrando una imagen nuestra en la que él me está mirando con una intensidad que prefiero analizar más tarde.

—Con el tiempo aprenderás a hacerlo, te lo aseguro —me dice con el rostro cubierto por ese manto de indiferencia con el que se maneja tan bien—. Y ahora es suficiente, come.

—No tengo hambre—mascullo, devolviéndole la tableta.

—Según la prensa eres mi novia, deberías estar feliz, gatita —me suelta descolocándome y haciéndome sonreír, a pesar de que es lo último que me apetece hacer—. Recuerda que soy el soltero de oro y sólo tú has sido capaz de cazarme —prosigue sonriendo con insolencia—. Y no puedes quedarte en los huesos, pequeña delincuente, no me van las tías escuálidas.

—Permíteme que me regodee en mi frustración un poco más —le digo con tristeza—. No creo que pueda acostumbrarme a esto, sinceramente.

—Por supuesto que lo harás, yo te ayudaré a conseguirlo, y ahora desayuna, todavía tenemos muchas cosas que hacer.

—Yo no tengo nada que hacer, recuerda que ayer terminé mi trabajo en La Cueva —musito con desgana.

—Por supuesto que tienes cosas que hacer, recuerda que tenemos que ir a tu casa para que hagas las maletas y te instales en la mía, no me dirás que lo has olvidado de nuevo. ¡Joder, tienes menos memoria que el pez Dora! —me dice bromeando.

—Se llama Dori —musito sonriendo—. Oye, olvida lo de vivir juntos, en serio. Mira la que se ha montado por una simple canción, si la prensa se enterara de que vivo aquí se liaría una demasiado grande y no estoy preparada para afrontarlo, de verdad.

—¿Crees que alguien está realmente preparado para esto? ¿Para leer estupideces o verdades que aun así pertenecen a su vida privada? ¿Crees de verdad que alguna vez estarás preparada para ver tu vida expuesta en los medios? —me pregunta, acunando mi rostro entre sus manos—. Déjame que te diga que nunca vas a estarlo, pero aprenderás a sobrellevarlo de la mejor manera posible, como hago yo y como hacen todos —musita con dulzura, dándome un beso en la frente—. Este mundo es complicado, Paloma, la prensa puede ser un coñazo muchas veces, pero también es nuestra aliada. Aprende a caminar manteniendo el equilibrio y todo irá bien.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué ocurrió cuando fuiste a la fiesta que dio Cilindro? ¿Recuerdas cuando llegaste? Estaba lleno de periodistas y en cambio no te largaste corriendo, sino que posaste para ellos convirtiéndote en «la noticia» de todas las revistas digitales del día siguiente.

—Era diferente.

—No, no lo era, tú no estabas allí porque fueras al estreno de ninguna película tuya o estuvieras haciendo ninguna presentación, en ese momento eras una persona anónima y te valiste de ellos para hacerte visible, como hacen tantos actores. La prensa nos necesita para hacer su trabajo, como nosotros los necesitamos a ellos para promocionar el nuestro o a nosotros muchas veces, entiéndelo y todo irá bien.

Lo miro en silencio asimilando sus palabras, recordando esa noche, cuando posé para ellos, y lo bien que me sentí.

—Oye, nunca permitiré que ni la prensa ni nadie me prive de disfrutar de lo que más deseo, y lo que más deseo ahora eres tú —me dice mirándome con intensidad—. Olvídate de ellos y de lo que digan y vive estos meses conmigo. Ya está bien de discutir por el mismo tema, Paloma —me pide y yo asiento entrelazando mis dedos con los suyos.

—Vale —musito, accediendo finalmente.

—¿Vale qué? Di la frase entera —me ordena con voz ronca.

—Vendré a vivir contigo —contesto sonriendo ante su resplandeciente sonrisa.

—Si insistes —dice, guiñándome un ojo, colocándose entre mis piernas y sujetándome por el trasero.

—¿Si insisto? —le pregunto soltando una carcajada, con su mano colándose por debajo de sus slips que llevo puestos—. Creía que querías que desayunara —musito cerrando los ojos, sintiendo sus dedos llegar hasta mi sexo, ya empapado.

—Ya se ha enfriado y esto está muy caliente —susurra, metiendo un dedo en mi húmeda abertura, arrancándome un gemido—. Déjame que te muestre las ventajas de vivir juntos.

Y lo hace, llevándome a lo más alto de la montaña rusa con su boca, sus manos y su cuerpo.

El resto del día lo empleamos en ir a mi piso, donde me ayuda con las maletas y más tarde a instalarme en su casa. Y mientras coloco mi ropa en su armario, junto a la suya, pienso en el momento en que esto se repita pero a la inversa, cuando tenga que recogerla, cuando tenga que dar ese paso que le he prometido dar...

«No lo pienses», me ordena la insolente voz de mi cabeza. Trago saliva con dificultad, imaginando ese momento que tanto temo...

CAPÍTULO 27

Me despierto antes de que suene la alarma del móvil, con el corazón atronándome con furia en la garganta, tan nerviosa que no puedo quedarme quieta y, levantándome, me dirijo al baño.

Hoy empieza el rodaje de *Soñaré que te sueño*, hoy empieza de verdad mi carrera, me digo, metiéndome en la ducha, donde me froto con tal ímpetu que no me dejo la piel de milagro.

Cuando salgo del baño, Orlando todavía está durmiendo y, envuelta en una toalla, me dirijo al vestidor y me pongo lo primero que pillo; estoy sufriendo un ataque de pánico en toda regla.

«Pues vamos listos», musita la insolente voz de mi cabeza.

«¡Cállate!», mascullo muerta de miedo, mientras dirijo mis pasos a la piscina, necesitando ver el agua para poder tranquilizarme. Pero esto no es Formentera y esta piscina, por muy bonita que sea, no es mi cala, por lo que, sentándome en suelo, cierro los ojos imaginando que estoy en Es Còdol Foradat, imaginando que este césped es la blanca arena de mi querida isla, recordando el murmullo del agua al romper contra la orilla y ese día, tan lejano ya, cuando decidí escuchar el susurro de mis deseos mientras me bañaba en ella...

—¿Estás bien? —me pregunta Orlando sentándose a mi lado y abro los ojos para perderme en la tranquilidad que desprenden los suyos y que tanto ansío encontrar.

—No, no lo estoy —le confieso tras un agónico silencio—. ¿Y si mi interpretación es un desastre? ¿Y si con ella arruino el trabajo de tanta gente? ¿Y si con ella arruino mi carrera? —le pregunto empezando a respirar con dificultad—. ¿Y si soy un fraude? ¿Una falsa ilusión? —musito con un hilo de voz, paralizada por el miedo.

—Oye, oye, mírame —me ordena, acunando mi rostro entre sus manos—. No vas a ser ningún fraude ni ninguna falsa ilusión, vas a hacerlo de puta madre. Si no puedes confiar en ti, confía en mí, ¿vale? —me pide, apoyando su frente en la mía, mirándome fijamente.

—Vale —musito no demasiado convencida, respirando con dificultad.

—Pero ¿vale de verdad?

—Vale de verdad —susurro cerrando los ojos, muerta de miedo.

Me besa suavemente, reconfortándome con sus labios, y me dejo arrastrar por él y por su confianza ante la falta de la mía.

—¿Sabes por qué acepté el papel de Juan? —me pregunta en voz baja, consiguiendo que abra los ojos de golpe—. Lo hice porque habría sido un estúpido si me hubiera negado una oportunidad como ésta —me confiesa atrapando mi mirada con la suya, borrando de un plumazo la bola de nervios que se había formado en la boca de mi estómago y sustituyéndola por miles de mariposas de brillantes colores.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con un hilo de voz.

—Porque nunca, en todos mis años como actor, había sentido lo que sentí esa tarde en el estudio de Andrés, esa conexión brutal con el personaje y contigo y porque no hay nada que desee más que volver a sentirla... a tu lado.

—Yo también sentí lo mismo —susurro, experimentando de nuevo esa necesidad doliente de abrirme a él.

—Pues si lo sentiste, nunca más vuelvas a dudar de ti. Eres la Marcela perfecta, lo sabían Ada y Marta, lo sabía yo y lo supo Ignacio en cuanto te vio, no puede haber tanta gente equivocada, ¿no te parece?

—Tienes razón, lo siento —musito, apoyando mi cabeza en su pecho, necesitando sentir su contacto.

—Nunca sientas sentir —me dice sorprendiéndome y guardo silencio sin saber qué responderle, mientras sus brazos envuelven mi cuerpo.

—¿Alguna vez has sentido pánico? —le pregunto, aterrorizada por volver a sentirme como me he sentido antes.

—Trabajamos con los sentimientos, Paloma, y el pánico es uno de ellos. El secreto está en saber gestionarlo y, sobre todo, en no obsesionarte con tu personaje. Conozco a actores que lo han llevado a límites tan extremos que han llegado a olvidar quiénes eran para convertirse en sus personajes y han necesitado ayuda psicológica —me cuenta cogiéndome con facilidad y haciendo que recueste mi espalda contra su pecho, rodeando mi cintura con sus brazos mientras el sol comienza a despuntar.

—¿Qué dices? —musito, volviéndome para mirarlo.

—Lo que has oído. Tuve un compañero que tenía que interpretar a un vagabundo alcohólico y durante unos meses vivió en la calle, bebiendo sin parar para entender mejor a su personaje. Obtuvo un Oscar por ese papel, pero estuvo más de un año ingresado en una clínica psicológica —me cuenta sin dejar de abrazarme, mientras yo me vuelvo de nuevo hacia ese sol que está comenzando a despertar, feliz de estar entre sus brazos—. Si vuelves a sentir pánico, recuerda lo que experimentas cuando interpretas y entonces desaparecerá —me asegura, relajándose con su voz y su cercanía.

El coche de la productora pasa a recogernos a las 8.30 de la mañana y, de su mano, me subo a él, sintiendo la bola de nervios formarse de nuevo, y aunque intento relajarme releendo por enésima vez el *planning* del rodaje de hoy, en el que se indica a qué hora debo estar en el lugar del rodaje, en maquillaje, en vestuario y hasta cuando amanece y anochece, hacerlo sólo me sirve para ponerme más nerviosa

todavía y, temiendo caer de nuevo en el pánico, aferro su mano con fuerza en el mismo momento en que el vehículo estaciona frente al palacete que la productora ha contratado para grabar las escenas correspondientes a la casa de Juan.

Me apeo del coche sintiendo un sudor frío cubrir mi cuerpo, ahogándome y necesitando que me dé el aire de una vez y entonces, de repente, frente a la casa siento cómo la bola de nervios se diluye como por arte de magia y el pánico, que había comenzado a hacer acto de presencia, desaparece mientras observo maravillada este lugar en el que Marcela conocerá a Juan y escucho en mi imaginación los cascos de los caballos al pasar por mi lado. Devoro con la mirada la preciosa fachada tan bien conservada... imaginando a Marcela llamando a esta puerta de madera ornamentada junto a Rosa, para solicitar un puesto como criada...

—Definitivamente has dejado de agobiarte —me dice Orlando sonriéndome—. Y esto que sientes ahora no es nada comparado con lo que sentirás dentro de unas horas. Bienvenida a mi mundo de nuevo, pequeña delincuente.

—¿Cómo sabes lo que siento? —le pregunto volviéndome hacia él.

—Porque, a pesar de lo que digas, te interpreto de puta madre y estás deseando meterte en la piel de Marcela y vivir todo lo que vivió ella en esta casa —me contesta sonriendo y lo observo en silencio, incapaz de rebatir nada de lo que dice—. Vamos, me muero por ver a mi chica disfrutando como una loca —me dice guiñándome un ojo y llamando a la puerta.

—¿Soy tu chica? —le pregunto divertida, mientras alguien que se presenta como uno de los ayudantes de dirección nos abre.

—Eso dicen por ahí —me asegura con chulería, arrancándome una carcajada.

Lo sigo al interior del palacete todavía riendo y cuando pongo un pie en él y alzo la mirada, siento que mi mundo se detiene y en ese preciso momento dejo de ver y de oír con claridad, para retroceder a través de los siglos a ese momento del libro en que Marcela llega a la casa, y siento cómo la emoción embarga todo mi cuerpo... La grandiosa escalinata que conduce a los pisos de arriba, la luz entrando a raudales a través de los grandes ventanales, vestidos con pesados cortinajes recogidos con cordones de hilo de oro, los muebles de madera rojiza, los cuadros que decoran las paredes, las puertas del suelo al techo... todo, absolutamente todo, tal como lo describía el libro y siento que se me eriza la piel.

—Vas a sentirte igual en todos los lugares en los que estés —me asegura Orlando al oído, devolviéndome a la realidad.

—Es que... es igual... que el libro— intento explicarme, muerta de vergüenza por estar sintiendo tanto y por lo que pueda estar pensando de mí.

—Es una superproducción y no se ha dejado nada al azar —me dice, mientras consigo contener las lágrimas a duras penas—. Guarda todo lo que estás sintiendo para cuando necesites utilizarlo —me pide, mirándome con esa mezcla de ternura y

algo más que no entiendo, con la que me mira a veces—. Vamos, nos están esperando —masculla finalmente, cubriendo su rostro con ese manto de indiferencia con el que sí estoy familiarizada.

Entrelaza sus dedos con los míos antes de dirigir sus pasos hacia el interior del palacete y, mientras me dejo arrastrar por él, observo nuestras manos unidas, sorprendida y encantada a partes iguales.

«Tranquila, fiera, que no te está pidiendo matrimonio, guarda el velo para otro momento», se burla la insolente voz de mi cabeza.

«Pero ¿por qué no te callas, pesada?», le digo mentalmente, sin dejar de mirar nuestras manos unidas.

—Vaya, Ignacio ha venido también —susurro al verlo junto a José Antonio, y le sonrío sintiendo esa ternura que me invade cada vez que estoy junto a él.

—Es el que pone la pasta, así que vas a verlo muy a menudo por aquí —me responde Orlando sin soltar mi mano, llegando hasta donde están ellos—. José Antonio, Ignacio, me alegra verlos —los saluda, soltando mi mano finalmente, para tenderles la suya a ellos.

—El que se alegra soy yo, ya tenía ganas de dirigirte en un proyecto —le dice con afabilidad José Antonio, estrechando la mano de «mi chico».

—Todo lo bueno se hace esperar —le replica Orlando con esa chulería tan suya, y sonrío bobalicona escuchándolo.

—¡Hola, Ignacio! ¡Qué alegría verte! —le digo con cariño, dándole un abrazo.

—¡Paloma! ¿Cómo estás? —me pregunta con el mismo cariño con el que estoy hablándole yo.

—Deseando empezar. Encantada, soy Paloma —me presento a José Antonio, que ha dejado de prestarle atención a Orlando para prestármela por completo a mí.

—Igualmente, Ignacio me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

—No lo dudes —me asegura ante la sonrisa de aquél.

—Paloma, ¿puedes acompañarme? Te están esperando en vestuario —nos interrumpe un chico.

—¿Lista para convertirte en Marcela? —me pregunta Orlando acercándose a mí y sorprendiéndome de nuevo al rodear mi cintura con sus brazos ante la mirada de José Antonio e Ignacio.

—Más que lista —musito sólo para él, sintiendo el aleteo de la emoción crecer en la boca de mi estómago y frenándome para no besarlos delante de todo el equipo, pues la casa bulle de actividad—. Nos vemos —me despido cuando consigo despegar mi mirada de la suya.

—Sígueme —me pide el chico que ha venido a buscarme, echando a andar—. Me llamo Carlos y soy uno de los ayudantes de dirección; para todo lo que necesites puedes contar conmigo —prosigue mientras lo sigo por el largo pasillo, sin perder detalle de todo lo que acontece a mi alrededor.

—Gracias —musito, devorándolo todo con la boca abierta.

Los responsables de vestuario me caracterizan siguiendo las pautas establecidas durante las pruebas. Me visten con un sencillo vestido de lana gris con el cuello y los puños blancos, a juego con la cofia y el delantal almidonado, y una vez lista me dirijo a maquillaje y peluquería, donde continúa el proceso de creación de Marcela.

Me maquillan concienzuda y sutilmente, mientras yo repaso mi guion para mí y cuando observo el resultado final me quedo asombrada, pues a pesar del tiempo que han estado aplicándome potingues varios y de lo bonita que me veo, apenas parece que vaya maquillada.

Me peinan con un moño bajo bien tirante, con la raya en medio, y mientras la peluquera va colocándome las horquillas y no deja de entrar y salir gente, yo sólo puedo mirar a la mujer que me devuelve el reflejo del espejo, esa mujer del siglo pasado en la que me he convertido, y sonrío sin poder creer que esté a punto de vivir mi sueño.

«Ya lo estás viviendo, estás con él, ¿o lo has olvidado?», musita de nuevo la insolente voz de mi cabeza y sonrío más ampliamente, sin importarme lo que puedan pensar de mí.

—Hola, soy Magda, la actriz que interpretará a Rosa —oigo y me vuelvo hacia la chica que tengo al lado y a la que también están peinando.

—Hola, yo soy Paloma e interpretaré a Marcela, encantada —le respondo, feliz por empezar a ponerles cara a los personajes, especialmente al de Rosa, que tanto me gusta.

—¡Qué emoción, ¿verdad?! Es la primera película realmente importante que hago y todavía no me lo creo —me confiesa tan entusiasmada como lo estoy yo.

—Pues ya somos dos —le respondo, sintiendo simpatía al instante por ella.

—¿Has visto a Orlando Sun? Ufffff uffff y mil veces uffff. Así se me ha quedado la boca cuando lo he visto —me cuchichea, abriéndola desmesuradamente ante mis risas.

Y cuando mi chulito entra en la pequeña habitación que hace las veces de peluquería y de sala de maquillaje, ya vestido como Juan, mi compañera Magda repite el gesto, mientras todas, absolutamente todas las mujeres presentes se vuelven hacia él, imitándola sin percatarse y abriendo la boca todavía más cuando él se vuelve hacia mí para guiñarme un ojo, consiguiendo que se me ruboricen hasta las pestañas.

Lo observo mientras se sienta al lado de Magda y le mojan el pelo, ese en el que tantas veces he hundido mis dedos, cómo echa la cabeza ligeramente hacia atrás dejando su cuello al descubierto, ese que tantas veces he besado y lamido, y siento que mi vientre se contrae dulcemente, el deseo se instala en la boca de mi estómago y una necesidad doliente por besarlo crece a pasos agigantados en mi interior.

—Ya estás lista Paloma, ¿lo llevas demasiado tirante? —me pregunta Carmela, la peluquera, sacándome de mis pensamientos.

—Está bien, gracias —musito, moviendo el cuello para comprobarlo.

De reojo observo que a él todavía están maquillándolo y, aunque durante unos segundos estoy tentada de esperarlo, no quiero ser pesada, por lo que, tras despedirme, salgo de la habitación para dirigirme hacia donde está el equipo, preparado para rodar nuestra primera escena. Pero entonces, veo al final del pasillo la puerta que supongo que dará al patio trasero y modifico mi trayectoria reviviendo en mi corazón y en mi cabeza las escenas del libro que ocurren en ese patio. Abro la puerta y dejo que el sol me dé de lleno en la cara, sintiendo cómo, de nuevo, la emoción me embarga hasta abrumarme.

Camino como en trance, oyendo una vez más en mi cabeza el sonido de los cascos de los caballos provenientes de la calle y oliendo en mi imaginación el olor de la paja y del estiércol procedente del cobertizo. Me visualizo de rodillas, haciendo la colada con las manos entumecidas por el agua fría...

—Paloma.

Me vuelvo ante el sonido de su voz y regreso a mi presente y con ese gesto desaparecen los olores, los sonidos y las sensaciones que había creado mi imaginación.

—¿Dónde estabas? Te he llamado un par de veces —me dice Orlando caminando hacia mí con el ceño fruncido.

—En el siglo pasado... —musito sonriéndole, seguro que bobaliconamente, pues está impresionante con el pelo peinado hacia atrás—. Vaya, eres un Juan muy sexy —le digo mirándolo descaradamente.

—Y tú una Marcela muy recatada, no me extraña que esté deseando subirte la falda —murmura con voz ronca, llevándome con decisión hasta la pared, con su mano subiendo por mi pierna.

—¿Lo estás deseando? —pregunto divertida.

—Contigo siempre lo estoy deseando —musita, mordiéndome el labio inferior para pasar a besarme con ansia.

—Para, pueden vernos —le digo, llevando mis brazos a su cuello y correspondiendo a su beso, ese que llevo deseando darle desde que me he despedido de él para ir a vestuario.

—Mejor para ellos —masculla sin dejar de besarme, con su mano llegando a mi trasero.

—No en serio, ahora no... —le pido separándome a duras penas de él—. Nos están esperando y no quiero retrasar el rodaje —añado, empezando a caminar hacia la puerta, pues temo no poder controlarme y ser yo la que lo arrincone contra la pared.

—Eres un coñazo, ¿lo sabías? —masculla aferrando mi mano con fuerza y miro de nuevo nuestras manos entrelazadas, para posteriormente mirarlo a él y contener, a duras penas, la tonta sonrisa que de nuevo se empeña en instalarse en mi rostro.

De la mano llegamos hasta donde está el equipo esperando. Siento la mirada de Magda puesta sobre mí, tan alucinada como lo estaría yo si la viera a ella cogida de la mano de Orlando Sun, sobre todo después de haber dicho lo que ha dicho y, aunque

en un principio la evito, finalmente y ante su descaro la miro sonriendo y me encojo de hombros.

Tras las presentaciones iniciales, José Antonio comienza con sus explicaciones para repasar posteriormente las intenciones de los personajes, además de concretar los planos que utilizará en cada momento. Una vez está todo claro, atiendo las indicaciones de Iñaqui, el iluminador, y de Blanca, la directora de fotografía, mientras Rebeca, la ayudante de arte, termina de colocar cada cosa en su sitio. Sigo aferrada a la mano de Orlando, que parece empeñado en no soltarme y mostrarle a todo ser viviente que hay en esta casa que estamos juntos.

—Vamos a hacer un ensayo de movimientos para ver si se proyectan sombras —nos pide Iñaqui—. Colocaos en las marcas y empezamos.

Ante su petición todo el mundo se activa, yendo a sus puestos, mientras Orlando y yo aprovechamos ese ensayo para hacer un repaso rápido del texto con José Antonio.

—Perfecto, vamos con la escena —nos anuncia éste, una vez los focos están ajustados y todo listo.

—Que se calle todo el mundo —nos pide Carlos con autoridad.

Me tenso ante el silencio sepulcral en que se ha sumido la casa, pues incluso podría oírse caer un alfiler, y siento cómo, muy a mi pesar, mi corazón comienza a latir con fuerza en mi interior, todo me empieza a dar vueltas de una forma descontrolada y entro en una espiral de pánico, igual que esta mañana. «¡Nooooooo! ¡Nooooooo! ¡Por favor, no puede sucederme esto! ¡Ahora noooo!»

Siento cómo, disimuladamente y ocultándola entre mis faldas, Orlando une su mano a la mía, dándome un ligero apretón y alzo mi mirada aterrada hacia la suya, que desprende seguridad, consiguiendo que el mundo, que hasta ahora giraba descontrolado, deje de hacerlo. Me aferro a esa mirada y al tacto de su mano como si de mi tabla de salvación se tratara, sintiendo que mis miedos y mis temores se diluyen como lo haría la niebla densa ante los rayos del sol.

—¡SILENCIO! Sonido graba.

—Grabando —responde el técnico de sonido. Orlando y yo enlazamos nuestros dedos sin dejar de mirarnos.

—Cámara graba —prosigue Carlos con voz firme, mientras Orlando me sonrío levemente.

—Grabando —responde el responsable de cámara y le devuelvo la sonrisa.

—Claqueta.

—Escena uno, secuencia uno, toma uno.

Me suelta la mano unos segundos antes de que suene la palabra que durante tantos años he ansiado oír, para permitir que vuele sola... «tan alto como me lleven mis sueños», recuerdo, sintiendo cómo la calma y la confianza terminan de instalarse en mi interior.

—¡ACCIÓN! —dice José Antonio tras el combo, flanqueado por Blanca, Lola, la *script*, y el director de arte.

—¿Adónde vas con esa maleta? —me pregunta confuso.

Su mirada, la cadencia de su voz y la postura de su cuerpo nada tienen que ver con él, sino con Juan... y en ese momento de verdad entiendo cómo consiguió dos veces hacer despegar su carrera, pues podría conseguirlo una y mil veces más si se lo propusiera.

—Estoy despedida, señorito, y ahora, si me lo permite, tengo que encontrar a Dolores —le explico, convirtiéndome en Marcela, con el dolor traspasándome sin piedad por tener que separarme de él.

—¿Cómo que estás despedida? —me pregunta y me pierdo en la furia que desprenden sus ojos...

Rodamos la escena sin incidentes en el más absoluto de los silencios y cuando José Antonio grita «¡CORTEN!» y Carlos nos confirma que lo han hecho, siento como si un chute de adrenalina en las venas y, sin pensar en mis actos ni importarme lo más mínimo lo que puedan pensar de nosotros, me tiro literalmente en brazos de Orlando.

—¡Qué pasada! ¿Lo has notado? ¿Has sentido lo mismo que yo? ¡Madre míaaaaaaa, si he llegado a pensar que éramos ellos! —parloteo sin sentido, tan emocionada que no puedo frenarme.

—¡Por supuesto que sí! —me dice carcajeándose, aferrando mi cintura con sus brazos ante la sonrisa resplandeciente de Ignacio y la mirada de todo el equipo, que, si albergaban alguna duda sobre si estábamos juntos, han dejado de tenerla.

—Gracias —musito sólo para él y, dejándome llevar por lo que siento, le doy un dulce beso.

—Muy buena escena, tortolitos —nos dice Ignacio divertido y río ante su comentario, todavía entre los brazos de Orlando.

—¿Y tenías miedo de ser un fraude? —me pregunta él con voz ronca, mientras José Antonio visualiza la escena junto con Lola, Blanca y Fran, el director de arte.

—Vamos a grabarla de nuevo, todos a sus puestos —nos indica José Antonio.

Evitando contestarle a Orlando, y guiñándole un ojo, me coloco de nuevo en mi sitio, con la emoción y la felicidad llevándome disparada hasta lo más alto, hasta ese lugar mágico donde se encuentran mis sueños y... él.

—¡SILENCIO! Sonido graba.

Inspiro profundamente, con la voz de Carlos resonando en el palacete, mientras de nuevo todos enmudecen.

—Grabando.

—¿Cámara? —prosigue él, y cierro los ojos, convirtiéndome de nuevo en Marcela.

—Grabando.

—Claqueta.

—Escena uno, secuencia uno, toma dos.

—¡ACCIÓN!

El resto del día lo vivo subida a una montaña rusa de emociones; ver actuar a Orlando es lo más increíble, maravilloso y brutal que he experimentado nunca y en más de una ocasión debo controlar mi expresión para no terminar con una sonrisa resplandeciente o abriendo desmesuradamente la boca.

Actuar con él, interpretar a Marcela, nuestra complicidad, nuestras medias sonrisas, nuestros roces fugaces, y formar parte de un proyecto tan apasionante y de semejante envergadura como éste me lleva continuamente a lo más alto y cuando José Antonio da por finalizada la jornada, diez horas después, me percató de lo agotada, agotadísima que estoy.

«Mira que eres pitiminí, ni que hubieras estado deslomándote en el campo», musita la insolente voz de mi cabeza, a la que tengo aborrecida a muerte.

«¡Ayyyyy, cállate!», mascullo mentalmente, entrando en el coche de la productora que nos llevará a casa a Orlando y a mí. Apoyo la cabeza sobre su hombro con mi corazón latiendo esponjoso y lleno de amor.

—¿Qué tal tu primer día de rodaje, pequeña delincuente? —me pregunta con dulzura, dándome en beso en la cabeza, mientras yo, involuntariamente, cierro los ojos.

—Una pasada —murmuro, sintiendo cómo mi cuerpo se rinde al cansancio.

Cuando llegamos a su casa estoy más dormida que despierta y, como puedo, lo sigo al interior, tan cansada que apenas puedo tenerme en pie. Me siento una piltrafilla andante, mientras que él está más fresco que una rosa, tan increíble y frustrantemente guapo que resulta hasta ridículo y, sin importarme lo que pueda pensar de mí y sin cenar, me tiro en plancha sobre la cama y cierro los ojos, agotada hasta el extremo y me sumo casi al instante en un sueño profundo en el que voy caminando por una alfombra roja cogida de su mano.

CAPÍTULO 28

Los meses de octubre y noviembre los paso exprimiéndolos al máximo, viviéndolos con intensidad y atesorándolos en mi memoria para no olvidarlos jamás. Y durante esos meses voy adquiriendo la seguridad y la confianza que me faltaban al principio del rodaje, cuando me sentía tan perdida. Y aunque nuestras jornadas suelen ser interminables, mi chulito y yo siempre terminamos encontrando un hueco en nuestras apretadas agendas para salir a cenar solos o con Luna y Gael, a bailar al local en el que estuvimos juntos por primera vez y para hacer todas esas «mariconadas» que hasta ahora él nunca había hecho con nadie y que está empezando a hacer conmigo.

A nadie le ocultamos que estamos juntos, incluso cuando los reporteros nos fotografían permanecemos cogidos de la mano, limitándonos a sonreír ante sus indiscretas preguntas y, aunque sé que lo que quiera que sea esto tiene los días contados, me mantengo en silencio cuando en maquillaje o en peluquería me dan la enhorabuena por haber «cazado» al soltero de oro, omitiendo aclararles que lo único que él quiere de mí es follarme sin parar, mientras que yo estoy muerta de miedo por sentir todo lo que estoy sintiendo y por ver lo rápido que pasa el tiempo.

—Te queda una semana de rodaje —musito, intentando sonar indiferente a pesar de que me duele el pecho de tan sólo imaginar el paso que deberé dar en breve.

«Ya han pasado casi dos meses... ¿Cómo ha sucedido todo tan rápido si fue ayer cuando empezamos a rodar?», me pregunto con tristeza.

—Por suerte para ti, te queda más —me responde como si nada, dándole un sorbo a su café.

—¿No me acompañarás a Huesca? —le pregunto, mirando con desgana la tostada del desayuno.

—Nunca asisto a un rodaje para ver cómo ruedan otros —me contesta, dejando la taza y alzando su mirada hasta posarla en la mía.

—¿Ni aunque esa otra sea yo? —inquiero intentando sonreír.

—Bueno, contigo podría hacer una excepción —me dice guiñándome un ojo—. Si tuviera los días libres, pero sabes que no los tengo.

—Es verdad... tienes la gira —mascullo con fastidio.

—¿Vendrás a verme, pequeña delincuente? —me pregunta, apoyando los antebrazos en la barra, sonriendo como si el mundo, o por lo menos el mío, no estuviera a punto de desmoronarse.

—No creo, no suelo ir a ver a chulitos cantar —le respondo un poco molesta porque no esté tan triste como yo.

—Pero podrías hacer una excepción —insiste con esa sonrisa que en anteriores circunstancias podía hacer que se me doblaran las piernas, pero que en estos momentos está tocándome las narices.

—Puede que vaya si estamos por aquí —musito, dejando vagar la vista por el jardín que se vislumbra a través del enorme ventanal de la cocina, a pesar de que recuerdo perfectamente que le dije que me vería en la primera fila.

«¿De verdad no le afecta ni siquiera un poquito que estemos a punto de separarnos? ¿Que no seamos lo primero que veamos cuando abramos los ojos? ¿Que no volvamos a dormir abrazados?», me pregunto, sintiendo como si miles de agujas se clavaran en mi pecho.

«Eso por no hablar del sexo brutal que has descubierto con él. Mira, casi mejor no lo pienses o desearás beberte una botella de lejía sin coger aire», masculla la insolente voz de mi cabeza, a la que ignoro.

—¿Tienes intención de ir a Irlanda? —me pregunta con curiosidad, incorporándose y apoyándose en la encimera que tiene tras de sí, sacándome de mis pensamientos.

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo —le aseguro con contundencia.

—Pues disfrútalo. Voy a ducharme —masculla, esta vez él, con fastidio.

Lo veo salir de la cocina y, aunque durante unos segundos estoy tentada de correr tras él para ducharnos juntos, me quedo clavada en mi sitio sin poder moverme.

Como siempre, el coche de la productora pasa a recogernos y, por el camino, repaso y me machaco de nuevo con el plan de rodaje previsto para hoy, pues a no ser que ocurra alguna catástrofe, vamos a empezar a rodar las escenas eróticas e imaginarlo es suficiente para ponerme mala. Vamos, que lejía no creo, pero una botella entera de Jäger sin coger aire sí que me bebería si pudiera.

—No hemos hablado de las escenas que rodaremos hoy —musito, rompiendo el denso silencio en el que nos hayamos envueltos desde que ha salido de la cocina.

¿Qué le pasa? ¿Estará también preocupado por tener que rodar ese tipo de escenas?

—¿De qué quieres que hablemos? —pregunta con indiferencia, mirando por la ventana.

—No lo sé... Nunca he rodado escenas eróticas y estoy un poco nerviosa... Además, le prometí a mi madre que no la avergonzaría y me parece que hoy voy a hacerlo y muchísimo —le confieso, deseando que me preste atención de una vez.

—¿Tu madre se avergonzará cuando te vea llorar? —me pregunta volviéndose y sorprendiéndome con su pregunta.

—No... —musito.

—¿Se avergonzará de ti cuando la emociones?

—Por supuesto que no...

—Entonces, ¿por qué piensas que lo hará cuando te vea interpretar una escena erótica?

—Creo que es más que evidente.

—Es lo mismo, Paloma, son todo sentimientos, que tú, como actriz, interpretarás. Te lo dije una vez, trabajamos con ellos y no debes avergonzarte de ninguno de ellos.

—Voy a acostarme contigo en todos los cines del país —musito, sintiendo mi cara arder, muerta de vergüenza al imaginar a mi madre o mis hermanos viéndome.

—Ya quisiera yo que hiciéramos eso —me responde divertido de repente—. Escúchame —me ordena, atrapando mi mirada con la suya—, vas a hacer como si lo hicieras, que no es lo mismo. Además, estás olvidando que estarás conmigo y que yo cuidaré de ti.

«¿Y quién cuidará de mí cuando tú no estés?», estoy a punto de preguntarle, pero en lugar de hacerlo sonrío, o al menos eso intento.

Cuando llegamos al palacete, como siempre, me dirijo a vestuario, maquillaje y peluquería para que me caractericen como Marcela, pero hoy, en lugar de charlar animadamente con unas y con otras, como suelo hacer a diario, me mantengo en silencio, demasiado agobiada por lo que se me viene encima. Y una vez lista y con el corazón atronándome en la garganta, me dirijo a la bodega donde ya están todos esperando.

—¿Necesitáis que marquemos las pautas? —nos pregunta José Antonio una vez me reúno con ellos—. Recuerda Orlando que la cámara seguirá el recorrido de tus manos mientras le bajas las enaguas y...

—José Antonio, recuerda que no se puede ver nada —le advierto atropelladamente, sintiendo que me sudan las palmas de las manos y se me seca la boca, todo al mismo tiempo.

—Puedes estar tranquila, te aseguro que vamos a ser muy cuidadosos y elegantes con este tema, pero aunque no mostremos nada, quiero la emoción copándolo todo, quiero sentir esa urgencia por tocaros, ese deseo desgarrador por estar juntos y quiero que el público vibre con vosotros, así que dejáros ir y sentid como lo harían ellos. Si necesitáis que nos quedemos sólo los indispensables no hay problema, pero no quiero que os frenéis, una cosa es que no se vea nada y otra bien distinta que el público se quede frío y no sienta nada.

—Vale, pues que se vayan todos.

—Paloma, sólo es un beso —me replica Orlando divertido.

—Se supone que vas a masturbarme, voy a tener que gemir y poner caritas, no me digas que sólo es un beso —le rebato fulminándolo con la mirada, oficialmente atacada y muerta de vergüenza.

—Vale, no te preocupes —me asegura José Antonio, intentando infundirme confianza.

Se aleja de nosotros para pedirle al resto del equipo que abandonen la habitación, mientras Orlando me mira con seriedad.

—Estás olvidando que voy a cuidar de ti —masculla con dureza.

—No lo he olvidado, pero aunque tú cuides de mí, yo voy a tener que gemir y poner cara de estar muriéndome de gusto. ¡Dios! ¡No quiero ni imaginar lo que dirá mi madre!

—Dime una cosa, ¿de verdad crees que cuando tu madre se acuesta con un tío no se muere de gusto también? Paloma, no estás en este mundo porque te trajo una cigüeña, estás aquí porque tus padres follaron con ganas, gimieron y se corrieron de gusto. Déjate de chorradas y disfruta de esta escena como has hecho con todas las otras —me dice, dejándome con la boca desencajada.

—¿Listos? —nos pregunta José Antonio, haciendo que reparemos en él.

Observo que en la habitación sólo estamos Héctor, el operador de cámara, Blanca, la directora de fotografía, Miguel, el técnico de sonido con la pértiga, Lola, la *script* con la claqueta, y Adrián, el de los focos, y me separo de Orlando sin molestarme en contestarle.

Atiendo a las instrucciones de Blanca y, tras hacer una italiana, o lo que es lo mismo, la lectura rápida de texto en la que marcamos las pautas, nos ponemos en nuestra marca para rodar la escena, pero estoy tensa y sé que así no va a fluir.

—Dejadme a solas con ella —ordena Orlando con dureza, sin molestarse en mirar al equipo, con su impresionante mirada clavada en mí.

—Hablad lo que tengáis que hablar, pero solucionadlo cuanto antes, tenemos mucho trabajo por hacer y no quiero retrasos —nos dice con sequedad José Antonio, saliendo de la habitación seguido por el resto.

—¿Para qué los has hecho salir? ¿De qué quieres hablar? —le pregunto frunciendo el ceño, sin entender qué más querrá decirme después de la parrafada que termina de soltarme.

—¿Quién ha dicho que quiera hablar? —me pregunta, llegando hasta mí con tal rapidez que apenas puedo reaccionar antes de que aprisione mis labios con los suyos, con rudeza y desesperación.

Vuelco en ese beso todos mis miedos, deseando que el placer que está proporcionándome con sus labios arrastre mis temores como lo harían las olas del mar y gimo al sentir su mano colarse por el interior de mi falda.

—Siéntelo y olvídate de todo —masculla, alcanzando mi centro y abro más las piernas olvidando donde estamos y que fuera tenemos a seis personas esperando, mientras mi lengua se enreda con la suya y me muevo siguiendo el ritmo de su mano.

—Chúpalo —me ordena, sacando su dedo de mi interior y llevándolo a mi boca, dejándome tan excitada que hasta me duele.

Rodeo su dedo con mis labios y con ese gesto pruebo mi sabor, chupándolo como me ha pedido, lascivamente, demorándome e imaginando que es su sexo lo que tengo en la boca, y veo el deseo instalado en su mirada.

—¿Vas a masturbarme de verdad? —musito cuando retira su dedo de mi boca, posando mi mano sobre su abultado sexo.

—Ya lo verás —me dice con voz oscura, ronca y sexy—. Creo que ya estás lista para rodar la escena, ¿los dejamos entrar? —inquieta con seriedad antes de abrir la puerta y yo asiento, sintiendo que el miedo ha desaparecido, sustituido por el deseo y la urgencia, esos sentimientos que necesita plasmar José Antonio.

—¿Estás lista, Paloma? —me pregunta éste y de nuevo asiento en silencio.

«Cachonda, más bien» responde por mí la insolente voz de mi cabeza.

Y puesto que estamos los justos, es José Antonio quien hace las funciones de Carlos esta vez.

—¡SILENCIO! Sonido graba —ordena con su voz autoritaria resonando en la pequeña habitación.

—Grabando.

—Cámara graba.

—Grabando —responde Héctor.

—¿Claqueta?

—Escena doce, secuencia tres, toma uno.

—¡ACCIÓN!

Y al segundo tengo la boca de Orlando asaltando la mía, besándome con lujuria y me entrego a su beso como he hecho antes, olvidando a todos los que nos rodean y que estoy interpretando, para sólo sentir y dejarme llevar por él.

—Quiero volver a tocarte, Marcela —musita con voz áspera, bajándome las enaguas, tal como hemos ensayado previamente.

—Hazlo —murmuro, deseando que lo haga, pues, aunque parezca una locura, sólo deseo que me toque, y cuando sus manos se cuelan por debajo de mi falda, abro las piernas, tal como he hecho antes cuando estábamos a solas.

Siento que su dedo llega al borde de mis braguitas y accede a mi húmedo sexo, que lo reclama palpitante, y gimo cerrando los ojos, moviéndome suavemente, buscando con ese movimiento su mano, necesitando que me toque de verdad, necesitando sentirlo dentro de mí y enloqueciendo por completo ante su falta de profundidad, pues cuando creo que va a tocarme se retira para, seguidamente, volver a acercarse a mi centro y volver a retirarse. Y aunque no hay nada que desee más que dejarme ir, dudo que vaya a hacerlo. Finalmente, finjo llegar al orgasmo, maldiciéndolo por habérmelo negado.

—Marcela, no puedo más, necesito hacerte el amor... dime que sí —me pide con la voz cargada de deseo, mirándome de una forma que sacude mi interior.

—Esta noche, Juan... te prometo que esta noche —murmuro aferrándome a su cuello, ahogándome en las profundidades de su mirada...

Rodamos la escena como si estuviéramos viviéndola de verdad, siendo ellos y necesitándonos como si lo fuéramos, y cuando José Antonio grita «¡CORTEN!» debo hacer un esfuerzo titánico para soltarme de su cuello y de su mirada.

—Muy buena escena, chicos, la damos por válida —nos dice, tras visionarla un par de veces junto con Blanca—. Vamos con la siguiente.

De inmediato sé a cuál se refiere y me tenso instintivamente, pues esa escena que vamos a rodar será la primera vez de Juan y Marcela e irremediablemente vamos a tener que quedarnos desnudos, entre otras cosas. ¡Ay, Señorrrrrr! ¡Que van a verme hasta el carnet de identidad!

«Cinturón de castidad 0-guarrilla 1», oigo a través de un megáfono a la insolente voz de mi cabeza.

—Cinco minutos, chicos —nos dice José Antonio, infartándome en el acto.

—Sólo tú puedes estar presente —le digo muerta de vergüenza.

—Pero... —empieza a rebatirme, sin embargo, lo corto antes de que pueda terminar de hacerlo.

—La grabas tú, que los demás lo dejen todo listo y se larguen.

—¿Y la pértiga? —me corta Miguel.

—Déjala colgando del techo o invéntate lo que quieras, pero no quiero a nadie dentro —ordeno con una autoridad que no tengo ni idea de dónde me sale.

—Paloma... —intenta razonar conmigo Orlando.

—Oye, déjalo, ¿vale? Si quieres que ruede esa escena y que me salga bien no quiero a tanta gente aquí dentro. Él puede grabarla, ¿verdad, José Antonio? ¿Verdad que puedes?

Observo cómo lo valora ante el silencio sepulcral en el que nos hallamos todos inmersos, cómo coge aire, cómo lo suelta, o más bien cómo resopla, y cómo finalmente se da por vencido.

—Está bien, yo la grabaré.

—Gracias —musito con inmenso alivio.

Mientras maquillaje retoca mis labios y vestuario me cubre con un chal, el resto del equipo empieza a prepararlo todo para que José Antonio pueda grabar la escena sin problemas y, aunque siento la mirada de Orlando sobre mí, paso de él, que diga o piense lo que quiera, yo no estoy acostumbrada a esto y paso de que me vean en un momento tan íntimo.

—Vamos a marcar las pautas —nos dice José Antonio—. Será como una coreografía, pero recuerda, Orlando, que a ti se te verá el trasero cuando estés sobre ella, ¿algún problema?

—Sabes que no —le responde con dureza.

—Vamos entonces.

Hacemos el ensayo de movimientos, calculando hasta el mínimo detalle, pues en el contrato figura que a mí no se me puede ver nada y, aunque ahora me siento ligeramente mal por haber alterado tanto el rodaje con mi exigencia, sé que luego, cuando estemos rodando la escena, agradeceré haberlo hecho, así que callo y continúo ensayando la coreografía.

—Sube más la mano, Paloma y vuélvete ligeramente cuando lo hagas —me indica Blanca, mientras yo, tiesa como un palo, para qué negarlo, memorizo los movimientos.

—Orlando, inclínate un poco ahora... Así, cubre su pecho con tu mano.

Repetimos la escena varias veces más hasta que todo queda milimétricamente cuadrado y, cuando todo está listo, los demás abandonan la habitación dejándonos a solas con José Antonio.

—Estás conmigo, no lo olvides —musita Orlando acercándose a mí, besándome el lóbulo de la oreja, intentando relajar mi cuerpo, que está tan tenso que temo que vaya a partirse por la mitad —. Paloma, olvídate de la cámara y mírame sólo a mí — me ordena con dulzura—, sólo a mí. Aquí nada más estoy yo, mis manos y mis labios, sólo estamos nosotros —musita, besándome suavemente.

—Cuando queráis —nos dice José Antonio.

Casi temblando me separo de Orlando para dirigirme hacia la puerta, tan nerviosa que temo caerme de bruces en cualquier momento.

—Escena veintitrés, secuencia dos, toma uno, ¡ACCIÓN!

Me aferro a la mirada de Orlando como si mi vida dependiera de ello, y camino hacia él tan titubeantemente como lo haría Marcela, con mis nervios y miedos enredándose de tal forma en mi interior que siento que me dejan sin respiración.

—¿Estás bien, mi niña? —me pregunta acariciando mi mejilla cuando llego hasta él.

Alzo la mirada hasta encontrarme con la suya, no con la de Juan, sino con la de Orlando, y siento cómo el nudo se deshace lentamente y de nuevo los rayos del sol traspasan la densa niebla. Enlazo mis dedos con los suyos, sabiendo que esta vez será diferente.

—Sí —murmuro en esa habitación envuelta en sombras, deseando que hubiera un «te quiero» en esa escena que de antemano, y a pesar de todo, sé que va a ser la más especial de todas.

Atrapados en nuestras miradas y en el silencio que lo domina todo, empiezo a quitarme la ropa con su ayuda, hasta quedar completamente desnuda frente a Orlando, sintiendo cómo algo cambia dentro de mí, algo que me insta a ser y sentir, y finalmente me olvido de mis temores, de la cámara y de todo lo que nos rodea para verlo únicamente a él, a mi chulito y al hombre que quiero.

—No, mi niña, déjame verte —me pide con voz ronca cuando, avergonzada, cubro mi cuerpo con las manos según marca el guion—. No sabes cuántas veces te he imaginado desnuda —musita, depositándome con cuidado sobre la cama, tal como hemos ensayado, colocándose frente a mí para que la cámara no pueda grabar mi desnudez.

Empieza a quitarse la ropa sin dejar de mirarme y debo recordarme que estoy interpretando, para no devorarlo con la mirada y mostrar un pudor que, inexplicablemente, ahora no siento.

Me asombra ver que no se ha puesto el velcro y que está tan desnudo como lo estoy yo y, cuando se tumba a mi lado, lo único que puedo hacer es desearlo, mientras su mirada recorre mi cuerpo hasta llegar a mi intimidad. Cierro los ojos, sintiendo que tiemblo con los miles de sentimientos que bullen en mi interior y que no sé cómo gestionar.

—Eres tan bonita, Marcela... —murmura, besándome dulcemente—. No cierres los ojos, no te avergüences.

Abro los ojos como me pide, de nuevo viéndolo a él y, cuando sus labios descienden hasta llegar a mis pechos, olvido el piloto rojo, que casi ni veía ya, para dejarme llevar por lo que me está haciendo experimentar, sintiéndome cuidada y protegida por él, pues a pesar de que está tan excitado como lo estoy yo, lo controla todo para que a mí no se me vea nada, cubriendo continuamente mi cuerpo con el suyo, tal como marca la coreografía que hemos ensayado.

—¿Qué haces, Juan? ¿Ibas a besarme ahí? —pregunto escandalizada incorporándome cuando sus labios llegan a mi sexo, cerrando las piernas tal y como marca el guion.

—Sí, Marcela, déjame hacerlo. No te avergüences, por favor; confía en mí— me ruega acariciando mis piernas y abriéndolas levemente —si no te gusta, pararé, te lo prometo.

Me recuesto de nuevo sobre la cama, mirándolo con una mezcla de temor y deseo mientras sus labios descienden lenta y tortuosamente por mi cuerpo y echo la cabeza hacia atrás cuando llegan hasta mi sexo y un suave gemido nacido de mis entrañas se cuela por mi garganta de tan sólo imaginar lo que va a hacer, pero me sorprende de nuevo conteniéndose para no besar mi centro, que palpita de deseo, otra vez protegiéndome al cubrir mis pechos con sus manos y, durante unos segundos, estoy tentada a coger su cabeza y posarla sobre mi sexo.

Me arqueo fingiendo llegar a un orgasmo al que por supuesto no llego y cuando nuestras miradas se encuentran, veo tal deseo en su mirada que enmudezco durante unos segundos.

—¿Te ha gustado? —me pregunta sonriendo con satisfacción.

—Un poco —murmuro, fingiendo sentirme avergonzada.

—¿*Un poco*? —musita, subiendo por mi cuerpo.

Enlazo mis piernas alrededor de su cintura y siento su sexo, duro como una piedra, pegado al mío, y tengo que frenarme como nunca para no impulsar mis caderas hacia delante.

—¿Estás lista para ser mi mujer?

—Sí —contesto, con mi mirada atrapada en la suya.

Lo veo cerrar los ojos, apretar la mandíbula y hacer un esfuerzo titánico para no poseerme, mientras, con sus movimientos, finge hacerlo, y, sin poder frenarme más, impulso mis caderas hacia delante buscando su roce, buscando esa fricción que tanto

necesito al tiempo que él pega su frente contra la mía y empezamos a movernos, Orlando frenándose para no dejarse ir y yo dejándome ir por completo, volviéndolo loco y enloqueciéndolo mientras intenta no perder el control en ningún momento.

—¡CORTEN! —oigo de fondo en el momento en que un gemido sale de mi garganta—. Hemos cortado, chicos —nos confirma de nuevo José Antonio y dejo de moverme, a pesar de que lo necesito tanto que hasta me duele.

—Déjanos solos —le ordena Orlando con autoridad, volviéndose hacia él—. Visualiza la escena fuera y llévate la pértiga contigo —masculla entre dientes—. Joder, ven aquí —sisea, una vez José Antonio abandona la habitación, abriéndome más las piernas e insertándose hasta el fondo—. Me has vuelto loco, Paloma.

Su voz, su mirada, sus movimientos fuertes y certeros, consiguen que olvide en qué situación estamos y que posiblemente estemos siendo la comidilla de todo el equipo, para simplemente dejarme ir, siguiendo su ritmo, un ritmo rápido y delirante que me deja sin respiración y cuando el orgasmo llega, fulminante, grito asombrada por su intensidad.

—Dios mío —musito como puedo, maravillada por el increíble sexo que acabamos de tener.

—Eso mismo —farfulla él, dejándose caer sobre mi cuerpo.

—¡Diossss! ¡Qué vergüenza salir ahora! —le digo con una carcajada nerviosa—. A saber qué estarán pensando.

—Estarán pensando justo esto —me confirma tranquilamente, saliendo de mi interior.

—Vale, ya puedes matarme —le digo cubriéndome la cara con las manos.

—Tú sí que me matas a mí —me recrimina con seriedad, poniéndose los pantalones—. Creía que te daba vergüenza.

—Y me la daba, bueno me la da —farfullo como puedo—. Te aseguro que en estos momentos preferiría tirarme por esa ventana a tener que enfrentarme a la mirada de todos.

—Pues nadie lo diría, te lo aseguro —me dice con dureza y lo miro sorprendida por el tono que ha utilizado.

—Tú... ¿alguna vez lo has hecho? Delante de la cámara quiero decir —pregunto, cubriendo mi cuerpo con la sábana.

—Sí —me responde con contundencia, sentándose en el borde la cama.

—¿Del todo? Quiero decir... ¿hasta el final?

—Cuando se cansaron de decir «corten» y de confirmar que habían cortado, nos dejaron por imposibles. No paramos hasta que nos corrimos —me cuenta, mirándome con esa seriedad que no suele mostrar y que a mí tanto me impone.

—¿Delante de todos? —insisto escandalizada.

—¿Qué habría sucedido si en lugar de fingir que te follaba lo hubiera hecho de verdad? ¿Habrías parado si hubieras estado a punto de correrte? —me pregunta, dando en el clavo.

—No —respondo con sinceridad—. Aunque seguro que luego me hubiera tirado por la ventana —remato sonriendo.

—Ahí lo tienes.

—¿Y por qué no lo has hecho conmigo? —digo un poco molesta, sin entender realmente por qué me siento así—. ¿Por qué te has frenado tanto cuando estaba claro que yo no estaba haciéndolo?

Pero antes de que pueda llegar a contestarme, nos interrumpen al llamar a la puerta y nos volvemos hacia ella.

—Adelante —masculla Orlando, mientras yo me cubro mejor con la sábana.

—Sólo quería confirmaros que damos la escena por buena, por si os interesa —nos dice José Antonio divertido—. Por cierto, ¿os queda mucho?

—Estábamos hablando, sólo hablando —farfullo, aliviada porque Orlando lleve los pantalones puestos y yo esté sentada en la cama y cubierta hasta el cuello con la sábana.

—No he dicho lo contrario, pero daos prisa, que nos tenéis a todos esperando —me replica sonriendo, antes de cerrar la puerta.

—Mierda —mascullo muerta de vergüenza.

—¿Mierda? Haberlo pensado antes, pequeña delincuente —me dice él poniéndose la camisa, que no se molesta en abrocharse—. Te espero fuera.

—¡No! ¡No! ¡Noooo! ¡No me has contestado! —le digo envolviéndome con la sábana—. ¡Orlando! —lo llamo, saliendo de la habitación, yendo tras él.

Se vuelve hacia mí, tan magnífico y tan tío que durante unos segundos sólo soy capaz de verlo a él y recorro el pasillo sin dejar de admirar a este hombre que se ha enredado en mi interior con la misma fuerza con que lo harían las ramas de una enredadera.

—¿Por qué? Dime, por qué te has frenado. Necesito saberlo.

—Porque te conozco mejor de lo que piensas y sé que luego te hubieras arrepentido —masculla entre dientes cerca de mi oreja, mientras siento la mirada de todo el equipo puesta sobre nosotros—. Y porque... ¡bah, déjalo! —concluye, dándose la vuelta y empezando a caminar.

—¡No, espera! ¡Dímelo! —le pido de nuevo, cogiendo su brazo en un intento por detenerlo y soltando sin querer la sábana.

—Cúbrete, se te está viendo el culo —masculla soltándose de mi agarre para darse la vuelta y salir de mi campo de visión.

—Vaya tela —exclama Magda divertida—. Menudo polvazo acabáis de pegar. Por favor, dime qué se siente estando con un tío como Orlando Sun.

Y con sus palabras retrocedo a Formentera, a El Capitán y a aquella tarde de hace mil años, cuando le preguntaba a mi amiga Luna lo que se sentía cuando se estaba en lo más alto de la montaña rusa.

—Sólo estábamos hablando —musito como en trance, regresando a la habitación, seguida por ella.

—¡Vaya! No conocía ese nuevo tipo de comunicación, me parece que voy a tener que empezar a practicarla. Estaba pensando... ¿me permites que la practique con él? —me pregunta guasona, recordándome demasiado a mí.

—¡Muy graciosa! —le digo con fastidio—. ¿Te importaría volverte? Estoy desnuda, por si no te has dado cuenta.

—Sólo si me lo cuentas —insiste dándose la vuelta.

—Es lo más increíble que me ha sucedido nunca, pero es algo pasajero que no tiene ningún futuro, ¿contenta? —le confieso, diciendo en voz alta lo que no deja de martirizarme. Pero ¿qué sentido tiene que omita hablar de algo que va a suceder en breve y que ella misma verá?

—Bueno, eso es algo que nunca se sabe.

—Créeme, yo lo sé —musito llena de pena por el paso que pronto tendré que dar.

Rodamos sin parar hasta casi las nueve de la noche y, cuando dan por finalizada la jornada, siento cómo la pregunta que ha quedado suspendida en el aire, y la tensión que hay entre nosotros me asfixian hasta impedirme respirar con normalidad.

—Quiero saberlo —insisto una vez dentro del coche, camino de su casa.

—¿El qué? —farfulla con fastidio.

—Por qué te has frenado y te has contenido tanto durante todo el rodaje.

—Porque tú estabas desatada. ¡Joder!, me dices que te mueres de vergüenza, te vuelves medio loca de tan sólo imaginar lo que dirá tu madre cuando te vea y luego te conviertes en una pequeña fiera.

—No me he convertido en ninguna pequeña fiera —mascullo, roja como un tomate, sabiendo que tiene razón.

—Joder que no —sisea, volviéndose hacia la ventana.

—Y aunque lo hubiera hecho, ¿por qué te molesta? —le pregunto, poniéndome a la defensiva—. Era mi decisión, al fin y al cabo, tú mismo me has dicho que has follado durante una grabación, no entiendo por qué tienes que ponerte así.

—¿Así cómo? —me espeta, volviéndose y clavando su refulgente mirada sobre mí.

—¡Pues así! ¡Que parece que te hayas tragado un palo!

—Déjalo, Paloma, no tengo ganas de discutir —me responde volviéndose de nuevo hacia la ventana, destilando la rabia que lleva conteniendo todo el día.

—No me da la gana —le rebato cabreada, mientras el coche se detiene frente a su casa.

—¡Es que no te entiendo! Me descolocas, ¡joder! —dice, saliendo del vehículo y dando un portazo.

—¿Cómo que te descoloco? —pregunto, saliendo yo también y dándole alcance.

—Déjalo estar, ¿vale? Ni yo mismo sé cómo explicarlo —masculla, entrando en su casa y acelerando el paso.

—Pues inténtalo —le ordeno cogiéndolo del brazo y haciendo que se detenga en medio del jardín.

—No quieres que haya nadie viendo la grabación, ordenas que salgan todos y luego olvidas que esa grabación la verán miles de personas para soltarte la melena y casi meter mi polla dentro de ti.

—No he hecho eso —siseo con un hilo de voz, sintiéndome sucia con sus palabras.

—Porque no te he dejado, ¡joder! ¿Y sabes que es lo peor de todo? Que si lo hubiera hecho, si te hubiera follado como deseabas, luego me lo habrías recriminado, habrías sacado a la Paloma digna que hay dentro de ti para echármelo en cara.

—¡Eso no es verdad!

—¡Por supuesto que lo es! Pero ¡si he hecho lo que querías y estamos discutiendo justamente por eso!

—¡NO ESTAMOS DISCUTIENDO! —bramo fuera de mí.

—Estamos follando, ¡no te jode! ¿Y sabes qué es lo que más me revienta? Que no sé cómo sentirme con todo esto. Te habría follado con saña delante de José Antonio, te hubiera abierto las piernas y te hubiera metido la polla hasta dejarte medio inconsciente, como he hecho luego, pero ¿SABES QUÉ? ¡QUE NO HE PODIDO, JODER! ¡Y no porque la escena requiriera otro tipo de sexo! ¡Sino porque no he querido hacer público algo que es nuestro! ¡POR ESO NO TE HE FOLLADO! ¿Ya estás contenta? ¡Déjame en paz! —masculla dándose la vuelta y dejándome temblando en medio del jardín.

Entro en su casa sintiéndome tan perdida que temo no volver a encontrarme, sintiendo cómo ese algo que tengo enredado en mi interior se anuda con más fuerza hasta cortarme la respiración y, cómo puedo, llego hasta la habitación de invitados, donde, como una autómatas, me desnudo para, seguidamente, meterme en la ducha con el agua hirviendo, sabiendo que tiene razón en todo y que he perdido completamente la cabeza. Avergonzada con mi comportamiento, empiezo a llorar desconsoladamente.

—Lo siento —musita Orlando entrando en la ducha completamente vestido, rodeando mi cuerpo con el suyo.

Y aunque quiero contestarle, no puedo, y me limito a llorar entre sus brazos.

Me saca de la ducha envolviéndome en una toalla, tras lo cual se deshace de su ropa empapada para secarse y llevarme en brazos hasta la cama, donde nos acostamos adoptando la postura de la cucharilla.

—Sé que tienes razón —digo con tristeza—, sé que luego me hubiera sentido mal y que, posiblemente, te lo habría echado en cara, pero no puedo pensar cuando estoy contigo —musito, tragando con dificultad—. ¿Sabes?, durante estos meses ni siquiera debía esforzarme para interpretar a Marcela, porque sentía que era ella y, cuando te veía a ti, a quien veía era a Juan, pero hoy ha sido distinto —le confieso, volviéndome ligeramente para buscar su mirada, esa que me recuerda una noche

cerrada—. Hoy sólo era capaz de verte a ti, por eso cuando me has besado he olvidado que nos estaban grabando y me he dejado llevar —concluyo, avergonzada de nuevo.

—Dejemos el tema, venga, duérmete, ha sido un día duro —musita, rodeando mi cuerpo con sus brazos, dejando un extraño vacío en mi interior con la ausencia de su respuesta, la que de verdad me gustaría escuchar.

CAPÍTULO 29

Me despierto al día siguiente sintiendo todavía esa extraña sensación en mi interior y, cuando me vuelvo para buscarlo, me sorprendo al ver que no está...

—Genial —musito con desgana.

Con reticencia, abandono la comodidad de la cama para dirigirme al baño, donde, mientras me aseo, me martirizo con lo que sucedió ayer y con lo que sucederá hoy, pues de nuevo tenemos otra escena íntima y siento cómo la vergüenza se apodera de mí.

Me visto sin dejar de machacarme, recordando cómo zanjó Orlando anoche el tema y, cuando llego a la cocina, donde espero encontrarlo, me sorprendo al encontrar una nota sobre la barra.

Tengo cosas que hacer, nos vemos en el rodaje.

¿Tiene cosas que hacer? ¿Ahora? ¿Y por qué no me lo dijo anoche?, me pregunto con incredulidad, cogiendo la nota y releyéndola de nuevo, empezando a montarme una película de esas de Oscar en mi cabeza. ¿Se habrá largado por lo que sucedió ayer? Me siento en el taburete y la vuelvo a leer, sintiendo cómo el estómago se me cierra.

Y cuando el coche de la productora pasa a recogerme, la incredulidad ha dado paso al cabreo en todas sus dimensiones posibles, por lo que cuando llego al palacete lo hago bufando.

La primera escena que aparece en el plan de rodaje de hoy es una que tendrá lugar en Tella, pero que nosotros rodaremos aquí, con el croma, y, mientras me caracterizan como Marcela, intento encontrar en mi interior esa paz y esa serenidad que tanto necesito ahora, a pesar de que lo único que deseo es decirle cuatro burradas, de esas de las mías, barriobajeras a tope, cuando lo vea.

«Ni se te ocurra hacer eso, vas a comportarte como es debido y a no montarle numeritos. ¡Que le den!», me ordena la insolente voz de mi cabeza, que hoy se ha vestido de mujer adulta con un látigo en la mano.

Una vez lista, me dirijo al desván de la casa, donde ya está todo el equipo esperando y de reojo observo a Orlando hablar con Pepa, una de las ayudantes de dirección.

«Tú cabreada como una mona y él como si nada, ¿ves qué bien?», dice la insolente voz de mi cabeza, mientras yo debo hacer un esfuerzo sobrehumano para comportarme y no montarle ningún numerito.

—Buenos días —saludo al equipo, evitando mirarlo.

—Buenos días —me devuelven el saludo y, cuando siento su mirada sobre mi cuerpo, me vuelvo hacia él fulminándolo con la mía.

—Orlando y Paloma, vamos a hacer una italiana —nos dice José Antonio, ajeno a los instintos asesinos que están desencadenándose en mi cabeza.

«¿A qué hora se habrá largado? ¡Espera, espera, espera! ¿Y por qué estoy dando por hecho que ha dormido en casa? ¡AY, SEÑORRR! ¿Y SI NO LO HA HECHO? — me pregunto, sintiendo cómo, con mis preguntas, me paralizó—. ¿Y si se marchó cuando me dormí? ¿Y si ha pasado la noche con alguna de sus gatitas? ¿Y si llevo una cornamenta de cuidado? ¡YO LO MATO! ¡EN SERIO QUE ME LO CARGO!»

—¿Paloma? ¡Te estamos esperando! ¿Qué haces ahí parada? —me pregunta José Antonio, sacándome de mis pensamientos que no es que hayan cogido carrerilla es que están haciendo los cien metros lisos.

—Lo siento —farfullo, sintiendo mi cara arder por la rabia.

Atiendo a las instrucciones de unos y otros sin dejar de bufar, mientras Orlando me mira como si me hubiera convertido en lo más divertido del mundo. ¡Pedazo imbécil!

—Quiero muchísimo sentimiento en esta escena y que me encojáis el corazón con ella, así que inspiraos, porque quiero que hagáis llorar a una piedra —nos dice José Antonio.

«Lo que haré será hacerla gravilla como se me ponga por delante», pienso desatada, colocándome delante del croma.

«Cálmate, fiera», musita la insolente voz de mi cabeza, mientras él, sonriendo impertinente, se coloca detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos, tal como marca el guion.

Tiesa como un palo, cierro los ojos imaginándome sobre esa colina de Tella, con los picos de las montañas a mis pies, un águila sobrevolando mi cabeza y sintiendo el viento agitar mis faldas... Estoy con él, con Juan, al fin estamos juntos y, en mi imaginación, veo a Olivia junto a Roberto y sonrío sintiendo cómo la rabia se disuelve lentamente y en su lugar llega esa calma tan ansiada, relajándome finalmente entre sus brazos en este desván de Madrid.

—Estoy deseando ver el rodaje de esta escena, este momento es tan bonito —susurro, sacando mi parte romántica color rosa chicle a pasear, mientras ajustan los focos.

—Follar es bonito, lo otro es una mariconada y va contra natura, no me creo que dos personas puedan estar toda la vida enamorados.

—¿Cómo? —le pregunto volviéndome, sin poder creer la burrada que acabo de escuchar.

—No me jodas, Paloma, no irás a decirme que crees en eso.

—Por supuesto que sí, además, creo que cuando encuentras a tu alma gemela estás destinada a que sea para siempre.

—Dicho así parece una sentencia de muerte —medio escupe y casi siento cómo su cuerpo se estremece.

—¡Venga ya! ¿Quieres hacerme creer que nunca te has enamorado? ¿Que nunca has deseado dormirte y despertarte al lado de la misma persona día tras día? ¿Incluso envejecer a su lado y tener hijos con ella?

—Vamos a ver, lo que he deseado es tirármela, no casarme, lo de dormir es necesario y, si no la palmas, terminas despertándote. Lo de los hijos y envejecer, ¡NO! No pienso en una cosa ni en la otra.

—¡SILENCIO! —ordena Carlos.

Me vuelvo ante su orden, respirando profundamente muchas muchísimas veces en un intento por calmar mi genio burbujeante, mientras intento asimilar todavía sus palabras. ¡Venga ya! ¡No puede hablar en serio!

—¡Vamos con la escena! —nos dice Carlos—. ¡SILENCIO! Sonido graba.

—Grabando.

—Cámara graba —prosigue.

—Grabando.

—Claqueta.

—Escena veintiocho, secuencia cinco, toma uno.

—¡ACCIÓN! —nos indica José Antonio con voz firme.

Siento cómo Orlando entrelaza sus dedos con los míos, pegándome más a su cuerpo, mientras yo intento por todos los medios relajarme y plasmar ese sentimiento abrumador que se supone que tiene la escena, cuando lo que realmente me apetece es retomar la conversación que hemos dejado a medias.

—¡Toma mala! ¿En qué estáis pensando? ¡Joder, que no tenéis ni que hablar! Sólo debéis mirar hacia la marca como si ahí estuviera lo que más queréis en este mundo, ¡que parecéis dos postes, coño! —nos recrimina José Antonio tras rodar por quinta vez la dichosa escena—. La rodamos de nuevo. Todos a sus puestos.

Cierro los ojos recordando su historia, intentando imaginarme sobre esa colina y, sobre todo, intentando sentirme ella, algo que no me sucede desde ayer. Finalmente, tras varios intentos fallidos, José Antonio da la escena por buena y casi de inmediato me suelto de los brazos de Orlando. ¡Gracias a Dios!

—Tenemos otra escenita, ¿quieres que esta vez te folle de verdad? —me pregunta con insolencia.

—Creía que no querías... —musito, sintiendo que algo ha cambiado entre nosotros.

—Lo de ayer fue una estupidez, si quieres que follemos, por mí no hay problema —me dice cubriendo su rostro con ese manto de indiferencia con el que se maneja tan bien.

—No, no quiero, pero gracias por el ofrecimiento —contesto, alzando la barbilla con orgullo, pasando por su lado y sintiendo de nuevo ese algo enredarse y tirar con fuerza dentro de mí hasta ahogarme.

Espero paciente mientras nos dan las instrucciones pertinentes, manteniéndome alejada de él y martirizándome con su cambio de actitud y, tras ensayar la coreografía con Blanca, como ayer, y hacer el repaso rápido de texto con José Antonio nos colocamos en nuestra marca.

—No hace falta que se vayan todos, José Antonio, pueden quedarse —les digo con voz firme, sorprendiendo incluso a Orlando—. No me refiero a que esté todo el mundo aquí metido, pero no hace falta que estés tú solo grabando.

—¿Estás segura? —me pregunta José Antonio asombrado.

—Muy segura. —Para chula yo.

—Como quieras, todos a sus puestos —ordena.

Respiro profundamente mientras todos se colocan. Siento la calidez del foco sobre mi cuerpo y escucho los sonidos propios del rodaje, que ya forman parte de mi día a día, y sobre todo noto la potente mirada de Orlando sobre mí.

—¡SILENCIO! Sonido graba —oigo que dice Carlos y mi corazón se sacude dentro de mí.

—Grabando.

Trago saliva, maldiciéndome por necesitarlo tanto.

—Cámara graba.

—Grabando.

Nuestras miradas se unen con la respuesta de Héctor y mi corazón se sacude con más fuerza.

—Claqueta.

—Escena veintinueve, secuencia cuatro, toma uno.

—¡ACCIÓN!

Orlando une sus labios a los míos con urgencia, consiguiendo que olvide con ellos mi enfado y elucubraciones para aferrarme a ese beso con desesperación, la mía y la de Marcela, la que me dice que esto está a punto de terminar para mí y de comenzar para ella, y cuando empieza a desnudarme lo imito, desnudándolo yo también; con ansia, un ansia que me corroe por dentro, sin saber qué ocurrirá a partir de ahora, como tampoco lo sabe mi personaje...

Orlando cubre mi cuerpo con el suyo, protegiéndome, tal como hizo ayer, fingiendo hacerme el amor, erizándome con su mirada y consiguiendo que, de nuevo, me olvide de la cámara y de todos para nada más verlo a él.

—Te quiero, sólo deseo esto en la vida —murmura, llegando con su mirada y sus palabras a lo más profundo de mi alma, donde lo que tengo anudado tira de mí haciendo cada vez más grande la grieta que me llevará directa al vacío.

—Yo también te quiero... Juan, siempre —le respondo, uniendo mis labios a los suyos, frenando las lágrimas que pugnan por salir y dándole gracias al cielo por haber sido capaz de decir Juan y no su nombre.

—¡CORTEN!

—¡Hemos cortado! —ratifica Carlos y, sin demora, me separo de Orlando.

Me cubro con la bata que me acerca Pepa, y voy por un vaso de agua mientras José Antonio y Blanca visualizan la escena y algo dentro de mí me dice que no voy a poder rodarla de nuevo, que no voy a poder volverle a decir «te quiero» sin exponerme por completo o, lo que es peor, echarme a llorar, y en silencio suplico que la den por válida.

—La damos por buena, diez minutos de descanso, chicos.

Evitando su mirada y, sin esperarlo ni decirle una palabra, me dirijo a la habitación que me sirve como camerino y, en cuanto cierro la puerta, él la abre furioso, entrando en ella.

—¡Vale! ¡Suéltalo de una puta vez! —brama, dando un portazo.

—¿Perdona? No sé de qué me estás hablando —le respondo con frialdad.

—¿De verdad? Entonces, ¿quieres explicarme a qué ha venido todo esto?

—¿Todo el qué?

—No hace falta que se vayan todos, José Antonio, pueden quedarse —me dice imitando mi voz.

—Pero ¡mira que eres imbécil! —le suelto con desprecio—. Tú querías follarme de verdad. ¿Qué diferencia hay?

—Conque es eso... A ver quién puede más.

—Por supuesto que no, simplemente hoy sabía a lo que me enfrentaba y estaba más tranquila. ¿Qué película te estás montando?

—¡Película la que te montas tú! Me juego el cuello a que todo este cabreo es porque no estaba cuando te has despertado.

—Pues mira, ahora que lo dices...

«NO, NO, NOOOOOO se lo digas, ¡cállate!», me grita la insolente voz de mi cabeza, pero yo estoy que me salgo y ni una catarata va a ser capaz de callarme.

—¡PUES SÍ! ¡Me ha jodido mucho levantarme y que no estuvieras! —le suelto sin importarme lo más mínimo lo que pueda pensar de mí.

—Lo sabía, gatita, sabía que ibas a sacarme las garritas cuando abrieras los ojos y no me vieras a tu lado —me dice, empezando a acercarse a mí lentamente—. Nena, ya sé que soy irresistible, pero vas a tener que aprender a controlarte.

—¡Serás imbécil! —mascullo con rabia.

—Eso ya me lo has llamado antes, estás falta de registros, pequeña delincuente, ¿quieres un diccionario de sinónimos y antónimos? —me pregunta con insolencia, con esa media sonrisa que en estos momentos aborrezco a muerte.

—¡Vete a la mierda, capullo! Para insultarte no necesito ningún diccionario —bufo desatada, deseando arrearle un puñetazo con todas mis fuerzas.

—¿Y para besarme? —dice, llegando finalmente con dos zancadas hasta donde estoy yo, cogiéndome en volandas y pegándome contra la pared, donde me aprisiona con su cuerpo y sus labios.

Y aunque estoy por darle una patada en los huevos, finalmente me dejo arrastrar por mis deseos para corresponder a su beso con toda la necesidad que me corroe por dentro.

—Joder, Paloma —musita sin dejar de besarme, consiguiendo que todo me dé vueltas—, quería darte una sorpresa, pero es difícil prepararla cuando nos pasamos el día juntos —musita, separándose ligeramente de mí.

—¿Có... có... cómo? —susurro sin poder creer lo que acabo de oír.

«Ta, ta, tachaaaaaan... —canturrea la marcha nupcial la insolente voz de mi cabeza— que te va a sacar un pedrusco», me grita, empezando a dar saltitos de alegría.

—Bueno, supongo que será para ti, aunque pone Paloma Aldaso en lugar de Paloma Serra —me dice divertido, sacando unos documentos del bolsillo trasero de su pantalón.

«Joder que éste se ha saltado la pedida de mano y ya te trae el contrato prematrimonial», musita de nuevo. «¡Ay, cállate, pesada!»

—Pero ¿qué dices? —le pregunto, divertida ante su mirada chispeante.

—Pero por supuesto, sólo te lo daré si prometes que luego me lo agradecerás como es debido durante horas y horas —me dice socarrón—. Me tienes muy cabreado con lo que ha sucedido hoy y vas a tener que esforzarte muchísimo.

—Sólo piensas en sexo —le recrimino entre risas, completa, absoluta y locamente enamorada hasta las trancas y las barrancas.

—¿Hay algo mejor que eso? —me pregunta guiñándome un ojo.

«Sí, lo que yo siento por ti», me gustaría contestarle, pero por supuesto omito el comentario.

—Para ti está claro que no —le respondo, enredando mis dedos en su pelo—. ¿Vas a mostrármelo o no?

—No he oído nada.

Y suspiro ruidosamente ante su insolente sonrisa.

—Prometo agradecértelo como es debido hasta dejarte inconsciente —le digo sonriéndole con chulería, esa chulería que parece haberseme pegado de él.

—Suená bien —me responde mordiéndome el labio.

—¿Y bien? ¿Cuál es mi sorpresa? —le pregunto, sin poder frenar el entusiasmo que siento.

—Bueno, en realidad es para los dos —me aclara—. En cuanto termine mi rodaje, tú y yo nos vamos a celebrar la Navidad a Disneyland París, pequeña delincuente, con la Bella Durmiente, la Cenicienta, la Sirenita y todos sus príncipes vestidos con mallas apretadas —explica ante mi mirada asombrada.

—Pero... pero ¿qué dicessss? ¡Si estamos en noviembre! ¿Y qué hay de mi rodaje? —le pregunto sin dar crédito. ¡Venga ya!

—En Disneyland ya es Navidad y por tu rodaje no te preocupes, lo tengo todo controlado, te he conseguido tres días libres, gatita, así que espero que me lo agradezcas como es debido.

—Estás loco —musito, perdiéndome en sus ojos.

—Loco por subirme a todas las montañas rusas contigo. ¿Qué dices? ¿Estás lista para ponerte las orejitas de Minnie? —me pregunta con voz ronca, sin permitir que me libere de su mirada.

«Dile que tú ya te subes a diario con él a todas las montañas rusas habidas y por haber, que mejor te saque un pedrusco y te pida matrimonio en la Torre Eiffel. Ya le vale, llevarte a Disneyland París, ni que tuvieras diez años» dice la insolente voz de mi cabeza, voz que por supuesto ignoro.

—¿Vas a ponerte tú las de Mickey? —le pregunto soltando una carcajada, incapaz de imaginarme este rostro tan pluscuamperfectamente perfecto con unas enormes orejas.

—Yo me pongo lo que haga falta con tal de tenerte desnuda en posición horizontal —me responde socarrón.

—Sabes que para eso no hace falta que me lleves a Disney, ¿verdad? —le digo feliz, acariciando su cuello y perdiéndome en su mirada, donde estoy segura de que siempre me encontraré.

—El caso es que estoy cansado de follarte en mi casa y me apetece hacerlo en sitios nuevos —me contesta como si nada. ¡Ay, Señor, este hombre es el colmo!

—Me mata lo romántico que eres —le digo ante su sonrisa socarrona.

—Si quieres romanticismo, vas a tener que coger un libro de esos que tanto te gustan —masculla con arrogancia.

—¿Qué sería de mí sin ellos? —le pregunto guiñándole un ojo.

—¿Qué sería de ti sin mí? —me pregunta con seriedad, sorprendiéndome, y contengo la respiración durante unos segundos sin saber qué responderle—. Reconócelo, gatita, nunca te han follado como te estoy follando yo —añade sonriendo con insolencia.

—Mejor no quieras saberlo —digo alzando el mentón—. Igual te llevas una decepción, chulito.

—Sí, claro —masculla enarcando una ceja y matándome—. Entonces, ¿te gusta mi sorpresa?

—Me encanta y estoy deseando vernos con las orejitas puestas —le aseguro dándole un beso, sabiendo que iría feliz al más profundo de los infiernos si lo hiciera de su mano.

Rodamos el resto del día sin volver a discutir, tan cómplices como siempre, y cuando José Antonio, a las 20.30, da por finalizada la jornada, Orlando me sorprende de nuevo al dirigirse al centro de la ciudad en lugar de a su casa.

—¿Adónde vamos? —le pregunto curiosa cuando finalmente estaciona en un parking.

—Ahora lo verás —me responde divertido, cogiendo mi mano y arrastrándome hasta la salida.

Caminamos sin soltarnos y, aunque estamos en otoño yo siento que estoy en pleno verano, tan feliz que si no fuera cogida de su mano iría flotando sobre nubes esponjosas con forma de corazón.

—Hemos llegado —me anuncia, entrando con decisión en... ¿Ehhhh?

—Espera... espera... ¿qué hacemos aquí? —le pregunto muerta de vergüenza, deteniéndome en seco y tirando de su mano.

—¿Qué haces? —me corrige, mirándome como si se me hubiera ido la pinza, mientras yo observo loca perdida los miniindecentes conjuntitos de lencería de leopardo y plumas que hay expuestos en el escaparate.

—Esto... esto... esto... esto es...

—¿Necesitas que te dé una palmadita en la espalda para arrancar? —me pregunta tan en su línea y lo fulmino con la mirada, tan en la mía.

—Mira que eres imbécil —mascullo.

—Sí, gatita, esto es un *sex-shop* —me confirma con voz ronca, mirándome de esa forma que es capaz de licuarme los huesos—. Me juego el cuello a que nunca has entrado en una de estas tiendas, ¿verdad? —me pregunta rozando uno de mis pechos con el dorso de la mano, haciendo que me ruborice todavía más.

—Estate quieto —murmuro dándole un manotazo, mirando de reojo a la gente que pasa por nuestro lado.

—Contéstame, ¿es la primera vez? —susurra, pegándose a mi cuerpo y acelerando mi respiración.

—Sí —le confieso finalmente, resignada a escuchar sus burlas o comentarios sarcásticos.

—Pues te aseguro que no será la última. Vamos —me dice con voz ronca, cogiendo mi mano y llevándome al interior de ese lugar.

—Pero ¿qué hacemos aquí? —le musito al oído.

—Rezar un rosario —me responde guasón—. ¿Tú qué crees que hacemos aquí, Paloma? —prosigue sonriendo.

Me suelto de su mano y cruzo los brazos, más que nada para no arrearle con ganas.

—Estamos aquí porque quiero más de ti —me suelta, dejándome clavada en el acto.

«¡Pues entonces dile que se ha equivocado de tienda, que donde tiene que llevarte es a una joyería para comprarte un buen pedrusco que te deje con el brazo colgando!», me dice la insolente voz de mi cabeza.

—¿Alguna vez has utilizado un vibrador? —prosigue él, consiguiendo que la cara me arda definitivamente.

—No —susurro, evitando mirarlo y centrando mi atención en la dependienta, que sigue a lo suyo.

—¿Nunca? —me pregunta con voz ronca.

—Nunca.

—¿Bolas chinas, huevos vibradores?

—¿Quieres callarte? No, nunca he utilizado esas cosas.

—Será interesante —murmura alejándose de mí.

Anonadada, observo cómo coge una cestita y empieza a llenarla con un número considerable de... cosas, que, aunque ahora no tenga la menor idea de para qué sirven, estoy segura de que ya se encargará él de mostrármelo e instruirme debidamente.

«¡Ay, Señor, si parece que nací ayer!», me digo mirando los consoladores y abriendo desmesurada e involuntariamente los ojos, preguntándome para qué servirán la mitad de las cosas que hay aquí, mientras mi chulito se desenvuelve por estos lares con total soltura.

Una vez satisfecho con sus compras, me lleva hasta la caja, donde, mientras la dependienta va pasando todos los artículos, lenta, muy lentamente, yo termino de morirme de vergüenza lenta, muy lentamente. Observo algo moradito que parece un abrelatas. ¿Venderán abrelatas temáticos?

—¿Has comprobado la talla, cari? —me pregunta la dependienta, devolviéndome a la realidad.

—¿Cómo? —farfullo con un hilo de voz, sonrojándome de la cabeza a los pies.

—Del disfraz, digo si has comprobado la talla —me dice cogiéndolo, mostrándomelo y matándome en el acto, pues en mi vida he visto algo tan, tan indecente. ¿NO PRETENDERÁ ORLANDO QUE ME PONGA ESO?

—No es para mí —contesto, sintiendo mi cara arder, con llamaradas incluidas—. Yo sólo vengo como acompañante —prosigo sin poder frenar mi verborrea incontrolada, ante su mirada divertida—. Todas estas... cosas son... son... son para él.

«¡Ay, por favorrrrr, que alguien me calle de una vez!»

—Espero que disfrutes con el vibrador de clítoris —le dice a Orlando sonriéndole con complicidad y estoy en un tris de darle un guantazo a la estúpida esta.

—Tampoco es para mí, pero estoy seguro de que lo disfrutaré igualmente —le responde, siguiéndole el juego ante mi mirada asesina.

—No lo dudo, ¿quieres que te muestre algo más para ti, cari? —le pregunta sonriéndole con coquetería y bufo sin poder frenarme.

—Estoy servido, gracias de todas formas.

—Como quieras, aquí tienes, cari —le dice tendiéndole la bolsa—. Serán doscientos cincuenta euros.

¿Cómoooooooo? ¡No me jodas que va a gastarse 250 pavos en todas estas chorradas!

«Nena eso para él es calderilla, no te sulfures tanto, ¿quieres?», musita esa vocecilla que se empeña en dar su opinión sin que nadie se la pida.

Salgo disparada de la tienda con él pisándome los talones, todavía muerta de vergüenza y sin poder quitarme el dichoso disfraz de la cabeza. «¿De verdad quiere que me ponga eso? —me pregunto sintiendo mi cara arder de nuevo—. ¡Diossss, este hombre es un perverso y va a perversarme a mí!»

—Toma, cari, aquí tienes tus regalos, aunque hayas dicho que no son para ti —me dice guasón una vez en la calle, tendiéndome las bolsas, que, todo hay que decirlo, al menos son discretas.

—¡JA! Muy gracioso, cari, no he pasado más vergüenza en toda mi vida.

—¿Sabes que eres una mojigata, pequeña delincuente?

—¿Y tú sabes que eres un perverso?

—Esta noche, cuando te tenga gritando como una loca, te recordaré lo perverso que soy. Y para que te enteres, cari, estas tiendas son templos sagrados del placer y no puedes blasfemar contra ellas —me dice con insolencia, dejándome pasmada en medio de la acera.

—¡Eres el colmo! —le digo bufando.

—Tú sí que eres el colmo —contesta con voz ronca, pegándome a su cuerpo—. Te aseguro que vas a disfrutar tanto con estos regalos que tú misma te convertirás en una asidua de estas tiendas.

—Déjame que lo dude —replico con retintín.

—Ya lo veremos —me dice soltándome, pasando por mi lado con las manos en los bolsillos.

—Ya que estamos hablando de esto, tengo una duda, bueno muchas, pero ésta es la que más me intriga —le digo acelerando el paso hasta colocarme a su lado—. ¿Qué es eso moradito que has comprado? Parecía un abrelatas temático —añado, consiguiendo que frene en seco.

—¿Cómo?

—Ya sabes, eso moradito que tenía forma de abrelatas —insisto.

Su potente y sonora carcajada me enfurece y, fulminándolo con la mirada, emprendo el camino de nuevo, maldiciéndome por no ser capaz de cerrar el pico. ¿Por qué no me callaré? ¡Si es que no aprendo! ¿Qué más me dará a mí la mierda que sea eso?

—No te enfades, Paloma, venga, gatita, detente —me pide sin dejar de descojonarse, intentando que me pare sin llegar a conseguirlo—. Paloma por favor, espera, nena.

—¡Pues deja de reírte, imbécil! —le medio escupo haciéndole frente.

—Vale, ya paro. Lo siento, pero es que eres muy graciosa, cari —prosigue sin dejar de descojonarse.

—Pero ¡qué idiota eres! ¡Y deja de llamarme «cari»! —siseo emprendiendo de nuevo la marcha.

—Pero ¿adónde vas? ¡Que no vamos al parking, cari!

—¿Y adónde mierda vamos? —le grito cabreada como una mona, sin importarme lo más mínimo lo que pueda pensar la gente que pasa por nuestro lado.

—Mira que eres malhablada —me dice sin poder borrar la impertinente sonrisa de su cara—. Tenemos una reserva para cenar en La Toscana —me aclara y, disparada, enfila la calle con él pisándome los talones.

Llego al dichoso restaurante sin esperarlo y bufando como un toro y, antes de que pueda abrir la puerta, o más bien arrancarla de las bisagras, llega hasta mí, me coge entre sus brazos y me estampa un beso de narices que acalla la sarta de insultos que tenía lista para él.

—Cuando lleguemos a casa te lo explicaré todo, ¿vale? No te enfades más, prometo no volver a reírme.

—Como lo hagas, serás tú quien se ponga el disfraz de los cojones —le aseguro achinando los ojos.

—Nena, no puedes decirme esas cosas y pretender que no me ría —me dice riendo de nuevo.

—Tú lo has querido. Sé de alguien que esta noche va a disfrazarse de enfermera porno. Porque era de enfermera, ¿verdad? Con la poca tela que tiene, cualquiera sabe —mascullo, recordándolo.

—Vas a ser una enfermera de culo respingón preciosa, pequeña delincuente.

—¡Y una mierda! —le replico riéndome finalmente, escabulléndome de entre sus brazos.

Accedo al restaurante seguida por él y casi al segundo siento que entrelaza sus dedos con los míos, consiguiendo que mi corazón lata única y exclusivamente por y para él.

Nos sentamos en un pequeño reservado, alejado de las miradas del resto de comensales, y mientras ojeamos la carta, pienso en este momento increíble que estoy viviendo, mi sueño, un sueño del que estoy a punto de despertar...

—¿Y esa cara? —me pregunta sorprendiéndome, pues ni yo misma me había percatado de que se me había ensombrecido el gesto.

—Estoy decidiendo qué cenar, ¿qué vas a tomar tú? —le pregunto, intentando recomponerme.

—Déjate de coñas, ¿quieres? ¿A qué ha venido esa cara? —insiste y directamente me cierro en banda.

—Te lo he dicho, estaba intentando decidir qué cenar, me gusta todo lo que hay en la carta —le digo, encogiéndome de hombros y guiñándole un ojo, deseando que lo deje estar, pues ni muerta voy a decirle lo mucho que lo quiero y lo que voy a echarlo de menos cuando nos separemos.

—Bueno, en realidad lo mejor lo tienes frente a ti —me dice sonriéndome con insolencia y arrancándome también una sonrisa—. Aunque mejor contrólate hasta que lleguemos a casa.

—No sé si podré, estrellita, la verdad es que estás tan bueno que nunca sé por dónde empezar cuando estoy contigo —prosigo, siguiéndole el juego.

—Cuando eso te suceda, dímelo, yo te diré por dónde tienes que empezar —musita con voz ronca, mirándome con tal intensidad que siento cómo mi vientre se contrae—. De hecho, estoy deseando decírtelo.

—Hazlo, dímelo, ¿por dónde quieres que empiece?

—Por el mismo sitio por el que empezaré yo. Voy a comerte entera y no pararé hasta que te tenga completamente empapada entre mis labios —me dice sin permitir que libere mi mirada de la suya, y cierro las piernas instintivamente, sintiendo cómo mi sexo se humedece sin necesidad de que me haya tocado siquiera.

—Madre mía, Orlando, para o no llegaremos ni a pedir la cena —susurro completamente acalorada, desviando la vista hacia la carta ante su potente mirada.

Al fin conseguimos centrarnos y reconducir la conversación hacia temas menos ardientes y, mientras cenamos, hablamos del rodaje, de su grupo, Malmo, y de mis planes futuros.

—¿Y para qué quieres a ir a Irlanda si tú no tienes que grabar allí?

—Ya lo sé, pero si Ignacio no tiene inconveniente en que los acompañe, me encantaría hacerlo. Yo no soy tan estrellita como tú y no me importa asistir a un rodaje aunque no tenga que grabar ninguna escena. ¿Sabes?, he leído tantas veces ese libro que me encantaría ver cómo ruedan esas escenas que he imaginado miles de veces en mi cabeza; ver los acantilados, el internado en el que estudiará Olivia, el banco rodeando el viejo tronco, todo lo que se describe en el libro... —musito soñadora, imaginándome en lo alto de los acantilados de Moher, con el sonido del mar que choca ferozmente contra las rocas, con el viento azotando mi rostro...

—Lo que tienes que hacer es estar en Madrid cuando demos el concierto, recuerda que quiero verte en primera fila, pequeña delincuente.

—Mirándote sólo a ti, ¿verdad? —recuerdo sonriendo.

—Veo que lo tienes claro —me dice guiñándome un ojo y arrancándome una carcajada.

—Pues entonces quiero que me dediques una canción.

—Dalo por hecho, a mi pequeña delincuente le dedico todo lo que quiera —contesta y, aunque sigo sonriendo, por dentro estoy llorando, pues cuando eso suceda ya no estaremos juntos.

Cuando acabamos de cenar nos dirigimos a su casa y, aunque intento disimular, la verdad es que estoy más que atacada. En mi vida me he disfrazado ni utilizado todos esos cachivaches y siento cómo el corazón me late sin control en la garganta.

—¿Vamos al *jacuzzi*? —me pregunta, llevándome de la mano al enorme *jacuzzi* que tiene en la piscina cubierta.

—Claro —musito con un hilo de voz. ¡Venga ya! ¡Será posible! ¡Mira que ponerme nerviosa por esa chorrada!

«¿Chorrada? A saber qué leches te mete ahí dentro», dice la insolente voz de mi cabeza.

Enciende las luces bajando la intensidad de las mismas y, tras conectar el *jacuzzi* empieza a desnudarse ante mi abrasadora y fascinada mirada, que no me molesto en ocultar.

—Veo que ya no estás nerviosa —comenta sonriéndome y dejándome sin habla. ¿Cómo lo ha sabido?

—No sé de qué me hablas, chulito —le respondo sosteniéndole la mirada, mientras él se acerca a mí completamente desnudo.

—Lo que tú digas —murmura, acariciándome la mejilla—. ¿Sabes?, me gusta lo que has dicho antes en el restaurante —me confiesa con voz ronca— y me gusta comprobar que es verdad.

—¿Que no sé por dónde empezar? —pregunto sintiendo mi sexo palpitante, y llevo una mano a su esculpido torso—. Eres tan perfecto que parece mentira que seas real —reconozco sin importarme lo que pueda pensar de mí.

—No soy perfecto —me dice liberándome del jersey y dándome un beso en el cuello—. ¿Y sabes una cosa? Yo tampoco sé por dónde empezar cuando te tengo delante —me confiesa, descendiendo por mi cuello hasta llegar a mis pechos, que atrapa por encima de la tela del sujetador—. Te besaría y te chuparía sin parar durante horas —continúa, acelerándome el pulso—, aunque también hay una parte de mí que lo único que desea es meterte la polla y follarte con fuerza —concluye, empezando a desnudarme, haciendo que mi respiración se vuelva densa e irregular.

De su mano llego al *jacuzzi*, el agua está caliente, pero más caliente estoy yo y me siento frente a él, sintiendo mi sexo palpar de deseo mientras las burbujitas mojan mis pechos y su mirada humedece mi centro. Cierro los ojos echando la cabeza hacia atrás, tan excitada que podría correrme ahí mismo sin necesidad de que me tocara y, dejándome llevar, abro las piernas, exponiéndome a él, tan necesitada que apenas me reconozco.

—Ven aquí, siéntate sobre mí y mete mi polla dentro de tu coño —me pide y abro los ojos, encontrándome con su oscura mirada.

Obedezco sin dudarle un instante, excitada por el sonido de su voz, por la intensidad de su mirada y por el lenguaje soez que ha empleado, consciente de que cada vez me gusta más el tipo de sexo que estoy descubriendo con él.

—Vamos, Paloma, necesito sentirte —añade, aguijoneado por el deseo.

Me siento a horcajadas sobre él, dejando mis pechos a la altura de su cara e introduciendo su sexo dentro del mío, que lo rodea con mimo y entonces doy un respingo.

—¿Quéeee? ¿Qué es esto? —susurro frotándome sobre eso que vibra sobre mi clítoris.

—Querías saber que era el abrelatas, ¿verdad? —me pregunta impulsando sus caderas hacia arriba, arrancándome un gemido ronco, profundo y desgarrador—. Ahora lo sabrás —me dice, moviéndose conmigo.

Siento cómo el calor, el deseo y la locura se entremezclan hasta que soy incapaz de separarlos, mientras mi sexo vibra de placer y yo me dejo llevar por mis instintos más básicos, enloqueciendo y haciéndolo enloquecer con mis movimientos y exigencias. Y cuando el orgasmo llega, grito asombrada sintiendo cómo mi cuerpo se convulsiona de placer entre sus brazos.

—Esto es sólo el principio, gatita —susurra, mordiéndome el cuello mientras yo apenas puedo respirar—. Ponte el disfraz —me ordena ayudándome a moverme y salgo del *jacuzzi* decidida a ser y hacer todo lo que me pida, si con ello voy a volver a tener un orgasmo como éste.

Me seco en el baño, observando mi reflejo en el espejo. Tengo la piel enrojecida por el agua caliente y los pezones duros como piedras y me visto con este minidisfraz, sin poder alejar mi mirada del espejo, excitándome ante la imagen que me devuelve el reflejo. Dejándome llevar, paseo un dedo por mi húmeda abertura, viéndome por primera vez como creo que me verá él, y, frenando mis ganas de tocarme, salgo del baño hacia la tumbona donde está esperándome.

—Date la vuelta —me pide con voz ronca y obedezco mirándolo con lascivia, mientras él se levanta y llega hasta mí—. Fréname o no respondo.

—No quiero frenarte, quiero que hagas conmigo todo lo que quieras —susurro, cogiendo su mano y llevándola hasta mi sexo empapado, moviéndome sobre ella.

—Joder, no sabes lo que dices —contesta, introduciendo dos de sus dedos de un empellón y gimo echando la cabeza hacia atrás, arqueándome.

—Hazlo, Orlando, hazlo —gimo de nuevo, deseándolo tanto que siento que voy a empezar a desvariar.

Estoy empapada y lo beso con lujuria, sintiéndome distinta. Puede que sea el disfraz o simplemente porque con él me siento otra mujer, pero lo único que deseo es que ardamos juntos de todas las formas posibles. Yo lo hago, ardo en un fuego rojo, deslumbrante e incombustible, mientras él hace de mi cuerpo su templo de placer, mostrándome un tipo de sexo muy distinto al que hasta ahora había conocido, un sexo morboso, lascivo y muy ardiente.

CAPÍTULO 30

Hoy es su último día de rodaje y, mientras lo observo rodar la escena, siento cómo la brecha que tengo abierta en el alma se abre un poco más. Mañana volaremos a París y cuando regresemos todo habrá terminado para nosotros. Y también para mí. Siento cómo el suelo se abre bajo mis pies, dejándome cerca del borde del precipicio que termina de formarse... ¿Qué será de mí cuando Orlando no esté? ¿Cuando me falten sus sonrisas insolentes, sus besos y todo él? ¿Qué será de mí cuando el hombre que es mi vida entera siga con la suya y me olvide?, me pregunto sintiendo que se me cierra la garganta y se me humedecen los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta Ignacio cuando Carlos ratifica que han cortado.

—Claro, ¿por qué lo preguntas? —contesto con dificultad, mientras Orlando atiende las instrucciones de José Antonio y Blanca.

—Parecías triste —me dice con ternura—. Si puedo ayudarte en algo, ¿me lo dirás?

—¿Aunque no puedas hacer nada? —susurro con un hilo de voz, sin apenas poder respirar, apoyando la cabeza en el hombro de este hombre al que cada día voy conociendo y queriendo más.

—El número dieciséis siempre estará ahí, aunque no puedas verlo, como lo estarán mi hombro y mi tiempo —me asegura, mientras yo siento las lágrimas amenazantes—. Siempre se puede hacer algo, Paloma, aunque sea escuchar.

—Tu hombro es muy cómodo, lo tendré en cuenta —le digo separándome de él, pues no quiero que por nada del mundo Orlando me vea triste—. Ahora vuelvo.

Con la cabeza gacha, recorro el pasillo de esta casa que es tan especial para mí, pues en cada habitación o rincón atesoro un recuerdo imborrable: una escena, una sonrisa, un roce ocasional, un beso furtivo... recuerdos suyos que he ido grabando en mi corazón al mismo tiempo que José Antonio grababa la película con su cámara, con la única diferencia de que esta película siempre podré verla con nitidez y mis recuerdos quedarán en eso, en simples recuerdos que irán haciéndose cada vez más borrosos con el paso del tiempo, puede que incluso los modifique o adorne ligeramente a mi antojo sin darme cuenta, me digo, llegando al patio trasero, donde cierro la puerta, quedándome a solas.

Me acerco a la pared donde rodamos una de las escenas más tristes de la película. Recuerdo que en esa pared me apoyé llorando, hasta terminar en cuclillas, rota por el dolor, y cierro los ojos apoyándome de nuevo en ella, sintiendo la calidez que desprende bajo los rayos del sol. Tengo mucho frío y me abrazo a mí misma empezando a sollozar, liberando esta presión que no me permite respirar, que me

ahoga y me duele hasta partirme en dos. Deseo retroceder en el tiempo, volver a empezar, que mi sueño no esté a punto de terminar y, como en la escena que grabamos, termino de cuclillas, abrazada a mis piernas, sola y rota en este patio que vio llorar a Marcela mientras José Antonio me grababa.

Cuando consigo tranquilizarme me dirijo a la biblioteca, donde todavía están rodando y, cuando alzo la mirada y me encuentro con la suya, siento cómo ese algo que tengo enredado en el alma se enreda todavía más frenando los latidos de mi corazón durante unos segundos. Le sonrío, deseando que la tristeza que siento no se refleje en mi rostro.

—¿Dónde estabas? —me pregunta una vez termina de rodar la escena.

—He ido a despedirme de la casa, hoy es nuestro último día de rodaje aquí y quería estar un rato a solas con ella.

—¿Y qué te ha dicho? —dice guasón, aunque en su mirada no se vislumbra ese punto divertido que suele mostrar.

—Que nos echará de menos —le respondo de nuevo, intentando sonreír—. ¿Tú no? ¿Tú no echarás de menos todo esto?

—Supongo que cuando esto forma parte de tu día a día te vuelves un poco más frío. Para mí no deja de ser un set de rodaje como otro cualquiera.

—Ya... —musito, sintiendo como si miles de cuchillos afilados se clavaran en mi pecho.

«Como lo seré yo... una gatita más en tu larga lista de conquistas», pienso con tristeza.

—Oye, estos días también han sido especiales para mí, pero no por la casa —me dice sorprendiéndome, de nuevo interpretándome, como él dice, de puta madre—. Además, todavía nos queda Disneyland —prosigue, arrancándome la primera sonrisa sincera desde que he puesto un pie hoy en esta casa.

—Oye, luego tengo que ir a la mía por ropa de abrigo, he visto el tiempo en Internet y la mínima son cinco grados —le digo fingiendo espanto, ante su mirada divertida.

—¡Última escena! ¡Vamos con ella! —nos llama José Antonio y siento que con esa frase mis pies se acercan un poco más al precipicio...

«Todavía nos queda Disneyland.»

De su mano, e intentando corresponder a su sonrisa, llego hasta la habitación donde rodaremos el parto de la señorita Beatriz y, obligándome a hacer a un lado la tristeza que siento y a disfrutar de esta escena que estaba deseando rodar, atiendo a las explicaciones de José Antonio, con el que hacemos un repaso rápido de texto, y, tras las pruebas de iluminación, nos colocamos todos en la postura indicada, completamente estáticos.

—¡SILENCIO! —ordena Carlos e inspiro profundamente—. ¡HE DICHO SILENCIO! —prosigue con autoridad, pues se oye el murmullo de las conversaciones—. Como tenga que repetirlo de nuevo os echo a todos de la

habitación —dice alzando la voz, consiguiendo que todo el mundo enmudezca.

—Sonido graba.

—Grabando.

—Cámara graba —prosigue.

—Grabando —responde Héctor.

—Claqueta.

—Escena treinta y cinco, secuencia tres, toma uno.

—¡ACCIÓN!

Y entonces me convierto en ella...

—No puedo —nos dice quejosa María, la actriz que interpreta a Beatriz—, me duele demasiado.

—Señora, míreme —le ordeno con la firmeza que requiere el momento—. Debe hacer un esfuerzo... por el bebé; le aseguro que sí puede. Desde el inicio de los tiempos, todas las mujeres han podido, así que usted también. ¡Empuje!

—Hasta que no veas sudar las paredes, no parirás, te lo digo yo que parí cuatro veces —le dice Concha con aplomo y siento cómo la felicidad del momento arrasa con todo.

Estoy rodando con mi admirada Concha Velasco, esta actriz que cantaba *Mamá, quiero ser artista*, y durante unos segundos recuerdo cómo se la cantaba yo a la mía... Ahora estoy rodando una superproducción y estoy con él... ya veremos qué sucede más adelante...

Interpretamos el resto de la escena con tal realismo y sentimiento que no necesitamos rodarla una segunda vez y cuando Pepa pone en mis manos a la niña recién nacida, siento cómo mi corazón se expande por todo mi ser y de fondo me llegan las voces de mis compañeros.

—¡Todos a sus puestos! ¿Listos? —nos pregunta Carlos mientras yo le sonrío con dulzura a esta niña que me mira fijamente—. ¡SILENCIO! Sonido graba.

—Grabando.

—Cámara graba —prosigue y yo siento la mirada de Orlando sobre mí.

—Grabando —responde Héctor.

Sin poder frenarme, le doy a la niña un beso en la frente, sintiendo su calidez y su fragilidad.

—Claqueta.

—Escena treinta y seis, secuencia cuatro, toma uno.

—¡ACCIÓN!

—¡Niña!, acércame a mi nieta, mi hija querrá verla. ¡Juan no acapares! —le dice Concha desde su puesto, al lado de la cama.

Entonces, tal como dicta el guion, Orlando entrelaza sus dedos con los míos, atrapando mi mirada con la suya y, de nuevo, siento cómo mi corazón se expande por todo mi cuerpo y su latido se suaviza ralentizándose, latiendo única y exclusivamente por él y para él.

—Deje que le dé un beso a la niña y se la llevo en un minuto, madre. Luego podrá acapararla usted todo lo que quiera —le contesta con zalamería, acercándose peligrosamente a mí, pues sólo este bebé separa su cuerpo del mío y me sonrojo ante su potente mirada, sin tener que fingir en absoluto.

—Te estaré esperando en la bodega, acude allí cuando termines —susurra y deposita un dulce beso en la frente de la pequeña, en el mismo lugar donde yo he depositado el mío—. No te retrases.

—¡CORTEN! —dice José Antonio y me mantengo en mi puesto, con mi mirada atrapada en la Orlando, a la espera de que Carlos confirme que han cortado, perdida por completo en sus ojos.

—¡Hemos cortado! —oigo de fondo y cuando él me sonríe, lo hago yo también.

—Serás una mamá preciosa, pequeña delincuente —me susurra al oído.

—Y tú un papá cañón, aunque, conociéndote, no sé si llegará ese momento para ti.

—Cañón lo voy a ser siempre, gatita, pero papá te aseguro que nunca —me dice sonriéndome con chulería, apagando las luces de mis esperanzas, mientras José Antonio termina de visualizar la escena tras el combo.

—Se ha colado la pértiga, vamos a tener que rodarla de nuevo, ¡todos a vuestros puestos! —nos dice con autoridad.

La rodamos de nuevo con el mismo sentimiento, tan metidos en nuestro papel que todo fluye con facilidad y cuando Carlos nos confirma que han cortado doy un paso más, acercándome al borde del precipicio.

—¡Enhorabuena, chicos! Ha quedado una escena impresionante —nos dice José Antonio dándola por válida—. Orlando, ha sido un placer rodar contigo y espero que podamos repetirlo más pronto que tarde.

Y entonces ocurre algo para lo que no estoy preparada: los aplausos que suenan en la habitación a modo de despedida, la suya, y siento cómo el labio inferior me empieza a temblar descontrolado, los ojos se me humedecen sin que yo pueda hacer nada por evitarlo y la garganta se me cierra hasta dolerme, pues después de nuestro viaje todo habrá terminado y ya no habrá más mañanas a su lado ni más días de rodaje... desaparecerán las noches juntos, las sonrisas cómplices, las duchas entre besos y ya no habrá más de nada, porque la nada llegará para instalarse, mientras yo caigo por ese precipicio al borde del cual me siento suspendida y noto cómo una lagrima solitaria se desliza por mi mejilla cuando nuestras miradas se encuentran, mientras él atiende a nuestros compañeros, que uno a uno se le acercan para despedirse.

—Todo irá bien —me asegura Ignacio con confianza, acercándose a mí.

—¿Y por qué estás tan seguro? —musito, secando esa lágrima solitaria que ha descendido por mi mejilla hasta llegar a mi cuello.

—Porque sabe más el diablo por viejo que por diablo —me contesta, recordándome con sus palabras a Mic—. Si vuestro futuro es estar juntos, lo estaréis y si no lo es, encontraréis la felicidad por separado.

—No quiero hacerlo —digo, sintiendo que algo se rompe dentro de mí de tan sólo imaginarlo.

—No podemos obligar a las personas que queremos a hacer las cosas que deseamos, porque si lo hacemos rompemos la cuerda que nos mantiene unidos —prosigue enigmático—. Os he estado observando, soy bueno haciéndolo —añade más para él que para mí—, posiblemente porque en el pasado no lo hice y cometí muchos errores irreparables —me confiesa, mirándome con una tristeza que me asombra—. No tenses la cuerda, Paloma, déjalo volar y que él mismo se dé cuenta de lo que siente. Si tiene que regresar, lo hará, y si no lo hace será porque es lo mejor para los dos.

—No imagino mi vida sin él —reconozco por primera vez en voz alta, pues ni a mi amiga Luna he sido capaz de decírselo.

—Tu vida es mucho más que él. Vívela, Paloma, vete a ese viaje y disfrútalo como si fuera lo último que hicieras en esta vida, y vive así todos tus días. Haz caso de este viejo que te mostró que el número dieciséis sí estaba en aquella calle, aunque tú no lo vieras.

—Estás muy enigmático hoy, Ignacio —le digo, intentando leer en su mirada—. ¿Estás bien? —añado preocupada, centrando toda mi atención en su rostro sombrío.

—Te veo en unos días —me dice sin contestarme, dándome un ligero apretón en la mano para, posteriormente, dirigirse hacia donde está Orlando, supongo que para despedirse también.

Puesto que yo no tengo que hacerlo, todavía, y necesito tomar un poco de distancia de todo esto para dejar de sentirme en el borde del precipicio, me dirijo a mi camerino, donde me quito la ropa que me caracteriza como Marcela para sustituirla por mis vaqueros y mi jersey de lana, sumida en el silencio de mis pensamientos, unos pensamientos demasiado dolorosos para mí. Tras deshacerme el moño tirante que llevo, cojo mi chaqueta y el bolso para salir de este palacete al que nunca más volveré, pues mis días de rodaje aquí también han terminado.

Llegué a Madrid un noviembre, llena de sueños... y en noviembre perderé mi sueño más preciado, porque eso es lo que él es para mí... pienso con tristeza, mientras el gélido viento de Invernalía me da de lleno en el rostro y sonrío llorando, recordando mi primer día aquí. Pero no quiero hacerlo, no quiero llorar, no todavía, por lo que, secando mis lágrimas y hundiendo la barbilla en el cuello de la chaqueta para protegerme del frío, me centro en la labor de enviarle un mensaje a Orlando diciéndole que nos reuniremos más tarde en su casa, mientras me dirijo a coger el metro.

Me dejo llevar por mis deseos y me apeo en la parada de La Latina, sintiendo cómo una opresión en el pecho me asfixia hasta cortarme la respiración y, casi a la desesperada, salgo de ese calor sofocante para regresar a esa calle y a ese lugar que tan bien conozco y que durante estos años ha sido mi puerto seguro. Cuando abro la puerta de La Cueva siento que la presión de mi pecho disminuye ligeramente mientras encamino mis pasos hacia la barra, donde espero encontrarme con Hugo y con Mic, pero mi compañero ya no está... como no lo estoy yo, y en nuestro lugar hay otra pareja dándolo todo, como lo dimos nosotros, y, para miseria mía, siento cómo las lágrimas empiezan a fluir de nuevo. ¡Mierdaaaaaa!

—¡Hombre, pero si es mi chica! —oigo a mi espalda la voz de Mic y me vuelvo hacia ella—. Pero bueno, ¿y esas lágrimas? ¿Qué ha pasado? —me pregunta preocupada abrazándome, mientras yo me dejo rodear por sus brazos, aspirando su perfume, dulzón y envolvente, que tan bien recuerdo.

—Hugo ya no está —le digo finalmente.

—No, no está —me contesta, acariciándome la espalda y yo me dejo recomfortar por su voz, sin importarme en absoluto lo que pueda pensar la gente que abarrota el *pub*—. Como no lo estáis tú ni Orlando ni el resto de mis chicos.

—Al final le dieron el papel, ¿verdad? Qué idiota, no me lo dijo. Voy a llamarlo y ponerlo fino —le aseguro, recordando cuando me contó que se había presentado a un *casting* para rodar con Amenábar.

—Sí, estaba eufórico, como lo estabas tú cuando conseguiste el tuyo. ¿Qué pasa, Paloma? Mira que te conozco y siempre que pones esa cara mi chico ha tenido algo que ver. ¿Habéis discutido? —me pregunta, llevándome hasta la pequeña habitación, donde nos sentamos en el sofá.

—Vaya, soy un libro abierto para ti, Mic —musito, intentando sonreír—. No, no hemos discutido, pero su rodaje ha terminado.

—Y se marcha —me interrumpe, entendiéndolo en el acto.

—No todavía. Me ha regalado un viaje a Disneyland París para celebrar la Navidad juntos —le cuento ante su sonrisa resplandeciente—. Mic, deja de sonreír así, ¿quieres? Cuando regresemos se largará y lo que sea que tengamos habrá terminado.

—¡Esta juventud que no se entera de nada! ¡Hija mía, lo que daría por tener tu edad y saber lo que sé ahora! Vamos a ver, lo has tenido merodeando por aquí casi desde el primer momento en que supo que trabajabas en La Cueva, pusisteis al público y a la prensa de este país en pie cuando cantaste aquella canción, estás viviendo con él casi desde el primer día, algo que nunca, nunca, Orlando había hecho con nadie, de hecho, era algo que, en sus palabras, le daba ardor de estómago —me cuenta entre risas, provocando mi sonrisa—. Y ahora te ha regalado un viaje a Disneyland París, ¿necesitas alguna prueba más para saber que está colado por ti?

—Que esto sea algo que quede entre nosotras, pero te aseguro que no está colado por mí, lo único que le gusta es mi cuerpo y, perdona la expresión, follarme sin parar. No veas cuentos de hadas cuando lo que tienes frente a ti es una película porno —termino.

—Si me das a elegir, y a estas edades, prefiero una película porno a una de hadas. Vete de viaje, disfrútalo muchísimo y olvídate del mañana. Lo que tenga que ser será, créeme, que aquí una ya peina canas —me dice, consiguiendo que sonría ante ese comentario que tantas veces he oído de su boca.

—Aunque no las vea, ¿verdad?

—Nunca las verás —responde convencida—. Y porque el demonio sabe más por viejo que por demonio —prosigue, riendo—. La vida es muy corta, Paloma, no llores por cosas que todavía no han sucedido y que no sabes si sucederán y exprime cada día como si fuera el último.

—¿Sabes qué?

—¿Que tengo razón? —me pregunta enarcando una ceja.

—No, eso no lo sé todavía, pero tengo que presentarte a una persona —le digo, guiñándole un ojo y levantándome.

—¿A quién?

—A un hombre que me ha dado el mismo consejo que tú.

—¿Y es atractivo ese hombre? —se interesa, levantándose ella también.

—Mucho, aunque sus canas sí las verás.

—Me encantan los hombres con canas —me confiesa entre risas, mientras nos dirigimos a la puerta.

—Gracias por escucharme, Mic, supongo que ver como se despedían todos de él me ha desbordado.

—Los sentimientos nos desbordan muchas veces y eso es bueno, Paloma, significa que están ahí. No los rehúyas, te he visto hacerlo demasiadas veces. No le hagas daño a mi chico —añade con seriedad, sorprendiéndome y haciéndome recordar la primera vez que me lo dijo—. Bajo esa fachada insolente, sinvergüenza y canalla hay un hombre con un gran corazón, no se lo rompas.

—En todo caso, será él quien me lo rompa a mí. Te recuerdo que soy yo la que regresa siempre aquí con cara de perro apaleado.

—Si sois sinceros entre vosotros y con vuestros sentimientos, no lo haréis —me dice con ternura, abrazándome.

—Hasta luego, Mic —musito, soltándome de su abrazo, con la duda martilleando dentro de mí.

¿Cómo voy a ser sincera con él? ¿Cómo voy a decirle lo mucho que lo quiero cuando sé que no siente lo mismo por mí? ¿Cómo voy a decirle que lo único que deseo es un futuro a su lado cuando sé que él no cree en las relaciones?

Llego a mi piso hecha un lío, con las palabras de Ignacio y de Mic resonando en mi cabeza, mientras cojo toda la ropa de abrigo que tengo y, sin haberme aclarado todavía, vuelvo a su casa.

—¿Dónde estabas? —me pregunta con dureza, alzando su potente mirada y clavándola sobre mí, mientras permanece sentado en el sofá con los antebrazos apoyados en las piernas y las manos entrelazadas.

—Te había dicho que tenía que ir a mi casa a por ropa —le digo, intentando que mi voz suene lo más despreocupada posible, a pesar de que está imponiéndome, y mucho, que me hable y me mire así.

—He ido a tu casa y no estabas —prosigue con seriedad.

—No sabía que tuviese que pasarte el plan de ruta —le respondo, poniéndome a la defensiva.

Su mirada, su postura y la tensión que emana de su cuerpo hacen que recuerde las palabras de Mic y decido seguir su consejo.

—He ido primero a La Cueva, Hugo ha conseguido un papel para rodar con Amenábar y quería felicitarlo.

«Tu concepto de la sinceridad me deja sin palabras», masculla la insolente voz de mi cabeza.

—¿Y por qué no me has esperado y te has ido sin decírmelo? —me pregunta con frialdad, levantándose del sofá y llegando hasta mí—. ¿Y de que estabas hablando con Ignacio? —prosigue, alzando la voz.

—Oye, tranquilízate, ¿quieres? —le pido, intentando hacerlo yo también—. Sí que te lo he dicho, te he mandado un mensaje.

—¿Funcionamos ahora con mensajes? De puta madre. Espera —masculla, cogiendo su móvil y empezando a teclear.

Lo miro sin poder articular palabra, mientras sus dedos vuelan por el teclado, y observo anonadada cómo, tras darle al botón de Enviar, sale rabioso del salón, y al segundo suena el «bip» de mi móvil.

Vete a la mierda.

—¡OYE, a la mierda te vas tú! —le grito furiosa, saliendo tras él. ¡Y a la mierda la paciencia!

—¿Me hablas a mí? —me pregunta volviéndose, tan cabreado como lo estoy yo—. ¿No prefieres mandarme un mensaje?

—¡Lo estás sacando todo de quicio! —le grito fuera de mí—. Tú estabas despidiéndote de todos, ¿qué querías que hiciera? ¿Quedarme allí sonriendo viendo cómo todo terminaba para mí? ¿Es que acaso eres de piedra y no te afecta nada? ¡IMBÉCIL! ¡QUE ERES UN IMBÉCIL! —bramo, dándome la vuelta y saliendo disparada.

—¡Espera, Paloma, perdona! —me pide yendo tras de mí, cogiéndome del brazo y frenándose.

—¡Que me dejes! —farfullo, intentando liberarme de su agarre y empezando a llorar.

—¡Estate quieta! —me ordena, mientras yo intento con todas mis fuerzas zafarme de él.

—¡No me da la gana! ¡Déjame, imbécil!

—¡Paloma, por favor, para! —me pide envolviendo mi cuerpo con sus brazos e inmovilizándome con su fuerza y, finalmente, dejo de resistirme para dejar salir todas las lágrimas que me desbordan por dentro, ante su sepulcral silencio.

—Lo siento, no quería llorar —musito cuando consigo tranquilizarme, percatándome de que estamos sentados en el suelo, sin recordar cuándo lo hemos hecho. ¡Joder, me he vuelto loca y lo he acojonado seguro!

—¿Por qué te has puesto así? —me pregunta él, paralizándome.

—Porque me muero por ir a Disneyland —farfullo, soltando lo primero que se me ocurre.

—Paloma, por favor, dime la verdad —me pide sin soltarme, mientras mi cabeza descansa sobre su pecho.

La verdad dice...

—No lo sé, pero me ha dado mucha pena ver cómo te despedías. Ya sé que entre nosotros no hay nada y que cada uno seguirá con su vida cuando regresemos de París, pero...

—Nada tiene por qué terminar si nosotros no queremos —me dice con cautela y alzo la mirada, sorprendida, hasta posarla en la suya, sintiendo que la esperanza empieza a brillar dentro de mí.

—¿Qué dices? —musito con un hilo de voz.

—Sabes lo que pienso sobre las relaciones, y que mi vida no está aquí, pero podríamos vernos de vez en cuando. Sabes que yo vengo a España a menudo y tú podrías venir a visitarme.

De vez en cuando...

—¿Y qué sería entonces? ¿Una más de tus muchas gatitas? ¿La morena del momento? —pregunto sosteniéndole la mirada, sintiendo cómo el viento gélido de Invernalía apaga esa tenue y cálida luz que había empezado a brillar.

—Tú nunca has sido una más, creía que lo tenías claro —masculla con dureza.

—Pero lo sería si hiciera eso. Lo siento, pero lo que me propones no va conmigo —musito, liberándome de sus brazos y levantándome del suelo—. Oye, lo mejor será que disfrutemos del tiempo que nos queda y que luego cada uno siga con su vida. —Mientras lo digo, siento que mis pies adelantan un paso más—. Voy a hacer la maleta —murmuro, mientras él rehúye mi mirada, apoya su cabeza contra la pared y estira las piernas que hasta ahora envolvían mi cuerpo.

Y con todo el dolor de mi corazón doy ese paso que prometí dar cuando acepté vivir con él. Hago dos maletas, la que me llevaré a Disneyland y la que me llevaré a mi casa cuando regrese, cuando definitivamente todo haya terminado y tenga que

alejarme de él para siempre.

—Paloma...

Me vuelvo ante el sonido de su voz. Está apoyado en el marco de la puerta, mirándome con una seriedad que me asombra, y me obligo a interpretar el mejor papel de mi vida.

—Estoy bien, ¿vale? —musito sonriendo y acercándome a él—. Siento el numerito que te he montado antes —prosigo con una mueca—. Supongo que la loca actriz dramática que habita dentro de mí se empeña en salir a relucir de vez en cuando. —Le rodeo el cuello con los brazos—. Sé lo que hay, Orlando, nunca me has ocultado lo que piensas sobre el amor y sobre las relaciones, pero entiende que yo no soy como tú. Yo sí creo en todo eso y si aceptara lo que me ofreces terminarías haciéndome daño. Vivamos estos días que nos quedan exprimiéndolos al máximo y luego recordémonos con cariño —musito, ganándome la nominación a la «mejor actriz revelación». Recuerdo la canción que canté esa noche en La Cueva, *Please Remember*, y me trago las lágrimas a duras penas.

—Yo nunca te haría daño, Paloma, ni tampoco quiero volver a verte llorar así y menos por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa —susurro, perdiéndome en su mirada, con mis brazos todavía alrededor de su cuello—. No suelo llorar, pero cuando lo hago le echo un par de ovarios. No te preocupes, ¿vale? Te prometí que no te montaría ningún drama y no voy a hacerlo.

—Mi oferta sigue en pie —insiste, mirándome con intensidad.

—No me gusta tu oferta, chulito, pero estoy segura de que encontrarás a cientos de candidatas más que dispuestas a aceptarla. —Intento sonreír a pesar de que, con mis palabras, mis pies terminan de adelantar otro paso.

—No me contestes ahora, piénsalo durante el viaje.

—No voy a cambiar de opinión —me reafirmo con convencimiento.

—Sabes que puedo llegar a ser muy persistente cuando quiero, ¿verdad? —me pregunta con voz ronca, empezando a quitarme el jersey.

—Y tú sabes que yo también puedo llegar a ser muy cabezota cuando quiero, ¿verdad? —contesto, quitándole el suyo.

—¿Y qué es lo que quieres? —dice, acariciando mis pechos con el dorso de la mano, por encima de la tela del sujetador.

—Lo que quiero es no tensar la cuerda —musito, recordando las palabras de Ignacio—. Tú y yo somos distintos —le desabrocho los vaqueros y se los bajo lentamente—, queremos cosas distintas —prosigo, quitándole los zapatos y los calcetines para deshacerme posteriormente de los pantalones, intentando mantener la calma.

—No me has contestado —insiste apretando la mandíbula mientras yo le quito los slips.

—Esto es lo que quiero —murmuro, llevando su pene a mi boca, deseando dejar de hablar para sólo sentir.

—Paloma —masculla con voz entrecortada.

Pero yo ya no tengo nada más que decir y, empleándome a fondo, consigo acallararlo y que deje de tensar esa cuerda que amenaza con partirse y partir mi corazón en mil pedazos.

Lo beso, lo lamo y lo disfruto, atesorando cada sensación en mi memoria, mientras él mueve las caderas, insertándose hasta el fondo de mi boca, que lo acoge con posesión. Y cuando derrama su esencia, la trago con avaricia.

—No quiero renunciar a esto —me dice cogiéndome en volandas y llevándome hasta la cama, donde me deposita con cuidado.

Me mantengo en silencio mientras él termina de desnudarme y sus palabras resuenan en mi cabeza, pues, exceptuando aquella noche en que me dijo que le gustaba, en ningún otro momento durante estos meses ha sido capaz de decirme lo que siente, incluso ahora, cuando estamos a punto de separarnos, sólo es capaz de hablar de sexo.

«¿Y TÚ, TÚ LE HAS DICHO LO QUE SIENTES POR ÉL?», brama la insolente voz de mi cabeza y cierro los ojos, cerrando también mi corazón.

Correspondo a sus besos y sus caricias mientras libro una batalla interior conmigo misma. Le digo con mis labios y mi mirada lo que no puedo decirle con mi voz, adoro su cuerpo, que es mi casa, con el mío y me maldigo por ser incapaz de sincerarme con él. Cuando accede a mi interior, rodeo sus caderas con mis piernas, deseando que su cuerpo sea la red que me mantenga a salvo de mí misma y de mis demonios.

CAPÍTULO 31

La alarma de su móvil me saca de mis lúgubres sueños y abro los ojos con reticencia. No me apetece moverme de aquí y menos para ir a Disneyland.

—¡Vamos, gatita, París nos espera! —me dice dándome un mordisco en el hombro que termina con un dulce beso.

—Paso de Minnie y de Mickey —mascullo, cerrándolos de nuevo.

—Te aseguro que cuando veas a todos los príncipes con mallas cambiarás de opinión —insiste, volviéndome y obligándome a que lo mire—. Paloma, disfrutemos de este viaje sin pensar en lo que ocurrirá cuando regresemos y, sobre todo, piensa en mi oferta.

—Ya lo he pensado y la respuesta es no —le digo convencida, zafándome de él y saliendo de la cama—. Disfrutemos de este viaje y luego que cada uno siga con su vida —farfullo dirigiéndome al baño, sabiendo que más que disfrutarlo yo voy a sufrirlo.

—Joder, qué cabezota eres —mascullo siguiéndome, mientras yo me meto en la ducha deseando que el agua me despeje, a pesar de que son las 4.00 de la madrugada. ¡Joder, ya le vale!

Nuestro avión con destino Paris Charles de Gaulle sale puntual a las 6.10 de la mañana y, aunque durante el vuelo se esfuerza por sacarme más de una sonrisa, yo no estoy por la labor; odio madrugar, odio volar, odio la Navidad desde que ese hombre se fue y odio sentirme como me siento y finalmente Orlando se rinde dejándome en paz. Mejor, hoy estoy en plan insociable a más no poder.

Llegamos a París a las 8.20 y, tras recoger nuestro equipaje, nos encaminamos hacia la terminal de llegadas, donde un chófer nos está esperando con un cartel con nuestros nombres. Miro a mi alrededor mientras Orlando habla en francés con ese hombre y yo no me entero de nada, vamos, que no me entero con el inglés, me enteraré con el francés...

«Joder, esto está lleno de familias —me digo, observando a una niña morenita que está sentada sobre las maletas del que supongo que será su padre, mientras se come unas galletas y siento cómo la garganta se me cierra...—. ¿Qué mierdas hago yo aquí?»

—Vamos, gatita, deja de poner esa cara y empieza a sonreír. Vas a ir al país de los sueños, ¿o lo has olvidado?

—Como para hacerlo —le medio escupo, mientras él, soltando una risotada, me lleva de la mano hasta donde se encuentra el chófer cargando nuestro equipaje—. Mierda qué frío hace aquí, ya podrías haberme llevado a las Seychelles o al Caribe.

—Ya te calentaré yo luego, no te preocupes por eso —me dice y yo suelto un bufido.

Desde luego, hoy estoy que me salgo. Como continúe así van a darme el premio a la tía más simpática de toda Francia.

Durante el trayecto hacia el parque me mantengo en mi línea, mientras él no deja de contarme anécdotas de cuando trabajaba allí, y cuando el chófer nos deja en la entrada del hotel, bufo más todavía, pues esto está hasta los topes de críos con sus padres. Qué bien...

—Vamos, gatita, tu castillo te espera —me dice Orlando guiñándome un ojo y saliendo del vehículo para dirigirse al interior del hotel.

—Y una mierda —mascullo siguiéndolo hasta la recepción y entonces, para mi asombro, siento cómo la niña que hay dentro de mí resurge con fuerza—. Vaya —musito maravillada, observando el impresionante árbol de Navidad que preside el enorme vestíbulo.

Me acerco empezando a sonreír. Hay dos trenes circulando a su alrededor y siento que se me eriza el vello al escuchar la canción de la película *Pocahontas*, *Colores en el viento*, llenando cada uno de los rincones de este hotel.

—Por fin Cruella se ha largado —me dice Orlando envolviendo mi cintura con sus brazos—. Bienvenida a la magia de Disney.

—A mis hermanos les encantaban los trenes cuando eran pequeños —musito alzando la mirada y observando con otros ojos todo lo que me rodea.

La enorme escalinata que me recuerda la de la película *La Bella y la Bestia*, la preciosa lámpara que tengo sobre mi cabeza, el cuadro gigante que hay en un lateral flanqueado por cuatro columnas, dos a cada lado...

—¿Y a ti? ¿Qué te gustaba a ti? —me pregunta, mientras yo observo la interminable cola de niños disfrazados que hay frente a mí para simplemente fotografiarse con una ardilla... ¿Cómo se llamaba esa ardilla? ¿Alfie?, ni me acuerdo ya...

—Yo sólo quería que sonrieran, si ellos eran felices, yo también lo era... —musito estrujándome la cabeza para recordar el nombre de la dichosa ardilla.

—En cambio, a mí me gusta verte sonreír a ti, Pocahontas. Vamos —me dice con dulzura, enlazando sus dedos con los míos, y me dejo arrastrar por él hasta llegar a la que será nuestra habitación.

—¿Estamos en la suite de la Bella Durmiente? —pregunto alucinada, viendo la imagen de la princesa dormida, con el príncipe a punto de besarla en la puerta.

—Te despertaré cada día con un beso, Bella Durmiente —me asegura al oído, mientras el botones abre la puerta y accede a la habitación con nuestro equipaje.

—Lo siento —farfullo cogiendo la mano de Orlando, deteniéndolo y atrapando su mirada con la mía—. Siento haberme comportado como Cruella, tú te has esforzado mucho por hacer este viaje especial y yo... yo me he comportado como una bruja despiadada —le digo muerta de vergüenza por mi reacción.

—Nunca te disculpes por sentir. Vamos, Bella Durmiente, sueña conmigo —me dice, enlazando de nuevo sus dedos con los míos y llevándome al interior de esta preciosa habitación?

—Pero ¿esto qué es? Madre mía... si es más grande que mi piso —musito admirándola.

A través de la entrada, en la que hay un precioso árbol de Navidad, se accede a un enorme salón presidido por un piano de cola y sonrío feliz acercándome a las ventanas, que abro de par en par, mientras escucho las canciones de mi infancia, que resuenan en el parque, y contemplo el imponente castillo al final del mismo, sintiendo cómo se me eriza de nuevo el vello por la emoción.

—Había olvidado que venir aquí era mi sueño cuando era pequeña —le confieso encogiéndome de hombros—. Cuando veía el castillo en la televisión me preguntaba cómo sería por dentro y si mis princesas vivirían allí.

—¿Cuál era tu princesa favorita? —se interesa, sonriéndome con ternura.

—La Bella Durmiente, sobre todo cuando iba vestida de azul, y también La Cenicienta y Ariel, la Sirenita —le digo entre risas.

—Las verás a todas, entrarás en el castillo y tendrás todo lo que desees. Vamos, ven conmigo.

Sonriendo bobaliconamente y de su mano, recorro esta suite que más que una suite parece una casa, pues tiene desde comedor hasta baño con *jacuzzi*, y cuando llegamos a la enorme habitación presidida por una preciosa cama con dosel sonrío más ampliamente.

—Ni te imaginas lo que voy a hacerte en esta cama —me susurra al oído.

—¿Cuántos metros cuadrados tiene esta suite? —le pregunto divertida.

—Joder, ni idea, pero voy a follarte en cada uno de ellos —contesta arrancándome una carcajada—. Pero ahora no. Vamos, tienes a todas las princesas deseando conocerte.

De su mano regreso a mi infancia, a esa infancia en la que todavía sonreía despreocupadamente y en la que todo era de color de rosa, un color que dejó de gustarme cuando tuve que crecer a la fuerza. Entramos en una tienda, donde me compra unas orejitas de Minnie, y río feliz, decidida a hacer de este viaje el mejor de mi vida, mientras las canciones de mis princesas favoritas resuenan en este parque engalanado de Navidad.

—¿Lista para subirte a todas las montañas rusas? —me pregunta él entusiasmado como un crío.

—Oye, no te lo había dicho, pero la verdad es que me dan terror —le confieso, intentando no sonreír al verlo con las orejas de Mickey puestas.

—Gatita, no puedes decir eso estando conmigo. Vamos a por el *fast pass* —me dice despreocupadamente, arrastrándome de nuevo.

—¿El quéeee?

—El *fast pass* es una entrada que te permite subir a las atracciones sin tener que hacer cola, lo malo es que normalmente no te permiten acumular más de uno por persona —me explica, moviéndose con total soltura, mientras yo lo único que deseo es que no queden cosas de éstas.

Mientras hacemos cola para sacar eso que me llevará directa al infierno, observo aterrorizada la dichosa montaña rusa, escuchando con horror los berridos de la gente y sintiendo cómo las piernas comienzan a temblarme. ¿Por qué no podemos limitarnos a pasear por aquí? Yo, que de jovencita fui incapaz de subirme a la olla o a cualquier atracción de feria corriente y moliente, ahora voy a subirme a este trasto... Pa matarme.

—Veinte minutos, gatita.

—Oye, ¿por qué no subes tú solo y yo te espero aquí abajo?

—No puedes venir a Disneyland París y no subirte a la montaña rusa de Indiana Jones.

—Por supuesto que puedo, yo con verlo desde abajo tengo más que suficiente —le digo, arrancándole una carcajada.

Y tras veinte minutos agónicos en los que intento hacerlo entrar en razón de todas las formas posibles, me veo sentada en una puta vagoneta, rezándole a todos los dioses para no terminar saliendo disparada o infartada, que para el caso es lo mismo.

—Como me muera, te apareceré por las noches —le digo, arrancándole otra carcajada.

—¿Sabes qué? —me pregunta, guardando las orejitas de los cojones en la mochila que lleva.

—¿Qué? —gruño, cogiéndome tan fuerte del arnés o como se llame esto, que los nudillos se me ponen de color blanco nuclear.

—Que me encantas —me confiesa en el mismo instante en que ese trasto del diablo arranca y yo grito cual loca.

—Ayyyyyy, mierda, mierda, mierdaaaaaa, que esto no para de subir y si sube luego tendrá que bajar. ¡Te odio, joder! —le grito, mientras esta cosa no deja de subir y él se descojona con ganas, vamos, que si no fuera porque ni muerta me suelto, le arreaba un guantazo que le quitaba las ganas de reírse de por vida.

Y cuando la vagoneta se desploma, sólo soy capaz de gritar «socorro» como si me fuera la vida en ello, berrear como una loca e incluso medio llorar, mientras esta cosa del diablo sube, baja, incluso creo que da una vuelta, y yo echo el corazón por la boca asumiendo que voy a morir infartada a la de ya.

—Joder, gatita, creo que han oído tus berridos en todo el puto parque —me dice Orlando descojonándose de nuevo, cuando esta cosa diabólica se decide a frenar.

—Pero ¡cómo te odio! No pienso volver a subirme en ningún trasto de éstos —le digo, sintiendo que me tiembla todo el cuerpo, mientras la gente que va detrás de mí va diciendo «cómo mola» y estupideces de ese tipo.

—¡Venga ya! Pero ¡si te ha encantado!

—Sí, claro, estoy deseando repetir —mascullo, deseando salir de aquí cuanto antes, no sea que se le ocurra tomarme la palabra.

—Hagamos un trato —me dice cogiendo mi mano—, te prometo que ahora iremos a ver el castillo y a comer con todas las princesas si luego...

—Sabes que no tengo diez años, ¿verdad? —le pregunto divertida, interrumpiéndolo.

—Si luego vamos a la zona de Star Wars y subimos en la Hyperspace Mountain.

—¿Mountain? No, gracias, creo que he tenido suficientes montañas para toda mi vida —contesto arrancándole otra carcajada.

Cogidos de la mano llegamos al castillo, donde, entre besos y risas, nos fotografiamos frente a él y desde donde accedemos a ese mundo lleno de magia.

Comemos en el Auberge de Cendrillon, el restaurante de las princesas, y allí nos fotografiamos con la Bella Durmiente y La Cenicienta, esos personajes que formaron parte de mi infancia. Posteriormente vamos a la casa de Peter Pan, donde, sobre un barco, sobrevolamos el País de Nunca Jamás bajo un cielo estrellado. Luego visitamos también la de Pinocho y la de Blancanieves, para después subir al Carrusel de Lancelot y fotografiarnos intentando liberar la espada de Excalibur. Y recorreremos y disfrutamos, como cualquier pareja, de este parque lleno de magia.

Pero es en la cabalgata donde la tía dura que todavía se resistía a abandonarme lo hace finalmente, mientras sonrío feliz y saludo, como una niña, a Peter Pan, que desde lo alto de un columpio nos saluda a todos, alucino con el dragón que echa fuego por la boca mientras los villancicos, los renos, los elfos y Papá Noel me transportan a la Navidad y río con ganas cuando aparecen las princesas y los príncipes enfundados en sus mallas apretadas, imaginando a Orlando vestido de esa guisa, y escucho sus anécdotas de cuando era el príncipe de la Bella Durmiente.

—Si vamos ahora a la zona de Star Wars, te prometo que luego te llevaré a ver un espectáculo de tíos con mallas que te va a fascinar —me dice cuando terminamos de ver la cabalgata, y yo continúo sonriendo, encantada de la vida.

—Te recuerdo que tengo al príncipe más guapo de la Bella Durmiente a mi lado, no necesito volver a subir a ningún trasto de éstos.

—No te oigo —responde cogiéndome la mano y arrastrándome a otra tortura—. Vas a flipar, gatita.

—Seguro —mascullo, sin poder dejar de sonreír, muy a mi pesar.

Y pese a mis quejas, de nuevo me veo subida a una de esas cosas.

—Joder, es una pasada, ya lo verás —me dice Orlando, mientras la música de *Star Wars* resuena por todas partes y esto empieza a subir.

—Ya estamos con las subidas de los cojones —susurro, sintiendo que el corazón me empieza a latir con fuerza, y cuando simulan la velocidad de la luz, mientras las naves se supone que nos atacan, me parece que se me va a salir por la boca.

De nuevo grito «socorro» como mil veces, berreo unas dos mil y le digo a Orlando que lo odio como unas cien mil, mientras sólo soy capaz de ver luces simulando estrellas y alguna que otra nave queriendo dispararnos, cuando no hace falta que se molesten en hacerlo, pues yo ya estoy más muerta que viva.

—¡VOY A MORIRRRRRRRRR POR TU CULPA! —berreo con ganas.

Y cuando el trasto se detiene, siento que me tiemblan hasta las pestañas.

—Menuda salvajada —me quejo ante sus risas mientras nos bajamos.

—¿Te he dicho que me encantas? —me pregunta, cogiéndome en brazos y dándome un beso de película que consigue que enmudezca ante los silbidos de la gente que pasa por nuestro lado—. Te prometo que ésta es la última montaña rusa a la que subiremos hoy.

—¿Y mañana? —le pregunto, temiéndome lo peor.

—Quién sabe —me dice guiñándome un ojo—. Vamos, gatita, tenemos un espectáculo cojonudo esperándonos.

Y aunque el parque, y él, todo sea dicho, ya son un espectáculo en sí mismos, es, en el teatro, donde sonrío como una cría, mientras, junto con Mickey, revivo la película de *La Bella y la Bestia*, la de *Aladdín* y una lagrimita traicionera amenaza con surcar mi mejilla cuando un actor, simulando ser un nativo, comienza a cantar la canción de *El Rey León* y ante mí aparecen jirafas, leopardos y cebras.

—Gracias por este viaje —le digo volviéndome para mirarlo, permitiendo que esa lágrima se libere finalmente—. Yo nunca habría venido y me hubiera perdido un lugar increíble.

—De nada, sabía que te encantaría —me dice, secándomela con un dedo.

Sin soltarnos en ningún momento de la mano, paseamos por la calle principal del parque, que se halla abarrotada de tiendas y adornada con guirnaldas con la forma de las orejitas de Mickey. Nos compramos los dos la misma sudadera, un par de tazas, una mochila y cualquier bobada que se me antoje, pues Orlando parece estar atento a cualquier gesto mío para complacerme al segundo.

Y aunque nos hemos levantado a horas prohibitivas no estamos en absoluto cansados y, tras cenar, nos sentamos en un banco frente al castillo, con nuestro gorro de lana, bufanda, guantes y anorak de plumas, mientras esperamos a que empiece el espectáculo de luces. Hablamos de todo o de casi todo, pues ambos evitamos temas escabrosos, como lo que sucederá cuando regresemos y lo que quiera que sea esto se termine.

—¡Mira, ya empieza! —exclama, pasándome un brazo por los hombros y pegándome más a su cuerpo.

Y tal como me ha sucedido hace unas horas en la cabalgata o en el teatro, me convierto en una niña para maravillarme y disfrutar con este espectáculo de luces, música, fuegos artificiales y agua, que sólo los creadores de nuestros sueños son capaces de imaginar y de nuevo libero esas lágrimas que se han convertido en mis compañeras de viaje.

—¡Joder, qué pasada! —le digo volviéndome hacia él, completamente entusiasmada.

—Tú sí que eres una pasada —me contesta sorprendiéndome y dándome un dulce beso, pausado y lleno de sentimiento, que me eriza de la cabeza a los pies—. Me encantas, Paloma —susurra, apoyando su frente contra la mía.

—Tú también me encantas... —musito, acunando su rostro entre mis manos, perdiéndome en su mirada.

«Y te quiero... tanto que me duele», estoy a punto de confesarle, mientras suena la canción de *Frozen* y el castillo se congela, como posiblemente se congele el mío cuando esto termine.

—Pues entonces, piensa en mi oferta —insiste él, esta vez con seriedad.

No le contesto y, sonriéndole, vuelvo mi mirada hacia el castillo, apoyada en su pecho, con sus brazos rodeando mi cuerpo y la canción de *Piratas del Caribe* sonando, al tiempo que imágenes de la película se proyectan en el castillo. Me obligo a dejar de pensar para sólo sentir y disfrutar de este viaje que está siendo tan especial para mí.

Cuando termina el espectáculo, y en proceso de precongelación, nos dirigimos al hotel siguiendo y siendo seguidos por toda la gente que, como nosotros, se hallaba congregada frente al castillo, y cuando pongo un pie en su interior y la calidez me envuelve, un placentero escalofrío sacude mi cuerpo entumecido.

—Vamos a meternos en el *jacuzzi* hasta que volvamos a tener pies —me dice Orlando al oído sin soltarme la mano, arrastrándome hasta nuestra habitación, donde todavía tenemos tanto por vivir.

Y lo vivimos y sentimos durante horas, pues con él subo de nuevo a lo más alto de la montaña rusa; pero a la que me gusta de verdad, por la que siento adicción y de la que nunca me bajaría.

El resto de días los exprimimos al máximo, subiendo a las atracciones, las suyas y las mías, y paseando como una pareja más de enamorados, a pesar de que lo máximo que somos capaces de decirnos es que nos encantamos el uno al otro. Son días en los que acabo de descubrirlo y permito que me descubra un poco más a mí, mientras le cuento mis venturas y desventuras de cuando era una fan suya, incluida la traxada que le hicimos a la nórdica con el Jäger, ante sus carcajadas y las mías, días en los que me enamoro todavía más y en los que mis pies adelantan otro paso.

CAPÍTULO 32

Llegamos a Madrid hechos polvo a la 1.30 de la madrugada, cuando lo previsto era que llegásemos a las 23.30, y durante el camino del aeropuerto a su casa nos mantenemos en silencio, un silencio pesado y agónico. Cuando el taxi nos deja en la puerta de su domicilio, sé que ha llegado el momento.

—Joder, la que han liado con las putas maletas —masculla él, dejando la suya en la entrada y dirigiéndose a la habitación, refiriéndose al incidente que ha ocasionado el retraso en el vuelo.

—Orlando —lo llamo sin poder moverme, sintiendo cómo el frío se apodera de mis piernas, para empezar a ascender por ellas.

Se vuelve ante mi llamada y durante unos segundos miles de sentimientos se reflejan en su mirada, como posiblemente se estén reflejando en la mía y siento que debo apoyarme en los talones para no caer por ese precipicio al borde del cual me hallo suspendida.

—Me marcho —musito.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta frunciendo el ceño y llegando hasta mí.

—No tiene sentido que pospongamos algo que va a suceder de todas formas. He estado pensando en tu oferta y no puedo aceptarla —añado, sin poder creer que esté dando ese paso tan temido por mí.

—Hablemos mañana, ¿vale? Ahora estamos cansados y no hay prisa —me pide acariciando mi rostro—. No tienes por qué irte ahora.

—Ya lo sé, pero mañana opinaré igual y no quiero hacerlo más difícil de lo que ya lo es —susurro, sintiendo que se me cierra la garganta—. Oye, seamos sinceros, ¿vale? Tú y yo queremos cosas distintas. Tú quieres ser libre, no crees en las relaciones ni tampoco en el amor, y yo soy todo lo contrario, yo sí creo en todo eso.

—Ya lo sé, pero hay algo en lo que sí creo y es en lo bien que estamos juntos —me rebate convencido, mirándome fijamente.

—Ahora, pero ¿y luego? ¿Cuando regreses a tu vida? —le pregunto, separándome de él para dirigirme al amplio ventanal que da al jardín—. Te he oído antes hablar por teléfono. Has llamado «nena» a la persona con la que hablabas y le has dicho que dentro de nada serías todo suyo. Y no te lo estoy echando en cara, de verdad que no, pero no puedo... no puedo aceptar lo que me ofreces, sabiendo que te verás con otras.

—Esa mujer que me ha llamado antes era mi representante, simplemente quería saber cuándo regresaba del viaje —responde a mi espalda.

—No importa quién sea, tú eres así, llamas «nena» o «gatita» a todas las tías, y a todas las haces sentir especiales —susurro, volviéndome y encontrándome con su dura mirada.

—Entonces, ¿el problema es que llamo «nena» y «gatita» a las mujeres o que tú no confías en mí?

—El problema es que tu vida no está aquí y ahora te irás a esa gira en la que las mujeres se volverán más locas por ti todavía y se colarán en tu habitación, se tirarán a tus brazos y quién sabe qué más serán capaces de hacer...

—No me importan esas mujeres, Paloma —sisea entre dientes, apretando los puños—, creía que lo tenías claro.

Yo permanezco en silencio, con la mirada baja.

—¿Recuerdas tu última noche en La Cueva? ¿Cuando cantaste *Please Remember*? —me pregunta, esta vez con dulzura, acunando mi rostro entre sus manos y haciendo que alce mi mirada—. Es cierto que me cabreé contigo, pero no porque hubieses elegido esa canción, sino porque vi nuestro futuro reflejado en ella y me acojoné, Paloma, vi lo que no quiero vivir —me confiesa con voz quebrada y siento cómo la esperanza comienza a aletear dentro de mí—. Esa noche disfrazaste de sexo algo que para mí era mucho más, porque lo que yo siento por ti es más que «me encantas», es mucho más —me asegura, mirándome con intensidad—. Creo que te convertiste en alguien especial desde el momento en que te vi colgada del muro de mi casa —prosigue, emocionándose, mientras yo poso mis manos sobre las suyas, que todavía permanecen en torno a mi rostro—. Por eso te ayudaba una y otra vez, porque sólo quería que fueras feliz y vieras cumplidos todos tus sueños y ya sé que no creo en las relaciones ni tampoco en el amor, pero creo en el ahora y mi ahora eres tú. Intentémoslo, intentemos eso que deseas —me pide y, aunque su voz ha sonado firme, durante unos segundos, unos escasos segundos, he visto la duda reflejada en su mirada.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres intentarlo? —pregunto, aferrándome a sus palabras.

—Creo que acabo de decírtelo. —Y de nuevo esa duda en su mirada, una duda imposible de ignorar.

—¿Y cómo lo haremos? —musito, intentando restarle importancia, centrándome en lo que está diciéndome.

—Ya sabes cómo lo haremos, gatita, como lo hemos hecho hasta ahora —me responde socarrón.

—No estoy refiriéndome al sexo —contesto sonriendo.

—¿Sabes que existen los aviones?

—Tú allí y yo aquí, al final es lo mismo que me habías propuesto al principio —susurro con tristeza, volviendo la cara para evitar su mirada.

—No es cierto, ahora te estoy proponiendo que seamos pareja —me dice sin un ápice de emoción en la voz, manteniendo el rostro cuidadosamente inexpresivo.

Y es entonces cuando recuerdo las palabras de Ignacio cuando me aconsejó que lo dejara ir...

—Yo también quiero que seas feliz y veas cumplidos todos tus sueños —musito, empezando a morir por dentro.

—¿Pero? —me corta, endureciendo su gesto.

—Has dicho «eso que deseas», no «eso que deseamos» —susurro, perdiéndome en su mirada—. Oye, esto que me propones no va contigo, pero tampoco conmigo —añado con voz queda, retirando sus manos de mi rostro—. Acordamos no montar dramas, no lo hagamos, ¿vale? —le pido, sintiendo cómo el dolor me traspasa como un rayo con mis palabras.

—Creo que nadie mejor que yo para saber lo que va conmigo —me rebato con dureza—. Paloma, te lo dije una vez, no voy a pedirte matrimonio ni a prometerte estupideces que no tengo la menor intención de cumplir, pero me gustas y quiero ver adónde nos lleva esto; sin obligaciones ni compromisos, sólo viviendo el presente.

«Sin obligaciones ni compromisos y separados por miles de kilómetros... viviendo un presente que en nada se asemejará al que estamos viviendo ahora», pienso con dolor, mientras un silencio pesado nos envuelve.

—Lo siento, pero lo que tú quieres no es suficiente para mí... —musito finalmente, sosteniéndole la mirada a duras penas.

—¿Y qué más quieres? ¡Porque te aseguro que es lo máximo que puedo dar! —me asegura, alzando la voz.

«¿Qué más quiere? ¡A ti! ¡Te quiere a ti, pedazo de inútil, y quiere lo que tiene ahora! ¡Que no te enteras!», le responde por mí la insolente voz de mi cabeza.

—Lo que quiero es que seas feliz y serlo yo también y, créeme, a la larga no lo seríamos —digo, sintiendo cómo eso que tengo enredado en mi interior se anuda con tal fuerza que me impide respirar.

—Sigues sin confiar en mí, es eso, ¿verdad? En el fondo temes que me tire a la primera tía que se cruce en mi camino —me suelta, cabreándose.

—Temo enamorarme de ti y que me dejes cuando te des cuenta de que te has equivocado, temo que no recuerdes por qué me propusiste esto cuando otra mujer esté sonriéndote y nosotros estemos tan lejos el uno del otro que mi sonrisa sea un recuerdo difuso para ti —le rebato con dolor, ocultando mis verdaderos sentimientos, pues ya estoy enamorada de él.

—Eso no sucederá, porque no estaremos tanto tiempo sin vernos. Oye, ¿por qué no te dejas de tonterías y hablas claro de una vez? ¿Qué es lo que pasa? —me pregunta, poniéndose tenso.

—¡PASA QUE ENCANTARTE NO ES SUFICIENTE! —le grito sobrepasada—. Pasa que yo sí quiero que me prometas estupideces y prometértelas a ti también, pero sobre todo pasa que no creo en las relaciones a distancia y menos siendo tú quién eres —añado, bajando el tono, intentando ser sincera con él, aunque eso me lleve directa al infierno.

—¿Siendo yo quién soy? ¿Y quién soy, Paloma? —me pregunta con voz acerada.

—La fantasía de miles de mujeres, ¿te parece poco? —musito con un hilo de voz.

—¿Y por eso no puedes confiar en mí? —insiste, sujetándome por los hombros y obligándome a mirarlo. Yo niego con la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque ya me abandonaron una vez y no voy a volver a pasar por eso —le confieso sin pretenderlo, repitiendo las palabras que me dijo mi amiga hace ya tanto tiempo...

—¿Quién? ¿Quién te abandonó, Paloma? —insiste, mientras yo siento que mi mente se bloquea—. ¿Quién? Quiero saberlo —me exige.

—Mi padre... —musito en voz baja.

—¿Y qué tiene que ver tu padre conmigo? —pregunta con incredulidad, mientras yo me maldigo en silencio por haber llegado a este punto—. Dímelo. ¿Qué hostias tiene que ver tu padre con nosotros?

Yo me mantengo en silencio, obligándome a salir del estado de parálisis en el que se ha sumido mi cerebro.

—Paloma... —sisea entre dientes.

—Mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años —empiezo a explicarle finalmente, alejándome de él y abrazándome a mí misma—. Mi madre no podía superarlo y los mellizos me necesitaban, así que no tuve más remedio que crecer a la fuerza y, mientras lo hacía, dentro de mí crecían unas inseguridades y unos temores que he ido arrastrando hasta ahora. Tú a mí también me encantas —musito, empezando a llorar, incapaz de decirle cuánto lo quiero—, pero queremos cosas distintas, que no encajan, aunque lo deseemos.

—No estás contestándome, Paloma, ¿qué tiene que ver tu padre con todo esto? —insiste entre dientes, tensando mi cuerda.

—Temo que en el fondo seas como él y termines dejándome cuando vuelvas a tu vida de antes. Lo siento, pero yo necesito una seguridad que tú no estás preparado para darme —concluyo.

—¿Estás comparándome con un hombre que abandonó a sus hijos? ¿Es eso, Paloma? Joder, mírame a los ojos y dime si de verdad crees que yo sería capaz de hacer algo así —masculla con rabia, mientras yo, paralizada de nuevo, siento cómo el frío que he sentido hace unos minutos me sube por las piernas hasta llegar a mi pecho—. ¿Y qué hemos estado haciendo hasta ahora? Si realmente piensas eso de mí... ¿qué hacías aquí? —me pregunta con dolor, haciendo que me tambalee al borde del precipicio.

—Lo siento —musito, bajando mi mirada al suelo, incapaz de sostener la suya, que refulge de rabia, ni de aclararle nada más, necesitando salir corriendo de aquí cuanto antes.

«¡Díselo tú! ¡Dile que le quieres! ¡Dile lo que deseas de verdad! ¡Y aclárale que ya sabes que no abandonaría a sus hijos! ¡Tía, que la estás cagando!», me grita la insolente voz de mi cabeza, voz que, como siempre, ignoro.

—El que lo siente soy yo. Siento haberte abierto las puertas de mi casa y de mi vida. ¿Sabes?, creo que al final sí serás el polvo de un rodaje —masculla con desprecio—. Ahora te traigo tu maleta —añade, empezando a cruzar el salón—. Llama a un taxi, no quiero verte más.

Y es entonces cuando mis pies dan el último paso y caigo por ese precipicio sobre el que me hallaba suspendida, hacia ese lugar en el que no hay nada.

Abro los ojos... Estoy en mi habitación, ni siquiera recuerdo cómo llegue a ella... ni lo que sucedió después... Y los cierro de nuevo, sin fuerzas para seguir...

Paso todo el día acostada en la cama, con la persiana bajada para impedir que los rayos del sol me recuerden que hay vida ahí fuera, completamente paralizada, sin ser capaz de pensar o de sentir, pues estoy en el vacío, en ese vacío donde sólo hay silencio y una oscuridad fría que va congelándome por dentro.

Oigo que llaman a la puerta, pero no me muevo de la cama, deseando que, sea quien sea, se canse pronto y me deje en paz, algo que gracias a Dios ocurre tras casi cinco minutos de machaque incesante.

—¡Paloma! ¿Estás en casa? —La voz de mi amiga Luna llega claramente a mis oídos y abro los ojos de nuevo...

«¿Qué hace aquí?», me pregunto y, cuando a los pocos segundos enciende la luz de mi habitación, los cierro cegada por ella.

—Me tenías preocupada. Te he llamado al móvil cientos de veces. ¿Dónde lo tienes? —me pregunta, sentándose en el borde de la cama mientras yo me doy la vuelta, dándole la espalda y cubriéndome la cabeza con la colcha—. Siento haber entrado en la casa, pero tenía miedo de que te hubiera sucedido algo —prosigue, acariciándome la cabeza y haciendo que se me cierre la garganta...—. Paloma...

—Vete, Luna. En serio, no es un buen momento.

—Para él tampoco lo es... ¿Qué le has hecho, tía?

Y entonces descubro que en el vacío tenebroso y frío en el que me encuentro también puede haber lágrimas y dolor, un dolor agónico y desgarrador, y siento que mi cuerpo se sacude con el llanto.

—Tranquila —me dice ella abrazándome, mientras yo caigo sin freno por ese vacío infernal que la mirada llena de rencor de Orlando y los remordimientos feroces que siento copan por completo—. Todo se solucionará, ya lo verás.

«La has cagado pero bien», me dice la insolente voz de mi cabeza, mientras yo no dejo de caer por ese vacío que no tiene fin.

* * *

Abro los ojos en la oscuridad sin saber qué hora es ni dónde estoy y alargo una mano en busca de algún interruptor... Estoy todavía en la habitación... Son las 21.30... «¿Y Luna?», me pregunto, recordando que ha venido a casa...

Con reticencia, me levanto de la cama; todavía llevo la ropa que llevaba ayer... ni me molesté en cambiarme... Y entonces veo las maletas en la entrada de la habitación... «Vaya, fui capaz de traerlas hasta aquí...», pienso, mientras la garganta se me cierra de nuevo y me obligo a salir de entre estas cuatro paredes en las que he vivido el principio de mi infierno.

—Hola —musito con voz ronca, saludando a mi amiga, que está en el salón.

—Hola —me dice ella mirándome preocupada, levantándose casi de inmediato—. No quería dejarte sola —explica, llegando hasta mí y abrazándome con fuerza—. ¿Estás mejor? —me pregunta soltándome, intentando indagar en mi mirada.

La miro encogiéndome de hombros, sintiendo cómo las lágrimas fluyen de nuevo... Vaya, ¿es que nunca se secan? ¿Es que no hay límite? ¿Puedes llorar y llorar y siempre van a estar ahí? ¿Listas para recordarte lo jodida que estás?

—Vale, llora, llora todo lo que necesites —me dice Luna abrazándome de nuevo—. Vamos al sofá.

Me dejo arrastrar por ella como tantas veces me dejé arrastrar por Orlando... por mi chulito... No puedo pensar, no puedo recordarlo, no puedo dejar de caer... «¿Qué he hecho?», me pregunto, mientras lloro en silencio.

—Paloma, tenemos que hablar. Necesito que te tranquilices, mírame por favor...

«Joder, mírame a los ojos y dime si de verdad crees yo sería capaz de hacer algo así.» La voz y la mirada de Orlando me traspasan con fuerza y, cuando alzo la mía, sólo soy capaz de verlo a él, sintiéndome como la niña que fui en el pasado, esa niña que se escondió tras la puerta y que, más tarde, se metió en su caparazón, cerrándolo con tal fuerza que ya nadie pudo volver a entrar...

—Orlando todavía está aquí, en casa, con Gael, lleva toda la tarde con él. Por favor, tía, reacciona y acompáñame, no permitas que se vaya así.

Pero yo no puedo hacerlo, no puedo reaccionar, no puedo hablar, sólo puedo caer sin control en ese vacío que me absorbe sin que yo pueda hacer nada para detenerlo.

—Paloma, ¿me estás escuchando? Tía, te estoy diciendo que está muy jodido. Pero ¡si he tenido que llevar a Nachete a casa de Natalia para que no lo viera así! Habla con él y olvídate de una vez de tu padre y de lo que os hizo. Vive tu vida como la viven tu madre y tus hermanos y no permitas que continúe haciéndote daño.

—No puedo... —musito, sintiendo cómo la felicidad se me escapa entre los dedos sin que yo pueda hacer nada por retenerla.

—Claro que puedes, todos podemos. Escúchame, nadie lo tiene fácil, pero la vida no está para devolverla intacta, sino para devolverla vivida, y no puedes hacerlo si te ocultas tras tus miedos —me dice con firmeza—. Oye, sé cómo te sientes...

—No, no lo sabes —musito, rota de dolor.

—Por supuesto que lo sé, como sé que siempre eres tú la que se aleja por miedo a que te hagan sufrir —me espeta con dureza—. Te he visto hacerlo miles de veces, ya lo hiciste hace años, cuando esos *paparazzis* os fotografiaron en el parque. Cuando Orlando fue a disculparse no le diste la más mínima oportunidad y ahora que no te ha fallado y que te ofrece lo que siempre has deseado continúas haciéndolo; sigues alejándote, como lo harás siempre si no intentas superar ese trauma que arrastras desde que eras una cría.

—No es cierto que esté ofreciéndome lo que siempre he deseado, porque yo lo único que deseo es que me diga que me quiere y que desea intentarlo de verdad. En cambio, lo máximo que ha sido capaz de decirme es que le gusto y que quiere una relación sin obligaciones ni compromisos, y encima viviendo separados por un océano. Así que no, no me ha ofrecido nada de lo que deseo, te lo aseguro —le rebato, secándome las lágrimas.

—¿Y tú? ¿Tú le has dicho lo que quieres y lo que sientes por él? No, ¿verdad? Porque estás muerta de miedo y porque en el fondo no deseas escuchar nada de eso, porque si lo haces tendrás que enfrentarte a tus temores y no quieres hacerlo.

—No es verdad —musito, secándome las lágrimas.

—Por supuesto que lo es, puede que Orlando no te haya dicho que te quiere, pero te lo ha demostrado de mil formas distintas todo este tiempo. Paloma, hay tíos que dicen «te quiero» con la misma facilidad con que dicen «tengo hambre», pero no es su caso. A él le cuesta hablar de sus sentimientos, incluso con sus amigos, pero si le das tiempo llegará el día en que te dirá el «te quiero» más sincero y enorme que te hayan dicho nunca. Vamos, ven conmigo a casa y vive lo que te ofrece.

—Lo que me ofrece no tiene ningún futuro y si no dime a quién le ha funcionado, dímelo —le exijo con voz quebrada—. ¿Te imaginas cómo sería nuestra vida si lo aceptara? —le pregunto, mirándola a través de las lágrimas—. Yo sí, lo he imaginado miles de veces durante estos días y, créeme, la que terminaría llorando sería yo... y no, gracias —musito, incapaz de confiar en él y temiendo terminar tan jodida como terminó mi madre.

—Entonces, ¿prefieres vivir así? ¿Negándote a vivir algo con él por miedo a terminar llorando? PERO ¡SI YA ESTÁS LLORANDO! ¡Ya estás pasándolo mal cuando podrías ser feliz! Pero ¿qué te pasa, tía? ¿Cómo puedes preferir esto a lo otro? ¡Dímelo, porque no lo entiendo! —me dice, mientras yo soy incapaz de responder a ninguna de sus preguntas—. Paloma, estás a tiempo de solucionarlo, tienes una oportunidad para ser feliz con el único hombre al que has querido en tu vida. Ya sé lo que opinas sobre las relaciones a distancia, pero por algo se empieza y más él, tía, que está dando un paso enorme. Créeme, no lo desaproveches y vive el momento sin preocuparte por el futuro. Lo que tenga que ser ya lo vivirás cuando te toque —me dice, envolviendo mis manos entre las suyas, mientras yo niego con la cabeza, paralizada por mis miedos e inseguridades.

—Ninguno de los dos está preparado para aceptar lo que desea el otro —musito más para mí que para ella—. Es mejor así, créeme. Pero me gustaría pedirte un favor: pídele perdón de mi parte, no tendría que haberlo comparado con mi padre...

—Pídeselo tú, al fin y al cabo, eres la que ha conseguido que se sienta como una mierda —me responde enfadada, consiguiendo que caiga con más rapidez por ese vacío oscuro y tenebroso—. Se marcha mañana, ¿vas a acompañarme? —pregunta presionándome y de nuevo niego con la cabeza, incapaz de mirarla—. Esta vez no vas a poder culpar a nadie, porque sólo tú eres la responsable, espero que lo tengas claro.

Y sin darme opción a contestarle sale de la casa dando un portazo, mientras yo cierro los ojos sintiendo que entro en barrena...

Me despierto en el sofá cuando suena la alarma de mi móvil... Vaya... he dormido aquí. ¿Cuánto llevo? ¿Dos días, o ha sido uno muy largo? Ni lo sé... No recuerdo qué fue lo último que comí, o cuándo fue la última vez que me duché... Sí, espera... fue en París... en Disneyland... en la habitación de ... Siento que mi corazón y mi mente se bloquean... incapaces de recordar esos días.

Tras ducharme, me visto con lo primero que encuentro, sin molestarme en ver cómo me sienta, sólo deseando entrar en calor, y, una vez lista, deshago las maletas para preparar otras, las que me llevaré a Huesca y más tarde a Irlanda, sin ser capaz de pensar, sin ser capaz de recordar, sin ser capaz de sentir... moviéndome sólo por inercia.

CAPÍTULO 33

Llego a Huesca a principios de diciembre y, mientras el chófer de la productora me lleva del aeropuerto al hotel, observo, a través de la ventana, el cielo completamente despejado, sin una sola nube que pueda proyectar algo de sombra, aunque en realidad tampoco hace falta que lo haga, pues las sombras ya están dentro de mí para que sea yo quien las proyecte.

—Hemos llegado, señorita —me indica el chófer y, sin contestarle, me apeo del vehículo admirando el hotel en el que me alojaré. En el pasado fue un monasterio y en la película será uno de los hoteles de Roberto.

—¡Vayaaaaaa! —musito sólo para mí, permitiendo que durante unos segundos mi cuerpo aletargado despierte.

Las montañas que me rodean y dan cobijo a este edificio de piedra que tanto ha visto, la pequeña ermita adyacente a él, las construcciones anexas, el cielo azul libre de nubes y la brisa fresca dándome la bienvenida me erizan la piel y me cierran mi garganta...

—¿Señorita? Cuando quiera —me dice el botones abriendo la puerta del hotel, rompiendo el silencio en el que me hallaba envuelta.

Me registro, sintiendo cómo esa emoción que he experimentado se diluye poco a poco y en su lugar se instala de nuevo la oscuridad, mientras imagino a Orlando a mi lado sonriéndome y diciéndome alguna canallada de las suyas... preguntándome qué haríamos si estuviéramos juntos... en estos momentos...

—Aquí tiene la llave, el desayuno...

¿Qué estará haciendo? ¿Estará ensayando con su grupo o habrá empezado ya la gira? ¿Estará...?

—¿Me escucha, señorita? —me pregunta la recepcionista y con esa pregunta reacciono—. El botones la acompañará a su cabaña —me indica y asiento en silencio.

Cuando llego a la pequeña casita de madera en la que me alojaré siento como de nuevo el letargo se diluye durante los breves segundos en los que mi mirada intenta abarcarlo todo: el saloncito, el pequeño vestidor, el baño... y, finalmente, la habitación con la enorme cama... «¿Para qué quiero yo una cama tan grande?», me pregunto de nuevo, imaginando qué diría Orlando si estuviera aquí...

—Cierra la boca o te entraran moscas, gatita —seguro que diría algo así...

—Muy gracioso —le respondería yo fingiendo estar ofendida.

—¿Cuántos metros cuadrados piensas que tiene esta habitación...?

«Desde luego, eres única revolcándote en la mierda de tus dramas. Si lo echas tanto de menos, ¿qué COÑO HACES?», me grita la insolente voz de mi cabeza, fulminando en un segundo mi fantasía, que se había vuelto tan real que siento que me asfixio entre estas cuatro paredes y, corriendo, salgo al exterior, donde las montañas y el aire puro me ayudan a respirar de nuevo.

Me vuelvo hacia esa habitación, que todavía tiene la puerta abierta y en la que hace unos instantes estaba junto a él en mi imaginación y siento que me asfixio con su ausencia...

—Necesito que me dé el aire —musito con un hilo de voz, entrando de nuevo en ella para coger mi anorak y el bolso, deseando que la brisa fresca y el paisaje me ayuden a respirar con normalidad sin sentir que me ahogo.

—¿Paloma? ¡No sabía que ya habías llegado! —Me vuelvo ante el sonido de la voz de Ignacio y le sonrío o, al menos, eso intento.

—Acabo de hacerlo, ¿ya han llegado todos? —le pregunto, acercándome a él para darle un abrazo.

—Llegaron hace unas horas y han estado echando un vistazo a las localizaciones —me explica, mirándome suspicaz, casi diría que analizándome—. He quedado con ellos para cenar en Ainsa, ¿te apetece unirse a nosotros?

Y aunque relacionarme es lo último que deseo hacer en estos momentos, quedarme sola todavía me apetece menos e, intentando sonreír, asiento y me cuelgo del brazo que me ofrece.

—¿Puedo preguntarte cómo estás?

—Sigo respirando, con eso me vale de momento —musito, mientras nos encaminamos hacia su vehículo.

«¿De verdad? Yo más bien diría que sigues ahogándote», matiza prudente esa insolente vocecilla.

—Algún día se arrepentirá, estoy seguro —me dice él, dando por hecho que ha sido Orlando quien ha dado el paso.

—No ha sido él, he sido yo —le aclaro con dolor, entrando en su coche y dejando vagar la vista por el paisaje majestuoso que nos rodea—. No quiero hablar del tema, Ignacio, pero en todo esto la única culpable soy yo —le aseguro con tristeza, evitando su mirada.

No me contesta y yo me sumo en el silencio más absoluto, ese con el que empiezo a sentirme tan cómoda, y cuando llegamos a Ainsa a través del castillo, algo aletea dentro de mí a pesar de la negrura que todo lo envuelve.

Localizamos al equipo tomándose unas cervezas en la plaza del casco antiguo y, tras saludarlos a todos y prometerles que me sumaré más tarde a la cena, me excuso diciéndoles que deseo conocer este pequeño pueblo, pues mañana comenzará el rodaje y ya no tendré un momento libre para poder hacerlo.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Ignacio, mirándome con preocupación.

—No te preocupes, quiero hacer unas compras y tomármelo con calma, te aburrirías... Estaré bien —le aseguro.

Sintiendo su mirada preocupada sobre mí, me alejo de ellos mientras observo esta plaza que es tal como pensé que sería cuando leía el libro, y veo a Orlando a mi lado... sus ojos chispeantes, su media sonrisa, imagino lo que me diría...

—Gatita, a mí me la pela el pueblo, yo con verte a ti tengo más que suficiente. —Seguro que diría algo así...

El sonido de las campanas me saca de mi ensoñación y alzo la mirada hacia ese campanario junto al que se supone que se encuentra su casa. Acelero el paso deseando verla, deseando ver si es real... y ahí está... la casa de la enredadera, con el muro en forma de escalera, el pequeño jardín con sus bancos de piedra, los árboles, la fuente... y yo frente a todo esto, como lo estuvo Olivia, la protagonista del libro, y cierro los ojos rota por dentro, mientras una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla...

Marcela la guio, le mostró el camino que debía seguir, le mostró quien era...

—Muéstramelo a mí ahora, dime qué debo hacer... —musito, mirando este cielo que comienza a oscurecer.

Con dolor, secándome las lágrimas, que se niegan a desaparecer, y deseando dejar de sentirme tan perdida, reempiendo el camino centrando mi atención en las casas de piedra, en las plantas, de color verde intenso que decoran las fachadas, en las tiendas y en todo lo que me rodea. Aspiro este aire puro y revitalizante entremezclado con el olor a leña de las chimeneas y dejo que el silencio que aquí se respira me calme y alivie esta presión que no me deja respirar.

Me detengo ante la fachada de una tienda en la que anuncian que tienen horno artesano de leña y en la que han colocado una pizarra en la que se puede leer: «SÉ TÚ EL CAMBIO QUE QUIERAS VER EN EL MUNDO, AMA, VIVE Y SIENTE».

—Ama, vive y siente... —murmuro, tragando con dificultad y mirando mi bolso, donde guardo el móvil...

Desde ese día no he vuelto a entrar en mis redes sociales, no he vuelto a «seguirlo»... No he sido capaz de enfrentarme a lo que sea que haya escrito, si es que lo ha hecho. Alargo una mano para cogerlo, pero cuando mis dedos lo rozan, siento que algo dentro de mí se cierra y la retiro rápidamente como si me hubiera quemado.

De nuevo reempiendo mi camino con el silencio como único testigo de mis pasos, intentando no volver a preguntarme qué diría si estuviera aquí, tratando de no imaginarlo a mi lado y permitiendo que el paisaje, que continuamente se despliega frente a mí, distraiga mi mente cuando el sonido de mi móvil me hace dar un respingo... Jimena.

—Hola —la saludo intentando sonar alegre y dándome de morros seguro.

—¿Hola? Ya te vale, tía, ¿te parece normal que tenga que enterarme por Luna de que ya no estás con el portento? —Me recrimina enfadada—. Ya me extrañaba a mí lo calladitas que estabais las dos, que ese grupo me había bajado hasta llegar al

sótano del móvil.

—¿Te ha llamado? —le pregunto extrañada.

—No, me lo ha dicho por telepatía —me contesta irónica—. Está preocupada por ti y yo también —prosigue con voz más dulce—. ¿Cómo estás?

—Pues jodida —le respondo sentándome en un banco de piedra, esforzándome para mantener las dichosas lágrimas a raya.

—Oye... sé que tienes tus motivos y que una relación a distancia es una mierda, pero... ¿estás segura de no querer intentarlo? Hay personas por las que merece la pena correr ciertos riesgos —me dice prudente.

—No cuando esos riesgos son demasiado grandes —musito tragando con dificultad—. Ya se me pasará —le indico fijando mi mirada en la fachada que tengo frente a mí sin verla realmente.

—Claro que sí ¡en una semana curada! Tía... ¡venga ya! ¡Que no tienes la gripe! ¿Hace falta que te recuerde lo colada que estás por él?

—No, gracias, creo que puedo pasar sin escucharte.

—Pues deberías hacerlo, o mejor, escúchate a ti misma, escucha lo que de verdad sientes y déjate de historias.

—Ya sabes cómo me van las historias y, últimamente, si son dramáticas, mejor —le digo intentando bromear a pesar del nudo que tengo en la garganta.

—¿Dramáticas con lo poco que te gusta llorar? Perdona pero tú eres más de historias inverosímiles. ¿Hace falta que te recuerde cuando casi nos cargamos a la nórdica? ¿O cómo intentaste saltar el muro de su casa? Tía, has hecho miles de locuras por él. ¿Por qué ahora no puedes hacer otra? ¿Por qué no puedes intentar eso que te ofrece?

«*Lo que sería una locura sería rendirnos sin ni siquiera haberlo intentado*», recuerdo de repente, y con ese recuerdo llegan las lágrimas que hasta ahora había conseguido frenar y las seco en silencio, ahogándome de nuevo.

—Porque una cosa es arriesgarme a romperme las piernas y otra bien distinta es arriesgarme a que...déjalo —musito con dolor.

—¿A que te rompan el corazón? Eso ya lo has hecho tú sola—musita con cautela.

—Luego me lo rompería más, déjalo Jimena, es mejor así —le digo cogiendo aire y soltándolo de golpe, intentando convencerme a mí misma también.

—Si tú lo dices... Oye, ¿necesitas que el Jäger y yo vayamos a ese pueblo? Tengo una botella enterita deseando ser abierta.

—¡Argggg! ¡Paso! ¡No hace falta! —le indico estremeciéndome—. Qué asco, de verdad, por mucho que lo intente no consigo entender cómo puede gustarte.

—Hombre, ya puestos a no entender yo tampoco entiendo cómo has podido dejar al portento, y no digo nada, y lo tuyo tiene más delito, créeme.

—Supongo que me gusta vivir al límite —le digo sonriendo con tristeza, secando las lágrimas que fluyen sin control—. Joder, tía, debo de tener un embalse gigante dentro de mis ojos —musito bromeando.

—Ciérralos.

—¿Para qué?

—Tú hazlo, venga, ciérralos —me pide y obedezco.

—Imagínate a tu lado, imagina que te estoy abrazando muy fuerte y que te estoy dando un beso megagigante, ¿lo sientes? —me pregunta y siento cómo la garganta se me cierra más.

—Sí...—musito sin dejar de llorar—. Te echo de menos y a Luna también —le confieso.

—Y nosotras a ti, aunque Luna no te lo diga.

—Está enfadada...

—Está más preocupada que enfadada, así que no te preocupes, ya se le pasará.

—Gracias por llamarme, no me había dado cuenta de cómo necesitaba escuchar tu voz.

—Gracias de nada, sabes que siempre me tendrás a tu lado, aunque estemos lejos. Te quiero, tonta.

—Yo también te quiero —musito abriendo las compuertas del embalse y convirtiendo mis mejillas en un mar de lágrimas.

—Prométeme que me llamarás cada vez que te sientas mal —me pide con firmeza.

—No sabes lo que estás diciendo... Si hiciera eso no te dejaría en paz —musito sonriendo mientras me aparto las lágrimas de las mejillas.

—Palo...

—Vale... lo prometo, prometo llamarte o darte la tabarra por WhatsApp a todas horas.

—Y yo prometo ir a donde estés con reservas de Jagër de sobra para ahogar las penas con té —me indica haciéndome reír finalmente.

—Pobre nórdica pitimini, casi la matamos ese día —recuerdo riendo y llorando a la vez.

—Se libró por los pelos, un chupito más y se nos cae redonda —prosigue carcajeándose —al menos te he hecho reír un poco.

—Que falta me hace, te juro que me he convertido en una llorona de cuidado, como siga así al final terminaré llorando por un simple cambio de estación —le indico bromeando, recordando sus palabras y, entonces, escucho de fondo la voz de Pablo.

—¡Oyeee! ¿Y tú no tienes nada que contarme? —le pregunto pinchándola.

—Y dale... que Pablo sólo es mi jefe. Mira que sois pesadas.

—Pues entonces tú eres la secretaria más eficiente del planeta, a estas horas y todavía currando —le indico puñetera—. ¿Estás segura de no me quieres contar nada? —insisto de nuevo.

—¡Ay Dios! ¡Llévame contigo y ahórrame esta tortura! —dice dramáticamente, haciéndome reír de nuevo—. En serio, eres muy pesada, en fin, te dejo.

—¡De eso nada! ¡Te dejo...! —pero ya ha colgado y sonriendo y evitando entrar en su IG, guardo mi móvil sintiéndome algo mejor.

* * *

Me reúno con mis compañeros un poco más tarde y, mientras yo ceno en silencio, ellos hablan de la previsión meteorológica, esa que llevan controlada al dedillo y que aparece incluso en el plan de rodaje, del camino de las ermitas en el que han estado hoy, de este pueblo y de infinidad de cosas más, mientras yo presto atención en alguna ocasión o me despisto en otra... cuando él se cuela en mis pensamientos... cuando su sonrisa o sus ojos aparecen en mis recuerdos arrasando con todo... y sobre todo cuando la duda comienza a hacer mella dentro de mí...

—Has estado muy callada —me dice Ignacio una vez en su coche.

—No tengo nada que decir —contesto, sintiendo que la garganta se me cierra de nuevo, mientras él toma la dirección que nos llevará a nuestro hotel en Boltaña.

—Dime si puedo hacer algo por ti —insiste, con la vista al frente.

—Estoy bien, sólo necesito tiempo —susurro con un hilo de voz, empezando a verlo todo borroso por culpa de las lágrimas, pero negándome a llorar más.

—El tiempo aligera las cargas, pero no hace que desaparezcan y, aunque te alivia, no es suficiente —musita enigmático, mientras yo permanezco en silencio sin tener nada que decir.

* * *

Me despierto al día siguiente sintiéndome ligeramente mejor y, tras darme una ducha y arreglarme, me reúno con el resto del equipo para desayunar, de nuevo en silencio, ese silencio que parece ser mi nuevo compañero de viaje y que mantengo, incluso, durante nuestro trayecto a Tella, mientras observo temerosa el precipicio escarpado, tan similar al de mi imaginación, que nunca desaparece de nuestro lado. Y cuando por fin llegamos, suspiro aliviada.

—Paloma —me dice José Antonio cuando me reúno con ellos una vez caracterizada como Marcela—, te presento a Virginia Marcos, que interpretará a tu hermana Catalina, y a Bárbara Díaz, que será tu hermana Candela —me indica.

Las saludo con una sonrisa... Qué extraño y doloroso me resulta estar de nuevo en el rodaje sin él...

—En la escena que vamos a rodar estaréis las dos en el campo. Recordad que se supone que estamos en julio, por lo que estaréis muertas de calor, además de hambrientas y cansadas. Y tú —dice refiriéndose a mí— te incorporarás enderezando la espalda y anudándote mejor el pañuelo. Ten en cuenta que, aunque en un principio utilizaremos un plano general, cuando estés anudándotelo cambiaremos a uno medio.

—Vale —musito, intentando centrarme, viendo la escena en mi imaginación, sin perderme detalle de nada...

—Y entonces llegarás tú corriendo —le dice a Bárbara—, llamándola para que vaya a atender el parto de Manuela... —prosigue José Antonio, mientras yo me refugio en mis recuerdos, esos que se empeñan en hacer acto de presencia continuamente...—. Vamos con el repaso de texto y el ensayo de movimientos. Todos a sus puestos.

Ensayamos la escena unas cuantas veces con él y cuando la da por válida, y tras las pruebas de iluminación y de cámara, nos ponemos con ella. En ese momento, al quedarme en manga corta con este frío insoportable, y mientras María, una de las maquilladoras, me rocía la cara con agua para simular el sudor, recuerdo esa noche de hace mil años cuando, en su coche, Orlando me habló de los inconvenientes de su trabajo y de lo duro que podía llegar a ser...

Rodamos durante toda la mañana sin tomarnos un descanso y, tras la comida, nos dirigimos al sendero que nos llevará a la primera ermita y al valle donde incorporarán la escena que rodamos en el croma y, con tristeza, observo ese camino de musgo, ramitas y tierra.

—Vamos a grabarte caminando por él y cuando llegues al valle quiero que te detengas y mires hacia el cielo, donde se supone que un águila estará sobrevolando tu cabeza. Mírala, emocionate, conecta con el lugar, se supone que te vas y que no sabes cuándo volverás.

Atiendo a las explicaciones de José Antonio sabiendo de sobra cuáles son los sentimientos de Marcela, sintiendo su pena como propia y, tras inspirar profundamente y hacer el ensayo de movimientos, me coloco donde me indican, mientras todo el mundo calla y de nuevo oigo las órdenes de Carlos.

—¡SILENCIO! —nos ordena y cuando todo el mundo enmudece, prosigue—: Sonido graba.

—Grabando —responde el técnico de sonido.

—Cámara graba.

—Grabando.

—Claqueta.

—Escena cuarenta y uno, secuencia dos, toma uno.

—¡ACCIÓN!

Camino envuelta en el más absoluto de los silencios, roto únicamente por el sonido de las hojas de los árboles al ser movidas por el viento, el canto de los pájaros y el crujir de las ramitas al ser pisadas y siento que los ojos se me humedecen al

llegar al pequeño valle, donde alzo la mirada hacia el cielo y veo que, sorprendentemente, un águila está sobrevolando mi cabeza. Sin poder reprimir más la pena que siento, la libero en forma de lágrimas, olvidando a José Antonio y a todo el equipo que tengo frente a mí para simplemente sentir y permitir que los recuerdos fluyan libremente, imaginándolo a mi lado con su mirada descarada recorriendo mi cuerpo y su media sonrisa acompañando un comentario insolente que seguramente terminaría con un «gatita» y siento como mi labio inferior tiembla ligeramente mientras otra lágrima surca mi mejilla y yo, como en trance, subo la pequeña colina que me llevará hasta la primera ermita.

—Como vuelvas a llamarme gatita te comes mi puño —le diría con aplomo.

—No me obligues a repetirme lo que me comería delante de tanta gente —me respondería con insolencia, tan canalla como siempre, arrancándome una sonrisa.

—¡CORTEN!

—¡Hemos cortado! —ratifica Carlos.

Sus voces me hacen reaccionar y me vuelvo hacia ellas, dejando de verlo. «¿Cómo he llegado hasta aquí?», me pregunto contemplándolos extrañada, encontrándome con la mirada fascinada de todo el equipo.

—¡PERFECTO! ¡La damos por buena! —me indica José Antonio una vez la ha visualizado—. Ese momento en que sueltas esas lágrimas va a emocionar hasta a las butacas.

—¿De verdad? —le pregunto aliviada, pues temía haberme salido de plano o haberme movido con demasiada rapidez.

—Has estado increíble, Paloma, y ahora quiero lo mismo, quiero esas lágrimas, quiero esa emoción que te oprime el pecho. Vamos a grabarte en lo alto de esa colina. Recuerda cómo se siente Marcela. Está observando su pueblo, ese al que no sabe cuándo volverá, está dejando sus raíces, lo que conoce y lo que quiere. Haznos vibrar de nuevo —me pide, colocándose en su puesto, tras el combo.

«¿Quiere lágrimas? ¿Quiere emoción? Pues yo tengo de sobra», pienso, mientras Blanca y Héctor hablan sobre el paisaje, los rayos del sol, mi perfil... y todas esas cosas que a mí no me importan en absoluto, pues a mí sólo me importa él y la decisión que tomé.

—Cuando quieras, José Antonio. Paloma, ¿estás lista? —me pregunta Carlos y asiento, intentando olvidar mi vida para vivir la de ella...

Hoy es el día de mi partida y desde lo alto de esa colina, mientras el viento agita mis faldas, observo mi pueblo, ese que llevaré grabado en mi memoria hasta mi regreso... Las casas de piedra con sus altísimas chimeneas decoradas con los espantabrujas, el paisaje abrumador, y alzo la mirada hacia el cielo mientras de nuevo una lágrima surca mi mejilla... «¿Cómo he podido renunciar a él? —pienso de repente, olvidando que estamos rodando—. ¿Cómo he permitido que mis miedos e

inseguridades anulen mis deseos?», me pregunto paralizándome en lo alto de la colina, mientras empiezo a ahogarme con lo que estoy sintiendo...—. ¿Cómo he podido alejarlo de mi vida cuando era lo que más quería?

—¡CORTEN! —oigo de fondo.

No puedo respirar... no puedo respirar... me ahogo...

—¡Hemos cortado! —ratifica Carlos y me doblo por la mitad intentando llenar mis pulmones de aire, empezando a llorar...

—¡Palomaaaaa! ¿Estás bien? —me pregunta Ignacio con preocupación, mientras yo, aterrorizada, me concentro en respirar.

—Yo me ocupo de ella —dice una voz firme y alzo mi mirada desenfocada hasta encontrarme con la del hombre que ha hablado.

¿GAEL? Pero... ¿qué hace aquí? ¿O lo estaré soñando? «¿Habrás venido Orlando también?», me pregunto todavía doblada por la mitad, sin poder dejar de llorar, dejándome arrastrar por él, que me aleja de las miradas curiosas de todo el equipo.

—Tranquila, ¿vale? —musita abrazándome y reconfortándome con su voz.

—Tengo que volver, estamos en medio de una grabación —contesto, sin poder dejar de llorar, sin reconocerme y avergonzada como nunca en mi vida.

—Y una mierda, tú no estás para grabar nada ahora.

—Te aseguro que acabo de grabar las dos mejores escenas de toda mi vida —le digo secándome las lágrimas y separándome de él—. Estoy bien, tranquilo —digo con un hilo de voz, empezando a respirar con normalidad.

—Paloma, por hoy has acabado —me anuncia Carlos llegando hasta donde estamos nosotros—. Hemos decidido modificar el plan de rodaje y grabar las escenas de Olivia y Roberto. Tómate un descanso y mañana seguimos.

—Estoy bien, no hace falta que cambiéis nada —le digo apurada.

—Por supuesto que hace falta, joder, pero si estabas doblada por la mitad —masculla Gael con dureza.

—Tenemos a Gabriella y a Rodrigo listos para rodar, no te preocupes, de verdad. Además, son órdenes de Ignacio —me dice, haciendo referencia a los actores que darán vida a Olivia y Roberto—. Recupérate y descansa —me pide antes de regresar al valle, donde rodarán una de las escenas más bonitas de la película.

—Siento que me hayas visto así... —le digo a Gael, todavía avergonzada—. Ha sido un momento muy intenso y yo... yo no estoy en el mejor de mi vida. Supongo que se me ha juntado todo... —añado encogiéndome de hombros ante su silencio—. No sabía que estabas aquí...

—He llegado hace casi una hora, pero estabas ocupada y no he querido molestarte.

—Vaya... no te he visto.

—No me extraña, con la barbaridad de gente que hay... La verdad es que ha sido interesante ver cómo rodabais y verte a ti —me dice, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Pero... ¿para qué has venido? —pregunto finalmente, intentando dejar de llorar de una puñetera vez—. Él... ¿él también está aquí?

—¿Orlando? No, he venido solo.

—Pero... ¿sabe que estás aquí?

—Por supuesto que no, con él ahora no se puede hablar. Oye... demos un paseo y te lo explico todo, ¿vale? —me propone con seriedad y asiento en silencio, deseosa de respuestas.

Caminamos en silencio por ese sendero que, como Ainsa, parece inmune al paso de los años, y durante unos segundos imagino a los hombres recorriéndolo a caballo, a los monjes vestidos con sus hábitos negros entonando algún tipo de cántico, iluminando este camino con velas y farolillos, con el águila sobrevolando sus cabezas... como está haciendo ahora... «¿Siempre será la misma águila?», me pregunto observando el círculo perfecto que está describiendo sobre nosotros...

—¿Estás mejor? —me pregunta Gael finalmente, sacándome de mis pensamientos.

—Hay momentos en los que siento que no puedo respirar, como antes, cuando me duele tanto que es como si me ahogara...

—Sé a lo que te refieres —me dice sorprendiéndome, sin dejar de caminar—. Durante años yo me sentí así y en todo ese tiempo nadie entendió mi postura, como ahora Luna no entiende la tuya...

—Está enfadada conmigo... —musito con tristeza.

—No sé si «enfadada» es la palabra correcta —me dice sin ahondar más en el tema—. Me ha contado lo de tu padre, espero que no te moleste...

—Siempre y cuando no te dediques a airearlo a los cuatro vientos, no me importa —contesto, echando de menos a mi amiga.

—Por ese lado puedes estar tranquila, tu vida es tuya, como la mía es mía, y hoy me gustaría compartirla contigo —me dice, deteniéndose en medio del sendero y consiguiendo que contenga durante unos segundos la respiración—. Siempre y cuando no te dediques a airearla a los cuatro vientos, por supuesto —prosigue sonriendo.

—Tú también puedes estar tranquilo por eso.

Y entonces, mientras recorremos el camino y llegamos a lo alto de la colina, escucho la historia de este hombre que es tan dolorosa o más que la mía... Una historia desgarradora y de superación, que hace que lo vea con otros ojos.

—Sé lo que es estar al borde del precipicio, sé lo que es vivir con el dolor paralizándote, sé lo que es que tus creencias te frenen y te impidan seguir y sé lo que es que nadie te entienda... Nadie mejor que yo para saberlo, pero nadie mejor que yo para demostrarte que, si se quiere, se puede...

—Cuando me has visto llorando así, estaba preguntándome cómo había podido renunciar a él, cómo había podido renunciar a algo que era tan preciado para mí... —le confieso evitando su mirada, esa mirada azul turquesa que parece leer en mi interior.

—Yo también renuncié a Luna y no una vez... —musita, guardando unos minutos de silencio—. Date tiempo, Paloma, y dáselo a Orlando, creo que ahora lo necesita más que tú.

—Él... él ahora me odia, ¿verdad? —pregunto, sintiendo cómo las lágrimas surcan mi rostro.

—Dicen que del amor al odio hay un paso... pero igual que puedes darlo puedes retrocederlo. No te presiones y piensa en lo que deseas realmente y cuando lo sepas, que no haya vuelta a atrás. Si decides intentarlo, que no haya duda ni temor, y si decides no hacerlo, no lo busques más y deja que te olvide... Yo no lo hice así y me arrepiento muchísimo del dolor que le causé a Luna.

—No quiero que me olvide —le confieso aterrorizada de que eso pueda llegar a suceder—, aunque suene contradictorio o egoísta.

—Y no lo hará, no todavía.

—¿Cómo lo sabes? —musito con dolor.

—Porque contigo ha hecho todo lo que juró que no haría nunca. ¡Joder, pero si estabais viviendo juntos! ¿No te contó cómo Philip y yo nos metimos con él? —me pregunta sorprendiéndome y haciéndome sonreír a pesar de mis lágrimas—. Philip estaba en Madrid con Paula y la niña visitando a la familia y una tarde nos presentamos en su casa. Tú habías salido con Luna y con Greta y se las devolvimos todas juntas entre cerveza y cerveza.

—Recuerdo que me contó que habíais ido, pero no me dijo nada de lo otro...

—Joder, cómo nos metimos con él y con tu cepillo de dientes rosa —me confiesa carcajeándose.

—Me lo compró él... —le digo, encogiéndome de hombros.

—¡No me jodas! ¡Eso no nos lo dijo! —prosigue descojonándose.

—Y no me dejó en paz hasta que acepté vivir con él —le explico con seriedad, recordando esos días...—. Sé que esa noche fui muy injusta y que no debería haberlo comparado con mi padre, y sé que, posiblemente, otra mujer hubiera estado feliz con su propuesta, pero yo no, yo quiero más... —le confieso con dolor.

—Siempre queréis más —me dice sonriendo—, eso no es ninguna novedad. La pregunta es: ¿qué es lo que quieres?

—Quiero algo que Orlando no puede darme. Lo quiero a él y quiero lo que hemos tenido hasta ahora —musito, evitando su mirada.

—¿Y se lo has dicho? —me pregunta, dando en el clavo.

—No.

—¿Por qué? —insiste.

—Porque temo que no sienta lo mismo por mí y porque no sé si está preparado para dármelo.

—Fue él quien te propuso mantener una relación —matiza.

—Una relación a distancia —matizo yo esta vez—. Viéndonos esporádicamente entre rodaje y rodaje... Lo siento, pero no creo en ese tipo de relaciones, al final siempre termina llorando alguien y estoy segura de que ese alguien sería yo.

—Bueno, pero por algo se empieza, y más él, que siempre ha sentido pavor de las relaciones —insiste, recordándome las palabras de mi amiga.

—¿Alguna vez has hinchado un globo y en lugar de anudarlo lo has dejado desinflarse? ¿Has visto cómo iba perdiendo aire hasta vaciarse por completo? Pues así lo vi yo esa noche, muy seguro de sus palabras al principio y con muchas dudas al final. Puede parecer una estupidez, pero necesito sentirme segura, necesito que me digan que me quieren y saber que quien esté a mi lado lo estará siempre y luchará por mí como no luchó mi padre... —le digo, sorprendiéndome por estar hablando con Gael de un tema tan delicado para mí.

—¿Tú también eres de las que quiere un caballero de brillante armadura? —me pregunta con dulzura.

—En realidad no, yo soy más bien de Thor y su martillo —le respondo sonriendo entre lágrimas—. ¡Joder, debería ir al psicólogo! —musito, secándomelas con el dorso de la mano.

—Yo también debería haberlo hecho y no lo hice...

—¿Qué fue lo que te hizo cambiar? —le pregunto, volviéndome para mirarlo, mientras él guarda silencio unos minutos.

—Digamos que de alguna forma sentí que tenía permiso para seguir... —me confiesa finalmente—. Los sentimientos son complicados y son ellos los que rigen nuestra vida. Perdona a tu padre, Paloma, reconcílate con él y con lo que sientes y poco a poco llegará esa confianza que ahora te falta. Sólo entonces serás capaz de cerrar los ojos y tirarte de cabeza, porque el amor es eso, tirarte al vacío sabiendo que quien esté a tu lado frenará tu caída, es saber que todo irá bien sin tener ninguna garantía que lo avale, es poder decir libremente «te quiero» sin que te lo hayan dicho previamente y, sobre todo, es confiar —me asegura, clavando su impresionante mirada azul en la mía—. ¿Te contó lo que le sucedió? ¿Alguna vez te habló de su pasado?

—Él no, pero sí lo hizo Mic —le contesto.

—Mic estuvo a su lado y más tarde, cuando se largó, lo estuvimos Philip, Mia y yo... y puedo asegurarte que sufrió muchísimo. Y no sólo por él, también por su familia. De repente su nombre estaba en boca de todos, y no precisamente por su trabajo, un trabajo que por cierto perdió. Pasó de ser Orlando Sun, el actor al que todos se rifaban, a ser un apestado, alguien a quien todos señalaban con el dedo. Tuvo que escuchar barbaridades de todo tipo y, finalmente, cuando ya no pudo más, se largó, prometiendo que nunca más volvería a rodar en España —me dice sentándose

en el borde del precipicio. Yo lo imito, sentándome a su lado—. Y lo cumplió. A pesar de las muchísimas llamadas de Berto y de lo duro que le resultó comenzar de nuevo, nunca volvió a rodar aquí. Pero el tiempo pasa y el rencor se diluye si no lo alimentas y más cuando conoces a una pequeña delincuente que te vuelve loco —añade sorprendiéndome al llamarme por el mote que solía utilizar Orlando.

—Él también podría haber desconfiado de ti, Paloma —continúa—, tenía motivos de sobra para hacerlo con su pasado, pero en cambio te abrió las puertas de su casa y de su vida y volvió a rodar en España. Puede que no te dijera que te quería, pero lo hizo de otra forma, la suya... Hasta que lo decepcionaste tanto que perdió las ganas de luchar y de decir nada —dice prudente, mientras yo observo el precipicio a mis pies y caigo por el mío propio con sus palabras.

—¿Por qué has dicho antes que ahora no se puede hablar con él? —musito, temiendo su respuesta.

—Porque ahora no razona y sólo... Déjalo, no importa...

—Sólo quiere follar con otras mujeres... Es eso, ¿verdad? ¿Por eso te has callado? —le pregunto con una firmeza que no sé de dónde me sale, pues el vacío de mi interior está arrasando con todo.

—¿Te das cuenta? Sin saber dónde o cómo está has desconfiado de él sin tener motivos —me responde con sequedad.

—Lo... lo siento... —musito maldiciéndome, avergonzada de mí misma.

—Lo único que sé es que está rabioso y que ahora no se puede hablar con él porque no atiende a razones —prosigue tras unos minutos de silencio, en los que yo sólo he sido capaz de mirar el vacío a mis pies—. Tanto Philip como yo lo hemos intentado todo, incluso Luna intentó que te entendiera, pero para él sólo hay un hecho y es que tú has pensado lo peor de él... ¿No lo entiendes? —me pregunta, mirándome con determinación—. Tu miedo es que te dejen como lo hizo tu padre y el suyo es que de nuevo lo juzguen erróneamente, sobre todo tú, la mujer a la que quiere, aunque posiblemente todavía no se haya dado cuenta.

—Joder... —musito con un hilo de voz, cubriendo mi cara con las manos, avergonzada y arrepentida.

—Por eso no fue tras de ti, porque con tu desconfianza trajiste a sus demonios de vuelta. Y sé que no lo hiciste a propósito, pero no se lo merece, Paloma, no se merece que lo compares con tu padre, porque te aseguro que si algo es Orlando es un tío legal que nunca abandonaría a su familia.

—Yo... yo no pensé en su pasado, no quise... —farfullo, empezando a llorar sin saber qué decir o hacer.

—Ya lo sé, ven aquí —me dice Gael abrazándome, mientras yo siento cómo caigo en picado por ese precipicio que no tiene fin—. Deja que el tiempo pase y que la ira que ahora lo consume se enfríe. Ambos necesitáis tiempo...

Y, guardando silencio, lloro abrazada a él, con el águila sobrevolando nuestras cabezas...

—Gracias por venir y por hablar conmigo —musito finalmente separándome de él y secando mis lágrimas.

—El treinta y uno de diciembre su grupo tocará en Madrid y nosotros tenemos pases Vip. Si no estás rodando y decides intentarlo, tengo uno para ti. Piénsalo...

—¿Te lo ha dado él? —pregunto esperanzada, sin dejar de llorar.

—No, él solamente me ha dado dos, uno para Luna y otro para mí, pero tengo contactos y he conseguido otro para ti si lo quieres —me explica, guiñándome un ojo.

—El treinta y uno de diciembre estaremos en Irlanda —musito, recordando el plan de rodaje—. Pero yo no tengo que rodar ninguna escena...

—Piénsalo pues, tienes tiempo para hacerlo y esa noche es el momento perfecto. Cierra tu año y el suyo de la mejor manera posible.

—Si decidiera ir... ¿crees que querrá escucharme? ¿O estará tan cabreado que no...?

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —me asegura cortándome—. Oye, tú tomaste una decisión que trajo consigo unas consecuencias que debes asumir. Antes me has dicho que si hubiera luchado por ti no te habrías largado, ¿verdad? ¿No has pensado que quizá Lando necesite lo mismo? ¿Qué quizá necesite que luchen y le demuestren que confían en él?

—Tendré que sacar el martillo para poder hacerlo —musito, secándome las lágrimas.

—Yo tengo mi espada lista para ayudarte si hace falta —me dice él sonriéndome.

—Luna tiene mucha suerte por tenerte a su lado —musito.

—Se lo recordaré si algún día lo olvida —me dice levantándose—. Tengo que irme, mi avión sale en unas horas —me explica, tendiéndome una mano para ayudarme a levantarme. Y lo hago... por fin empiezo a levantarme.

Y esa noche, sentada en la enorme cama, consigo coger el móvil para husmear en sus redes sociales. Accedo primero a Instagram y, tras pulsar sobre la lupa y localizar su nombre, la pantalla se llena de imágenes suyas; solo en algunas, con su grupo en otras y con mujeres en la mayoría, rubias, morenas y pelirrojas... sus «gatitas», pienso con dolor, sintiendo mi corazón detenerse mientras accedo a una de ellas. Está mirando fijamente a la cámara con la mujer colgada de su cuello, mordiéndole el lóbulo de la oreja y siento cómo me ahogo y las lágrimas empiezan a fluir... de nuevo...

«Pero ¿no te das cuenta? ¡QUE TE ESTÁS PONIENDO CELOSAAAAAAA! ¡Haz el favor de hacer las maletas y darle a esa tía un par de sopapos bien dados por morder lo que es tuyo!», me grita la insolente voz de mi cabeza, mientras yo sigo cayendo, absorbida por el vacío, con cada fotografía que abro...

Más mujeres, más mordiscos, más toqueteos, incluso besos... Joder... y cuando accedo a un vídeo, el de su primer concierto, y lo veo sobre el escenario vestido de negro, cantando con esa voz ronca que tan bien conozco, tan brutal e impresionante

como siempre, termino de derrumbarme mientras retrocedo a esa noche en La Cueva cuando cantó *Beautiful Day*... cuando me la cantó a mí... Y de nuevo caigo por ese vacío que no tiene fin...

Paso una de las peores noches de mi vida, pero cuando me levanto lo hago con un firme propósito: seguir los consejos de Gael y de la insolente voz de mi cabeza y, bajo el chorro de la ducha, me prometo que haré lo posible y lo imposible por superar mis temores, por perdonar a ese hombre al que en su día tanto quise y, sobre todo, por dejar bien claro que nadie, absolutamente nadie, tiene derecho a morder lo que es mío.

«¡ESA PALOMA CÓMO MOLA, SE MERECE UNA OLAAAAAAA!», me grita la insolente voz de mi cabeza, a la que visualizo haciendo la ola, mientras yo sonrío finalmente bajo el agua.

CAPÍTULO 34

Los siguientes días los paso volcada en el rodaje, siguiendo a Orlando a través de las redes sociales, a pesar de que, por mi salud mental, lo más recomendable sería que no lo hiciera, y leyendo artículos de cómo dejar atrás el pasado para poder afrontar el futuro; una completa pérdida de tiempo, pues la cruda realidad es que no sé si estoy empezando a caminar o me mantengo completamente estancada en el fango de mis mierdas, pues, a pesar de mis esfuerzos, mis sentimientos siguen ahí; el mismo rencor, el mismo resentimiento, los mismos temores, la misma inseguridad...

«Ojalá fuera tan sencillo como decir "te perdono" —pienso, saliendo del pueblo y dejando atrás la iglesia de «San Martín», mientras el gélido viento de diciembre sacude mi cuerpo entumecido—. Ojalá hubiera algún botón de borrado o de reinicio dentro de mí», me digo, encaminando mis pasos hacia ese sendero que me llevará a la ruta de las ermitas; necesito encontrar el silencio y la paz que allí se respira.

—¡Paloma! —me llama Ignacio y me vuelvo hacia él.

Camina hacia mí y lo espero, sintiendo de nuevo esa ternura que me invade cada vez que estoy con él, algo que sucede muy a menudo últimamente, pues desde que tuve aquella «crisis», si puede llamarse de esa forma, Magda y él se volcaron conmigo convirtiéndose en mis puntos de apoyo cada vez que sentía el suelo moverse bajo mis pies.

—¡Hola! Iba a dar un paseo, ¿te apuntas? —le pregunto sonriendo, pues, aunque la idea inicial era ir sola, con él me siento tan bien que no me importa en absoluto modificar mis planes.

—La verdad es que necesito caminar un poco y estirar las piernas, así que, si no te importa que este vejestorio te acompañe, acepto tu oferta.

—¿Sabes?, para mí siempre serás el hombre del número dieciséis, ni siquiera soy capaz de verte como el productor de la película. Y de vejestorio nada, más bien madurito interesante —le contesto sonriendo, echando a andar.

—¡Y tan madurito! —me responde riendo—. Bueno, pues ya que tú lo has mencionado, tengo que decirte que para mí siempre serás aquella joven perdida que no encontraba lo que tenía delante —me dice poniéndose serio—. ¿Lo has hecho ya? ¿Lo has encontrado?

—¿Te importaría hablarme en cristiano? ¡Ufff! ¡Qué frío! —musito estremeciéndome, alzándome el cuello de la chaqueta y hundiendo la barbilla dentro.

—Desde que él se fue estás cambiada, Paloma, y aunque te está beneficiando para interpretar a Marcela, me tienes preocupado. ¿Qué pasa por esa cabeza? Y no me malinterpretes, no quiero que pienses lo que no es, suficiente mala fama tenemos ya

los productores con las actrices, pero yo, y sobre todo fuera de rodaje, continuó viéndote como esa joven a la que un día di cobijo bajo mi paraguas.

—Nunca has hecho nada para que pueda sentirme mal, al contrario —le digo, mirándolo con ternura.

Su pelo canoso, las arrugas en torno a sus ojos, esos que a menudo destilan tanta tristeza, su porte imponente, su clase, que desprende sin pretenderlo, y esa capacidad para preocuparse por mí me emocionan y me aferro a su brazo, ahora que el sendero es más ancho.

—Pues entonces dime qué sucede y si puedo ayudarte. No quiero verte así si en mi mano está beneficiarte en lo que sea.

Veo el águila sobrevolando nuestras cabezas, describiendo círculos, y me detengo durante unos segundos para admirar su vuelo, su precisión, preguntándome de nuevo si será la misma águila o cada vez es una distinta...

—¿Cómo puedes perdonar a alguien que no ha movido un solo dedo para que lo hagas? —le pregunto, dejando de observar el águila para mirarlo a él—. ¿Cómo voy a poder seguir si soy incapaz de hacerlo?

—Creía que habías dicho que eras tú la responsable de todo —me dice, echando a andar de nuevo, conmigo aferrada a su brazo.

—No estoy hablando de Orlando —musito con un hilo de voz, deteniendo mi mirada en el musgo del camino, en las hojas secas que, una a una, forman una alfombra natural junto con las ramitas y las piedras—. Es de mi padre de quien hablo —explico y siento que hasta mencionarlo me duele hasta desgarrarme.

—Lo siento, había dado por hecho que te referías a Orlando. ¿Puedo preguntar qué te hizo para que tengas que perdonarlo? No me respondas si no quieres, por favor.

—Nos abandonó cuando yo era pequeña y dejó a mi madre sola conmigo y con dos niños de apenas unos meses —musito, sintiendo cómo la garganta se me cierra, como siempre, y cómo el rencor arrasa con cualquier buen propósito—. Durante años crecí odiándolo y temiendo que alguien, algún día, pudiera hacerme a mí lo mismo, que la historia se repitiera conmigo... Por eso no estoy con Orlando, porque soy incapaz de confiar en él y decirle lo que siento —concluyo ante su silencio sepulcral.

—Yo fui un mal padre —dice Ignacio al cabo de un momento y lo miro sorprendida—. El peor. De hecho, creo que cometí todos los errores posibles, cometí tantos errores que conseguí que mi hijo se alejara de mi lado. Tensé la cuerda y presioné y presioné sin cesar durante años, a pesar de los ruegos de mi mujer, convencido de que era poseedor de la verdad y que él era un caprichoso inmaduro que sólo quería vivir la vida, negándose a ocupar el puesto de responsabilidad que le correspondía en la productora. Hasta que un día, harto de mis exigencias, se fue —me confiesa, mientras yo lo miro paralizada, sintiendo ese sentimiento de ternura crecer a

pasos agigantados en mi interior ante la tristeza que emana de él—. Murió frente a mí sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo —añade con voz rota y siento que el dolor me traspasa fulminante y los ojos se me humedecen ante sus palabras.

—Lo siento muchísimo —susurro, dándole un ligero apretón en el brazo, deseando reconfortarlo de alguna forma, impresionada por mi reacción.

—Tensé la cuerda tanto, que terminé rompiéndola. Era tan prepotente, tan tirano y tan orgulloso que para mí sólo había una verdad y un camino posible, el que yo había trazado para él. Sólo con el paso de los años me di cuenta de lo equivocadísimo que estaba, de lo mal padre que fui y de lo que tuvieron que soportar mi mujer y mi hijo. Pero ya era tarde, porque ya no estaban conmigo para escuchar mis disculpas.

—¿Y cómo lo superaste? ¿Con el tiempo?

—Cuando la muerte se cruza en tu camino, el tiempo es una mentira cruel, porque no te permite olvidar tus errores ni te da la oportunidad de retroceder para enmendarlos, sólo aligera tu carga y eso no es suficiente cuando pesa demasiado — prosigue con voz quebrada—. ¿Cómo lo superé? Supongo que hasta que pueda disculparme con ellos, aunque sea en otra vida, no podré hacerlo realmente, pero sí hice algo que me ayudó mucho —me cuenta y yo lo escucho con atención, sintiendo el dolor latir dentro de mí—. Escribí dos cartas, una para mi mujer y otra para mi hijo, en las que les decía todo lo que sentía; cuánto los quería, cuánto los echaba de menos y cuánto me arrepentía de mis actos. Les pedí disculpas por todo, algo que nunca hice cuando vivían.

Leí la carta de mi mujer frente a su tumba y la de mi hijo frente al mar, donde esparcimos sus cenizas cuando murió, como hice con las de la carta tras quemarla.

»Leerlas en voz alta y poder pedirles perdón imaginándolos a mi lado me ayudó a sobrellevarlo y a que me sintiera mejor —prosigue, deteniéndose cuando llegamos al primer valle, volviendo su mirada, cargada de tristeza, hacia mí—. Prueba a hacerlo tú también, Paloma, prueba a escribir en una carta todo lo que le dirías a tu padre si lo tuvieras delante, cuéntale cómo te sientes y cómo te has sentido durante todos estos años y luego entiérrala, quémala o haz lo que quieras y, aunque no puedo asegurarte que te ayude a superarlo, te prometo que te hará sentir mejor.

Asiento en silencio, demasiado impresionada con su confesión como para poder hablar, y, sumidos cada uno en sus pensamientos, emprendemos el camino de regreso.

Estamos casi a finales de diciembre, el rodaje en Tella ha finalizado y ayer llegamos a Irlanda, a ese lugar donde Olivia alcanzará la mayoría de edad y donde conocerá a Alice y a Elsa, un país de duendes, de hadas y de magia, donde el color verde parece dominarlo todo y donde, finalmente, decido escribir esa carta que he ido posponiendo desde que hablé con Ignacio.

Durante días me esfuerzo por plasmar en el papel mis sentimientos, abriendo mi corazón como nunca antes me había permitido hacerlo y, sobre todo, obligándome a ser sincera con lo que siento; llorando cuando no puedo más y secando mis lágrimas cuando necesito seguir escribiendo. Y aunque no sé si funcionará, poder sacar fuera lo que durante años me ha ido corroyendo, hace que me sienta mejor, incluso más ligera, y una mañana soleada, mientras el equipo rueda en lo que se supone que es «Morrigan College», el internado de Olivia, yo cojo uno de los vehículos para ir a los acantilados de Moher, pues hay algo en mi interior que me dice que debo leer la carta allí. Puede que por lo que sucede en esos acantilados en *Soñaré que te sueño*, o simplemente porque debe ser así.

Tras aparcar y abrigarme bien, emprendo la marcha hacia ese lugar que promete ser tan especial para mí y, tras atravesar una pradera ondulante, llego hasta esas impresionantes moles, que, imponentes, se alzan majestuosas sobre el Atlántico. El contraste del color azul oscuro del mar, del verde intenso de la hierba y del negro de las rocas me asombra y fascina al mismo tiempo, haciendo que me sienta pequeña ante tal magnificencia y siento que se me eriza el vello y los ojos se me humedecen de emoción.

Inspiro profundamente, aspirando el olor del mar, empapándome de las vistas y escuchando el sonido de las olas al romper contra las rocas, entremezclado con el del viento y el graznido de las aves, y todo ello me transporta a ese momento del libro en el que Olivia se promete que regresará ahí con él...

—Yo también prometo que volveré aquí contigo, también prometo que conseguiré que me quieras y que haré lo posible y lo imposible para que me perdones —musito frente a este mar inmenso que parece no tener fin.

Y puesto que he empezado a hablar, sigo haciéndolo y empiezo a leer esa carta que tantas lágrimas ha traído consigo, esa carta que contiene mi corazón y mi alma en cada letra, y sin saber si mi padre está vivo o muerto, leo en voz alta lo que le diría si estuviera a mi lado. O tal vez no, pues si estuviera junto a mí puede que nunca dijera esto... O sí, quién sabe lo que le diría si tuviera la oportunidad de hacerlo.

—*Siempre me contaste que la primera palabra que dije fue «papá», incluso ahora, cuando no estás a mi lado, es la que continuamente resuena en mi cabeza, aunque te llame «ese hombre» y aunque esté enfadada contigo, por decirlo de una manera suave —empiezo a leer, sintiendo cómo el viento se enrosca suave alrededor de mis piernas—. No sé si te fuiste porque yo hice algo mal, puede que fuera demasiado pesada, puede que siempre quisiera que me columpiaras, que te bañaras conmigo en la playa o que me contaras tus historias una y otra vez, puede que con mis exigencias no te dejara tiempo para estar con mamá y con los niños, pero lo hacía porque te quería y te necesitaba tanto que sólo anhelaba que tuvieras ojos para mí. No sé si te fuiste por eso o, como dice mamá, porque la vida familiar te superó —leo, mientras una lágrima se desliza por mi mejilla—. No sé por qué te fuiste, papá, pero lo que sí sé es que durante años esperé tu regreso. Y, aunque esto mamá nunca*

lo supo, los días que no tenía colegio iba al puerto para ver a la gente que llegaba a la isla —prosigo, sintiendo que la garganta se me cierra—. Le decía a mamá que me iba a casa de Luna o de Jimena y me sentaba en el bordillo del puerto esperando ver tu rostro entre los pasajeros que llegaban semana tras semana, año tras año... Y durante esos años te hice un dibujo por cada cumpleaños tuyo, por cada Día del Padre o cualquier día en que te necesitaba un poquito más, aunque eso mamá tampoco lo supo nunca. Hasta que llegó el día en que dejé de ir al puerto y dejé de hacerte dibujos y me convencí de que te odiaba, de que no nos hacías falta y de que tú te lo perdías. Y aun así seguía echándote de menos; tus besos, tus abrazos, cuando me llamabas «Palomita» y esos momentos en los que me escuchabas como si no hubiera nada más importante para ti que lo que yo tuviera que contarte. Te quería tanto, papá, que cuando te oí esa noche mi mundo se derrumbó y dejé de sentirme segura. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué nos abandonaste cuando nosotros te queríamos tanto? Mamá dejó de reír ese día, te llevaste su risa y su alegría contigo y yo tuve que fingir que no te echaba de menos, tuve que fingir que todo estaba bien para que ella no sufriera más, tuve que crecer cuando no tenía edad para hacerlo y, con los años, el amor se convirtió en odio y me obligué a olvidar cuánto te quería, a olvidar tu rostro, el olor de tu colonia o lo mucho que me gustaba dormirme en el sofá para que luego tú me cogieras en brazos y me llevaras a la cama —le cuento ya llorando—. ¿Sabes una cosa? Muchas veces no me dormía, pero fingía hacerlo. Me gustaba sentir tus besos en mi frente mientras me decías «Palomita, Palomita, ya te has dormido otra vez». ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me privaste de ti? ¿Por qué, papá? ¿Por qué me hiciste odiarte cuando eras lo que más quería en este mundo? —le pregunto llorando desconsoladamente, sin ser capaz de seguir leyendo—. Te quiero, papá, y estés donde estés quiero que sepas que hoy retrocedo ese paso que di para volver a quererte, y si puedo pedir un deseo, pido verte, pido volver a abrazarte, te pido a ti y te prometo que no me haré de rogar, que no haré que supliques mi perdón, porque ya lo tienes. Estés donde estés, estás perdonado papá —termino, cayendo de rodillas frente a ese mar inmenso, llorando sin consuelo, aferrando con fuerza la carta entre mis manos, cerca de mi corazón.

Lloro durante lo que a mí me parece una eternidad y, con mis palabras y mi llanto desgarrado, llega la paz y la calma, esa que nunca creí que volvería sentir. Y puesto que es imposible quemar la carta con el viento que hace, cavo un pequeño hoyo en la tierra y la entierro; un hoyo frente al infinito, frente a este mar que con sus aguas moja todo lo que toca, deseando enterrar en él definitivamente mi rencor y mi odio, deseando que esos sentimientos tan dañinos nunca vuelvan y, sobre todo, deseando seguir con Orlando a mi lado... deseando poder cumplir mis promesas.

—Si es lo que deseas de verdad, lo conseguirás —me dice una voz pausada y suave y me vuelvo hacia ese sonido ligero como la brisa hasta encontrarme con una mujer más o menos de mi edad.

—¿Cómo sabes lo que deseo? ¿No habrás estado escuchándome? —le pregunto enfadada y avergonzada... Pero no puede ser... ¡estaba sola!

—Tu corazón habla tan fuerte que no necesito escucharte para saber lo que sientes —me dice, llegando hasta mí con tal fluidez que en lugar de caminar parece que vaya flotando—. Todo está aquí dentro, sea bueno o malo —me asegura, llevando la palma de su mano a escasos centímetros de mi corazón y siento cómo una sensación cálida y placentera recorre mi interior—. En tu mano estaba que la luz venciera a la oscuridad y hoy lo ha hecho. Tú has pedido y se te ha concedido —me dice suavemente y la miro hipnotizada.

Tiene unos ojos increíblemente verdes, su pelo, rojo como el fuego, parece flotar en torno a su cara y su piel es blanca como si de porcelana se tratara...

—¿Eres real? —musito con incredulidad, alargando una mano para tocarla, pero el fuerte chillido de las aves me sobresalta y me vuelvo hacia ese sonido—. ¿Cómo sabes...? —empiezo a preguntar, pero ella ya no está...

«¿Cómo puede ser? Pero ¡¿si estaba aquí hace un momento?!», me pregunto, buscándola con la mirada. Pero no está... Inexplicablemente, esa mujer de pelo rojo como el fuego y ojos verdes como esta isla ha desaparecido y me siento en el suelo, sintiendo que las piernas empiezan a flaquearme, sin saber qué acaba de suceder. Y cuando veo una flor en el lugar donde he enterrado la carta, empiezo a llorar, demasiado impresionada como para poder reaccionar.

¿Cómo ha podido crecer una flor en apenas unos minutos? ¿Cómo sabía esa mujer cómo me sentía? ¿Cómo sabía lo que he pedido? Y entonces recuerdo mis días en Tella y mi petición frente a la casa de la enredadera... y siento que el suelo se abre bajo mis pies... «Tú has pedido y se te ha concedido»... «¿Significa eso que voy a ver a mi padre y que volveré con Orlando? ¿Acabo de vivir una experiencia paranormal?», me pregunto tan impresionada que temo levantarme y caerme de bruces.

Sólo cuando consigo recuperarme de la impresión y estoy segura de que las piernas no van a fallarme emprendo el camino de regreso, buscando continuamente a la mujer con la mirada, preguntándome de nuevo quién será, si será real o si la habré imaginado. Puede que me haya vuelto loca... que es lo más probable...

Durante la siguiente semana regreso un par de veces más a los acantilados, siempre esperando encontrarme con ella, volver a ver ese pelo rojo como las llamas de una hoguera y escuchar su voz ligera y suave como la brisa de un día de verano... esperando encontrar respuesta para las miles de preguntas que tengo y, aunque nunca la encuentro, la paz y la calidez que sentí dentro de mí cuando ella acercó la palma de su mano a mi corazón no me abandona a pesar de los nervios que bullen en mi interior y que crecen a pasos agigantados cada vez que pienso que voy a ver a Orlando de nuevo. Y, aunque me temo que no va a ponérmelo fácil, estoy dispuesta a cumplir mi promesa y hacer lo posible y lo imposible para que volvamos a estar juntos...

«Tú has pedido y se te ha concedido», recuerdo mientras hago la maleta, pues hoy estamos a 30 de diciembre y regreso a Madrid posiblemente para no volver.

Me despido de Magda y de todo el equipo entre besos y abrazos y, cuando mi mirada se encuentra con la de Ignacio, encamino mis pasos hacia él, hacia ese hombre que me mostró que el número 16 existía, a pesar de que yo fuera incapaz de verlo, ese hombre que me dio cobijo bajo su paraguas un día de lluvia y que más tarde me ofreció su hombro cuando yo necesité apoyar mi cabeza en él, ese hombre que me abrió su corazón para ayudarme a sanar el mío.

—Me marchó —le digo, esforzándome para no llorar, abrazándolo y sintiendo esa ternura que me invade cada vez que estoy con él.

—Vamos a echarte mucho de menos, sobre todo yo. Creo que me he acostumbrado demasiado a ti y a nuestras charlas —me confiesa sonriéndome.

—Quedan pocas semanas de rodaje, llámame cuando regreses a Madrid, no quiero que perdamos el contacto —le digo de corazón.

—Yo tampoco. Buen viaje, Paloma, y mucha suerte, aunque estoy seguro de que la tendrás.

—Eso espero —musito, inspirando profundamente, con los nervios a flor de piel —. Nos vemos pronto.

CAPÍTULO 35

Llego a Madrid atacada perdida. Saber que Orlando está aquí y que mañana lo veré me tiene al borde del infarto. Cargada con mis maletas y con el corazón latiéndome en la garganta, llego a la terminal de llegadas, donde, sorprendentemente, veo a mi amiga Luna esperando... Vaya... qué sorpresa.

—Hola —musito, más nerviosa de lo que ya estaba—. ¿Qué haces aquí? —le pregunto con un hilo de voz.

—¿Qué voy a hacer? Pues esperarte. Ven aquí, pava —me dice con aplomo, abrazándome, y suelto las maletas para aferrarme a ella—. Qué hostia te hubiera dado —añade, arrancándome una carcajada.

—Vale, muchas gracias.

—Te la merecías, aunque más vale tarde que nunca. —Me suelta y observa mi rostro—. ¿Estás bien? —me pregunta, esta vez preocupada.

—Ahora sí —le confirmo, segura de cómo me siento—. Gael vino al rodaje —le cuento, mientras ella me ayuda con las maletas.

—Ya lo sé, pero la pregunta es si ese viaje sirvió de algo.

—Estoy aquí, ¿no? —le pregunto encogiéndome de hombros.

—Esa respuesta no me vale, quiero saber lo que sientes por Orlando, si eres capaz de confiar en él y cómo te sientes respecto a lo de tu padre —insiste, ya en su coche.

—Qué guerrillera has venido, tía —le recrimino, cogiendo aire y soltándolo de golpe—. Le quiero y, sin lugar a dudas, ahora sí puedo decir que esa desconfianza y esos miedos que sentía están enterrados y sobre ellos ha crecido una flor —digo sintiéndome bien, realmente muy bien, por ser capaz de decirlo en voz alta—. Por fin he entendido que no tiene por qué repetirse lo que le sucedió a mi madre y, aunque no soy fan de las relaciones a distancia, puedo darles una oportunidad, a ver cómo se nos da... Pero sobre todo he entendido que puedo decir «te quiero» sin temer nada y sin que me lo hayan dicho previamente. Esto último es cosecha de tu marido —le confieso, arrancándole una tonta sonrisa.

—Vaya... desde luego que te ha sentado bien el rodaje de la película.

—Lo que me ha sentado bien es ir a Tella y a Irlanda y, sobre todo, las conversaciones que he mantenido en esos lugares con varias personas, entre ellas Jimena y Gael, que no tú —le recrimino yo esta vez.

—¿Y ahora quién es la guerrillera? —me pregunta, volviéndose un instante hacia mí—. Lo siento, Paloma, pero no pude apoyarte, no cuando me vi reflejada en Orlando. No pude quedarme a tu lado porque era incapaz de entender tu postura,

como en su día no entendí la de Gael. Pero le conté tu historia y cuando insinuó que podía hablar contigo cuando regresaras, yo le pedí que no esperara y fuera a Tella. Sólo él podía entenderte y hacerte cambiar de opinión.

—Gracias por hacerlo... y gracias también por hablar con Orlando, me lo contó Gael —le aclaro—. Siento mucho lo que ha pasado, entre nosotras quiero decir —farfallo atropelladamente, recordándome a mi madre.

—Yo también lo siento —me dice haciendo una mueca—. ¿Amigas de nuevo?

—Nunca hemos dejado de serlo —le respondo con cariño—. Oye... y él... ¿está aquí?

—¡Yesss...!

—Y... ¿sabe que voy a ir al concierto?

—¡Nooo...!

—¿Piensas contestarme todo el rato con monosílabos?

—¡Nooo...! —me responde ya en plan puñetera y bufo con ganas—. Llegó ayer y hoy cenará en casa con Gael. Yo iba a quedarme para empaparme de todo, pero he decidido que mejor los dejo a solas para que se suelte y Gael pueda ponerse en plan padre con él. Yo me iré con la zopenca de mi amiga al cine para ver la última película de él; dicen que sale con el torso desnudo y que está que te mueres.

—Y yo... ¿conozco a la zopenca de tu amiga? —le pregunto arrancándole una carcajada.

—Desde que naciste. ¿Qué dices, zopenquilla? ¿Cena y peli de buenorro?

—¡Qué idiota eres! —le respondo riendo, feliz de estar aquí con ella—. Y para que te enteres, zopenquilla, tú puedes ir a ver la película que quieras, pero yo me voy a ver la de Thor. El torso de mi chulito lo tengo más que visto y Chris Hemsworth está para morir infartada una y otra vez.

—Estás de coña... ¿De verdad prefieres ir a ver una película de críos a ver una suya? —me pregunta sin dar crédito.

—No es una película de críos —le rebato, haciéndome la ofendida—. Además, ya he visto su película —le confieso finalmente—. Y sí, has oído bien, en una escena aparece con el torso desnudo y te aseguro que no es que esté para morir infartada, está para morir fulminada en el acto.

—Puede que ese torso vuelva a ser tuyo —me dice accediendo a un parking.

—Me temo que no va a ponérmelo fácil —musito, buscando con la mirada un puntito verde que indique que hay una plaza libre—. He estado mirando su Instagram...

—Yo también...

—¿Y?

—Yo que sé, tía, está siendo como era antes de conocerte, pero más. No sé, demasiado explícito todo, ¿no te parece? Es como si quisiera mandarte un mensaje tipo... «mira qué bien me lo estoy pasando». No sé, no me lo trago —concluye, aparcando finalmente—. A mí me recuerda a un adolescente cabreado, la verdad.

—Esperemos que ese adolescente cabreado quiera darle una oportunidad a esta zopenquilla —musito intentando bromear, a pesar de mis nervios y de lo aterrorizada que estoy por si no quiere hacerlo.

Entre las dos llevamos mis maletas a casa y juntas nos dirigimos al cine y más tarde a cenar, donde, entre bocado y bocado, le hablo a Luna del rodaje, de lo que sentí en Tella y en Irlanda y de la carta que le escribí a mi padre y que leí frente al acantilado, omitiendo por supuesto mi conversación con la mujer del pelo rojo; una conversación y una visión, si es que lo fue, que ahora, con el tiempo y tan lejos de ese mágico lugar, hasta a mí me parece irreal. Quién sabe si lo imaginé todo o fue un momento de locura transitoria...

La mañana del día siguiente la paso atacada no, lo siguiente, siguiendo cual obsesa sus redes sociales, probándome todo el armario entero en busca del look perfecto y pintándome las uñas, incluso las de los pies, y más porque no tengo, mientras espero ansiosa la llamada de mi amiga para que me lo cuente todo. Cuando finalmente suena el teléfono, casi se me cae al suelo por culpa de los nervios.

—Venga, habla —la apuro, saltándome los preliminares.

—Vale, pero siéntate, será lo mejor. A ver... no quiero que te hundas, ¿vale? Conozco a Orlando, no mucho, pero creo que voy calándolo y de todo esto que te voy a decir me creo la mitad o nada.

—Vale, me estás acojonando —musito sentándome, viendo el caos de mi habitación y temiendo que no haya servido para nada.

—¡Ay, tía si es que no sé por dónde empezar con tanta estupidez! Vamos a ver, según él, se precipitó esa noche al pedirte que lo intentarais, que está pasándose cojonudo con otras tías y que ni muerto vuelve contigo, más o menos. Y ahora mi interpretación —me dice, mientras yo no puedo pestañear, no puedo hablar y apenas puedo respirar—. Lo has herido en su orgullo de macho, y créeme que lo tenía por las nubes, y justo por eso prefiere decir esas chorradas a confesar lo que realmente siente por ti. En el fondo lo entiendo, él no sabe lo que tú sientes ni lo mal que lo has pasado, no sabe nada de nada porque el estupendo de mi marido simplemente se limitó a escucharlo. ¿TE LO PUEDES CREER? ¡No le dijo nada, tía! ¡Nadaaaa! Te aseguro que si algún día tenemos hijos, las charlitas quedan para mí hijo. En fin, que como él no sabe lo que tú sientes, mejor decir que pasa de ti a quedar como el dejado que no puede con su vida —remata con convencimiento.

—Imaginaba que diría algo así —musito con tristeza—. Oye... ¿vamos juntos o nos vemos allí? —le pregunto, deseando zanjar el tema.

—Paloma...

—Estoy bien, en serio —le digo cogiendo aire y soltándolo de golpe—. Oye, no espero que me reciba con los brazos abiertos, sé que le he hecho daño y que no va a ponérmelo fácil, yo tampoco lo haría si fuera él, así que vamos a disfrutar del concierto y que sea lo que tenga que ser.

—Oye, que tampoco es que hayas matado a nadie, necesitabas tiempo y punto.

—Vaya, menuda sorpresa, no opinabas igual ese día.

—¿Ya estamos sacando los cuchillos? —me pregunta haciéndome sonreír.

—El martillo más bien —le digo.

—Ay, hija, qué pesada estás con esa película —se queja y, conociéndola, sé que estará haciendo alguna mueca.

—Pero si te encantó —le respondo, intentando centrarme en la conversación para no pensar más en él.

—A mí quien me encantó fue Thor. ¡Oh, my Diorrrr! ¡Qué cuerpo! —exclama entre risas.

—Quién fuera la Pataky... —musito con tristeza y no precisamente por no ser ella.

—¿Quieres que vaya antes y te ayudo a arreglarte? Podemos encontrarnos con Gael allí.

—No hace falta, sé vestirme sola —contesto.

—Vale, a las ocho estoy ahí.

—Que no, en ser...

—¡Te dejooooo! —Y cuelga antes de darme tiempo a contestarle.

«Según él, se precipitó esa noche al pedirte que lo intentarais. Está pasándose lo cojonudo con otras tías y ni muerto vuelve contigo», me recuerdo mientras me hundo en tierras pantanosas.

A las ocho, puntual como un reloj, llega mi amiga, tan guapa, tan estupenda y tan feliz como siempre, y cuando ve el desastre de mi habitación, me dice sonriendo:

—Parece que haya retrocedido en el tiempo y esté a punto de irme a China —dice, mirándome con cariño.

—No sé de qué me hablas —le contesto, sentándome en la cama, encima de la ropa que se encuentra esparcida por ella.

—Anda, ve a ducharte mientras yo pongo un poco de orden.

—Pero ¡mira que te gusta dar órdenes! ¡Vas a ser la madre más pesada del mundo!

—¿Te imaginas cuando tenga un mini Gael rubito? —me pregunta sonriendo feliz—. ¡Me lo comeré a besos!

—¿Y por qué no puede ser una Lunita morenita? ¡Ay, da igual! No me contestes, que me muero de envidia —mascullo, yendo hacia la ducha con sus risas de fondo.

Tras ducharme, vuelvo a mi habitación, donde mi amiga me ha preparado cuatro looks con sus complementos sobre la cama.

—Cómo se nota que eres diseñadora, te ha faltado ponerme las bragas a juego —le digo riendo finalmente.

—No sé tú, pero yo creo que ha llegado la hora de sacar la artillería pesada. En tu caso, yo elegiría este look, el vestido es perfecto y las mosqueteras son el *must have* de este invierno —me dice, señalándome un vestido negro ceñido que todavía no he estrenado.

—Si va a ponérmelo chungo, por lo menos que se quede con las ganas.

—Exacto, pero por si acaso no se queda con las ganas, ¿no tienes bragas más sexys? ¿Dónde tienes los conjuntos de encaje? —me pregunta, rebuscando en el cajón de la ropa interior, donde sólo hay conjuntos de algodón.

—Tía, esos conjuntos valen una pasta y, total, para lo que me duraban puestos...

—Estás de coña, ¿verdad?

—Pues no, no lo estoy —le digo sonriendo y cogiendo el conjunto más sexy que tengo—. Éste es de raso y el sujetador me hace tetas. Total, si no se queda con las ganas te aseguro que en lo último que va a fijarse es en si lleva encaje o no.

—¡Oh, my Diorrrrr! Tenemos que ir de compras. ¡Necesitas un par de conjuntos indecentes pero ya!

—Vale, pero sólo si cae. Paso de gastarme tanto dinero en unas bragas para verlas yo sola.

—Si te parece nos vamos al mercadillo y te las compras de tres en tres.

—Me encantan las bragas de mercadillo, son las más cómodas, por si no lo sabías.

—Cualquier día de éstos voy a cometer Palocidio —masculla, arrancándome una carcajada—. Venga, empieza a vestirte que a este ritmo nos dan las campanadas —me dice sentándose en la cama, mientras yo me recoloco las tetas—. Oye... ¿y ya has pensado lo que vas a decirle cuando lo veas? Estará con todo el grupo, así que igual en ese momento no podéis hablar mucho. Y hablando del grupo... ¿Sabías que Ian Somerhalder es el batería? ¡Tía, qué fuerte!

—No pienso hablar con él hasta que termine el concierto —le aseguro convencida.

—Venga ya... ¿en serio?

—En serio. De hecho, no quiero que le digáis que estoy allí, le prometí que me vería en primera fila y quiero que sea así —le digo, vistiéndome.

—Pero tú no estarás en primera fila, ¡vamos a estar en un reservado lateral que hay en el escenario y los tendremos casi al lado! —me dice emocionada.

—Vosotros estaréis en ese reservado, no yo.

—Oye, no es por desanimarte, pero la gente lleva días haciendo cola, incluso han dormido en la calle y hecho turnos para estar lo más cerca posible de ellos, ¿puedes decirme cómo pretendes colarte?

—No voy a colarme, voy a cambiarles el sitio, si no os importa a Gael y a ti, por supuesto.

—¿Quéeee? —me pregunta espantada.

—Mientras Gael y tú los saludáis, yo le ofreceré mi sitio privilegiado a alguien que esté donde yo quiero estar.

—No sabes lo que estás diciendo. Pero ¿tú sabes las miles de cabezas que tendrá a sus pies? Además, será de noche. ¡Aunque le hicieras señales de humo no te vería!

—Si estoy en primera fila me verá.

—¡Que no, Paloma, en serio! Si quieres que te vea, quédate con nosotros —me dice, empezando a perder la paciencia.

—Le dije que me vería en primera fila y allí me verá. Si recuerda nuestra conversación me buscará.

—En primera fila, en un lateral... ¿qué más dará? ¡Lo importante es que estarás allí!

—¿Vamos a volver a discutir? —le pregunto, armándome de paciencia.

—Nooooo, no vamos a hacerlo, ¡lo que voy a hacer es matarte!

—Peor para ti, luego te aburrirás, que lo sepas. ¿Te das cuenta de lo entretenida que estás con mis dramas?

—Tienes razón, mejor te dejo viva un poco más —contesta, haciéndome una mueca.

—Si vas a dejarme viva, empieza a maquillarme, quiero ser la más guapa del concierto —le digo, yendo al baño seguida por ella, que va riéndose.

A las 22.00 estamos entrando junto con Gael, que se ha reunido allí con nosotras, en las instalaciones del Bernabéu, con el machaque incesante de mi amiga, que no cesa en su empeño de hacerme cambiar de opinión. Yo me mantengo en mis trece, sin poder dejar de pensar en él, sin poder dejar de preguntarme si pensará en mí, si recordará que le dije que me vería en primera fila, preguntándome si me habré convertido en una más en su larga lista de conquistas... Puede que en estos momentos esté rodeado por varias tías pechugonas dándole ánimos, mientras yo estoy a punto de sufrir un infarto en toda regla. Puede que me recuerde, pero con rencor... puede que incluso le moleste verme... si es que me ve... porque... ¿y si Luna tiene razón y no se da cuenta de que mi cabeza es una más de las miles que tendrá a sus pies?

«Tú has pedido y se te ha concedido.» Vuelvo a oír el sonido de esa voz suave y ligera y respiro profundamente intentando creerlo, intentando encontrar esa calma que sentí cuando ella acercó su mano a mi corazón, ese que ahora late descontrolado y sin ritmo alguno.

—Me reuniré con vosotros cuando el concierto termine y, recordad, nada de decirle que estoy aquí —les pido, muerta de nervios.

—Ya te vale, tía —me dice Luna.

Sin contestarle y soltando todo el aire de golpe, me separo de ellos más que dispuesta a conseguir mi objetivo. Pero una vez en el reservado lateral miro con horror las cientos, ¿qué digo cientos?, ¡las miles de cabezas que abarrotan el estadio! Pero ¿cuánta gente hay aquí metida? ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil? ¡Y encima hay una pasarela!, observo con horror.

—¡Perdonaaaaa! ¡Oyeeeeee! —grito como si me fuera la vida en ello al segurata que tengo más cerca en el escenario—. ¡Oyeeeeee! ¡Perdonaaaaaaaaa! ¡Holaaaaaaaaaaaaa! —bramo como una descosida, moviendo los brazos de manera exagerada—. ¡PERDONAAAAAAA! ¡OYEEEEEEEEEE! ¡Síiii! ¡Túuuu! ¡VEN UN

MOMENTO! —grito como loca, haciéndole señas para que se acerque cuando finalmente se vuelve hacia mí. ¡Por finnnnn! ¡Suerte que no estaba muriéndome, porque si no la palmo seguro! —¡Hola! —lo saludo alzando la voz para hacerme oír cuando llega hasta mí—. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Qué necesitas? —me pregunta mirándome con cara de... «¿Qué puede necesitar alguien que está donde tú estás? ¿Un masaje?», y yo lo miro sonriendo, intentando camelármelo, mientras la música de los teloneros resuena en todo el estadio.

—Necesito que me acompañes ahí abajo para que le cambie mi sitio a alguien y que luego la acompañes aquí —le explico, intentando que no suene muy raro.

—¿Quieres cambiarle el sitio? —me pregunta con estupefacción.

—¡Exacto! ¡Justo eso! ¿Me ayudarías? —le pregunto sonriéndole dulcemente, mientras él me mira dudando.

—Luego no puedes cambiar de opinión.

—No lo haré, te lo prometo. Sé que suena raro, pero es muy importante para mí estar ahí delante. Hazme ese favor, te lo ruego.

—Tú verás, sígueme —me dice y salgo del reservado encantada de la vida, mirando a los que, cual sardinas en lata, abarrotan lo que yo considero la primera fila. ¡Ay, Señor, van a pegarse por mi sitio!

Miro con horror la barbaridad de gente que hay y siento claustrofobia casi al instante, mientras bajamos del escenario por una escalera lateral para dirigirnos al foso, o como se llame esto, en el cual, en los pocos metros de distancia que quedan entre el escenario y el público, hay varios seguratas de dos metros de alto por dos de ancho, tan equipados que sólo les faltan un par de rifles para terminar de acojonarme, además de los cámaras que supongo que van a cubrir el evento. ¡Mierda! ¡Ahí es donde querría estar yo!

—¡Hola! —saludo a una chica que se encuentra justo enfrente de ellos, al lado de la pasarela—. Tengo un pase vip para ese reservado de ahí arriba, ¿me cambiarías el sitio? —le pregunto entre gritos para hacerme oír, señalándole el lugar donde hasta hace nada estaba yo—. Si lo quieres es tuyo y yo me quedo con tu sitio, él te acompañará —prosigo, señalando al segurata.

—¿Estás de broma? —me grita tan emocionada que no me extrañaría verla tirarse de los pelos en cualquier instante.

—Te aseguro que no, estoy hablándote muy en serio. ¡Vas a tenerlos justo al lado! —prosigo entre berridos, dándome una colleja mentalmente. ¡Joder, debo de estar loca! Y, haciendo de tripas corazón, me vuelvo hacia el segurata—. ¿Puedo pedirte otro favor? —le pregunto de nuevo sonriéndole con dulzura, mientras él me mira con su mejor cara de póquer. ¡Ay, señorrnnnn, este tío va a odiarme!—. Cuando termine el concierto, ¿me ayudarías a volver al reservado? Tengo que reunirme allí con mis amigos —le explico, más que dispuesta a besarle los pies si hace falta—. Por favorrrrrr.

—Está bien —masculla con fastidio—. Se lo diré a mis colegas para que luego te acompañe uno de ellos —me dice, señalándome a los armarios roperos que cubren todo el espacio como si estuviéramos en una zona altamente peligrosa—. Acompáñame —le dice a la chica en cuestión, abriendo la valla para que pueda salir y entrar yo.

—¡Joderrrrr! —grita ella entusiasmada, dando saltos, mientras yo ocupo su lugar ante la mirada estupefacta de todos los presentes.

Satisfecha por estar donde le dije a Orlando que estaría, muerta de nervios y negándome a volverme para no ver a las miles de personas que abarrotan este enorme estadio, fijo la mirada en el escenario, ese al que, como la cosa se ponga chungu, pienso subirme sin dudarle un instante, por muchos tanques o armarios empotrados, cualquier definición les vale, que se me pongan por delante.

Terminan los teloneros y respiro profundamente... «Ha llegado el momento», pienso, mientras el escenario se sume en la más completa oscuridad y yo aferro con más fuerza la barandilla que me separa de los seguratas, tanto que me parece que en cualquier momento voy a convertirme en Hulk y doblarla por la mitad, mientras a mis oídos llegan los silbidos de la gente... Ufffff... me va a dar algo... Más silbidos, más vítores, olas de las que no participo, *flashes* de cámaras y móviles... y entonces... de repente, ¡ZAS!, un foco iluminando a Ian Somerhalder tocando la batería, llenando con su música todo el estadio y haciendo que el público enloquezca, dé saltos, palmas y griten como locos, mientras yo sólo soy capaz de estrujar la barandilla y sentir los latidos de mi corazón en la garganta. Cuando otro foco ilumina al bajo, ya sólo falta que se tiren de los pelos. Yo permanezco estática, con la mirada fija al frente como si mi vida dependiera de ello. Vamos, que como no me relaje un poco, los seguratas estos van a creer que se me ha ido la pinza seguro.

Atacada y con el corazón latiéndome a cien mil por hora, observo cómo cada uno de los componentes del grupo va siendo iluminado por un foco, y cuando la pantalla del fondo empieza a emitir imágenes que mi cerebro bloqueado es incapaz de procesar, y en las pantallas laterales aparece el nombre del grupo en blanco y negro, con los juegos de luces iluminando el escenario, se desata la locura colectiva; más silbidos, más gritos, más saltos, más aplausos, más berridos, que es lo que está haciendo la tía que tengo al lado, mientras que yo sólo soy capaz de estrujar la barandilla y mantener la vista al frente, esperando verlo llegar en cualquier momento. Cuando oigo su voz ronca y atrayente, siento que las piernas me empiezan a flaquear, mis articulaciones se vuelven hiperlaxas y mi corazón bombea descontrolado...

Y entonces lo veo y dentro de mí estalla una bomba atómica, una bomba que arrasa con todo, llenando mi interior de una luz blanca y cegadora, una luz que sólo me permite verlo a él... Lo observo paralizada, sin poder moverme, parpadear o estrujar la barandilla...

«¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude alejarme de él cuando él era mi todo? —me pregunto, mientras la loca que tengo al lado berrea su nombre como si no hubiera un mañana y me vuelvo hacia ella—. Yo era así antes de conocerlo, y estoy segura de que si hubiera ido a uno de sus conciertos habría berrado más que ella», pienso con tristeza, volviéndome de nuevo hacia él, empezando a recordar nuestros momentos juntos mientras su voz llega a mis entrañas. Cuando vimos por primera vez el póster promocional de la gira, cuando celebramos que su single había llegado al número uno de la lista de los cuarenta... o cuando preparamos, o intentamos preparar, nuestra primera cena juntos, una mariconada que, según él, nunca había hecho con ninguna tía...

—Pues ha llegado el momento de hacerla, ¿no te parece? —recuerdo que le pregunté, mientras me ataba el delantal y él ponía el cd de su grupo, ese cd que nos encantaba escuchar, sobre todo a mí.

—Parece que contigo voy a hacerlas todas —me respondió guiñándome un ojo y mirándome de esa forma que era capaz de hacer que se me doblaran las piernas—. Qué bien te queda el delantal, gatita —prosiguió, acercándose a mí—. Quítate la ropa y quédate sólo con él.

—Si lo hago no cenaremos —le respondí divertida.

—Estaba pensando que podríamos comernos mutuamente —me contestó, empezando a desatarlo, poniéndome a mil mientras su música iba llegando ya distorsionada a mis oídos.

—Tienes razón, la verdad es que estoy muerta de hambre —repliqué, comenzando a quitarle el jersey, pegándome a su cuerpo... ese cuerpo que ahora anhelo tanto...

Y lo hicimos, nos comimos mutuamente y nos volvimos locos durante horas...

—¿Sabes?, eres una fan desastrosa —continúo recordando con dolor, sin poder alejar mi mirada de él, que está completamente volcado en su actuación...

—¿Por qué? —le pregunté fingiéndome ofendida.

—Porque no te sabes ninguna de mis canciones.

—¡Por supuesto que me las sé! ¿Quieres que te las cante? —le pregunté con chulería, para posteriormente empezar a cantarlas ante sus risas, pues según él estaba inventándome toda la letra...

«¿Recordará él también esos momentos? ¿Recordará cuando le canté la canción que está cantando ahora? ¿Recordará cuando se burló de mí por mi pésimo inglés? ¿Recordará todos los momentos que vivimos juntos?», me pregunto sintiendo cómo la gente vibra con él... igual que lo hice yo en el pasado...

Me acuerdo de cuando me dijo que durante el concierto sólo tenía que mirarlo a él, que los demás debían darme igual... y trago saliva con dificultad, incapaz de fijarme en nadie que no sea él. Bueno, sí, en la loca que tengo al lado es imposible no fijarse. «Joder con la tía, está pasándoselo de miedo», pienso, mientras la observo flipada dar saltos como si tuviera un muelle bajo los pies.

—¡OYEEEEEEEE! ¿¡Tú eres Paloma Serra!? —me pregunta sorprendiéndome. ¿Y esta tía de qué me conoce?—. ¡Estuviste con Orlando, ¿verdad?! —prosigue, mientras yo la miro atónita.

«Ha llegado la hora de ponerse las gafas, Paris Hilton», me dice la insolente voz de mi cabeza. «¡Hombre! Pero ¡cuánto tiempo sin oírte, pesada! ¿Dónde estabas, de vacaciones?», mascullo mentalmente.

—¡Qué pasada! ¡Vamos a hacernos una foto! —me dice la chica, mientras yo continúo sin dar crédito y ella nos fotografía feliz de la vida.

Sorprendiéndome todavía más si es posible, me coge con familiaridad por la cintura obligándome a moverme con ella y cuando empieza a cantar, con un inglés tan pésimo como el mío, la imito dejándome llevar y es entonces cuando decido ser la Paloma que fui en el pasado; la Paloma que disfrutaba como una loca en un concierto, la que berreaba, daba saltos y creía que todo era posible cuando sonaba su canción favorita. La Paloma que cantaba a voz en grito sin importarle nada y la que hacía lo que hiciera falta con tal de estar junto a Orlando Sun, aunque para eso tuviera que colarse en fiestas o hacer de camarera. Y cuando suena una de las canciones que más me gustan, me vuelvo hacia el tío que tengo detrás de mí, más que dispuesta a hacerme ver de una vez, y tras comprobar que no va con ninguna tía que pueda arrancarme los ojos, le suelto con toda mi cara:

—¡Hola, soy Paloma!

—Yo Marco.

—¿Me subirías a tus hombros? ¡Necesito que él me vea! —le digo señalando a Orlando—. ¡Tranquilo, que no peso mucho! —le aseguro, maldiciendo la estupenda idea de Luna de sacar la artillería pesada y ponerme este vestido.

—¡Estás de coña! —me responde divertido, mirándome de arriba abajo, mientras yo hago lo propio. Joder, este tío es enorme, ¡mejor que mejor!

—¡No, no lo estoy! ¡Soy su... su... amiga y le prometí que me vería en primera fila!

—¡Tienes que ayudarla! ¡Fueron pareja y ahora él está comportándose como un cabrón! —intercede mi nueva amiga, dejándome de nuevo flipada.

—¿Os conocéis? —les pregunto riendo. ¡Menuda situación inverosímil!

—¡Es mi primo! ¿A que parece el de Zumosol? Yo soy Jesi y cuando volváis a estar juntos me lo tienes que presentar —me dice entre berridos, dando por hecho que Orlando y yo vamos a volver, mientras intenta convencer a su primo, que la mira sin dejar de sonreír.

¡Como el primo de Zumosol acepte subirme a sus hombros, voy a hacerles la ola a todas las revistas del corazón que nos sacaron en todas sus portadas durante semanas!

—¡Vamos, sube! —me dice él finalmente, agachándose, mientras la tal Jesi da saltos emocionada y yo me coloco sobre sus hombros, haciendo malabarismos para no caerme mientras se incorpora y yo hago lo posible y lo imposible para que no se

me vea nada.

—¡ORLANDOOOOOOOOOOO, MIRA A QUIÉN TIENES AQUÍIII! —grita Jesi como una descosida, mientras yo me descojono. ¡Ay, Dios, qué loca!—. ¡ORLANDOOOOOOOOOOOOOOOO! ¡TÍO BUENOOOOOOOOOO!

Y entonces, sobre los hombros de este mastodonte, veo lo que verá él: miles de cabezas bajo sus pies... miles y miles de lucecitas que me recuerdan un cielo estrellado en la tierra, y alzo los brazos echando la cabeza hacia atrás, vibrando con su música y con su voz, dejándome ir y disfrutando de verdad. Y cuando Marco me da un toque en la pierna y veo que me señala las pantallas gigantes que hay en los laterales del escenario, me quedo de piedra al ver mi rostro en ellas y río con ganas señalando a Jesi, que está a mi lado dando saltos, y cuando la cámara nos enfoca a los dos, gritamos juntas su nombre.

«Que alguien me saque de la cabeza de esta chalada, por favor», masculla de nuevo la insolente voz de mi cabeza, haciéndome sonreír.

Y aunque puede que él no se haya dado cuenta de nada, yo estoy feliz y canto a voz en grito dándolo todo, disfrutando del concierto con ganas, gritando, berreando e incluso llamándolo como una loca, aliándome con mi nueva amiga, de la que ya me considero fan, sin importarme lo que puedan pensar de mí y, sobre todo, babeando, sí, babeando y mucho... porque mi chulito es el tío más bueno de todos los tíos buenos del mundo mundial. Sin dejar de cantar, admiro su culo, ese culo prieto y perfecto, enfundado ahora en unos pantalones de cuero que le arrancarían si pudiera, esos brazos musculosos que me alzaron tantas veces, esa barba de varios días, que me picaba cuando me besaba, y ese pelo negro en el que tantas veces hundí mis dedos. Y cuando se vuelve y nuestras miradas quedan conectadas, dejo de cantar, de respirar e incluso juraría que mi corazón deja de latir... pues, durante unos segundos, volvemos a ser nosotros... volvemos a ser Orlando y Paloma... y siento que mi respiración se torna densa, mi cuerpo reacciona ante su mirada y todo lo que siento por él se multiplica por mil. Pero entonces, endurece su mirada instalándose la frialdad en ella y me da la espalda alejándose de mí por la pasarela, provocando que un escalofrío me recorra de la cabeza a los pies hasta dejarme entumecida por el frío.

—¡TE HA MIRADOOOOOOOOOO! —me grita Jesi entusiasmada.

—¡Bájame ya! —le pido a Marco al oído.

—¡Tía, a mí me mira así y, por muy cabrón que sea, me subo al escenario y me lo como entero! —me dice Jesi cogiéndome por la cintura y obligándome a moverme de nuevo—. Aunque tú mejor hazte la dura, que está comportándose como un imbécil —añade con aplomo, como si conociera mi vida de pe a pa.

No le contesto y me limito a cantar con ella, posiblemente inventándonos la letra, sonriendo, a pesar de que es lo último que me apetece hacer, y bailando, aunque desde que he puesto los pies en el suelo, siento que éste se ha abierto en canal.

Orlando no vuelve a mirarme ni a acercarse por donde estoy yo, pese a que Jesi no deja de llamarlo como si el mundo se fuera a terminar en cualquier instante, y cuando comienza la cuenta atrás para el fin de año, el escenario se sume en la más completa oscuridad.

Veo en la pantalla el número 12 y todo el estadio empieza con la cuenta atrás:

—¡Once! —gritan enloquecidos, mientras aparece el número en la pantalla.

Yo dirijo mi mirada hacia Orlando, que ha regresado al escenario.

—¡Diez! —Jesi me aferra la mano obligándome a levantarla y seguir la cuenta atrás con ella.

—¡Nueve! —musito, deleitándome con su voz, mientras él parece empeñado en mantener la mirada al frente a pesar de saber que estoy aquí.

—¡Ocho! —gritan emocionados a mi alrededor y observo su ceño fruncido y la tensión de su cuerpo...

—¡Siete!

—¡VENGA, PALOMAAAAAAA! —grita Jesi dando saltos, mientras Ian toca la batería haciendo vibrar al estadio.

—¡Seis! —Le sonrío a Jesi, que está decidida en hacerme partícipe de su entusiasmo.

—¡Cinco! —grito con ella, aferrando la mano de Marco, que se suma a nuestra cuenta atrás.

—¡Cuatro! —prosigo riendo, sin dejar de mirar a Orlando.

—¡Tres! —oigo su voz llegando hasta el fondo de mi alma.

—¡Dos! —Y entonces se vuelve para mirarme y el mundo desaparece de nuevo para mí.

—¡Uno! Va por ti —dice, mientras nuestras miradas permanecen conectadas durante un microsegundo perfecto.

«¡SE HA ACORDADO! ¡TE HA DEDICADO UNA CANCIÓN!», grita emocionada la insolente voz de mi cabeza al tiempo que Jesi berrea entusiasmada algo incoherente para mí.

Se ha acordado... me ha dedicado una canción... «Puede que no esté todo perdido», me digo esperanzada.

—¡FELIZ AÑO NUEVO! —gritan todos al unísono, mientras las luces y los fuegos artificiales iluminan este estadio sumido en el caos más absoluto y ellos empiezan a cantar su canción, esa por la que consiguieron el disco de Uranio.

—Feliz año nuevo, chulito —susurro mirándolo con adoración.

Y aunque no tengo muy claro cómo sentirme con respecto a él, hay algo que sí tengo claro y es que este concierto no hubiera sido lo mismo si no llego a tener a Jesi y a Marco a mi lado. Y, más que dispuesta a devolverles el favor, me vuelvo hacia ellos cuando termina.

—¿Os gustaría conocerlos, chicos? —les pregunto, deseando que Gael no se cabree mucho.

—¡Joderrrrr, qué pregunta! ¿Dónde hay que firmar? —me pregunta Jesi, mientras yo le hago señas a uno de los seguratas que cubren la zona—. ¡Marco, ¿te lo puedes creer?! ¡Qué pasada! —grita Jesi emocionada, mientras mi corazón late de nuevo descontrolado...

Me ha visto... se ha ido... y luego ha terminado la cuenta atrás mirándome y dedicándome su canción más especial... «¿Y ahora?», me pregunto, mientras hablo con el segurata para que nos acompañe donde están mis amigos.

—¿Los tres? ¿No eras tú sola? —me pregunta con desconfianza.

—Les debo un favor, te lo ruego...

—No quiero líos, tú respondes por ellos —me dice con fastidio tras valorarlo durante unos minutos. Abre finalmente la valla y miro el escenario, ahora vacío...

Llego infartada perdida hasta donde están Gael y Luna, con Jesi y Marco alucinando detrás de mí.

—¡FELIZ AÑO NUEVO! —me grita mi amiga, dándome un abrazo gigante.

—Feliz año nuevo —musito con un hilo de voz, temerosa por lo que viene ahora—. Feliz año nuevo, Gael —añado, dándole dos besos—. Chicos, os presento a Jesi y a Marco, mis compañeros de fatiga, ellos son Gael y Luna, mis amigos. —Miro hacia todos los lados... ¿estará Orlando por aquí?—. Gael, les he prometido que conocerían al grupo, no hay problema, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —se anticipa mi amiga, entusiasmada, dándoles un par de besos a cada uno y felicitándoles el año—. ¡Anda, vamos y los saludáis antes de que se marchen! —prosigue, dirigiéndose con seguridad hacia el interior del recinto, mientras yo la sigo casi temblando.

Jesi charla entusiasmada con Luna y con Marco y yo me acerco finalmente a Gael.

—No va a ponérmelo fácil, ¿verdad? —murmuro.

—No lo sé —me responde sin dejar de caminar—. Mira, el único consejo que puedo darte es que seas sincera y no temas decirle lo que sientes por él —me dice, clavando sus impresionantes ojos azules en los míos.

—¿Y si no quiere escucharme? —le pregunto, sintiendo cómo mi corazón da triples saltos mortales dentro de mí... Joder, ahora es cuando me muero.

—Oye, no esperes que se siente y escuche pacientemente lo que tengas de decirle —responde, confirmando mis sospechas—. Orlando es un tío orgulloso, demasiado, diría yo, y contigo... no está muy por la labor de nada.

—Entonces... ¿qué hago? ¿Me marcho? —le pregunto deteniéndome.

—¿Te rendirías tan fácilmente sin ni siquiera haberlo intentarlo? —me pregunta mirándome con intensidad—. Escúchame, nunca pasamos realmente de la tía que nos gusta, aunque así se lo hagamos creer —me dice medio sonriendo, reanudando el paso—. En Tella me dijiste que te fuiste porque él no luchó por ti, ¿lo recuerdas? —me pregunta sorprendiéndome—. Y ahora tú quieres hacer lo mismo. Estás deseando

rendirte cuando todavía no sabes lo que va a suceder. Lo que tienes que hacer es sacar ese martillo y darle bien fuerte —me aconseja haciendo que sonría, mientras veo de reojo cómo Luna, Jesi y Marco entran en una habitación.

A mis oídos llegan las risas y las voces procedentes de ella y siento que mis articulaciones se aflojan y me ahogo por culpa de los nervios.

—Hay demasiada gente ahí dentro —musito temiendo entrar y que me humille delante de todos ellos.

—Es verdad —me dice Gael comprobando que la habitación de enfrente no está cerrada con llave. Tras abrirla y encender la luz, añade—: Espéralo aquí, ya veré qué le digo para que venga.

Obedezco en silencio, tan nerviosa que siento mi mirada desenfocada y mi cerebro bloqueado... «Contigo no está muy por la labor de nada», rememoro las palabras de Gael, estrujándome el cerebro. «Entonces, ¿qué puedo decirle para que me escuche? —me pregunto con nerviosismo—. ¿Por dónde empiezo? ¿Por un “te quiero y fui una estúpida”? ¿O mejor hablándole de mi infancia?» Me siento en una silla y me obligo a respirar con normalidad.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro, inspiro, espiro y me muero de nervios para más tarde desesperarme. ¿Por qué no viene? ¿Y si cierran esto y me quedo aquí dentro? ¿Y si se ha confundido de habitación? ¿Y si no quiere venir?

Y entonces se abre la puerta y me levanto con rapidez, sintiendo que el mundo comienza a girar demasiado rápido...

—Tú y yo vamos a pasárnoslo de miedo, rubia —oigo que Orlando le dice a la rubia pechugona a la que aferra por la cintura, mientras ella se lo come a besos.

Siento cómo la tierra se abre bajo mis pies y caigo en picado por ese precipicio que tan bien conozco, mientras mi mirada tiembla, ¿o soy yo la que lo hace? Apoyo una mano en el respaldo de la silla.

—¡Hombre! Pero ¡qué sorpresa! No me digas que has cambiado de opinión y quieres probar el sexo cochino —me pregunta con dureza, sin soltar a la rubia asquerosa.

Todavía no se ha duchado —observo en trance—, tiene sudados el pelo y la camiseta, que lleva un dibujo en el pecho... El suelo se sigue moviendo...

—¿Qué pasa, gatita? ¿No tienes nada que decir? —me pregunta, mirándome con frialdad.

«¡VENGAAAAAA, REACCIONA, ATONTADA! ¡QUE ESTA TÍA ESTÁ MORDIENDO LO QUE ES TUYO! ¿A QUÉ ESPERAS PARA DEJARLA CALVA?», brama la insolente voz de mi cabeza.

—No soy tu gatita, pero por lo que veo no te faltan —le digo cuando finalmente el suelo deja de moverse con tanta rapidez y consigo enfocar la mirada.

—Nunca me han faltado —me replica con insolencia, llevando una mano al culo de la rubia sobona, que no puede quitarle las manos de encima, haciéndome recordar las muchas veces que las puso sobre el mío, y me ahogo y todo se mueve todavía más

rápido...

—Pásalo bien entonces —contesto, dirigiéndome como una autómatas hacia la puerta, intentando caminar lo más recta posible. Pero entonces algo se rebela dentro de mí y me detengo antes de llegar a ella, me vuelvo y clavo mi mirada en la suya—. ¿Sabes qué? —digo en un susurro, ignorando a la rubia de los cojones—. Tenía mil cosas que contarte, tantas que no sabía ni por dónde empezar. Quería hablarte del rodaje, de Tella, de Irlanda y de lo que viví allí, pero antes quería que supieras que te quería y que sí confiaba en ti —le digo con la voz cada vez más firme—. Quería que supieras que había conseguido superar mis miedos y decirte que sí a lo que me propusiste. Pero me lo he pensado mejor —le aseguro con orgullo, mirándolo con altanería ahora que el suelo ha dejado de moverse— y no voy a contarte nada, ni a decirte que sí a nada. Sigue disfrutando de tus rubias, morenas y pelirrojas, y disfrútalas bien, porque a mí nunca más me tendrás —añado con desprecio—. Por cierto... feliz Año Nuevo —mascullo antes de darme la vuelta y salir de la habitación, dejándolo con un palmo de narices y felicitándome mentalmente por haber sido capaz de callarme las burradas barriobajeras que me quemaban en la punta de la lengua.

—¡PALOMA! —me grita saliendo tras de mí y me vuelvo, sintiendo que mi corazón se sacude.

—Que te quede una cosa clara —sisea con frialdad, llegando hasta donde estoy yo—. En el momento en que saliste por la puerta de mi casa dejaste de importarme y, sobre todo, y escúchame bien para que no tenga que repetírtelo, soy yo el que no quiere nada contigo, ni ahora ni nunca, así que olvídate de mí y no vuelvas a darme más la brasa con tus historias que no me importan una puta mierda —concluye con desprecio.

Lo miro sin encontrarme en su mirada, en esa mirada en la que tantas veces me perdí, sin ver en ella nada que sea capaz de reconocer.

—Ojalá nunca se te levante —le medio escupo sin poder callarme, tiñendo la decepción que siento con menosprecio.

Y, dándome la vuelta, salgo finalmente del estadio, sintiendo cómo ese vacío negro y frío se hace más negro, más frío y más carente de vida, mientras yo caigo en picado por él.

Deambulo durante horas sin saber hacia dónde ir, sin dejar de caer, viendo a la gente celebrar el Año Nuevo sintiéndome incapaz de celebrar nada... y sin darme cuenta termino frente a La Cueva, con el cuerpo entumecido por el frío y el dolor.

¿Por qué siempre termino aquí? —me pregunto tragando saliva con dificultad.

—¿Quieres entrar, Paloma? —me pregunta Elías, el segurata de la puerta, y lo miro sin reaccionar—. ¿Paloma? ¿Estás bien? ¿Vas a pasar? —me pregunta de nuevo y asiento, incapaz de despegar los labios.

Entro en ese lugar que fue mi casa y, en trance, me dirijo a la barra, donde se encuentra Mic dándole todo, como siempre, y sólo entonces, siento que algo despierta dentro de mí.

—¿Un tequila? —me pregunta ella en cuanto ve mi cara.

—Feliz Año Nuevo, Mic —musito.

—El día que vengas y no traigas cara de perro apaleado voy a servir chupitos gratis en tu honor —me dice entre gritos para hacerse oír entre la música y la gente.

—Eres como mi madre madrileña. No sé cómo he terminado aquí —le confieso a punto de llorar.

—Mejor aquí que en otro lugar —contesta sirviéndonos un chupito de tequila a cada una.

Me bebo el mío de un trago, sin ser capaz de articular palabra, y antes de que pueda decirme nada, me sirvo otro que trago sin coger aire, más que dispuesta a beberme la botella entera sin con ello consigo dejar de ahogarme con lo que siento y que el suelo deje de moverse de una vez.

—¡A la barra! Si quieres olvidar, trabajando será como mejor vas a hacerlo —me ordena, quitándose la pajarita y tendiéndomela—. ¡A trabajar!

Me la pongo sin dudarlo un instante, necesitando centrarme en algo que no sea en este dolor frío y punzante que me paraliza, necesitando olvidar y dejar de sentir para no perderme en la oscuridad y sólo cuando comienzo a servir copas a diestro y siniestro comienzo a respirar con normalidad y a sentir la tierra firme bajo mis pies.

El ritmo en La Cueva es frenético, como siempre, y yo me adapto a él, como siempre. Noto la mirada de los nuevos camareros puesta en mí, estos camareros que hoy ocupan el puesto que en su día ocupamos Hugo y yo y que dejamos para vivir nuestro sueño, como posiblemente harán ellos. Y cuando empiezan con su actuación, los miro recordando... recordando más de lo que debería...

—Mic, ¿puedo pedirte un favor? —le pregunto acercándome a ella, sintiéndome la garganta cerrada por el dolor.

—Soy tu madre madrileña, puedes pedirme lo que quieras —me dice sonriéndome con cariño.

—¿Puedo cantar una canción cuando ellos terminen?

—Por supuesto, eres parte de La Cueva y ese escenario siempre será tuyo.

—Gracias —musito, sintiendo una necesidad doliente de volver a revivir lo que viví aquella noche—. Te debo una, Mic —le digo antes de salir de la barra.

Camino hacia el escenario sintiendo el corazón atronarme en la garganta y recuerdo mis actuaciones con Hugo... esas actuaciones en las que nos hacíamos visibles entre tanta gente, como ahora están haciendo ellos... Recuerdo también mis primeros días aquí, cuando los tacones me mataban y no me daba la vida para todo lo que quería hacer... Recuerdo mi última actuación, esa noche me apoyé en el pecho de

Orlando mientras cantaba *Please Remember*, evoco con dolor y respiro profundamente, mientras ellos terminan su actuación y el público les aplaude vitoreándolos.

Esa noche me pidió que disfrutara del vuelo y que no permitiera que nadie me cortara las alas... Yo le sonreí y eso que tenía enredado en mi alma se expandió por todo mi ser... «Sube aquí», me dijo tendiéndome una mano, que aferré...

«Ahora —pienso subiendo al escenario una vez cesan los aplausos— he dejado de disfrutar del vuelo, ahora mis alas no tienen fuerza para seguir volando... ahora no está él para tenderme la mano...»

Tras hablar con Santi, el vocalista del grupo, y con los músicos, me coloco en el centro del escenario, como hace unas horas estaba Orlando en el suyo, en este lugar que es mi estadio y frente a toda esta gente que son mi público ahora y cuando comienza a sonar la música y un foco me ilumina, alzo la mirada, hasta ese momento gacha, para empezar a cantar *Please Remember*, la canción que canté esa noche junto a él, viviendo lo que temía vivir mientras lo hacía y desgarrándome con cada estrofa que parece escrita para nosotros.

Vuelco en la interpretación todos mis sentimientos, olvidándome del público y de donde estoy para verlo sólo a él, a ese hombre que fue mi todo y en cuya mirada siempre creí que podría encontrarme cuando me perdiera, y en la que hoy nada más he sido capaz de ver ira y rencor. Sé que esta canción cierra un capítulo de mi vida que nunca más volveré a abrir y cuando termino de cantarla y el público estalla en aplausos, hablo sin pensar, dejándome llevar... viéndolo sólo a él...

—Puede que mis alas ahora estén rotas, puede que me sienta perdida y no sepa adónde ir, pero estoy segura de que llegará el día en que estas alas sanarán y, cuando lo hagan, emprenderé el vuelo de nuevo. Ese día encontraré el camino que ahora no veo y en el que tú nunca más volverás a estar —digo con voz firme—. Iba a pedirte que me recordaras, de hecho, te lo he cantado —prosigo, encogiéndome de hombros ante la mirada estupefacta del público, que deben de pensar que se me ha ido la pinza—, pero ¿sabes qué?, mejor no lo hagas, mejor no me recuerdes y sigue con tu vida como si nunca hubieras formado parte de la mía. Si hay algo de lo que puedes estar seguro es de que nunca más tendrás que repetirme nada. Por cierto, esta canción también iba por ti, espero que la hayas disfrutado.

Y dicho esto abandono el escenario ante el aplauso de una persona, de dos, de tres, de cuatro... de todos; unos aplausos ensordecedores, que en el fondo no me importan y cuando llego a la barra me encuentro con la mirada estupefacta de Mic.

—Siento el numerito, Mic. Toma la pajarita, me marchó —le digo quitándomela y tendiéndosela, sabiendo exactamente lo que necesito hacer ahora.

—Esa parrafada iba dirigida a mi chico, ¿verdad?

—Muy lista —le contesto con ironía.

—Te he grabado —me confiesa tanteándome—. Quiero tu permiso para colgar tu actuación y el discursito que acabas de soltar en el Instagram de La Cueva. Si iba dirigido a él, quiero que se entere.

—Haz lo que quieras, Mic, me da igual —contesto con desgana—. Hasta luego, jefa, gracias por estar a mi lado siempre que te necesito. —La abrazo por encima de la barra—. Este trabajo y conocerte ha sido lo mejor que me ha sucedido en la vida.

—Qué bobada, lo mejor está por venir, fíate de esta vieja que ya peina canas.

—Aunque no las vea —añado, separándome de ella—. Hasta luego, Mic.

—Hasta luego, cielo.

Salgo de este lugar que siento como mi casa para volver a la mía, donde hago las maletas que deshice ayer. Ayer... cuando creía que estar en primera fila sería suficiente, cuando creía que cuando nuestras miradas se encontraran nos encontraríamos también nosotros... cuando creía que cuando me abriera a él y le dijera lo mucho que lo quería me envolvería entre sus brazos para decirme algo que luego tacharía de mariconada... cuando creía tantas cosas que no han sucedido... Y entonces, a pesar de mis deseos de no recordar, lo hago, recuerdo. Recuerdo el escalofrío placentero que me recorría cuando me hablaba cerca de la oreja, cuando sus labios rozaban mi piel, recuerdo su manera de tocarme, su manera de sacarme de quicio... «Me encantas... no puedes decir eso y pretender que no me ría... Me encantas... Paloma fréname o no respondo... Me encantas... Lo que yo siento por ti es más que “me encantas”, es mucho más...» Todo eso resuena en mi cabeza mientras lloro arrodillada en el suelo, incapaz de acallar mis recuerdos.

«¡Suficiente! ¡Levántate y deja de llorar por ese chulo asqueroso! —me grita la insolente voz de mi cabeza—. ¡HAZ EL FAVOR DE LEVANTARTE!»

Y lo hago, me levanto, como me levanté en Tella cuando Gael vino a hablar conmigo, como me levanté en el acantilado y como lo haré siempre cuando me caiga.

Con ese convencimiento, y con mis maletas a cuestas, cojo un taxi que me lleva al aeropuerto, donde pago una fortuna por un vuelo con destino a Irlanda.

Embarco mi equipaje y paso los controles de seguridad, obligándome a mantenerme fuerte y, sobre todo, en pie y, mientras espero a que anuncien la puerta de embarque, le mando un mensaje a mi amiga Luna en el que le cuento lo que ha sucedido, cómo me siento y adónde voy, dando gracias mentalmente por no haberle dicho a mi madre que regresaba a Madrid, pues si lo hubiera hecho ahora tendría que estar dando muuuuuchas explicaciones. Durante unos segundos pienso en ella con cariño... Cuando llegué a Madrid estuve casi un año llamándola o enviándole un mensaje cada noche, pero con los años, y gracias a Dios, eso cambió y ahora, solo hablamos cuando necesito oír su voz, que es muy a menudo, cuando tengo algo que contarle o cuando ella me llama hecha una furia porque lleva varios días sin saber si estoy viva o muerta, pienso sonriendo... Mi madre y su genio, ese que yo debería sacar más a menudo, sobre todo ahora, que parezco «Palollorona pompitas de mocos».

Me obligo a seguir despierta a pesar de lo agotada que estoy, caminando cuando no puedo mantener los ojos abiertos, aunque apenas me quedan fuerzas, y cuando finalmente anuncian la puerta de embarque, me dirijo hacia la fila deseando llegar cuanto antes a ese lugar mágico, deseando hundirme en la cama y, sobre todo, deseando dormir durante días para no recordar más.

CAPÍTULO 36

Llego a Irlanda a las 10.30 de un día lluvioso y frío... «Qué coincidencia», pienso, observando el paisaje a través de la ventana del taxi. Cuando Olivia, la protagonista de *Soñaré que te sueño*, llegó a Irlanda, también llovía y hacía frío, también estaba sola, como lo estoy yo ahora, y también sentía esas garras presionando su alma como las siento yo en torno a la mía.

«Pero ella todavía no se había levantado y tú sí lo has hecho», matiza la insolente voz de mi cabeza con aplomo...

«¿De verdad lo he hecho?», me pregunto suspirando suavemente, mientras el taxi se detiene frente al hotel en el que se encuentra alojado todo el equipo y al que creí que no volvería, al menos no sola.

Me apeo del vehículo, agotada hasta el extremo, tan cansada que no sé cómo estoy siendo capaz de caminar, temblando de frío y por la falta de sueño y, con mis maletas a cuestas, me dirijo hacia la recepción más muerta que viva, deseando que tengan una habitación libre en la que poder morirme durante horas y horas, y cuando me entregan la llave de una de ellas, casi lloro de agradecimiento.

Duermo durante todo el día y durante toda la noche y cuando me despierto al día siguiente, lo hago sintiendo que he despertado de un sueño demasiado largo y, dispuesta a levantarme, tal como me he prometido, me dirijo a la ducha, donde el agua caliente despierta mi cuerpo todavía entumecido.

Me obligo a centrarme en lo que estoy haciendo, dejándolo atrás y, sobre todo, obligándome a no volver a abrir ese capítulo que cerré en La Cueva. Con ese propósito, y tras vestirme con un jersey de lana, unos vaqueros y mis botas calentitas, me dirijo hacia la ventana, que abro de par en par. Inspiro profundamente el frío que lleva gotitas de lluvia con él, este frío que huele a verde, a naturaleza, a flores y a tierra húmeda, y que tan bien va conmigo ahora. Alargo una mano para sentir las gotitas de lluvia posarse en ella, frescas y revitalizantes, sintiendo cómo la magia me envuelve, esa que sólo soy capaz de sentir en estas tierras.

—Yo soy Paloma Aldaso, hija de Thiago Aldaso y Miriam Serra —musito mirando al cielo— y hoy prometo que emprenderé el vuelo y que nunca, nunca volveré a permitir que nadie lo detenga.

«Vale, estás como una regadera, pero aceptamos barco», me dice la insolente voz de mi cabeza haciéndome sonreír.

Empiezo a simpatizar con esa vocecilla insolente y, sintiéndome sorprendentemente bien, me dirijo al comedor, donde espero encontrarme con el equipo desayunando, a pesar de que posiblemente sea demasiado temprano. Cuando

pongo un pie en él, observo que sólo está Ignacio y lo miro sonriendo, sintiendo de nuevo esa ternura que me invade cada vez que estoy con él.

—¡Buenos días y feliz Año Nuevo! —le digo cuando llego hasta su mesa, viendo la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Paloma? —pregunta levantándose para darme un abrazo.

—Ésa soy yo —respondo, correspondiendo a su abrazo, sintiéndome reconfortada entre sus brazos.

—Pensaba que no volvería a verte por aquí —me dice escudriñando mi rostro con preocupación.

—Estoy bien —musito sonriendo—. ¿Puedo acompañarte?

—Por favor —me contesta, señalándome la silla que se encuentra frente a él—. ¿Y yo puedo preguntarte qué haces aquí?

—Se ha terminado, Ignacio, para siempre —le confirmo con firmeza, aceptando que el dolor que siento puede que siempre forme parte de mí—. Tengo hambre, voy a por el desayuno y te lo cuento, ¿vale?

«“Tengo hambre”, vaya, eso es bueno —pienso, mientras me dirijo al bufet— y he sido capaz de decir que se ha terminado sin convertirme en “Palollorona pompitas de mocos”, eso es bueno también —me digo, cogiendo un plato, que lleno de beicon, tostadas, huevos y...—. ¡Suficiente! —me ordeno cuando estoy a punto de coger una salchicha con una pinta de escándalo—. Una cosa es dejar de ser “Palollorona pompitas de mocos” y otra convertirme en “Palotragona culazo gigante”.»

—Qué buena pinta tiene todo, ¿verdad? —le pregunto a Ignacio, sentándome frente a él, que mira divertido mi plato.

—Por lo que veo no has perdido el apetito —me responde, mientras yo valoro por dónde empezar entre tantas cosas... Como cuando estaba con Orlando y no sabía por dónde empezar...—. ¿Quieres hablar de ello? —me pregunta, devolviéndome a la realidad.

—No hay mucho de qué hablar —musito, sintiendo que el estómago se me cierra de golpe—. Supongo que las cosas no siempre suceden como deseamos —prosigo, mirándolo con seriedad—. No sabía adónde ir, Ignacio, no quería quedarme en Madrid estando él allí y tampoco podía ir a Formentera, por miedo a derrumbarme frente a mi madre, así que he terminado aquí.

—Has hecho bien, todavía nos quedan un par de semanas de rodaje y nada como meterte de lleno en esta vorágine para olvidarte de todo.

«No me hables de meter y sacar, gatita...», rememoro con tristeza. «¿De verdad seré capaz de hacerlo? ¿De verdad llegará el día en que pueda olvidarlo?», me pregunto volviendo mi mirada hacia la ventana, viendo que no deja de llover.

—¿Cuál es el plan de rodaje de hoy? Está lloviendo —musito, deseando dejar de hablar de él y empezando a comer.

—Está chispeando —matiza Ignacio— y continuará así durante toda la mañana.

—Vale, está chispeando —le respondo condescendiente, admirada por el control que llevan del tiempo, algo necesario cuando se trata de un rodaje en el exterior.

—No es lo mismo, señorita —prosigue sonriendo, antes de darle un sorbo a su café, mientras yo siento cómo empieza a abírseme el apetito de nuevo—. Hoy rodamos en los acantilados de Moher —me explica y dejo de masticar mirándolo sorprendida—. ¿No te apetece ir? —me pregunta ante mi reacción.

—Es lo que más me apetece. Creo que si he regresado aquí es porque, en el fondo, necesitaba volver a ese lugar.

—PERO ¿A QUIÉN TENEMOS AQUÍIII?

Me vuelvo hacia esa voz alegre y me encuentro con la sonrisa resplandeciente de Magda. Me levanto para darle un enorme abrazo de oso.

—¡Tía, pensaba que no te volveríamos a ver! —me dice feliz.

—Como tú continuabas por aquí, he decidido venir yo también para hacerte compañía.

—Oye... pero si estás aquí... eso significa que... —me dice atando cabos.

—Ya hablaremos, ¿vale? Estoy bien... en serio —le confirmo, mientras le doy dos besos a Gabriella.

—Me alegra verte de nuevo —me dice ésta con voz dulce.

—Yo también.

—Ignacio, no te deshaces de nosotras ni con agua caliente —le dice Magda bromeando.

—Vais a ser la ruina de este rodaje —le responde él, siguiéndole la corriente.

—Búscanos otro papelito y listo —le rebate con aplomo, recordándole su papel de Rosa, ante la mirada sorprendida de él—. Oye, ¡por pedir que no quede! ¡Ufff! ¡Estoy hasta mareada del hambre que tengo! —nos dice mirando mi plato—. Voy a darme un atracón, como tú —prosigue antes de salir disparada hacia el bufet, seguida por Gabriella, que la mira divertida.

—Qué distintas son, ¿verdad? —le pregunto a Ignacio, una vez a solas—. Una tan lanzada y la otra tan callada.

—Son como sus personajes, Ada y Marta lo clavaron cuando las seleccionaron...

Clavar, meter, sacar, su voz, sus ojos... él...

—Es verdad —musito con tristeza.

Cuando terminamos de desayunar, tal como me ha confirmado Ignacio, nos dirigimos a los acantilados de Moher, donde hoy rodarán Gabriella y Ashley, las actrices que dan vida a Olivia y Alice, y por el camino observo el maravilloso paisaje que nos rodea; las silenciosas y ondulantes praderas, con sus miles tonalidades de verde, en ocasiones pobladas por ovejas de lana blanca y otras libres de ellas, los riachuelos, los lagos, en los que se refleja este cielo plomizo que hoy nos acompaña, todo ello sin que deje de chispear, en palabras de Ignacio... Y entonces recuerdo a mi

padre y cuánto le gustaba que lloviera... recuerdo lo mucho que nos gustaba mirar la lluvia a través de la ventana mientras mamá nos preparaba una taza de chocolate caliente...

—Ya hemos llegado, chicos, cubríos bien si no queréis terminar empapados —nos dice Jorge, uno de los cámaras, sacándome de mis pensamientos.

Me tapo la cabeza con la capucha y me apeo del vehículo, dirigiendo mi mirada hacia ese mar infinito que tengo frente a mí, sintiendo cómo la paz llega de la misma forma en que lo hacen las gotitas de lluvia, y cómo eso que tengo anudado en mi alma impidiéndome respirar se afloja ligeramente permitiendo que no me ahogue tanto. Inspiro hondo conectando con el lugar, consciente de que no he sido capaz de cumplir mi promesa y de que, de nuevo, estoy aquí sin él... Y entonces, como el viento que se cuela por cualquier rendija, llegan sus recuerdos, esos que me llevan directa al vacío, pero antes de que el frío que allí se respira me envuelva, los anulo, decidida a no abrir nunca más ese capítulo que cerré la noche del 31 de diciembre en La Cueva.

Con ese propósito me dirijo hacia donde está todo el equipo y me quedo al lado de Ignacio, obligándome a centrarme en José Antonio, que está dándole instrucciones a Gabriella; obligándome a no pensar en él mientras escucho sus indicaciones sobre las intenciones del personaje, cómo se siente, cómo ha de mirar a cámara, el plano que utilizarán... tal como hizo conmigo en el palacete y más tarde en Tella... Y, a pesar de mis deseos, con su voz y sus indicaciones retrocedo a esos días que parecen tan lejanos ahora y siento que el suelo se abre de nuevo bajo mis pies, cómo tiembla incluso y me apoyo en Ignacio sin percatarme.

—¿Estás bien? —me pregunta volviéndose hacia mí preocupado.

—Sí, tranquilo —susurro, todavía aferrada a su brazo—. Necesito moverme, voy a dar un paseo y vuelvo.

—¿Quieres que vaya contigo? —me pregunta.

—No, no hace falta. En serio, estoy bien —le digo intentando sonreír—. No iré lejos.

Dicho esto me alejo de ellos buscando el silencio; el silencio del viento que silba con fuerza, del agua rompiendo embravecida contra las rocas y del chillido de las aves, ese silencio que deseo que me calme y me haga sentir esa paz que tanto ansío. Y siguiendo un impulso me dirijo al lugar donde enterré la carta que le escribí a mi padre, donde todavía sobrevive esa flor que creció inexplicablemente en unos minutos.

—¡Has vuelto!

De nuevo esa voz ligera como la brisa y suave como un día de primavera. Me vuelvo hacia ella con rapidez, encontrándome con la joven pelirroja de ojos verdes.

—¿Quién eres? —musito fascinada.

—Me llamo Áine, y tú eres Paloma, ¿verdad? —me pregunta, haciéndome recordar el sonido de los cascabeles.

—Pero... ¿cómo sabes mi nombre? ¿Y cómo supiste lo que deseaba ese día? — consigo preguntar finalmente, alargando una mano para tocar su pelo mojado por la lluvia y cerciorarme de que no es ninguna aparición ni ninguna fantasía.

—Soy tan real como tú —me responde haciendo una mueca divertida—. No disfrutas todavía de lo que pediste, ¿verdad? —me pregunta sin contestarme, volviendo su mirada hacia el mar, ese que, encabritado, lucha contra las rocas a nuestros pies.

—No —le confirmo, sin poder alejar mi mirada de ella.

—Bueno, a veces hay que ser un poco pacientes —me responde mirándome de nuevo, mientras las gotitas de agua caen incesantes sobre nuestras cabezas —. Pero todo está a punto de suceder, lo presiento.

—¿Eres un hada? —susurro, admirando su rostro de porcelana y provocando su risa cantarina.

—Áine era el nombre de la Reina de las Hadas en la mitología celta, ¿sirve eso para que yo lo sea?

—Creo que no —le respondo sonriendo, a pesar de que no sé si estoy muerta del susto o fascinada por completo—. ¿Cómo lo supiste? —insisto.

—Te lo dije ese día, tu corazón gritaba tan fuerte tus deseos que era imposible no oírlos, por eso lo supe. Como lo sabrías tú si lo escucharas más a menudo —añade con aplomo—. No has luchado por lo que quieres —me reprende esta vez con seriedad—, por eso estás aquí, no has envainado tu espada por lo que deseas, por eso te duele tanto aquí dentro —me dice, señalando mi corazón—, y por eso todo se ha ralentizado. Pero lo que se ha concedido en el cielo tarde o temprano se manifestará en la tierra. Siéntete dichosa por ello y no llores —me dice esta vez con dulzura, rozando con su pulgar mi mejilla, por la que, sin que me dé cuenta, están empezando a rodar las lágrimas—. Porque lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta, y lo que amas volverá a ti.

—No sé de qué me hablas —susurro, abrazándome a mí misma, demasiado impresionada como para cuestionarme nada.

—Todo está sucediendo, todo sigue su curso y la sangre volverá a la sangre. Abre los ojos, Paloma, y observa con atención, sólo así serás capaz de reconocerlo —murmura, llenando mi interior de magia y de paz—. Lucha por tu amor —me aconseja antes de darse la vuelta para empezar a alejarse, caminando como si flotara, a pesar del viento que azota nuestros cuerpos.

«Lucha por tu amor» es lo que le pidió Marcela a Olivia en *Soñaré que te sueño*, un consejo que llegó con el viento, con el sonido de las ramas de los árboles al ser movidas por él y con el trinar de los pájaros... y, tal como sucedió ese día, caigo de rodillas al suelo, demasiado impresionada como para tenerme en pie, con el aullido del viento, el estruendo de las olas al romper contra las rocas y el chillido de las aves llegando distorsionados a mis oídos, con ese mensaje resonando en mi cabeza.

—¡Paloma! ¿Estás bien? —me grita Ignacio, que llega corriendo, con dificultad, hasta donde estoy yo. Y durante unos segundos siento que algo se agita dentro de mí llenándolo de calidez.

... «Y la sangre volverá a la sangre y lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta. Abre los ojos y observa con atención, sólo así serás capaz de reconocerlo...»

Y lo hago. Cuando llega hasta mí observo a Ignacio, viéndolo de verdad, como si fuera la primera vez que lo hiciera. Detengo mi mirada en sus ojos, del mismo color que los míos, en el óvalo de su rostro, que tanto me recuerda al de mis hermanos, recuerdo esa ternura que me invade cada vez que estoy con él... y entonces y, aunque es una locura, una idea me traspasa como lo haría un rayo, fulminante y directa, hasta llegar a mi corazón, ese que todavía late acompañado por la magia y la paz que Áine ha traído consigo.

—¿Cómo se llamaba tu hijo, Ignacio? —musito con un hilo de voz, empezando a temblar.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Y qué importancia tiene eso ahora? Dime si te ha hecho algo esa mujer —me ordena preocupado, ayudándome a levantarme a pesar de que mis piernas han perdido toda la fuerza.

—Contéstame, Ignacio, ¿se llamaba Thiago? —musito, sintiendo que mis ojos se humedecen por las lágrimas, sabiendo la respuesta sin necesidad de escucharla de sus labios.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta frunciendo el ceño, sin soltarme en ningún momento.

—Se llamaba Thiago Aldaso, ¿verdad? —prosigo casi sin voz, empezando a romperme y a helarme por dentro.

—Se llamaba Thiago Salasqueta —me responde con sequedad—. Aldaso era el apellido de mi mujer... Tú... ¿tú lo conociste? ¿Conociste a mi hijo?

El suelo tiembla, se abre y yo caigo por él... Hace frío...

—Él... él era mi padre, mi nombre es Paloma Aldaso y... creo que soy tu nieta —musito, haciéndolo palidecer con mi confesión, mientras yo caigo a más velocidad por ese vacío que no tiene fin, sin ser capaz de ver ni sentir nada que no sea la oscuridad fría y envolvente.

Ha muerto, mi padre... ha muerto. Nunca volveré a verlo, nunca volverá a abrazarme, nunca volveré a escuchar el sonido de su voz... nunca... nunca... nunca...

—Estás equivocada, Paloma —me asegura recomponiéndose—. Tú no puedes ser su hija, él no tuvo hijos. Yo... yo lo habría sabido.

—¿Durante cuantos años perdiste el contacto con él, Ignacio? —le pregunto, obligándome a detener mi caída mientras comienza a llover con intensidad.

—Durante quince años —me responde frunciendo el ceño, acunando mi rostro entre sus manos y analizándolo con detenimiento, buscando algún parecido que corrobore mi confesión.

—Yo tenía diez años cuando él se fue —musito sin poder dejar de temblar y me separo de él para localizar mi cartera en la mochila y busco esa fotografía que siempre, año tras año, y doblada para no verla, he llevado guardada a pesar de mis sentimientos—. ¿Es él? —le pregunto con un hilo de voz, temiendo su respuesta.

Y es entonces cuando por primera vez lo veo derrumbarse, aferrando la fotografía del hombre que fue mi padre y también su hijo.

«Y la sangre volverá a la sangre y lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta...», recuerdo empezando a llorar cuando Ignacio, mi abuelo, me abraza con fuerza llorando conmigo. Áine nos observa a lo lejos, llorando con nosotros y sintiendo nuestros sentimientos como propios, maldiciendo y bendiciendo su don, ese que la hace distinta al resto y por el que no puede tener lo que desea...

—Entonces... ¿tengo una nieta? —me pregunta finalmente Ignacio sin soltarme.

—Bueno, en realidad tienes tres; una nieta y dos nietos —contesto, sin poder creer que el hombre del número dieciséis sea mi abuelo.

—Ven aquí —me dice abrazándome de nuevo, mientras la lluvia remite y un rayo de sol se filtra entre las nubes.

—Nunca volveré a verlo —musito con tristeza, secándome las lágrimas y observando el arco iris que tengo frente a mí.

—No, no lo harás y, aunque sé que no es lo mismo, y sólo si me lo permites, intentaré suplir su falta cada día de lo que me quede de vida. ¿Me permitirás hacerlo, Paloma? ¿Me concederás el honor de ser tu abuelo? —me pregunta con voz rota.

—Yo no tengo que concederte nada, porque ya se te ha concedido —le digo, sintiendo cómo la calidez anula el frío que tenía instalado dentro.

«Y lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta». «Me será devuelto en la figura de un abuelo», pienso emocionada, volviéndome hacia ese arco iris que parece brillar, iluminando este mar que, quién sabe si lleva alguna ceniza de mi padre, y dirijo mi mirada hacia Ignacio, que tiene puesta la suya en el horizonte, mientras con un brazo rodea mi cuerpo.

—Ha salido el sol cuando no estaba previsto que lo hiciera, trayendo con él el arco iris—murmura enigmático— y yo he descubierto que tengo tres nietos —prosigue volviéndose hacia mí—. Creo que hoy tu padre me ha perdonado por completo —musita y siento cómo tiembla, como posiblemente esté temblando yo.

—Vamos, regresemos al hotel, estamos empapados y helados y tú y yo necesitamos ponernos al día —le digo, temiendo que se resfríe.

Durante el trayecto hablamos sin cesar y cuando llegamos, y tras cambiarnos de ropa, nos reunimos de nuevo en uno de los saloncitos, frente a una humeante taza de chocolate caliente... como hacía con mi padre... —pienso con tristeza—, para

empezar a crear los lazos de lo que somos, un abuelo y una nieta.

—¿Cómo has sabido que era tu abuelo? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—Es tan increíble, que, aunque te lo contara, no me creerías, supongo que lo he intuido. Pero lo que no entiendo es por qué mi padre se puso Aldaso de apellido si el tuyo es Salasqueta.

—Supongo que fue su forma de decirme cuánto me detestaba. Aldaso era el apellido de tu abuela —vuelve a explicarme con dolor—. Pero... tú te llamas Paloma Serra, no Aldaso.

—Serra es el primer apellido de mi madre, debe de ser algo genético eso de renegar del apellido paterno —musito con tristeza—. También fue mi forma de decirle cuánto lo detestaba por habernos abandonado.

—¿Cuándo se marchó? —me pregunta con voz quebrada.

—El veinte de marzo de mil novecientos noventa y cuatro, cuando yo tenía diez años.

—Murió un día después —me confirma con voz rota.

—¿Cómo? ¿Sólo un día después? —musito, empezando a ahogarme.

«Yo estuve yendo al puerto durante dos años, estuve dos años esperando verlo bajar del ferry, dos años haciéndole dibujos, dos años esperándolo... y él, él estaba muerto...», pienso, empezando a llorar, sintiéndome como la niña que fui, tan perdida y desamparada como me sentí durante esos años.

—Me llamó una semana antes, no me dijo qué quería, pero casi me ordenó que nos viéramos. Nunca sabré qué iba a decirme —me explica, volviendo su mirada hacia la ventana—. Murió frente a mí cuando un coche se lo llevó por delante. Estuve quince años sin ver a mi hijo y cuando iba a encontrarme con él, fue para ver cómo moría —dice con un hilo de voz, mientras yo empiezo a verlo todo borroso por culpa de las lágrimas—. Su última palabra fue «Miriam». Nunca supe quién era esa mujer ni quise saberlo tampoco.

—Miriam es mi madre —le digo, con un llanto desgarrado.

—Lo siento, Paloma —me dice levantándose con dificultad y sentándose a mi lado para abrazarme. Yo me apoyo en su pecho, en el pecho de este hombre que es mi abuelo y que acaba de envejecer diez años de golpe—. Ojalá pudiera hacer algo.

—¿Qué querría Ignacio? ¿De qué querría hablar contigo? —le pregunto cuando consigo dejar de llorar.

—No lo sé, llevo años preguntándome lo mismo —musita acariciando mi espalda y reconfortándose.

—¿Y tu mujer sabía que existíamos?

—Estoy seguro. Thiago quería mucho a su madre y dudo que le ocultara algo así.

—¿Y ella no te lo contó?

—Supongo que me conocía demasiado bien y se limitó a proteger a su hijo y a sus nietos —susurra, dejando de acariciar mi espalda.

Me incorporo ante su confesión.

—¿Me estás diciendo que nos protegió de ti? ¿De nuestro abuelo?

—Del tirano de tu abuelo, del tirano que habría hecho lo que hiciera falta con tal de teneros con él en Madrid, el que se hubiera creído con derecho para decidir sobre vuestra educación y vuestra vida, pasando incluso por encima de vuestros padres. Sí, os protegió de quien yo era entonces y protegió la vida que vuestro padre eligió para vosotros, lejos de mí.

... Y entonces recuerdo la historia del dueño del castillo, ese que creía que tenía poder para controlar a todas las criaturas de su reino. «El dueño del castillo era mi abuelo y la criatura que se rebeló contra él fue... fue mi padre —pienso paralizándome—. Me contó su vida en cuentos, durante años estuvo haciéndolo...» Y llegó a un lugar mágico, donde conoció a una joven princesa de larga cabellera con la que tuvo una niña y dos niños y con la que fue feliz... «Mi madre fue la princesa y nosotros esos niños», —pienso, empezando a llorar de nuevo. Y como si se abriera una compuerta, los recuerdos llegan hasta mí, rápidos y sin control.

—Recuerdo que de vez en cuando venía una mujer a La Masía, nuestro pequeño hotel —le aclaro—, se alojaba allí un par de semanas y durante ese tiempo no se despegaba de mi lado. Jugaba conmigo, me leía cuentos, me llevaba a la playa, recuerdo que a veces papá se ponía serio cuando hablaba con ella, pero cuando se daban cuenta de que estaba mirándolos sonreían y dejaban de hablar... Ella nunca conoció a los gemelos, porque dejó de venir cuando yo tenía ocho años, se llamaba Vio...

—Violeta, tu abuela se llamaba Violeta Aldaso —me dice entre susurros— y murió dos años antes de morir tu padre.

—Por eso dejó de venir... —musito sin poder dejar de llorar, recordando a esa mujer que fue mi abuela sin yo saberlo.

—Ella hizo bien, apoyó a su hijo y así pudo conocer a su nieta, no como yo, que perdí lo más importante de mi vida por culpa de mi tiranía y mi orgullo —me dice recomponiéndose—. Para mí sólo existía la productora y me convertí en un ser prepotente y orgulloso que exigía obediencia. Me habrías aborrecido y temido si me hubieras conocido entonces, como lo hacían todos los que estaban a mi lado. Ella hizo bien, hizo lo que haría una madre —concluye con voz quebrada, mientras yo soy incapaz de dejar de llorar.

—¿Y si no nos abandonó? ¿Y si realmente no quería hacerlo? —le pregunto, deseando aferrarme a ese hecho—. Tengo que hablar con mi madre —le digo, buscando el móvil con manos temblorosas—, tengo que contárselo.

—Hazlo, pero cuando yo no esté delante. Seguramente me aborrece tanto como me aborrecía mi hijo —me explica, y veo dolor en su mirada, un dolor auténtico y desgarrador, y lo abrazo con fuerza, deseando aliviar esa carga que tanto le pesa.

—No sé quién fuiste en el pasado, Ignacio, pero sé quién eres ahora, y eso no lo va a cambiar nadie, te lo aseguro.

Nos abrazamos llorando en silencio, él por quien fue y por lo que perdió y yo porque he recuperado parte de lo que perdí; un abuelo, el recuerdo de mi padre y también la esperanza.

Hablamos durante horas, llorando en ocasiones, sonriendo en otras y entre confesiones el día da paso a la noche y con ella llego a mi habitación y a esa conversación con mi madre que tanto deseo.

Entre llantos se lo cuento todo desde el principio, desde que conocí a Ignacio hasta que he descubierto quién era, ante su silencio sepulcral, un silencio que casi siento que puedo palpar cuando le hablo de la muerte de mi padre.

—¿No dices nada? —le pregunto finalmente—. Mamá, te estoy diciendo que papá está muerto y que murió un día después de marcharse. Puede que no quisiera abandonarnos y que tuviera intención de volver.

—¿Qué quieres que diga, Paloma? —me pregunta con voz rota.

—No lo sé... pero para mí no es lo mismo creer que mi padre me ha abandonado y se ha desentendido por completo a tener una esperanza.

—Has odiado a tu padre durante años, los mismos que yo te he pedido que no lo hicieras, y ahora me llamas creyendo que hay una esperanza. ¿Una esperanza de qué, Paloma? ¿Qué esperanza hay para mí cuando el único hombre al que he querido está muerto? Para mí no hay esperanza, porque la única que yo tenía era volver a verlo, que os viera y se sintiera tan orgulloso de vosotros como lo estoy yo y, sobre todo, era escuchar lo que tuviera que decirme. ¿Qué quieres que te diga cuando me dices que su última palabra fue mi nombre? Saber que estaba muerto mientras yo lloraba esperando su regreso no me da esperanzas, Paloma —me dice empezando a llorar y siento esa sensación tan familiar, la del suelo abrirse bajo mis pies.

—Mamá, yo... lo siento, lo siento mucho, no... no quería decir eso —musito, sintiendo el frío instalarse en mi interior—. No debería habértelo dicho por teléfono, perdóname...

—No te preocupes, simplemente no estaba preparada para escuchar algo así.

—Perdóname por favor...

—No te preocupes, es normal que me hayas llamado, supongo que yo tampoco hubiera podido esperar y también lo habría hecho —me asegura, intentando que su voz suene lo más firme posible.

—Tenía que haber ido a casa a contártelo en persona.

—Tranquila, estoy bien, han pasado muchos años desde entonces y puedo asegurarte que lo lloré de la misma forma en que lo habría hecho si hubiera sabido que estaba muerto —musita y durante unos segundos guardamos silencio, cada una sumida en sus pensamientos.

—Mamá, necesito respuestas, y tú las tienes... Dime si necesitas tiempo para poder dárme las...

—Yo no sé nada, hija, ojalá tuviera esas respuestas que tanto necesitas, pero tu padre no solía hablarme de su vida anterior, nunca me dijo quién era tu abuelo y tu abuela tenía terminantemente prohibido hablarle y hablarme de él. Fue la única condición que le impuso y que ella aceptó. Ni siquiera le permitió que te dijera que era tu abuela, a pesar del daño que le hizo no poder hacerlo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué problema había en que lo supiera?

—Tu padre quiso alejarte de tu abuelo a toda costa. Si ella te desvelaba quién era, cuando crecieras podrías querer saber, ir a visitarla incluso y ella te llevaría inevitablemente a él, lo que tu padre nunca quiso, por eso nunca te desveló el parentesco que os unía.

—¿Y tú? ¿Nunca sentiste curiosidad?

—¿Curiosidad por un hombre al que no conocía y que a tu padre le había hecho tanto daño? No, nunca la tuve, no me importaba su pasado sino su presente conmigo, por eso nunca le pregunté, ni a tu abuela, respeté su condición, como hizo ella.

—Él ha cambiado, mamá —le digo refiriéndome a mi abuelo.

—Tu padre no quería que tuvieras relación con ese hombre.

—Ya te he oído, pero Ignacio ya no es el que fue.

—¿Y cómo lo sabes si no lo conociste?

—Porque lo conozco ahora y se merece una oportunidad.

—Mira, Paloma, entiendo que tus vivencias no son las de tu padre ni las mías y que eres libre de decidir quién está en tu vida y quién no, pero respeta que yo no quiera tener relación con ese hombre.

—Pero mamá, ¿y los chicos? Tienen derecho a saberlo todo y a saber que tienen un abuelo.

—Ese hombre sólo le causó dolor a tu padre, ¿acaso no te importa?

—Claro que me importa, pero siempre me has dicho que hay que perdonar para poder seguir. ¿Por qué no puedes hacerlo ahora? ¿Por qué no puedes darle una oportunidad a un hombre al que no conoces de nada?

—Estás enfadándote conmigo por alguien a quien tú tampoco conoces de nada —me recrimina, haciéndome sentir mal—. Es cierto que no lo conozco, pero conocí a tu abuela y a tu padre y los vi sufrir por su culpa. No me pidas que perdone a un hombre que no aportó más que dolor a las personas que quise. Mira, hija, perdonar está bien y es lo correcto cuando se quiere, no importa el lazo que te una a esa persona, pero cuando ese lazo no existe, cuando no hay ningún sentimiento de por medio, no tienes por qué hacerlo, no siempre hay que perdonar, Paloma.

—Vaya, me estás sorprendiendo, mamá.

—Supongo que no para bien, ¿verdad? Lo siento, siento tener que hablarte así, pero siempre hemos sinceras la una con la otra y no quiero que eso cambie. Sé que no puedo prohibirte que tengas relación con ese hombre, pero te pido que lo mantengas alejado de mí y, si no es mucho pedir, de tus hermanos.

—Tienen derecho a saberlo y a decidir por ellos mismos —insisto de nuevo.

—Tu padre tenía derecho a poder vivir su vida libremente, tu abuela tenía derecho a decirte quién era y tú tenías derecho a saberlo, como tus hermanos si hubieran nacido, todos tenemos derecho a todo en esta vida, pero las circunstancias a veces nos quitan ese derecho y te aseguro que ese hombre, ahora, no tiene derecho a nada.

—¿Ni siquiera a una oportunidad? Aunque sólo sea por mí... ¿no se la darías, mamá? —le pregunto tensando la cuerda, segura de que Ignacio ya no es quien fue.

—Me da miedo que te haga daño, Paloma, me da miedo que, en el fondo, continúe siendo el hombre que fue, temo que te haga sufrir, que te manipule y que te haga lo mismo que le hizo a tu padre, me da pánico que haga sufrir a mis hijos si le doy esa oportunidad que me pides, ¿tan difícil es de entender?

—Por supuesto que no, mamá, quiero a los «niños» tanto como tú y nunca permitiría que nadie les hiciera daño. Mira, hagamos una cosa, quedan unas semanas de rodaje en las que voy a poder conocerlo mejor. Si veo en él algo que no me gusta, te prometo que me alejaré de su lado y nunca volveré a pedirte, pero sí en cambio continua demostrándome que es el hombre que creo que es, tienes que prometerme que lo reconsiderarás.

—Si es el hombre que crees que es, me reuniré con él en Madrid para valorarlo por mí misma —me dice con seriedad.

—Está bien.

—Paloma...

—Mamá, confía en mí, ¿vale? —le pido, mientras ella se mantiene en silencio unos momentos.

—Llámame todos los días, quiero saberlo todo —me responde finalmente.

—Lo haré... Mamá, ¿estás bien? Por lo de papá digo...

—Estoy tan bien como podría estar. Si lo superé entonces, lo superaré ahora —me asegura—. ¿Sabes?, puede que «esperanza» no sea la palabra correcta para definir cómo me siento, pero al menos ahora cuando mire el camino que lleva de la carretera principal hasta La Masía no lo haré esperando verlo acercarse.

—Yo fui al puerto durante dos años esperando verlo bajar del ferry —le confieso por primera vez.

—No lo sabía... —me dice con un hilo de voz.

—Nunca te lo dije... —musito encogiéndome de hombros.

—No fui la mejor madre esos años, ¿verdad? Lo siento mucho, hija.

—Fuiste la mejor madre, esos y todos los años que vinieron después.

—Y tú la mejor hija que podría tener, te quiero, Paloma.

—Y yo, mamá —contesto, secándome las lágrimas que han empezado a fluir—. Te llamo mañana.

—Buenas noches, hija.

Cuelgo el teléfono con miles de sentimientos encontrados, pues, aunque entiendo a mi madre y su temor, hay algo que no puedo frenar y es ese sentimiento de ternura que siento cada vez que estoy con Ignacio.

Me pongo el pijama pensando en él, en mi padre, en mi familia y en todos esos secretos que están empezando a dejar de serlo y, cuando me cubro con la colcha y cierro los ojos, lo hago con la certeza de que si no fuera bueno para mí, el destino no lo habría puesto en mi camino...

«Y la sangre volverá a la sangre y lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta...»

La siguiente semana la paso descubriendo a ese abuelo que, por circunstancias, perdí, permitiendo que me descubra él a mí y recordando a la mujer que fue mi abuela sin que yo lo supiera, y durante esos días, durante esos paseos y durante esas conversaciones cómplices esa ternura que sentí por él la primera vez que lo vi se multiplica por mil y también es durante esos días cuando el hueco que mi padre dejó en mi interior empieza a llenarse con la presencia de este hombre que sólo desea una oportunidad para poder enmendar sus errores del pasado, unos errores que lo han llevado a ser quien es ahora, un gran hombre y mi abuelo, aunque todavía no me atreva a llamarlo así.

—¿Puedo preguntarte en qué piensas? —me dice Ignacio, sacándome de mis ensoñaciones y me vuelvo para mirarlo.

—En que en estos momentos me parezco mucho a Olivia —musito, dirigiendo mi mirada de nuevo hacia donde está José Antonio dándole instrucciones a Gabriella, y observo el banco que rodea el viejo tronco, tal como se describía en *Soñaré que te sueño*.

—Porque echarás esto de menos, ¿verdad? —me pregunta, entendiéndome en el acto.

—Sí —contesto—. Por lo que había visto por Internet y por lo que había leído intuía que Irlanda me gustaría, pero nunca pensé que llegaría a gustarme tanto.

—Sólo nos quedan unos días de rodaje, ¿qué harás cuando regresemos a Madrid? —inquire con cautela.

—Ven —le pido cogiéndolo suavemente del brazo para alejarnos del rodaje, pues Carlos está pidiendo silencio—. Mamá ha aceptado reunirse contigo en Madrid; me ha llamado esta mañana —le digo sonriendo, sin contestar a su pregunta.

—¿De verdad? —me pregunta con un punto de nerviosismo en la voz—. Vaya... quién diría que a estas edades todavía iba a ser capaz de ponerme nervioso por reunirme con una mujer —musita bromeando.

—Todo irá bien, ya verás —le digo convencida—. Y luego iremos a La Cueva para celebrarlo. Con tanto drama necesitamos divertirnos un poco —añado, recordando a Mic.

—Ya no recuerdo lo que es eso —me dice medio sonriendo.

—Ni yo, pero haremos memoria y ya verás como nos sale de miedo —le aseguro, sintiendo de nuevo esa ternura y esa sensación cálida que me envuelve cada vez que estoy con él.

Y entonces, con los rayos del sol bañando nuestro cuerpo y la suave voz de Gabriella de fondo, interpretando a Olivia, siento que todo encaja y que, de nuevo, estoy en el camino correcto, ese del que me extravié cuando Orlando dejó de formar parte de mi vida. Y aunque sé que nunca lo olvidaré, también sé que ha llegado el momento de avanzar y seguir, tendiendo mi mano a este hombre que es mi abuelo, segura de que mi padre, esté donde esté, lo ha perdonado como lo perdoné yo a él aquel día en los acantilados.

CAPÍTULO 37

Orlando

—Voy a rayar el puto vídeo —mascullo, tirando el móvil de malas maneras sobre el sofá, sintiendo que, de nuevo, me duele el pecho—. ¡Mierda, Paloma! —siseo ya con media cogorza, observando los botellines de cerveza que van acumulándose sobre la mesa.

»¿Qué coño esperan que haga? Mic, Gael, Philip... todos, joder, incluso Luna... ¿Para qué tenían que mostrarme el puto vídeo? ¿Para machacarme más?

»Joder, y encima se ha convertido en *trending topic*... De puta madre —digo, terminándome la cerveza de un trago y dejando el botellín en fila junto al resto, para volver mi mirada hacia la suya, esa que me taladra el pecho mientras canta esa puta canción—. ¡Mierda! Consiguió que me enamorara de ella como un puto adolescente, consiguió que hiciera todas esas mariconadas que nunca antes había querido hacer y que dijera todas esas chorradas que en mi vida había dicho... hasta le propuse ser pareja... ¿para qué? ¿Para decirme que no confiaba en mí y que esperaba que algún día abandonara a mis hijos? —me pregunto mesándome el cabello al recordar aquella noche y cómo me sentí. Joder, sólo quería abrazarla y atarla a mi cama si con ello impedía que se largara, pero no pude hacerlo, no cuando me dijo lo que esperaba de mí... Y entonces, en lugar de abrazarla, le pedí que se largara...

Con el sonido de su voz llenando todo el salón me dirijo a la cocina a por otra cerveza, deseando ponerme hasta el culo de alcohol si con ello consigo dejar de sentir esto que no me deja en paz y que me ha machacado desde que se largó, y cuando estoy frente a la nevera no cojo un botellín, sino dos, y con ellos regreso al sofá, donde sus palabras se me clavan como un cuchillo en el pecho...

—Puede que mis alas ahora estén rotas, puede que me sienta perdida y no sepa adónde ir, pero estoy segura de que llegará el día en que estas alas volverán a sanar y, cuando lo hagan, emprenderé el vuelo de nuevo...

Escucho su voz recostado en el sofá y, cerrando los ojos, retrocedo a esa jodida noche... como tantas veces he hecho desde entonces... Estaba nervioso, ansioso y cabreado, realmente muy cabreado por sentirme así, y me negué a buscarla. Qué coño, no se lo merecía, no se merecía que perdiera un segundo de mi vida pensando en ella, y aun así al final me rendí y terminé buscando su rostro entre los muchos que abarrotaban las primeras filas... Y entonces la vi... y me convertí en el puto adolescente enamorado que quería dejar de ser... Estaba cantando, tan bonita como siempre y seguro que inventándose la letra. ¡Joder! y de nuevo sentí toda esa mierda

asfixiándome, junto con la rabia... rabia por quererla tanto, rabia por necesitarla más todavía y rabia por saber lo que esperaba de mí... Y a pesar de que lo único que deseaba era hacerle daño para que se sintiera tan jodida como me sentía yo, durante la cuenta atrás no pude dominarme y terminé haciéndola con ella... con nuestras miradas atrapadas... como tantas veces...

Estoy asqueado, no quiero recordarla y estoy hasta los huevos de sentirme así. Durante la gira fue más fácil controlarlo y mantener esto que me taladra a raya, pero ahora, con estos días libres estoy volviéndome loco. «Joder, necesito follar de una vez; seguro que cuando lo haga dejaré de pensar estas mariconadas que no me dejan en paz», me digo, cogiendo el móvil y marcando el número de Macarena.

—¿Qué pasa, nena? ¿Estás por Madrid? —le pregunto con arrogancia, sorprendiéndome, porque en el fondo deseo que no se encuentre en la ciudad. Pero ¿qué mierdas me sucede?

—¿Por qué quieres saberlo? —me contesta ella, haciéndose la interesante.

—Porque me preguntaba si te apetecería pasarlo bien.

—Ya sabes que a mí siempre me apetece pasarlo bien —me responde con voz melosa.

—¿Y a tu amiga pelirroja? —prosigo, a pesar de que algo dentro de mí está revolviéndose.

—¿Te refieres a María?

—¿María tiene un lunar en el pómulos?

—Lo tiene —me confirma encantada, mientras yo continúo, más asqueado si es posible.

—Pues llámala y venid en una hora —le ordeno, deseando follármelas bien fuerte y quitarme este peso de encima.

—¿Vuelves a estar libre? —me pregunta, consiguiendo que me duela más esto que no me deja vivir.

—Una hora —mascullo antes de colgar.

Sin molestarme en retirar los botellines de cerveza de la mesa, me dirijo a la piscina cubierta, evitando mirar el *jacuzzi* para no recordar las muchas veces que Paloma y yo estuvimos en él... Pero ¿cómo no hacerlo cuando las imágenes vuelven a mí sin que lo pueda evitar?

Me deshago rápidamente de la ropa y, con rabia, me tiro al agua y empiezo a nadar como si mi vida dependiera de ello. Y con cada brazada llega un recuerdo... la impaciencia, el nerviosismo y el ansia que sentí en el concierto por verla entrar, cuando mi amigo llegó con Luna y con esa pareja que estaba con ella... la frustración al no verla y las palabras de Gael cuando besé a la rubia que tenía más a mano... «Cuando te canses de hacer el gilipollas ve a la habitación de enfrente, hay alguien que quiere hablar contigo. Y hazte un favor y no la jodas...» Y de nuevo la impaciencia, el nerviosismo y el ansia jodiéndome vivo... No quiero recordarla, no quiero recordar cómo me miró cuando me vio llegar con esa tía, no quiero recordar

sus palabras ni las mías, no quiero recordar nada, no quiero sentir nada... y nado, nado más rápido, deseando con cada brazada dejar atrás mis recuerdos... deseando dejarla atrás de una vez...

—Te odio, Paloma —mascullo saliendo de la piscina agotado por el esfuerzo—. Odio quererte tanto —siseo frustrado, deseando dejar de sentirme así.

Tras envolver mi cuerpo con una toalla me dirijo al interior de la casa, directo al baño, donde mi mirada se detiene durante unos segundos, en su cepillo de dientes rosa, junto al mío, y de nuevo los recuerdos asaltándome y ahogándome...

Me visto, prometiéndome tirar ese puto cepillo ahora mismo y, una vez listo, me dirijo al salón, consciente de que el puto cepillo de dientes rosa continúa en el mismo puto lugar.

Maldiciéndome por estar comportándome como una nenaza enamorada, cojo el móvil para acceder a su Instagram, nada... ni una maldita publicación. «¿Qué pasa, que ha regresado a la jodida Edad de Piedra?», me pregunto mientras suena el timbre de la puerta.

—Se terminó, tío, se terminó esta sequía. Vas a olvidarte de ella de una puta vez —me digo, tirando el móvil sobre el sofá y viendo a Macarena y a su amiga a través de la pantalla del interfono.

Abro la puerta de mi casa mientras ellas acceden al jardín y veo como la tal María lo observa todo tan alucinada como lo hizo Paloma y entonces los recuerdos llegan a mí... de nuevo, para joderme vivo.

—¿No prefieres entrar saltando el muro?

—¡JA! Mira que eres gracioso, ¿no prefieres tú comerte mi puño? ¡Y haznos un favor y ahórrate la frasecita!

Sonrío sin darme cuenta, viajando mentalmente a ese día mientras las dos chicas llegan hasta donde estoy yo... Pero soy incapaz de verlas, soy incapaz de ver las tetas de la tal María ni cómo Macarena me mira con lascivia, porque sólo soy capaz de verla a ella mirándome echando chispas...

—Pero ¡mira que eres imbécil!

—Y tú estás asalvajada, me parece que voy a tener que emplearme muy a fondo para poder domesticarte.

—¿Perdona? ¡Aquí el único asalvajado eres tú! ¿Así es como recibes a tus invitados? ¿Obligándolos a que te supliquen?

—Aquí sólo vienen mujeres más que dispuestas a hacerlo, no como tú...

—¿No piensas invitarnos a entrar? —me pregunta Macarena, consiguiendo que despierte de mi ensoñación. Me da un beso en la comisura de los labios y durante unos segundos estoy tentado a alejarme de ella.

«Ojalá no se te levante», rememoro. De puta madre.

—Pasad —les digo finalmente, obligándome a sonreírles.

—¡Hola, guapo! —me saluda la tal María cogiendo mi paquete y pegándose a mí.

—Adelante, guapa —mascullo, sonriéndole con dureza.

Las sigo al interior de la casa y, cuando llegamos al salón, las observo desnudarse mientras yo me mantengo impasible... ¿Por qué cojones tengo las manos en los bolsillos cuando podría tenerlas sobre ellas? ¿Por qué no puedo moverme? Joder, he follado con Macarena infinidad de veces y sé que es una fiera, justo lo que necesito ahora. Y su amiga es preciosa. ¿Qué coño me sucede?

—¿Prefieres mirarnos? —me pregunta Macarena ya desnuda acercándose a María.

Sabe cómo me pone ver a dos mujeres juntas y asiento en silencio, mientras ella pasea su lengua por los pechos de su amiga.

La observo demorarse en ellos, chupar lo que podría estar chupando yo y acariciar ese coño empapado que podría estar acariciando yo, pero nada vibra dentro de mí y continúo tan frío como lo estaba antes de que llegaran.

«Desde que ella se largó no he podido follar con nadie, me he limitado a matarme a pajas recordándola, comportándome como una puta nenaza, pero se terminó, joder», pienso acercándome a la tal María, que se ha recostado en el sofá mientras Macarena se demora en su sexo.

Me obligo a dejar de pensar en Paloma y observo la escena que está desarrollándose frente a mí; me gustan las mujeres, me gusta disfrutar de ellas y ver cómo disfrutan; me gusta tocarlas y que me toquen, verlas gemir, como están haciendo ellas, sobre todo María, que está retorciéndose de placer en mi sofá con Macarena entre sus piernas.

—Chúpamela —le ordeno, deshaciéndome del pantalón mientras Macarena se incorpora para ayudarme a desnudarme.

«Por fin tengo la polla dura», me digo con alivio. Las dos se emplean a fondo conmigo; siento sus manos por todo mi cuerpo, sus cálidas lenguas, sus pechos, su piel... Pero no puedo tocarlas, sólo puedo ver la cara de Paloma y sentirme asqueado de nuevo, como si estuviera traicionándola. Joder, pero ¿qué mariconada es ésta?

—¿Vamos a tener que suplicarte que nos toques? —me pregunta Macarena, mientras María se mete toda mi polla en la boca y yo soy incapaz de impulsar mis caderas hacia delante, de coger su cabeza y marcar el ritmo, de moverme, joder...

Y finalmente me rindo, cojo su cabeza, pero no para acercarla a la base de mi polla, sino para alejarla de ella.

—Lo siento —siseo ante su mirada estupefacta.

—¡Venga ya, Orlando! ¿En serio vas a dejarnos así? —me pregunta Macarena.

—He dicho que lo siento, ¿vale? —repito cabreado, empezando a vestirme—. Largaos cuando terminéis.

—¡Eres un cabrón, tío! —masculla María, aunque, sinceramente, me la pela lo que diga.

Me ducho de nuevo, necesitando quitarme su olor y su saliva de mi cuerpo, viendo de reojo el puto cepillo de dientes rosa. Cuando salgo de la ducha y me visto, me dirijo al salón, deseando que se hayan largado de una puta vez.

Respiro aliviado cuando compruebo que estoy solo, solo de nuevo... Pienso, sentándome en el sofá en el que hace unos minutos estaba la tal María a punto de correrse. Joder, ¿esto va a ser siempre así? ¿Ya no voy a poder follar con nadie más? De puta madre, ya puedo comprarme un hábito...

El timbre de la puerta me saca de mis putos pensamientos y, a través de la pantalla, veo a Philip y Gael... Mierda, estos dos son los que me faltaban ahora. Les abro la puerta y me dirijo a la cocina para coger otro botellín de cerveza.

Los espero sentado en el sofá, con mi cerveza en la mano y todos los demás botellines vacíos todavía sobre la mesa, resignado a tener que soportarlos.

—¿Qué pasa, que os habéis hartado de jugar a las casitas? —siseo de malas maneras cuando los veo entrar.

—¿Qué pasa, que quieres jugar tú también y no te dejan? —me pregunta Philip yendo hacia la nevera.

—¡Sírvete, hombre! ¡Estás en tu casa! —le digo alzando la voz.

—Te veo bien —me comenta Gael, sentándose frente a mí.

—De puta madre —siseo de nuevo de malas maneras, dándole un largo trago a mi cerveza.

—¿Te has propuesto batir un récord? —prosigue, mirando las cervezas que hay sobre la mesa.

—¿Quieres batirlo tú? —le respondo entre dientes.

—Yo lo batí con el whisky. La verdad es que no sé si me dormí o terminé inconsciente, ¿piensas hacer tú lo mismo? —me pregunta con dureza, mientras coge el botellín que le tiende Philip.

—Responde —me ordena éste, sentándose al lado de Gael, con esa voz autoritaria que parece resonar en el puto salón.

—Oye, ¿por qué no me dejáis en paz y os largáis a follaros a vuestras mujeres? ¿Qué pasa, que os aburrís en casa y no tenéis nada mejor que hacer que tocarme las pelotas?

—Las pelotas ya te las tocas tú solo —me rebate Philip—. ¿Cuántas veces has visto el vídeo? —me pregunta poniéndose cómodo y dándole un trago a su cerveza.

—¿Cuántas crees, Philip, unas cien? Joder, me jugaría el cuello a que ha sido él el que lo ha convertido en *trending topic* —añade Gael y lo fulmino con la mirada.

—Yo casi me quemé los ojos viendo las fotos de Paula y el anuncio —me confiesa Philip con seriedad—. Tú lo viste, estabas la noche de la celebración en Virmings, ¿cómo crees que me sentía mientras miraba sus fotografías y montaba el anuncio?

—Posiblemente como se sentirá él ahora —prosigue Gael contestando por mí—. Pero tú reaccionaste, como lo hice yo, ¿a qué estás esperando tú para hacerlo? —me pregunta con seriedad.

—Vamos a ver, ¿qué sientes por ella? —dice Philip, presionándome.

—Nada —siseo, incapaz de pronunciar en voz alta esa frase que tanto me acojona.

—Seguro que sí —replica él, mofándose—. ¿Puedo preguntarte con cuántas tías has follado desde que lo habéis dejado?

—No, no puedes —mascullo, terminándome la cerveza de un trago.

—¿No puede? ¡Joder, eso es porque no has follado con ninguna! —asegura convencido Gael, soltando una risotada.

—Pero no siente nada por Paloma, no te confundas, tío —dice Philip carcajeándose también.

—Que os den, capullos, largaos a jugar a las casitas y dejadme en paz.

—Yo juego a las casitas y también a mamás y papás —responde Philip y yo lo miro queriendo cargármelo.

—Luna y yo estamos practicando mucho para el día que queramos jugar a eso —prosigue Gael y los miro valorando seriamente echarlos de una patada de mi casa.

—Iros a la mierda —mascullo finalmente, levantándome y dirigiéndome al amplio ventanal que da al jardín—. Además, ¿qué haces tú aquí, capullo? Pensaba que estarías dando saltos con los canguros —le pregunto a Philip.

—Ya te enterarás cuando juegues a mamás y papás —contesta con esa sonrisa de atontado que se le pone cada vez que habla de su familia.

—¿Fuisteis a ver la cabalgata de Reyes? —le pregunta Gael, pasando de mí.

—Por supuesto, tenías que haber visto la cara de Paulita, estaba flipada tío. Es una mini Paula, joder, me tiene loco.

—Nosotros también fuimos a verla con Nachete, Nata, Pepe y el pequeñajo, podríamos haber ido todos juntos si me lo hubieras dicho.

—¡De donde tenéis que iros es de mi casa! Pero ¿vosotros os estáis oyendo? ¡Joder, sois unas putas nenazas! —bramo asqueado.

—Tienes razón, volvamos al tema —propone Gael con la misma sonrisa de atontado que Philip—. Estás de puta madre, no estás loco por ella y estás follando sin parar con todas las tías que se te ponen a tiro, que son muchas, ¿lo he resumido bien?

—Cojonudamente —siseo entre dientes.

—Pues si estás tan de puta madre, explícanos a que viene esa cara de amargado —replica Philip.

—Oye, vamos a ponernos serios, ¿vale? —me pide Gael mirándome fijamente.

Le sostengo la mirada sin contestarle. Estos dos en plan serio son peor que una convención de loqueros juntos y, durante unos segundos, valoro ser yo el que se largue de mi casa, pero estoy harto de comérmelo todo solo y finalmente claudico y me siento en el sofá de nuevo, frente a ellos.

—La he jodido, y mucho, y ya no hay vuelta atrás —mascullo con dureza.

—Siempre hay vuelta atrás —replica Philip convencido.

—Empecemos de nuevo, ¿qué sientes por ella? —me pregunta Gael.

—La quiero —farfullo ante la sonrisa resplandeciente de ambos, sintiendo un alivio inmenso al poder decir esa frase en voz alta.

—Sabes que voy a meterme muchísimo contigo cuando dejes de estar tan jodido, ¿verdad? —me pregunta Philip sonriendo dando por hecho que voy a dejar de estarlo en algún momento de mi vida.

—Y yo. La verdad es que no sé si te compensa volver con ella, no sabes la que te espera, tío.

—¿Qué pasa, mamones, que no tuvisteis suficiente aquella tarde? Me parece que ese día me las devolvisteis todas juntas.

—Esa tarde sólo estábamos practicando, ya sabes que somos un poco cortos y necesitamos practicar mucho —me indica Philip ante las carcajadas de Gael.

—Cortos no sé, pero capullos lo sois, y mucho —mascullo—. Está en Irlanda, ¿verdad? He llamado a un colega de Ibiza y en Formentera no está —le digo a Gael con seriedad.

—Está en Irlanda, aunque creo que se larga en unos días.

—¿Y después? —pregunto, sintiendo cómo eso que no me deja vivir me taladra todavía más.

—Después no lo sé. oye, contéstame una cosa. Si de verdad la quieres, ¿por qué la echaste de tu lado la noche del concierto?

—Porque me pudo el orgullo y la rabia y quería... no sé, soy malo explicándome —farfullo frustrado, levantándome y empezando a caminar por el salón—. Cuando me dijo que no confiaba en mí y que lo único que esperaba era que abandonara a mis hijos si algún día los tenía fue como si me diera una puñalada —mascullo y luego guardo silencio durante unos segundos—. Me hizo recordar esos días cuando lo único que la gente veía en mí era a un cabrón... ¡Joder!, a mí también me cuesta muchísimo confiar en las personas desde entonces, pero a ella le abrí las puertas de mi casa y de mi vida, me esforcé para que hubiera una confianza, ¿y para qué? —pregunto frustrado—. Esto es una puta mierda. Vosotros me conocéis, tíos, sabéis que nunca me he enamorado ni he querido tener una relación y para una vez que lo deseo me suelta eso... ¿Qué esperabas que hiciera esa noche? —le pregunto superado a Gael—. Se supone que eso era lo que esperaba de mí, ¿no? Que me tirara a la primera tía que se cruzara en mi camino. Pues eso hice, mostrárselo.

—Pero ¿te la tiraste?

—Por supuesto que no —mascullo, superado por toda esta mierda

—Fui a Tella —me confiesa Gael sorprendiéndome—. Y estuve hablando con ella durante horas.

—No me lo habías dicho —le recrimino, yendo directo al sofá, donde me siento de nuevo frente a él.

—¿Me habrías escuchado? —me rebate.

—Habla —siseo, deseando saberlo todo.

—Me lo pidió Luna, porque creía que podría ayudarla contándole mi pasado —empieza a relatarme—. Cuando llegué al rodaje Paloma no me vio y la observé durante casi una hora. Al terminar una escena se derrumbó y terminó doblada por la mitad, llorando —me explica y siento que eso que no me deja vivir me presiona todavía más el pecho hasta impedirme respirar.

—Tenías que habérmelo contado —siseo de malas maneras, deseando liarme a puñetazos con él por haberme ocultado algo así.

—¡Venga ya, tío, no me jodas! ¿Pensabas que ella no lo estaba pasado mal? ¿Que cuando se fue de tu casa se largó de fiesta?

—Tú has crecido en una familia unida, pero ella no, imagina cómo debió sentirse —interviene Philip mirándome con determinación—. Que tu padre, el que debe velar por ti, te abandone cuando eres una cría debe de crearte algún tipo de inseguridad, por muy fuerte que seas —me asegura y siento que todo esto me sobrepasa, que soy incapaz de manejarlo con todo este asunto y con lo que siento.

—Ella te quiere, tío, pero quererte no era suficiente. Antes necesitaba superar sus miedos para poder seguir, como en el pasado hizo Philip o hice yo.

—Podría haberlo conseguido de tu mano o sola —interviene Philip, mientras yo entierro los dedos en mi pelo, completamente perdido con toda esta mierda de los sentimientos—. Y lo ha hecho sola. Oye, si la quieres, ve a por ella. Tú mismo lo has dicho, nunca has querido a ninguna mujer ni nada serio con nadie, si lo quieres ahora, lucha por ella y no pierdas más el tiempo.

—Le dije que no quería nada con ella y que no me diera más la brasa —mascullo frustrado—. ¿Imagináis su reacción cuando me vea?

—Vas a tener que arrastrarte mucho, colega —me confirma Philip sonriendo.

—Necesito saber en qué hotel se aloja. Pídele a Luna que la llame y le haga creer que va a ir a visitarla y, ya puestos, que venga a recogerme al aeropuerto —le digo finalmente a Gael, decidido a hacer lo que haga falta si con ello voy a tenerla de nuevo en posición horizontal.

—¡Qué capullo eres! —replica éste carcajeándose—. Te va a cortar los huevos, lo sabes, ¿verdad? —me pregunta sacando su móvil—. Venga, dame tus datos, le pediré a Sonia que te saque el billete.

Y sonriendo finalmente me dirijo por mis documentos, mientras mis amigos hacen apuestas sobre si Paloma me cortará los huevos antes o después de que me la tire. Y eso que me taladra deja de hacerlo con tanta intensidad.

CAPÍTULO 38

Durante el vuelo a Irlanda me siento como un puto adolescente, tan nervioso que si pudiera me liaría a hostias conmigo mismo. Y cuando el avión aterriza, siento que me flaquean las piernas. «¡Joder, macho, relájate un poco!», me ordeno cargado con mi mochila, directo a la terminal de llegadas.

La veo en cuando salgo por la puerta. Está absorta mirando su móvil y siento que mi corazón se sacude con fuerza. Joder... la que me va a liar cuando me vea.

—¿Esperabas a alguien, gatita? —le digo al oído, haciendo que dé un respingo y casi se le caiga el móvil de las manos.

Joder, está tan bonita que siento como las manos me queman por la necesidad de tocarla.

—¿Qué haces aquí? —musita palideciendo—. ¿Y Luna? —me pregunta, ya recuperada de la impresión inicial, poniéndose a la defensiva y buscando a su amiga por todas partes.

—Luna no podía venir y he venido yo en su lugar. Oye, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —masculla, dándose la vuelta y echando a andar y yo miro ese culito respingón que tanto me gusta.

—Vale, pues no hablemos —siseo con dureza, cogiéndola del brazo y haciendo que se dé la vuelta.

La beso sin darle tiempo a reaccionar, sin poder frenar la necesidad acuciante que siento de ella, notando al fin sus dulces labios sobre los míos y cómo mi polla reacciona al instante ante su contacto. Deseo comérmela entera, pero antes de que pueda hacerlo, un dolor agudo recorre todo mi cuerpo hasta cortarme la puta respiración.

—Joder, Paloma —siseo como puedo, doblado por la mitad—, por tu culpa no vamos a poder tener hijos; terminas de cargarte a todos los soldaditos.

—¡Serás imbécil! ¿Qué pasa, que no tenías suficiente con tu harén de rubias, morenas y pelirrojas? —me grita furiosa.

—En ese harén no había ninguna pequeña delincuente —mascullo a duras penas, sintiendo que el puto dolor no remite—. Joder, vas a tener que ponerme hielo en los huevos.

—¿Hielo? Lo que voy a darte es otro rodillazo en cuanto deje de dolerte éste —brama fuera de sí, convirtiéndonos en el centro de atención del jodido aeropuerto.

—Otro como éste y ya puedes olvidarte de tener hijos.

—¿Ahora quieres tener hijos? ¡Venga ya! ¡Si al final será verdad que te falta un hervor! ¡Mira, déjame en paz, no quiero saber nada de ti! —me dice con desprecio, dirigiéndose a la salida. Yo la sigo como puedo; hostia puta, cómo duele esto.

—¡Paloma! —mascullo acelerando el paso—, para, ¿quieres? —le pido, siguiéndola al exterior, todavía medio doblado por el dolor.

—¡No me da la gana! —me grita sin volverse, mientras yo camino como puedo.

—Oye, nena, que no he renunciado a mi harén de tías buenas para quedarme sin mi gatita de culo respingón —prosigo y enmudezco en el acto cuando se vuelve para fulminarme con la mirada.

—Por mí puedes meterte a tu harén de tías buenas por donde te quepa —sisea acercándose a mí, tan cabreada que instintivamente pongo las manos sobre mi polla—. Y para que te enteres, capullo, no soy tu gatita ni soy nada tuyo, ¿lo tienes claro?

—Por supuesto que lo eres. Eres mi gatita, mi pequeña delincuente y mi Bella Durmiente —susurro sonriendo, mirando esos labios que estoy deseando comerme.

—¿Ahora soy todo eso? —me pregunta fuera de sí. Joder, la llevo clara—. ¡ERES UN CAPULLO, TÍO! —brama cabreada, dándose la vuelta y echando a andar a toda leche hacia un taxi—. ¿Qué pasa? ¿Que mi vida vuelve a importarte? —me pregunta deteniéndose en seco y haciéndome frente, recordándome mis palabras—. Mira, ni me contestes, ¡lárgate por donde has venido! —sisea muerta de rabia y, entrando en el taxi, cierra de un portazo mientras yo siento cómo, poco a poco, vuelvo a tener huevos y entro en él yo también, mirándola con seriedad y sabiendo que voy a tener que dejarme de coñas y emplearme muy a fondo si quiero que me crea.

—Pero ¿qué haces? ¡Bájate ahora mismo! —me grita completamente furiosa, ante la mirada sorprendida del taxista.

—No pienso hacerlo ni pienso dejar que te vayas hasta que escuches lo que he venido a decirte, luego podrás irte si quieres.

—Lo que tenía que oír ya lo oí la noche del concierto. Vete, me estás haciendo perder el tiempo —mascullo saliendo del coche. Yo la sigo, decidido a no dejarla ir.

—Olvida lo te dije esa noche y yo olvidaré lo que me dijiste tú la noche que regresamos de París —le pido alzando la voz, mientras ella entra en otro taxi y la imito cerrando de un portazo.

—Pero ¿quieres dejar de seguirme? ¡Que me dejes, tío! —me grita.

—Ni loco —mascullo con dureza, sujetándola del brazo para impedir su huida—. Déjate de tonterías, Paloma, no pienso largarme hasta que me escuches. Puedes entrar y salir de todos los putos taxis, porque yo entraré y saldré de todos ellos, puedes ir caminando a tu hotel, porque yo lo haré a tu lado. Y puedes negarte a escucharme todo lo que quieras, porque no me importará y esperaré hasta que cambies de opinión.

—Pero ¿por qué has venido? ¿Qué quieres ahora? —me pregunta frustrada y tengo que frenarme para no abrazarla y no soltarla jamás—. Oye, te lo digo muy en serio, estás fuera de mi vida, baja del taxi ahora mismo o bajaré yo.

—No voy a dejarte en paz, Paloma, y yo también te lo digo muy en serio, hablemos, por favor, luego podrás irte si quieres.

—¡Es que no me interesa nada de lo que tengas que decirme! ¿Tan difícil te resulta de entender? —me grita saliendo del vehículo y la sigo de nuevo, más que dispuesto a arrastrarme todo lo que haga falta.

—Oye, siento todo lo que te dije esa noche, ¿vale? Me equivoqué y la jodí, y mucho, y sé que soy un capullo, pero soy el capullo que te quiere y quiere que vuelvas a utilizar este cepillo de dientes rosa —le digo, sacándomelo del bolsillo trasero del pantalón... Vale no está todo perdido, me digo, viendo su reacción.

—Cállate —me pide evitando mi mirada—, por favor, cállate.

—No hasta que escuches lo que he venido a decirte —le digo alargando una mano para posarla sobre su rostro, consiguiendo que se vuelva y me mire de una vez—. Paloma, te quiero —musito con seriedad, deseando que me crea y deje de resistirse— y no podré ser feliz si no es contigo a mi lado. Créeme, lo he intentado y me ha salido de pena —le aseguro, acercándome más a ella, con cautela—. Por favor, prométeme que si te beso no volverás a darme otro rodillazo.

—No quiero que me beses —musita alargando una mano para frenar mi avance, retrocediendo ella.

—Por supuesto que quieres —susurro sosteniéndole la mirada, sintiendo cómo al fin todo cambia a nuestro alrededor—. No voy a largarme ni a permitir que tú lo hagas —añado, acercándome a ella—. Aunque tenga que entrar y salir de todos los putos taxis de este aeropuerto siguiéndote y aunque tenga que arrastrarme tanto que termine confundíndome con una lagartija —concluyo, consiguiendo que sonría de una vez.

—Creía que habías dicho que podría irme en cuanto te escuchara —replica poniéndose seria de nuevo.

—Te he mentado —le confieso sonriendo finalmente, rozando su cuerpo con el mío.

—Oye, chulito... —musita con un hilo de voz.

—Dime, pequeña delincuente —contesto, mordiéndole el lóbulo de la oreja, frenando mis ganas locas de impulsar las caderas hacia delante y comerme su boca.

Siento que se rinde y su respiración se acelera, cómo su cuerpo atrae al mío... E, incapaz de controlarme más, llevo mis manos finalmente a ese culo que es mi perdición y me pego más a ella, rozando sus labios con los míos.

—Te quiero —le digo, con todo el amor que siento por ella desbordándome—, tanto, que estoy muerto de miedo y aun así lo prefiero mil veces a estar sin ti. Y ya sé que te saco de quicio y que estar juntos en ocasiones será una locura, pero será

nuestra increíble locura —susurro, pegándola más a mi cuerpo, observando esos ojos oscuros que son mi todo—, y te prometo que pase lo que pase nunca...

—No quiero que me prometas nada —me dice sorprendiéndome, mirándome de esa forma que es capaz de doblarme por la mitad sin necesidad de darme un rodillazo.

—¿Cómo? —susurro, temiendo su respuesta.

—Ya no lo necesito —me confirma y me tenso...—, yo también te quiero y, sobre todo, confío en ti —me dice con seguridad, consiguiendo que las piernas me flaqueen al escuchar esa frase que es tan importante para mí—. A pesar de lo capullo que eres y de lo muchísimo que me sacas de quicio —dice sonriendo y sonrío yo también, sintiendo que me duele el pecho de la puta emoción, joder, soy una nenaza—, por fin he aceptado que, aunque es una putada lo que nos sucedió, no tiene por qué repetirse de nuevo. —Alarga una mano para acariciarme tímidamente el brazo y tengo que frenarme para dejarla hablar y no devorarla entera—. Sé que esa noche fui injusta contigo, pero la verdad es lo habría sido con cualquiera.

—Ya lo sé y siento haberte pedido que te largaras y todas las estupideces que te dije la noche del concierto —le aseguro con seriedad, deteniendo mi mirada sobre sus labios—. Me mataste cuando vi el vídeo de La Cueva —le confieso acariciando sus labios con mi pulgar—. Dime que me perdonas y que puedo volver a tu vida y déjame que te repita, durante toda la mía, cuánto te quiero —le pido, necesitando escucharlo tanto como respirar, sin importarme lo más mínimo estar soltando una mariconada detrás de otra.

—Te perdono sólo si tú me perdonas a mí. Te quiero en mi vida sólo si tú me quieres en la tuya y te dejo que me repitas cuánto me quieres si puedo repetírtelo yo también —me dice en un susurro, matándome con su mirada y su voz—. Te quiero, chulito.

—Y yo, pequeña delincuente y ahora, ¿puedo besarte sin temer por mis soldaditos? —le pregunto, atrapando su mirada con la mía.

—Tus soldaditos siempre estarán a salvo conmigo —me responde con dulzura, llevando sus brazos a mi cuello y me rindo... me rindo a ella y a mis deseos.

La beso despacio, frenándome para no devorarla, necesitando saborearla y descubrirla de nuevo, y cuando nuestras lenguas se encuentran y un gemido sale de su garganta, llega mi perdición y con ella mi locura y sin poder detener más mis deseos, la alzo por el trasero haciendo que enrede sus piernas en torno a mi cintura, e impulso las caderas hacia delante, deseando comérmela entera.

—Estamos dando un espectáculo —musita, separando sus labios de los míos.

—Me importa una puta mierda —mascullo besándola de nuevo y frotando mi erección contra su sexo—. Joder, Paloma, necesito follarte de una vez.

—Me encanta tu romanticismo —contesta sonriendo.

—Nena, ya has tenido tu ración de romanticismo por hoy, ahora nos toca el maratón de sexo —le digo sonriendo con insolencia—. He reservado la suite del hotel en el que te alojas, ¿sabes por qué?

—Porque es la que tiene más metros cuadrados —responde con una sonrisa traviesa.

—Y voy a follarte en cada uno de ellos —murmuro besándola de nuevo.

—Hazlo —susurra frotándose contra mi polla y volviéndome loco.

La beso sintiendo que enloquezco, que mi cuerpo reacciona ante el suyo como fue incapaz de hacerlo ante el de las otras y cómo eso que me taladraba desaparece finalmente con ella entre mis brazos, sabiendo que voy a hacer todas las mariconadas que siempre pensé que nunca haría. Y las haré con la misma puta sonrisa que mis amigos cuando las hacen con sus mujeres, porque esta mujer es la mía y no voy a permitir que vuelva a alejarse de mí.

Paloma

Ahora

Entramos en el hotel encendidos y lo miro con adoración mientras el ascensor llega hasta la última planta, donde Orlando tiene reservada la suite, todavía asimilando lo que termina de suceder y, aunque no tengo ni idea de lo que pasará a partir de ahora, no me importa, porque confío en él y es esa confianza la que me hace sentir libre, libre para quererlo y vivir la increíble locura de estar juntos.

—Vamos, gatita —me dice cogiéndome la mano y saliendo disparado en cuanto se abren las puertas.

Me dejo arrastrar por él, adorándolo en silencio; su ancha espalda, esa a la que me aferraré, su cuello, ese que me muero por besar, su pelo oscuro, ese en el que hundiré mis dedos, su trasero, prieto y perfecto, que ahora es todo mío... y siento cómo mi vientre se contrae suavemente y el deseo recorre mis venas, quemándome a su paso. Y en cuanto pongo un pie en la enorme suite sus labios se apoderan de los míos con posesión y desenfreno y me dejo arrastrar por sus deseos, que son los míos.

Nos desnudamos con prisas, casi arrancándonos la ropa, siendo el oxígeno del otro, necesitando sentirnos, tocarnos y besarnos, todo al mismo tiempo, y cuando su lengua se frota con la mía mi sexo se frota con el suyo, haciéndonos enloquecer más todavía.

—A la mierda la cama —masculla levantándome a pulso y pegándome contra la pared de la entrada.

—A la mierda —susurro, antes de que el aire se escape de mis pulmones cuando de una estocada me penetra y casi siento cómo pongo los ojos en blanco.

—Joder, no sabes cuánto te he echado de menos —masculla empezando a moverse y llevándome disparada a la velocidad de la luz a lo más alto.

—¿Qué pasa, que no tenías suficiente con tu harén de tías buenas? —le pregunto con voz entrecortada, llevando los brazos a su cuello y moviéndome con él, besándolo con desesperación y sintiéndolo en cada parte de mi ser.

—No he follado con nadie, Paloma —me asegura deteniéndose y paralizando mi mundo con su confesión.

—Venga ya —musito sorprendida, sosteniéndole la mirada, con su sexo copando todo mi interior y sus manos sujetando mi trasero—. ¿Ni con la rubia de esa noche?

—Ni con la rubia de aquella noche —me asegura mirándome con intensidad—. Me has amariconado y ahora tienes muchos polvos que compensarme —dice, empezando a moverse de nuevo.

—Nos van a faltar metros cuadrados —musito feliz, siguiéndole el ritmo y sintiendo cómo su sexo se desliza con facilidad dentro del mío para salir y volver a entrar.

—Reservaremos todas las habitaciones de este hotel si hace falta —me asegura besándome con rudeza.

Y me vuelco en su beso, en su cuerpo y en él, que está manteniéndome en lo más alto de la montaña rusa, esa montaña rusa a la que pensé que nunca más volvería a subirme, con la certeza de que sea lo que sea esto, es más que una montaña rusa, es más que «me encantas» y es más que «te quiero»... es más... para siempre.

* * *

—¿Has estado tú con alguien? —me pregunta con seriedad, mientras nos relajamos en la enorme bañera, cogiéndome un pie y empezando a masajearme.

—Con una docena más o menos —le contesto con la misma seriedad con la que él ha formulado su pregunta, y siento que deja de masajearme—. ¿Por qué lo preguntas?

—Eso no te lo crees ni tú, gatita —me responde con insolencia, atrapando mi mirada con la suya.

—Como vuelvas a llamarme «gatita» te comes mi puño —susurro, sabiendo cuál va a ser su respuesta.

—Ya sabes que puestos a comerme algo prefiero que sea otra cosa —me dice con voz ronca—. Levántate y ven aquí —me ordena con autoridad.

Obedezco sabiendo lo que desea, viendo cómo la espuma se desliza suavemente por mi cuerpo de la misma forma que las gotas de lluvia se deslizan por el cristal de la ventana y con nuestras miradas atrapadas, me acerco a él hasta dejar mi sexo frente a su rostro.

—Estoy deseando comérmelo, lo sabes, ¿verdad? —me pregunta con voz ronca, cogiéndome por las caderas y acercando su boca a mi centro, que lo espera anhelante.

Gimo cuando sus labios atrapan mis pliegues y lo siento por todo mi ser y en toda mi alma. Me muevo suavemente sobre su boca mientras su lengua barre mi sexo de arriba abajo, atrapando mi clítoris con sus dientes con cuidado, describiendo círculos con su lengua sobre mi húmeda abertura, chupándola y lamiéndola con deleite.

—Orlando —gimo, sintiendo que me tiemblan las piernas, enterrando mis dedos en su pelo.

—Córrete en mi boca, nena —me pide, arrasando mi sexo con sus labios.

Me muevo sobre ellos, sintiéndome palpar de deseo. Abro más las piernas, necesitando más, exigiendo más y recibiendo todo el placer que reclamo, y cuando el orgasmo llega y las piernas me fallan, me dejo caer, quedando a horcajadas sobre él, con sus brazos envolviendo mi cuerpo.

—Todavía no hemos terminado —me asegura, introduciendo la punta de su sexo en la entrada del mío.

—No quiero que termine —susurro cerrando los ojos, sintiéndolo de nuevo encajado dentro de mí.

Y mientras fuera llueve torrencialmente y los duendes y las hadas luchan contra los elementos, nosotros ardemos en un fuego incombustible.

—Por lo que veo, tus soldaditos son tíos resistentes —le digo más tarde, sonriendo feliz. Yacemos sobre la cama a la que hemos conseguido llegar finalmente.

—Mi batallón es fuerte, gatita, puede que hayan caído en el primer asalto porque no lo esperaban, pero por suerte se recuperan con facilidad, y mis soldaditos y yo te queremos en Los Ángeles viviendo con nosotros —me suelta de repente, sorprendiéndome.

—¿Cómo? —susurro, alzando mi mirada hasta encontrarme con la suya, que me mira decidido.

—Lo que has oído.

—¿Y qué hago yo en Los Ángeles con mi pésimo inglés? —pregunto, acojonándome por momentos.

—Lo mismo que hice yo, aprenderlo —me responde rotundo.

—Sí, claro, como si fuera tan fácil —musito incorporándome hasta quedar sentada frente a él en la cama.

—Lo es, Paloma, todo es tan fácil como queramos que sea —me dice mirándome con esa seriedad que me impone tanto—. La noche en que regresamos de París tenías razón en algunas cosas —me reconoce, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

—¿En qué? —musito, temerosa de repente.

—En que no hubiera funcionado lo que te estaba proponiendo ni yo estaba preparado para mantener una relación.

—¿Y ahora? ¿Ahora lo estás? —susurro con un hilo de voz, empezando a asustarme.

«A ver, te ha pedido que vayas a Los Ángeles y ha venido a buscarte, así que tranquila, no te montes rollos raros», me dice la insolente voz de mi cabeza e inspiro profundamente esperando su respuesta.

—He tenido que perderte para saber que no deseo otra cosa en la vida que no sea dormirme y despertarme a tu lado —me dice sorprendiéndome, pues eso mismo es lo que yo le dije mientras rodábamos la escena en el croma— y para poder hacer eso necesito que vivas conmigo. Yo tampoco quiero una relación a distancia, no quiero que nos veamos sólo cuando yo vaya a España o tú puedas venir a verme, esta vez soy yo el que necesita esa seguridad que tú me pediste a mí esa noche.

—¿Y si me sale algo en España? —le pregunto sin terminar de verlo claro.

¿Por qué no puede venir él a vivir Madrid? ¿Qué puñetas hago yo allí, con mi pésimo inglés? Pero ¡si tengo un acento español que tira para atrás! ¡Joder, que no habrá Dios que me entienda!

—¿Y si me sale a mí algo en cualquier parte del mundo? —rebate—. Oye, nuestro trabajo puede llevarnos a cualquier sitio, ahora mismo estamos en Irlanda, pero cuando el rodaje termine necesitamos tener un punto de encuentro al que poder regresar.

—Y ese punto de encuentro estará en Los Ángeles, ¿verdad?

—Exacto. Escúchame, cuando *Soñaré que te sueño* se estrene, vas a convertirte en la actriz revelación, estoy seguro, y entonces tendrás la opción de elegir, algo que no has tenido hasta ahora. Y si hay un papel que te gusta y que te apetece interpretar, siempre tendrás la casa de Madrid, incluso yo podré acompañarte si no tengo ningún rodaje, pero la realidad es que en LA es donde más oportunidades vamos a tener. Confía en mí, que llevo en esto unos cuantos años más que tú.

—Cuando me oigan hablar van a odiarme —le digo, cediendo finalmente y cubriéndome la cara con las manos.

—Van a enamorarse tanto de ti como lo estoy yo —me rebate cogiéndome las manos y retirándolas de mi rostro, emocionándome con el tono que ha empleado— y estoy seguro de que terminarás siendo más famosa de lo que lo soy yo.

—¿Tú crees? —digo con incredulidad, carcajeándome.

—Estoy completamente seguro —me asegura mirándome con intensidad.

—Oye... estaba pensando, ¿Chris Hemsworth rueda mucho en LA? —le pregunto pinchándolo.

—¿Quién? —dice, como si no lo supiera de sobra.

—Ese rubio de ojos azules que...

Y antes de que pueda terminar mi frase me placa con su magnífico cuerpo, mirándome con esa arrogancia tan suya.

—Ni puta idea, pero Orlando Sun vive allí y, si no me equivoco, es tu actor preferido.

—¿Orlando Sun? No sé de quién me hablas —musito sonriendo ampliamente—. ¿De verdad es un actor? —le pregunto riendo feliz.

—Déjame que te refresque la memoria... —me dice empezando a besarme, llevándome de nuevo con sus labios y su cuerpo a lo más alto, a ese lugar mágico donde ya se han cumplido mis sueños.

CAPÍTULO 39

Al día siguiente me despierto temprano con una idea en mente y, tras obligar a Orlando a salir de la cama, y una vez listos, nos dirigimos al restaurante, donde espero encontrarme con Ignacio, mi abuelo, al que diviso casi de inmediato desayunando en su mesa habitual, alejada del resto del equipo, guardando las distancias, como siempre.

—Vamos —le digo feliz a Orlando, cogiéndole la mano y tirando de él, mientras le guiño un ojo a Magda, que me mira sonriendo, sentada junto a Gabriella y una parte del equipo—. Buenos días, Ignacio, ¿te apetece un poco de compañía? —le pregunto cuando llegamos hasta él.

—Vaya... Orlando, menuda sorpresa, ¿has venido a ver el rodaje? —le pregunta levantándose y tendiéndole la mano— ¿o a ver a mi nieta? —prosigue en un susurro y yo lo miro sonriendo.

—¿Tu nieta? ¿Tienes una nieta? —le pregunta mi chulito sin entender nada.

—Parece ser que sí... —le confirmo, soltándome de su mano y acercándome a mi abuelo, al que cojo con cariño del brazo—. Yo.

Divertida, observo que nos mira como si nos hubieran salido dos cabezas de repente y suelto una carcajada sin poder frenar toda la felicidad que siento.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad? —nos pregunta mientras Ignacio sonrío tan feliz como yo.

—Siéntate, chico, o te caerás de la impresión —le pide sentándose él también.

—Ufff, qué hambre, voy a por comida, ¿te traigo algo a ti? —le pregunto a Orlando como si nada.

—Tú de aquí no te mueves hasta que me lo expliquéis todo —me dice, empezando a recomponerse.

—No hay mucho que explicar, chico —comienza mi abuelo con seriedad, dándole un sorbo a su café—. Tuve un hijo con el que no tuve contacto durante años.

—Y que un día conoció a una princesa de larga cabellera, de la que se enamoró y con la que tuvo una niña y dos niños, yo soy esa niña —prosigue, recordando el cuento de mi padre.

—¿Tu padre es... ¡su hijo!? —me pregunta Orlando con incredulidad, mientras yo asiento con la cabeza—. Pero eso es... ¡cojonudo! podrás verlo de nuevo y saber de él —me dice, sin percatarse del gesto sombrío de Ignacio.

—Mi padre murió un día después de irse de casa, nunca podré verlo de nuevo, pero podré ver a... mi abuelo —musito por primera vez y siento que la garganta se me cierra, como posiblemente le estará sucediendo a Ignacio. Alargo una mano para

posarla sobre la suya, sonriéndole a través de las lágrimas—. Y sabré más de mi padre a través de ti —le digo, viendo la emoción reflejada en su rostro.

—Vaya... lo siento, Paloma, me lo tendrías que haber dicho —me recrimina Orlando con seriedad.

—No pasa nada, no te preocupes—susurro, secándome las lágrimas—. Ya te lo contaré todo más tarde. Es una larga historia y ayer no me apetecía hablar de ella.

—Lo importante ahora es que nos hemos encontrado y tú vas a prometerme que no volverás a hacer sufrir a mi nieta —le dice Ignacio con autoridad—. Paloma, permíteme que ejerza un poco de abuelo, puesto que tu padre no está presente.

—Joder, no pretenderás que te pida su mano y te hable de mis intenciones —le dice Orlando, consiguiendo que suelte una carcajada.

—Lo que único que espero es que la trates con el respeto que se merece, que la quieras y, sobre todo, que no la hagas sufrir más. Lo de la mano es cosa vuestra, si ella quiere dártela, es cosa suya —le dice con una media sonrisa.

—De momento me voy a vivir con él a Los Ángeles —le cuento, esperando ver su reacción.

—Es tu vida, Paloma, y debes hacer con ella lo que desees y te haga feliz —me dice con tristeza—, aunque yo te echaré mucho de menos.

—Yo también te echaré de menos, pero te prometo que iré a verte —musito con dulzura.

—Hostia puta, eres la nieta de Ignacio Salasqueta —murmura Orlando, todavía en *shock*—. ¿Y la prensa? Joder, van a frotarse las manos cuando lo sepan.

—No tienen por qué saberlo. Aquí el único famoso eres tú, aunque mi nieta también lo será cuando se estrene esta película —contesta Ignacio mirándome con cariño—, pero yo soy una persona anónima que se ha cuidado mucho de preservar su vida privada ante los medios. Nadie sabe nada sobre mí y así espero que continúe siendo, en eso Paloma y yo estamos de acuerdo y hemos decidido no desvelar nuestro parentesco.

—Por mí podéis estar tranquilos, soy tan reticente como vosotros a exponer mi vida a la opinión pública —nos asegura Orlando guardando silencio unos momentos—. Pero... ¿cómo lo supisteis? —nos pregunta volviéndose hacia mí—. Tú te llamas Paloma Aldaso Serra y su apellido es Salasqueta, no...

—Ya te he dicho que es una larga historia... desayunemos ahora y luego te la cuento —le pido sonriendo.

Desayuno feliz escuchándolos hablar de sus batallitas en esta profesión que también he elegido como mía, sorprendiéndome de los amplios conocimientos de Orlando e Ignacio, viendo cómo, entre bocado y bocado, crean ese vínculo invisible que los une a mí y sonrío observándolos; mi abuelo y mi hombre.

Cuando terminamos de desayunar, nos despedimos de mi abuelo y nos dirigimos a ese sitio mágico al que prometí volver con Orlando: los acantilados de Moher.

De su mano llego a ese lugar donde enterré la carta para mi padre y donde ahora, en lugar de una, han crecido dos flores. Me arrodillo en el suelo frente a ellas, acariciándolas con cuidado, sintiendo los rayos del sol caldeando mi cuerpo y la tierra...

—Y lo que te fue arrebatado te será devuelto, aunque de forma distinta, y lo que amas volverá a ti —musito emocionada, alzando mi mirada hasta encontrarme con la suya.

—¿Qué dices? —me pregunta extrañado, arrodillándose a mi lado.

—Querías saber cómo lo supimos, ¿verdad? —le pregunto sentándome en el suelo—, pues será mejor que te pongas cómodo, porque tengo una larga historia que contarte.

Y frente a este mar inmenso le hablo de mi llegada a Irlanda, de Áine y su profecía, si puede llamarse de ese modo, de mi infancia, de mi padre y de mis abuelos, le abro mi corazón como hasta ahora nunca se lo había abierto a nadie, ni siquiera a mis amigas, sintiendo que al fin todo encaja y es como debía ser, como posiblemente estaba escrito que fuera.

—Pues sí que han dado de sí estas semanas... Oye, y... esa Áine, ¿es real? —me pregunta con seriedad cuando finalizo mi relato.

—Ella dice que sí, aunque yo no lo tengo muy claro —musito sonriendo, acariciando la tierra que cubre la carta—. Pero ¿sabes una cosa? En realidad no importa que sea real o no, lo que de verdad importa es que ahora sé lo que le sucedió a mi padre y que he recuperado a mi abuelo, y también a ti, y eso sí que es real, tú eres real —musito acariciando su rostro.

—Como tú, tú también eres real y eres lo más importante de mi vida —me responde arrodillándose y haciendo que me arrodille frente a él, hasta quedar frente a frente con las dos flores entre nosotros y el inmenso mar de fondo—. Te quiero, Paloma, cástate conmigo y hagamos más real todo esto que sentimos.

—¿Qué? Pero ¿qué dices? —le pregunto riendo sin tomarlo en serio.

—Lo que has oído, te quiero tanto que necesito más y necesito que lo que quiera que sea esto tenga otro nombre, necesito que seas mi mujer —prosigue, borrando mi risa y haciendo que el suelo tiemble bajo mis pies.

—Pero tú... tú no crees en el matrim...

—Creía —matiza mirándome con intensidad y emocionándose—, no creía. Igual que nunca quise atarme a ninguna mujer hasta que conocí a una pequeña delincuente que se colgó del muro de mi casa, y nunca me enamoré de nadie hasta que conocí a una aspirante a actriz que me volvió loco y nunca quise tener hijos hasta que te perdí y me di cuenta de que no deseaba otra cosa que tenerlos contigo —prosigue, cortando una ramita de una de las flores—. No tengo ningún anillo, Paloma, pero tengo una vida para compartirla contigo si me aceptas, ¿qué dices?

—Sí —musito, empezando a llorar mientras él coge mi mano y con cuidado hace un nudo con la ramita en torno a mi dedo—. Yo tampoco tengo ningún anillo, Orlando, pero tengo mi vida para compartirla contigo si la aceptas, ¿qué dices? —susurro, cortando otra ramita de la otra flor, sintiendo cómo las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

«¡Y tu chulito te llevará al altar y te convertirás en una actriz famosa!», oigo canturrear a la insolente voz de mi cabeza la canción que me inventé hace mil años, y sonrío feliz esperando su respuesta.

—Que no hay nada que desee más —me responde emocionado y ato la ramita en torno a su dedo, de la misma forma en que él la ha atado en torno al mío.

Lo miro a través de las lágrimas, sintiendo que esto que tengo anudado en mi alma, como la ramita en mi dedo, se expande por todo mi ser llenándome de seguridad y de amor, algo que tanto he extrañado en el pasado y, segura de que nunca volverá a faltarme, uno mis labios a los de este hombre que es mi vida entera, mientras a mis oídos llega el mágico sonido del viento entremezclado con el del graznido de las aves, con los rayos del sol brillando con más intensidad y envolviendo nuestros cuerpos, pues hoy un alma en el cielo está dándole su bendición a su hija, esa a la que nunca quiso abandonar, aunque ella erróneamente lo creyera. A lo lejos, Áine sonrío feliz por nosotros y por el triunfo del amor.

Un año después...

—¡Ni se te ocurra! —le digo riendo y echando a correr escaleras abajo perdiendo la toalla por el camino, mientras él me da alcance con facilidad.

—¿Recuerdas que te dije hace años que cuando fueras al estreno de una de tus películas lo harías con una sonrisa de oreja a oreja porque irías cogida de mi mano y porque previamente te habría follado durante horas? —me pregunta pegándose a su cuerpo, empezando a besarme.

—Sí —susurro, sintiendo que mi respiración se torna densa y pesada, mientras sus manos llegan a mi húmeda abertura, consiguiendo que caiga rendida de rodillas frente a él.

—Pues ha llegado la hora de que te folle durante horas y horas—musita con voz ronca, empleándose a fondo con sus caricias.

Atrapa mis labios con suavidad entre sus dientes mientras sus dedos se mueven con maestría dentro de mí y cuando me tumba en el suelo lo hago completamente rendida a él, a mi chulito y a mi hombre, viendo este anillo que ahora rodea mi dedo y que es una réplica exacta, pero en oro y diamantes de la ramita que anudó aquel día cuando me pidió que me casara con él. Y cuando accede a mi interior lo acojo con todo mi amor, sintiendo cómo ese sol brillante que nos envolvió esa mañana crece a medida que lo hace nuestro amor.

Unas horas más tarde y con una sonrisa de oreja a oreja, me encierro en nuestra habitación con Carmela, una de las estilistas de *Soñaré que te sueño*, a la que le he pedido que venga a ayudarme, pues hoy es la *première* de la película. Y mientras ella me peina y me maquilla cierro los ojos y empiezo a recordar...

Recuerdo cuando mi madre se reunió con mi abuelo en nuestra casa y se encerraron ambos en el despacho, pues ella me pidió hablar a solas con él... Recuerdo los nervios de mi abuelo y la desconfianza de mi madre y cómo esas casi dos horas se me hicieron eternas, mientras Orlando aferraba mi mano infundiéndome confianza... Recuerdo el alivio que sentí cuando ambos salieron sonriendo y la emoción que me embargó cuando mamá lo invitó a nuestra masía en Formentera...

Recuerdo cuando fuimos a La Cueva para celebrarlo y la cara que puso Mic cuando vio a mi abuelo y cómo éste, galante, estuvo todo el tiempo pendiente de ella, mientras mi madre reía encantada con las ocurrencias de mi chico... Y con este recuerdo viajo a La Masía, a mi isla y a mi casa, a las calas de arena blanca y agua turquesa, a la brisa cálida y a esos días tan especiales cuando fui con mi abuelo y con Orlando... Recuerdo mi emoción y los nervios de mi abuelo y cómo me buscó varias veces con la mirada... Recuerdo cómo esos nervios se diluyeron cuando conoció a

Manu y a Pepe, mis hermanos, y los tres congeniaron al instante, sobre todo, cuando se enteró de que ambos estaban estudiando la carrera de audiovisuales... Recuerdo la cara que pusieron mis hermanos y cómo abrieron los ojos de par en par cuando se enteraron de que nuestro abuelo era el dueño de la productora Cilindro... y recuerdo mis charlas con él mientras le mostraba los lugares preferidos de papá o los míos propios... Recuerdo sus lágrimas y también las mías... y ahora esos días son sólo recuerdos, recuerdos especiales y maravillosos que fui atesorando en mi memoria y en mi corazón mientras los vivía para no olvidarlos jamás...

Y hoy estarán todos conmigo arropándome; mi madre con mis hermanos; Capi, ese hombre que fue como mi segundo padre cuando el mío me faltó, junto con Iris; Hugo, mi compañero en La Cueva; mis compañeros de la pequeña compañía de teatro; mi abuelo con Mic, sí, con Mic, todavía alucino cuando lo pienso... él tan elegante y ella tan... Mic, con su pelo azul, sus gafas de purpurina y sus taconazos, además de mis amigos, esos que siempre han estado a mi lado cuando más los he necesitado, pienso, sintiendo cómo una lágrima se desliza por mi mejilla.

—¡No me llores ahora! —me pide Carmela mientras yo inspiro profundamente.

—Vale —susurro sonriendo—. Lo siento.

—Mira lo que has hecho... —se queja. Otra lágrima se desliza por mi mejilla.

—Tenías que haber utilizado rímel *waterproof* —le digo mordéndome el labio inferior—. ¿Te das cuenta de lo bien que lo he pronunciado? Creo que los americanos ya no me odian tanto —le digo ahogando una carcajada, mientras ella, resoplando, arregla el estropicio.

—¡Ya estás lista! Y no llores más —me dice con cariño. Abro los ojos y me encuentro con mi reflejo en el espejo.

—Vaya... ¿y estos ojazos son los míos? —le pregunto, acercándome al espejo admirando el resultado.

—Eso parece —me responde riendo—. ¿Quieres que te ayude a vestirme? —me pregunta mirando fascinada el vestido que me pondré esta noche—. Pedazo de vestido, Paloma.

—Es una pasada, ¿verdad? Es un diseño de mi amiga Luna —le explico, quitándome el albornoz y quedándome en ropa interior.

—Luna Costa. Me encantan sus diseños —me dice mientras desabrocha la cremallera invisible.

—¿Conoces su trabajo?

—Como para no hacerlo.

—Se lo diré cuando la vea, estoy segura de que le gustará saberlo —contesto, poniéndome el vestido con cuidado, ayudada por ella—. ¿Sabes una cosa?, un día, cuando yo todavía soñaba con todo esto, me dijo que ella me vestiría cuando me convirtiera en una actriz famosa y, aunque todavía no lo he conseguido realmente, nunca ha dejado de hacerlo y siempre que he tenido un acto importante he ido vestida por ella —explico, recordando cada uno de esos momentos.

—A mí me parece que ya eres una actriz famosa, todo el mundo habla de ti y todavía no se ha estrenado la película —me dice mirándome con admiración—. Te queda como un guante —musita, mientras ambas admiramos mi reflejo en el espejo.

—Pero eso es porque voy a casarme con Orlando Sun y mi carrera está empezando a despuntar de verdad —respondo sonriendo, sin poder creer que esté sucediendo lo que tanto soñé cuando llegué a esta ciudad donde se han visto cumplido todos mis sueños.

—¿Se puedeeeeeee? —Oigo las risas de Luna y de Jimena y sonrío más ampliamente yendo hasta la puerta.

—Pero ¿qué hacéis aquí, locas? ¡Creía que nos veríamos en el teatro!

—¡Sí, hombre! ¿¡Y perdernos este momento!?! Además, esto es casi como un ensayo de la boda —me dice Jimena dándome un abrazo—. ¡Tíaaaaaaaaa, que vas a casarte con el portento y eres una actriz famosa! —exclama entusiasmada—. Yo creo que ya podemos guardar el Jäger.

—¿Guardarlo? ¡Y una mierda! Ahora es cuando tenemos que sacarlo para brindar —nos dice Luna—. Por cierto, yo soy Luna y ella es Jimena —le dice a Carmela, que la mira como quien mira a su ídolo.

—Encantada —musita finalmente—. Os dejo, chicas —nos dice recogiendo sus cosas— y tú, Paloma, disfruta muchísimo de esta noche, estás preciosa.

—Gracias por ayudarme —musito abrazándola.

—Siempre que me necesites ya sabes dónde me tienes, hasta luego.

—¿Perdonaaaaaaaa? ¡A ver ese pedrusco! —nos interrumpe Jimena ante las carcajadas de Luna, cogiendo mi mano—. Tía, no me jodas, pedazo de anillo llevas. Pero ¿esto qué vale? ¿Trocientos mil millones de euros?

—¡Halaaaaaa! Pero ¡mira que eres exagerada! —le digo carcajeándome con ganas.

—Deja el anillo y mira mi vestido —le pide Luna observándolo desde todos los ángulos—, ¿a que es precioso? Tía, te queda genial.

—¿Sabes lo que más me gusta? Que me recuerda a Irlanda y el día que él me ato la ramita en el dedo; verde como esa isla y dorado como el sol, es perfecto, tía, y has sabido captar lo que te pedía —musito, admirando de nuevo mi reflejo en el espejo, recordando ese día y emocionándome con mis recuerdos.

—Soy buenísima, hija, ¿qué esperabas?

—Y modesta también eres, también —prosigue Jimena—. Venga, vamos con nuestros hombres.

—Y hablando de hombres... ¿cuándo vas a casarte con Pablo? Todavía recuerdo cuando no tenías nada que contarme —le digo tan puñetera como yo sola puedo llegar a ser.

—Puestas a recordar, mejor recordemos cuando te colgaste del muro de su casa —me rebate sin amilanarse.

—Terminé entre sus brazos y ahora voy a casarme con él, si lo planeo no me sale mejor —musito recordando ese día—. Me parece que voy a tener una buena historia que contarles a nuestros nietos —añado empezando a bajar la escalera.

Y entonces todo mi mundo desaparece cuando mi mirada se encuentra con la de Orlando. Está en el centro del salón, rodeado por nuestros amigos, pero yo sólo puedo verlo a él... como aquel día en El Capitán... y como siempre...

—Hola —musito llegando hasta él, completamente maravillada, sin poder creer que esto esté sucediéndome a mí.

—Hola, gatita, estás preciosa —murmura besándome dulcemente, rodeando mi cintura con sus brazos.

—Cógela bien fuerte no sea que se te escape o te la quiten —lo pincha Gael y sonrío tontamente, sabiendo que eso nunca sucederá, que nunca me alejaré de sus brazos—. Paloma, ¿es cierto que vas a rodar con Chris Hemsworth? —prosigue y me vuelvo hacia él sonriendo.

—¿Quieres dejarlo? —le pido, viendo que mi amiga se sienta sobre su regazo, riéndole la gracia.

—¿Dejarlo? ¡Con lo bien que nos lo estamos pasando! ¿Verdad, Philip?

—Ya te dijimos que no te compensaba volver con ella. Lo siento, tío, nos has machacado durante años y ahora vas a tener que joderte.

—Sois unos cabrones —masculla mi chulito sonriendo con arrogancia, sin soltarme en ningún momento.

—Pero ¿vas a rodar con él o no? —insiste Philip sonriendo.

—¡No contestes, Paloma! —me pide Paula entre risas.

—¿Cómo que no conteste, nena? No sabes lo capullo que Orlando ha sido con nosotros.

—Y no he terminado. Por cierto, ¿cómo vais a llamar al niño? ¿Felipito? —les pregunta mi chico carcajeándose.

—¡Oyeeee! ¡No te metas con mi hijo! —replica Paula haciéndose la ofendida y llevándose una mano a su vientre abultado.

—Se va a llamar Philip, nenaza, ¿tienes algún problema con su nombre? —contesta el futuro padre ante las carcajadas de todos.

—Por cierto, Paloma, ¿con quién ibas a rodar? —insiste Paula aliándose con su marido y con Gael.

—¿Tú también, tía? —le pregunto, intentando frenar la sonrisa que amenaza con partir mi cara en dos, mientras me alejo de mi chulito para coger una copa de champán.

—¿Qué quieres? Se ha metido con el nombre de mi hijo.

—Oye, ¿y hay escenas eróticas en esa película? Porque yo puedo sustituirte si hace falta —me dice Jimena, echando más leña al fuego.

—Tú te quedas en Formentera conmigo —le dice Pablo guiñándole un ojo y aferrándola por la cintura.

—Pero ¿las hay? —insiste ahora mi amigo Mario, que ha viajado junto con Jimena y con Pablo para acompañarme en este día tan especial para mí.

—Sólo un par de besos y poco más... —le respondo, intentando restarle importancia.

—¿Poco más? Yo que tú no me separaría de ella, como el tío saque el martillo lo llevas claro —prosigue Gael ante las risas de todos.

—¿Por qué no echamos a estos capullos de nuestra casa? Me tienen hasta los huevos ya —me dice Orlando acercándose a mí sonriendo y rodeando mi cintura con un brazo, pegándose a su cuerpo.

—No podéis hacerlo porque Gael y yo tenemos una cosa que contaros —nos dice Luna y la miro con la boca abierta—. ¿Se lo dices tú?

—No, mejor dilo tú —le responde Gael sonriendo.

—¿De verdad? Si quieres puedes decirlo tú.

—De verdad, venga cuéntalo...

—¡Ya está bien! —los interrumpo impaciente—. ¡Que esto ya parece el «te dejo» de las narices!

—Venga, os lo digo yo —dice Luna feliz, mirando a Gael—. ¡Estamos embarazadossss! —grita feliz.

—¡Joder, tío! ¡Prepárate a cambiar pañales! —le suelta Orlando carcajeándose.

—¡Enhorabuena! —le grito a mi amiga yendo hacia ella para abrazarla, mientras oigo de fondo a mi chulito meterse con Gael y con Philip—. Tíaaaaaa, ¡que vas a ser mamá!

—¡Lo séeee! ¡Todavía no me lo creo!

—¿Ya tienes barriga? —le pregunto, llevando mi mano a su tripa—. ¡hola, bebéeee, soy tu tía Paloma!

—Enhorabuena, cabronazo, me alegro mucho por ti —oigo que Orlando le dice a Gael, y veo de reojo que lo abraza, mientras nosotras hacemos lo propio con Luna, que brilla tanto como lo hace la luna esta noche.

De la mano de Orlando, y tremendamente feliz, llego al teatro donde se estrenará esta película que tanto ha significado para nosotros y, mientras los cientos de *flashes* nos deslumbran y los periodistas nos llaman, yo sólo puedo pensar en que los imposibles se cumplen y que cuando algo se desea con intensidad algo ahí arriba mueve los hilos necesarios para que ese deseo se haga realidad. Y si no que me lo digan a mí, pienso mirando a mi chulito, ese hombre al que admiré durante años y que dentro de unos meses se convertirá en mi marido.

«Y me convertiré en una actriz famosa y mi chulito me llevará al altar.»

Y sonrío feliz aferrando la mano del hombre que es mi todo, mientras recorreremos esta alfombra roja que durante años soñé pisar mientras cantaba esa canción...

EPÍLOGO

Seis meses después

—¡Venga, Luna! Date prisa, tía —la apura Jimena entrando en mi habitación de La Masía, donde mi amiga está ayudándome a vestirme—. Pero ¡si está perfecta! ¿Quieres dejar de mirarla tanto?

—Tía, no me la estreses, ¿quieres? ¿No ves la tripa que tiene la pobre? —le digo a Jimena mirando a Luna con cariño, mientras ella me observa con ojo crítico desde todos los ángulos posibles.

—Estás perfecta y guapísima y delgadísima —me dice abrazándome—. Y yo parezco una ballena a punto de explotar—. Paula, dime que todo volverá a su sitio por favorrrr —le pide medio lloriqueando, sin dejar de abrazarme.

—Estás preciosa, no digas bobadas —le responde Paula, mientras amamanta al pequeño Philip—. Y tú Paloma estás impresionante —añade mirándome con admiración, acariciando la cabecita de su bebé.

—Nena, disfruta muchísimo de este momento, porque va a pasar volando, y antes de que te des cuenta estarás como Paula o como yo estoy ahora, así que haz lo posible por detener el tiempo —me pide mi amiga Luna, mientras mi madre entra en la habitación.

—Ya está todo listo y el patio ha quedado precioso, aunque no tanto como tú —me dice acercándose a mí—, mi niña querida. Qué mayor te has hecho y qué orgullosa estoy de ti —susurra empezando a llorar—. Ya sé que estarás cansada de oírlo, pero quiero que sepas que te quiero muchísimo y que tengo muchísima suerte de tenerte como hija, aunque ahora estés casi en la otra parte del mundo.

—Yo también te quiero mucho, mamá —le digo abrazándola, intentando frenar las lágrimas que pugnan por salir—. Y nunca me canso de oírlo.

—Hace nada os tenía por aquí jugando y miraos ahora, hechas unas mujeres —nos dice riendo entre lloros—. Tienes una vida maravillosa por delante, disfrútala, hija, te mereces todas las cosas bonitas que te sucedan —añade, secando mis lágrimas, que finalmente se han salido con la suya y ruedan por mis mejillas sin control.

—No es por meteros prisa, pero tenemos al novio atacado y está poniendo a los padrinos de los nervios —nos dice Iris entrando en la habitación con la pequeña Paulita—. Esta princesita quería ir con su mamá —nos dice sonriendo.

—Mamiiii —la llama la pequeña llegando hasta ella y hundiendo su cara entre las faldas de mi amiga, que la mira con adoración.

—Así hacías tú, exactamente igual —me dice mi madre cogiéndome la mano—.
Cómo ha pasado el tiempo...

—En un suspiro —susurra Iris—. Estás preciosa, Paloma —me dice dándome un beso.

—¿Y yo cómo estoy, mamá? ¿Hecha una vaca o una ballena? —le pregunta Luna a Iris, ante la mirada cariñosa de ésta.

—Tú estás resplandeciente, hija. Tienes a mi nietecito creciendo dentro de ti, ¿cómo vas a estar?

—Pues como te he dicho, hecha una vaca —masculla mi amiga haciendo una mueca.

—¿Nos hacemos un chupito de Jäger a la salud de la nórdica? —me pregunta Jimena sacando una botella y varios vasos de chupito.

—¡Venga ya! —le digo carcajeándome recordando ese día y cómo casi nos la cargamos.

—Ésa no ha vuelto a beber más té en su vida —me dice descojonándose, tendiéndome un chupito.

—¿Quién es la nórdica? —me pregunta mi madre, desconcertada, ante la mirada de Iris, que tampoco entiende nada.

—Yo no puedo beber, que estoy embarazada.

—Pero ¡si es té! —le digo entre risas, mientras Jimena pasa de ella y le sirve un chupito.

—Yo no puedo, ¡que estoy criando! —interviene Paula.

—Un sorbito, venga —les pide Jimena, mientras Paulita nos mira asombrada.

—¡Por la novia!

—¡Por la novia! —corean todas alzando sus vasos.

—¡Por vosotras! ¡Gracias por estar en mi vida, os quiero muchísimo!

—¡Y nosotras a ti, pavita! —me dice Luna llorando a moco tendido—. ¡Oh, my Diorrrr, me he convertido en una ballena llorona!

—Eres una ballena llorona preciosa, que diseña unos trajes de novia más preciosos todavía. Creo que deberías planteártelo, tía —le digo, secándole las lágrimas.

—Ya veremos, de momento sólo los diseño para mis amigas. Me faltas tú, a ver cuándo te casas —le dice a Jimena sonriendo.

—Ya veremos —le responde ésta guiñándole un ojo.

—¡Venga, vamosssssss, chicas! —nos apremia Iris, mientras una a una comienzan a salir de la habitación y yo las observo secándome las lágrimas.

—Creía que nunca podríamos estar a solas —dice mi abuelo sonriéndome y entrando—. Estás preciosa, Paloma, sin duda alguna voy a ser el abuelo más orgulloso de este mundo.

—Gracias, abuelo —le digo secándome las lágrimas.

—Me gusta cuando me llamas así, me gusta cómo suena —musita emocionado, emocionándome—. Quería darte un regalo —me dice, sacando una cajita del bolsillo de su chaqueta.

—¿Para mí? —pregunto, cogiéndola con manos temblorosas.

—Eran de tu abuela y ahora son tuyos —me dice cuando abro la cajita y me encuentro con unos pequeños pendientes de brillantes.

—Qué bonitos... —susurro acariciándolos, sintiendo que la emoción me embarga al recordarla—. Y son perfectos para hoy, ¿me ayudas a ponérmelos?

—¿Seguro? No quiero que te sientas obligada...

—Ella murió cuando yo era pequeña, pero aun así la recuerdo perfectamente, y si estos pendientes eran suyos, quiero llevarlos y que esté con nosotros de alguna forma.

—Estoy seguro de que hoy estará con nosotros, como lo estará tu padre —me asegura, ayudándome a ponerme los pendientes—. Lista —concluye, acunando mi rostro entre sus manos y dándome un beso en la frente—. ¿Vamos? —me pregunta ofreciéndome su brazo, del que me cojo sonriendo entre lágrimas, recordando el día que me ofreció su paraguas y me ayudó a encontrar lo que tenía delante.

—Vamos —contesto, sintiendo cómo la ternura que siento por él me desborda.

De su brazo llego hasta las puertas que dan al patio trasero de La Masía, donde Ramón está esperando para abrirlas.

—Estás preciosa, Paloma —me dice guiñándome un ojo y dándome un beso—. Enhorabuena.

—Gracias —musito feliz.

Y entonces las abre y, emocionada, observo que el tronco de madera que separaba nuestras propiedades de los bosques de pinos y sabinas ha desaparecido, de la misma forma en que han desaparecido mis temores y sonrío al recordar a mi padre, cómo corría tras de mí por esas tierras cuando yo me colaba entre las maderas, y en silencio le digo «te quiero», segura de que esté donde esté me oirá.

—Vamos, abuelo —musito mientras empieza a sonar *Por ti volaré*, de Andrea Bocelli, esa canción que escuché hace años junto a Orlando, cuando todo esto era un imposible para mí.

Observo la alfombra roja que señala el camino que recorreré hasta llegar a él y siento que algo dentro de mí se expande y brilla con más intensidad al empezar a recorrerlo... El camino de mis sueños, el camino de mis deseos y el camino de mi vida, esa en la que siempre estará él. Y cuando alzo mi mirada y me encuentro con la suya siento que mi corazón se sacude en mi interior y mi mundo desaparece del todo para dejarle todo el espacio a él, que lo llena por completo con su presencia, como siempre ha hecho, y avanzo hacia mi hombre extendiendo mis alas, esas alas imaginarias que él vio cuando yo ni siquiera sabía que existían, y cuando uno mi mano a la suya alzamos el vuelo juntos, un vuelo que sólo tiene una dirección posible, la de nuestros sueños, esos que nos llevarán a formar una familia y a

apoyarnos mutuamente día tras día, mientras, desde el cielo, mi padre y mi abuela bendicen nuestra unión, iluminando esta pequeña masía con sus rayos y llenando de calidez este pequeño rincón del mundo en el que hoy, mis deseos y mis sueños se han hecho realidad.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Por ti volaré, ©© 2007 Universal International Music B.V., interpretada por Andrea Bocelli. (N. de la e.)

Lost On You, ©© 2016 LP under exclusive license to BMG Rights Management (US) LLC d/b/a Vagrant Records, interpretada por LP. (N. de la e.)

How Long Will I Love You, ©© 2013 Polydor Ltd. (UK), interpretada por Ellie Goulding. (N. de la e.)

Duele el corazón, © 2016 Sony Music International, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Enrique Iglesias. (N. de la e.)

River Flows In You, © 2012 Sony Music Entertainment Korea Inc., interpretada por Yiruma. (N. de la e.)

Something Stupid, © 2001 Universal Island Records, un sello de Universal Music Operations Ltd © 2001 Universal Island Records, un sello de Universal Music Operations Ltd. 2001 Chrysalis Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por Robbie Williams and Nicole Kidman. (N. de la e.)

What About Us, © 2017 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Pink. (N. de la e.)

Despacito, ©© 2017 Universal Music Latino, interpretada por Luis Fonsi. (N. de la e.)

Beautiful Day, ©© 2002 Universal International Music B.V., interpretada por U2. (N. de la e.)

Please Remember, ©© Curb Records, Inc., interpretada por LeAnn Rimes. (N. de la e.)

BIOGRAFÍA



Mis estudios y mi trabajo poco tienen que ver con el mundo de las letras. Soy contable, por lo que me paso el día rodeada de números y peleándome con clientes y proveedores. A pesar de que siempre me ha gustado leer y escribir, nunca me lo había planteado como opción laboral, hasta que llegó *Elijo elegir*, una novela que escribí para mí, sin esperar nada, con la que toqué el cielo con las manos y con la que descubrí mi gran pasión.

Dicha pasión me llevó a abrir mi alma, a soñar despierta y a sentir de una forma que no creía posible, porque no hay nada más maravilloso que inventar una historia de la nada y dar vida a unos personajes que pueden llegar a instalarse en tu corazón para no abandonarte jamás.